

# Diario de Jorge Fox

Traducido de la edición inglesa,  
“Everyman’s Edition”  
con permiso de J.M. Dent & Sons de Londres

Texto Electrónico con permiso de la  
Librería de la Sociedad de Amigos © 1939  
(Friends Book Store 302 Arch Street, Philadelphia, E.U.A.)

Preparado y Actualizado por CHM  
(Coalition for Hispanic Ministries)  
[CHM@InstitutoALMA.org](mailto:CHM@InstitutoALMA.org)

Con el afán de que se lea, se distribuya, y se aproveche  
esta historia de un hombre de Dios, valiente y obediente.

## **Contenido:**

<b>PREFACIO</b> .....	iii
<b>CAPÍTULO</b>	
<b>I: Nacimiento y Ejercicios espirituales por que pasé en mi juventud (1624-1649)</b> .....	1
<b>II: Servicios y Sufrimientos (1641-1651)</b> .....	26
<b>III: Camino del Norte hacia Swarthmoor (1651-1652)</b> .....	45
<b>IV: Juicio en Lancaster y Encarcelamiento en Carlisle (1652-1653)</b> .....	83
<b>V: Discusiones con Sacerdotes y Eclesiásticos (1653-1654)</b> .....	101
<b>VI: Arrestado en Leicestershire y libertado en Londres (1654-1655)</b> .....	111
<b>VII: Cortos viajes desde Londres (1655)</b> .....	118
<b>VIII: Launceston y Doomsdale (1655-1656)</b> .....	125
<b>IX: Viaje por Inglaterra (1656-1657)</b> .....	148
<b>X: A Swarthmoore pasando por Gales (1657)</b> .....	157
<b>XI: En Escocia</b> .....	166
<b>XII: Oliver Cromwell</b> .....	182
<b>XIII: A Swarthmoor pasando por muchos Condados</b> .....	192
<b>XIV: Lancaster y Londres (1660)</b> .....	201
<b>XV: Cuando entró el Rey (1660-1662)</b> .....	209
<b>XVI: Por los Condados (1662-1663)</b> .....	220
<b>XVII: Las Prisiones de Lancaster y de Scarborough (1663-1666)</b> .....	238
<b>XVIII: Organización de Reuniones Mensuales (1666-1669)</b> .....	271
<b>XIX: Visita a Irlanda (1669)</b> .....	284
<b>XX: Casamiento en el Sur (1669-1671)</b> .....	291
<b>XXI: Viaje a América (1671-1673)</b> .....	301
<b>XXII: Encarcelamiento en Worcester y regreso a Swarthmoor (1673-1675)</b> .....	352
<b>APÉNDICE: Por el editor (1675-1691)</b> .....	374

## PREFACIO

Siempre es reconfortante saber de los que, convencidos de la existencia del bien, no cedieron ante el ataque del mal y lo que es más, lo vencieron. Hoy, en nuestros días, en que la rápida sucesión de situaciones perturbadoras por su complejidad, y en ocasiones por su carácter tortuoso, tienden a desbaratar el poco o mucho equilibrio espiritual de que gozamos, será de gran provecho para el lector conocer en detalle la vida y obra de un hombre fuerte que nunca se dejó influir por lo inmediato externo. En este libro, Jorge Fox, no hace una mera exposición de sus principios sino que es el relato de su vida durante el curso de media centuria; toda su vida, espiritual y física, mezclando sin distinción la una con la otra. Profeta o reformador, Fox, es siempre un hombre, en todo su valor humano, sin que pretenda poseer más atributo divino que la luz interior, "Luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene al mundo," según el evangelio de S. Juan. Jorge Fox abrió los ojos al resplandor de esa luz, que es en él, como en todo hombre, y oyó la Voz, que habla a todo hombre, como vieron y oyeron profetas y apóstoles, y, descubriendo esta Verdad, su misión es bien clara; él tiene que comunicar el mensaje a todos los hombres, para que todos, como él, abran los ojos a la luz y presten oído a la voz. Todo podría resumirse en unas cuantas palabras. No hay que buscar a Dios en templos ni altares, Dios está en nosotros: de Dios es la voz que en el fondo de nuestra conciencia nos acusa de nuestra maldad, de Dios es el impulso que nos incita a la caridad; de nosotros depende que sigamos el impulso y que nos humillemos ante la voz acusadora. De acuerdo con estos principios, no hay intermediario posible, entre Dios y el hombre de no ser Jesucristo, que es el Camino, la Verdad y la Vida; en El no hay límite definido que separe lo divino de lo humano.

Jorge Fox, intercala en la relación de las dolorosas crisis espirituales, por que pasó en su juventud, detalles de precisión tan pueril como el número de millas que hay de su casa a la de

un sacerdote, a quien va en busca de consuelo, o de orden pintoresco, como el de que un sacerdote le aconseja un purgante e intenta sangrarlo, como remedio a sus angustias morales; otro le recomienda que fume y que cante salmos, mientras que otro se pone furioso, en lo mejor de una elevada polémica, porque estuvo a punto de pisarle unas flores. Tampoco olvidará los chismes de uno de estos sacerdotes con sus mozas de establo y más tarde, en los momentos álgidos de su lucha, de prisión en prisión, golpeado y cruelmente maltratado por sus carceleros, nunca dejará de anotar cuidadosamente el número de millas recorridas en sus jornadas, los nombres de pequeñas poblaciones, por donde pasa, y, con toda ingenuidad, da cuenta de las bromas de que es objeto, con un fino estilo humorístico que excita a la risa. Esta amalgama de lo elevado y lo terreno, lo grande y lo chico, adornada de profusión de detalles, requiere un pequeño esfuerzo de la atención del lector; mas después, una vez terminado el libro, leídas las últimas páginas, en que se da cuenta de la muerte del autor, que pasa de la vida a la muerte plácidamente, sin frases postreras que pasen a la historia, contento de haber cumplido su misión, se siente un gran reposo espiritual, un gran consuelo de ver que en realidad existen en la tierra hombres de buena voluntad, pacificadores que heroicamente luchan contra el mal espíritu de los egoísmos humanos, blandiendo por armas las dulces palabras del evangelio del amor. Y es ello una gran lección porque esta lucha siempre da sus frutos. El muchacho pobre y desconocido de Drayton, por la sola fuerza de su sinceridad, murió dejando una organización religiosa que cuenta hoy día con miles de adeptos, "Amigos," como él los llamó, cuya reputación de imparcialidad les permite socorrer al desvalido en todos los campos, pues los soldados de la paz no saben de las querellas que tristemente dividen a los hombres. Quizás sea este uno de los puntos más conmovedores en la vida de Jorge Fox, su pacifismo incommovible, pacifismo heroico que lo lleva a un calabozo inmundado, cuyo solo hedor era más difícil de soportar que la lucha en un campo de batalla. "Bienaventurados los pacificadores; porque ellos serán llamados hijos de Dios."

Es posible que nunca como ahora ha habido tanto para cosechar. Muchos obreros se necesitan para cuidar de tanto perseguido sin patria, de tanto niño sin hogar; y también para tratar de evitar en lo posible más grandes dolores en lo venidero.

La vida de Jorge Fox nos enseña que no hay que renunciar a las propias convicciones por sentirse pequeño ante el mundo o porque el espíritu de la contienda parezca ya dominarlo todo. Pequeño era Jorge Fox cuando se lanzó a predicar y los poderosos lo escucharon.

La fe hace milagros, mas la caridad, según S. Pablo, es aun mayor virtud que la fe. Jorge Fox poseía una y otra y fue invencible, haciendo su obra de paz y de amor en días de grandes luchas y discordias, interiores y exteriores, en su propio país, y en los otros. Luchas y discordias que él siempre ignoró, en su espíritu, como lo demuestran las pocas referencias que da de ellas en su libro. El sólo quiso saber del amor que une a los hombres, no de los odios que los separan. Y esta ardiente caridad es, a nuestro juicio, tan valiosa, que quisieramos que ella velara el entendimiento del lector para evitar así la crítica que posiblemente merecen las faltas a que también estuvo sujeto el idealista muchachito de Drayton.

M. L. de A.



## CAPÍTULO I

### Nacimiento y ejercicios espirituales por que pasé en mi juventud

1624-1649

Para que todos puedan conocer los tratos espirituales que el Señor tuvo conmigo, y los varios ejercicios, pruebas y aflicciones a través de los cuales me hizo pasar con objeto de prepararme para la misión a que me había destinado, haciéndome así capaz de cumplirla y de admirar Su infinita Sabiduría y Bondad, creo que será bien (antes de que proceda a la narración de mis andanzas al servicio de la Verdad) mencionar brevemente como fue mi juventud y como empezó y continuó gradualmente en mí la obra del Señor, ya desde mi infancia.

Nací en el mes llamado de Julio de 1624, en Drayton-in-the-Clay, Leicestershire. Mi padre que era de oficio tejedor, se llamaba Cristóbal Fox; hombre honesto que llevaba en sí la semilla de Dios y que era llamado por sus convecinos el justo Cristóbal. Mi madre, mujer de espíritu recto, se llamaba de soltera María Lago, de la familia de los Lagos y de casta, de mártires.

Siendo yo todavía muy joven, era ya de una gravedad y firmeza de pensamiento y de espíritu poco usual en los niños; de manera que cuando veía a los hombres comportarse entre ellos de un modo ligero y depravado, gran disgusto sentía de ello en mi corazón y me decía interiormente. "Si jamás llegas a ser hombre, es seguro que no harás como ellos hacen ni serás depravado.

Cuando llegué a los once años de edad, supe lo que era pureza y equidad, porque mientras niño me fue enseñado como debía de hacer para mantenerme en la senda de la virtud. El Señor me enseñó a ser fiel en todo y a comportarme fielmente: interiormente con Dios y exteriormente con el hombre y, a tomar el SÍ y el NO de todas las cosas, porque el Señor me mostró, que si bien las gentes del mundo llenan su boca de

falsedades, variando continuamente sus palabras, yo debía de pronunciar me SÍ o NO en todas las cosas, debiendo de ser mis palabras pocas, llenas de vida e inspiradas en la gracia; tampoco debía yo de comer y beber sensualmente, sino solamente lo necesario para conservar la salud usando para ello de las criaturas<sup>1</sup> a su servicio, como de sirvientes en su debido lugar, para gloria de El que las ha creado; las criaturas ocupan su lugar en su propio pacto y habiendo sido yo criado en el pacto, como santificado por la Palabra que fue en el principio y por la cual todo se sostiene, existiendo así la unidad en la creación.

Mas por estar las gentes fuera del pacto de vida con Dios, por el cual es permitido servirse de las criaturas parcamente para mantenimiento de la salud, comen y beben para satisfacer sus bajas pasiones y haciendo a las criaturas víctimas de su sensualidad, se complacen en la inmundicia, gustan de un vivir impuro y devoran todo lo creado; esto ocurre en el mundo, en sus corrupciones, sin Dios. En consecuencia yo iba a huir de todo ello.

Pasando el tiempo, a medida que iba creciendo, mis parientes pensaron en hacerme sacerdote,<sup>2</sup> pero otros les persuadieron de lo contrario por lo que me pusieron a trabajar con un hombre, zapatero de oficio, que trataba en lanas y acostumbraba a pastorear y vender ganado, pasando mucho de todo ello por mis manos; mientras estuve a su lado la bendición fue sobre él, mas cuando lo dejé se arruinó viniendo a la nada. Durante todo aquel tiempo jamás engañé a hombre o mujer porque el poder del Señor estaba en mí y sobre mí para guardarme; mientras estuve en esta ocupación usaba en mis tratos la palabra "Verdaderamente" y entre las personas que me conocían era un decir común "Si Jorge dice verdaderamente, no hay que contradecirle." Cuando los muchachos y las personas rudas intentaban reírse de mí, los dejaba y seguía mi camino; mas en general la gente me quería por mi inocencia y honestidad.

Tendría cerca de diez y nueve años cuando estando un día en una feria por cuestiones de negocio, uno de mis primos, llamado Bradford, profesor,<sup>3</sup> que también estaba allí en compañía de otro profesor, me pidió si quería compartir con ellos un jarro de cerveza, lo que acepté por tener sed yo también, y por amar a todos aquellos que tienen el sentido del bien y que buscan al Señor. Habíamos bebido un vaso cada uno.



cuando empezaron a brindar y pidiendo por más bebida se concertaron en que pagaría todo aquél que no quisiera beber más. El que personas que habían hecho profesión religiosa pudieran comportarse de tal modo me ofendió mucho, pero aun me sentí mucho más agraviado cuando pensé que ninguna clase de persona había hecho semejante cosa ante mí; por lo que, poniéndome en pié para marcharme, metí la mano en el bolsillo y echándoles una moneda sobre la mesa, les dije. "Si esto es así, yo los dejo," y me marché. Cuando hube terminado mis asuntos volví a casa, pero no me acosté aquella noche, no hubiera podido dormir, unas veces paseaba de un lado al otro, otras rogaba al Señor, que me dijo. "Tú ves como los jóvenes van unidos a la vanidad y los viejos a la tierra, tú tienes que abandonar a todos, viejos y jóvenes, y separándote de todos, ser como un extraño entre todos."

Entonces por mandato del Señor, el día nueve del séptimo <sup>4</sup> mes de 1643, rompí toda familiaridad y convivencia con viejos y jóvenes, y dejando a mis parientes me fui a Lutterworth donde estuve algún tiempo y de allí a Northampton donde también me quedé unas semanas, pasando después a Newport Pagnell de donde, pasados unos días, me fui a Barnet en el mes cuarto, llamado de Junio,<sup>5</sup> de 1644. A medida que viajaba por el país, los eclesiásticos teniendo conocimiento de ello procuraban trabar amistad conmigo; mas yo les temía porque sentía que no poseían lo que profesaban.

Mientras estuve en Barnet, se apoderó de mí una fuerte tentación de desesperar. Entonces vi como Cristo fue tentado, sintiéndome en grandes aflicciones; algunas veces me retiraba a mi habitación y muchas otras paseaba solitario por el parque esperando al Señor. Me preguntaba por qué debían de pasarme tales cosas y examinándome dije "¿Fui yo jamás así antes?" Entonces pensé que me había portado mal con mi familia por haberla abandonado y esto me llevó a traer a mi mente todo el tiempo vivido y a considerar si es que había hecho algún daño a alguien. Pero más y más eran las tentaciones, llegando casi a la desesperación; mas no pudiendo Satanás ejecutar sus designios sobre mí por este camino, me puso lazos y trampas en las que cayera cometiendo algún pecado del que pudiera él aprovecharse para arrastrarme a la desesperación. Cuando fui presa de estas ansias tenía unos veinte años y continué todavía algunos años más en este estado, en

grandes angustias, que bien hubiera querido sacar de mí. A varios sacerdotes fui en busca de consuelo, mas no encontré consuelo en ellos.

De Barnet fui a Londres, donde tomé una habitación, y me sentí allí bajo el peso de grandes aflicciones y miserias morales porque yendo en busca de los grandes eclesiásticos de la ciudad de Londres, vi que todos estaban fuera de la luz, presos en la cadena de la oscuridad. Tenía allí un tío, un tal Pickering, Baptista <sup>6</sup> (los Baptistas eran entonces muy piadosos) y, sin embargo, ni pude comunicar a mi tío mis pensamientos, ni pude unirme con ellos, por verlos a todos, viejos y jóvenes, tal como eran. Algunas personas piadosas hubieran querido que me quedara allí, pero sentí miedo y me volví a Leicestershire otra vez, a mi casa, pues estaba preocupada por mis padres y familiares, temiendo haberlos agraviado ya que comprendía que debían de estar afligidos por mi ausencia.

De vuelta en Leicestershire, mi familia quería que me casara, pero yo les dije que no siendo más que un muchacho necesitaba primero adquirir conocimientos. Otros quisieron meterme entre los soldados, en la Banda Auxiliar,<sup>7</sup> mas yo rehusé sintiendo gran pena de que me hubieran hecho tal proposición, siendo yo un muchacho piadoso. Entonces fui a Coventry, donde, por unos días, tomé una habitación en casa de un eclesiástico, hasta que la gente trabó, conocimiento conmigo, por haber muchas personas piadosas en aquella ciudad.

Pasado algún tiempo volví otra vez a mi casa, cuando hacía ya cosa de un año que andaba en grandes penas y aflicciones, pasando muchas noches en claro. En aquellos días, el sacerdote de Drayton, mi ciudad natal, cuyo nombre era Nathaniel Stephens, venía a verme muy seguido, ya solo ya en compañía de otro sacerdote, y muy seguido yo también le visitaba; ellos daban lugar a que yo hablase, complaciéndome en hacerles preguntas y razonar con ellos. Este sacerdote, Stephens, me hizo la siguiente pregunta. "¿Por qué Cristo clamó en la cruz:" "Dios mío, Dios mío, por qué me has desamparado?" y "¿por qué dijo," "Si es posible, pase de mí este vaso; empero no como yo quiero, sino como tú." Mi respuesta fue que en aquel momento estaban sobre El los pecados de toda la humanidad, y que herido por sus transgresiones e iniquidades, las cuales eran Su carga, siendo por ellas la oferta como si fuera hombre, no murió como si fuera Dios; así es que muriendo por todos los

hombres, sufriendo la muerte por cada uno de los hombres, El fue la oferta por los pecados del mundo entero. Esto dije, por sentirme en aquellos días sumamente afectado por los sufrimientos de Cristo y por cuanto tuvo que pasar. El sacerdote dijo que muy buena y completa había sido mi respuesta, tan buena que nunca overa otra semejante; en aquella época me aprobaba en todo, diciendo a los demás grandes elogios de mí y cuanto le decía en nuestras pláticas los días de la semana lo predicaba él los primeros días, siendo esta razón por la cual no me gustaba. Más tarde, este sacerdote, se convirtió en mi gran perseguidor.

Después de esto, fui a otro antiguo sacerdote de Mancetter, en Warwickshire, con el que conversé sobre la cuestión de la desesperación y de las tentaciones; mas no comprendiendo mi estado me conminó a que tomara tabaco y a que cantara salmos : El tabaco no me gusta y en cuanto a los salmos no me sentía en disposición de cantar; no hubiera podido cantar. Entonces me dijo que volviera a verle otra vez, que me diría muchas cosas; mas cuando volví lo encontré enfadado y de mal humor por no haberle gustado mis palabras de la vez pasada, y además había contado a sus sirvientes mis angustias, penas y aflicciones, de manera que todo ello había llegado a oídos de las mozas de establo, lo cual me afligió por haber abierto mi corazón a semejante persona, aumentando mi angustia el ver que todos eran miserables en dar consuelo. Oí entonces de un sacerdote que vivía cerca de Tamworth, y después de andar siete millas para llegar hasta él, lo encontré hueco y vacío como un tonel. También oí de un tal llamado Dr. Cradock, de Coventry, y fui a verlo. Le hice preguntas sobre la cuestión de las tentaciones y de la desesperación y de como se originan en el hombre las aflicciones. Él me preguntó "¿Quiénes fueron el padre y la madre de Cristo?" y yo le respondí. "Su madre fue María y aunque Él era supuesto hijo de José, El era El Hijo de Dios." Estábamos en esto paseando juntos por su jardín, cuando, por ser el sendero estrecho, al dar una vuelta, estuve a punto de poner un pié sobre las flores, lo que puso al hombre tan furioso como si ardiera la casa. Así fue que se interrumpió nuestra plática y me marché con gran disgusto, peor de como había venido. Todos, pensé, todos son miserables en dar consuelo y todos vi que eran como nada para mí, ya que no podían llegar a comprender mi estado. Después de esto

fui a otro sacerdote llamado Macham que era tenido en gran consideración. Este quise que tomase algún medicamento y que me dejase sangrar; mas no pudieron sacar de mí una gota de sangre (por más que lo intentaron) ni de los brazos ni de la cabeza, por estar, como estaba, seco mi cuerpo; sedo de tantas angustias, penas y aflicciones, tantas y tan grandes sobre mí, que hubiera deseado no haber nacido, o haber nacido ciego, para no ver jamás vanidad e inmoralidad, y sordo, para no oír jamás palabras vanas y pecadoras o el nombre del Señor blasfemado.

Cuando venían los días llamados de Navidad, mientras los demás se entregaban a festejos y diversiones, yo prefería ir de casa en casa mirando por las viudas pobres y darles algún dinero. Cuando era invitado a una boda (como fui algunas veces) jamás asistía a ninguna, mas al día siguiente o un poco después iba a visitar a los recién casados y si eran pobres les daba algún dinero; habiéndome propuesto no ser yo una carga para los demás y administrar algo para los pobres.

Sería a principios del año de 1646, cuando dirigiéndome a Coventry, en el momento en que entraba por las puertas de la ciudad, me puse de repente a considerar como era que se decía que todos los cristianos son creyentes, así protestantes como papistas; y el Señor me reveló que si todos eran creyentes, entonces todos habían nacido en Dios, pasando de muerte a vida y siendo solamente ellos los verdaderos creyentes; pues aunque les demás dijeran serlo en realidad no lo eran. Otra vez, mientras andaba paseándome por el campo un Primer día por la mañana, el Señor me reveló que haber estudiado en un seminario no era suficiente para que un hombre pudiera ser calificado de ministro de Cristo, ni le daba las aptitudes necesarias para ello; esto me extrañó por ser contrario a la creencia general de la gente. Mas lo vi tan claro como el Señor me lo mostró, y sintiéndome satisfecho, admiré Su bondad por haberme revelado aquella mañana semejante cosa. Este fue rudo golpe para el ministerio de Stephens: ya que haber estudiado en un seminario no es suficiente para hacer apto a un hombre para ser ministro de Cristo; pero mis parientes estaban muy disgustados de que yo no quisiera ir con ellos a oír al sacerdote, prefiriendo en cambio irme solo al campo con mi Biblia. Yo les pregunté. ¿No dijo el Apóstol <sup>8</sup> a los creyentes, "La unción que habéis recibido de El, mora en vosotros y no tenéis necesidad que ninguno os enseñe, pues la unción misma os enseña

todas las cosas"? Bien sabían que esto estaba en las Escrituras y que era cierto y, sin embargo, les afligía que no me dejara sujetar sobre este punto de ir con ellos a oír al sacerdote. Viendo que ser un verdadero creyente era otra cosa de como ellos lo veían, no era posible que pudiera unirme a ellos ni a los que de ellos disentían; así fue que siendo extraño a todos, confiaba en todo en Jesucristo.

Otra vez me fue revelado que el Señor, autor del mundo, no moraba en templos hechos por la mano del hombre. Al principio esto me pareció raro porque tanto sacerdotes como seglares acostumbran a calificar sus templos e iglesias de mansiones de temor, de lugares sagrados y de templos de Dios. Mas el Señor me mostró, de manera que yo lo viera claramente, que El no mora en esos templos que el hombre manda construir y construye, sino en el corazón de los hombres; y Esteban<sup>9</sup> y el Apóstol Pablo<sup>10</sup> dan testimonio de que El no ha morado en templos edificadas por el hombre, ni aun siquiera en aquél que una vez mandó edificar, ya que El mismo lo destruyó. Su pueblo es su templo y El mora en su pueblo. Esto vi mientras cruzaba los campos hacia mi casa. Cuando llegué, me dijeron que había estado allí Nathaniel Stephens y que les había dicho que temía por mí, por andar yo en busca de otra luz. Sonreí por dentro, al oír esto, pues sabía lo que el Señor me había enseñado con respecto a él y a sus colegas; mas nada de esto dije a mis parientes, que aunque veían más allá de los sacerdotes, iban, sin embargo, a oírlos y se afligían de que yo no quisiera ir también. Pero yo citándoles las Escrituras, les expliqué que dentro del nombre había una unción que le enseñaba y que el Señor quería El mismo enseñar a los hombres.

Tuve también grandes revelaciones concernientes a lo escrito en el Apocalipsis; mas cuando hablaba de ellas, los sacerdotes y eclesiásticos decían que era este un libro sellado y hubieran querido que no me ocupara de él; pero les dije yo que Cristo podía romper los sellos y que lo escrito en ese libro era lo que más nos concernía, porque las Epístolas fueron escritas por santos que vivieron en épocas muy lejanas mientras que en el Apocalipsis estaba escrito lo porvenir.

Después de esto encontré una clase de gente que sostenía que la mujer no tiene alma, añadiendo ligeramente, no más alma que un ganso. Les reprendí y les dije que eso no era

cierto porque María había dicho "Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se alegró en Dios mi salvador."

Estando en otro sitio, fui a parar entre una gente que creían mucho en los sueños. Les dije yo que los confundirían y mezclarían, a menos de que pudiesen distinguir entre sueño y sueño, ya que hay tres clases de sueños; sueños causa de preocupaciones ; sueños que son siseos del diablo durante la noche; y los hay que es la palabra de Dios al hombre por medio de ensueños. Mas esta gente dejó al fin tales ideas convirtiéndose en Amigos.<sup>11</sup>

A pesar de que en aquellos días tenía grandes revelaciones, me sentía muy a menudo bajo el peso de grandes angustias y tentaciones, de modo que cuando día deseaba la noche y cuando noche deseaba el día; y a causa de las revelaciones que tenía en medio de mis aflicciones, pudiera haber dicho como David dijo. "El un día emite palabra al otro día, y la una noche a la otra noche declara sabiduría." Cuando tenía revelaciones se respondían la una a la otra y respondían a las Escrituras, y cuando estaba afligido también una aflicción a la otra respondía.

A comienzos del año de 1647 fui a Derbyshire, por voluntad del Señor, y me encontré allí con algunas personas acogedoras, con las cuales tuve varias reuniones y controversias. Después yendo más lejos, a la región de Peak, encontré algunas personas amables y otras poseídas de altas nociones si bien que vacías. Viajando a través de algunas partes de Leicestershire y por Nottinghamshire, encontré con gente piadosa y con una mujer muy piadosa cuyo nombre era Elizabeth Hooton, y tuve con todos ellos reuniones y pláticas. Pero mis ansias continuaban, sintiéndome muchas veces presa de grandes tentaciones; ayunaba mucho y muchos días paseaba por las afueras en sitios solitarios, y muchos otros tomando mi Biblia me iba a sentar en los árboles caídos, en sitios apartados, hasta que venía la noche, y con frecuencia las noches las pasaba paseándome desolado, porque muy grandes eran mis penas en la época en que la obra del Señor empezó en mí.

Durante aquel tiempo nunca me uní ni profesé con nadie en religión, abandoné las malas compañías y dejando también a mi padre y a mi madre y a todos mis parientes, viajaba de un lado a otro como un extraño en la tierra, a lo cual inclinaba el Señor mi corazón. Tomando una habitación en la ciudad a

donde ba me quedaba algunas veces un mes, más o menos, no atreviéndome a quedarme mucho tiempo en ningún sitio por temor de eclesiásticos y profanos, pues siendo joven y piadoso, como era, podía serme doloroso el conversar demasiado con cualquiera de ellos; por esta razón, manteniéndome apartado de los hombres iba en busca de Sabiduría divina, y adquiriendo conocimiento de las cosas por el Señor, dejé todo lo externo para confiar en todo solamente en El.

A pesar de que mis ansias y aflicciones continuaban siendo muy grandes no eran ya tan seguidas, y en algunos intervalos de calma me sentí en tal divino gozo que creía haber estado en el seno de Abraham; y de la misma manera que no encontraba palabras que pudieran expresar la miseria moral en que me hallaba, de tan grande como era, y de tanto como me oprimía, tampoco hubiera podido expresar con palabras las mercedes que recibía del Señor en mi gran infortunio, ¡ Oh, el infinito amor del Señor a mi alma cuando me sentía en tan grandes congojas! Cuando mis angustias y tormentos eran más grandes, entonces era cuando su amor lo excedía todo en grandeza.

Después de haber recibido aquella revelación, de que haber estudiado en un seminario no era suficiente para hacer apto al hombre para ser ministro de Cristo, tenía menos en cuenta a los sacerdotes y me preocupaba más de los no conformistas. Vi que había entre ellos alguna piedad, y algunos acabaron más tarde por convencerse, a causa de haber tenido algunas revelaciones. Pero así como abandoné a los sacerdotes, dejé también a los que predicaban por su cuenta y también a aquellos reputados de más experiencia, por ver que ninguno de ellos era capaz de comprender mi estado espiritual. Y cuando hube perdido todas mis esperanzas en ellos y en todos los hombres, de modo que no tenía nada externo en que apoyarme, ni podía decir que es lo que iba a hacer; entonces, ¡Oh!, entonces oí una voz que me dijo. "Uno hay, Jesucristo, que puede comprender tu estado," y al oír esto, mi corazón saltó de gozo. Entonces el Señor me dejó ver, que para que pudiera dar a El toda gloria, nadie había en la tierra que pudiera comprenderme; ya que por hallarse todos bajo pecado y presos en la incredulidad, como yo había estado, la preeminencia la tiene Jesucristo que ilumina, da gracia, da fe y da poder. ¿Cuándo

Dios hace su obra, quién puede impedirselo? ¡Ah! qué bien supe yo esto experimentalmente.

Mis deseos del Señor, se hicieron más fuertes y también mi celo por el conocimiento puro de Dios y de Cristo, solo, sin ayuda de hombre alguno, libro o escrito. Pues aunque las Escrituras que hablan de Dios y de Cristo, en realidad, no conocía a El que por revelaciones, como si El que tiene la llave hubiese abierto, y como si el Padre de la Vida me hubiere guiado a Su Hijo, por Su Espíritu. El Señor me condujo con cariño, permitiéndome ver que su amor eterno y sin límites sobrepasa todos los conocimientos que el hombre naturalmente posee, o que puede adquirir por la Historia o los libros; y este amor me dejó que me viese como era sin El, y temí toda compañía porque a través del amor de Dios, que me permitió verme como yo era, vi perfectamente como eran los demás.

Otra vez vi el amor de Dios, y me quedé atónito al ver cuan infinito era, viendo entonces lo que era reprobado de Dios y lo que entraba en el Reino de Dios, y como por Jesús, abridor de la puerta con su llave divina, dada era la entrada; vi la muerte y como ha pasado sobre todos los hombres, oprimiendo la semilla de Dios, en ellos y en mí; y como yo en la semilla de Dios seguí adelante y también que era la promesa. Así me sentía y, sin embargo parecía como si dos seres estuviesen arguyendo dentro de mí, levantándose en mi mente argumentos sobre dones y profecías; y otra vez, por varios días, fui tentado a desesperar, como si hubiese pecado contra el Espíritu Santo. Estuve perplejo y en grandes ansias, no obstante, me entregué al Señor una vez más.

Iba un día paseando por las afueras, de camino para casa, cuando me sentí elevado en el amor de Dios, de manera tal, que no pude menos de admirar Su magnitud, y mientras así me sentía se reveló en mí, por la eterna luz y poder, que todo había sido y sería hecho en Cristo y por Cristo, que conquistando al diablo tentador y destruyendo todas sus obras, lo tiene siempre bajo sus pies; y que todas estas aflicciones eran gran bien para mí y que las tentaciones, venidas de Cristo, eran la prueba que debía sufrir mi fe. Siempre que mi espíritu se velaba, mi creencia secreta se mantenía firme, sosteniéndome en lo profundo la esperanza, como ancla que anclara en el fondo del mar mi alma inmortal a su Señor espiritual, para que así nadara yo en el océano del mundo, donde son las olas



furiosas, los vientos impuros de torbellino, las tempestades, las tentaciones. Mas ¡Oh!, entonces vi mis aflicciones, pruebas, tentaciones, como nunca las había visto. Al hacerse la luz, se iluminó todo lo que fuera de la luz estaba; tinieblas, muerte, tentaciones, lo injusto, la maldad; todo, se manifestó y se vio en la luz; y después de esto apareció en mí un fuego purísimo, y vi como Él puede saciar como fuego que funde el metal y cáustico que lo purifica, y entonces, el discernimiento espiritual vino a mí, y por él discerní mis propios pensamientos, lamentos, suspiros, y que era lo que me había velado y que era lo que me había descubierto. En la luz vi que lo que no podía en paciencia resistir ni soportar el fuego, eran los lamentos de la carne, que no podía entregarse a la voluntad de Dios, y esto me había velado, y esto no podía resistir todas las pruebas, penas, angustias, dudas, y no podía someterse por sí mismo a morir por la cruz, el poder de Dios, para que el viviente y el resucitado puedan seguirle; y aquello que quisiera cubrir y velar de la presencia de Cristo—lo cuál la espada del Espíritu corta y lo cuál debe morir—no puede dejarse vivo.

Variés cosas vi entonces conforme el Señor me las mostraba, porque Él me enseñó lo que puede vivir en Su fuego sagrado purificador y puede vivir para Dios, bajo Su ley. Él me hizo comprender como la ley y los profetas fueron hasta Juan y como el último en el infinito reino de Dios es más grande que Juan.

Yo vi también las montañas ardiendo y los escombros; y los caminos pedregosos y torcidos hacerse suaves y rectos para que el Señor pudiera venir a su tabernáculo. Yo vi que enseñaban la ley muchos que hablaban de ella sin haberla conocido nunca, y vi que muchos hablaban del Evangelio de Cristo sin haber sentido nunca, en ellos, vida e inmortalidad manifiesta en la luz por el Evangelio. Y a pesar de que el Señor, en aquel día me reveló estas cosas en secreto, Su Espíritu eterno las había ya puesto a la vista de todos, como en lo alto de un campanario.

Habiendo oído que en Lancashire una mujer había ayunado por veintidós días, me puse en camino para ir a verla; mas cuando llegué, vi que estaba bajo tentación. Cuando le hube dicho cuanto sabía del Señor, la dejé. Su padre ocupaba una alta posición en la iglesia. Continuando mi camino, me detuve en Dukinfield y en Manchester por algún tiempo, declarando

la Verdad entre eclesiásticos, y hubo allí algunos convencidos que recibiendo las enseñanzas del Señor, por las cuales fueron confirmados, se mantuvieron ya siempre en la Verdad. Pero, en general, los eclesiásticos estaban furiosos, todos abogando por el pecado y la imperfección, no pudiendo resistir oír hablar de pureza ni de una vida sagrada sin pecado. Mas a pesar de estar ellos encadenados en las tinieblas, y ser presa del pecado que ahogaba en ellos la piedad y por el cual abogaban, el poder del Señor se mantenía sobre todos.

En aquellos días fui a una gran reunión, que se celebraba en Broughton, Leicestershire, de Baptistas junto con varios que se habían separado de ellos y también gente de otras ideas. No asistieron muchos Baptistas, mas había abundancia de otras gentes. El Señor abrió mi boca y la infinita Verdad fue declarada entre ellos, y el poder del Señor, que en ese día empezó a brotar, fue sobre todos ellos, teniendo yo grandes revelaciones concernientes a las Escrituras. Varias personas fueron convencidas, por aquellos lugares, que se volvieron de la oscuridad a la luz, del poder de Satanás al poder de Dios: y muchos elevaron en sus corazones alabanzas al Señor. Siempre que yo razonaba con eclesiásticos o seglares, algunos de ellos se convencían, sosteniéndose después en la Verdad.

Algunas veces continuaba bajo el peso de grandes tentaciones, y me sentía muy oprimido por sufrimientos internos, ya que fuera del Señor al que lloraba noche y día, no hallaba nadie con quien desahogarme. Volví a Nottinghamshire y allí el Señor me mostró que las injurias externas que el hombre malvado comete se originan, interiormente, en su corazón y en su mente, y llorando dije al Señor. "¿Por qué entonces debo yo de ser malvado, si nunca sentí en mí el impulso de cometer malas acciones?" Mas me respondió el Señor que era necesario que sintiera en mí todas las condiciones humanas, porque de otra manera no sabría como hablar a todos los hombres; viendo en esto el infinito amor de Dios, vi también que había un océano de oscuridad y muerte, mas que un océano de luz y amor sin límites fluía sobre el océano de oscuridad. En esto también vi el gran amor de Dios, y tuve grandes revelaciones.

Iba un día, en Mansfield, paseando por el lado de la Iglesia, cuando el Señor me dijo "Lo que la gente pisotea tiene que ser tu alimento", y al hablar el Señor me reveló que así la gente en general como los eclesiásticos pisotean la vida, incluso la

vida de Cristo; nutriéndose de palabras y alimentándose uno al otro con palabras pisotean la vida y aplastan bajo sus pies la sangre del Hijo de Dios, cuya sangre era mi vida y vivía en las vacías nociones con que hablaban de El. Me pareció extraño, al principio, que yo debiera de alimentarme de aquello que los grandes eclesiásticos pisoteaban; pero el Señor me lo reveló claramente por su eterno espíritu y poder.

Entonces vino gente a verme de cerca y de lejos, mas yo temía ser arrastrado por ellos a decir más de lo que el Espíritu me había revelado. Con todo les hablé y les hice revelaciones. Hubo uno llamado Brown que en su lecho de muerte tuvo visiones con respecto a mí y profetizó grandes cosas. Habló abiertamente de lo que yo, como instrumento del Señor, iba a proclamar, y de otros dijo que serían venidos a la nada, lo cual se cumplió en algunos que entonces parecían ser algo. Después que hubieron enterrado a este hombre, perdí el sentido, por obra del Señor, ante la admiración de muchos que viniendo a verme durante cuarenta días creyeron que estaba muerto; y me alteré tanto de cara y de cuerpo, que pareció como si todo yo hubiera sido moldeado de nuevo o cambiado. Mientras estuve en ese estado, tuve un sentido y discernimiento, que me dio el Señor, por el cual vi fácilmente que cuando la gente habla de Dios y de Cristo, la serpiente habla en ellos; pero esto es muy difícil de comprender. Sin embargo, la obra del Señor se hizo en algunos y mis penas y aflicciones empezaron a desaparecer; y derramé tantas lágrimas de alegría que pude haber llorado noche y día, en humildad y agradecimiento de corazón, con lágrimas de gozo para el Señor. Yo vi en arcanos sin fin, y cosas que no pueden ser expresadas, y de la grandeza e infinito amor de Dios lo que no puede decirse con palabras. Porque yo había sido arrebatado del verdadero océano de oscuridad y muerte, y a través y sobre el poder de Satanás, por el eterno, glorioso poder de Cristo, y también a través de la oscuridad que recubre el mundo, encerrando a todos en la muerte. El mismo poder eterno de Dios que me arrebató a través de todas estas cosas, fue el mismo que más tarde sacudió a naciones, sacerdotes y pueblos.

Yo vi la cosecha pura, y la semilla de Dios yaciendo espesa por el suelo, como el trigo que sembrado a flor de tierra, nadie hay que lo recoja; y de esto me deshice en llanto. La noticia se esparció de que yo era un joven lleno de clarividencia, por

lo que de cerca y de lejos muchos vinieron a mí; eclesiásticos, sacerdotes, seglares. El poder del Señor se manifestó, y teniendo yo grandes revelaciones hice profecías y les hablé de las cosas de Dios, que oyeron con atención y en silencio, y marchándose después esparcieron mi fama por aquellos lugares. Entonces vino el tentador, y volviendo otra vez a la carga me acusó de haber pecado contra el Espíritu Santo; mas yo no podía decir en qué. Entonces se presentó ante mí el estado de Pablo,<sup>12</sup> como después de haber sido elevado al tercer cielo, donde oyó palabras que el hombre no debe decir, porque la grandeza de las revelaciones no lo levantara demasiado, un mensajero de Satanás le fue enviado para que lo abofeteara. Así pues, por el poder de Cristo, también vencí esta tentación.

En el año de 1648, estando sentado en una casa de Amigos, en Nottinghamshire (en esa época el poder de Dios había ya abierto los corazones de muchos para que recibieran la palabra de vida y reconciliación) vi que había una grieta a través de toda la tierra, y vi un espeso humo que salía a medida que la grieta avanzaba, y vi que después de la grieta habría un temblor; y esto era la tierra en el corazón humano que tenía que agitarse antes de que la semilla de Dios germinase en ella; y así fue, porque el poder del Señor les hizo temblar a todos y entonces empezamos a tener grandes reuniones, manifestándose entre los reunidos la obra Todopoderosa del Señor, ante el asombro de sacerdotes y seglares.

Hubo una reunión de sacerdotes y eclesiásticos, en casa de un juez, y yo estaba entre ellos. Se discutía allí sobre lo que dijo Pablo<sup>13</sup> de que él no había conocido el pecado sino por la ley que dice "No pecarás," y sostenían que esto lo había dicho refiriéndose a la ley externa; mas les dije yo que habiendo, Pablo, dicho esto después de su conversión y habiendo tenido antes una ley escrita en la que había sido criado, cuando estaba en el error de la persecución, esta otra era la ley de Dios que el servía en su mente, mas otra ley en sus miembros se revelaba contra la ley del Espíritu; por eso lo que el pensó ser vida, vio más tarde que era muerte. Los más serenos de los sacerdotes y eclesiásticos cedieron y consintieron en que no era la ley externa sino la interna la que revela el pecado interno de que habló Pablo después de su conversión, porque la ley externa obra sobre la acción externa, mas la ley interna sobre el pecado interno.

Después de esto volví otra vez a Mansfield, donde se celebraba una gran asamblea de sacerdotes y seglares. Una vez allí sentí la inspiración de ponerme a orar, y tan grande fue el poder del Señor, que pareció como si la casa temblara de arriba abajo. Terminado que hube, algunos de los eclesiásticos dijeron que era aquél como en los días de los Apóstoles, cuando se estremecía la casa donde ellos estaban. Después de mí, uno de los eclesiásticos quiso también orar, pero ello no trajo sino confusión y tinieblas sobre todos ellos. Se indignaron con él los otros eclesiásticos y le dijeron que estaba bajo tentación; entonces él acercándoseme, me pidió que orase de nuevo, lo que no hice, porque yo no puedo orar por mera instigación humana.

Poco después, tuvieron los eclesiásticos otra gran reunión a la que asistía un capitán llamado Amor Stoddard. Disertaban ellos sobre la sangre de Cristo, cuando en el curso de la polémica, por inmediata inspiración del Espíritu invisible, vi la sangre de Cristo. Y exclamé diciéndoles. "¿No veis la sangre de Cristo? Vedla en vuestros corazones y en vuestras conciencias para purificarlos de las acciones carnales y así ponerlos al servicio de Dios." Porque yo la vi, la sangre del Redentor entrando en el corazón. Esto asombró a los eclesiásticos, que consideran la sangre de Cristo como algo externo a ellos pero no en ellos, mas el capitán Amor Stoddard se conmovió, y viendo como querían hundirme con mucha palabrería, les dijo: "Dejad al joven que hable, escuchad sus palabras."

Después de haber prestado servicio por aquellos lugares, atravesé Derbyshire hasta llegar de nuevo a Leicestershire, donde yo nací, consiguiendo la conversión de varias personas piadosas. Yendo para allá, me encontré, en Warwickshire, con un grupo de eclesiásticos que oraban y enseñaban las Escrituras en el campo; me dieron la Biblia y abriéndola yo en el capítulo quinto de Mateo, donde Cristo expone la ley, les expliqué su sentido interno y su sentido externo, pero mis explicaciones dieron lugar a una terrible contienda que terminó marchándose cada cual por su lado sin ponerse de acuerdo; mas el poder del Señor continuaba su obra.

En Leicestershire, yendo de camino por los campos, sentí la necesidad de ir a Leicester y cuando llegué oí de una gran reunión, que se iba a celebrar allí, en la que Presbiterianos, Independientes Baptistas y miembros de la iglesia episcopal inglesa tomaban parte para disentir sus diferencias. La asamblea

tenía lugar en una iglesia y allá fui a escuchar sus discursos y razones confundido con el gentío que era en abundancia; estando algunos sentados en bancos y situándose el predicador en el púlpito. Finalmente, una mujer interrogó al sacerdote sobre el sentido de aquellas palabras de la epístola primera de Pedro, que dicen. "Siendo renacido no de simiente corruptible, sino incorruptible por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre." "¿Qué clase de nacimiento es ese?", preguntó. El sacerdote, que antes había dado libertad de hablar a todo el mundo, por toda respuesta le dijo: "yo no permito que una mujer hable en la iglesia." Entonces, sintiéndome envuelto, como en un raptó, por el poder del Señor, me subí a un banco y pregunté al sacerdote. "¿Llamas tú iglesia a este edificio? ¿o llamas tú iglesia a la multitud?" Ya que, al interrogarle la mujer, debió de haberle respondido, por haber dado libertad a todo el mundo de que hablara. Mas en lugar de responderme, me preguntó el sacerdote. "¿Qué es pues una iglesia?" Y yo le respondí, que iglesia era el terreno y pilar de la verdad, construido de piedras vivas, miembros vivos, hogar espiritual del que Cristo es la cabeza; pero que Cristo no era la cabeza de una multitud heterogénea o de una casa vieja construida con cal, piedras y madera.

Esto los encendió a todos, se bajó el sacerdote del púlpito, dejó la gente sus bancos y se deshizo la reunión. Pero yo me fui a una gran posada y allí continué la discusión con sacerdotes y eclesiásticos de todas clases, estando todos ellos como sobre ascuas. Mas yo sostuve la verdadera iglesia y su verdadera cabeza en contra de todos, hasta que cediendo se marcharon. Un hombre había allí que parecía ser bueno, y que por un momento dio a entender como que se me unía, mas pronto se volvió contra mí y junto con un sacerdote se pusieron a abogar por el bautismo de los niños, a pesar de que él había sido Bautista,<sup>14</sup> anteriormente; en consecuencia me dejó solo. Sin embargo, varios se convencieron aquel día, entre ellos la mujer que había interrogado al sacerdote con toda su familia; brillando sobre todos la gloria y el poder del Señor.

Después de esto volví a Nottinghamshire y me fui al valle de Beavor; y así como andaba, predicaba el arrepentimiento entre la gente, convenciéndose muchos en varios pueblos, en el valle de Beavor, a consecuencia de haberme quedado entre ellos algunas semanas. Estaba una mañana sentado cerca del fuego,

cuando sentí cómo si una gran nube descendiera sobre mí y me asaltó una tentación. Permanecí inmóvil. La tentación dijo: "Todas las cosas vienen de la naturaleza." Los elementos y las estrellas vinieron sobre mí, sintiéndome como envuelto en todo ello. Mas como yo continuaba sentado y quedo, una voz de verdad salió de mí, que dijo: "Es el Dios viviente, quien hace todas las cosas," e inmediatamente la nube y la tentación desaparecieron, renaciendo la vida sobre todo, y sintiendo mi corazón lleno de alegría ensalcé al Señor viviente.

Pasado algún tiempo, encontré a cierta gente que tenía la idea de que Dios no existía y de que todo venía de la naturaleza. Tuve con ellos grandes controversias y los derroté consiguiendo que algunos confesaran que existía un Dios de vida. Y entonces comprendí el bien que me había hecho la tentación pasada. Tuvimos grandes reuniones por aquellos lugares, ya que el poder del Señor irrumpió por aquella parte del país. Volviendo a Nottinghamshire, encontré junto con otros, un grupo de baptistas que andaban divididos entre sí, y el poder divino obró poderosamente encauzando a muchos de ellos. Fui después a Mansfield y lugares de alrededor, donde el poder del Señor se manifestó también en toda su magnificencia. En Derbyshire brilló la gloria del Señor en toda su belleza; estaba celebrándose una reunión de amigos en Eaton, cerca de Derby, cuando se sintieron todos estremecidos, y sus bocas se abrieron en el poder del Señor, y muchos fueron inspirados por Dios, de ir por los templos a declarar la eterna verdad a sacerdotes y seglares.

Un día, estando en Mansfield, supe que había una reunión de jueces para deliberar sobre las condiciones de contrato de los sirvientes; encaminado por el Señor, fui a verlos para decirles que no oprimieran a los criados en sus salarios. Llegué a la posada donde se reunían, pero encontrándola invadida por una compañía de músicos, no entré, esperando que al día siguiente tendría una más seria oportunidad de hablar con los jueces. Mas al volver la mañana siguiente me encontré con que se habían marchado, lo que me produjo tal efecto que no veía por mis ojos. Pregunté al posadero donde se reunían y al contestarme que en un pueblo situado a ocho millas de distancia, sentí que la vista me volvía, y me marché a ese pueblo tan de prisa como pude. Cuando llegué a la casa donde los jueces estaban reunidos con muchos sirvientes, los exhorté

a que fueran rectos y justos dando a los criados los salarios que les correspondiesen, y dirigiéndome después a estos los exhorté también a que cumplieran con sus deberes sirviendo honestamente. Todos me escucharon de muy buena manera, por ser el Señor quien me había encaminado hacia ellos.

Me recorrí además varios templos y tribunales predicando la justicia y la equidad, amonestando a la gente de que se guardara de oprimir y de abusar de juramentos, y que, apartándose del error, volviesen al Señor para vivir como el justo. Particularmente en Mansfield, después de asistir a una sesión del tribunal, fui a ver a uno de los hombres de peor reputación en el país; coplero, famoso por sus borracheras y explotador de prostitutas; reprendí le por sus malas acciones y le insté al temor de Dios. Acabada mi reprimenda y habiéndolo dejado, me siguió para decirme que había quedado tan anonadado cuando le hablé que apenas sentía en él fuerza alguna. V así se convenció este hombre que, apartándose de la maldad y con gran admiración de la gente que lo conocía, fue desde entonces sobrio y honesto. Así la obra divina iba abriéndose paso y en el transcurso de aquellos años de 1646, 1647 y 1648 fueron muchos los que pasaron de las tinieblas a la luz. En varios lugares se formaron sociedades de Amigos para escuchar las enseñanzas de Dios, por obra de su luz, espíritu y poder; ya que el ímpetu divino irrumpía a través de todo de un modo cada vez más admirable.

Así me elevaba yo en espíritu pasando, a través de la espada de fuego, al paraíso de Dios. Todo era nuevo para mí. La fragancia de la creación entera era tan diferente de antes, que las palabras son poco para expresarlo. No conocía más que pureza inocencia y rectitud; siendo renovado, por obra de Jesucristo, a imagen de Dios, a estado de Adán antes de su caída. La creación me fue revelada y me fue enseñado como todas las cosas tienen nombres de acuerdo con su naturaleza y sus virtudes. Viendo pues como por gracia del Señor me era dado conocer la naturaleza y virtud de las cosas, estuve un tiempo vacilando mentalmente, por si debía de estudiar medicina para el bien de la humanidad, pero pronto mi espíritu fue arrastrado a la idea de un estado más sólido aun que el de la inocencia de Adán, es decir, un estado en Jesucristo que nunca debía de fallar. Y el Señor me enseñó que aquel que le es fiel en el poder y la luz de Cristo, debe de llegar al estado de Adán



antes de su caída, en cuyo estado las obras admirables de la creación y sus virtudes pueden ser conocidas por revelaciones de aquella sabia Palabra de Sabiduría y poder por la cual han sido hechas.

Me guió el Señor a tan grandes cosas y vi tan claro en bellas profundidades, que las palabras no pueden expresarlo, pues a medida que el hombre se sujeta al espíritu de Dios y crece a su imagen y en el poder del Altísimo, puede recibir la palabra de sabiduría que abre todas las cosas y llegar a conocer la unidad oculta en el Ser Eterno.

Viajé así al servicio de Dios, doquiera quiso El guiarme y cuando llegué a Nottingham la poderosa fuerza de Dios era ya allí entre los Amigos. De allí pasé a Clawson, Leicestershire, en el valle de Beavor, y el poder del Señor era allí, y también en varios pueblos y aldeas donde había Amigos reunidos. Mientras estaba allí, el Señor me hizo tres revelaciones relativas a esas tres grandes profesiones del mundo; medicina, ministerio divino (así llamado) y leyes. Me enseñó que los médicos estaban fuera de la sabiduría de Dios, por la cual las criaturas son hechas, y que por lo tanto no conocían las virtudes de las criaturas por ignorar la palabra de sabiduría que las ha creado. Me enseñó que los sacerdotes estaban fuera de la verdadera fe, de la que Cristo es el autor; de esa fe que purifica y da victoria y acceso a Dios, que se deleita en ella, y cuyo misterio sólo se sostiene en la conciencia pura. Y me enseñó también que los abogados estaban fuera de la equidad, de la verdadera justicia y de la ley de Dios; de esa ley que cayó más allá del primero que la violó así como sobre todo pecado, y que responde al Espíritu de Dios, herido y violado en el pecador: y estos tres hombres, el médico, el sacerdote y el abogado gobiernan el mundo fuera de la sabiduría, fuera de la fe y fuera de la equidad y de la ley de Dios; el uno, pretendiendo curar el cuerpo, el otro el alma, y el tercero pretendiendo proteger la propiedad de la gente. Pero yo vi como todos ellos estaban lejos de la sabiduría, de la fe, de la equidad y de la ley perfecta de Dios. A medida que el Señor me revelaba estas cosas, yo sentía que su poder, sobreponiéndose a todo, podía reformarlo todo si los hombres quisiesen recibirlo e inclinarse ante Él. Los sacerdotes podían ser reformados y traídos a la verdadera fe, que es don de Dios. Los abogados podían ser reformados y traídos a la ley de Dios, la cual

responde a lo que de Dios es transgredido en cada uno e impulsa a amar al prójimo como a sí mismo, y hace ver al hombre que si engaña a su prójimo se engaña a sí mismo y le enseña que haga a los demás como quisiera que los demás hicieran a él. Los médicos podían ser reformados y traídos a la sabiduría divina, por la cual han sido hechas y creadas todas las cosas, para que así puedan alcanzar el justo conocimiento de las criaturas y comprender las virtudes que la palabra de sabiduría, autora y sostenedora, les ha dado.

Yo vi como la gente leía las Escrituras sin un justo sentido de ellas y sin aplicarlas debidamente a sí mismos. Porque cuando leen que reinó la muerte desde Adán a Moisés; que la ley y los profetas fueron hasta Juan; y que el último en el reino de los cielos es más grande que Juan, todo esto lo aplican a otros, pero no tratan de encontrar en sí mismos la verdad de ello. Mas a medida que todo esto se me revelaba, yo veía la muerte reinando, sobre ellos, desde Adán a Moisés; desde que entraron en la trasgresión hasta que llegaron a la institución de la condenación que libra a la gente de la muerte impidiéndoles cometer pecado. Entonces, una vez pasada la administración de Moisés, viene a ser leído y comprendido el ministerio de los profetas, el cual pasando por las imágenes, símbolos y sombras llega a Juan, el más grande profeta nacido de mujer; cuyo ministerio prepara el camino del Señor, echando abajo las montañas altivas y haciendo llanos los senderos; y pasado este ministerio se llega a divisar una entrada en el infinito reino de los cielos. Así yo vi que nadie podía leer bien a Moisés sin poseer el espíritu de Moisés, por el cual Moisés vio como era el hombre a la imagen de Dios en el paraíso, y como cayó, y como vino sobre él la muerte, y como todos los hombres han estado bajo esta muerte. Yo vi como recibió Moisés la ley pura que se cernió sobre todos los pecadores; y como los animales puros, que eran imágenes y símbolos, fueron ofrecidos cuando la gente entró dentro de la ley justa que se cernió sobre la primera trasgresión. Así Moisés como los profetas vieron a través de símbolos e imágenes, y más allá de ellos vieron a Cristo, el gran profeta, que iba a venir a realizarlos. Yo vi que nadie podía leer las palabras de Juan, y darles su verdadero sentido, sino era en y con el mismo Espíritu divino por el cual Juan las habló, y por su ardiente luz radiante que Dios envía. Así yo vi que era cosa fácil el

decir que la muerte reinó desde Adán a Moisés; y que la ley y los profetas fueron hasta Juan; y que el último en el reino de los cielos es más grande que Juan; mas nadie podía saber como la muerte reinó de Adán a Moisés sino era por el mismo Espíritu Santo en que estaban Moisés, los profetas y Juan; no pudiendo tampoco comprender el sentido espiritual de las palabras de Moisés, los profetas y Juan, ni ver sus senderos y derroteros, ni mucho menos ver, a través de ellos y después de ellos, el reino de los cielos, de no poseer el Espíritu y luz de Jesús; ni tampoco podían comprender las palabras de Cristo y sus apóstoles sin poseer Su espíritu. Mas a medida que el hombre pasando por el Espíritu y poder de Dios llega a Cristo, que cumple las imágenes, símbolos, sombras, promesas y profecías que fueron de Él, y es guiado por el Espíritu Santo a la verdad y sustancia de las Escrituras, reclinado en El que es el autor y fin de ellas; entonces es cuando son leídas y comprendidas con provecho y gran deleite.

Además cuando yo fui elevado a Su imagen, en rectitud y santidad, y al paraíso de Dios, El me dejó ver como Adán fue hecho alma viviente, así como la magnitud de Cristo, el oculto misterio de tantos años y generaciones; todo lo cual es muy difícil de formular no pudiendo ser comprendido por muchos. De todas las llamadas sectas de la cristiandad con las cuales había yo discutido, ninguna encontré que tolerase que se puede volver a la perfección de Adán, es decir, a aquella imagen de Dios, a aquella rectitud y santidad en que estaba Adán antes de su caída, siendo limpio, puro y sin pecado, como él era. En consecuencia, ¿cómo podían admitir que se dijera que hombre alguno pudiese elevarse a la altura de la magnitud y plenitud de Cristo, si no podían admitir que nadie, sobre la tierra, pudiese llegar al poder y espíritu en que estaban apóstoles y profetas? Y, sin embargo, es verdad absoluta que nadie entenderá sus palabras, sino posee el mismo Espíritu que les inspiró a escribirlas.

Cierto día, paseando por el campo, me dijo el Señor "Tu nombre está escrito en el libro del Cordero de la vida, que ya existía antes de la creación del mundo." Y al decirme esto el Señor, creí, y lo vi en el nuevo nacimiento. Algún tiempo después, el Señor me mandó ir por el mundo, que, era como selva llena de abrojos. Y el mundo se enfureció, bramando cual las olas furiosas del mar cuando por el fuerte poder de Dios entré

en él, con la Palabra de Vida en mis labios. Sacerdotes y eclesiásticos, magistrados y gente común, todos estaban como el mar embravecido cuando fui a proclamarles el día del Señor y a predicarles arrepentimiento.

Yo fui mandado a volver a la gente de la oscuridad a la luz, para que pudiesen recibir a Jesucristo; porque yo sabía que Él daría poder de ser hijos de Dios a tantos como pudieran recibir a Él en Su luz, el cual poder había yo obtenido por haber recibido a Cristo. Yo era el que debía dirigir a la gente hacia el Espíritu que inspiró las Escrituras, por el cual serían guiados a la verdad absoluta, hasta Cristo y hasta Dios, como aquellos que las habían escrito. Yo iba a volverlos a la gracia de Dios, y a la verdad en el corazón que viene de Jesús; que por esta gracia ellos pudieran ser enseñados, lo que les traería la salvación, y que sus corazones pudieran serenarse por ello y que sus palabras fuesen bellas y dulces y que todos pudiesen llegar a conocer su salvación. Yo vi que Cristo murió por todos los hombres, siendo la víctima propiciatoria por todos, y que ilumina a todo hombre y mujer con Su luz divina y salvadora, y que sólo pueden ser verdaderos creyentes aquellos que en esto creen. Yo vi que la gracia de Dios, que trae la salvación, se aparece a todo hombre, y que la manifestación del Espíritu Santo es dada a todo hombre, para que de ella aproveche. Y estas cosas no vi por ayuda de hombre, ni por la letra, a pesar de que con letras están escritas; mas vilas en la luz de Jesucristo y por su inmediato Espíritu y poder, como las vieron los hombres santos de Dios que las Escrituras escribieron. Mas no por esto tenía yo en poca estima las sagradas Escrituras, preciosas para mí, por sentirme en el mismo Espíritu de los que las habían escrito y, como más tarde descubrí, cuanto el Señor me reveló, bien se acordaba con ellas. Mucho pudiera yo hablar y volúmenes enteros escribir sobre ellas, mas todo hubiera sido poco para expresar el infinito amor, sabiduría y poder de Dios en prepararme, y darme medios para el servicio a que me había destinado, dejándome ver por un lado los abismos de Satanás, y, revelándome por otro, los divinos misterios de su propio Reino sin fin.

Cuando el Señor Dios y su hijo Jesucristo me enviaron por el mundo a predicar su Evangelio infinito y su Reinado, me sentí feliz de ser el enviado que volvería la gente hacia esa luz interior, Espíritu y gracia, por los cuales todos podían

conocer su salvación y su camino hacia Dios, y también hacia ese Espíritu Divino que podía guiarlos a toda Verdad, y que yo sabía infaliblemente que nunca podía decepcionar a nadie.

Así fue, que, con y por este poder y espíritu de Dios, y por la luz de Jesús, yo iba a apartar a la gente de sus propios senderos para encaminarla a Dios, nuevo camino viviente, y a sacarla de sus iglesias que el hombre ha construido para llevarla a la Iglesia de Dios, asamblea general escrita en el cielo, de la cual Cristo es la cabeza; y a apartarla de las enseñanzas mundanas, inventadas por el hombre, para que aprendiera en Cristo, que es el Camino, la Verdad y la Vida, y de quien el padre dijo: "Este es mi Hijo amado, oídle." Y también iba a apartarla de sus adoraciones mundanas para que conociendo el contenido immanente del Espíritu de la Verdad, se dejase guiar por él y pudiese adorar en él al Padre de los Espíritus, que busca al que lo adora; y aquél que no lo adora en el Espíritu de la Verdad, no sabe lo que adora. Yo iba a apartar a la gente de toda vana religión mundana para que conociera la religión pura, pudiera consolar a huérfanos, viudas y expatriados, y pudiera conservarse limpia de toda mancha; que no hubiera así tantos mendigos a cuya vista mi corazón se encogía, ya que son la prueba de tanta dureza de corazón por parte de aquellos que dicen profesar el nombre de Cristo. Yo iba a apartarlos a todos de sus comuniones mundanas, plegarias y cánticos, que se sostienen en formas sin poder, para que sus comuniones fuesen en el Espíritu Santo y en el eterno Espíritu de Dios; para que rogasen en el Espíritu Santo, y para que cantasen en el Espíritu y con la Gracia que viene de Jesús, entonando en sus corazones melodías para el Señor que mandó a Su Hijo amado para que fuera su Salvador, y que nos manda su sol divino que brilla sobre la tierra y su lluvia divina que cae así sobre el justo como sobre el pecador, de igual modo que su sol de fuego brilla y su lluvia de agua cae sobre el justo y sobre el pecador. Demostrando así Su inexpresable amor al mundo.

Era yo quien tenía que apartar a la gente de ceremonias judías, fábulas paganas e inestables doctrinas mundanas que el hombre ha inventado y con las que descarría a los pueblos de secta en secta, por éste o por el otro camino; de sus seminarios con sus pobrísimas nociones para formar ministros de Cristo que son ministros de su propia confección, mas ciertamente no de Cristo; de todas sus imágenes, cruces y aspersion de

recien nacidos, con todos sus llamados días santos y todas sus vanas tradiciones que han sido instituidos desde los días de los Apóstoles, y contra todo lo cual se erigía el poder de Dios, y en cuyo temor y autoridad me sentí dirigido a declararme en contra de todos ellos y en contra de todos los que por dinero predicaban, como si de balde no lo hubieran recibido de Cristo.

Además, cuando el Señor me ordenó que fuera por el mundo me prohibió que me quitara el sombrero ante nadie, humilde o poderoso, y me requirió a que tratase de tú a todo hombre o mujer, sin distinción entre grandes o chicos, ricos o pobres. Viajando de un lado para otro no debía de andar saludando a la gente haciendo cumplidos, ni debía de inclinarme ante nadie, todo lo cual enfurecía a todas las sectas y profesiones. Mas el poder del Señor me llevó a Su gloria por encima de todo, consiguiendo que muchos volvieran a Dios en poco tiempo, porque el divino día del Señor irrumpía veloz en todo su esplendor y por su luz muchos consiguieron ver en donde estaban.

En esta época me dediqué a la penosa tarea de ir por los tribunales a clamar por justicia, hablando y escribiendo a los jueces para que sentenciaran justamente; amonestando a los que tenían tabernas para que no dejaran beber a la gente más de lo que fuere conveniente para su salud y protestando contra las fiestas, saraos, romerías, juegos y teatros que llevan a las gentes a la vanidad y a la perdición, apartándolas del temor de Dios y siendo cabalmente en aquellas festividades dedicadas a días santos cuando más se deshonraba a Dios con tales prácticas. También iba por ferias y mercados a protestar contra los que engañaban y engatusaban vendiendo mala mercancía, amonestando a todos de que comerciaran honestamente diciendo siempre la verdad, que su sí fuera SÍ y que su no fuera NO, haciendo con los demás como quisieran que los demás hiciesen con ellos y recordándoles el gran y terrible día del Señor que había de llegar para todos. Me impulsó también el Señor a protestar contra toda clase de música, y contra los saltimbanquis que con sus pantomimas en los escenarios, mancillan la vida pura, perturbando a la gente con pensamientos vanos. Me ocupé también mucho de los maestros y maestras de escuela, exhortándolos a que educaran a los niños en la sobriedad y en el temor del Señor, para que así fueran criados lejos de toda ligereza, vanidad y perversidad, y también exhorté a los padres de familia de que cuidaran que sus

niños y sirvientes fuesen enseñados en el temor del Señor, empezando ellos mismos por ser ejemplos de sobriedad y virtud.

También me ocupé de los astrólogos que apartan los pensamientos de la gente, de Cristo, Estrella radiante de la mañana, y del sol de justicia, por el cual, sol, luna, estrellas y todo lo demás fue creado, y el cual es la sabiduría de Dios, y del cual se recibe el justo conocimiento de todas las cosas.

Mas el espíritu carnal de los sacerdotes emponzoñaba mi vida, y cuando oía el tañido de la campana llamando a la gente para que se reuniera en la iglesia se me destrozaba el alma, porque, al igual que la campana del mercado, parecía como si el sacerdote también reuniese a la gente con objeto de mostrarle su mercancía para vender. ¡Oh, las enormes sumas de dinero que han sido acumuladas por todos ellos, desde el obispo más alto al sacerdote más pequeño, predicando y traficando con las Escrituras! ¿Qué otro negocio en el mundo puede comparársele? Y, sin embargo, las Escrituras fueron dadas de balde, y los profetas y apóstoles denunciaron a todos los mercenarios de la palabra de Dios, ministros de Cristo por dinero. Mas, imbuido del generoso Espíritu del Señor Jesucristo, yo fui enviado a predicar de balde la palabra de vida y reconciliación para que así todos pudieran ir a Cristo que da de balde y que renueva a la imagen de Dios, en la cual fueron hombre y mujer antes de su caída, a fin de que puedan sentarse en divino sitial, junto a Jesucristo.

#### NOTAS AL MARGEN

1. En este caso, animales para comer.
2. Por sacerdote Fox se refiere siempre a. todo el que recibe un salario por sus servicios a la iglesia, sea ésta cual fuere.
3. Profesor en religión.
4. Fox no usará en todo el libro otra denominación para los meses o días de la semana; el Domingo será el "Primer día" y así sucesivamente.
5. Hasta 1752 el año inglés empezaba en Marzo.
6. Una de las sectas protestantes.
7. En esta época, Inglaterra estaba en plena guerra civil.
8. Primera epístola de Sn Juan, cap. 2, ver. 27.
9. Hechos de los Apóstoles, cap. 7, ver. 48.
10. Hechos de los Apóstoles, cap. 17, ver. 24. y Epístola a los Hebreos, cap. 11, vers. 11 y 24.
11. *Amigos*, es el nombre que se dan los Quákeros entre sí.
12. Segunda epístola a los corintios, cap. 12, vers, del 1 al 7.
13. Epístola a los romanos, cap. 7.
14. Los baptistas se bautizan cuando adultos.

## CAPÍTULO II

### Servicios y Sufrimientos 1649-1651

Iba hacia Nottingham en compañía de varios Amigos, un Primer día por la mañana, para celebrar allí una reunión; cuando desde la cima de una montaña que dominaba la ciudad me detuve a observar el campanario de la iglesia; y me dijo el Señor, "Tú tienes que ir ahí a clamar contra el gran ídolo y contra los adoradores que ahí están." Mas sin decir nada de esto a los Amigos que conmigo estaban, seguí con ellos hasta el lugar de la reunión, donde el poder del Señor fue entre nosotros, y en Él los dejé marchándome a la iglesia. Cuando llegué la gente allí reunida parecía un campo árido y el sacerdote sobresalía en el púlpito como un promontorio de tierra. Había tomado como texto para su sermón aquellas palabras de Pedro que dicen, "Tenemos también la Palabra profética más permanente, a la cual hacéis bien de estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro hasta que el día esclarezca, y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones." Y explicaba al pueblo que esta Palabra era las Escrituras, a las que debían sujetar todas sus doctrinas, religiones y opiniones. Al oír esto, tan poderoso fue sobre mí el poder del Señor y tan fuerte en mí que no me fue posible contenerme y gritando dije, "Oh, no, esto no es las Escrituras" y les expliqué lo que era, o sea, el Espíritu Santo que inspiró las Escrituras a los hombres santos de Dios, y al cual tienen que supeditarse opiniones, religiones y juicios, porque ello guía a la verdad absoluta dando así el conocimiento de toda verdad. Los judíos también tienen las Escrituras y, sin embargo, se resisten al Espíritu Santo y rechazan a Cristo, la estrella resplandeciente de la mañana, y persiguiendo a Cristo y a sus Apóstoles tomaron sobre sí el ajustar sus doctrinas a las Escrituras, pero erraron en su juicio y no las ajustaron bien porque lo hicieron sin el Espíritu Santo. En esto estaba, cuando se presentaron los guardias y sacándome de allí me llevaron a una cárcel sucia y hedionda de tal manera, que el hedor de su



letrina llagaba hasta mi celda llevado por el viento, y este hedor penetrando por mi nariz y garganta, poco faltó para que me asfixiara.

Pero esto no impidió que aquel día el poder del Señor sonara en los oídos de la gente de modo tal, que sorprendidos de su voz continuaron oyéndola por mucho tiempo, tan a lo profundo les llegó el poder del Señor en la iglesia. Llegada la noche, me llevaron ante el alcalde, regidores y alguacil de la ciudad y, aunque cuando me introdujeron a su presencia, el alcalde estaba colérico e impertinente en extremo, el poder del Señor lo apaciguó. Me interrogaron largamente, explicándoles yo como fue que el Señor me había impulsado a venir; y después de cruzarse entre nosotros algunas razones, me mandaron otra vez a la prisión: mas poco después, el alguacil principal, John Reckless, me mandó a buscar para que me llevasen a su casa, y cuando entré en ella, su mujer, que me esperaba en el vestíbulo, dijo, "La Salvación viene a nuestra casa", y tomándome de la mano, se la veía embellecida por el poder del Señor Dios; y su marido y los niños y los sirvientes también estaban todos muy cambiados, porque el poder del Señor era en ellos. Viví entonces en casa del alguacil y celebramos en ella grandes reuniones a las que asistieron algunas personas de elevada condición social en el mundo, y se apareció eminentemente entre ellos el poder del Señor.

Un día, este alguacil mandó por el otro alguacil y por una mujer con la que ambos habían tenido tratos, en cuestiones de negocios, y delante del otro alguacil dijo a la mujer que habiéndola engañado en sus tratos con ella (ya que él y el otro alguacil eran socios) estaban obligados a restituírle lo que en justicia le debieran; esto dijo, alegre en gran manera, mas el otro lo desmintió y la mujer aseguró que no sabía de que le estaba hablando; sin embargo, el alguacil honesto insistió en que así era y que bien lo sabía el otro, y, habiendo descubierto el asunto, reconoció el mal que ambos habían cometido y devolviendo a la mujer cuanto él por su lado le debía, exhortó al otro alguacil a que hiciese lo mismo.

El poder del Señor que moraba en este alguacil honesto, operó en él un fuerte cambio, y tuvo grandes revelaciones. Un día, que era de mercado, se paseaba conmigo por la habitación, en zapatillas, cuando de repente me dijo, "Yo tengo que ir al mercado a predicar al pueblo el arrepentimiento", y así como

lo dijo se fue, tal como estaba en zapatillas, al mercado y por las calles predicando el arrepentimiento; y como otras varias personas de la ciudad, se habían también sentido inspiradas de ir a hablar al alcalde y a los magistrados y a la gente, exhortándolos a todos al arrepentimiento, resultó que a consecuencia de todo ello los magistrados indignados, dieron orden de que me fuesen a buscar a casa del alguacil y de que me metiesen en la cárcel común. Cuando llegó la vista, uno hubo que se ofreció por mí, cuerpo por cuerpo y la vida incluso; mas cuando fue que tenía yo que ser llevado a presencia del juez, su cedió que el hombre mandado por el alguacil se retrasó algo en conducirme a la casa de sesiones, y cuando llegamos, el juez se había ya marchado; pero por lo que pude comprender, el juez, que estaba molesto conmigo, había dicho que bien hubiera amonestado a ese joven si se lo hubiesen puesto delante, llamándome así porque entonces estaba yo detenido bajo el nombre de "el joven." En resumen que me volvieron a llevar preso, y me metieron otra vez en la cárcel común. Sin embargo, el poder del Señor era grande entre los Amigos; pero el pueblo se amotinó y el gobernador del castillo tuvo que mandar soldados para que lo dispersara, después de lo cual se tranquilizó; pero así sacerdotes como seglares estaban atónitos de como se manifestaba el poder del Señor, volviéndose piadosos varios de los sacerdotes y confesando algunos el poder del Señor.

Después que hube salido de la prisión de Nottingham, en donde pasé algún tiempo, seguí viajando como antes al servicio del Señor. Estando en Mansfield, fui un día al asilo de aquella localidad, y vi allí a una mujer perturbada, con el pelo todo desgreñado, a la que el médico intentaba sangrar inútilmente, pues a pesar de que estaba atada y de que varias personas la sujetaban violentamente, no conseguía sacarle sangre. Entonces yo pedí que la soltasen y que la dejaran sola, pues comprendí que ninguna de aquellas personas podía llegar al espíritu que tenía dentro y que la estaba atormentando. La soltaron, y sintiéndome inspirado le pedí en nombre del Señor que se tranquilizase, a lo cual obedeció, y después que le hube hablado, el poder del Señor serenó su mente, se curó, y mas tarde recibió la Verdad en la que perseveró hasta su muerte; siendo así honrado el nombre del Señor, al que pertenece la gloria de todas sus obras. Muchas cosas grandes y mara villosas fueron llevadas a cabo, en aquellos días, por el divino

poder; porque desnudando el Señor su brazo omnipotente, manifestó su poder, para asombrar de muchos, que vieron como por su virtud curativa muchos fueron librados de grandes enfermedades y los malos espíritus fueron sujetos por su nombre, de lo cual pueden citarse ejemplos particulares, que fueron más de lo que este siglo descreído merece. Mas bendito sea eternamente el nombre del Señor, e infinitamente honrado, y sobre todo ensalzado y magnificado sea el brazo de su glorioso poder, por el cual tantos hechos gloriosos El ha llevado a cabo; y dejemos que el honor y renombre de todas sus obras, a El solo sean adscritos.

Estaba en el asilo de Mansfield, un Primer día, cuando me sentí impulsado a ir a la iglesia a declarar la Verdad al sacerdote y a la gente; pero cuando llegué la gente cayó sobre mí con tal rabia, que tirándome por el suelo poco faltó para que sofocándome no me ahogaran, y pegándome cruelmente con las manos, las Biblias y bastones me levantaron luego, a pesar de lo difícil que me era el tenerme en pie, y me pusieron en un cepo donde me dejaron por varias horas, y trayendo después los látigos que usan para los perros y para los caballos, me amenazaron con darme de latigazos, y me tiraron piedras mientras estaba sentado en el cepo. Pasadas unas horas, me llevaron a presencia del magistrado, que estaba en casa de un caballero de alta condición social, donde había también muchas personas importantes, los cuales al ver los malos tratos de que había sido víctima, me pusieron en libertad después de amonestarme mucho. Pero la gente ruda me echó del pueblo apedreándome y amenazándome con pistolas, por haberles predicado la Palabra de Vida. Mucho me costó después andar o sostenerme en pie a causa de lo magullado que estaba, y con gran esfuerzo conseguí andar cerca de una milla, encontrándome entonces con una gente que me dio ayuda y consuelo, pues también internamente estaba magullado, mas el poder del Señor vino a mí y me curó de todos mis males, sintiéndome muy feliz porque aquel día algunos se convencieron de la Verdad del Señor, volviendo a sus enseñanzas.

Continuaba viajando cuando oí de una gente que estaba en la cárcel, en Coventry, por cuestiones religiosas, y mientras iba de camino para la prisión la palabra del Señor vino a mí, y me dijo. "Mi amor fue siempre por ti, y tú eres en mi amor", y me sentí maravillado con el sentimiento del amor de

Dios y muy fortalecido interiormente; pero así que llegué a la cárcel en donde aquellos presos estaban, me sentí como paralizado por un gran poder de tinieblas, y me quedé sentado, con el espíritu recogido en el amor de Dios. Al fin los presos empezaron a blasfemar y a disparatar, lo que ofendía mucho a mi alma, diciendo que eran Dios y otro por su cuenta gritaba "No podemos resistir tales cosas"; cuando estuvieron calmados me puse en pie y les pregunté, si tales ideas eran suyas o si las habían sacado de las Escrituras, a lo que me contestaron que de las Escrituras; había allí una Biblia y les pedí que me mostraran de que pasaje, y me mostraron aquél de como a Pedro le fue bajado del cielo un lienzo atado por los cuatro cabos lleno de animales que le eran ofrecidos para que los comiera, a lo cual se negó diciendo que eran inmundos, y entonces una voz le dijo "Lo que Dios limpió no lo llares tú inmundo," y cuando les demostré que esto no apoyaba en nada sus ideas, me mostraron otro pasaje que dice de que Dios reconcilia todas las cosas en Sí mismo, cosas en el cielo y cosas en la tierra, y también les dije que conocía este pasaje y que tampoco apoyaba sus ideas. Entonces viendo que decían que eran Dios, les pregunté si sabían si llovería al día siguiente y contestaron que no lo podían decir; volví a preguntarles si creían que siempre estarían en el mismo estado o si cambiarían, y me volvieron a responder que tampoco lo podían decir, y entonces yo les dije, que Dios podía decirlo y que Dios no cambia, "mientras que vosotros decís que sois Dios y, no obstante, no podéis decir si cambiaréis o no." Y ante esto, se quedaron confundidos y en paz por algún tiempo. Después que los hube reprendido por sus expresiones blasfemas, me marché porque me había dado cuenta de que eran Ranters.<sup>1</sup> Nunca me había encontrado con ninguno, y admiré la bondad del Señor por haberseme aparecido antes de que estuviera entre ellos. No mucho más tarde, uno de estos Ranters, cuyo nombre era Joseph Salmon, escribió un papel o libro retractándose, por lo cual los pusieron en libertad.

En otra ocasión, estaba a dos millas de Atherstone, en Warwickshire, cuando oí tocar la campana del mercado anunciando que había sermón, y esto me irritó, y sentí el impulso de ir a la iglesia; cuando llegué encontré que estaba allí hablando un hombre, y mientras yo estaba entre el gentío, la gloria y la vida brillaban sobre todo y me coronaban. Terminado que

hubo el sacerdote, hablé, a él y a la gente, la Verdad y la luz que les dejó ver todo cuanto habían hecho; y hablé de su Maestro que está dentro de ellos y de como el Señor vendría a enseñarlos, El mismo; y todo esto los llenó de confusión y de rabia y dijeron a mis parientes que estaba loco y que me debían de atar, lo que a estos los puso furiosos, pero la Verdad fue sobre todo.

Entonces me fui a Market-Bosworth donde también había sermón. El que predicaba ese día era Nathaniel Stephens, sacerdote del pueblo donde yo nací, el cual se puso furioso cuando yo hablé, a él y a la gente, y les dijo que yo estaba loco (a pesar de que antes había dicho a un tal coronel Purfoy que nunca había brotado planta semejante en Inglaterra) y les pidió que no me escuchasen; y entonces el pueblo instigado por este sacerdote impostor cayó sobre nosotros y nos echó del pueblo a pedradas, si bien que no nos hicieron mucho daño y que, a pesar de esto, algunas personas se volvieron misericordiosas aquel día y otras se confirmaron en la fe al ver la furia de sacerdotes y eclesiásticos; y las hubo incluso que gritaron al sacerdote que no era capaz de probar su ministerio.

A medida que viajaba por mercados, ferias y diversos lugares, veía muerte y tinieblas en todos aquellos que no habían temblado por el poder del Señor. Pasando por Leicestershire, llegué a Twy-Cross donde encontré a dos aduaneros y el Señor me hizo ir a ellos para advertirles de que no oprimiesen a los pobres, y el pueblo se conmovió por esto. Había en esta ciudad un hombre muy importante que sufría una larga enfermedad, habiendo sido ya desahuciado por los médicos; algunos Amigos de allí quisieron que fuese a verlo, a lo que accedí, y subí a su cuarto y le hablé la palabra de vida, y sintiéndome inspirado rogué por él al Señor que oyendo mi ruego le devolvió la salud; mas cuando bajaba las escaleras para ir al cuarto de abajo y estaba hablando con los criados y con algunas personas de fuera que allí estaban, uno de sus sirvientes salió iracundo de un cuarto inmediato con un espadín desnudo en la mano, y lanzándose contra mí, que estaba desprevenido, lo puso contra mi costado. Me quedé mirándolo fijamente y le dije, "Desgraciado de ti, pobre criatura; ¿qué quieres hacerme con tu arma carnal? que para mí no es más que una paja." Los presentes estaban alarmadísimos y él se escurrió lleno de ira y confusión, y cuando su amo se enteró de lo

ocurrido, le despidió de su servicio. De este modo el poder del Señor me guardó y elevó al hombre que de acuerdo con mi creencia y fe, había yo antes visto tan débil, el cual después sintió mucho amor por los Amigos, y cuando de nuevo volví a aquella ciudad, vinieron a verme él y su mujer.

Después de esto, sentí la inspiración de ir a Derbyshire, donde el fuerte poder de Dios era entre los Amigos. Y me fui a Chesterfield, donde un tal Britland estaba de sacerdote, el cual veía más allá que los sacerdotes en general, por haber sido en parte convencido y haber hablado mucho en favor de la Verdad antes de que fuera a Chesterfield de sacerdote; pero cuando el sacerdote de esta ciudad murió, tomó el beneficio eclesiástico vacante ahogándose su espíritu con ello. Yo sentí la inspiración de hablarle, así como a la gente, en el gran amor de Dios, de que ellos podían evadirse de las enseñanzas de los hombres para ir a las enseñanzas de Dios, y a él le fue imposible contradecirme, lo cual no fue obstáculo para que me llevaran a la casa de corrección; pero no pasó mucho tiempo sin que el juicio del Señor fuera sobre este sacerdote, que destrozado murió; llegada la noche, los oficiales junto con el guarda nos sacaron de la ciudad dejándonos que nos las ingeniáramos como pudiésemos.

El sacerdote Stephens de Drayton, mi ciudad natal, predicó y dijo a mis parientes que yo había sido arrebatado al cielo en un torbellino, y después se supo que poseía cantidad de oro y plata; en consecuencia mis parientes me escribieron que fuera pues querían convencerse de que estaba en la tierra; enseguida contesté a su carta y enseñaron mi respuesta al sacerdote, el cual dijo. "Una carta la puede escribir cualquiera, mas ¿dónde está el hombre?" Y entonces mis parientes llegaron a la conclusión de que así era, porque, ellos dijeron, "cuando se fue de nosotros, tenía con él gran cantidad de oro y plat a." Después de esto me fui a casa.

Estaba en Derby viviendo en casa de un Doctor, cuya mujer se había convencido al igual que otros varios de la ciudad, cuando, paseándome, un día por mi habitación, oí tocar la campana, que de oírla solo se me destrozaba la vida; pregunté a la señora de la casa por que tocaba y me dijo que había gran sermón ese día, al que asistían varios oficiales del ejército, sacerdotes, predicadores y un coronel que también era predicador. Entonces, por voluntad del Señor, me fui al

sermón en compañía de dos más, y cuando el sacerdote hubo terminado, les hablé de lo que el Señor me mandó que les hablara, escuchándome todos en gran silencio; pero en esto vino un oficial y cogiéndome de la mano me dijo, que así yo como los otros dos que estaban conmigo teníamos que ser llevados ante los magistrados. Y era cerca de la primera hora después del mediodía cuando nos introdujeron a su presencia. Me preguntaron por qué razón habíamos ido a la iglesia, y yo les contesté que Dios nos había ordenado que así lo hiciésemos, añadiendo después que "Dios no habita en templos hechos de mano" y que todas sus predicaciones, bautismos y sacrificios no los santificarían nunca, y les pedí que buscaran a Cristo en sí mismos y que no buscaran a los hombres porque Cristo es el que santifica. Y como entonces se pusiesen a hablar todos a una, les dije que no eran ellos para discutir a Dios o Cristo sino para obedecerle. Ante el poder del Señor que tronaba sobre ellos, volaron cual paja en el viento; me sacaron de la habitación, me volvieron a meter, me atropellaron de un lado a otro, y duró el interrogatorio desde la hora primera hasta la novena en la noche, y más de una vez me dieron arrebatos de ira porque intentaron mofarse de mí. Me preguntaron al final si es que yo estaba santificado. "¡Santificado!" respondí, "Sí, santificado por estar en el paraíso de Dios." Entonces me preguntaron si es que en mí no había pecado, y dije yo, "¡Pecado! Cristo mi Salvador ha quitado mi pecado, y en El no hay pecado." Preguntaron luego como sabíamos que Cristo moraba en nosotros, y yo respondí, "Por Su Espíritu, que El nos ha dado." Entonces ellos poniéndonos en tentación, nos preguntaron si alguno de nosotros era Cristo, y yo dije "No; nosotros no somos nada, Cristo lo es todo." Y añadieron "Si un hombre roba, ¿no es ello pecado?" y yo afirmé "Todo lo que es inicuo, es pecado." Cuando al fin se cansaron de interrogarme, decidieron mandarnos por seis meses, a mí junto con otro, a la casa de corrección de Derby, por blasfemos, como puede verse por el decreto de prisión que sigue a continuación.

*Al gobernador de la casa de corrección en Derby, salutations:*

Nos, junto con este decreto, os mandamos las personas de Jorge Fox, últimamente en Mansfield, condado de Nottingham, y Juan Fretwell, últimamente en Stainsby, condado de Derby, hacendado, traídos a nuestra presencia en el día de

hoy, y acusados de haber confesado públicamente y divulgado diversas opiniones contrarias a la última Acta del Parlamento; lo cual, habiendo sido interrogados ante nos, han confesado. Nos, en consecuencia, os requerimos para que en virtud de lo aquí escrito, recibáis a los ya mencionados Jorge Fox y Juan Fretwell, bajo vuestra custodia y que en esa los guardéis en seguridad durante el espacio de seis meses sin fianza o fiador o hasta que ellos lleguen a encontrar suficiente seguridad de que serán de buena conducta o bien que de ahí tengan que ser entregados por orden que de nos viniere, en lo que vos no habréis de faltar.

Dado por nuestras manos y sellos hoy día 30 de Octubre de 1650.

Ger. Bennet  
Nath. Barton

Como los sacerdotes se entregaron con todo entusiasmo a predicar desde sus púlpitos el pecado como término de la vida; y mucho de su obra consistía en abogar por él; resultó que la gente decía de mí "Nunca oímos otro igual." Pasado algún tiempo, el otro que estaba preso conmigo, no manteniéndose fiel a lo que había declarado, se procuró la amistad del carcelero y por medio de él hizo llegar al juez, que deberían de dejarlo salir para ir a ver a su madre; y así consiguió su libertad, corriendo el rumor de que había tenido que decir que yo lo había sugestionado y engañado; mas mi espíritu se fortaleció cuando este hombre se hubo marchado. Eclesiásticos, sacerdotes, jueces y el carcelero, estaban todos furiosos contra mí. El carcelero vigilaba mis acciones y también mis palabras, haciéndome algunas veces preguntas con la intención de cogermé en falso, y más de una vez me hizo preguntas tan tontas como, por ejemplo, si la puerta tenía puesto o no el seguro, creyendo que así me podría sacar de repente alguna respuesta irreflexiva de la que pudiera sacar partido para acusarme de pecado; pero yo me mantenía atento y puro de manera que no pudiesen sacar ventaja alguna de nada de lo que hiciese, de lo cual mucho se admiraban.

Poco tiempo después de mi encarcelamiento, sentí la inspiración de escribir a los sacerdotes y a los magistrados de Derby.

Y cuando hube así esclarecido mi conciencia ante ellos,



esperé en santa paciencia dejando los acontecimientos en manos del Señor, a cuya voluntad estaba yo entregado. Poco tiempo después, volví a sentir la inspiración de escribir a los jueces que me habían condenado, exponiéndoles su maldad para que pudieran arrepentirse. Uno de los que firmó el decreto de prisión, Nathaniel Barton, era coronel, juez y predicador.

Después que hube escrito a todos a la vez, tomé algún respiro y luego escribí a cada uno por separado.

Y de la misma manera que sentí en mí el escribir a los jueces y a los sacerdotes, sentí también el escribir al alcalde de Derby, que si bien no había firmado el decreto de mi encarcelamiento, no dejaba por eso de tener también su parte de culpa junto con los otros, en mandarme a la cárcel.

Y también escribí al tribunal de justicia de Derby en la siguiente forma:

Siento la inspiración de escribiros, que tengáis cuidado de no oprimir al pobre en vuestros tribunales, y de no poner cargas sobre los pobres que no pueden soportar, y de no imponer juramentos falsos; o de obligarles a jurar cosas que después no pueden cumplir. El Señor dice, "Y llegarme he a vosotros a juicio; y seré pronto testigo contra los hechiceros y contra los que juran mentira, y los que detienen el salario de la viuda y del huérfano." En consecuencia tened cuidado de no hacer tales cosas, en tiempo. Los juicios del Señor son siempre ciertos y justos; y El se deleita en la misericordia. Así es que amad la misericordia, queridos míos, y reflexionad cuando aun es tiempo.

Igualmente escribí a los campaneros de la iglesia llamada de San Pedro, en Derby.

Mientras estaba en la prisión, mucha gente vino de cerca y de lejos a ver el hombre que no tenía pecado; eclesiásticos diversos venían a disertar conmigo, y siempre tenía yo la sensación, antes ya de que hablaran, de que venían a abogar por el pecado y la imperfección. Les pregunté si eran creyentes y si tenían fe, y ellos me contestaron que sí; ¿En quién? volví a preguntar, y respondieron, en Cristo. Entonces yo afirmé, "Si vosotros sois verdaderos creyentes en Cristo, habéis pasado de muerte a vida; y si habéis pasado de la muerte; entonces del pecado que os trae la muerte; y si vuestra fe es verdadera, ella os dará victoria sobre el pecado y el diablo purificando vuestros corazones y conciencias (porque la verdadera fe se

sostiene en la conciencia pura) y por ella deleitaréis a Dios y os volverá a dar acceso a El." Pero por más que yo dijera, les era imposible oír hablar de pureza, y de victoria sobre el pecado y el diablo, porque decían que no podían aceptar que se pudiera ser libre de pecado a este lado de la sepultura. Y en vista de esto les pedí que se dejasen de charlar sobre las Escrituras, que eran las palabras de los hombres santos, mientras estaban abogando por lo que no era santo.

Otra vez, vinieron unos sacerdotes que también empezaron a abogar por el pecado, y yo les pregunté si tenían Esperanza, a lo que me contestaron "Si; pero que Dios nos libre de perder la Esperanza." Entonces volví a preguntar, "¿Qué esperanza es esa que vosotros tenéis? ¿Es Cristo en vosotros la esperanza de vuestra gloria? ¿Os purifica ello como El es puro?" Pero no quisieron ceder en lo de volver a ser puros en la tierra, y entonces les dije "Absteneos de hablar de las Escrituras, que son las palabras de los hombres santos, los cuales abogaron por la santidad en el corazón, en la vida y en la convivencia, aquí; mas abogando vosotros por la impureza y el pecado, que es del diablo, ¿qué tenéis vosotros que ver con las palabras de los hombres santos?"

Entonces sucedió, que el que cuidaba de la prisión, estaba furioso contra mí y hablaba siempre muy mal de mí, por razón de ser él un alto eclesiástico; pero un día el Señor se plació en sacudirlo y fue en tan gran desasosiego y bajo tales terrores mentales, que estando yo paseándome por mi habitación oí como un murmullo doloroso, y parándome oí que decía a su mujer; "mujer yo he visto el día del juicio, y allí he visto a Jorge; y yo tenía gran temor de él a causa del mucho daño que le he hecho y de lo mal que de él he hablado a los sacerdotes y eclesiásticos, a los jueces, y por tabernas y cervecerías." Y después de esto, hacia la tarde, vino a mi celda y me dijo "Yo fui cual león contra ti, pero ahora vengo cual cordero, como aquel carcelero que temblando fue a Pablo y a Silas," y añadió que quería vivir conmigo, a lo cual repliqué que estando yo en su poder, podía hacer como se le antojase; mas él dijo que no, que lo que él quería era que siendo yo libre, pudiera él estar siempre conmigo, pero que no quería tenerme como prisionero. Y entonces me explicó como él estaba plagado y como también su casa estaba plagada por mi causa; y en vista de ello, permití que se quedara conmigo;

y se puso a decirme todo cuanto tenía en el corazón, y que él creía que cuanto yo había dicho de la verdadera fe y esperanza, era lo cierto, y se maravillaba de que el otro que había sido encarcelado conmigo no se hubiera mantenido en ello, y afirmó que aquel hombre era un bribón mientras que yo era un hombre honrado. También me confesó que, cuando en días pasados le había pedido que me dejara salir a proclamar al pueblo la palabra del Señor, lo cual me rehusó, y entonces dejé que fuera sobre él el peso de su acción, se sentía casi siempre en grandes ansias y temores, y estuvo como loco hasta pasada algún tiempo, y en un estado tal, que cualquiera lo hubiera matado con una manzana (como él decía). Llegada la mañana se levantó y poco después se fue a ver a los jueces para decirles, que así él como su casa habían sido infectados por mi causa, y uno de los jueces dijo (según él me repitió) que las plagas también caían sobre ellos por tenerme preso. Era este el Juez Bennet, de Derby, que fue el primero en llamarnos Cuáqueros,<sup>2</sup> por amonestarle nosotros a que temblara de la palabra del Señor. Esto fue en el año de 1650.

Después de esto, los jueces me dieron licencia de andar una milla; mas comprendiendo su idea dije al carcelero que si me mostraban hasta donde era una milla, entonces yo podría tomarme la libertad de pasearme algunas veces. Porque yo tuve la sensación de que los jueces pensaban que yo me escaparía, y el carcelero me confesó más tarde que lo habían hecho con esta intención, para que escapándome yo quedaran ellos libres de las plagas; mas yo le aseguré que no tenía tal idea.

Este carcelero tenía una hermana, mujer joven y enfermiza, que vino a verme a mi celda; y después de pasar un rato en mi compañía hablándole yo las palabras de la Verdad, fuese abajo y dijo a los demás que nosotros éramos inocentes, que no habíamos hecho daño a nadie, sino que al contrario hacíamos bien a todos, incluso a nuestros enemigos; y les pidió que fueran buenos con nosotros.

Como en aquellos días debido a mi reclusión no podía viajar por los pueblos, declarando y difundiendo la Verdad, se me ocurrió escribir una especie de carta y mandarla para que fuera leída así entre los Amigos como por otras personas piadosas, para que abriendo su comprensión a la percepción de la Verdad, los dirigiera al verdadero Maestro que está en ellos.

Mientras estaba en la casa de corrección mis parientes vinieron a verme, y como estaban muy disgustados de mi encarcelamiento, fueron a los jueces que me condenaron y, como deseaban tenerme en casa con ellos, ofrecieron que se comprometían a pagar cien libras, y junto con ellos otras personas de Derby se comprometieron en 50 libras cada una en el caso de que yo volviera allí a protestar contra los sacerdotes. En consecuencia me llevaron ante los jueces, y porque no consentí que ellos ni nadie se comprometiesen a nada por mí (pues yo había hablado la palabra de vida y de verdad y por consiguiente era inocente), el juez Bennet se puso en pie furioso y, mientras yo me arrodillaba para pedir al Señor que le perdonara, se lanzó sobre mí y sacudiéndome con las dos manos, se puso a gritar, "Fuera con él, carcelero; llévatelo fuera, carcelero"; y sucedió muchas veces que intentaron ponerme en libertad y como entonces les escribía, por voluntad del Señor, su rabia se exasperaba otra vez y volvían a dejarme en la cárcel, de manera que allí me tuvieron hasta que expiraron los seis meses de mi condena. Pero entre tanto podía andar en libertad una milla, y haciendo uso de ello como si me sintiera libre iba algunas veces al mercado y por las calles advirtiendo al pueblo que se arrepintiera de su maldad, y después me volvía a la cárcel. Como había en la cárcel personas de diferentes religiones, algunas veces iba también a visitarlas en sus reuniones de los "Primeros días."

Estaba todavía en la casa de corrección cuando un día vino a verme un soldado de tropa y me dijo, que estando en la iglesia escuchando al sacerdote, se sintió presa de una gran inquietud y oyó la voz del Señor que vino a él diciendo "¿Es que tú no sabes que mi siervo está en la prisión? Ve a él para que te dirija." Y entonces, hablándole yo como convenía a su estado, abrí su comprensión, y le dije que el que le había mostrado sus pecados, turbándole por esta causa, le enseñaría también su salvación; porque el mismo que muestra al hombre sus pecados es el mismo que le puede librar de ellos. Y mientras yo le hablaba, el poder del Señor abrió su mente de manera que empezó a comprender bien la Verdad del Señor y a ser sensible a las mercedes de Dios, y después empezó a hablar ardientemente, en su cuartel entre los soldados y entre otra gente, de la Verdad (porque las Escrituras se le revelaban muy claramente) llegando incluso a decir que su coronel estaba

tan ciego como Nabucodonosor por tener al siervo de Dios en la prisión. Y fue esta razón por la cual su coronel le tenía rencor; y en la batalla de Worcester, al año siguiente, en una ocasión en que los dos ejércitos estaban acampados uno al lado del otro, se destacaron dos del ejército del rey y retaron a otros dos del ejército del parlamento a que salieran a luchar con ellos, y entonces su coronel eligió a él y a otro para que respondieran al reto; y cuando en el encuentro su compañero murió, él embistió a sus dos enemigos hasta dentro del fuego de mosquetería de la ciudad sin tener que disparar su pistola, todo lo cual me contó él mismo con su propia boca cuando volvió; mas, después del encuentro, vio el engaño e hipocresía de los oficiales, y conmovido por la maravillosa manera como el Señor lo había guardado del peligro y sintiéndose harto de batallar dejó las armas.

El tiempo de mi encarcelamiento en la casa de corrección llegaba a su fin, y como en aquel momento nuevos soldados eran llamados a filas, los delegados quisieron hacerme su capitán, pues los soldados gritaban que no querían otro que no fuera yo, y entonces el que cuidaba de la casa de corrección recibió la orden de llevarme a la plaza del mercado para que allí delegados y soldados me ofrecieran tal distinción (como ellos decían) preguntándome si no querría tomar las armas por el *Commonwealth* contra Carlos Estuardo, a lo que repliqué que ya conocía de donde provenían las guerras, incluso de la codicia según las doctrinas de Santiago, y que yo vivía en la virtud de aquella vida y poder que quita toda ocasión de guerras. Entonces me cortejaron pensando que no aceptaba por cumplir, mas yo insistí en que había venido en el pacto de paz que fue antes de que las guerras y luchas fueran; pero ellos con palabras afectuosas tales como que me lo ofrecían en amor y por lo mucho que admiraban mi virtud, insistieron de nuevo. Y entonces les dije que si éste era el amor y admiración que sentían por mí, lo pisoteaba con mis pies; y entonces ellos enfurecidos, dijeron "Llévatelo carcelero y mételo en el calabozo entre los malvados y los delincuentes" y así fue que me llevaron a un subterráneo miserable y maloliente, sin cama, y allí me dejaron entre treinta delincuentes casi medio año, con excepción de algunos momentos en que me dejaban pasear por el jardín, pues estaban seguros de que no me escaparía. Una vez me tuvieron en el calabozo de Derby, la gente creía y

decía que no volvería a salir; mas yo tenía fe en Dios y estaba seguro de que sería libertado a Su tiempo, porque el Señor me había ya dicho que no saldría todavía, pues tenía que estar allí para cumplir un servicio que El me había destinado.

Cuando corrió la voz de que estaba en el calabozo de Derby, mis parientes vinieron otra vez a verme, y estaban muy disgustados de que estuviera en la prisión; y todo porque creían que era gran vergüenza para ellos que yo estuviera preso por cuestiones religiosas; llegando algunos de ellos a pensar que estaba loco porque abogaba por la pureza, rectitud y perfección.

Entre otros que vinieron a verme y a discutir conmigo, había un tal Rice Jones de Nottingham, soldado, que había sido baptista (según pude comprender), junto con varios otros que iban a Worcester a la guerra. Discutiendo una vez me dijo, "Tu fe se funda en un hombre que murió en Jerusalén, y allí nunca sucedió tal cosa." Sentí me ofendísimos de oírle hablar así y le dije, "¡Cómo! ¿Es qué Cristo no sufrió fuera de las puertas de Jerusalén por culpa de los judíos practicantes, y de los pontífices y de Pilatos?" Y él me negó que Cristo hubiese jamás sufrido allí, físicamente. Entonces le pregunté si es que no existieron en Jerusalén pontífices, judíos y el propio Pilatos, en carne y hueso; y como esto no lo pudo negar, le dije que así como era cierto que pontífices judíos y Pilatos existieron, lo era también que Cristo fue perseguido por ellos y que sufrió, físicamente, bajo su poder, en Jerusalén. Y a pesar de haberle hablado en esta forma, fue de este hombre y de los que le acompañaban que salió la calumnia contra nosotros, de que los Cuáqueros negábamos que Cristo hubiera sufrido y muerto en Jerusalén, lo cual era evidentemente falso pues nunca entró en nuestros corazones el menor pensamiento de tal cosa, que no fue más que una calumnia que nos achacaron a causa de las palabras de aquella gente. Esta misma persona dijo también que nunca ninguno de los profetas o apóstoles o de los hombres santos de Dios, hubiera sufrido físicamente, sino que todos sus sufrimientos fueron internos. Mas yo le probé como fue que sufrieron muchos de ellos y por culpa de quien sufrieron; y así fue elevado el poder del Señor sobre sus imaginaciones y fantasías, siguiendo él su camino.

También vino a verme otro grupo que pretendían tener tratos con los espíritus; les pregunté cuál era el primer paso

para la paz y qué era aquello por lo cual el hombre puede ver su salvación. Y ellos que estaban completamente en las nubes dijeron que yo estaba loco, empezando entonces a llamar a espíritus que no se conocían a sí mismos ni tampoco a los espíritus de ellos.

En esta época de mi encarcelamiento estaba yo muy versado en los procedimientos de los jueces y magistrados en sus tribunales y judicaturas y, por inspiración, escribí a los jueces sobre eso de condenar a un hombre a muerte por haber robado ganado, o dinero, o cosas sin importancia, demostrándoles cuan contrario era a la antigua ley de Dios; ya que por causa de esto andaba yo en grandes sufrimientos espirituales y la sola idea de la muerte me obsesionaba, pero como continué firme en la voluntad de Dios, una brisa celestial se levantó en mi alma para el Señor, y entonces vi los cielos abiertos, y me regocijé, y di gloria al Señor.

Y dos hombres había que fueron al suplicio por causa de pequeñas cosas; y yo sentí el impulso de amonestarles por su hurto, para darles fuerzas en su sufrimiento que era contrario a la ley de Dios. Y poco después de que hubieron ido al suplicio, sus espíritus se me aparecieron mientras iba yo andando, y vi que estos hombres estaban bien.

Además expuse a los jueces que cosa tan penosa era el que los presos tuvieran que estar tanto tiempo en la cárcel; y les demostré como aprendían maldades uno de otro, contándose mutuamente sus malas acciones; así es que, en consecuencia, la justicia debía de ser diligente. Y como era yo un joven piadoso, que vivía en el temor del Señor, más de una vez me había sentido ofendido de oír sus malas palabras y por ello les había reprendido muchas veces y también por su mala conducta entre ellos. Y se admiraba la gente de que estuviera yo tan bien guardado que, durante todo el tiempo que allí estuve, nunca les fue posible cogerme una palabra o en una acción de la que pudieran acusarme; y esto fue porque el infinite poder de Dios me sostuvo y guardó en todo aquel tiempo: A Él sean dadas gloria y alabanzas eternamente.

Mientras yo estaba en la cárcel, estuvo también una mujer joven por causa de haber robado a su amo algún dinero. Cuando iba a ser juzgada con pena de su vida, escribí, al juez y al jurado, demostrándoles cuan contrario era a la antigua ley de Dios el matar a la gente por robar, y pidiéndoles que

mostrasen gracia. Mas con todo y esto fue condenada a morir, y le hicieron la sepultura, y cuando llegó el tiempo fijado la llevaron para ser ejecutada. Entonces escribí unas palabras para que fuesen leídas en la horca, en las que advertía a todos que se guardasen de ser voraces o ambiciosos porque esto aparta de Dios, y que todos debían de temer al Señor y escapar de los deseos terrestres, y apreciar su tiempo mientras lo tenían; y sucedió que a pesar de que ya la tenían en la escalera con la cara envuelta en un paño preparada para el suplicio, no la mataron sino que la volvieron a traer a la prisión, donde más tarde se convenció de la infinita verdad de Dios.

Estaba también en la prisión, al mismo tiempo que yo, un preso, hombre muy malo y perverso que tenía fama de hechicero, el cual siempre se jactaba de lo que me iba a decir y de lo que me iba a hacer, pero nunca tuvo el valor de abrir su boca delante de mí. Y una vez que se peleó con el carcelero, lo amenazó con que haría surgir el diablo y con que le destrozaría la casa, todo lo cual asustó al carcelero; mas, por voluntad del Señor, en Su poder fui y lo reprendí, diciéndole, "Ven, haznos ver que es lo que eres capaz de hacer; haz lo peor que puedas." Y le añadí, que bastante estaba el diablo en él; mas el poder del Señor lo encadenó de manera tal que huyó de mí.

Cuando vi que había llegado a su fin la visitación del amor de Dios, en aquel sitio, supé que mi encarcelamiento allí no duraría ya mucho tiempo; mas vi también que cuando el Señor me libertara sería como el soltar a un león de una caverna y lanzarlo entre las fieras de la selva. Porque todas las profesiones estaban poseídas de un espíritu y una naturaleza bestial, abogando por el pecado, y por el cuerpo del pecado y de la imperfección, lo que duraría tanto como viviesen. Y todas cocebaban y aullaban, y rugían y rabiaban, y se arrojaban contra la vida y espíritu que produjo las Escrituras, el cual profesaban en palabras.

Gran juicio fue sobre la ciudad, y yo vi que el poder de Dios huyó de ellos, como fluyen las aguas de la presa de la ciudad cuando las espuertas se levantan; y aunque los magistrados se sentían inquietos con mi presencia, no por eso llegaban a ponerse de acuerdo en lo que iban a hacer conmigo. Uno, que si me mandarían al parlamento; otro, que si me harían desaparecer enviándome a Irlanda; al principio, me llamaron



impostor, seductor, blasfemo; después, cuando el Señor les hubo mandado sus plagas, dijeron que era yo un hombre honesto y virtuoso. Pero la buena o mala fama que me dieran, lo bien o mal que de mí hablaran, poco me importaba, porque ni me ensalzó lo uno ni me humilló lo otro, ¡Alabado sea el Señor! Al fin, decidieron sacarme de la cárcel, a principios del invierno de 1651, después de haber estado preso en Derby casi un año; seis meses en la casa de corrección, y el resto en la cárcel común y en el calabozo.

Cuando estuve en libertad otra vez, continué mis andanzas como antes, en la obra del Señor; y andaba un día por un cercado en compañía de varios Amigos, cuando levantando la cabeza percibí las agujas de las tres torres de tres iglesias, y su vista me exasperó. Pregunté qué sitio era aquél y a decirme que Lichfield, inmediatamente vino a mí la palabra del Señor de que allí tenía que ir; y cuando llegamos a la casa adonde íbamos, pedí a los Amigos que estaban conmigo, que entraran sin mí y que no dijeran nada de a donde yo iba. Tan pronto como se marcharon me eché a andar, guiándome con la vista, por setos y zanjas hasta llegar a una milla de Lichfield, donde en un gran campo había pastores guardando sus ovejas y, de repente, me mandó el Señor que desatando mis zapatos me los quitara; me quedé en suspenso porque siendo invierno la palabra del Señor era cual fuego en mí, y quitándome los zapatos recibí el mandato de que los diera a los pastores encargándoles de que no los diesen a nadie, más que en el caso de que pagara por ellos. Los pobres pastores temblaban y estaban atónitos.

Entonces anduve como una milla hasta llegar a la ciudad, y así que entré en ella, la palabra del Señor vino a mí otra vez, para que gritara, "¡Pobre de la sangrienta ciudad de Lichfield!" y echándome por las calles de un lado a otro me puse a clamar, "¡Pobre de la sangrienta ciudad de Lichfield!" y como era día de mercado me fui a la plaza y, ya corriendo ya parándome, grité como antes, "¡Pobre de la sangrienta ciudad de Lichfield!" y nadie osó poner sus manos sobre mí; y cuando iba gritando así por las calles, me pareció como si un río de sangre corriese por ellas y como si la plaza del mercado fuese un charco de sangre.

Y, al fin, algunos Amigos y personas buenas vinieron a mí

y me dijeron "¡Ay! Jorge, ¿en dónde están tus zapatos?" y yo les respondí que ello no tenía importancia.

Una vez hube declarado le que tenía dentro de mí y me hube así desahogado, me salí de la ciudad en paz; y volviendo a los pastores les di algún dinero y cogí otra vez mis zapatos. Pero el fuego del señor ardía de tal manera en mis pies y en toda mi persona que no me importaba el no volver a ponerme los zapatos vacilando si debía o no ponérmelos hasta que el Señor me diera libertad de hacerlo, y continué andando hasta que al llegar a una zanja me lavé los pies y me puse los zapatos. Hecho esto, me puse a considerar detenidamente por qué causa o razón había sido enviado a clamar contra aquella ciudad llamándola la ciudad sangrienta; porque si bien el parlamento había tomado la catedral una vez, y luego otra vez la tomó el rey, y mucha sangre fue derramada en la ciudad por causa de la guerra entre el parlamento y el rey, de esto no podía acusarse a la ciudad. Mas luego llegué a comprender que en el tiempo del emperador Diocleciano mil cristianos fueron martirizados en Lichfield, y que por esta razón yo tuve que ir sin zapatos por el río de su sangre y por el charco de su sangre, para que levantara así el recuerdo de la sangre de aquellos mártires, que había sido derramada mil años antes y que yacía fría por las calles. Así que sintiendo en mí esta sangre obedecí a la palabra del Señor. Viejos archivos dan testimonio de cuantos cristianos británicos allí sufrieron, y mucho pudiera haber escrito de lo que yo sentía en mí por la sangre de los mártires que murieron en esta nación por el nombre de Cristo, cuando las diez persecuciones y después; mas esta tarea la dejé al Señor y a Su libro, por el cual todos han de ser juzgados; porque Su libro es el archivo más verídico y Su Espíritu el archivero más exacto.

#### NOTAS AL MARGEN

1. Estos "Ranters" parece que formaban una secta muy particular, llegando algunos de ellos al extremo de proclamar que eran Cristo o Dios. El hecho de que vuelvan a aparecer varias veces en el transcurso del libro hace suponer que eran bastante numerosos en aquella época.
2. "To quake" quiere decir "temblar," en inglés, y "quaker," quiere decir "el que tiembla."

## CAPÍTULO III

### Camino del Norte hacia Swarthmoor 1651-1652

Seguí de un lado a otro por los pueblos, celebrando reuniones en muchos sitios entre personas simpatizantes, pero mis parientes estaban ofendidos conmigo. Algún tiempo después volví a Nottinghamshire, a Mansfield, y fui por Derbyshire visitando a los Amigos; y pasando después a Yorkshire, prediqué el arrepentimiento por Doncaster y otros lugares, yendo luego a Balby, donde Richard Farnsworth y otros más se convencieron; y de este modo viajando por varios sitios, predicando a la gente el arrepentimiento y la palabra de vida, llegué hasta por Wakefield donde vivía James Nayler, que junto con Thomas Goodyear vinieron a mí, y convenciéndose los dos recibieron la verdad, igual que William Dewsbury y su mujer junto con otros muchos.

De aquí, pasando a través del país, fui a casa del capitán Pursloe, por Selby, y visité a John Leek que había venido a verme a la prisión en Derby, habiéndose convencido. Tenía yo un caballo, del que hubiera querido deshacerme de buena gana por no saber que hacer con él, pues me sentía impulsado a ir por las grandes casas amonestando y exhortando a la gente a que se volvieran al Señor. Así viajando, fue la voluntad del Señor de que fuera a la iglesia de Beverley, que era entonces lugar de gran importancia religiosa; mas como estaba empapado por la lluvia, me fui antes a una posada y así que llegué a la puerta, me abrió una mujer joven, de la casa, que me dijo, ¡Cómo! ¿Sois vos?, pasad, pasad," igual que si me hubiera conocido de antes, porque el poder del Señor había llenado de humildad sus corazones. Luego que me hube reposado, me acosté y a la mañana siguiente, con todo y que mis ropas aun estaban mojadas, me vestí; y pagando el gasto hecho en la posada me fui a la iglesia, donde un hombre estaba hablando. Cuando hubo terminado me sentí inspirado a hablarles, así como

a la gente, en el gran poder de Dios, encaminándolos a su Maestro, Jesucristo; y fue tan fuerte el poder del Señor, que les causó gran temor. El alcalde vino a mí, y tomándome de la mano, me dijo unas palabras; mas nadie tuvo poder de meterse conmigo. Por la tarde salí de la ciudad y fui a otra iglesia que estaba a dos millas de camino. Cuando terminó el sacerdote, sentí la inspiración de hablar muy largamente, así a él como al pueblo, mostrándoles la senda de vida y verdad, y en que se basan la elección y la reprobación. El sacerdote dijo que él no era más que un niño y que no podía discutir conmigo; y yo le respondí que no había ido allí a discutir sino a proclamarles la palabra de vida y verdad, de que todos ellos podían conocer su propia semilla, que por promesa de Dios, era así en el hombre como en la mujer. En este lugar, la gente fue muy afable y hubieran querido que volviera a predicar entre ellos un día de la semana; mas yo los dirigí a su Maestro, Jesucristo; y seguí mi camino hasta llegar a una posada, donde no me querían recibir de no presentarme antes al condestable, como era costumbre en el lugar. Mas como yo no me sentí libre de hacerlo, les dije que siendo un hombre inocente antes mejor dormiría fuera; pero como al fin me recibieron, pasé allí la noche.

Al día siguiente fui a Cranswick, a casa del capitán Pursloe que me acompañó a donde vivía el juez Hotham. Era este juez Hotham un hombre encantador y piadoso, cuyo corazón tenía alguna experiencia de la obra del Señor. Después de tener con él algunas razones sobre las cosas del Señor, me llevó a su gabinete particular, donde, allí sentados, me dijo que este principio lo había conocido en aquellos últimos diez años, y que estaba muy contento de que el Señor no lo hubiera divulgado por todas partes. Poco después vino un sacerdote a visitarlo, con el que también tuve algunas razones concernientes a la verdad; pero pronto se cerró su boca, pues no tenía más que nociones, sin poseer lo que estaba hablando.

Mientras yo estaba allí, vino una ilustre señora de Beverley para hablar con el juez Hotham sobre cuestiones de negocios, y en el curso de la conversación, le explicó como el último día del Sábado (según lo llamaba ella) entró en la iglesia un ángel o espíritu que habló de Dios cosas extrañas y maravillosas, para asombro de los que allí estaban; y como terminado que hubo se marchó, sin que nadie supiera ni como había venido,

ni como se había ido; habiendo causado el asombro de todos, así sacerdotes como eclesiásticos y magistrados de la ciudad. Cuando más tarde el juez Hotham me repitió este relato, le conté como fue que ese día había yo estado en la iglesia de Beverley declarando la verdad al sacerdote y a la gente. Había por aquel lugar algunos sacerdotes y doctores de importancia con los cuales el juez Hotham estaba en relación, el cual con el deseo de que hablaran conmigo, ofreció que los mandaría a buscar bajo pretexto de que había en su casa un paciente que necesitaba medicamento, mas yo preferí que no lo hiciese.

Cuando llegó el primer día de la semana, el juez Hotham salió conmigo a pasear por el campo, y viniendo después el capitán Pursloe, me dejó con éste volviéndose a su casa, mas el capitán Pursloe fue conmigo a la iglesia. Cuando el sacerdote terminó, hablé yo, declarando la palabra de vida y verdad, y encaminándolos a donde podrían encontrar a su Maestro, el Señor Jesucristo. Algunos se convencieron recibiendo la verdad, y manteniéndose firmemente en ella, celebran bellas reuniones, desde entonces hasta el día de hoy.

Por la tarde, fui a otra iglesia situada a unas tres millas de la ciudad, donde predicaba un sacerdote muy ilustre que ostentaba el título de Doctor, y que era uno de los que el juez Hotham quería haber mandado a buscar para que hablara conmigo. Llegué a la iglesia, y me senté hasta que el sacerdote acabara de hablar. Las palabras que había tomado como texto de su sermón eran éstas de Isaías. "A todos los sedientos: Venid a las aguas; y los que no tienen dinero, venid, comprad, y comed. Venid, comprad, sin dinero y sin precio, vino y leche." Y entonces, por voluntad del Señor, le dije. "Baja de ahí tú, impostor; tú amonestas a la gente a que venga sin pagar, y a que tome de balde el agua de vida y, sin embargo, les sacas trescientas libras al año, por predicarles las Escrituras, ¡No te sonrojas de vergüenza! ¿Es que el profeta Isaías y Cristo, que hablaron las palabras, hicieron lo mismo, cuando las dieron de balde? ¿No dijo Cristo a sus ministros, cuando los mandó a predicar, "De gracia recibisteis, dad de gracia?" El sacerdote salió escapado como un hombre fuera de sí, y después que se hubo ido dejando su rebaño, tuve yo tanto tiempo como hubiera podido desear para hablarles y encaminarlos, de la oscuridad a la luz, y a la gracia de Dios, que

les enseñara y les diera la salvación, y al espíritu de Dios en su interior, que será su Maestro de balde.

Una vez me hube así manifestado a la gente, volví, aquella misma noche, a casa del juez Hotham; el cual así que entré me tomó en sus brazos diciendo que su casa era mi casa, pues estaba contentísimo de la obra del Señor, y de que su poder fuera revelado; y entonces me explicó porque no había ido conmigo a la iglesia aquella mañana, y qué razones se había dado a sí mismo para ello; pensó él, que de haber ido a la iglesia conmigo, los oficiales me hubiesen entregado a él que se hubiera encontrado en situación tal, que no hubiera sabido que hacer, y por esto me dijo que tuvo gran alegría cuando vino el capitán Pursloe para ir conmigo; por más que ninguno de los dos iba adecuadamente vestido ni llevaban la gola al cuello, siendo entonces una cosa muy extraña el que un hombre entrara en la iglesia sin gola; sin embargo, el capitán Pursloe entró sin ella, pues tanto le había afectado el poder y la verdad del Señor que no se preocupó de tal cosa.

De aquí, seguí andando por el país hasta llegar, ya de noche, a una posada donde había una gente soez. Pregunté a la posadera si tendría alguna vianda que me diera; mas como le hablé de tú me miró sorprendida; entonces le pregunté si tendría un poco de leche, y me respondió "No." Comprendí que decía mentira y dispuesto a probarla una vez más, le pregunté si tendría un poco de crema, y también me negó que la tuviera. Había en su casa una descremadora y, un niño pequeño que estaba jugando por allí cerca, agarrándose a ella con las manitas, la volcó y toda la crema corrió por el suelo, ante mis ojos, poniendo de manifiesto como aquella mujer era una embustera, la cual asustada y damando a Dios, cogió al chiquillo y le pegó causándole gran dolor; yo le reprendí su mentira y engaño y después que el Señor hubo así descubierto su embustería y su perversidad, salí de aquella casa y andando me fui hasta que llegué a un montón de heno hacinado sobre el que me acosté, pasando la noche bajo la lluvia y la nieve, pues esto era tres días antes de los llamados de Navidad.

Al siguiente día fui a York donde había varias personas muy piadosas; y cuando llegó el Primer día de la semana me mandó el Señor que fuera a la gran catedral, y que hablara al sacerdote Bowles y a sus feligreses en aquel gran recinto. De

acuerdo con ello fui, y cuando el sacerdote hubo concluido, les dije que tenía algo del Señor que hablarles, y un eclesiástico que estaba entre el gentío, dijo, "Entonces decidlo apriesa," por razón de que estaba helando y nevaba y hacía mucho frío. En esto les dije que la palabra del Señor para ellos era que vivían solo de palabras, y que el Señor Todopoderoso quería frutos de ellos. Así que estas palabras salieron de mi boca, me echaron fuera atropellándome y me tiraron por las escaleras; mas yo me levantó sin daño y me volví a mi albergue. Varios se convencieron, porque los gemidos que salieron por causa del peso y opresión que fue sobre el Espíritu del Señor en mí, abrieron su comprensión y los despertaron y los hicieron confesar que los lamentos que de mí irrumpieron habían llegado hasta ellos, ya que mi vida estaba oprimida por su profesar sin poseer, y por sus palabras sin fruto.

Después que hube cumplido este servicio en York, siendo convencidos varios que recibieron la Verdad del Señor, volviéndose de las tinieblas a la luz, salí de allí, y mirando hacia Cleveland, vi que había allá personas que probaran ya el poder del Señor, y viendo que había semilla por aquel lado, vi que el Señor tenía allí un pueblo humilde.

Y al día siguiente fui a Cleveland, junto a aquella gente que probara ya el poder del Señor, habiendo tenido anteriormente grandes reuniones, pero, cuando llegué encontré que todos estaban divididos y que sus jefes se habían vuelto Ranters. Les dije que después de haber tenido aquellas reuniones no esperaron, en el Señor, hasta sentir Su poder, recogiendo interiormente sus mentes, de manera, que pudiesen sentir Su presencia y Su poder entre ellos, cuando en las reuniones estaban sentados esperando por Él, y esto fue porque se hablaron secamente después que gastaron cuanto se les había asignado, y que por no vivir en aquello de que hablaban, ahora se habían secado. Sin embargo, continuaban teniendo una especie de reuniones, en las que tomaban tabaco y bebían cerveza, volviéndose cada vez más ligeros y disolutos. Pero el mensaje que para ellos tenía yo del Señor, era de que debían de volver a reunirse y esperar a que sintieran en sí mismos el poder y espíritu del Señor, para que reuniéndolos en Cristo, pudiesen ser enseñados por El, que dice, "Aprended de mí"; para que así cuando hubieren declarado lo que el Señor les había revelado, la gente lo recibiere; por donde, así los que

hablaren como los que oyeren, viviesen en ello por sí mismos. Mas cuando aquellos que hablaren no tuvieren más que decir, y fueren entonces en busca de formas sin vida, que los vol-vieren secos y yermos, también esto acontecería a los otros; y he aquí su perdición; porque el Señor renueva Sus mercedes y Su fuerza a los que esperan en El. Los principales de esta gente vinieron a nada, pero la mayoría se convencieron, y recibiendo la Verdad infinita del Señor, continuaron reuniéndose hasta este día sentándose bajo las enseñanzas del Señor Jesucristo, su Salvador.

El Primer día de la semana siguiente, la palabra del Señor vino a mí, de que fuera a la iglesia de aquella ciudad, lo cual hice. Cuando acabó el sacerdote, hablé yo la Verdad, a él y al pueblo, encaminándolos a su Maestro interno, Jesucristo, su Maestro de balde, que los había comprado. El sacerdote vino a mí y tuvimos algunas razones; mas pronto se calló. Habiendo hecho mi servicio en este sitio, seguí mi camino después de haber celebrado varios reuniones con aquella gente.

A pesar de que en aquella época del año la nieve era muy alta, continué viajando, y, yendo por el país, llegué a una feria de ciudad, donde encontré muchos eclesiásticos, con los cuales tuve gran discusión haciéndoles muchas preguntas a las que no les fue posible responder, pues, dijeron que, en toda su vida, nunca les habían hecho semejantes preguntas tan profundas.

Después que los hube dejado, fui a Staites, donde también me encontré con muchos eclesiásticos y con algunos Ranters. Tuve grandes reuniones con ellos, y hubo muchos convencidos que recibieron la verdad; entre ellos un hombre que tenía cien años de edad, y otro que era el jefe condestable, y un tercero, sacerdote, cuyo nombre era Felipe Scafe que más tarde, el Señor, por su Espíritu de gracia, lo hizo un buen ministro de su evangelio de balde.

El sacerdote de esta ciudad, era un hombre envanecido que oprimía mucho al pueblo por causa de los diezmos. Si iban a pescar, les hacía pagar el diezmo, en moneda, de cuanto sacaban del pescado, a pesar de que tenían que ir a pescarlo muy lejos y que llevarlo a vender a Yarmouth, que también está a gran distancia. Sentí la inspiración de ir a la iglesia a declarar la verdad y a poner de manifiesto al sacerdote, y



cuando le hube hablado y le hube acusado de la opresión que ejercía sobre el pueblo, salió huido. Los jefes de la parroquia eran ligeros y vanos; por donde luego que les hube hablado la palabra de Vida, me fui de ellos porque no recibíendola, los dejé. Mas la palabra del Señor, que yo hablo declarado, fue recibida por algunos, por lo que en la noche vinieron a encontrarme algunos de los jefes de la parroquia, de los cuales muchos se convencieron y satisfechos se confesaron en la Verdad. Y así empezó a difundirse la verdad por aquel país, teniendo grandes reuniones, ante lo cual los sacerdotes empezaron a ponerse furiosos y los Ranters a agitarse; y me mandaron unas palabras de que querían discutir conmigo, el sacerdote codicioso y el que guiaba a los Ranters. Y fijado el día, vino el Ranter con su grupo y otro sacerdote escocés llamado Levens, mas no se presenté el codicioso de Staithes. Felipe Scafe, el sacerdote convencido, estaba conmigo, encontrándose allí gran cantidad de gente. Una vez acomodados, el Ranter, cuyo nombre era T. Bushel, me dijo que había tenido una visión de mí; que estando yo sentado en una gran silla, él había venido y, quitándose el sombrero, había hecho ante mí profunda reverencia hasta el suelo; y así lo hizo; y añadió muchas palabras aduladoras. A todo esto le repuse que era su propia persona la que había visto, y le dije. "Arrepiéntete, tú bestia." Y entonces dijo él que eran los celos los que así me hacían hablar. En esto le pregunté cual era la base de los celos y como se originaban en el hombre, y cual la naturaleza de la bestia, que es lo que la produce y como se forma en el hombre. Porque yo vi desde el primer momento que este hombre estaba en la naturaleza de la bestia, y, en consecuencia, deseaba saber, por el mismo, como se había formado en él tal naturaleza. Y le dije también que debía él darme cuenta de las cosas que acontecían en el cuerpo, antes de que llagásemos a discutir las que acontecían fuera del cuerpo. Y así cerré su boca, quedando también en silencio sus compañeros Ranters, porque él era su jefe.

Después de la reunión, el sacerdote escocés quiso que fuese paseando con él hasta la cima de las rocas; por lo cual llamé a Guillermo Ratcliffe, cuñado suyo, el cual estaba hasta cierto punto convencido, para que viniese con nosotros, pues, como a él mismo le dije, quería que alguna persona amiga estuviera cerca que oyera cuanto dijésemos, por temor de que el sacerdote

no fuese a referir, luego que yo me marchara, algo que yo no había dicho. De este modo nos fuimos juntos, y, conforme andábamos, el sacerdote me preguntaba muchas cosas concenientes a la luz y también al alma, contestándole yo plenamente a todas ellas. Cuando terminó de preguntar, nos separamos siguiendo él su camino, y aconteció que encontrándose con el otro sacerdote, Felipe Scafe, que estaba convencido, en plena locura rompió su bastón contra el suelo diciendo que si jamás volvía a encontrarme me quitaría la vida, o yo le quitaría la suya, añadiendo que se apostaba la cabeza de que antes de un mes me habrían deshecho a golpes. Por todo esto, los Amigos sospecharon que éste era su intento cuando quiso que me paseara con él, ya de arrojarme desde lo alto de las rocas, ya de darme de puñaladas, siendo esta la razón porque cuando vio frustrado su plan por llevar yo otra persona, lo poseyó la rabia. Mas ya antes de que esto ocurriera, había yo visto en él la naturaleza de un perro, un día que estaba en su casa y que sentí en mí el decirle que era un perro, como luego ello mismo se demostró. Yo no temía ni sus profecías ni sus amenazas por temer a Dios Todopoderoso; mas muchos Amigos débiles, por su afección hacia mí, tenían gran temor de que este sacerdote me hiciera alguna mala acción o de que mandara a otros que me la hicieran. Y, a pesar de todo esto, algunos años más tarde, este mismo sacerdote escocés y también su mujer, se convencieron de la Verdad; y cerca de doce años después yo estuve en su casa.

Después de esto, vino a una reunión donde yo estaba, otro sacerdote cuya reputación lo situaba por encima de los otros sacerdotes del país. Estaba yo hablando de que el evangelio era el poder de Dios, y de como iluminaba en el hombre vida e inmortalidad, volviéndolo de las tinieblas a la luz, cuando este sacerdote dijo que el evangelio era mortal. A esto le repuse que el verdadero ministro había dicho que el evangelio era el poder de Dios y. ¿Quería él que el poder de Dios fuera mortal? En esto, Felipe Scafe, el sacerdote convencido, que había sentido en sí mismo el poder inmortal de Dios, lo tomó por su cuenta y lo reprendió; por donde gran discusión se armó entre los dos; éste que el evangelio era inmortal, el otro que era mortal; mas el poder de Dios era demasiado para este sacerdote rebelde, y cerró su boca; y muchos se convencieron al ver las tinieblas que eran en aquel gran sacerdote y la luz

que era en el sacerdote convencido. Pero la gente, en general, estaba esperando ver el cumplimiento de la profecía del sacerdote escocés de que antes de un mes me habrían deshecho a golpes, de lo cual algunos estaban asustados, mas yo los amonesté a que temiesen a Dios y no al hombre, porque yo no le temía.

Entonces sucedió, que otro sacerdote me mandó a buscar con objeto de tener una discusión, y algunos Amigos me acompañaron a la casa donde estaba; mas así que supo que habíamos llegado, salió huido de la casa y se escondió bajo un seto, y a pesar de que lo fueron a buscar y lo encontraron no consiguieron que viniera a donde estábamos. Me fui, luego de esto, a una iglesia de allí cerca, donde tanto el sacerdote como la gente estaban muy exaltados, habiendo aquél amenazado a los Amigos con lo que pensaba hacerme; mas cuando llegué, no pudiendo permanecer allí se escapó, porque el poder del Señor vino sobre todos ellos. Y el infinito poder de Dios se cernía sobre el mundo y llegaba a los corazones y hacía temblar a sacerdotes y eclesiásticos, y sacudía de tal modo el espíritu terreno y vacío en el cual se apoyaba su profesión religiosa y su culto, que era una cosa terrible para ellos el decirles, "Ahí viene el hombre de los calzones de cuero," pues solo de oírlo, ya se quitaban de en medio los sacerdotes en muchos sitios; tanto los anonadaba el temor del eterno poder de Dios; y el espanto sorprendió a los hipócritas.

De aquí pasamos a Whitby y a Scarborough, donde tuvimos algunos servicios para el Señor, quedando allí establecidas desde entonces reuniones de Amigos. De estos lugares pasando por Welds fui a Malton donde tuvimos grandes reuniones, como también en las ciudades de alrededor. En una ciudad, el sacerdote me desafió a que discutiera con él, pero como cuando fui, no se presentó, tuve una gran oportunidad de estar solo con el pueblo, que fue asido por el poder del Señor. A uno, que era hombre brutal y borracho, le llegó tan profundamente, que vino a mí humilde cual cordero, con todo y que antes, él y los suyos, habían mandado por bebida con el propósito de emborrachar a la gente soez para que nos ultrajara. Cuando vi que el sacerdote no se presentaba, sentí la inspiración de ir a la iglesia, y allí él fue confundido y el poder del Señor sobre todos.

El Primer día siguiente, vino una mujer que era una de las

más ilustres profesoras en religión, independiente, la cual se había dejado llevar por tales prejuicios en contra mía, que hasta llegó al extremo de haber dicho, antes de venir, que de buena gana iría a ver como me ahorcaban; mas luego que estuvo allí quedó confundida y se convenció, permaneciendo Amiga hasta el día de hoy.

Entonces me volví a Maltón, y grandes reuniones allí celebramos, a las cuales, bastante más gente hubiera asistido de no haber sido por temor a sus parientes, porque, entonces, era visto como una cosa extraña el que se predicase en las casas sin ir a las iglesias (como ellos las llaman), de modo que por esto yo tenía grandes deseos de ir y hablar en las iglesias. Uno de los sacerdotes me escribió y llamándome hermano me invitó a que fuera a predicar a la iglesia donde también otro sacerdote importante iba a dar una plática. Me había mostrado el Señor, mientras estaba en la prisión de Derby, que debía de hablar en las iglesias para de allí, reunir a la gente; y más de una vez venía a mi mente una aprensión concerniente a los púlpitos desde donde predicaban los sacerdotes. Me ofendía la idea de las iglesias, y de los púlpitos, porque tanto los sacerdotes como los seglares las llaman la casa de Dios y las idolatran, y andan contando que Dios mora externamente en una casa, mientras que debieran buscar a Dios y a Cristo en sus corazones haciendo de sus cuerpos el templo de Dios, pues el Apóstol dice: "Dios no mora en templos hechos de mano"; y por idolatrar la gente tales recintos les era odioso que se declarase en contra de ellos. Cuando llegué a la iglesia no habría más de once personas a las cuales hablaba el sacerdote, mas cuando se supo en la ciudad que yo estaba allí, se llenó al momento. Cuando el sacerdote que predicaba este día hubo terminado, mandó al que me había invitado a que me viniese a buscar para llevarme al púlpito: pero yo le mandé decir que no necesitaba ir al púlpito. Entonces me mandó a buscar otra vez, insistiendo en que fuera, pues decía que era mejor sitio y que de allí podía ser visto de todo el mundo Y yo le mandé a decir otra vez, que podía ser suficientemente visto y oído en donde estaba, y que no había ido allí con la idea de justificar tales sitios con mi presencia, ni tampoco su sustento y comercio. Al decir yo esto empezaron a moles tarse y dijeron: "Estos falsos profetas que han de venir en los últimos tiempos," lo cual ofendió a muchos de los allí reunidos que empezaron a

murmurar de ello. En vista de todo esto, me subí a una silla y grité que me escuchasen; y entonces les denuncié las marcas de los falsos profetas, mostrándoles como habían ya venido, y puse sobre ellos a los verdaderos profetas, a Cristo, a sus apóstoles, y manifesté que aquellos estaban fuera de la senda de los verdaderos profetas, de Cristo, de sus apóstoles; y los encaminé a su Maestro que está en ellos, a Jesucristo, el cual los volvería de la oscuridad a la luz. Y habiéndoles revelado diversos pasajes de las Escrituras, los dirigí al espíritu de Dios en sí mismos por el cual podrían llegar a El, y por el cual podrían también llegar a conocer quienes eran los falsos profetas. Y habiendo tenido la oportunidad de estar tanto tiempo entre ellos, me fui después en paz.

Pasado algún tiempo fui a Pickering, donde los jueces celebraban en la iglesia sus sesiones, que presidía el juez Robinson. Al mismo tiempo celebraba yo una reunión en la escuela, a la que asistían abundancia de sacerdotes y eclesiásticos, los cuales hicieron preguntas que les fueron contestadas a su satisfacción. Cuatro jefes condestables y mucha otra gente se convencieron aquel día; y en esto le fue llevado recado al juez Robinson de que su sacerdote, al cual él amaba más que a ningún otro sacerdote, se había trastornado y convencido. Después de la reunión fuimos a una posada, y el sacerdote del juez Robinson fue tan humilde y amable, que hubiera querido pagar mi comida y hasta limpiar mis zapatos de no haberlo impedido yo por todos los medios. Entonces me ofreció su iglesia para que predicara en ella, a lo cual me negué, diciéndole, así como a la gente, que yo había venido a sacarlos de tales cosas, para llevarlos a Cristo.

A la mañana siguiente fui, junto con los jefes condestables y otros, a visitar al juez Robinson que me estaba esperando a la puerta de su cámara; le dije que no podía yo honrarlo con honores de hombre, a lo cual respondió que tampoco era esto lo que él quería. . Y entré en su cámara, y le revelé la condición de los falsos profetas, y la de los verdaderos profetas, y ensalcé a los verdaderos profetas, a Cristo, y a Sus apóstoles sobre los otros; y encaminé sus pensamientos a Cristo, su Maestro. Le revelé también las parábolas, y como era la elección y la reprobación; que la reprobación era en el primer nacimiento y la elección en el segundo nacimiento. Y le mostré para qué era la promesa de Dios y contra qué era el juicio

de Dios. Confesó todo ello, y de tal modo se le reveló la Verdad, que, cuando otro juez allí presente intentó oponerse, él lo informó. Cuando ya nos separábamos, dijo que era gran bien el que yo ejerciera este don que Dios me había dado, y tomando aparte a los jefes condestables les quiso dar algún dinero para mí, diciendo que no quería que mientras yo estuviera en su país pagara nada; mas le dijeron que no podrían persuadirme a que tomara nada, y de este modo rehusando de su dinero, aceptaron de su amor y bondad.

De aquí me interné por el país, y el sacerdote que me había llamado hermano (en cuya escuela había tenido la reunión en Pickering) vino conmigo. Entrábamos en una ciudad para tomar un refrigerio, cuando sonaron las campanas. Pregunté porqué tocaban, y me dijeron, para que yo fuera a predicar a la iglesia; y poco después, sentí impulsos de hacerlo, y conforme me encaminaba a la iglesia, vi que la gente estaba reunida en el patio. El viejo sacerdote, quería que entrase en la iglesia, mas yo le dije que ello no tenía importancia, y el pueblo estaba algo extrañado de que yo no quisiera ir a la, que ellos llamaban, casa de Dios. Me quedé en pie en el patio de la iglesia, y declaré a la gente que no había ido a defender sus templos-ídolos, ni sus sacerdotes, ni sus primicias, ni sus salarios de los sacerdotes, ni sus ceremonias y tradiciones judías y paganas (pues yo las negaba todas), y les dije que aquel pedazo de tierra no era más sagrado que cualquier otro pedazo de tierra.

En consecuencia exhorté al pueblo, a que se evadiese de todas esas cosas, y se encaminase al espíritu y gracia de Dios, en sí mismos, y a la luz de Jesús en sus propios corazones, que así pudieren llegar a conocer a Cristo, su Maestro de balde, que les daría la salvación y les revelaría las Escrituras. Y, de este modo, el Señor me dio una buena oportunidad de que largamente pudiese hacerles revelaciones. Todo estaba en calma, y muchos se convencieron; ¡ Bendito sea el Señor!

En compañía del viejo sacerdote, antes mencionado, pasé a otra ciudad donde también se celebraba una gran reunión, y allá vinieron eclesiásticos de diversas ideas, con el propósito de discutir. Estaba yo sentado sobre un montón de heno, y nada dije por algunas horas, pues los quería hambrientos de palabras. Los eclesiásticos entre tanto iban a menudo a hablar al viejo sacerdote, preguntándole cuando iba yo a empezar y

a hablar, a lo cual él les respondía que el hombre esperaba largo rato en Cristo antes de que El hablase. Al fin, hablé, por voluntad del Señor; y el poder del Señor, los llenó de asombro; la palabra de vida llegó a ellos, y fue un convencimiento general.

De aquí seguí mi camino, y el viejo sacerdote siempre conmigo, junto con otros varios; e íbamos andando cuando algunas personas lo llamaron, diciéndole. "Señor Boys, os debemos algún dinero de los diezmos venid a tomarlo." Mas él, retirando las manos, decía que ya tenía bastante; que no quería ningún dinero de los diezmos, que podían guardárselo; y ensalzó al Señor de que él ya tuviese bastante.

Finalmente, fuimos a la iglesia de este viejo sacerdote, en Moors, y cuando entramos él pasó delante para tenerme abierta la puerta del púlpito, mas le dije que no quería entrar en él. Esta iglesia estaba muy llena de pinturas, y yo dije, a él y a la gente, que la bestia pintada tenía una casa pintada.

Después de esto fuimos a casa de un tal Birdet, donde celebré una gran reunión; y este viejo sacerdote continuó conmigo, dejando su iglesia, porque él había sido considerado como un gran e ilustre sacerdote, por encima de los Episcopales, Presbiterianos, y también de los Independientes; y antes de que se convenciera, había ido más de una vez a predicar por sus iglesias; ya que a su manera estaba lleno de celo. Y cuando iban al juez Hotham para quejarse de él, les decía éste que le quitasen el caballo por viajar en el día del Señor (come él lo llamaba); pero Hotham decía esto solo para quitárselos de delante, pues bien sabía que el sacerdote no viajaba a caballo, sino a pié.

En esto fui hacia Cranswick, a casa del capitán Pursloe y del juez Hotham, que me recibió con gran cariño, pues estaba muy contento de que el poder del Señor se hubiese así aparecido, de que le verdad se difundiese, de que tantos la hubiesen recibido, y de que el juez Robinson se hubiese comportado tan cortésmente. Y dijo el juez Hotham, que de no haber Dios levantado este principio de luz y de vida que yo predicaba, la nación se hubiera inundado de ranterismo, de tal modo, que todos los jueces de la nación no hubieren podido impedirlo con todas sus leyes; "porque" siguió diciendo "ellos hubieren dicho lo mismo que nosotros dijéremos, y hecho como les mandásemos y, sin embargo, hubieron continuado con sus mismos principios.

Mas este principio de Verdad" continuó "destruye el suyo hasta la raíz, y también la base sobre que se funda"; y, por todo esto, estaba muy contento de que el Señor hubiese levantado este principio de vida y Verdad.

De este lugar seguí viajando hasta Holderness, y fui a casa de un juez llamado Pearson, donde había una mujer muy piadosa, que creyendo en la verdad había sido tan afectada por ella, que dijo que bien lo dejaría todo por seguirme.

De allí me fui a Oram, a casa de un tal George Hartis, donde muchos de esta ciudad se convencieron. El Primer día, sentí la inspiración de ir a la iglesia, cuyo sacerdote se había procurado otro que le ayudara; y había allí gran asamblea de eclesiásticos y contendientes. Mas el poder del Señor fue sobre todos; los sacerdotes salieron huidos, e hice muy buen servicio para el Señor, en aquella gente. Y algunos de aquellos grandes eclesiásticos se convencieron, volviéndose Amigos honestos y fieles, siendo hombres muy estimados en el lugar.

Al siguiente día, habiéndome dejado los Amigos y las personas simpatizantes, seguí yo solo mi camino declarando, en los ciudades por donde pasaba, el día del Señor, y también, algunas veces, a orillas del mar, advirtiéndoles de que se arrepintiesen. Era ya casi de noche, cuando un día, entré en una ciudad llamada Patrington; y conforme andaba por la ciudad advertía así a la gente como el sacerdote (éste iba por la calle) de que se arrepintiesen volviendo al Señor. En esto, se hizo del todo oscuro antes de que llegase al otro extremo de la ciudad, y gran multitud de gente estaba reunida a mi alrededor, declarándoles yo la palabra de vida. Cuando me hube así manifestado, me fui a una posada con el deseo de que me diesen albergue, mas no quisieron. Entonces pedí que me diesen un poco de vianda y de leche, que yo pagaría por ello, mas tampoco quisieron, y en vista de esto me salí de la ciudad; y un grupo de muchachos que venían tras de mí, me preguntaron ¿Qué hay de nuevo? y yo los amonesté a que se arrepintieran y a que temiesen al Señor. Había andado largo trecho fuera de la ciudad, cuando me dirigí a otra casa con la intención de que me diesen, por mi dinero, un poco de comer, algo que beber, y en donde pasar la noche, pero me lo negaron. Entonces fui a otra casa con el mismo propósito, y también rehusaron dármele. En esto se había hecho tan oscuro que no podía ver el camino real, mas divisando una zanja conseguí un poco de agua con



que refrescarme, y pasando luego por encima de la zanja, como estaba tan débil de tanto andar, me senté sobre unas matas de tojo hasta que llegó el día. Cerca del alba me puse en pié y seguí andando campo a través, y un hombre que venía tras de mí llevando una gran pica, se me acercó yendo conmigo hasta una ciudad; y así que llegamos despertó a todo el mundo, por mí causa, con el condestable y el jefe condestable, antes de que el sol estuviera en lo alto. Y yo les declaré la verdad infinita de Dios, previniéndoles del día del Señor que vendría a cernirse sobre todo pecado y maldad, y exhortándolos al arrepentimiento. Mas ellos apoderándose de mí, me llevaron otra vez a Patrington, a unas tres millas, guardándome con palos, picas, estacas y alabardas. Cuando llegué de vuelta a Patrington, toda la ciudad estaba en tumulto, y el sacerdote y los condestables en consejo; por donde tuve otra oportunidad de declararles la palabra de vida, avisándoles de que se arrepintiesen. Finalmente, un eclesiástico, hombre piadoso, me llamó que entrara en su casa, y allí tomé un poco de carne y de pan después de no haber comido desde varios días; y luego me custodiaron por nueve millas, hasta casa de un juez. Cuando ya casi llegábamos, un hombre montado a caballo vino tras de mí, y me preguntó si era yo el hombre que habían aprehendido, y al interrogarle yo porqué lo preguntaba, respondió, "para nada malo," y le dije que yo era. Entonces siguió adelante a casa del juez, antes de nosotros. En esto el hombre que me custodiaba dijo que todo iría bien si el juez no estaba borracho cuando llegásemos, pues acostumbraba a emborracharse desde muy temprano. Y sucedió que como al introducirme ante él, no me quité el sombrero y lo tuteé, preguntó al hombre que había llegado a caballo antes que yo, si es que no estaba yo confuso o loco, mas el de a caballo le dijo que no, que ello era en mí un principio. Entonces le advertí de que se arrepintiera, y de que viniese a la luz con que cristo lo había iluminado, que en ella pudiese ver todas sus malas palabras y acciones, y por ella volver a Jesucristo mientras aun era tiempo, y que mientras tuviere tiempo que lo apreciara. "Ya, ya," dijo, "la luz de que habla Juan en el tercer capítulo de su evangelio." Y yo hubiera querido que pensase en ello y que lo obedeciere. Lo estaba amonestando cuando puse mi mano sobre él, y se desplomó por el poder del Señor, y los guardias se quedaron atónitos. Entonces llevándome a una pequeña sala, junto con

el otro hombre, quiso ver que llevaba en mis bolsillos de papeles y correspondencia, y tirando yo de mi ropa le mostré que no llevaba cartas ningunas, y entonces el dijo, "Por su ropa no es un vagabundo." Y poniéndome en libertad, me volví a Patrington con el hombre de a caballo que vivía allí. Cuando llegamos quiso que celebrase una reunión en la Cruz, mas le dije que no había por qué, pues su casa serviría para ello. Entonces quiso que fuera a su casa y que me echara sobre una cama, o que me acostara en una cama, que así él y su mujer pudiesen decir que me habían visto en una cama o sobre una cama; pues había corrido la voz de que yo no me acostaría en cama alguna, a causa de que, en aquellos días, había dormido muchas veces a descubierto. Cuando llegó el Primer día de la semana fui a la iglesia y declaré la verdad al sacerdote y a la gente, que no me molestó en lo más mínimo, pues el poder del Señor era sobre todos ellos. Y entonces, luego que hube celebrado grandes reuniones en casa de este hombre, donde posaba, habiéndose convencido muchos de la infinita verdad del Señor, de lo cual han sido testigos fieles hasta este día, estaban apenadísimos de no haberme recibido ni dado albergue cuando estuve allí la otra vez.

Volví a Patrington otra vez, y visité a aquellos Amigos que se habían convencido, y por ellos supe que un sastre junto con algunos jovencitos de aquella localidad, habían presentado la denuncia que me llevó ante el juez. El sastre vino a pedirme que lo perdonara, temiendo que me quejase de él; y también los condestables estaban asustados, por temor de que no les causara algún disgusto. Mas yo los perdoné a todos, advirtiéndoles de que se volviesen al Señor enmendando sus vidas. Pero lo que más los atemorizó fue lo siguiente. Estaba yo en la iglesia de Oram, poco antes de que esto ocurriera, cuando se presentó en ella un eclesiástico que dándome un manotazo en el pecho, me exigió que saliese de la iglesia. "¡Ay de tí, pobre hombre," le dije, "¿Llamas tú iglesia a una casa con campanario? iglesia es la gente que Cristo rescató con Su sangre, mas no la casa." Y en esto sucedió que habiéndose enterado el juez Hotham del comportamiento de este hombre, dio su autorización para que lo fuesen a buscar, y lo obligó a que se presentase en la casa de sesiones, de tan afectado como estaba por la Verdad, y de tanto celo como tenía por mantener la paz. Además, este juez Hotham, me había preguntado antes, si

alguien se había metido conmigo o me había ultrajado; pero yo nada tenía que decirle, sino antes bien perdonarlos a todos.

Después de esto pasé a Yorkshire, en el poder del Señor, y fui a Warmsworth donde, antes del mediodía, me encaminé a la iglesia; pero cuando llegué, me dieron con la puerta en la cara; sin embargo, al poco rato dejaron entrar a Thomas Aldam que se dirigió a su sitio, y volvieron a cerrar la puerta; el sacerdote se abalanzó sobre él haciéndole preguntas, y finalmente abrieron la puerta, y yo entré; así que el sacerdote me percibió de lejos, dejó de predicar, a pesar de que yo nada le había dicho, y me preguntó, "¿Qué es lo que tenéis que decir?" y en el mismo momento, se puso a gritar, "venid, venid, que yo les probaré los falsos profetas en Mateo," pero estaba confundido de tal modo, que no pudo encontrar el capítulo. Entonces cayó sobre mí, haciéndome cantidad de preguntas, estándome yo quieto todo este tiempo, sin decir palabra. Al fin, dije. "Viendo que se me han hecho tantas preguntas, acaso que las contestare." Mas apenas hube empezado a hablar, la gente se precipitó violentamente sobre mí, y echándome fuera de la iglesia me volvieron a cerrar la puerta; y tan pronto como salieron, luego de acabado el servicio, echaron a correr hacia mí y me pegaron, y me tiraron terrones, y me apalearon con sus duelas de barril; y también el sacerdote poseído de gran furia puso violentamente sus manos sobre mí. Mas no por esto dejé yo de advertirles del terrible día del Señor, exhortándoles al arrepentimiento y a que se volviesen a Cristo. Y por estar yo henchido del poder vivificante del Señor, no me percaté del dolor que sus muchos golpes me había causado, y por la tarde me fui a otra iglesia; pero cuando llegué, el sacerdote ya había hablado, por donde prediqué el arrepentimiento a las pocas personas que aun quedaban, encaminándolas a su Maestro interno, Jesucristo.

De este lugar fui a Balby y también a Doncaster donde había ya predicado el arrepentimiento, un día de mercado, lo cual dio lugar a que se produjera en el país gran alboroto y temor. El Primer día fui a la iglesia y terminado que hubo el sacerdote, hablé, así a él como al pueblo, cuanto el Señor me había ordenado que hablase; pero como estaban furiosos me levantaron en vilo, me tiraron por el suelo, y me llevaron ante los magistrados que me interrogaron largamente, y tuve con ellos gran discusión, amenazándome de muerte si jamás volvía

por allí, y diciéndome que me dejarían a merced del pueblo. Mas esto no impidió que les declarase la Verdad y que los dirigiese a la luz de Cristo en sí mismos, dándoles testimonio de que Dios venía a enseñar a su pueblo, tanto si querían escucharle como si no querían. Al poco tiempo nos sacaron a la calle, (algunos Amigos estaban conmigo) dejándonos entre una multitud brutal, que nos apedreó por las calles hasta que vino un posadero, que era alguacil, y nos metió en su casa, y aquella gente brutal con las piedras que nos tiraban le abrieron la cabeza corriéndole la sangre por el rostro. En su casa nos quedamos unos momentos, poniendo en evidencia a las personas más serenas los frutos de los sacerdotes, y luego nos fuimos a Balby, a una milla de distancia, donde la gente que nos estaba esperando nos apedreó todo a lo largo de una callejuela; mas, bendito sea el Señor, no sufrimos mucho daño. El Primer día siguiente, fui a Tickhill donde se reunían los Amigos de por aquel lado. Cuando los Amigos estuvieron reunidos, en calma y llenos de la vida y poder de Dios, yo sentí la inspiración de dejar la reunión e irme a la iglesia, y, cuando llegué, encontré al sacerdote y a la mayor parte de los jefes de la parroquia reunidos en el presbiterio, y entonces acercándome a ellos empecé a hablar; pero inmediatamente cayeron sobre mí, y el sacristán levantando su biblia, mientras yo hablaba, me dio con ella en el rostro de tal forma que, brotando la sangre, sangré abundantemente en la iglesia, y la gente comenzó a gritar. "Dejádnoslo fuera de la iglesia," y cuando me cogieron en la calle, me pegaron causándome gran dolor y también a puñetazos, y con palos, y tirándome por el suelo me echaron a un cercado, por encima de un seto, y allí me pegaron y luego me volvieron a sacar, y arrastrándome después por una casa hasta la calle, me apedrearon y me pegaron conforme me arrastraban, de tal manera, que estaba cubierto de sangre y de lodo, y me quitaron el sombrero que no volví a recuperar. No obstante, así que me pude volver a poner en pié, les declaré la palabra de vida, les mostré cuales eran los frutos de sus maestros, y como estaban deshonrando la cristiandad. Poco después volví a la reunión, junto a los Amigos; y como el sacerdote y la gente se dirigían a la casa donde estábamos, yo salí al patio con los Amigos y allí hablé a la gente y al sacerdote, el cual mofándose de nosotros nos llamó Cuáqueros. Mas el poder del Señor fue de tal modo

sobre ellos, y la palabra de vida fue declarada con tal autoridad y en tal temor, que el mismo sacerdote comenzó a temblar, y dijo uno de los que allí estaban, "Mirad como tiembla y se agita el sacerdote, también él se ha vuelto Cuáquero." Cuando terminó la reunión, los Amigos se separaron, y, sin sombrero, me fui a Balby que estaba a unas siete u ocho millas de camino. Aquel día, el sacerdote y los suyos, ultrajaron mucho a los Amigos; tanto, que habiendo llegado a oídos de algunos jueces moderados, vinieron a la ciudad dos o tres de ellos para oír en consejo lo ocurrido y examinar la cuestión. Y aquel que había vertido mi sangre, tuvo gran temor de que le cortasen las manos, por haberme golpeado en la iglesia; mas yo perdonándole no comparecí en contra suya.

A comienzos del año de 1652, se levantó gran furor en contra de la Verdad y de los Amigos, así en sacerdotes y laicos, como también en algunos magistrados, en la comarca del Oeste de Yorkshire, de tal manera, que el sacerdote de Warmsworth se procuró de los jueces un decreto en contra mía y de Tomás Aldam, que debía de llevarse a la práctica en cualquier parte de la comarca del Oeste de Yorkshire. Al mismo tiempo, yo tuve la visión de un hombre que estaba con dos mastines y un oso, y de que pasando por su lado, me sonrieron sin hacerme daño alguno; y así fue, porque arrestando el condestable a Thomas Aldam lo llevó a York y, yendo yo con Tomás Aldam por veinte millas de camino hacia York, a pesar de que el condestable también tenía un decreto contra mí, dijo que me había visto pero que no le gustaba causar daño alguno a los forasteros, mientras que Tomás Aldam, en cambio, era vecino suyo. Y de este modo el poder del Señor lo contuvo, que no pudo hacerme ningún daño. Fuimos a casa del teniente Roper, donde celebramos una gran reunión a la que asistieron muchos hombres de importancia; y la verdad les fue declarada maravillosamente. El condestable estuvo con Tomás Aldam hasta que terminó la reunión, yendo luego los dos a la prisión de York, mas no se metió conmigo.

De aquí fui a Wakefeld, y el Primer día siguiente fui a una iglesia donde James Neyler había sido miembro de una secta independiente, pero fue luego excomulgado por haber recibido la Verdad. Cuando entré, y el sacerdote hubo concluido, la gente me llamó que subiera a donde el sacerdote; mas así que empecé a declarar la palabra de vida, y a exponerles

abiertamente la impostura de los sacerdotes, se abalanzaron de repente sobre mí, y me empujaron para afuera por la otra puerta a puñetazos y pegándome, gritaron "Pongámoslo en el cepo." Mas el poder del Señor los contuvo, que no se atrevieron a ponerme en el cepo, y pude irme a la reunión, donde estaban muchos eclesiásticos ilustres, y simpatizantes. Y muchas conversiones se hicieron aquel día, pues se sintieron todos muy felices de que se les hubiese encaminado a las enseñanzas del Señor en sí mismos. Allá conseguimos alojamiento, ya que cuatro de los nuestros habían pasado la noche debajo de un seto, a causa de que entonces eran pocos los Amigos que había en aquel lugar.

El mismo día Richard Farnsworth había ido a otra iglesia que pertenecía a un alto sacerdote, y allí declaró a la gente la palabra de Verdad consiguiendo entre ellos tan gran predicamento, que decían que armábamos nosotros más ruido que la llegada del ejército escocés, tan fuerte era sobre ellos el temor y el poder del Señor.

El sacerdote de esta iglesia de la cual James Neyler había sido miembro, y cuyo nombre era Marshall, propagó muchas e infames calumnias de mí, tales, como que andaba yo dando de beber a la gente, de unas botellas que llevaba siempre conmigo, para que así me siguieran, y de que iba montado en un gran caballo negro, sobre el cual me veían en un lugar a una hora, y a la misma hora me veían en otro a sesenta millas de distancia, y de que cuando iba sobre mi caballo negro iba dando dinero a la gente para que me siguieran; e hizo que sus feligreses se tragasen todas estas mentiras diabólicas, para que dudasen de la Verdad que yo les había declarado. Mas por causa de estas mismas mentiras se separaron de él muchos de los suyos, porque en general todo el mundo sabía que yo viajaba a pié por no tener caballo en aquella época. No mucho después, el Señor destrozó a este sacerdote envidioso, en su propia maldad.

Después de esto fui a High-Town, donde vivía una mujer que se había convertido desde hacía poco tiempo. Fuimos a su casa y en ella celebramos una reunión, declarando la verdad a la gente que allí estaba, y habiendo hecho entre ellos algunos servicios para el Señor, se marcharon después pacíficamente. Pero había allí una viuda, llamada Green, que llena de envidia fue a uno, que en la ciudad era tenido por caballero, (y del

que se decía que había matado a dos hombres y a una mujer) y le dio informaciones en contra nuestra a pesar de que él no tenía autoridad alguna. A la mañana siguiente seleccionamos algunas preguntas que mandar al sacerdote, y, habiendo concluido íbamos a marcharnos cuando llegaron corriendo a la casa donde estábamos algunas de las personas que simpatizaban con nosotros, para decirnos que este hombre asesino había afilado una pica para atravesarnos con ella, y que en aquel mismo instante venía con la espada al cinto; pero como nosotros nos íbamos en aquel preciso momento así fue que lo evitamos. Mas apenas idos, llegó a la casa donde habíamos estado, y toda la gente fue de opinión de que hubiera asesinado a alguno de nosotros. Aquella noche la pasamos en un bosque y nos mojamos muchísimo porque llovió copiosamente. Por la mañana sentí la necesidad de volver a la ciudad, cuando nos dieron una información detallada de este hombre malvado.

De allí pasamos a Bradford donde nos encontramos otra vez con Richard Farnsworth, del que nos habíamos separado poco antes. Cuando llegamos nos prepararon viandas que comiésemos, mas cuando iba ya a tomar unos sorbos de su leche, vino a mí la palabra del Señor, diciendo, "No comas tu pan con tales gentes que tienen mala mirada," e inmediatamente me levanté de la mesa sin comer nada. La mujer de la casa era Bautista; luego que hube exhortado a la familia, para que volviendo al Señor Jesucristo prestasen atención a Sus enseñanzas en sus propios corazones, nos fuimos de allí.

Conforme íbamos viajando por el país, predicando el arrepentimiento, me dijo el Señor, que sólo con que inculcara a una persona el mismo espíritu en que estaban los apóstoles y profetas que habían hablado las Escrituras, él o ella, ejerciendo su misión, harían temblar todo el país por diez millas a la redonda. Y si las otras personas poseían a Dios y a Cristo y a Sus apóstoles y profetas, deberían también de poseer a él o a ella. Porque la gente tenía las Escrituras, mas no estaban en la misma luz y poder y espíritu en que estuvieron los que las produjeron, y por esta razón, ni conocían bien a Dios, ni a Cristo, ni las Escrituras, ni estaban unidos, por estar fuera del poder y espíritu de Dios. En consecuencia, así como íbamos viajando, advertíamos a todo el mundo, donde quiera que los encontrásemos, del día del Señor que iba a venir sobre ellos.

Íbamos andando, cuando llegamos cerca de una montaña muy

alta llamada Pendlehill, y, por voluntad del Señor, subí a su cima, lo que hice con gran dificultad, tan alta y escarpada era. Cuando ya llegaba a la cima, vi el mar que bordeaba por Lancashire, y allá, en lo alto, me sentí inspirado de celebrar el día del Señor, y El me dejó ver en qué lugares tenía un gran pueblo que reunir. Cuando descendía, encontré un manantial y allí me refresqué habiendo comido y bebido muy poco, por varios días.

Por la noche fuimos a una posada, y declaré la Verdad al posadero, y escribí a los sacerdotes y eclesiásticos, y este hombre, a quien la verdad había afectado poderosamente, difundió mi escrito. El Señor me reveló y me dejó ver que cerca de un río que partía dos condados, había un gran pueblo que, en vestiduras blancas, iba al Señor; y el lugar en que los vi era cerca del de Juan Blaykling, donde vivía Ricardo Robinson.

Al siguiente día, seguimos viajando, y por la noche nos procuramos unos helechos sobre que nos tendemos, durmiendo todos en una tierra comunal.

Yendo de camino hacia Wensleydale, me detuve en una gran casa donde vivía un maestro de escuela; me lucieron pasar, y, luego que les hube hecho preguntas sobre su religión y culto, les declaré la Verdad. Estábamos en esto en un salón, y en él me encerraron, con la pretensión de que yo era un joven perturbado que me había escapado de mis parientes, y de que allí me tendrían hasta que pudieran mandarme a ellos. Pero en seguida los convencí de su error, y soltándome hubieran querido que me quedara; mas como yo no tenía la intención de quedarme allí, luego que les hube exhortado al arrepentimiento y que los hube encaminado a la luz de Jesucristo, que por ella pudiesen llegar a El y salvarse, me marché, y llegué por la noche a una pequeña cervecería que estaba en una tierra comunal donde había una gente soez que estaba allí bebiendo; y sucedió que como no quise beber con ellos, cogieron sus garrotos y me golpearon llenos de rabia, mas yo los reprendí consiguiendo que se comportaron con un poco más de serenidad, y me salí de allí en plena noche. Al poco rato, uno de aquellos borrachos salió también y se me quería acercar pretendiendo que tenía que decirme algo al oído; mas viendo yo que tenía un cuchillo, me aparté amonestándolo al arrepentimiento y a que temiese al Señor, el cual por su poder me guardó de este mal hombre, que



se entró en la casa otra vez. A la mañana siguiente me fui por otros valles, advirtiendo y exhortando a la gente, por donde quiera que pasaba, de que se arrepintieran y volviesen al Señor; y varios se convencieron. En una casa donde también entré, el dueño de la casa (que después supe que era pariente de Juan Blaklings) me quiso dar dinero, mas yo no lo tomé.

Iba viajando por los valles, cuando fui a casa de un hombre, llamado Tennant, y sentí la inspiración de hablar a la familia, declarando la verdad infinita; y cuando me había ya marchado, sentí el impulso de volver para hablar con él; y se convenció, y también su familia, y vivieron y murieron en la verdad. De este lugar me fui a casa del mayor Bousfield, que me recibió, como también varios otros; y algunos de los que entonces se convencieron, continúan fieles desde entonces. Pasé también por Griesdale y otros varios de aquellos valles, consiguiendo la conversión de algunas personas. Y fui a Dent, donde también muchos se convencieron. De la casa del mayor Bousfield fui a la de Ricardo Robinson, y mientras iba de camino le pregunté a un hombre donde estaba la casa de Ricardo Robinson, y él me preguntó a su vez que de donde venía yo, a lo que respondí. "Del Señor," y cuando llegué a casa de Ricardo Robinson, le declaré la infinita verdad, mas esto no impidió que los celos se levantaran en él, y luego que yo me hube acostado, pensando que podía ser yo un ladrón que venía a robar a su casa, cerró todas las puertas bien seguras.

Al día siguiente, fui a una reunión en casa del juez Gervasio Benson donde me encontré con unas personas que se habían separado de la iglesia episcopal. Éste era el lugar que había ya visto, donde la gente andaba con vestiduras blancas. Fue una larga reunión y en general todos se convencieron.

En la misma semana había gran feria en Sedbergh, en la que se acostumbraba a contratar a los sirvientes, y declaré el día del Señor por la feria; y luego que así lo hube hecho, fui al patio de la iglesia donde me subí a un árbol, y muchos de los que estaban en la feria allí vinieron, y también abundancia de sacerdotes y eclesiásticos. Por varias horas declaré allí la infinita verdad del Señor y la palabra de vida, demostrando como el Señor mismo venía a enseñar a su pueblo, y a sacarlos de todas sus enseñanzas y sendas mundanas, par llevarlos a Cristo, el verdadero Maestro, y verdadero camino hacia Dios, y les puse en evidencia sus maestros, demostrándoles como eran iguales

que aquéllos que antiguamente fueron condenados por los profetas, y por Cristo, y por los apóstoles, y los exhorté a que se saliesen de los templos hechos con las manos; y a que esperasen a recibir el espíritu del Señor, pudiendo ser así ellos mismos los templos de Dios. Ninguno de los sacerdotes tuvo poder de abrir la boca en contra de lo que yo reclamé; mas al fin, dijo un capitán, "¿Por qué no queréis ir a la iglesia? éste no es lugar adecuado para predicar." y le respondí, que yo negaba su iglesia, y en esto salió un predicador independiente, un tal Francisco Hogwill, que a pesar de que nunca me había visto antes de aquel día, tomó por su cuenta el responder al capitán, al que pronto redujo al silencio; y entonces Francisco Hogwill, dijo de mí, "Este hombre habla con autoridad, y no como los escribas" Después de esto, revelé a la gente que aquel lugar no era más sagrado que otro, y que aquella casa no era la iglesia, sino que la gente era el templo del cual Cristo era la cabeza. Poco después los sacerdotes se acercaron a mí y yo les advertí de que se arrepintieran. Uno dijo que yo estaba loco, y en esto se marcharon. Pero muchos se convencieron aquel día, con alegría de oír declarar la verdad que recibieron con júbilo. Y marchándome fui a una casa, y allá vino un tal capitán Ward, el cual dijo que mis ojos lo penetraban, y recibiendo la verdad en el amor de ella, en ella vivió y murió.

El Primer día siguiente fui a la capilla Firbank, en Westmorland, donde Francisco Hogwill, antes nombrado, y Juan Audland habían predicado por la mañana. La capilla estaba llena de tal modo que muchos se quedaron sin entrar, y Francisco Hogwill dijo que creyó que yo estaba mirando al interior de la capilla, y que de tanto como le sorprendió el poder del Señor, lo hubiese podido matar con una manzana; mas yo no había mirado. Se dieron gran prisa y acabando enseguida, ellos y algunos de los oyentes se fueron a comer; mas abundancia de gente quedó hasta que volviesen. En esto Juan Blaykling junto con otros se acercaron a mí, con el deseo de que no les reprendiera públicamente, porque ellos no eran maestros con parroquia sino hombres buenos y piadosos; yo no pude decirles si lo haría o no (a pesar de que en aquel momento no sentía ningún impulso de declarar públicamente en contra de ellos), mas les dije que me tenían que dejar a la voluntad del Señor. Mientras los demás estaban comiendo fui a un arroyo y bebí un poco de agua, y entonces fui y me senté en lo alto de una

roca, porque la palabra del Señor vino a mí de que yo tenía que ir y sentarme sobre la roca en la montaña como antes Cristo lo había hecho. Por la tarde, la gente se reunió a mi alrededor, entre ellos varios sacerdotes Independientes, calculándose que habría allí más de mil personas a las que declaré la verdad infinita de Dios y la palabra de vida, de balde y por cerca de tres horas, encaminándolos al Espíritu de Dios en sí mismos, que pudiesen volver de la oscuridad a la luz, y creer en ella, que pudiesen convertirse en los hijos de la luz y que pudiesen volver del poder de Satanás, bajo el cual habían estado, a Dios, y que por el espíritu de la verdad pudiesen ser guiados a toda verdad y bien comprender las palabras de los profetas, de Cristo, de los apóstoles; y que todos pudiesen llegar a conocer en Cristo el maestro que los instruyese, el consejero que los dirigiese, el pastor que los alimentase, el obispo que los gobernase, y el profeta que les revelase divinos misterios; y que todos pudiesen saber que sus cuerpos fueran preparados, santificados, y hechos templos en que Dios y Cristo morasen.

En esto, había mucha gente, ya vieja, que habiendo ido a la capilla miraba por las ventanas, viendo extrañados como un hombre predicaba en una montaña, y no en sus iglesias, como ellos las llaman.

Muy extensamente me manifesté en esta plática, y el poder convincente del Señor me acompañó en mi ministerio, y llegó a los corazones de la gente, por lo que tantos se convencieron, y todos los predicadores Independientes se convencieron también de la infinita verdad del Señor.

Acabada la reunión, fui a casa de Juan Audland y allá se me acercó Juan Story, encendiendo su pipa de tabaco, y me dijo. "¿Queréis una pipa de tabaco?" añadiendo, "venid, todo es nuestro." Y me pareció ver en él un mozo impudente y presumido; y no tomé tabaco, mas vino a mi mente el pensamiento de que el mozo, quizás creería que yo no estaba unido con la creación, por razón de que comprendí que tenía una noción de la religión superficial y vacía. Así que tomando su pipa, me la llevé a la boca, y se la devolví, para con esto impedir que su mala lengua dijera que yo no estaba unido con la creación.

De este lugar fui a la capilla de Preston-Patrick donde se iba a celebrar una gran reunión, a la cual asistí teniendo gran oportunidad de predicar el evangelio infinito, revelándoles (como a otros en ocasión semejante) que la finalidad de ir yo

a tal sitio, no era la de defenderlo más de lo que defendieron los apóstoles las sinagogas judías y los templos en que ellos predicaban, sino de sacarlos de semejantes cosas, como los apóstoles sacaron a los santos de antaño del templo judío, y del sacerdocio de Aarón (para ir después a reunirse por las casas), que pudiesen ellos dar testimonio de que sus cuerpos eran los templos de Dios, y de que Cristo, en ellos, era su Maestro.

Entonces fui a Kendal donde iba a celebrarse una reunión en la casa consistorial, en la que declaré a la gente la palabra de vida, mostrándoles como podían llegar al conocimiento salvador de Cristo, y a una justa comprensión de las sagradas Escrituras; revelándoles que era lo que les guiaría al camino de la reconciliación con Dios, y lo que sería su condenación. Después de la reunión, me detuve unas momentos en la ciudad, donde varios se convencieron y muchos se mostraron llenos de amor. Uno llamado Cock, me encontró en la calle y quiso darme un rollo de tabaco, porque en aquel entonces la gente era muy dada a fumar; yo acepté su amor, mas no admití el tabaco.

De aquí me fui a Underbarrow, a casa de un tal Miles Bateman, y mientras iba de camino, en compañía de otros varios, tuve con ellos grandes razones, especialmente con Eduardo Burrough. Por la noche, el sacerdote y muchos eclesiásticos vinieron a la casa, y tuve con ellos gran discusión. Estando puesta la cena, para el sacerdote y el resto de la compañía, yo no me sentí libre de comer con ellos, mas les dije que si querían fijar una reunión para el día siguiente en la iglesia, y darlo a conocer a la gente, yo podría encontrarme allí con ellos. Tuvieron sobre esto grandes razones, unos en favor y otros en contra. Por la mañana salí, luego que les hube hablado concerniendo a la reunión, e iba paseando por el acantilado cuando vi que había allí varios pobres, y viajeros, pidiendo limosna, los cuales comprendí que estaban en necesidad, y nada les dieron diciendo que eran unos impostores. Me ofendió el ver tal dureza de corazón en los eclesiásticos, de modo que cuando se marcharon a desayunar, corrí cerca de un cuarto de milla, hasta donde estaba aquella pobre gente y les di algún dinero. Mientras tanto uno de los que estaban en la casa volvió a salir, y al verme a tal distancia dijo que solo teniendo alas pude haber ido tan lejos en tan poco tiempo. En esto pareció como si se hubiese desechado lo de la reunión, pues pensaban de mí cosas tan extrañas, que muchos de ellos eran contrarios a celebrar

una reunión conmigo. Yo les dije que había corrido a dar algún dinero a aquellos pobres, herido ante su corazón empedernido que no les dejó darles algo. Entonces vinieron Miles y Esteban Hubbersty, que más simples de corazón querían que la reunión se celebrase, por donde me fui a la capilla, y también el sacerdote. Hubo gran reunión, y fue abierto el camino de vida y salvación; al poco rato el sacerdote salió escapado. Muchos de Crook y de Underbarrow se convencieron aquel día, recibiendo la palabra de vida, y se mantuvieron con firmeza, bajo las enseñanzas de Jesucristo. Después que les hube declarado la verdad, por varias horas, una vez terminada la reunión, el jefe condestable y algunos otros eclesiásticos vinieron a razonar conmigo, en el patio de la capilla; y yo tomando la Biblia y revelándoles las Escrituras les mostré capítulo y versículo tratándolos tiernamente como se haría con un niño. Los que estaban en la luz de Cristo, y espíritu de Dios, sabían cuando hablaba yo de las Escrituras, a pesar de que no les mencionaba el capítulo ni el versículo, a la manera como lo hacen sus sacerdotes.

De aquí me fui, junto con un hombre de alguna edad, cuyo corazón el Señor había abierto, y me invitó a su casa; su nombre era Jaime Dickinson, y se convenció aquel día recibiendo la verdad, en la cual vivió y murió.

Al día siguiente fui a casa de Jaime Taylor, de Newton en Cartmel, Lancashire. Y el primer día de la semana fui a la capilla donde un sacerdote llamado Camelford acostumbraba a predicar, y cuando él hubo concluido, yo empecé a predicar al pueblo la palabra de vida. Mas este sacerdote estaba poseído de tal rabia, y fue tan impertinente, que no teniendo paciencia de oír, se puso a agitar a la multitud brutal que cogiéndome por el aire me golpeó y me dio de puñetazos y me tiró de cabeza por un muro de piedra; mas a pesar de esto, bendito sea el Señor, Su poder me guardó. El que me trató con tal violencia, fue un hombre malvado, llamado Juan Knipe, que fue después destrozado por el Señor. Había en la capilla un joven que escribía para el sacerdote; sentí la inspiración de hablarle, y se convenció, convirtiéndose en un buen ministro del evangelio. Su nombre era Juan Braithwaite.

Entonces fui a una cervecería, que era frecuentada por mucha gente durante el tiempo que iba de sus predicaciones de la mañana a las de la tarde, y tuve allí muchas razones con ellos

declarándoles que Dios venía El a enseñar a su gente, y a sacarla de todos sus falsos maestros, tales como aquellos contra los cuales clamaron los profetas, Cristo, y los apóstoles; muchos recibieron la palabra de vida, en aquellos días, y en ella vivieron.

Por la tarde anduve dos o tres millas, hasta otra iglesia o capilla, llamada Lyndal. Cuando el sacerdote concluyó, le hablé, así como al pueblo, lo que el Señor me había ordenado que hablase; y los hubo que hicieron gran oposición, mas luego se convencieron.

Después de esto, fui a un tal capitán Sands, que junto con su mujer parecían haber sido algo afectados por la Verdad, y que de haber podido mantenerse a la vez en el mundo y en la Verdad, la hubiesen recibido; pero eran hipócritas, y él era muy ligero y banal, siendo la senda demasiada estrecha para ellos. Por donde le reprendí por su ligereza y por sus burlas, y le dije que no era propio de un gran eclesiástico, como él era. Me dijo él entonces, que había tenido un hijo que en su lecho de muerte, le había también reprendido por lo mismo, advirtiéndole de ello. Mas él nunca había dado importancia, ni a las amonestaciones de su hijo moribundo, ni a los reproches del espíritu de Dios, en sí mismo.

Entonces fui a Ulverston, y también a Swarthmoor, a casa del juez Fell, donde vino un tal Lampitt, sacerdote, lleno de nociones y Ranter, en su fuero interno. Con él tuve muchas razones, porque hablaba de altas nociones y perfecciones, por donde engañaba a la gente. Quería él haberse adueñado de mí, mas yo no pude ni ceder ni unirme a él, tan lleno de inmundicia estaba. Dijo él que estaba por encima de Juan, y actuaba como si lo supiera todo. Mas le dije yo que la muerte reinó de Adán a Moisés, y que él estaba bajo la muerte por no conocer a Moisés, pues Moisés había visto el paraíso de Dios, y el no conocía ni a Moisés, ni a los profetas, ni a Juan. Porque era en él aquella naturaleza brutal y pervertida y la montaña de pecado y corrupción; no habiendo el Señor preparado en él la vía. Confesó que en algunas cosas se había sentido cohibido, pero que ahora podía cantar salmos y hacer lo que fuere. Y entonces le dije, que si encontraba un ladrón podía irse de la mano con él, pero que no podía predicar sobre Moisés, ni sobre los profetas, ni sobre Juan, ni sobre Cristo, mas que en el caso de que estuviere en el mismo espíritu en que ellos

estaban. Margarita Fell, había estado ausente durante el día, y cuando por la noche volvió, sus hijos le dijeron que el sacerdote Lampitt y yo no habíamos estado de acuerdo, lo cual la turbó, porque él era su director espiritual, ocultándoles sus sucias acciones. Por la noche, tuvimos muchas razones, y yo le declaré la Verdad a ella y a su familia.

A la mañana siguiente, Lampitt volvió y tuve gran discusión con él, delante de Margarita Fell, que entonces pudo discernir como era este sacerdote. Y el convencimiento de la Verdad del Señor vino a ella y a su familia. Poco después llegó el día de observar la *humillación*, y Margarita Fell me pidió que fuera con ella a la iglesia, en Ulverston, pues todavía no se había librado del todo de los sacerdotes, y yo le repliqué, "Yo haré lo que me mande el Señor," y dejándola, me fui a pasear por el campo, y entonces la palabra del Señor vino a mí, diciendo, "Ve tras ellos a la iglesia." Cuando llegué, Lampitt estaba cantando con sus feligreses, mas su espíritu era tan impuro, y lo que cantaban tan poco apropiado al estado de espíritu de todos ellos, que, luego que hubieron concluido sus cantos, el Señor me impulsó a que les hablara, y la palabra del Señor a ellos, fue, "No es judío él que lo es por fuera, mas lo es aquél que lo es por dentro, cuyo renombre no es de hombre, mas de Dios." Entonces, al recibir más revelaciones del Señor, les mostré que Dios venía a enseñar a su pueblo, por su Espíritu, y a sacarlo de sus antiguos senderos, religiones, iglesias y cultos, pues todas sus religiones, cultos y sendas no eran más que hablar con palabras ajenas; mas ellos estaban fuera de la vida y espíritu de aquellos que las habían proferido. En esto, un tal llamado Juan Sawrey se puso a gritar, "Echadlo fuera"; pero la mujer del juez Fell, dijo a los oficiales, "Dejadlo en paz; ¿Por qué no ha de poder hablar él, igual que otro cualquiera?" Lampitt, el sacerdote, dijo también, mintiendo, "Dejadle que hable." Finalmente, cuando hube hablado durante algún tiempo, el juez Sawrey, eclesiástico corrompido, lleno de hipocresía, de impostura y de envidia, hizo que el condestable me echara fuera, y entonces hablé a la gente en el cementerio y después me marché a Swarthmoor Hall. El Primer día siguiente, sentí el impulso de ir a la iglesia de Al- bingham, y cuando el sacerdote hubo terminado, empecé a hablarle, mas él se marchó, y declaré entonces la palabra de vida a la gente, y los amonesté para que volviesen al Señor.

De este lugar pasé a Rampside donde había una capilla en la que acostumbraba a predicar Thomas Lawson, ilustró sacerdote. Con mucha amabilidad, comunicó por la mañana a sus feligreses que yo vendría a predicar por la tarde, por lo cual, toda la gente de aquellos lugares se hallaba allí reunida. Cuando llegué, vi que no había sitio más conveniente que la capilla, y entré en ella, y todo estaba en calma. Tomas Lawson no subió a su púlpito cediéndome así todo su tiempo. El infinito día de Dios eterno fue proclamado aquel día, y la infinita verdad fue tan largamente declarada, que llegando y penetrando en los corazones, muchos recibieron la verdad en el amor de ella. Este sacerdote vino a convencerse, y dejando su capilla, abandonó sus sermones de hombre alquilado, para predicar a Jesucristo y Su reino, de balde. Después de esto, algunas personas soeces lo acusaron de escándalos, creyendo que así le harían algún daño; pero él fue elevado sobre todo, y creciendo en sabiduría de Dios, en gran manera, demostró ser muy servicial en su lugar. Volví a Swarthmoor, y el Primer día siguiente, fui a la iglesia de Dalton, donde, luego que el sacerdote hubo terminado, declaré la palabra de vida, para que así pudieran volver de la oscuridad a la luz, y del poder de Satanás a Dios, y que pudiesen evadirse de sus sendas de superstición y de sus maestros formados por el hombre, para ir a Cristo, senda viviente de verdad, y ser por El enseñados.

De allí fui a la isla de Walney, y después que el sacerdote hubo concluido, le hablé, mas el se marchó; entonces declaré la Verdad a la gente, mas ellos se comportaron rudamente. Fui entonces a casa del sacerdote para hablar con él, pero no se dejó ver, y como dijeron que se había escondido en el hórreo, fueron allá a buscarlo, mas no lo pudieron encontrar. Entonces dijeron que se había escondido en un campo de maíz, mas allí tampoco lo encontraron. En vista de esto, me marché a casa de Jaime Lancaster que fue de los convencidos en la isla, y de allí me volví a Swarthmoor donde el poder del Señor descendió sobre Margarita Fell, su hija Sara, así como sobre otros varios.

Entonces fui a Bayeliff, donde Leonardo Fell se convenció, convirtiéndose en ministro del evangelio infinito, y también se convencieron otros varios, que prestaron obediencia a la verdad. En este lugar, la gente dijo que, no pudiendo discutir conmigo, hubieran querido de buena gana haber puesto a alguien que sostuviera una controversia conmigo; mas yo los amonesté



a que temiesen al Señor, y a que no hablasen de un modo ligero de las palabras del Señor, sino que las pusieran en práctica. Yo los encaminé a la divina luz de Cristo, y a Su espíritu en sus propios corazones, que les descubriría todos los malos pensamientos, palabras y acciones, que habían pensado, hablado, y hecho; en cuya luz pudiesen ver su pecado y también su Salvador, Jesucristo, que los salvaría de todos sus pecados. Esto, les dije, era su primer paso hacia la paz, aunque esta luz iluminase sus pecados y transgresiones; por la cual luz podrían ver como estaban sumidos en la caída de Adán, en oscuridad y muerte, extraños al pacto de promisión, y en un mundo sin Dios; y por la misma luz podrían ver a Cristo que murió, por ellos, para ser su Redentor y Salvador, y su camino hacia Dios.

Después de esto fui a una capilla más allá de Gleaston que había sido edificada pero en la que ningún sacerdote había predicado. Allá fue la gente del país, y fue una reunión tranquila y apacible en la que la palabra de vida fue declarada, y muchos de por Gleaston se convencieron de la verdad.

De este lugar, me volví a Swarthmoor, y luego que hube pasado unos días, habiéndose convencido la mayor parte de la familia, fui otra vez a Westmorland, donde el sacerdote Lampitt había estado entre los eclesiásticos del lado de Kendal provocándolos en contra mía y diciéndoles que yo sostenía muchas cosas extrañas. Encontré a los que habían sido así incitados y pasé con ellos toda la noche, sentados en casa de Jaime Dickinson, allanando todas sus objeciones. Quedaron ellos enteramente satisfechos con la Verdad que yo les había declarado y muy descontentos de Lampitt y de sus mentiras, por lo que él perdió lo mejor de sus oyentes y acólitos, que viendo su engaño lo abandonaron.

Pasé de camino por casa de Juan Audland y de Gervasio Benson celebrando grandes reuniones con aquellos que antes se habían convertido; después fui a casa de Juan Blayking y de Ricardo Robinson, celebrando en ellas importantes reuniones, y luego proseguí para Grisedale.

Poco después, habiendo regresado el juez Fell a su casa, su mujer, Margarita Fell, me mandó a buscar para que volviera allá, y sintiendo que el Señor me daba libertad de hacerlo volví a Swarthmoor. Encontré allí a sacerdotes y eclesiásticos, y que aquel envidioso de juez había incitado en gran manera al juez Fell y al capitán Sands, en contra de la Verdad, con

sus mentiras; mas cuando fue que hablé con él, le allané todas sus objeciones y tan completamente lo satisfice con las Escrituras que se convenció en sus juicios. Me preguntó si era yo aquel Jorge Fox de quien tanto hablaba el juez Robinson a los miembros del parlamento, en términos encomiásticos. Le dije yo que había estado con el juez Robinson y con el juez Hotham, en Yorkshire, los cuales fueron muy corteses y afables conmigo, habiéndose convencido, en sus juicios, de que el principio, del cual daba yo testimonio, era la Verdad; y viendo ellos por encima y más allá de las sacerdotés de la nación, resultaba que ellos junto con otros muchos iban a ser ahora más sabios que sus maestros. Luego que hubimos departido por algún tiempo, el juez Fell también se satisfizo y llegó a ver, por revelaciones del Espíritu de Dios en su corazón, más allá que todos los sacerdotes y maestros mundanos, no yendo más a oírlos durante los últimos años de su vida, pues él comprendió que yo había declarado la Verdad, y que Cristo era el Maestro de Su pueblo, y su Salvador. Mas de una vez, Fell quiso que yo pasara un rato con el juez Bradshaw, para razonar con él. El capitán Sands, antes mencionado, vino a casa del juez Fell con la intención de irritarlo en contra mía, porque era un mal intencionado, lleno de envidia de mí y, sin embargo, hablaba de altas cosas y, usando las palabras de las Escrituras, decía. "Mirad, que yo todo lo renuevo." Mas yo le dije que, entonces, también tenía que tener un Dios nuevo, ya que su Dios era su vientre. Además de este capitán, vino también aquel envidioso de juez, Juan Sawrey, y le dije que su corazón estaba corrompido y él lleno de hipocresía a rebosar. También vinieron otros varios, y dándome el Señor poder de comprender sus respectivos estados, les hablé como convenía en sus condiciones. Mientras andaba por aquellos lugares, Ricardo Farnsworth y Jaime Nayler, vinieron a verme y también a la familia, habiendo Jaime Nayler ayunado por catorce días; y satisfecho el juez Fell de lo que era el camino de la verdad, a pesar de toda la oposición, consintió en que la reunión se celebrase en su casa, y organizaron allí, en el poder del Señor, unas reuniones que duraron hasta el día de hoy, por más de veinte años.

Luego que me hube detenido allí unos días, y que las reuniones quedaron bien establecidas, fui a Kellet y tuve una gran reunión en casa de Roberto Widders, a la cual vinieron

varios de Lancaster y algunos de York, y muchos allí se convencieron.

Y había allí un capitán que, levantándose después de terminada la reunión, me preguntó donde estaban mis calzones de cuero, y después de apurarlo un rato, levantando mi terno le dije, "He aquí mis calzones de cuero, que espantan a todos los sacerdotes y eclesiásticos."

Y antes de que yo fuera por aquellos lugares, Margarita Fell tuvo la visión de un hombre con sombrero blanco y calzones de cuero que vendría y confundiría a los sacerdotes.

Y otro hombre tuvo una visión de mí, de que un hombre con calzones de cuero vendría y confundiría a los sacerdotes; y el sacerdote de este hombre fue el primero en ser confundido y convencido.

Un Primer día, fui a una iglesia al borde del río, donde estaba de sacerdote un tal Whitehead, al cual así como al pueblo, declaré la Verdad en el temible poder de Dios. Vino allí un doctor, que estaba tan lleno de envidia, que dijo que se veía capaz de atravesarme con su espadín así lo ahorcasen al día siguiente; no obstante, este hombre llegó más tarde a convencerse de la Verdad, a juzgar por su amor por los Amigos. Algunos se convencieron por aquellos parajes, que acataron el ministerio de Cristo, su Maestro, y se estableció allí una reunión que continúa hasta el presente día.

Después de esto, volví a Westmorland y hablé por Kendal, un día de mercado. Llevaba plata en mi bolsillo, y sentí el impulso de tirarla a la gente, mientras subía por la calle. Tan temible fue el poder del Señor, en mí, que la gente huyendo, cual vuela la paja, se metió en sus casas y en sus tiendas. Yo les advertí del poderoso día del Señor, y los exhorté a que prestaran oído a la voz de Dios, en sus propios corazones, el cual venía El a enseñar a su pueblo. Mientras que algunos se pusieron en contra mía, otros se pusieron a mi favor, de tal modo, que al final acabaron por pelearse por causa mía; mas acercándome, les hablé y se separaron. Varios se convencieron.

Después que hube viajado de un lado para otro, por aquellos lugares, y hube celebrado grandes reuniones, fui otra vez a Swarthmoor, adonde vinieron cuatro o cinco sacerdotes. Estábamos discutiendo, y les pregunté, si alguno de ellos podía afirmar que hubiese recibido palabra del Señor para que fuese y hablase a tal o cual persona; y ninguno se atrevió a afirmarlo.

Mas uno, estallando en cólera, dijo, que él podía hablar de sus experiencias tan bien como yo, y yo le respondí que la experiencia era una cosa, pero que recibir e ir con un mensaje y poseer una palabra del Señor, como los profetas y apóstoles recibieron e hicieron, y como había hecho yo con ellos, esto, era otra cosa. Y, por consiguiente, repetí la pregunta de si podía alguno de ellos decir que jamás hubiese recibido alguna orden o palabra del Señor, de un modo imperioso y en un momento dado. Mas ninguno pudo afirmarlo.

En otra ocasión, estaba discutiendo con varios sacerdotes, en casa del juez Fell, que estaba presente, y les hice la misma pregunta de si alguien entre ellos, había jamás oído la voz de Dios o de Cristo, amonestándolo a que fuese a tal o cual persona para declararle Su palabra o mensaje. Porque, les dije, cualquiera que sepa leer puede declarar las experiencias de los profetas y apóstoles, que están archivadas en las Escrituras. Sobre esto, uno de ellos, antiguo sacerdote, llamado Tomás Taylor, confesó ingenuamente, delante del juez Fell, que nunca había oído ni la voz de Dios ni la de Cristo, encaminándole a determinada persona, pero que él hablaba de sus experiencias y de las experiencias de los santos de hace tiempo, siendo esto lo que predicaba. Esto, en gran manera afirmó al juez Fell en su creencia de que los sacerdotes estaban en el error, porque el creía anteriormente, al igual que la mayoría de las gentes, que los sacerdotes eran enviados de Dios. Tomás Taylor, se convenció en esta ocasión.

Después de esto, sentí el impulso de ir a la iglesia, en Ulverston, un día de sermón, habiéndose congregado abundancia de eclesiásticos, sacerdotes y seglares. Me llegué cerca del sacerdote Lampitt, el cual estaba vociferando su sermón, y después que el Señor hubo abierto mi boca, para que hablara, el juez Juan Sawrey se acercó a mí, y me dijo que si iba a hablar de acuerdo con las Escrituras, podía hacerlo. Me maravillé de que me hablase de tal modo ya que siempre hablaba yo de acuerdo con las Escrituras, que citaría para probar lo que dijere, pues algo tenía que decir a Lampitt y al resto. Entonces, contradiciendo lo antes dicho, de que podía hablar si lo hacía de acuerdo con las Escrituras, me dijo que no podía hablar. La gente estaba sosegada, escuchándome con placer, hasta que este juez Sawrey (que fue el primer instigador de la primer persecución en el Norte) la incitó en contra mía, para

que me arrastrasen, me pegasen y me magullasen. De repente, la gente se enfureció y cayendo sobre mí, en la iglesia, ante sus ojos, me tiraron por el suelo, me patearon y me pisotearon, lo cual estaba él contemplando; y tan grande fue el tumulto, que algunos, de tanto pánico, cayeron de sus asientos. Se acercó Sawrey, finalmente, y sacándome de las manos de la gente, me sacó de la iglesia y me entregó a los alguaciles y otros oficiales, amonestándolos a que me azotasen y me echasen de la ciudad. Me condujeron como un cuarto de milla, unos agarrándome por el cuello, otros de los brazos y hombros, sacudiéndome y arrastrándome. Muchas personas de bien, habían venido al mercado y algunas a la iglesia para oírme, y a varias de ellas también las tiraron por el suelo abriéndoseles la cabeza, de tal modo, que la sangre corría como nunca lo había visto en mi vida. Al hijo del juez Fell, que vino corriendo para ver que iban a hacerme, lo tiraron a una zanja llena de agua, mientras algunos gritaban. "Dadle un golpe que le salten los dientes."

Después me arrastraron hasta el lado umbrío del prado comunal, seguidos de una multitud, y los condestables y otros oficiales me dieron en la espalda con sus ramos de sauce, y me entregaron a la multitud brutal que habiéndose provisto, unos de duelas de barril, otros de estacas de seto y otros de ramas de maleza, cayeron sobre mí y me pegaron en la cabeza, en los brazos y en la espalda hasta que sin sentido caí en el suelo mojado. Cuando recobré el sentido, y me vi echado sobre el pantano comunal y rodeado de gente, permanecí inmóvil unos momentos; y el poder del Señor se difundió por mí, y el eterno vivificador me vivificó, de modo que levantándome otra vez en el poder de Dios eterno, les extendí los brazos, diciéndoles en alta voz. "Volved a pegarme, he aquí mis brazos, mi cabeza, mis mejillas." Estaba entre el gentío un albañil, eclesiástico y hombre brutal, el cual con su bastón de medir me dio un golpe, con toda su fuerza, en el dorso de la mano que tenía extendida, y quedó mi mano tan magullada y mi brazo tan entorpecido, que no podía retirarlo; algunos gritaron. "Le ha estropeado la mano, que nunca podrá ya servirse de ella." Mas yo mirándolos en el amor de Dios (puesto que yo estaba en el amor de Dios para ellos, así como para todos los que me perseguían) al poco rato el poder del Señor se difundió por mí otra vez, y por mi mano, y por mi brazo,

de tal modo, que en un minuto recobraron la fuerza, a la Vista de todos ellos. Entonces comenzaron a disentir entre ellos, y acercándoseme algunos me dijeron que si les daba dinero, me salvarían del resto. Mas yo impulsado por el Señor, les declaré la palabra de vida, y les demostré lo falso de su Cristianismo, y los frutos del ministerio de sus sacerdotes, diciéndoles, que más se comportaban como paganos y Judíos que como Cristianos.

Entonces me impulsó el Señor, a que pasando de nuevo por entre el gentío, volviese al mercado de Ulverston. Y mientras iba, encontré a un soldado con su espada al cinto. "Señor," me dijo. "Veo que sois un hombre y me siento avergonzado y afligido de que hayáis sido maltratado en esta forma." Y se ofreció a ayudarme en todo lo que pudiese. Mas yo le dije que el poder del Señor estaba sobre todo, y seguí andando por entre el gentío, en el mercado, sin que nadie tuviese entonces fuerzas para ponerme la mano encima. Pero algunos de los mercaderes, estaban maltratando a unos Amigos en el mercado, y dándome vuelta vi al soldado entre ellos con la espada desenvainada, en vista de lo cual, corrí para allá, y agarrándole la mano en que tenía la espada, le amonesté a que la envainase si quería seguir conmigo; pues yo quería separarlo del grupo, no fuese que ocurriese alguna desgracia. Mas pocos días después, siete hombres cayeron sobre este soldado pegándole cruelmente por haberse puesto de parte de los Amigos y mía; ya que era costumbre en este país, que cayeran sobre una sola persona veinte o cuarenta de los que la perseguían. Y así se echaron sobre los Amigos en muchos sitios, apedreándoles, pegándoles y abriéndoles la cabeza, de modo que apenas si podían transitar por los caminos reales. Cuando llegué a Swarthmoor encontré a los Amigos, vendando las cabezas y manos de los Amigos y simpatizantes que habían sido magullados o heridos aquel día, por los eclesiásticos y adictos al cura Lampitt. Mi cuerpo y mis brazos estaban amarillos, negros y azules, de los golpes y magulladuras que aquel día había recibido. Y los sacerdotes comenzaron otra vez a profetizar que antes de medio año seríamos todos aniquilados desapareciendo.

Cerca de dos semanas después de esto, fui a la isla de Walney y Jaime Nayler se vino conmigo. Pasamos la noche en un pequeño lugar del país llamado Cockan, y celebramos

allí una reunión donde uno se convirtió. Al poco rato, vino un hombre con una pistola, ante lo cual la gente se salió escapada por las puertas; preguntó por mí, y cuando salí me disparó la pistola, mas no salió el tiro. Esto hizo que la gente se alborotase en contra de él, y algunos lo sujetaron para evitar que hiciese algún daño; mas yo fui impulsado, por el poder del Señor, a hablarle, y tan anonadado quedó del poder del Señor, que, temblando de temor, se fue a esconder en un sótano. De este modo, fue el poder del Señor sobre todos, a pesar de que había gran ira en el país.

A la mañana siguiente, fui en un bote a casa de Jaime Lancaster y así que desembarqué, surgieron cerca de cuarenta hombres, armados con duelas de barril, bastones y pértigas de pescar, que cayendo sobre mí me pegaron y me dieron de puñetazos, intentando tirarme al mar. Cuando ya me habían arrastrado casi a la orilla del mar y vi que iban a tirarme, me levanté, mas volviendo a echarse sobre mí, me tiraron por el suelo perdiendo yo el sentido. Cuando volví en mí, abrí los ojos y vi a la mujer de Jaime Lancaster tirándome piedras a la cara, y a su marido, Jaime Lancaster, echado sobre mí para protegerme de los golpes y las piedras. Y esto aconteció, porque las gentes habían persuadido a la mujer de Jaime Lancaster, de que había embrujado a su marido, y le habían prometido que si ella les hacía saber mi llegada, me matarían. Y sabiendo que yo llegaba, muchos de los habitantes de la ciudad se levantaron con duelas y palos, para matarme, pero el poder del Señor me preservó de modo que no pudieron quitarme la vida. Finalmente, me puse en pie, mas volvieron a pegarme haciéndome caer dentro del bote, lo cual visto por Jaime Lancaster, vino hacia nosotros y me hizo entrar en el agua para huir de ellos, mas cuando estábamos en el agua, a su alcance, nos golpearon con sus pértigas y nos tiraron piedras. Cuando llegamos al otro lado, vimos que estaban pegando a Jaime Nayler, pues mientras me pegaban había echado a andar por un campo y no se fijaron en él hasta que yo me hube marchado; entonces cayeron sobre él al grito de, "Matadlo, matadlo."

Cuando llegué otra vez a la ciudad, al otro lado del agua, surgieron unos hombres con horcas, mimbres y duelas de barril, para echarme de la ciudad, gritando, "Matadlo, dadle en la cabeza, traed el carro y llevadlo al patio de la iglesia." Y

cuando así me hubieron ultrajado, me llevaron un trecho fuera de la ciudad y allí me dejaron. Entonces Jaime Lancaster, se volvió en busca de Jaime Nayler y, estando yo solo, me fui a una acequia y después de haberme lavado (pues mi cara, mis manos, y mis ropas estaban cubiertas de mugre cenagosa) anduve cerca de tres millas, hasta la casa de Tomás Hutton, donde se hospedaba Tomás Lawson, el sacerdote que se había convertido. Cuando entré, apenas podía hablar, de tan magullado como estaba, y solo les dije en donde había dejado a Jaime Nayler y tomando cada uno su caballo fueron y lo trajeron aquella misma noche. Al día siguiente, Margarita Fell, enterada de lo ocurrido, mandó un caballo para mí, pero estaba tan dolorido de las magulladuras, que no pude soportar el traqueteo del caballo, sin gran dolor. Cuando hube llegado a Swarthmoor, el Juez Sawrey y otro juez, llamado Thompson, de Lancaster, dictaron una orden contra mí, mas habiendo ya regresado el juez Fell, no se cumplió la orden en contra mía; ya que el juez Fell había estado ausente del país todo este tiempo en que yo había sido víctima de tan malos tratos. Así que volvió mandó decretos de prisión a la isla de Walney, para prender a todas aquellas personas, causantes del tumulto, por lo que muchos se escaparon del país. La mujer de Jaime Lancaster, se convenció más tarde de la Verdad, y se arrepintió del mal que me había hecho; y así también hicieron muchos de los que tan cruelmente me persiguieron; mas el juicio de Dios cayó sobre algunos de ellos. Sawrey, que tanto me había perseguido, acabó por ahogarse, y la venganza de Dios alcanzó al juez Thompson, dándole un ataque de parálisis, estando en su sitial, y, luego que lo sacaron de allí, murió. El juez Fell me pidió que le hiciese una relación detallada de la persecución de que fui víctima; mas yo le dije que aquella gente no podía comportarse de otra manera, debido al espíritu en que estaba, no haciendo más que poner de manifiesto los frutos del ministerio de sus sacerdotes, y lo equivocado de su profesión y religión; por lo que dijo a su mujer, que yo hablaba ligeramente de la cuestión, como si no me concerniese, porque, en verdad, el poder del Señor me había otra vez curado.



## CAPÍTULO IV

### Juicio en Lancaster y Encarcelamiento en Carlisle 1652-1653

Habiendo llegado el tiempo fijado para la celebración del juicio, en Lancaster, allá fui con el juez Fell que, por el camino, me dijo que nunca se le había presentado un caso semejante; y que, en cuanto a este asunto, no sabía exactamente lo que iba a hacer. Yo le dije, que cuando Pablo fue llevado ante los tribunales, y los judíos y sacerdotes comparecieron a acusarle, diciendo muchas cosas falsas en contra suya, Pablo, se estuvo quieto, mientras los otros hablaron y, cuando terminaron, Festo, el gobernador, y el rey Agripa, le dieron licencia de que hablara en su propia defensa; lo cual hizo justificándose de todas aquellas acusaciones falsas; de manera que él podía hacer lo mismo conmigo. Cuando llegamos a Lancaster, supe que el juez Sawrey y el juez Thompson habían autorizado un decreto de prisión en contra mía y, a pesar de que no me habían prendido, comparecí en la sesión, donde se presentaron a acusarme cerca de cuarenta sacerdotes. Habían estos escogido a un tal Marshall, sacerdote de Lancaster, para que hablase por ellos, y se habían procurado un joven sacerdote y dos hijos de otro sacerdote, que testificaran en contra mía habiendo jurado de antemano que yo había blasfemado. Los jueces, una vez sentados, oyeron todo cuanto los sacerdotes y sus testigos quisieron decir, acusándome; y estaba Marshall, su orador, sentado cerca de ellos, aclarando con explicaciones lo que decían; pero los testigos estaban tan confundidos, que ellos mismos se descubrieron ser testigos falsos, porque sucedió, que cuando el tribunal había interrogado a uno, bajo juramento, y empezaba ya a interrogar a otro, dijo el primero que, en realidad, él no podía contestar directamente, mientras que el otro sí podría; y esto hizo que los jueces le dijeran, "¿Habéis jurado lo que acabáis de manifestar, bajo juramento, y ahora salís con que éste es el que puede decirlo? Parece como si no hubieseis oído las palabras que vos mismo habéis hablado, con todo y haberlas jurado."

Estaban presentes en la sala varias personas que habían asistido a la reunión donde, según decían los testigos, bajo juramento, había yo dicho aquellas blasfemias de que los sacerdotes me acusaban, y, siendo éstos hombres íntegros y de reputación en el país, declararon y afirmaron ante el tribunal que todo cuanto habían declarado los testigos, bajo juramento, en contra mía, era falso, y que yo no había dicho en aquella reunión las palabras de que ellos me acusaban; y lo mismo dijeron otros hombres, los más serios de por aquel lugar, que me habían oído en aquella reunión y también en otras. El coronel Guillermo West que, por ser juez de paz, formaba parte del tribunal, se enteró de esto; y dijo, bendiciendo al Señor, que habiendo sido desde tiempo débil de cuerpo, el Señor lo había curado aquel día de la reunión, y añadió, que en toda su vida nunca viera reunidas tantas personas pacíficas ni tantas caras de bondad, como en aquel día; y luego volviéndose hacia mí, dijo. "Jorge, si tienes algo que decir a la gente, libremente puedes declararlo en las sesiones públicas." Fue la voluntad del Señor que yo hablara, y así que empecé, el sacerdote Marshall, que tenía la palabras por todos los otros sacerdotes, se marchó. Lo que yo, por inspiración divina, les declaré, fue esto; que las Sagradas Escrituras habían sido inspiradas por el Espíritu de Dios, y que todos tenían primero que llegar al Espíritu de Dios, en sí mismos, por el cual podrían conocer a Dios y a Cristo, de quiénes aprendieron los profetas y los apóstoles, para que por este mismo Espíritu comprendieran las Sagradas Escrituras; porque así como el Espíritu de Dios fue en aquellos que dieron a la luz las Escrituras, así también el Espíritu de Dios tiene que estar en todos los que llegan a comprender las Escrituras, pudiendo así, por este Espíritu, estar en armonía con el Hijo y con el Padre y con las Escrituras, y en armonía unos con otros; mas sin este Espíritu, ni podían conocer a Dios, ni a Cristo, ni comprender las Escrituras, ni entre ellos reinaría la armonía. Apenas terminara de decir estas palabras, cuando media docena de sacerdotes, que estaban tras de mí, se exaltaron en gran manera, y, uno, llamado Jackus, dijo, entre otras cosas en contra de la Verdad, que el Espíritu y la letra eran inseparables; a lo cual le repliqué, "Entonces todo aquél que posee la letra posee el Espíritu, pudiendo así comprar el Espíritu al comprar la letra de las Escrituras." Esto, que

descubría claramente las tinieblas en que estaba este sacerdote, hizo que el juez Fell y el coronel West les reprendieran abiertamente, diciéndoles que, de acuerdo con este criterio, se podría llevar el Espíritu en el bolsillo igual como se llevaban las Escrituras; sobre que los sacerdotes, confundidos y reducidos al silencio, se rebelaron, llenos de ira, en contra de los jueces, por no poder llevar a cabo sus fines perversos. Viendo los jueces que los testigos no estaban de acuerdo; comprendiendo que habían sido llevados allí para declarar en favor de la envidia de los sacerdotes, y, encontrando que toda su evidencia no era suficiente, legalmente, para sostener su acusación en contra mía, me absolvieron. Y luego que el juez Fell hubo hablado al juez Sawrey y al juez Thompson, concerniendo al decreto de prisión que habían autorizado en contra mía, y al error de tal acción, él y el coronel West, autorizaron su sobreseimiento, evitando así que se ejecutara.

Y de este modo, me limpié en sesión pública de todas aquellas acusaciones falsas que los sacerdotes, llenos de malicia, habían expuesto a mi cargo; y aquel día, multitud de personas ensalzaron al Señor, por ser aquél, día de salvación eterna para cientos de seres. Y aquel día, el Señor abrió muchas bocas que hablaran Su palabra a los sacerdotes; y varios, simpatizantes, y también eclesiásticos, reprendieron a los sacerdotes, por las posadas y por las calles, de modo tal, que se derrumbaron como casa podrida, y la gente clamó, que los Cuáqueros poseían el día y que los sacerdotes caían. Muchos se convencieron aquel día.

En esta época, yo ayunaba, y decidí no comer hasta que esta obra del Señor, que entonces pesaba sobre mí, se cumpliera. Mas el poder del Señor se sobrepuso maravillosamente a todo, dándome, para Su gloria, el dominio de todos. Aquel día, Su evangelio fue predicado de gracia, sobre las cabezas de cerca de cuarenta sacerdotes asalariados. Después, me quedé dos o tres días en Lancaster, celebrando algunas reuniones; y sucedió que la gente más bruta y de la peor clase, tramaron hacerme salir de casa y tirarme desde el puente de Lancaster, mas el Señor los contuvo. Entonces se les ocurrió otra estratagema, que fue la siguiente. Después de una reunión en Lancaster, trajeron dos hombres, en mangas de camisa, uno perturbado, que llevaban en la mano unos haces de ramos de abedules atados a la manera de las escobas de hiniesta, con los cuales

iban a azotarme; mas yo sentí la inspiración de hablarles en el fuerte poder del Señor, que encadenando al hombre perturbado hizo de él un cordero, y lo mismo fue con el otro, y, entonces, lo amonesté a quemar sus palos tirándolos al fuego, y así lo hizo; y con el poder del Señor sobre ellos, se marcharon en paz.

Pero los sacerdotes, corroídos de ira al verse derrotados en el tribunal de Lancaster, influyeron al juez Windham en contra mía; lo que dio lugar a que el juez, en sesión pública, hiciera un discurso contra mí, y diera orden al coronel West, que estaba de escribano del tribunal, de que expidiera un decreto en virtud del cual me prendiesen. Mas el coronel West, habló al juez de mi inocencia, expresándose ardientemente en mi defensa, y, con todo y esto, el juez le repitió la orden, de que escribiera el decreto, o de que dejara su puesto; y West le respondió, sencillamente, que no lo haría, y que lo tendría que hacer él mismo, pues él antes daría por mí su fortuna y también su cuerpo. Esto contuvo al juez, y el poder del Señor fue sobre todos, de modo que los sacerdotes y los jueces no pudieron llegar a ejecutar lo que la envidia les dictaba. Aquella misma noche, entré en Lancaster cuando iba a celebrarse la vista, y habiendo oído de un decreto de prisión que se iba a autorizar en contra mía, me pareció mejor presentarme yo mismo, en vez de que mis adversarios me buscaran, y me fui a la cámara del juez Fell y del coronel West. Así que entré, me miraron sonriendo, y el coronel West me dijo. "¡ Qué! ¿ Habéis venido a meteros en la boca del lobo?" Me quedé en la ciudad hasta que el juez se marchó, paseándome de un lado a otro sin que nadie se metiera conmigo o me preguntaran algo. Y así fue, como el bendito poder del Señor, que está por encima de todos, me sacó a través de esta prueba, me dio el dominio sobre Sus enemigos, e hizo posible que siguiera adelante en Su obra gloriosa y a Su servicio por la causa de Su nombre. Porque, a pesar de que la bestia hacía la guerra a los santos, siempre el Cordero ha tenido, y tendrá, la victoria.

De Lancaster volví a casa de Roberto Widder, y de aquí fui a visitar al juez West, en compañía de Ricardo Hubberthorne. No conociendo el camino, ni el peligro de los arenales, pasamos a caballo, por donde según luego nos dijeron, nadie había pasado antes, haciendo nadar a nuestros caballos por un sitio muy peligroso. Cuando llegamos, nos preguntó el

juez Kest, si no habíamos visto a dos hombres a caballo, por los artillales, "Es preciso que tenga sus ropas inmediatamente," dijo, "porque es imposible que se hayan salvado, se habrán ahogado y yo soy el juez de instrucción." Y cuando le dijimos que aquellos hombres éramos nosotros, se quedó atónito, y mara villado de que hubiésemos escapado al peligro. Sobre este hecho, los sacerdotes y eclesiásticos envidiosos, forjaron toda una historia de calumnias concerniente a mí; de que ni el agua podía anegarme, ni se podía sacar de mí una gota de sangre, y que por consiguiente yo era un brujo, añadiendo además que, cuando me pegaban con grandes duelas de barril, no me corría mucho la sangre, con todo y causarme mucho dolor. Mas todas estas calumnias no tenían importancia, en cuanto a mí, a pesar de en mí estaba involucrada la causa de la Verdad; pues bien veía que, por este medio, intentaban llenar a la gente de prejuicios en contra de ella.

Habiendo visitado al juez West, fui a Swarthmoor a visitar a los Amigos, y el poder del Señor se cernía allí sobre todos los perseguidores. En esto sentí la inspiración de escribir varias cartas a los magistrados, sacerdotes y eclesiásticos de por aquellos contornos, que habían antes instigado la persecución. Una mandé al juez Sawrey, el primero en perseguirnos en aquella región, el cual se había hundido. Y escribí también a Guillermo Lampitt, sacerdote de Ulverston; a sus feligreses y a toda la gente de aquella ciudad. Sentí también la inspiración de escribir a Adam Sands, uno de los mas significados feligreses del sacerdote Lampitt, hombre malo y falso que después murió miserablemente, también al sacerdote Tatham y a Burton, sacerdote de Sedbergh. También escribí en aquella época, muchas otras epístolas, y notas, por ser voluntad del Señor que así lo hiciese.

---

Era cerca de los comienzos del año de 1653, cuando volví a Swarthmoor. Grandes revelaciones recibí del Señor, no solamente en cuanto a lo divino y espiritual, sino también en cuanto a cosas externas, con relación al gobierno del país. Estando un día en la casa consistorial de Swarthmoor, en una ocasión en que los jueces Fell y Benson estaban comentando las últimas nuevas del parlamento, entonces reunido, y que era llamado el parlamento *largo*, cuando sentí la inspiración de decirles que de allí a dos semanas el parlamento se desharía y saltaría, el

presidente de su silla. Y a las dos semanas, el juez Benson dijo al juez Fell, en aquel mismo sitio, que estaba convencido de que Jorge era un verdadero profeta, pues Oliver Cromwell había disuelto el parlamento. Y tuve muchas revelaciones sobre varias cosas, que serían largas de explicar.

Por este tiempo, ayuné por cerca de diez días, pues mi espíritu estaba muy inquieto por la causa de la Verdad. Jaime Milner y Ricardo Myer, se habían lanzado a toda clase de imaginaciones y todo un grupo los seguía. Este Jaime Milner y algunos de los suyos, tuvieron, al principio, verdaderas revelaciones, mas cayendo en la soberbia y exaltándose su espíritu, se apartaron de la Verdad. Me mandaron a buscar y, por voluntad del Señor, fui y les mostré sus errores, y traídos a la razón vieron su locura, la condenaron y volvieron a la senda de la Verdad. Pasado algún tiempo fui a Arnside, a una reunión donde estaba Ricardo Myer, que desde hacía mucho tiempo tenía un brazo lisiado. Por voluntad del Señor, le dije delante de la gente, "Profeta Myer, ponte sobre tus piernas" (pues estaba sentado), y poniéndose en pie extendió su brazo lisiado, y dijo entonces. "Sabadlo todos los que aquí estáis, que este día me he curado." Con todo y esto, sus parientes apenas podían creerlo, mas así que se hubo terminado la reunión lo llevaron a una casa y quitándole el justillo vieron que era verdad. Poco después, vino a la reunión de Swarthmoor, y allí declaró como lo había curado el Señor. Al poco tiempo, el Señor le ordenó que fuese a York con un mensaje Suyo, y él desobedeció al Señor, que volvió a herirlo de manera que murió, aproximadamente, a los tres cuartos del año siguiente.

En esto, los de Cumberland, me amenazaron públicamente de que si yo jamás volvía por allá, me costaría la vida. Cuando lo supe me sentí dirigido a ir allí, a casa de Miles Wennington, que pertenecía a la misma parroquia de donde habían salido tales amenazas, mas no tuvieron valor de ponerme la mano encima.

Por esta época, Antonio Pearson se convenció, el cual se había opuesto mucho a los Amigos, y vino a Swarthmoor, donde yo estaba en casa del coronel West; me mandaron a buscar, y el coronel West me dijo, "Ve Jorge, porque puede que ello sea un gran servicio para ese hombre," y fui, siendo él penetrado del poder del Señor.

Volví otra vez a Cumberland, y Antonio Pearson y su mujer, con varios Amigos, fueron conmigo a Bottle, donde Antonio Pearson me dejó para ir a la sesión del tribunal de Carlisle; pues era juez de paz en tres condados, y cuando se dirigía al tribunal llevaban sobre su cabeza una espada.

Un Primer día, fui a la iglesia de Bottle, y habiendo oído el sacerdote de la parroquia que yo iba a ir, se procuró otro sacerdote de Londres que le ayudara. Sentí el impulso de interrumpirle mientras hablaba, pues tales cosas malas decía, que, por esta razón, me sentí impulsado a hablarle por la causa de la Verdad, aunque me encarcelasen por ello. Pero la gente era muy soez, y me empujaron y en el patio me pegaron dándome uno tan gran golpe, en la muñeca, con una estaca de seto, que la gente creyó que me había destrozado la mano. Sin embargo, por el poder del Señor, no sentí dolor. El condestable tenía grandes deseos de poner paz y, de haberlo yo querido, hubiera colgado, a más de uno, por los pies con que me habían pateado.

Por la tarde volví a la iglesia, en compañía de algunos Amigos. Allí estuve sentado, oyendo al sacerdote de Londres hasta que hubo terminado, sin interrumpirle a pesar de que varios Amigos lo hicieron. Había reunido este sacerdote todos los pasajes de las Escrituras, en que pudo pensar, que hablaban de los falsos profetas, de los anticristos y de los impostores, y nos los tiró a la cara; mas cuando terminó, recogí yo todos estos pasajes y se los devolví. En esto, el pueblo cayó sobre mí de una manera brutal, pero el condestable les pidió que guardasen la paz en nombre del bien público, y así consiguió que se aquietasen. El sacerdote, lleno de ira, dijo que yo no tenía que hablar allí, y le respondí que el tenía su hora de reloj durante la cual había hablado, y que, habiendo él terminado, podía yo disponer del tiempo; entonces me acusó de que yo había faltado a la ley interrumpiéndole aquella mañana, y yo le respondí que también él faltaba a la ley interrumpiéndome. Todo estuvo en calma mientras yo hablaba; mas cuando hube terminado y me disponía a salir, los dos sacerdotes, estaban en tal ira, que la cólera contra mí les espumarajeada por la boca. El sacerdote del lugar habló a la gente en el patio de la iglesia, y dijo: "Este hombre se hizo con todas las personas honestas, hombres y mujeres, de Lancashire, y ahora," continuó, "viene aquí a

hacer lo mismo," entonces le repliqué. "¿Qué quieres que haya quedado? ¿Qué quieres que les haya quedado a los sacerdotes, más que los que son semejantes a ellos? Porque si son los honestos los que reciben la Verdad, y vuelven a Cristo, entonces tienen que ser los deshonestos los que te siguen a ti ya los que son como tú."

En esto, sentí la inspiración de mandar recado a Jaime Lancaster para que fijase día para una reunión en la iglesia de Juan Wilkinson, cerca de Cockermouth, que era predicador de gran reputación, teniendo tres parroquias bajo su autoridad.

Al siguiente día, fuimos a la iglesia donde Jaime Lancaster había organizado la reunión. Estaban allí doce soldados y sus mujeres que habían venido de Carlisle, y vino la gente de aquel lugar como si hubiera sido para una feria. Yo me albergué en una casa cerca de la plaza, de modo que muchos Amigos llegaron antes que yo a la iglesia, y cuando yo llegué, encontré a Jaime Lancaster hablando bajo un árbol, al que se había subido tanta gente que tuve miedo de que se doblegara; y yo me puse a buscar un lugar donde subirme para hablar a la gente, que estaba esparcida por todos lados como en un congreso; luego que me descubrieron, vino a mí un eclesiástico que me preguntó si no querría ir a la iglesia, pues no veía otro lugar conveniente donde hablar a la multitud, y yo le respondí, "Sí," y al oírlo, el pueblo se precipitó dentro de tal modo, que cuando entré en el recinto estaba tan atestado de gente, que tuve gran dificultad para introducirme en él; y los que no pudieron entrar se quedaron por fuera de los muros: cuando la gente estuvo sosegada me subí a una silla, y el Señor abrió mi boca para que yo declarase la Verdad infinita.

Y cuando les hube hablado, por cerca de tres horas, la palabra de vida, pasé por entre la gente, que se marchó muy contenta.

De entre los que se quedaron, me siguió un eclesiástico, ensalzándome y alabándome; pero sus palabras me hacían el efecto de un cardo silvestre, y finalmente, volviéndome hacia él, lo amonesté a que temiera al Señor, por lo que me dijo el sacerdote Larkham, de Cockermouth, pues varios sacerdotes se habían reunido por el camino y se acercaban a mí terminada la reunión. "Señor, ¿Por qué juzgáis así? Vos no debéis juzgar." Y yo volviéndome a él, le repliqué. "Amigo,



¿No disciernes tú una exhortación de un juicio? Yo lo amonesté a que temiese a Dios y tú dices que yo lo juzgo." Y entrando en discusión con este sacerdote le manifesté que él estaba entre los falsos profetas y los asalariados, y, como varias personas se sintieran impelidas a hablarle, se marchó enseguida junto con otros dos. Luego que se fueron, Juan Wilkinson, predicador de esta parroquia y de otras dos parroquias más, en Cumberland, empezó a discutir por varias horas contra su propia conciencia, hasta que toda la gente se volvió contra él; y aunque pensó que me había cansado, el poder del Señor, antes lo cansó a él y la Verdad del Señor fue sobre él y sobre todos. Muchos cientos se convencieron, llenos de júbilo, recibiendo aquel día al Señor Jesucristo, y también sus enseñanzas de gracia; algunos han muerto en la Verdad y muchos continúan testigos fieles de ella. Los soldados también se convencieron así como sus mujeres, y continuaron conmigo hasta el Primer día.

El Primer día, fui a la iglesia de Cumberland, donde vivía el sacerdote Larkman. Cuando él hubo terminado, yo empecé a hablar, y la gente empezó a mostrarse violenta, pero al decir los soldados que nosotros no habíamos faltado a la ley, se calmaron; y volviéndome hacia el sacerdote lo puse de manera manifiesta entre los falsos profetas y los asalariados; a cuya palabra el sacerdote, marchándose, dijo. "El me llama asalariado." Lo cual era absolutamente cierto y sabido de todo el mundo. En esto, algunos de los hombres significados de la ciudad, se acercaron a mí, y dijeron. "Señor, no tenemos un hombre lo bastante preparado que discuta con vos." Y yo les respondí que no había venido a discutir, sino a mostrarles la senda de salvación, la senda de vida infinita. Largamente les mostré el camino de vida y verdad, dirigiéndolos a Jesucristo, su Maestro, que por ellos había muerto, habiéndolos rescatado con su sangre.

Cuando hube terminado, anduve unas dos millas de camino, hasta Brigham, para ir a otra iglesia de Juan Wilkinson, situada en un campo, donde la gente, que había asistido a la otra reunión, estaba muy afectada por la Verdad, y querían poner mi caballo en el patio de la iglesia, mas yo les dije. "No, el sacerdote no quiere, llevadlo a una posada." Cuando entré en el patio de la iglesia, vi que la gente llegaba en grandes grupos, como a una feria, y abundancia se había ya reunido

por las callejuelas, y por cerca de la iglesia. En esto, tuve mucha sed, y anduve como un cuarto de milla, hasta un arroyo donde me refresqué bebiendo un poco de agua; y cuando volvía encontré al sacerdote Wilkinson, que, al pasar por mi lado, me dijo, "Señor, ¿Vais hoy a predicar? Si queréis," continuó, "no me opondré, ni de palabra ni de pensamiento, a cuanto digáis." Yo le repliqué, "Oponete si quieres, yo tengo que hablar a la gente, y," proseguí, "tú te comportaste sin juicio, hablando, el otro día, en contra de tu conciencia y de tu razón, de tal manera, que tus mismos feligreses protestaron de lo que decías." Y dicho esto, lo dejé, siguiendo él su camino, pues había comprendido que era en vano el oponerse, de tan afectados como estaban todos por la Verdad del Señor. Cuando volví a entrar en el patio de la iglesia, se me acercó un eclesiástico y me preguntó si no querría entrar en el templo del Señor (como él lo llamaba), y viendo yo que no había sitio más conveniente donde hablar, entré, y me subí a una silla, luego que todos estuvieron sosegados. El sacerdote también entró, mas no subió a su púlpito.

Y de este modo les declaré Su infinita Verdad y Su palabra de vida.

Después de esto, fui a un pueblo, en compañía de mucha gente; y, estando sentado en una casa llena de gente, declarándoles la palabra de vida, puse mis ojos en una mujer y vi en ella un espíritu inmundo. Por voluntad del Señor, le hablé con severidad, diciéndole que era una bruja, y la mujer se marchó de la habitación. Ante esto, se quedaron todos maravillados, pues siendo forastero en aquel lugar no sabía nada de la vida de esta mujer, y luego me dijeron que había hecho un gran descubrimiento pues ya todos la tenían por bruja. Me había dado el Señor, poder espiritual de discernir, por el cual muchas veces comprendía los estados y condiciones de las personas, pudiendo juzgar sus espíritus. No mucho antes de esto, iba un día a una reunión, cuando, en un campo, vi a unas mujeres y adiviné que eran brujas; y sintiéndome dirigido a decírselo, dejé mi camino e internándome en el campo me acerqué a ellas y les declaré su condición de brujas. En otra ocasión, entró una mujer de estas en la casa consistorial de Swarthmoor mientras se celebraba una reunión, y sintiéndome dirigido a hablarle con severidad le dije que era una bruja, y después me dijeron, que, en general, por tal la tenían.

Otra vez, entró en aquel mismo sitio otra mujer que se mantuvo alejada de mí, y poniendo mis ojos en ella, le dije, "Tú has sido una meretriz," pues había visto perfectamente la condición y la vida de esta mujer. Entonces ella respondiéndome, dijo, que muchos podían decirle de sus pecados externos, mas nadie de sus pecados internos; a lo cual le repuse que su corazón no era recto ante el Señor, y que lo externo era reflejo de lo interno. Esta mujer se convenció más tarde de la Verdad del Señor, convirtiéndose en Amiga.

De este lugar, fuimos a Carlisle, y vino a verme a la abadía el pastor de los Baptistas con la mayor parte de sus feligreses; celebramos una reunión, les declaré la palabra de vida y se convencieron muchos Baptistas y soldados. Después de la reunión, el pastor de los Baptistas, hombre carnal lleno de nociones, se acercó a mí y me preguntó qué era lo que se condenaría, y, obedeciendo a un impulso inmediato, le dije que lo que hablaba en él sería condenado; y surgiendo en él el testigo de Dios, se convenció.

Entonces subí al castillo, a junta de los soldados que estaban tocando el tambor, llamando a la guarnición que se reuniera. Les prediqué la Verdad, encaminándolos a Jesucristo, que fuere su Maestro, y les hablé también de la magnitud de Su Espíritu en ellos, por el cual podían volver de la oscuridad a la luz, y del poder de Satanás a Dios. Les advertí que no debían usar de la violencia con ningún hombre, sino dar pruebas de una vida cristiana, diciéndoles que El, que sería su Maestro, los condenaría si le desobedecían. Luego los dejé no habiendo encontrado en ellos oposición alguna, excepto en los sargentos, que después también se convencieron.

Llegó el día de mercado, y allá me fui, cuando en esto, los magistrados, que me habían amenazado, mandaron sus alguaciles, y, también las mujeres de los magistrados, habían dicho que si jamás iba por allí me arrancarían los pelos de la cabeza, y que los alguaciles deberían de prenderme. No obstante, obedecí al Señor y me fui al mercado; allí les declaré que el día del Señor venía a cernirse sobre todos sus engaños, sus malas acciones y su mercancía fraudulenta, y, que aquel mismo día, debían de empezar a no decir más mentiras ni falsedades; a pronunciarse Sí o No, y a decirse siempre la verdad entre ellos; de esta manera les fue expuesta la Verdad y el poder de Dios. Luego que les hube hablado la palabra de vida, fue

tal el tropel de gente que me rodeó, que los alguaciles no pudieran acercárseme, ni tampoco las mujeres de los magistrados, pudiendo seguir tranquilamente mi camino. Mucha gente y soldados se acercaron a mí, y también algunos Baptistas, que eran mordaces contendientes, y uno de sus diáconos, hombre viejo, al ver que el poder de Dios estaba por sobre todos ellos, se puso a gritar de verdadera cólera. En el poder del Señor, fijé en él mis ojos con severidad, y él gritó. "No me penetres con tus ojos, aparta de mí tus ojos."

El Primer día siguiente, fui a la iglesia, y luego que el sacerdote hubo terminado, prediqué al pueblo la Verdad, y le declaré la palabra de vida. El sacerdote se marchó, y los magistrados estaban deseosos de que yo también saliera de la iglesia; mas yo continué mostrándoles el camino al Señor, y les dije que venía del Señor para hablarles la palabra de vida y salvación. El poder del Señor se manifestó terrible, en la iglesia, de modo tal, que la gente tembló y se estremeció y les pareció como si la iglesia también temblara, temiendo algunos que se desplomara sobre sus cabezas. Las mujeres de los magistrados, llenas de ira, se esforzaban con gran empeño en llegar hasta mí, mas se lo impedían los soldados y otros simpatizantes que formaban una muralla a mi alrededor. Finalmente, la gente soez de la ciudad, se sublevó, y blandiendo duelas de barril entraron en la iglesia gritando, "Abajo con estos picaros de la cabeza rapada," y nos tiraron piedras. Ante esto el gobernador mandó a la iglesia una fila o dos de mosqueteros que apaciguasen el tumulto, con orden de que hiciesen salir a los soldados, y entonces estos cogiéndome de la mano cariñosamente me dijeron que querían que saliese con ellos. Cuando salimos a la calle, la ciudad estaba en un gran tumulto, y presentándose el gobernador, fueron encarcelados algunos de los soldados por haber estado conmigo, y por mí, en contra, de la gente de la ciudad. Un teniente, que se había convencido, vino y me llevó a su casa donde se celebraba una reunión de Baptistas, y viniendo también Amigos celebramos en paz una reunión. Oyeron con júbilo la palabra de vida y muchos la recibieron.

Al día siguiente, reunidos los jueces y magistrados, en la casa consistorial, autorizaron un decreto en contra mía y me mandaron a buscar que compareciese ante ellos. Esto supe, cuando me dirigía a casa de un Baptista, y fui a la casa consis-

torial donde estaban muchas personas brutales, habiendo jurado algunas cosas extrañas y falsas en contra mía; y después de un largo interrogatorio me condenaron a prisión por blasfemo, hereje y seductor, a pesar de que en justicia no podían acusarme de tales cosas. Había en la cárcel de Carlisle dos carceleros, uno de categoría superior al otro, que tenían el aspecto de dos mastines. Cuando me llevaron a la cárcel, el carcelero jefe me hizo subir y me llevó a una gran habitación, y me dijo que allí podía tener cuanto quisiera; mas yo le respondí que de mí no tenía que esperar dinero alguno, porque ni me acostaría en ninguna de sus camas, ni comería ninguna de sus vituallas. Entonces me llevó a otra habitación donde, unos momentos después, conseguí algo sobre qué acostarme, y allí estuve hasta que llegó la vista. Entonces fue cuando corrió el rumor de que iba a ser ahorcado. El primer alguacil, cuyo nombre era Wilfredo Lawson, incitaba a que me ejecutasen diciendo que él mismo me custodiaría para llevarme al suplicio. Estaban poseídos de una ira tenebrosa, y me pusieron tres mosqueteros que me guardasen, uno a la puerta de mi celda, otro al pie de la escalera, y un tercero a la puerta de la calle; no dejando que nadie viniese a verme, excepto, alguna vez, una sola persona que me trajese las cosas necesarias. Por la noche hacían subir sacerdotes, en muchedumbres, que me viniesen a ver, alguna vez tan tarde como a la décima hora, los cuales eran brutales y diabólicos en gran manera. Hubo un grupo de sacerdotes escoceses, Presbiterianos, mordaces y llenos de envidia y de malicia, que de tan impura como era su boca, no debían de hablar de las cosas de Dios; mas el Señor me dio dominio sobre todos ellos y les hice ver así sus frutos como sus espíritus. También grandes damas y condesas, vinieron a ver al hombre que, según decían, iba a morir. En esto, mientras así el juez como los diputados y el alguacil estaban de acuerdo tramando como me llevarían a la muerte, el Señor frustró sus designios, por un camino inesperado, debido a que el amanuense del juez (según me informaron) suscitó entre ellos una cuestión que produjo la confusión en todos sus consejos, de manera que después de esto no pudieron llamarme que compareciese ante los jueces.

Antonio Pearson, que entonces estaba en Carlisle, al ver que no tenían la intención de permitirme que, según se esperaba, asistiera al proceso, escribió una carta a los jueces.

A pesar de esta carta, los jueces continuaron resueltos a no permitir que me llevaran ante ellos, y difamándome y mo-fándose de mí, a mi espalda, me dejaron a merced de los magis-trados de la ciudad, alentándolos tanto como pudieron para que ejercitasen su crueldad sobre mí. A consecuencia de esto (a pesar de que me habían puesto tan cerca de la casa del carcelero que a los Amigos no les era permitido visitarme, habiéndosele negado al coronel Benson y al juez Pearson que pudieran verme) al día siguiente, después que los jueces salieron de la ciudad, el carcelero recibió una orden, que fue cumplida, de que me bajara al calabozo y me metiera allí entre cuadrillas de merodeadores, ladrones y asesinos. Era este un lugar sucio y sórdido, donde hombres y mujeres convivían indecentemente, no habiendo siquiera una letrina, y los presos tan piojosos que una mujer casi murió comida de los piojos. Sin embargo, con todo y lo horrible de este lugar, los presos me amaron y se sometieron a mí, convencidos muchos de la Verdad, como los publicanos y las meretrices de antaño, de modo tal, que hubieran podido confundir a cualquier sacerdote que se acercara a las rejas con ánimo de discutir. Pero los carceleros eran muy crueles, y el subalterno abusaba mucho de mí y de los Amigos que venían a verme; pegando con un gran bastón, como si apaleara a un fardo de lana, a los Amigos que, a pesar de ello, se acercaban a mirar por la ventana para ver si me verían. Podía yo encaramarme a la reja, de donde algunas veces cogía mi comida, lo cual más de una vez, había irritado al carcelero, y en una ocasión, lleno de ira, pegándome con su garrote, gritaba. "Salte de la ventana," a pesar de que en aquel momento no estaba a la reja, sino bastante lejos de ella. Mientras me apaleaba yo me puse a cantar, en el poder del Señor, y como esto aun lo irritó más, se fue a buscar a un violinista y, trayéndolo a donde yo estaba, lo hizo tocar, creyendo que así me vejaba, pero mientras él tocaba, el infinito poder del Señor me impulsó a cantar y mi voz ahogando el sonido del violín hizo que el músico suspirando, dejase de tocar, y se marchase avergonzado.

La mujer del juez Benson vino a visitarme, por inspiración del Señor, y no comía otras viandas que las que comiera conmigo a la ventana del calabozo. También ella después fue encarcelada en York estando embarazada, por haberle hablado a un sacerdote; y la metieron en la cárcel sin permitirle que

saliera cuando le llegó la hora del alumbramiento, por donde su hijo nació en la prisión. Era una mujer honesta y piadosa que continuó fiel a la Verdad, hasta la hora de su muerte.

Mientras yo estaba en Carlisle, en el calabozo, vino a verme un mozo de unos dieciséis años, llamado Jaime Parnell; se convenció, y el Señor enseguida hizo de él un gran ministro de la Palabra, siendo muchos los que por él volvieron a Cristo, a pesar de lo poco que vivió; pues sucedió que viajando por Essex, en la obra de su ministerio, en el año de 1655, lo encerraron en el castillo de Colchester, donde pasó muchas penalidades y sufrimientos. Un carcelero cruel lo metió en un agujero horadado en el muro del castillo, llamado el horno, tan alto desde el suelo que tenía que subir a él por una escalera que, por ser seis pies demasiado corta, estaba después obligado a trepar de la escalera al agujero por una cuerda que estaba atada arriba. Cuando los Amigos querían echarle una cuerda con una cesta atada para que se subiera las vituallas, el inhumano carcelero, no lo consentía, obligándolo a que bajara a buscar el cesto y después volviera a subir por la escalera corta y por la cuerda, lo que hizo por mucho tiempo, pues de no ser así hubiera muerto de hambre en su agujero; finalmente, como sus miembros estaban muy entorpecidos de estar siempre echado en aquel sitio, y que a pesar de ello estaba obligado a descender para subir algunas vituallas, aconteció que, subiendo un día por la escalera, con el cesto en una mano, fue con la otra a coger la cuerda, se le escapó y cayó desde muy alto sobre las piedras; y esta caída le causó tan grandes heridas en la cabeza y en los brazos, y todo su cuerpo quedó tan magullado que murió poco después.

Viendo en esto, que no me dejarían comparecer en la audiencia pública ni en el juicio, sentí la inspiración de mandar el escrito siguiente (a pesar de que antes había contestado ya, por escrito, a las acusaciones precisas que me hicieron cuando mi primer interrogatorio y encarcelamiento) desafiando públicamente a todos aquellos que negaban la Verdad y me calumniaban, por la espalda, para que compareciesen y sostuviesen su acusación.

Si alguien en Westmorland, o en Cumberland, o donde fuere, que profese el cristianismo y pretenda amar a Dios y a Cristo, no está de acuerdo concerniendo a lo que yo, Jorge Fox, he dicho y declarado de las cosas de Dios; que publique su des-

contento por escrito, y no difamando por detrás ni mintiendo y persiguiendo en secreto. Esto os pido a todos en presencia de Dios viviente a quien responderéis. Esto proclamo para exaltación de la Verdad y confusión de la mentira, y hablo a aquello que de Dios haya en vuestra conciencia. Declarad o escribid vuestro descontento a cualquiera de los que llamáis Cuáqueros, que así la Verdad pueda ser exaltada y que todos puedan venir a la luz con la cual Cristo ilumina a todos los que vienen al mundo; que nada pueda quedar oculto en las tinieblas, en prisiones, en agujero o en rincones, sino que todas las cosas puedan ser traídas a la luz de Cristo y que en ella puedan ser probadas.

Esto yo escribo, por inspiración del Señor, y lo envió para que se haga público en los mercados de Westmorland, y donde sea. Yo hablo a la luz de Cristo que hay en vosotros; que nadie puede hablar mal de las cosas de Dios que no conoce, ni tampoco hacer contrariamente a la luz que inspiró las Escrituras, por temor de que, probado que lucháis contra Dios, la mano del Señor se vuelva contra vosotros.

JORGE FOX

Mientras estaba en el calabozo de Carlisle, el rumor que se levantó cuando la vista de que sería condenado a muerte, se había extendido, de manera, que sabiéndose en el pequeño parlamento, entonces reunido, que un hombre joven iba a morir en Carlisle, por cuestiones de religión; esto hizo que se mandara una carta, concerniéndome, al alguacil y a los magistrados.

No mucho después de esto, el poder del Señor descendió sobre los jueces, haciendo que me pusieran en libertad. Mas poco antes, el gobernador y Antonio Pearson bajaron al calabozo, para ver el sitio donde me habían tenido y darse cuenta del trato que me habían dado; y encontraron tan malo aquel sitio y su hedor tan nauseabundo que no pudieron menos de avergonzar a los magistrados por haber consentido al carcelero que hiciera tales cosas. Estando en el calabozo, llamaron a los carceleros y los requirieron a que encontrasen garantía de su buena conducta; y al carcelero subalterno, que había sido tan cruel, lo metieron en el calabozo conmigo, entre los delincuentes.

Muchos vinieron a Northumberland, para discutir, abogando algunos en contra de la perfección, y les dije que Adán y Eva eran perfectos antes de su caída, que todo lo hecho por Dios



era perfecto, y que la imperfección venía del diablo y por causa de la caída; mas Cristo que vino a destruir al diablo, dijo, "Sed perfectos." Uno de los eclesiásticos, alegó que Job había dicho, "¿Si será el varón más limpio que el que lo hizo? He aquí que en sus siervos no confía. Y notó necedad en sus ángeles." Yo le mostré su error, haciéndole ver que no fue Job quien dijo esto, sino uno de los que con él contendían; pues Job estaba por la perfección, y mantuvo su integridad. Y fueron llamados miserables en confortar. Entonces estos eclesiásticos dijeron que el cuerpo externo era el cuerpo mortal y pecador, y también en esto les mostré su error; pues Adán y Eva tenían ambos un cuerpo externo, antes de que el cuerpo mortal y pecador entrara en ellos, y que el hombre y la mujer siguen teniendo cuerpos cuando el cuerpo mortal y pecador ha salido de ellos, al ser, por Jesucristo, renovados a la imagen de Dios, en la cual estaban antes de caer. Ante esto cesaron de oponerse y celebramos reuniones gloriosas en el poder del Señor.

Volvimos, cruzando el país, a Cumberland, donde en la cima de una montaña, cerca de Langlands, celebramos una reunión general de varios miles de personas. Reunión que fue gloriosa y celestial, brillando la gloria del Señor sobre todos; y era tal la multitud, que uno podía hablar a tantos como buenamente le era posible. Fijos sus ojos en Cristo, su Maestro, allí vinieron a sentarse bajo Su vid, de modo tal, que cuando más tarde Francisco Hogwill fue a visitarlos, encontró que no necesitaban de palabras, por estar reunidos bajo su Maestro, Jesucristo, y él también se sentó entre ellos, sin decir nada. Grande fue el convencimiento en Cumberland, Bishoprick, Northumberland, Westmorland, Lancashire y Yorkshire; y descendiendo la lluvia divina, las plantas del Señor crecieron y dieron flores, brillando sobre todo la gloria del Señor, de tal manera, que muchas bocas abrió el Señor en alabanza Suya; y también a niños y a niños de teta les dio El fuerza.

Luego que hube salido de la prisión de Carlisle, fui a la cámara de la abadía y allí entró una mujer loca que, algunas veces, se ponía muy furiosa; y cayendo sobre sus rodillas se puso a gritar. "Quitaos el sombrero de gracia, la gracia cuelga de tu cuello," y de tal modo el poder del Señor pasó a través de todo ella, que se dio cuenta de su estado y luego lo confesó a los Amigos.

Y fui a otro lugar, en Cumberland, donde una mujer casada estaba perturbada y tan furiosa que algunas veces había intentado matar a sus hijos y a su marido; mas por voluntad del Señor, fui a hablarle y, cayendo sobre sus rodillas desnudas, dijo que andaría sobre sus rodillas desnudas si pudiera venir conmigo; y el poder del Señor hizo en ella su obra, marchándose curada a su casa.

Estando en Bishoprick, me trajeron a otra mujer, que un hombre llevaba atada tras él, la cual no podía hablar ni comer, estando así desde hace bastante tiempo. Me la trajeron a casa de Antonio Pearson, y, por voluntad del Señor, yo le hablé y ella comió y habló y se puso bien, y se fue detrás de su marido sin que la obligaran, marchándose completamente curada.

Saliendo una vez de Cumberland, en compañía de la joven Margarita Fell y de Guillermo Caton, fuimos a Hawkshead y entramos a descansar en casa de un Amigo Como hacía un tiempo muy frío, nos sentamos y la criada nos encendió el fuego, pues su amo y su señora estaban en el mercado. Estaba allí, acostado en una cuna, que estaban meciendo, un muchacho que tendría unos doce años y no había crecido más que el doble desde que nació; puse mis ojos en el muchacho y viendo que estaba sucio pedí a la moza que le lavara la cara y las manos y que lo levantara y me lo trajera; me lo trajo y le pedí que se lo llevara y lo volviera a lavar pues no lo había dejado bien limpio. Entonces, por inspiración del Señor, puse mis manos sobre él, le hablé, y amonesté a la moza a que lo vistiera y luego nos marchamos.

Algún tiempo después, llamé a esta casa y encontré a su madre, pero no me detuve, "¡Oh! ¡Quedaos!" dijo, "y celebrad una reunión en nuestra casa, pues todo el país se ha convencido a causa del gran milagro que hicisteis en mi hijo, que ya habíamos llevado a los manantiales y a los baños, y todos los doctores lo habían desahuciado; y su abuelo y su padre tenían gran temor de que muriera, extinguiéndose su nombre con él pues no tenemos más que este hijo; pero luego que os marchasteis," continuó, "cuando volvimos a casa, encontramos a nuestro hijo jugando por las calles, por consiguiente," añadió, "todo el país vendrá a oírlos," de querer yo volver y celebrar allí una reunión; lo cual aconteció tres años después de haberme ella dicho esto; el mozo estaba crecido y convertido en un joven hecho y derecho. ¡Alabanzas sean dadas al Señor!

## CAPÍTULO V

### Discusiones con Sacerdotes y Eclesiásticos 1653-1654

En esta época, empezaron los eclesiásticos y sacerdotes a profetizar de nuevo en contra nuestra. Habían ya dicho, mucho antes, que todos seríamos destruidos antes de un mes, después prolongaron el plazo hasta medio año; pero como también este plazo hacía ya mucho que había espirado, habiendo nosotros aumentado mucho en número, entonces proclamaron que nos devoraríamos mutuamente. Esto debido a que muchas veces, después de las reuniones, sucedía que personas piadosas que tenían mucho camino que andar, se albergaban, de paso, en casa de Amigos, y más de una vez se dio el caso de que fueron más las personas que las camas y algunos tuvieron que dormir en el heno segado, y por todo esto, el temor de Caín poseyó a los eclesiásticos y a las gentes del mundo, que temían que cuando nos hubiésemos devorado, acabaríamos por tener que ser mantenidos por las parroquias, siéndoles una carga.

Mas pasando el tiempo, cuando vieron que el Señor bendecía y aumentaba a los Amigos, igual que con Abraham, así en el campo como en la cesta, en sus idas y en sus venidas, cuando se levantaban y cuando se acostaban, y que todo les prosperaba; vieron entonces lo falso de sus profecías en contra nuestra; y que era en vano maldecir lo que de Dios era bendito.

Al principio de las conversiones, cuando los Amigos no se quitaban el sombrero ante nadie, ni trataban de vos a las gentes, sino de tú, ni usaban de reverencias y lisonjas cuando saludaban, ni adoptaban las modas y usos del mundo; muchos de los Amigos que eran comerciantes diversos, perdieron al principio sus parroquianos; pues la gente se apartaba no queriendo tener tratos con ellos, de manera que hubo un tiempo en que algunos Amigos apenas ganaban dinero con que comprar un pedazo de pan. Pero después, cuando la gente se dio cuenta de la honestidad y sinceridad de los Amigos, viendo que su Sí era Sí y su No era No, que en sus tratos no faltaban

a su palabra, ni los engatusaban y engañaban sino que si mandaban a un niño a comprar algo a sus tiendas era como si fueran ellos mismos; el ejemplo de la vida que llevaban los Amigos y de su comercio, habló por ellos, y habló al testigo de Dios que existe dentro de todo hombre y, entonces, las cosas cambiaron de tal manera, que todo era decir, "¿Hay por aquí algún pañero, sastre o zapatero, o cualquier otra clase de mercader que sea Cuáquero?" y ello fue que los Amigos tuvieron más comercio que la mayoría de sus vecinos y donde había algún comercio ellos tenían la mayor parte. Ante esto, los eclesiásticos envidiosos cambiaron su estribillo y empezaron a clamar, "Si dejamos en paz a estos Cuáqueros nos quitarán de las manos el comercio de toda la nación."

---

Como los Amigos estaban por el Norte del país, un cierto sacerdote de Wrexham, en Gales, llamado Floyd, que oyó hablar de nosotros, mandó al Norte a dos de sus predicadores para que se enterasen de quienes éramos, nos probaran y luego volvieran a contárselo. Pero cuando éstos, que nos venían a probar, se nos reunieron, se apoderó de ellos el poder de Dios y se convencieron de la Verdad. Quedaron con nosotros algún tiempo, regresando después a Gales, donde más tarde uno se apartó de la Verdad, mas no así el otro, cuyo nombre era Juan, que viviendo en ella recibió su parte en el ministerio al cual se mantuvo fiel.

Cuando las iglesias quedaron establecidas en el Norte, reunidos los Amigos bajo las enseñanzas de Cristo, y la gloria del Señor brillando sobre ellos; salí de Swarthmoor, a principios del año de 1654, y, deteniéndome en los pueblos visitando a los Amigos, fui a Synderhill-Green donde desde hacía tres semanas estaba decidido que se celebraría, aquel día de mi llegada, una reunión de varios miles de personas (según se calculó); entre ellas muchas de significación, como capitanes y otros oficiales, y se convencieron todos porque el poder y la Verdad del Señor fueron sobre todos, no habiendo oposición alguna.

Por esta época, el Señor conmovió los espíritus de muchos Amigos a los cuales impelió, enviándolos a trabajar en su Viña, viajando hacia el Sur, y esparciéndose, al servicio del evangelio, por el Este, Sur y Oeste de la nación. El Señor

formó más de sesenta ministros, y los envió lejos desde el Norte, siendo de gran peso sobre mí el sentido de su misión.

En esta época, Rice Jones de Nottingham (que había sido Baptista convirtiéndose luego en Ranter), y los suyos, comenzaron a profetizar contra mí, de que en aquel momento yo estaba en la cúspide y que pasado este momento caería con la misma rapidez. Rice Jones mandó un rollo de papeles, llenos de maledicencias, de Nottingham a Mansfield, Clawson y ciudades de alrededor; juzgando a los Amigos por declarar la Verdad en los mercados y en las iglesias; a cuyos papeles yo contesté. Mas sus profecías, cayeron sobre ellos, ya que poco después se dividieron y sus reuniones se disolvieron, aparte de que algunos se encontraban los Primeros días para jugar a la pala. Muchos de sus prosélitos se convirtieron en Amigos y así continuaron. Por el poder bendito de Dios aumentaron la Verdad y los Amigos, y aumentaron en el engrandecimiento de Dios, y yo, por el mismo poder, fui y soy guardado y preservado en la semilla eterna que nunca cambia ni cae. Mas Rice Jones había jurado cuanto le pidieron, desobedeciendo con ello el mandamiento de Cristo. Muchos profetas falsos, como éste, se levantaron contra mí, mas el Señor los confundió como confundirá a todos los que se levanten en contra de la semilla bendita y de mí en ella. Mi confianza está en el Señor, y todo aquél que hiciera como aquellos, yo veo su fin y como el Señor los confundiría antes de que El me mandase hacia adelante.

En esto, estaba yo en Synderhill-Green, donde había celebrado una reunión durante el día; y por la noche volvimos a celebrar otra gran reunión en casa de Tomás Stacey, por razón de que la gente vino de lejos y no podía marcharse enseguida. El primer alguacil del condado había dicho, al capitán Bradford, que tenía la intención de presentarse en la reunión con media docena de sus soldados de tropa, pero el Señor lo contuvo. Cuando hube atendido a algunas reuniones de por allí cerca, viajé por Yorkshire, de un lado a otro, llegando tan lejos como a Holderness, y, por este camino, hasta donde la tierra acaba; visitando Amigos y las iglesias de Cristo, que finalmente se habían establecido bajo sus enseñanzas. Finalmente fui a casa del capitán Bradford, a donde habían ido muchos Ranters de York, para discutir, mas quedaron con-

fundidos y no continuaron. Allí vino también Lady Montague, que se convenció entonces y vivió y murió en la Verdad.

Entonces volví a casa de Thomas Taylor, a tres millas de Halifax, donde se celebró una reunión de cerca de doscientas personas, entre las que había muchas muy soeces y varios carniceros; de los cuales algunos se habían comprometido, bajo juramento (según me dijeron), a matarme antes de salir de la casa. Uno de estos carniceros, había ya matado a un hombre y a una mujer. Entraron de una manera muy incivil, produciendo gran confusión en la reunión, que se celebraba en un cercado, y, Tomás Taylor, poniéndose en pie, les dijo, "Si queréis comportaros civilmente, podéis quedaros, mas de no ser así yo os exijo que salgáis de mi propiedad." Mas como eran de lo peor, dijeron que se comportarían allí como en una tierra comunal; y se pusieron a aullar, haciendo tal ruido, como si estuvieran en una riña de gallos; empujaron a los Amigos de un lado a otro, y por ser los Amigos pacíficos fue sobre ellos el poder del Señor. Varias veces me echaron de mi sitio, empujado por el tropel de gente que caía sobre mí, mas a pesar de ello apenas me tiraban me levantaba, por voluntad del Señor. Finalmente, el Señor me impulsó a que les dijera que si querían razonar sobre las cosas de Dios, que se acercaran a mí, uno por uno, y, que de tener algo a decir o a objetar, les contestaría a todos, uno después del otro; mas todos quedaron silenciosos. Entonces el poder del Señor fue, de tal modo, sobre ellos, respondiendo al testigo de Dios, en sí mismos, que quedaron atados por su poder y celebramos una reunión gloriosa, y Su poder fue sobre todos; y las mentes se volvieron a Dios, por el Espíritu de Dios en ellos, y a Cristo, su Maestro. Aquel día fue largamente declarada la poderosa palabra de vida, terminándose nuestra reunión en el poder de Dios; y aquel grupo soez siguió su camino para Halifax. Les preguntaron todos porque no me habían matado, de acuerdo con lo que habían jurado; a lo cual respondieron maliciosamente que yo los había embrujado de tal manera que no pudieron hacerlo. Así fue encadenado el diablo, aquella vez. Los Amigos me dijeron que acostumbraban a venir otras veces comportándose siempre muy mal y sin freno, hasta llegar más de una vez a romper sus bancos y sus asientos, conduciéndose entre ellos de una manera espantosa; pero ahora el poder del Señor los había encadenado.

Poco tiempo después de esto, el carnicero que había sido acusado de matar a un hombre y a una mujer y que era uno de los que se habían comprometido a matarme, bajo juramento; mató a otro hombre y lo mandaron a la cárcel de York. Otro de estos carniceros brutales, que también había jurado matarme, y que acostumbraba a sacar la lengua a los Amigos, cuando pasaban cerca de él, la sacó un día de tal manera que no la pudo volver a meter y así murió. Sería demasiado largo el relato de los muchos juicios que, de manera extraña y repentina, fueron sobre muchos de los que conspiraban en contra mía; la venganza de Dios baja del cielo para caer sobre el sediento de sangre que corre tras ella. Yo puse a todos los espíritus ante el Señor, dejando que El, más fuerte que todos, los juzgara, en cuyo poder yo estaba guardado para seguir adelante en su obra. El Señor conmovió a personas de gran valía, en aquellos lugares, que El llevó a Cristo y reunió en Su nombre, los cuales sintieron a Cristo entre ellos y se recogían bajo sus enseñanzas.

Después de esto fui a Balby, de donde varios Amigos fueron conmigo a Lincolnshire, yéndose algunos a las iglesias y otros a las reuniones de los Independientes. El alguacil de Lincoln vino a la reunión donde yo estaba, y junto con él otros varios que por unos momentos provocaron altercados y riñas. Mas finalmente, el poder del Señor lo conmovió, de tal modo, que convenciéndose de la Verdad, recibió la palabra de vida, y lo mismo sucedió con otros que también se nos habían opuesto y que continuaron luego entre los Amigos hasta el día de su muerte. Se celebraron grandes reuniones y muchos se convencieron, por aquellos lugares; muchos se volvieron al Señor Jesús, y vinieron a recogerse bajo sus enseñanzas, dejando a sus sacerdotes y las sendas de superstición; y el día del Señor floreció sobre todos. Entre los que venían a nuestras reuniones, en aquel lugar, había uno llamado Sir Ricardo Wrey, que se había convencido, como también su hermano y su cuñada que vivió y murió en la verdad, a pesar de que su marido se apartó de ella.

Habiendo visitado estos lugares, fui a Derbyshire, en compañía del alguacil de Lincoln, que últimamente se había convencido. En una reunión encontramos alguna oposición, mas el poder del Señor nos dio dominio sobre todos. Por la noche vino un grupo de alguaciles y siervos que me llamaron para

que saliera, lo que hice en compañía de algunos Amigos. Eran sumamente brutales y violentos; y según parece habían tratado llevarme con ellos, por la fuerza, en la oscuridad de la noche, para hacerme algún daño; pero el poder del Señor fue sobre ellos y los encadenó de modo que no pudieron efectuar sus designios y finalmente se marcharon. Al día siguiente, Tomás Aldam, enterado de que los siervos pertenecían a uno llamado "el caballero," que no vivía muy lejos de allí, fue a su casa y le expuso la mala conducta de sus sirvientes. El caballero los reprendió y no permitió que se comportaran mal con nosotros.

Pasé hacia Kidsley Park, adonde vinieron muchos Ranters, mas el poder del Señor los destruyó. De aquí al país de Peak, a la casa de Tomás Hammersley, donde vinieron los Ranters de por allá y muchos eclesiásticos ilustres. Los Ranters me hicieron oposición y empezaron a jurar, por lo cual los reprobé.

Este Tomás Hammersley fue requerido a que sirviera de jurado, siéndole permitido que lo hiciera sin prestar juramento; y cuando él, como presidente del jurado, dio el veredicto, el juez afirmó que, habiendo sido juez por tantos años, nunca oyera un veredicto tan justo como el que había dado aquel Cuáquero. Mucho pudiera escribirse de cosas de esta naturaleza que el tiempo no podría aclarar. Pero el poder bendito y la Verdad del Señor fueron exaltados, siendo El merecedor de toda alabanza y gloria, eternamente.

Viajando a través de Derbyshire, fui visitando Amigos hasta que llegué a Swannington, en Leicestershire, donde se celebraba una reunión general a la que asistían muchos Ranters, Baptistas y otros eclesiásticos; pues había habido allí grandes disputas, con ellos y con los sacerdotes de esta ciudad. Los Ranters provocaron disturbios, comportándose muy rudamente, mas al final el poder del Señor fue sobre ellos, y quedaron confundidos.

En esto fui a Drayton, para visitar a mis parientes, y así que llegué, Nathaniel Stephens, el sacerdote, se procuró otro sacerdote; y, habiendo dado noticia por toda la región, me mandó recado de que fuera, pues ellos no podían hacer nada sin mí. Habiendo estado separado de mi familia por tres años, no sabía cuales eran sus designios; mas al fin, fui al patio de la iglesia donde estaban los dos sacerdotes, que habían



reunido abundancia de gente. Cuando llegué querían que entrara en la iglesia. Pregunté por qué razón tenía que entrar, y me respondieron, "El señor Stephens no puede resistir tan bien como yo. a lo cual les respondí que lo podía resistir tan bien como yo. Finalmente entramos en un gran vestíbulo, Ricardo Farnsworth estaba conmigo, y tuvimos una gran discusión concerniente a los sacerdotes y a sus prácticas y a cuan contrarias eran a Cristo y a Sus apóstoles. Los sacerdotes querían saber en donde estaba escrito que se prohibían los diezmos o se suprimían, y les mostré como, en el capítulo séptimo de la epístola de Pablo a los Hebreos, no solamente se suprimían los diezmos sino también el sacerdocio que los tomaba, y era suprimida y anulada la ley que instituía el sacerdocio y que ordenaba que los diezmos fueran pagados. En esto los sacerdotes incitaron a la gente a que se comportara ligeramente. Como yo conocía al sacerdote Stephens desde niño, pude bien explicar su condición, como predicaba, y como él, igual que el resto de los sacerdotes, aplicaba las promesas al primer nacimiento, que tiene que morir. Mas yo le mostré que las promesas eran a la semilla, no a muchas semillas, sino a una sola, Cristo, que es uno en el hombre y en la mujer, ya que todos tienen que volver a nacer antes de entrar en el reino de Dios. Entonces, él dijo que yo no tenía que juzgar así; mas yo le respondí que aquél que fuese espiritual podía juzgar todas las cosas. Y confesó que esto era verdaderamente las Escrituras, "Pero, vecinos," dijo, "he aquí la cuestión; Jorge Fox que viene en la luz del sol, cree ahora que debe extinguir mi luz de estrella." Mas yo respondí, "Nathaniel, dame tu mano," y entonces le aseguré que yo no extinguiría en nadie el más pequeño don de Dios, mucho menos su luz de estrella, si era verdadera luz estelar, luz de la Estrella de la mañana; y le añadí que si había él recibido de Dios, o de Cristo, algo que decir, debía decirlo de gracia sin tomar diezmos por predicar, viendo que Cristo mandó a sus ministros que dieran de gracia como de gracia habían recibido. Y le insistí en que no predicara más por diezmos o cualquier otro beneficio. Mas él retirando bruscamente su mano de la mía, dijo que en esto no cedería. Al poco rato la gente empezó a comportarse ligera y brutaemente, ante lo cual dimos por terminada la reunión; sin embargo, aquel día algunos se sintieron llenos de amor por la Verdad. Antes de que nos separásemos les dije qué, si era

voluntad del Señor, tenía intención de estar de vuelta en la ciudad, aquel mismo día, a las siete de la noche.

Entre tanto, fui por el campo, celebré algunas reuniones y luego volví a la ciudad a las siete de la noche, y, mientras, este sacerdote se procuró siete más que lo ayudaran; debido a que el sacerdote Stephens había notificado durante una plática en Atherstone, el día de mercado, que en tal día se celebraría allí una reunión y habría controversia conmigo. Yo nada sabía de esto, habiéndome dicho solamente que aquel día tenía que estar en la ciudad a las siete de la noche. En esto, los ocho sacerdotes reunieron varios cientos de personas, los más de los campos de por allí cerca, y querían que yo entrara en la iglesia a lo que me negué, y subiendo a una montaña les hablé, y también a la gente. Conmigo estaban, Tomás Taylor, que había sido sacerdote, Jaime Parnell, y otros varios Amigos. Los sacerdotes creían que aquel día pisotearían la Verdad, mas la Verdad fue sobre ellos. Entonces se mostraron más vanos y la gente más soez, y los sacerdotes no querían sostener la prueba conmigo, sino que querían andar contendiendo de acá para allá, ahora un poco con un Amigo luego con otro. Finalmente, un sacerdote trajo a su hijo que discutiera conmigo, el cual enseguida quedó en silencio; cuando no sabía como responder, iba y le preguntaba a su padre, quedando éste confundido al contestar por su hijo; y cuando estuvieron exhaustos se marcharon, llenos de ira, a beber a casa del sacerdote Stephens. Cuando se marcharan, dije, "Nunca estuve en lugar alguno donde tantos sacerdotes juntos no fueran capaces de sostener una prueba conmigo," y, ante esto, ellos y algunas de sus mujeres, se acercaron a mí y empezaron a celebrarme y a adularme servilmente; diciendo a cuanto hubiera podido llegar de no haber sido por los Cuáqueros; y empezaron a empujar a los Amigos, de un lado para otro, separándolos de mí y tirando de mí hacia ellos. Al poco rato vinieron unos individuos depravados que cogiéndome en sus brazos me llevaron hasta el pórtico de la iglesia, con la intención de hacerme entrar en ella, por la fuerza; pero como la puerta estaba cerrada, cayeron en un montón sosteniéndome sobre ellos. Así que pude me levanté de encima de ellos y me fui otra vez a la montaña. Entonces, sacándome de aquel sitio, me llevaron junto al muro de la iglesia y me pusieron sobre un pedestal, como un taburete, y, volviendo todos los

sacerdotes, se mezclaron con el gentío, y se pusieron a gritar, "Venid, dad argumentos, dad argumentos," y yo les dije que no prestaba oído a sus voces, que eran voces de asalariados y extraños; y al oír esto, gritaron, "Probadlo, probadlo," para lo cual les indiqué el capítulo diez del evangelio de Juan, donde podían ver lo que Cristo había dicho de los que eran como ellos. Él declaró que era el buen Pastor, que daba la vida por Sus ovejas y que Sus ovejas conocían Su voz y le seguían, mientras que el asalariado, ve al lobo que viene y deja a las ovejas y huye, porque él es asalariado. Y me ofrecí a probar que ellos eran todos asalariados. Entonces los sacerdotes me echaron del pedestal y se subieron poniéndose ellos sobre otros, al lado del muro de la iglesia.

En esto sentí que el gran poder de Dios se levantaba sobre todos, y, a pesar de que la gente empezaba a comportarse de una manera un poco ruda, les dije, que si querían escucharme en calma les probaría con las Escrituras, el por qué negaba yo a aquellos ocho sacerdotes o maestros, que estaban ante mí; y a todos los maestros asalariados del mundo, quienquiera que fueren; y que yo les probaría con las Escrituras cuanto les dijera, en lo que consintieron sacerdotes y laicos. Entonces les mostré, como según los profetas Isaías, Jeremías, Ezequiel, Miqueas, Malaquías y otros, ellos seguían los mismos pasos de aquellos contra los cuales Dios envió a sus verdaderos profetas, porque, añadí, "Vosotros sois como aquellos contra los cuales clamó el profeta Jeremías, capítulo V, cuando dijo, 'Los profetas profetizaron mentira, y los sacerdotes dirigían por manos de ellos;' lo que él calificó de asombroso y horrible."

A pesar de que, aquel día, creían haber confundido la Verdad, muchos se convencieron y muchos que ya lo estaban, ante lo que vieron aquel día, se confirmaron en ella y en ella vivieron; todo lo cual fue gran choque para los sacerdotes. Mi padre en la carne, a pesar de que oía y seguía a los sacerdotes, dio un golpe en el suelo con el bastón, y dijo, "Bien veo que él no está que por la Verdad, y ello lo elevará."

Me fui, viajando por la región, hasta aquel día a las siete de la noche y entonces volví porque debíamos celebrar una reunión en casa de mis parientes. En esto, el sacerdote Stephens, que lo sabía de antemano, se había procurado otro sacerdote, y, teniendo con ellos un grupo de soldados, me mandaron a buscar para que fuera a verlos; mas yo les mandé

unas palabras de que se iba a celebrar nuestra reunión, a la que podían asistir si querían. Los sacerdotes no vinieron, pero sí los soldados y mucha gente soez. Habían ellos tramado que los soldados tomaran el nombre de cada uno y después les dieran orden de que se fueran a su casa; llevándose con ellos al que no quisiera obedecerles. Empezaron, de acuerdo con lo tramado, y tomaron varios nombres de los allí reunidos, mandándoles después que se fueran a su casa, mas cuando llegaron a mí, para tomar mi nombre, mis parientes les dijeron que yo estaba ya en mi casa y que por lo tanto esta vez no podían llevarme. A pesar de esto tomaron mi nombre, mas el poder del Señor fue sobre ellos y se marcharon, así los eclesiásticos como los soldados, irritados y humillados de no haber conseguido su objeto. No obstante, varios se convencieron, admirando el amor y el poder de Dios. Y uno estaba allí, que era aquel que dijo de mí al sacerdote Stephens, "Nunca creció en Inglaterra planta como esta." Y, sin embargo, luego fue contando que yo había sido elevado en las nubes y lo encontraron otra vez lleno de oro y plata, e hizo correr, sobre mí, muchas mentiras y noticias falsas: mas el Señor las destruyó todas. La razón por la cual yo no quería ir a la iglesia, era porque yo iba a dar testimonio en contra de ella y a sacar a todos de tales lugares para llevarlos al Espíritu de Dios, para que así pudieran saber que sus cuerpos eran los templos del Espíritu Santo; y a sacarlos de sus maestros asalariados para llevarlos a Cristo, su Maestro de balde, que murió por ellos y los rescató con Su sangre.

## CAPÍTULO VI

### Arrestado en Leicestershire y libertado en Londres 1654-1655

Después de esto fui al campo, celebré varias reuniones y luego fui a Swannington donde vinieron varios soldados; mas la reunión se celebró en calma; el poder del Señor fue sobre todos y los soldados no intervinieron. Entonces fui a Leicester y después a Whetstone, y allá vinieron cerca de diecisiete soldados, del regimiento del coronel Hacker, con su mariscal, y me prendieron; a pesar de que los Amigos empezaban solamente a reunirse, por venir varios de diferentes lugares. Dije al mariscal que podía dejar en libertad a todos los Amigos pues yo respondía por todos; y ante esto me prendió y dejó libres a los demás, con excepción de Alejandro Parker que vino conmigo. Por la noche me llevaron a presencia del coronel Hacker, su mayor, y muchos de sus capitanes; y tuvimos gran discusión sobre los sacerdotes y las reuniones, porque en aquella época corría el rumor de una conspiración en contra de Oliver Cromwell. Tuve con ellos muchas razones sobre la luz de Cristo, que ilumina a todo hombre que viene al mundo, y el coronel Hacker preguntó, ¿No fue esta luz de Cristo la que hizo a Judas que traicionara al Maestro y que luego se ahorcara? A lo que respondí, "No, esto fue obra del espíritu de las tinieblas que odia a Cristo y a Su luz." Entonces, el coronel Hacker me dijo que podía ir a mi casa y quedarme en ella, sin ir por ahí celebrando reuniones; y le respondí que yo era un hombre inocente, que no intervenía en conspiración alguna, pues era contrario a tales cosas. Su hijo Nedham, le dijo, "Padre, hace ya demasiado tiempo que este hombre reina, y es ya hora de acabar con él." Yo le pregunté, "¿Por qué? ¿Qué he hecho? ¿O a quién he perjudicado, desde niño?" Porque habiendo nacido y sido criado en aquel lugar, ¿Podía alguien acusarme de alguna mala acción, desde mi infancia? Entonces el coronel Hacker me volvió a preguntar si quería ir a mi casa y estar en ella; y yo le

respondí que de prometerle tal cosa, ello sería prueba de que yo era culpable de algo, yéndome a mi casa y haciendo de ella mi prisión, y que si iba a las reuniones, entonces dirían que no cumplía sus órdenes, y les añadí, que yo iría a las reuniones siempre que el Señor me lo ordenare y que, por consiguiente, no podía someterme a sus requerimientos; mas les afirmé, "Nosotros somos gentes pacíficas." "Bien, entonces," dijo el coronel Hacker, "voy a mandaros a mi señor, el Protector,<sup>1</sup> con el capitán Drury, uno de sus guardias personales."

Aquella noche la pasé en la Marshalsea; y a la mañana siguiente, a las seis, estaba ya preparado y me entregaron al capitán Drury. Quise que, antes de marcharnos, me dejase hablar con el coronel Hacker, que me recibió en la cama, y volvió a instarme a que me volviera a mi casa y no celebrara más reuniones. Volví a decirle que no podía comprometerme a esto, debido a que tenía que ser libre de servir a Dios y celebrar reuniones. "Entonces," dijo, "tenéis que ser llevado a presencia del Protector." Ante esto, arrodillándome al lado de su cama, pedí al Señor que lo perdonara, pues era él como Pilatos, a pesar de que lavara sus manos. Y lo advertí a que cuando el día de su desgracia y de su juicio llegara, recordara entonces todo cuanto le había dicho. Mas él estaba incitado e influido por el sacerdote Stephens y los otros sacerdotes y eclesiásticos; que con esto bien ponían de manifiesto su envidia y su bajeza, y que al no poder vencerme en discusiones y con argumentos, ni resistir al espíritu de Dios que estaba en mí, hacían que los soldados me prendieran.

Más tarde, cuando este coronel Hacker estaba en la torre de Londres, uno o dos días antes de ser ejecutado, se le hizo memoria de lo que había hecho en contra del inocente; y, recordándolo, lo confesó a Margarita Fell diciendo que bien sabía de quien le hablaba y que por causa de ello estaba muy afligido. Y su hijo, que dijo a su padre que yo había reinado demasiado y era ya tiempo de acabar conmigo, pudo ver más tarde como acabaron con su padre, siendo él ahorcado en Tyburn, cuando entró el rey.

En esto, salí de Leicester con el capitán Drury, en calidad de prisionero suyo, y, cuando llegamos a Harborough, me preguntó si quería ir a mi casa y pasar allí la noche, añadiendo que sería libre, si no viajaba ni celebraba reuniones; a lo cual le respondí que no podía prometer tal cosa. Varias veces, por

el camino, me hizo la misma pregunta, y me probó de la misma manera, manteniéndome yo en las mismas respuestas. Me llevó a Londres y me alojó en la *Sirena*, junto a las caballerizas, en Charing-Cross; y, conforme viajábamos, el Señor me impulsaba a que advirtiera a la gente, por las posadas y los lugares por donde pasaba, del día del Señor que venía sobre ellos.

Luego que el capitán Drury me hubo alojado en la *Sirena*, allí me dejó, y fue a darle al Protector un informe de mí. Cuando volvió me dijo que el Protector me requería a que prometiese no llevar conmigo espada carnal o arma alguna, en contra suya o del gobierno; lo cual debía escribir con las palabras que creyese mejor y poner mi mano de que así era. Muy poco le repliqué al capitán Drury, mas, por voluntad del Señor, escribí al día siguiente una carta, "Al Protector, de nombre Oliver Cromwell," en la que declaraba, a presencia de Dios, que yo condenaba el llevar espada carnal y su uso o el de cualquier otra arma externa, en contra de él o de cualquier otro hombre; siendo yo enviado de Dios para dar testimonio en contra de toda violencia, en contra de la obra de las tinieblas, y para volver a la gente de la oscuridad a la luz y a sacarlos de la ocasión de guerras y luchas para llevarlos al evangelio de paz, y de evitarles de ser malhechores que la espada de los magistrados aterroriza. Cuando hube escrito, lo que el Señor me había inspirado que escribiese, puse mi nombre y dilo al capitán Drury que lo llevara a Oliver Cromwell, lo cual hizo.

Al poco tiempo, el capitán Drury me llevó a Whitehall, a presencia del Protector. Ello fue por la mañana, antes de que el Protector se hubiera vestido, y un tal Harvey que frecuentara un poco a los Amigos, pero que era desobediente, lo asistía. Cuando entré sentí el impulso de decir, "La paz sea en esta casa," y lo amonesté a que se mantuviera en el poder del Señor para que así pudiera recibir sabiduría de Él; y que por ella fuera dirigido y ordenare todas las cosas, bajo su mano, para gloria del Señor. Mucho le hablé de la Verdad y muchas razones tuve con él sobre la religión, conduciéndose él con gran moderación; mas dijo que nosotros nos peleábamos con los sacerdotes, que él llamaba ministros, y yo le respondí que nosotros no peleábamos con ellos sino ellos conmigo y con mis amigos. "Mas," dije, "si nosotros poseemos los profetas, Cristo y los apóstoles, no podemos consentir a maestros, profetas y pastores, tales como aquellos contra quienes declararon los

profetas, Cristo y los apóstoles, sino que debemos también declarar en contra de ellos, por el mismo espíritu y poder." Entonces le demostré que los profetas, Cristo y los apóstoles predicaron de balde y en contra de aquellos que no predicaban de balde; tales como los que predicaban por lucro inmundado, o eran ministros del Señor por dinero, o predicadores asalariados y los avarientos e insaciables, como los perros voraces que nunca tienen bastante; y que, por esta razón, los que tienen el mismo espíritu que tenía Cristo y los profetas y los apóstoles, no pueden menos de declararse en contra de todos estos de ahora, como ellos hicieron entonces con los de antaño. Conforme yo hablaba, dijo varias veces que estaba muy bien y que era cierto cuanto decía. Le dije que toda la llamada cristiandad tenía las Escrituras, mas carecía del poder y Espíritu de los que las produjeron, siendo ésta la razón por la cual no estaban en armonía con el Hijo, o con el Padre, o con las Escrituras, o el uno con el otro. Tuve con él muchas más palabras, mas como entraba gente me separé un poco, y al ir a darme vuelta me cogió con la mano y, con lágrimas en los ojos, me dijo, "Ven otra vez a mi casa, porque si tú y yo estuviéramos juntos, no fuere más que una hora por día, estaríamos más cerca uno del otro," añadiendo que no me deseaba mayor mal que el que deseara a su propia alma; y yo le dije que de hacerlo perjudicaría a su propia alma; y lo amonesté a que prestara oído a la voz de Dios, que así pudiera estar atento a Sus consejos y obedecerlos, y, que de hacerlo así, ellos lo apartarían de la dureza de corazón, mas que si no escuchaba la voz de Dios, su corazón se endurecería; y él me dijo que era cierto. Entonces salí, y cuando el capitán Drury vino a buscarme dijo que su señor el Protector había dicho que yo estaba en libertad, pudiendo ir a donde quisiera, "Y mi señor, dice," añadió, "que no sois ningún loco, y dijo que nunca vio escrito semejante en su vida," como el que yo le había mandado. En esto me llevaron a un gran vestíbulo, donde comían los caballeros del Protector, y, cuando pregunté para qué me habían llevado allí, me dijeron que era orden del Protector que comiera con ellos; y yo, negándome, les pedí que hicieran saber al Protector que no comería un mordisco de su pan ni bebería un sorbo de su bebida. Cuando lo supo, dijo, "Ahora veo que se levanta y eleva una gente que no puedo ganar ni con honores, dones, oficios o plazas, lo cual



puedo con todas las otras gentes y sectas." Y le fue dicho, otra vez, que nosotros habíamos abandonado nuestro propio interés y no éramos como para esperar tales cosas de él.

Estando en libertad, volví a la posada donde antes me había alojado el capitán Drury. A pesar de que este capitán, se comportaba algunas veces con nobleza, era mi enemigo y de la Verdad a la que se oponía; y cuando venían a verme eclesiásticos (mientras estaba bajo su custodia) y andaba él por allí cerca, se mofaba de que tembláramos y nos llamaba Cuáqueros, como ya nos habían motejado los Independientes y los Presbiterianos. Pero más tarde, un día vino a verme y me dijo que, estando una vez echado en la cama, descansando durante el día, sintió un temblor que sus articulaciones chocaron unas con otras, y su cuerpo recibió tal sacudida que no podía levantarse de la cama; y tembló de tal manera que no le quedaron fuerzas y gritó al Señor, y sintió que Su poder era sobre él, y volcó de su cama y gritó al Señor, diciendo que nunca jamás hablaría en contra de los Cuáqueros, ni de otros semejantes que temblaran a la palabra del Señor.

Durante el tiempo que estuve preso en Charing-Cross, vino a verme abundancia de gente de todas clases, sacerdotes, eclesiásticos, oficiales del ejército . . . y en una ocasión, estando conmigo un grupo de oficiales quisieron que orase con ellos; yo estaba quedo con la mente recogida en el Señor, y al final, sentí en mí el poder y el Espíritu de Dios, y, el poder del Señor, los sacudió y trastornó de modo tal, que se maravillaron, a pesar de que no vivían en él.

Entre aquellos que venían a verme, venía también un coronel Packer, con varios de sus oficiales; y estaban un día conmigo, cuando entró un tal Cobb, junto con un grupo muy numeroso de Ranters. Empezaron estos a pedir por bebida y tabaco, mas yo quería que en mi habitación se abstuviesen de ello, y les dije que si tanto lo deseaban podían ir a otra habitación; y uno gritó, "Todo es nuestro," y otro dijo, "Todo es bueno." Y yo repliqué, "¿Cómo, todo es bueno, mientras tú eres tan impertinente, envidioso y áspero?" porque yo vi que era de naturaleza impertinente. Les hablé de su condición y fueron sensibles a ello, mirándose uno a otro maravillados.

Entonces el coronel Packer, empezó a hablar ligeramente y sin sentido de lo concerniente a Dios y a Cristo y a las Escrituras; y sintiéndome ofendido, en mi alma y en mi espíritu, al

oírlo hablar tan ligeramente, le dije que era demasiado vano par hablar de las cosas de Dios, pues no sabía lo que era la solidez de un hombre. Esto enfureció a los oficiales y me replicaron que como era posible que dijera tales cosas de su coronel. Este Packer era Baptista, y él y los Ranters se hacían muchas inclinaciones y reverencias, a tal punto, que los Ranters usaban de tantos extremos en sus cumplidos, que Packer les pidió que se dejaran de tanta ceremonia; mas yo le dije que eran todos tal para cual, pues todos eran del mismo espíritu.

Poco después volví a Whitehall, y allí me sentí inspirado a declarar el día del Señor, y que Él venía a enseñar a Su pueblo; y prediqué la Verdad, así a los oficiales como a los llamados caballeros de Oliver, que formaban su guardia. Mientras predicaba la palabra del Señor, se me opuso un sacerdote, pues Oliver tenía a varios sacerdotes cerca de él, de los cuales éste era su nuevo gacetista; sacerdote envidioso y hombre ligero, desdeñoso y vano, lo llamé al arrepentimiento; y, a la semana siguiente, puso en su libro de las noticias que yo había estado en Whitehall, y allí había llamado al arrepentimiento a un ministro piadoso. Un día que volví a Whitehall me encontré con él, y, rodeándome abundancia de gente, le manifesté que era un embustero en varias cosas que afirmara, y ante esto quedó en silencio. Puso en el libro de las noticias que yo llevaba botones de plata, lo cual era falso, pues eran de alquimia; después dijo también, en el libro de las noticias, que yo ataba cintas al brazo de las gentes, que hacían que me siguieran, lo cual fue otra de sus mentiras, pues yo jamás en mi vida llevé ni usé cintas. Tres Amigos fueron a interrogar a este sacerdote, que publicó esta falsa información, para saber de él de donde había sacado tal cosa. Dijo que una mujer se lo había dicho y que si querían volver les diría su nombre; y cuando volvieron les dijo que había sido un hombre, que en aquel momento no mencionaría su nombre, pero que si querían volver se lo diría, y donde vivía. Volvieron por tercera vez, y entonces no quiso decirles quien se lo había dicho, mas ofreció que si yo escribía con mi propia mano que no había tal cosa, lo pondría en el libro de las noticias; y ante esto los Amigos, volvieron llevando el escrito de mi puño y letra, mas cuando los vio, rompió su promesa, no lo quiso insertar e iracundo los amenazó con el condestable. Estos fueron los

hechos de este forjador de mentiras, que esparció por toda la nación, en los libros de las noticias, para hacer odiosa la Verdad y para meter en la cabeza de las gentes malas ideas en cuanto a los Amigos y a la Verdad. Estos sacerdotes, los gacetistas, eran de la secta Independiente, mas el poder del Señor descendió sobre todas sus falsedades y los destruyó, y muchos vieron la maldad de estos sacerdotes. El poder del Señor irrumpía por la nación, de tal manera, que por esta época muchos Amigos se sintieron dirigidos a ir de un lado a otro, así por casi toda la nación como también por Escocia; proclamando el evangelio infinito, y la gloria del Señor que se elevó sobre todos, para Su infinito renombre. Hubo en Londres un gran convencimiento; y también se convencieron algunos en la casa y en la familia del Protector. Fui a verlo otra vez, mas no conseguí acceso a él, de tan rudos como se habían vuelto los oficiales, que algunas veces me levantaban la casaca para ver si llevaba mis calzones de cuero, y luego se enfurecían.

Los Presbiterianos, Independientes y Baptistas estaban preocupados en gran manera; debido a que muchos de los suyos se volvían al Señor Jesucristo, recogiendo bajo Sus enseñanzas, y recibieron Su poder sintiéndolo en sus corazones; y se sintieron dirigidos por el Señor a declarar en contra de ellos.

Fue por esta época cuando salió una orden para juzgar a los ministros (así llamados), y aprobarlos o echarlos de sus plazas o beneficios;<sup>2</sup> en consecuencia escribí a los jueces y otros, comisionados para cumplir esta orden.

#### NOTAS AL MARGEN

1. Oliver Cromwell, el Protector, entonces jefe del estado.
2. El examen judicial de los sacerdotes empezó en Marzo de 1654.

## CAPÍTULO VII

### Cortos viajes desde Londres

1655

Luego que me hube detenido algún tiempo en la ciudad de Londres, y hube cumplido el servicio que, en aquella época, me estaba encomendado que hiciera allí; fui, por voluntad del Señor, a Bedfordshire, a casa de Juan Crook, donde se celebró una gran reunión estando casi todos convencidos de la Verdad del Señor. Cuando llegué, Juan Crook, me dijo que al día siguiente varios de los llamados caballeros del condado vendrían a comer con él, que era juez de paz, para discutir conmigo; vinieron y yo les declaré la Verdad eterna del Señor. Aquel día varios Amigos fueron a la iglesia, y en el campo se celebró una reunión a la que fue Alejandro Parker; hacia la mitad del día me vino la idea de ir a ella, a pesar de que era a varias millas de distancia, y Juan Crook vino conmigo. Cuando llegamos, estaba allí un tal Gritton, que había sido Baptista, pero que elevándose por encima de ellos se calificaba de espiritista. Decía la buena ventura a la gente y pretendía que, cuando les robaban o les destruían la casa, adivinaba quien había sido, por lo cual se había ganado el afecto de varias personas de por allí. Cuando llegué, estaba este hombre hablando en la reunión, dando gritos horribles a los Amigos, que no hacía mucho se habían convencido; y mandó a Alejandro Parker a que le diera una razón de su esperanza. Este le dijo que Cristo era su esperanza; pero por no haberle contestado tan deprisa como él esperaba, se puso a gritar jactanciosamente, "Su boca está sellada." Entonces este Gritton me dedicó su discurso, mientras yo me estaba quieto, oyendo como decía muchas cosas en desacuerdo con las Escrituras. Le pregunté si podía probar con las Escrituras las cosas que estaba diciendo, y él me respondió, "Sí, sí," ante lo cual, pedí a los allí reunidos que sacaran sus Biblias para buscar los pasajes que el citara en apoyo de sus aserciones; mas no pudo probar con las Escrituras la veracidad de cuanto

había dicho, y avergonzado salió huido de la casa; y al descubrirse así su espíritu, los suyos se convencieron, en general, y no volvió más a junta de ellos. Cuando sus partidarios se convencieron y se recogieron en la Verdad del Señor, publicaron un libro en contra suya, negando su espíritu y sus descubrimientos falsos. Muchos volvieron aquel día al Señor Jesucristo, y vinieron a recogerse bajo Sus enseñanzas, de tal manera, que los jueces y muchos de los magistrados de Bedfordshire, estaban enfurecidos al ver que tantos se volvían de los sacerdotes asalariados a las enseñanzas gratuitas del Señor Jesucristo. Mas a Juan Crook lo guardó el poder del Señor, a pesar de que estaba dispensado por ser un juez.

Algún tiempo después, volví otra vez a Londres, donde finalmente los Amigos se habían afirmado en la Verdad, siendo muchos los que se les unían. Luego que pasé unos días en la ciudad me marché a Kent. De allí fui a Sussex, a una pequeña casa cerca de Horsham, donde se celebraba una gran reunión, y muchos se convencieron.

Salido que hube de Sussex, fui atravesando regiones hasta llegar a Reading, donde me encontré con unos pocos convencidos del camino del Señor. Allí me quedé hasta el Primer día y celebré una reunión, en el pomar de Jorge Lamboll, a la que asistió la mayor parte de la ciudad. Fue una reunión gloriosa, hubo muchos convencidos y la gente estaba llena de júbilo. Allí vinieron a verme dos de las hijas del juez Fell, y también Jorge Bishop, de Bristol, con la espada al cinto porque era capitán. Después de la reunión vinieron varios Baptistas y Ranters a discutir en privado, mas el poder del Señor fue sobre ellos.

Después de esta reunión en Reading, volví a Londres, donde me quedé unos días celebrando grandes reuniones, y luego fui a Essex, y me llegué hasta Coggeshall, donde se celebró una reunión de cerca de dos mil personas, según dijeron, que duró varias horas; fue una reunión gloriosa, siendo declarada de gracia la palabra de vida y todos volvieron a Jesucristo, su Maestro y su Salvador, que es el camino, la Verdad y la vida. Después que la reunión se hubo terminado, me fui a pasear por el campo, como era mi costumbre, y, luego que me hube marchado, llegaron dos o tres jueces de paz, que se acercaron a mí llevando sus caballos al galope. Me volví y los miré, pero sin hablarme una sola palabra uno dijo a otro,

"Qué, ¿Queréis marcharos, señor?" y respondió el otro, "Sí," y se fueron a la casa donde los Amigos tenían varios libros de nuestros principios: compraron algunos y se marcharon siguiendo su camino. Pero el mal estaba en sus corazones.

El sexto día de esta semana, celebré una reunión, cerca de Colchester, a la que vinieron muchos eclesiásticos, y profesores de religión, Independientes. Después que hube hablado y me había bajado de donde estaba subido, un profesor Independiente, empezó a provocar un altercado, y el capitán Stoddard, que se dio cuenta, me dijo, "Sube otra vez, Jorge," porque yo me disponía ya a marcharme no habiéndolo oído al principio. Pero cuando oí al Independiente provocador, volví a subir y al poco rato el poder del Señor descendió sobre él y los suyos; quedaron confundidos y la Verdad del Señor fue sobre todos. En esta región tenía el Señor un gran rebaño de ovejas que se alimentaban de sus pastos de vida. El Primer día siguiente, celebramos una gran reunión cerca de Colchester, en la cual se manifestó de un modo eminente el poder del Señor, y la gente estaba muy satisfecha de haber vuelto a las enseñanzas de Cristo, que de gracia recibieron, con gran júbilo; muchos de ellos han sido de calidad de mártires.

Fui a Cambridge, y, cuando entré en la ciudad, los estudiantes al saberlo se alborotaron, comportándose muy rudamente; montado en mi caballo pasé, por en medio de ellos, en el poder del Señor, y decían, "¡Oh! él resplandece, él reluce"; mas desmontaron al capitán Amor Stoddart antes de que llegara • a la posada. Cuando estábamos en la posada, se comportaron tan brutalmente, por los patios y las calles, que jamás pudieron mineros, carboneros ni carreteros ser más brutos. Los posaderos nos preguntaron que queríamos de cena, como es uso en las posadas, "¡Cena!" exclamé, "Si el poder del Señor no fuera sobre ellos, parece como si esos brutos de estudiantes nos fueran a despedazar y a hacer cena de nosotros." Sabían ellos que yo era tan contrario al comercio de la predicación, en el que allí estaban de aprendices, que se enfurecieron de la manera, como siempre los artífices de Diana se enfurecieron contra Pablo. Cuando llegó la noche, el alcalde de la ciudad, que era un simpatizante, vino para llevarme a su casa, y, mientras íbamos por las calles, había la gran barahúnda por la ciudad, pero no me reconocieron por ser muy de noche; y no solo estaban enfurecidos contra mí, sino también contra el alcalde,

de tal manera, que éste, a causa del tumulto, tenía casi miedo de andar conmigo por las calles. Mandamos, una vez en su casa, a buscar a los simpatizantes, y celebramos una bella reunión, en el poder del Señor; después pasé allí la noche. A la mañana siguiente, habiendo dado orden de que allá por las seis nuestros caballos estuvieran preparados, salimos pacíficamente de la ciudad; y los levantiscos quedaron chasqueados, porque creyendo que me iba a quedar allí más tiempo, tenían pensado hacernos alguna maldad; mas el salir nosotros por la mañana, tan temprano, frustró sus propósitos diabólicos contra nosotros.

Seguimos a caballo, hasta Hertford, donde había algunos convencidos y donde hoy día se celebra una bella reunión: De allí volvimos a Londres, donde los Amigos nos recibieron con gran júbilo, de que el poder del Señor nos hubiera sacado de tantas trampas y peligros. Gran servicio hicimos, para el Señor, ya que muchos cientos fueron traídos a recogerse bajo las enseñanzas del Señor Jesucristo, su Salvador; y alabaron, a través de El, al Señor.

En este año fue cuando se hizo público el juramento de *Abjuración*, del que sufrieron muchos Amigos, y muchos fueron a hablar de ello al Protector; mas él empezaba a endurecerse. Y aumentaron los sufrimientos de los Amigos, por razón de que los magistrados envidiosos hacían de este juramento una trampa en que los cogían, pues bien sabían que no podían jurar nada; yo me sentí dirigido a escribir al Protector.

---

Luego que en Londres hube cumplido los servicios que me estaban encomendados, fui a Bedfordshire y a Northamptonshire; y en Wellingborough celebré una gran reunión, en que el poder y la Verdad infinita del Señor, fueron sobre todos; y muchos en este lugar volvieron al Señor. En los eclesiásticos era grande el furor, debido a que los sacerdotes perversos, Presbiterianos e Independientes, iban diciendo la mentira de que llevábamos botellas que dábamos a beber para que así las gentes nos siguieran; mas el poder, el espíritu y la verdad de Dios, guardaron a los Amigos de las iras de la gente; y también los sacerdotes Independientes y Presbiterianos y algunos Baptistas, que se metieron en las iglesias,

hicieron gran pillaje en los bienes de los Amigos, por causa de los diezmos.

De Wellingborough fui a Leicestershire, donde el coronel Hacker me había amenazado de que si volvía por allí, me volvería a encarcelar, a pesar de que el Protector me había dado libertad; mas cuando llegué a Whetstone (en donde me prendió cuando la otra reunión) todo estaba en calma. La mujer del coronel Hacker, y también su mariscal, vinieron a la reunión y se convencieron, porque el glorioso, todopoderoso día del Señor fue exaltado sobre todo, y muchos se convencieron aquel día. A esta reunión asistieron dos magistrados de la paz, cuyos nombres eran Pedro Price y Walter Jenkin y los dos llegaron a ser ministros de Cristo.

De aquí fui a Drayton, mi ciudad natal, donde anteriormente tantos sacerdotes y eclesiásticos se habían reunido en contra mía; mas esta vez no apareció un solo sacerdote o eclesiástico. Pregunté a mis parientes, "¿ Dónde están ahora todos los sacerdotes y eclesiásticos?" y me dijeron, "El sacerdote de Nun-Eaton ha muerto y de los nueve, ocho pretenden obtener su beneficio; ahora os dejarán en paz, porque están como una bandada de cuervos ante un cordero muerto, todos unidos para devorarlo; así hacen los sacerdotes por un beneficio vacante," y esto lo decían algunos de sus propios feligreses. Habían ellos echado su veneno sobre mí y el Señor, por Su poder, me salvó de sus trampas.

De allí pasé a Nottinghamshire, donde celebré grandes reuniones. Después fui a Derbyshire y allí el poder del Señor fue sobre todos, y muchos volvieron de la oscuridad a la luz, y del poder de Satanás a Dios; y recibieron el Espíritu Santo. Por el poder del Señor acontecieron grandes milagros en muchos lugares. Mientras estábamos allí vinieron a vernos Amigos de Yorkshire que se regocijaron al ver la prosperidad de la Verdad.

Después de esto fui a Warwickshire, viendo a los Amigos, visitando sus reuniones, y así también en Worcestershire.

De Worcester fui a Tewkesbury, donde por la noche celebramos una gran reunión a la que asistió el sacerdote de la ciudad, que acompañado de toda una gentuza, empezó a jactarse de que quería ver si él o yo conseguiríamos la victoria. Yo los volví a la divina luz con que Cristo, el Hombre espiritual y celestial, los ilumina; que en esta luz pudieran ver sus pecados



y como estaban en muerte y tinieblas y en un mundo sin Dios; y que por esta mis ma luz pudieran también ver a Cristo, su Salvador y Redentor, que la envía; el cual derramo Su sangre y murió por ellos, y que es el camino a Dios, la verdad y la vida. En esto el sacerdote empezó a enfurecerse contra la luz, y la negó; pues nunca sacerdote o eclesiástico alguno pudo resistir que se hablara de la luz, y sucedió que el sacerdote, maldiciendo de la luz, se marchó, dejando entre nosotros la gentuza que le acompañaba; mas el poder del Señor descendió sobre ellos, a pesar de que el mal estaba en sus corazones.

Luego que dejamos Tewkesbury fuimos a Warwick, donde por la noche celebramos, en casa de una viuda, una reunión de muchas personas tranquilas: celebramos una bella reunión, en el poder del Señor, convenciéndose varios, que se volvieron al Señor. Después iba yo andando por la calle, cuando un Baptista del grupo empezó a provocar un altercado, y acercándose el alguacil de la ciudad con sus hombres, preguntó, "¿Qué hace aquí esta gente a esta hora de la noche?" y detuvo a Juan Crook a Amor Stoddard a Gerardo Roberts y a mí, mas luego conseguimos licencia de ir a nuestra posada, a condición de que nos presentásemos a la mañana siguiente. A la mañana siguiente, se presentaron en la posada muchas personas soeces, y varios individuos furiosos entraron en nuestras habitaciones, mas el poder del Señor nos dio dominio sobre ellos. Gerardo Roberts y Juan Crook fueron a ver al alguacil para saber qué era lo que tenía que decirnos y les dijo que podíamos seguir nuestro camino pues muy poco tenía que decirnos. Salíamos a caballo, de la ciudad, cuando se me ocurrió volver para ir a su casa, y hacerle saber que O. P. había proclamado una medida de gobierno garantizando la libertad de conciencia, y que era muy extraño que en contra de esto molestara a personas pacíficas que temían al Señor. Los Amigos vinieron conmigo, mas la gente ruda se reunió a nuestro alrededor y se proveyó de piedras: una se apoderó de la brida de mi caballo y la rompió, mas el caballo echándose hacia atrás lo tiró debajo de sus patas. A pesar de que el alguacil veía todo esto, ni lo evitó ni menos reprendió a la multitud levantisca, de modo que mucho fue que no nos mataran o nos hirieran por las calles, porque nos apedrearon y nos apalearon todo a lo largo de la ciudad.

Cuando llegamos a Baldock, en Hertfordshire, pregunté,

"¿No hay en esta ciudad secta o profesión religiosa alguna? y me respondieron que había algunos Baptistas y una mujer Bautista que estaba enferma. Fui a verla con Juan Rush, de Bedfordshire, y cuando llegamos estaban con ella muchas personas piadosas. Me dijeron que ya no pertenecía a este mundo, pero, si tenía algo que decirle, que la confortara en lo concerniente al otro. Le hablé, por voluntad del Señor, y el Señor la levantó y estaba completamente bien, para asombro de toda la región. Esta mujer y su marido, llamado Baldock, se convencieron y desde entonces se reúnen en su casa muchos cientos de personas. Después de esto se convencieron muchos, por aquellos contornos, se celebraron grandes reuniones, y muchos recibieron la palabra de vida, recogiendo bajo las enseñanzas de Cristo, su Salvador.

Luego que visitamos a esta mujer enferma, volvimos a nuestra posada, donde, furiosos, se estaban peleando dos individuos, en tal forma, que nadie se atrevía a acercarse a ellos ni menos a separarlos. Mas yo, dirigido por el poder del Señor, me acerqué y separando sus manos, tomé la de uno en una de las mías y la de otro en la otra, y, mostrándoles lo malo de su acción, los convencí y los reconcilié; y fueron tan afables conmigo y estaban tan agradecidos que la gente quedó admirada.

De aquí pasé a la calle del Mercado, donde el Señor tenía adeptos ; y por Albans fui a Londres, donde los Amigos estaban llenos de júbilo por la prosperidad de la Verdad y las manifestaciones del glorioso poder del Señor que nos había librado y sacado a través de tantos peligros y dificultades. También yo me regocijé de hallar a la Verdad próspera en la gran ciudad, y que todo iba bien entre los Amigos.

## CAPÍTULO VIII

### Launceston y Doomsdale 1655-1656

Luego que me hube detenido algún tiempo en Londres y hube visitado a los Amigos, en sus reuniones, salí de la ciudad y, atravesando otras regiones, fui a Devon y a Cornwall, y luego a Totness, ciudad tenebrosa. Nos alojamos en una posada, y por la noche Eduardo Pyot se puso enfermo; mas el poder del Señor lo curó, de manera que al día siguiente fuimos a Kingsbridge y en la posada nos informamos de las personas austeras de la ciudad. Nos dirigieron a Nicolás Tripe y su mujer, y nos fuimos a su casa. Mandaron a buscar al sacerdote con el que tuvimos algunas razones; mas confundido enseguida nos dejó. Tripe y su mujer se convencieron y desde entonces se celebra en aquel lugar una buena reunión de Amigos. Por la noche, volvimos a nuestra posada donde estaba bebiendo mucha gente, y el Señor me impelió a que me acercara par encaminarlos a la luz con que Cristo, el Hombre celestial, los había iluminado; en cuya luz podrían ver todas sus malas palabras y acciones y que por la misma luz pudieran ver también a Jesucristo, su Salvador. Viendo el posadero que sus huéspedes habían dejado de beber para escucharme, encendió una vela y me dijo, "Venid, aquí tenéis una luz para que os vayáis a vuestra habitación." A la mañana siguiente le hablé de cuan descortés había sido haciendo tal cosa y, advirtiéndole luego del día del Señor, nos dispusimos a marcharnos.

Al día siguiente llegamos a Plymouth y, después de haber descansado en la posada, fuimos a casa de Roberto Cary donde celebramos una bellísima reunión. Estaba en ella una tal Elizabeth Trelawney, hija de un baronet y, como era un poco dura de oído, se acercó a mí y aplicó su oreja hacia mí, mientras yo hablaba; y se convenció. Después de la reunión entraron algunos Baptistas en actitud provocadora; mas el poder del Señor fue sobre ellos, y esta Elizabeth Trelawney, acercándose, dijo en alta voz, "Jorge está por encima de todos." Se celebran

allí, en el poder del Señor, bellas reuniones que continúan desde entonces, y donde se han convencido muchos Amigos fieles.

De allí fui a Cornwall y, viajando por Penryn, fui a Helston, pero no pude saber de ninguna persona austera a causa de la mala voluntad de los posaderos. Finalmente, llegamos a un pueblo donde había algunos Baptistas y personas religiosas, con las que tuvimos bastantes razones, llegando algunas a confesar que habían tropezado con la luz de Cristo. Querían que nos quedásemos con ellos algunos días, mas de allí fuimos a Market-Jew, y, albergándonos en una posada, llegada la noche, mandamos a averiguar por los que temían al Señor. A la mañana siguiente, el alcalde y el regidor, unidos con el alguacil principal del condado, nos mandaron a los condestables que nos obligaran a presentarnos ante ellos. Les preguntamos si traían una orden escrita, y, al respondernos que no, les dijimos que sin ella no los seguiríamos. Al ver que los condestables regresaban sin nosotros, mandaron a sus sargentos; les preguntamos por la orden escrita, y nos respondieron que no la tenían, pero que el alcalde y el regidor nos estaban esperando. Entonces les dijimos que, el alcalde y los que con él estaban, hacían mal en molestarnos en nuestra posada; y que no iríamos con ellos sin una orden escrita. Se marcharon y volvieron otra vez, y, al volver a preguntarles por el decreto, uno sacó una maza, símbolo de autoridad, de debajo de su capa; y ante esto les preguntamos si era esta su costumbre de molestar e importunar a los forasteros en sus posadas y albergues: y unos momentos después dije a Eduardo Pyot, "Ve, Eduardo, y mira a ver qué es lo que aflige al alcalde y a los que están en su compañía," y Eduardo Pyot fue a ver al alcalde y al regidor y tuvo con ellos muchas razones; mas el poder del Señor le dio dominio sobre todos ellos. Cuando ya de vuelta estaba con nosotros, vinieron a vernos varios oficiales y les pusimos de manifiesto lo descortés e indigno de la conducta del alcalde y sus compañeros, con nosotros, que éramos los siervos del Señor Dios, deteniéndonos y molestándonos en nuestra posada, y lo poco cristiana que era tal acción. Antes de que dejásemos la ciudad, escribí a las siete parroquias de Land's End, declarando que el Señor venía Él a enseñar a su pueblo, por medio de Su Hijo, Jesucristo.

Este escrito lo llevaba Guillermo Salt, que viajaba conmigo y,

cuando estábamos a unas tres o cuatro millas de Market—Jew, hacia el Oeste, le dio una copia a un hombre que encontramos en el camino; y, apenas se la diera, sentí como si nos prendieran, pues debió habérmela dado antes de darla a un desconocido. Mas luego vi que todo iría bien. Este hombre resultó ser el escribiente de un tal Pedro Ceely, mayor en el ejército y juez de paz en aquel condado. Y adelantándonos a caballo hasta un lugar llamado St. Ives, le enseñó el papel a su amo, el mayor Ceely. Cuando llegamos a St. Ives sucedió que, habiéndonos caído una herradura al caballo de Eduardo Pyot, nos tuvimos que detener allí hasta que se la volvieran a poner; y mientras el hacía herrar su caballo, yo me fui paseando hasta la orilla del mar. Cuando volví me encontré con el gran tumulto en la ciudad, y que llevaban a Eduardo Pyot y a Guillermo Salt a presencia del mayor Cely, a quienes seguí a casa del juez, a pesar de que no habían puesto sus manos sobre mí. Cuando entramos, la casa estaba llena de gente soez, por donde pregunté si no había allí un oficial que les obligara a comportarse civilmente; el mayor Ceely dijo que era el un magistrado, y yo le repliqué que, en tal caso, debía de dar pruebas de gravedad y sobriedad y hacer uso de su autoridad para obligar a la gente a comportarse civilmente, pues nunca viera personas tan soeces, siendo los indios mas cristianos que ellos. Al cabo de un rato, sacaron el papel, antes mencionado, me preguntaron si era mío y respondí, "Sí," Entonces nos indicaron el juramento de *Abjuración*, ante lo que metí la mano en el bolsillo respondiendo a ellos como se le había respondido al Protector, y luego que le hube dado tal respuesta, el juez nos interrogó uno por uno, separadamente. Estaba con él un sacerdote joven y tonto, que nos hizo muchas preguntas frívolas; y pidió a los demás que me cortaran el cabello, que entonces llevaba muy largo, mas yo no estaba dispuesto a cortármelo a pesar de que más de una vez hubo muchos que se molestaban al vérmelo; por lo que les dije que no me preciaba de ello y que no le daba mayor importancia. Finalmente, el juez nos puso bajo la custodia de unos soldados crueles y feroces, como el mismo juez. No obstante, advertimos a la gente del día del Señor y les declaramos la Verdad. Al día siguiente nos mandaron a Redroth, custodiados por un grupo de a caballo armados de sables y pistolas.

El Primer día, los soldados querían sacarnos de allí, mas

les dijimos que era su día del Señor, y que no era costumbre viajar en tal día. Algunos de la ciudad se reunieron a nuestro alrededor y mientras yo contenía a los soldados, razonando con ellos, Eduardo Pyot hablaba a la gente; y después él contuvo a los soldados discutiendo, mientras ya hablaba a la gente; y entre tanto Guillermo Salt, volviendo por donde habíamos venido, se fue a la iglesia y allí habló al sacerdote y al pueblo; estaba éste sumamente furioso y, lleno de ira contra él, lo maltrató. También los soldados, notándolo a faltar, estaban iracundos, y dispuestos a matarnos, mas yo declaré el día del Señor y la palabra de vida eterna, a la gente que se reunió a nuestro alrededor. Por la tarde, los soldados quisieron que necesariamente emprendiéramos la marcha, de modo que tomamos nuestros caballos. Habíamos llegado al extremo de la ciudad, cuando el Señor me impulsó a que diera vuelta para ir a hablar al viejo de la casa, y los soldados sacando sus pistolas juraron que yo no volvería atrás. Yo les advertí de que no lo hicieran sino de que dieran vuelta. Siguiéron tras de mí, cumplí mi misión con el viejo y con el resto de la gente, luego volví con ellos, y los reprendí por ser tan rudos y violentos.

Por la noche, nos llevaron a una posada, en Smethick; y por ser la noche del Primer día, el jefe condestable junto con muchas personas austeras vino a nuestra posada, y algunos empezaron a hacer preguntas concernientes a nosotros. Les dijimos que estábamos presos, bajo custodia, por la causa de la Verdad, y tuvimos con ellos muchas razones concernientes a las cosas de Dios. Eran gente muy religiosa y fueron muy afables con nosotros. Algunos se convencieron y así continúan el día de hoy.

Luego que se marcharon los condestables y la demás gente, vinieron otros, que también eran muy corteses y que se fueron llenos de afección por nosotros. Cuando todos se marcharon, nos retiramos a nuestras habitaciones para acostarnos, y allá por las once, dijo Eduardo Pyot, "Voy a cerrar la puerta, no fuera que alguien entrara y nos hiciera algo malo," y, según luego pudimos comprender, esto hizo fallar los designios del capitán Keate, jefe de la guardia, que aquella noche tenía el propósito de hacernos alguna mala acción. A la mañana siguiente, este capitán, trajo a un hermano o pariente suyo, hombre malvado y violento, y metiéndolo en la habitación se quedó fuera esperando. Este hombre endemoniado se puso a

pasear de un lado a otro de la habitación, dando bufidos, y lo amonesté a que temiera al Señor, por lo que, echándose sobre mí, me golpeó con las dos manos y, aplicando su rodilla a mi espalda, quería hacerme caer por la fuerza, pero no lo consiguió porque me sostuve tieso y aguanté dejándolo que me golpeará. En esto, miré hacia fuera de la habitación y vi al capitán Keate, que estaba mirando como su hermano o pariente me estaba pegando y maltratando, y al verlo le dije, "¿Keate, consientes tú esto?" y me respondió que sí lo consentía. "¿Es esto varonil o noble!" le pregunté, "el que teniéndonos bajo tú custodia hagas que un hombre nos pegue y nos ultraje? ¿Es esto varonil, es noble, es cristiano?" Y entonces hice que uno de nuestros amigos fuera a buscar a los condestables, que vinieron enseguida, e hice que el capitán hiciera ver a los condestables la orden o decreto en virtud del cual nos conducía; lo que hizo, y la orden era de conducirnos sanos y salvos al capitán Fox, gobernador del castillo de Pendennis, y en el caso de que el gobernador no estuviera allí, teníamos que ser trasladados a la cárcel de Launceston. Ante esto le dije que había faltado a las ordenes que recibiera, concernientes a nosotros, ya que nosotros, que éramos sus prisioneros, teníamos que ser conducidos sanos y salvos, y él había traído a un hombre que nos pegara y ultrajara; de manera que habiendo él faltado a las ordenes recibidas, quise que el condestable se hiciera cargo del decreto, lo cual hizo; y dijo a los soldados que podían seguir su camino, ya que él tomaba a los prisioneros bajo su custodia y que, aunque costara veinte chelines el trasladarnos, no les devolvería el decreto. Hice yo ver a los soldados la bajeza de su comportamiento con nosotros, y se pusieron a andar por la casa, de un lado a otro, muy tristes, lastimosamente pálidos y abatidos. Los condestables fueron al castillo y dijeron a los oficiales lo que los otros habían hecho, y los oficiales mostraron mucho desagrado por la bajeza que el capitán Keate había demostrado con respecto a nosotros; y dijeron a los condestables que el general mayor Desborough, venía a Bodmin, que nosotros deberíamos verlo y que era probable que nos pusiera en libertad. Mientras tanto, nuestra antigua guardia de soldados vino como suplicándonos, y prometieron que se portarían bien con nosotros si queríamos ir con ellos. En esto había transcurrido la mañana, siendo ya las once del día, y ante los ruegos de los soldados y sus promesas

de mejor comportamiento, los condestables les devolvieron el decreto y nos fuimos con ellos. Grandes fueron la urbanidad y cortesía con que nos trataron los condestables y los habitantes de aquella ciudad, que por ello fueron recompensados por el Señor con Su Verdad, de la que muchos allí se convencieron, y desde entonces hasta este día, reunidos en el nombre de Jesús, se recogen bajo Cristo, su Maestro y Salvador.

Sabiendo el capitán Keate, jefe de nuestra guardia, que el capitán Fox, gobernador del castillo de Pendennis, no estaba en él, pues había ido a encontrarse con el general mayor Desborough, nos llevó a Bodmin directamente; y por el camino encontramos al general mayor Desborough. El capitán de su tropa, que iba a la cabeza de ella, me conocía y al verme, dijo, "¡Oh! señor Fox, ¿Cómo vos aquí?" y le respondí, "Como prisionero," ¡Ay!" exclamó, "¿Y por qué?" y yo le expliqué como me habían detenido yendo de viaje. "Entonces," dijo, "hablaré a mi jefe, y él os pondrá en libertad," y dejando la cabeza de sus tropas, se acercó al coche y habló al general mayor. También nosotros le explicamos como habíamos sido detenidos; y el empezó a hablar en contra de la luz de Cristo, por lo cual lo reprendí; y entonces dijo a los soldados que podían llevarnos a Launceston, pues no podía detenerse más a hablar con nosotros, por temor de que se resfriasen los caballos.

Aquella noche llegamos a Bodmin, y, cuando estuvimos en la posada, el capitán Keate, que había entrado antes de nosotros, me llevó a una habitación, y se marchó. Cuando entré vi que estaba allí un hombre, con un espadín desnudo en la mano, ante lo cual, dándome vuelta, llamé al capitán Keate, y le dije, "¿Qué es esto ahora, Keate, que superchería estás ahora fingiendo, metiéndome en esta habitación, donde hay un hombre con su espadín desenvainado? ¿A dónde quieres ir a parar con esto?" "¡Oh!" me dijo, "por favor tened la legua, porque si habláis a este hombre, todos juntos no seremos bastantes para sujetarlo, de tan endemoniado como es." "Entonces," le dije, "tú me metes en una habitación donde está un hombre semejante, con un espadín desenvainado, del que tú mismo afirmas que todos vosotros juntos no podréis sujetarlo. ¿Qué astucia tan vil y tan baja es ésta de meterme solo en esta habitación, separado de mis amigos que son mis compañeros de prisión?" Y así se descubrió su trama y fracasaron en sus designios.



Luego conseguimos otra habitación donde pasamos la noche juntos; y al atardecer declaramos la Verdad al pueblo, pero estaba endurecido y en tinieblas. También los soldados, a pesar de sus promesas, se comportaron de manera soez y perversa, pasando toda la noche bebiendo y aullando.

Al día siguiente nos llevaron a Launceston y el capitán Keate nos entregó al carcelero. No había allí, cerca de nosotros, ni Amigos, ni simpatizantes, y los habitantes de la ciudad estaban endurecidos y en tinieblas. El carcelero nos requirió a que le pagásemos siete chelines a la semana por darle de comer a nuestros caballos y siete más por la comida de cada uno de nosotros; mas al poco tiempo, vinieron a vernos varias personas austeras, y otras, de aquella ciudad, se convencieron, y también vinieron a visitarnos, de diferentes lugares de aquella región, muchos simpatizantes que se convencieron. Entonces se levantó contra nosotros la ira de los eclesiásticos y sacerdotes, que decían, "Esos que andan tuteando a todo el mundo sin el menor respeto; que nunca se quitan el sombrero, ni doblan la rodilla ante nadie," esto los hacía saltar de ira. "Mas," añadían, "ya veremos si cuando llega el juicio se atreven a hablarle de tú al juez y a tener el sombrero puesto delante de él." Esperaban que el tribunal nos condenaría a muerte; mas todo eso era insignificante para nosotros, que veíamos como Dios despreciaba los honores y las glorias mundanas. A nosotros nos era mandado no desear tales honores ni darlos, ya que sabíamos del honor que solamente viene de Dios, y lo buscábamos.

Fueron nueve semanas las que transcurrieron desde nuestro encarcelamiento hasta el día del juicio, y vino abundancia de gente, de cerca y de lejos, para asistir al juicio de los Cuáqueros. Estaba allí, un tal capitán Bradden, con sus tropas de caballería; y estos soldados, junto con los hombres a las ordenas del alguacil, nos custodiaron hasta el tribunal, a través de la multitud que llenaba las calles, teniendo gran dificultad para hacernos pasar por en medio del gentío; y también las puertas y las ventanas estaban atestadas de gente que nos miraba pasar. Cuando llegamos a la sala del tribunal, estuvimos bastante rato con los sombreros puestos, y todo estuvo en calma; y yo me sentí dirigido a decir, "La paz sea con vosotros." El juez Glynne, del país de Gales, entonces justicia mayor de Inglaterra, dijo al carcelero, "¿Quiénes son estos que habéis traído aquí, a presencia del tribunal?" "Prisioneros, mi señor," y en esto,

el juez, dirigiéndose a nosotros, dijo, "¿Por qué no os quitáis los sombreros?" no respondimos. "Quitaos los sombreros," nos ordenó entonces. Continuamos sin decir nada; ante esto volvió a insistir, "El tribunal os manda que os quitéis los sombreros," y entonces yo hablé y dije, "¿Cuándo magistrado, rey o juez alguno, desde Moisés hasta Daniel, mandó jamás a nadie que se quitara el sombrero, al presentarse ante ellos, en sus tribunales; ya fuera entre judíos, gentes de Dios o paganos? Y si la ley en Inglaterra manda tal cosa, mostradme tal ley, ya sea escrita o impresa." Y el juez, enfureciéndose, dijo, "Yo no ando con mis libros de leyes en la espalda," "Mas," insistí, "Decidme donde está impreso, en el libro de estatutos que sea, que pueda yo leerlo," y como respuesta dijo, "Llevadlo de aquí, prevaricador, que lo he de castigar." Y sacándonos de allí nos llevaron a donde estaban los ladrones. En esto, el juez, llamó al carcelero y le dijo, "Volvedlos a traer." "Venid," me dijo, "¿Dónde está eso de que desde Moisés hasta Daniel no se quitaban el sombrero? Venid, respondedme, que ahora os he puesto en un aprieto," añadió. A esto le respondí, "Tú puedes leer, en el capítulo tercero del libro de Daniel, como los tres jóvenes, que fueron echados al horno de fuego ardiendo, por mandato de Nabucodonosor, lo fueron con sus mantos, sus calzas y sus turbantes." Este sencillo ejemplo fue suficiente, y, no teniendo más que decir sobre este punto, volvió a gritar, "Carcelero, llevadlos de aquí," y cumpliendo esta orden nos sacaron de la sala y nos echaron entre los ladrones, donde nos tuvieron por mucho rato; y luego, sin que nos volvieran a llamar, los subordinados del alguacil y los soldados de caballería nos abrieron paso (casi quedamos sin fuerzas de lo que nos costó pasar por entre la multitud), y nos custodiaron otra vez hasta la cárcel, seguidos de una muchedumbre con la que allí tuvimos muchas razones y controversias. Llevábamos con nosotros algunos libros muy buenos con que probar nuestros principios y dar a conocer la Verdad, y, sabiéndolo los jueces y magistrados, mandaron al capitán Bradden por ellos, el cual, entrando en la cárcel hasta donde estábamos, nos los quitó violentamente, algunos sacándose los de las manos a Eduardo Pyot; y se los llevó no volviendo nosotros a recuperarlos jamás. Por la tarde, nos llevaron otra vez a presencia del tribunal, custodiados por los subordinados del carcelero, del alguacil, y

por las tropas, que tuvieron gran dificultad en hacernos pasar por entre la turba. Mientras estábamos en la sala del tribunal, esperando que nos llamasen, vi yo que el jurado y también muchos otros, estaban prestando juramento, e hiriéndome, en gran manera, que personas cristianas abiertamente desobedecieron y rompieran el mandamiento de Cristo y de Sus apóstoles, saqué un escrito, que llevaba conmigo, en contra de la práctica de jurar, y lo mandé al jurado grande y pequeño.

Este papel pasó por las manos del jurado hasta las de los magistrados, que se lo presentaron al juez; y cuando fuimos llamados a su presencia, pidió al escribano que me entregara el papel y luego me preguntó si era yo el autor de aquel escrito sedicioso. Respondí que si quería leerlo, en la sesión pública, que así pudiera yo oírlo, le diría si era mío, y en ese caso como tal lo aceptaría y en ello me mantendría. Mas el juez quería que lo tomara en mis manos y viera si me pertenecía; pero yo volví a insistir en que se leyera para que así todos pudieran oírlo y juzgar si era o no sedicioso, y que de serlo estaba dispuesto a sufrir la pena que ello mereciese. Finalmente, el escribano del tribunal, lo leyó en alta voz, para que todos pudieran oírlo, y así que hubo terminado les dije que aquel escrito era mío y que quería que así fuera, y que también ellos podrían aceptarlo como suyo de no querer negar las Escrituras. "¿Pues no eran estas palabras de las Escrituras y los mandamientos de Cristo y de los apóstoles lo que todos los verdaderos cristianos tenían que obedecer? Entonces dejaron aparte este sujeto y el juez cayó otra vez sobre nosotros a propósito de nuestros sombreros, y dio orden al carcelero de que nos los quitara, lo cual hizo, y que nos los diera; y nosotros nos los volvimos a poner. Entonces preguntamos al juez y a los magistrados porque razón habíamos estado en la cárcel nueve semanas; y viendo que no nos hacían otros cargos más que los referentes a los sombreros, les dije, que era éste un honor que Dios tiraba al polvo a pesar de toda la importancia que ellos le daban; honor humano que los hombres exigen unos de otros, y que es la prueba de la descreencia. Porque, "¿Cómo podéis creer?" dijo Cristo, "Vosotros los que recibís honores de hombre y no buscáis el honor que solamente viene de Dios?" y Cristo también dijo, "No quiero honores que vienen de los hombres," y todos los que son verdaderos cristianos deben de pensar así.

En esto el juez empezó a hacer un gran discurso, diciendo como él representaba la persona del Protector, que lo había hecho justicia mayor de Inglaterra, mandándolo de un lugar a otro para presidir los tribunales de justicia; y al decir esto le pedimos que nos hiciera justicia por el encarcelamiento que sin razón habíamos sufrido por nueve semanas. Mas en lugar de hacerlo así, presentaron una acusación en contra nuestra, que ellos mismos habían fabricado: acusación, tan extraña y tan llena de mentiras, que creí era en contra de los ladrones. Que nosotros habíamos, "entrado en la sala del tribunal de una manera hostil y por la fuerza de las armas," siendo los otros los que así entraron. Les dije que era falso y continuamos protestando de la injusticia de nuestro encarcelamiento, y de que, sin motivo alguno, el mayor Ceely nos hubiera detenido cuando íbamos de viaje. Entonces, Pedro Ceely, habló al juez y le dijo, "Con vuestra licencia, mi señor, sabed que este hombre (señalándome) yendo conmigo, me habló de cuan útil podría yo serle para sus designios; que en una hora podía levantar cuarenta mil hombres que, inundando la nación de sangre, traerían al rey Carlos; y quise yo ayudarle a salir de la nación, mas él no quiso irse: Y si queréis, mi señor, tengo testigos que jurarán cuanto he dicho," por donde llamó a sus testigos. Mas viendo yo que el juez no se disponía a interrogarlos, quise que tuviera a bien dejar que se leyera, en la sala del tribunal, para que todos lo oyeran, mi auto de prisión, en el que se ponía de manifiesto el crimen por el cual me mandaban a la cárcel. Dijo el juez que no sería leído; dije yo que debía de serlo, ya que me concernía en cuanto a mi libertad y a mi vida: mas el juez volvió a decir, "No se leerá," y yo insistí "Se tiene que leer porque de haber yo cometido algo que merezca la muerte o la prisión, quiero que todos lo sepan." Entonces viendo que no estaban dispuestos a leerlo, dije a uno de mis compañeros, también preso, "Tú tienes una copia, léela en alta voz," y el juez dijo, "No se leerá," y añadió, "Carcelero, lleváoslo, que veremos si él o yo es aquí el que manda." Me llevaron, y al cabo de un rato me llamaron otra vez; y volviendo a clamar por que se leyera el auto de prisión, en virtud del cual me condenaban, exigí a Guillermo Salt, a que lo leyera. Lo leyó, y el juez, magistrados y todo el tribunal estuvieron silenciosos, porque la gente estaba ansiosa de oírlo. Era como sigue.

Pedro Ceely, uno de los magistrados de la paz de este condado. Al gobernador de la prisión de Su Alteza, en Launceston, o a su delegado legítimo en cuanto a esto se refiere. Saludos:

Os mando por los portadores de este escrito y junto con ello, las personas de Eduardo Pyot, de Bristol, Jorge Fox, de Drayton y Clea, en Leicestershire, y Guillermo Salt de Londres, que ellos pretenden ser los lugares donde residen, los cuales van bajo la denominación de Cuáqueros, habiendo ellos mismos confesado serlo; los cuales han difundido escritos tendiendo al disturbio de la paz pública, y no pueden alegar causa legal por haber venido a estos lugares, siendo personas todas desconocidas, y, no teniendo pase para su continuo viajar de un lado a otro de la nación, han rehusado dar garantías de su buena conducta, de acuerdo con lo que previene la ley en este sentido; y han rehusado prestar el juramento de Abjuración etc. ... En consecuencia, esto es lo que, en nombre de Su Alteza el Protector, os mando y ordeno, que cuando las personas de los dichos Eduardo Pyot, Jorge Fox, y Guillermo Salt, os sean llevadas, las recibáis y las guardéis en la prisión de Su Alteza, antes mencionada, hasta que sean libertados por el curso debido de la ley. En lo cual no habréis de faltar, como responderéis de lo contrario a vuestro riesgo. Dado en St. Ives, por mi mano y sello, el día diez y ocho de Enero de 1655.

P. CEELY

Cuando esto se hubo leído, hablé, de esta manera, a los jueces y magistrados. "Tú, que dices ser el justicia mayor de Inglaterra, y vosotros ser magistrados, sabed que si hubiese dado garantías hubiera podido ir a donde bien me pareciera; y haber llevado a cabo el designio (si lo tuviera) de que me acusa el mayor Ceely: y de haberle dicho las palabras que aquí él ha declarado, juzgad qué fianza o fiador tenía que exigirse en tal caso," entonces, dirigiéndome al mayor Ceely, le dije, "¿Dónde o cuándo te llevé a mi lado? ¿No estaba tu casa llena de gente soez y tú, tan soez como cualquiera de ellos, no nos interrogaste de tal modo que tuve que preguntar por un condestable o cualquier otro oficial que obligara a la gente a comportarse civilmente? ¿Y si tú eres mi acusador, por que te sientas con el tribunal? Ese no es lugar para ti; ya que los acusadores no acostumbran a sentarse con los jueces; tú tenías que estar

aquí abajo, a mi lado, mirándome a la cara. Igualmente quisiera preguntar al juez y a los magistrados si no es el mayor Ceely culpable de la traición de que me acusa, habiéndola ocultado por tanto tiempo como ha hecho. ¿Es que él comprende bien su posición ya sea como soldado o como juez de paz? Porque aquí os ha dicho que, yendo yo con él, le hablé de los designios que tenía, y de cuan servicial podría serme para llevarlos a cabo; que yo podía levantar cuarenta mil hombres en una hora, traer al rey Carlos e inundar de sangre la nación. A esto añado que me quería ayudar a salir de la nación, y que yo me negué a irme; y después de todo esto me condena a prisión por falta de garantías de buena conducta, como el decreto lo declara; y ahora os pregunto, ¿No veis claramente que el mayor Ceely es culpable de toda esta trama y traición, haciéndose cómplice de ella al querer que yo saliera de la nación, al pedir fianza por mí, y no acusándome hasta este momento, de esta presunta traición, y no descubriéndola antes? Mas yo niego y aborrezco sus palabras; yo soy inocente de esos designios diabólicos." Y así se terminó este asunto, pues el juez vio lo bastante claro que, en vez de meterme en la trampa, se había metido él.

Entonces el mayor Ceely volvió a ponerse en pié y dijo, "Si os servís oírme señor, sabed que este hombre me pegó y me dio tal golpe, como jamás lo recibí en mi vida." Ante esto, no pude menos de reírme interiormente, y le dije, "¡Mayor Ceely! ¿Eres tú juez de paz y mayor de caballería, y dices al juez, aquí, ante el tribunal, que yo te he pegado y que te di un golpe como jamás lo recibiste? ¡Pero, cómo! ¿No te avergüenzas? Por favor, mayor Ceely, ¿Dónde te he pegado?" le pregunté, "¿Quiénes son tus testigos para probarlo? ¿Quién estaba presente?" Y entonces dijo que había sido en el cas tillo Green y que el capitán Bradden estaba presente cuando le pegué. Ante esto quise que el juez le dejara presentar sus testigos para probarlo; y volví a decirle que bajara del tribunal, advirtiéndole que no era propio que el acusador se sentara como juez, en posición de superioridad sobre el acusado. Volví a llamar por sus testigos; y dijo él que su testigo era el capitán Bradden, y yo dije, "Habla, capitán Bradden, ¿Me viste tú darle semejante golpe, pegándole como dice?" El capitán no respondió, mas inclinó la cabeza hacia mí. Yo quería que dijera en alta voz si sabía tal cosa, pero él sola -

mente volvió a inclinar la cabeza. "No," le dije, "dilo en voz alta, que el tribunal y el pueblo lo oigan, y no dejes que valga una inclinación de cabeza. Si he hecho eso, que la ley me castigue; pues no temo a los sufrimientos ni a la misma muerte, porque soy un hombre inocente en lo que concierne a esta acusación." Mas el capitán Bradden, no testificó en cuanto a ello, y, viendo el juez que estas trampas no valdrían, gritó, "Lleváolos, carcelero," y cuando se nos hubieron llevado, nos puso una multa de veinte marcos, a cada uno, por no habernos quitado el sombrero; teniendo que estar en la prisión hasta que la pagásemos. De modo que nos mandó otra vez a la cárcel.

Por la noche nos vino a ver el capitán Bradden, junto con siete u ocho magistrados, que, muy corteses, nos dijeron que ni el juez ni nadie del tribunal había dado crédito a las acusaciones que, el mayor Ceely, presentara al tribunal en contra mía, y el capitán dijo que el mayor Ceely intentaba quitarme la vida, de haber conseguido otro testigo. "Mas," entonces le dije, "capitán Bradden, ¿Por qué no diste testimonio a favor mío, o en contra mía, viendo que el mayor Ceely te citaba como testigo de que viste como yo le pegaba? Y cuando yo te pedí que hablaras, ya fuera en contra mía, o a mi favor, de acuerdo con lo que tú habías visto o sabías, tú no quisiste hablar." Y me respondió que ello había sido porque, "cuando el mayor Ceely y yo nos acercamos a vos, que estabais paseando por el castillo Green, el se quitó el sombrero ante vos y dijo, ¿Cómo estáis señor Fox? vuestro servidor, señor. Y entonces vos le respondisteis. Mayor Ceely, dejaos de hipocresías y de seguir los dictados de vuestro corazón corrompido. ¿Porque, de cuando acá soy yo vuestro amo y vos mi servidor? ¿O acaso los servidores meten a sus amos en la prisión?" Y éste era el gran golpe, a que él se refería, que yo le había dado; y entonces recordé que se pasearan con nosotros, y que fue así como él me habló y yo a él. ¡Cuánta hipocresía y qué corazón tan corrompido había demostrado cuando se quejó de esto al juez, en la sesión pública del tribunal, ante toda la región! queriendo hacerles creer que le había pegado de hecho, con mi mano.

En esto continuábamos en la prisión, y de cerca y de lejos venían muchos a vernos; algunos, gentes de significación en el mundo, debido a que la historia de nuestro juicio había corrido y se comentaba, en la ciudad y en el campo, la valentía e inocencia de que dimos prueba en nuestras respuestas al juez y

al tribunal. Entre otros, vino a visitarnos Homphry Lower, anciano sobrio y grave que había sido juez de paz. Tenía mucha pena de que tuviéramos que estar en la cárcel, y nos hablaba de cuan serviciales podríamos ser de estar fuera de la prisión; mas tuvimos un poco de discusión en cuanto a lo de prestar juramento; y explicándole como nos tendían la trampa del juramento de Abjuración, sabiendo que no podíamos jurar, le demostramos que nadie podía ser bueno para Dios si desobedecía el mandamiento de Cristo; y que los que nos encarcelaban por lo de no quitarnos el sombrero, honor humano, que sólo al hombre importa, encarcelaban a los buenos y vejaban y ofendían al espíritu de Dios, en sí mismos, el cual hubiera debido volver sus mentes a Dios; y así lo volvimos al Espíritu de Dios, en su corazón, y a la luz de Jesucristo. Continuó hasta su muerte, siempre convencido, y fue muy servicial para nosotros.

También vino, junto con otros muchos, un coronel, juez de paz, llamado Rouse. Estaba tan lleno de palabras, que jamás en mi vida oyer a ningún hombre hablar tanto como él; de tal modo, que no había manera de que los demás le hablaran. Finalmente, para que se callara, le pregunté si es que había ido al colegio, y si sabía lo que eran preguntas y respuestas. "¡Al colegio!" exclamó, "Sí." "Al colegio," y dijeron los soldados, "¿Acaso dice a nuestro coronel que es un estudiante?" Entonces le dije, "Si es así, te está callado y escucha mis respuestas a lo que tú dices," e inspirado por el temible poder de Dios, le hablé la palabra de vida, que le impresionó de tal forma, que, sin poder abrir la boca, se le hinchó la cara y se puso colorado como un pavo, sus labios se movieron, balbuceó alguna cosa y la gente creyó que iba a desplomarse. Me acerqué a él y me dijo, "Jamás me sentí así, en toda mi vida," porque el poder del Señor oprimió en él, el aire y el poder del mal, de manera que casi se ahogó. Desde entonces, este hombre fue siempre muy cariñoso con los Amigos, y nunca más se nos mostró tan lleno de palabras sin sentido; a pesar de que siempre estuvo lleno de vanidad: El poder del Señor descendió sobre él y también de los que con él estaban.

Terminadas las sesiones del tribunal, y nosotros en la cárcel, en virtud de tal condena que no cabía esperar que nos soltaran en mucho tiempo; dejamos de dar al carcelero los siete chelines semanales, cada uno, por nuestros caballos, a más de los siete



por cada uno de nosotros, y mandamos los caballos al campo. El carcelero ante esto, se volvió más malo y endiablado, y nos metió en un sitio llamado Doomsdale, lugar sucio y pestilente, donde metían a brujas y asesinos luego de condenados a muerte; el cual era tan malsano, que se decía que muy pocos de los que allí entraban volvían a salir con vida. No había letrina, y, según nos dijeron, hacía muchos años que no se habían sacado los excrementos de los presos que de año en año habían metido allí. De manera que el piso era fango y, por algunos sitios, el agua nos llegaba al borde de las botas. No nos permitían limpiarlo ni tener camas o un montón de paja sobre que dormir. Llegada la noche, algunas personas de la ciudad, nos trajeron una vela y un poco de paja, y quemamos un poco de esta paja para quitar el hedor. Los delincuentes dormían en una habitación encima de nosotros, y el carcelero jefe también en otra a su lado; y sucedió que, entrando el humo en la habitación del carcelero, este se enfureció de tal manera, que cogiendo los vasos de los excrementos de los ladrones, por un agujero, los volcó sobre nuestras cabezas; y quedamos tan llenos de inmundicias, que nosotros mismos no podíamos tocarnos, ni tampoco uno al otro; y, entre la pestilencia y el humo, poco faltó para que no nos ahogáramos y asfixiáramos. Antes, teníamos la porquería en los pies, pero luego en la cabeza y también por la espalda; y habiéndose apagado la paja a causa de la inmundicia que le cayó encima se hizo entonces una gran humareda, y el carcelero se mofaba de nosotros, de la manera más odiosa, llamándonos, "perros de cara aguzada" y tales nombres como jamás los oyéramos en nuestra vida.

Estábamos obligados a pasar la noche de esta manera, sin poder sentarnos, de tan lleno como estaba el suelo de excrementos inmundos. Mucho tiempo nos tuvo así, antes de que nos dejara limpiarnos o permitiera que nos trajeran otras vituallas que las que nos daban por la reja; y una vez que una moza nos trajo unas pocas viandas, la arrestó por haber allanado su casa y la llevó al tribunal de justicia de la ciudad, acusándola de haber allanado la prisión; y ante los muchos trastornos que le causó a esta muchacha, se descorazonaron todos los demás y nos costó mucho conseguir un poco de agua para beber, o algunas vituallas. Entonces, mandamos a buscar una joven de Londres llamada Ana Downer (que escribía y tomaba muy bien notas en abreviatura), para que nos con-

siguiera y nos preparase nuestra comida; lo cual hizo de muy buena voluntad, pues también se sentía ella impelida espiritualmente a venir cerca de nosotros, en el amor de Dios; y fue muy servicial para nosotros.

Nos informaron de que el carcelero jefe había sido un ladrón, estando marcado, en el brazo y en la espalda, con la marca infamante de fuego, y también su mujer estaba marcada en la mano por alguna maldad; también el carcelero subalterno estaba marcado en el brazo y en la espalda, y su mujer en la mano. A este carcelero jefe, lo había puesto allí el coronel Bennet, profesor Baptista, que había comprado la prisión y las tierras que pertenecían al castillo. Los presos y algunas personas salvajes, creyendo aterrorizarnos, nos hablaban de espíritus, que rondaban por Doomsdale, y de cuantos habían muerto allí; mas yo les dije, que si todos los espíritus y diablos del infierno estuvieran allí, estaba yo por encima de ellos, en el poder de Dios, y que yo no sentía temor de semejantes cosas.

Por esta época, se trasladó cerca de allá el tribunal superior de justicia; y como el carcelero se comportaba con nosotros de la manera más baja y más infame; redactamos un escrito, relatando nuestros sufrimientos, que mandamos al tribunal de Bodmin, y habiéndolo leído, los magistrados, dieron orden de que se abrieran las puertas de Doomsdale para que tuviéramos libertad de limpiarlo y de comprar nuestras viandas en la ciudad. También mandamos una copia de este escrito al Protector, explicándole como habíamos sido detenidos y condenados por el mayor Ceely, y como nos había maltratado el capitán Keate, y todo lo demás; y el Protector mandó una orden al capitán Fox, gobernador del castillo de Pendennis, de que se enterase de todo lo referente a que los soldados nos habían maltratado y de que me habían pegado.

Hugo Peters, uno de los capellanes del Protector, le dijo que no podían hacerle mejor servicio a Jorge Fox, para la difusión de sus principios en Cornwall, que el tenerlo allí preso; y verdaderamente, se podía decir que fue el Señor quien me hizo prender allí, para Su mejor servicio en aquellos lugares; porque cuando se terminó el juicio, y se supo que continuábamos presos, vinieron a visitarnos, de diferentes partes de la nación, varios Amigos. Por aquella parte del Oeste, había en aquella época regiones muy tenebrosas; mas la verdad y la luz del Señor irrumpieron, brillando sobre todo, y muchos

volvieron de la oscuridad a la luz y del poder de Satanás a Dios. Muchos Amigos se sintieron dirigidos a ir por las iglesias, y a más de uno lo encarcelaron con nosotros; el convencimiento empezaba a extenderse por aquella región.

Una vez vino a vernos un soldado, y mientras uno de los nuestros estaba amonestándolo y exhortándolo a la sobriedad. ... Vi yo que estaba desenvainando su espada. Al ver esto, corrí hacia él y le dije cuan vergonzoso era intentar desenvainar la espada en contra de un hombre indefenso y preso, y cuan impropio e indigno era llevar un arma semejante; y que de haber intentado tal cosa con cualquier otro hombre, le hubieran quitado su espada y se la hubieran roto a pedazos; el poder del Señor nos guardó.

En otra ocasión, serían las once de la noche cuando el carcelero, medio borracho, vino y me dijo que sabía de un hombre que quería discutir conmigo (era esto cuando teníamos licencia de ir un poco por la ciudad). Apenas dijera estas palabras, sentí que le amenazaba algún daño a mi cuerpo. Toda la noche aquella, y el siguiente día, estuve echado sobre el césped, dormitando, y sentí que había algo por mi cuerpo; me puse en pié y le pegué, en el poder del Señor, y, sin embargo, algo continuó por mi cuerpo. Entonces me levanté y me fui al castillo Green, y, al entrar, me dijo el carcelero subalterno que en la prisión estaba una muchacha que quería hablar conmigo. También presentí una trampa tras sus palabras, por lo que, en vez de ir a la prisión, fui a la reja, y mirando a través de ella vi que estaba allí, con un cuchillo desenvainado en la mano, un hombre, que últimamente habían traído preso, por hechicero. Le hablé, y me amenazó con que me cortaría las costillas (así mismo dijo); mas como estaba dentro de la celda no pudo acercarse a mí. Este era el gran contendiente que me tenía el carcelero. Poco después, fui un día a las casa del carcelero, que estaba desayunando, y en compañía de su hechicero, que había sacado de la celda. Le dije que su trama se había descubierto, y, levantándose de la mesa, tiró su servilleta enfurecido: lo dejé y me fui a mi habitación, pues entonces estábamos fuera de Doomsdale. Llegada la hora, que el carcelero fijara para que tuviera lugar la discusión, bajé al patio (el sitio señalado) y estuve paseándome hasta las once, pero nadie apareció. Entonces volví a subir a mi habitación y, al cabo de un rato, oí que alguien me llamaba; salí a la escalera y en ella encontré

a la mujer del carcelero, y, al pié de la escalera, al hechicero, que muy enfurecido, escondía una de sus manos tras la espalda. Le pregunté, "¿Hombre, qué tienes en la mano que escondes detrás de la espalda? Saca tu mano," dije, "que la veamos, y también lo que en ella tienes." Entonces, iracundo, saco la mano que empuñaba un cuchillo desenvainado. Hice ver a la mujer del carcelero, la perversidad de sus designios, que eran también los de su marido; ya que éste era el hombre que me habían traído par discutir de las cosas de Dios. Mas el Señor descubrió su trama y evitó la ejecución de sus proyectos. Los dos se enfurecieron y él me amenazó; entonces me sentí dirigido a hablar severamente a aquel hombre, en el temible poder del Señor, que lo aprisionó de tal manera, que ya no se atrevió a comparecer jamás ante mí para hablarme. Bien vi que solamente el Señor me había salvado de sus manos sanguinarias, pues el diablo, que me odiaba, instigaba a todos sus instrumentos para ver si conseguiría herirme. Pero el Señor lo evitó; y mi corazón estaba lleno de gratitud y de alabanzas al Señor.

El Señor, que vio la integridad de nuestros corazones y sabía la inocencia de nuestra causa, estaba con nosotros en nuestros sufrimientos, que nos hacía llevaderos elevando nuestros espíritus. El nos dio oportunidad de publicar a las gentes Su Nombre y Verdad; de manera que muchos de aquella ciudad se convencieron, y muchos nos amaron. Vinieron a visitarnos Amigos de varios lugares.

Y así fue como en Cornwall, Devonshire, Dorsetshire y Somersetshire empezó a difundirse poderosamente La Verdad, y muchos volvieron a Jesucristo y a sus enseñanzas de gracia; muchos Amigos que vinieron a visitarnos se sintieron arrastrados a declarar la Verdad por aquellos condados, y esto enfurecía a los sacerdotes y eclesiásticos que instigaban a los magistrados para que pusieran trampas a los Amigos. En las calles y en los caminos reales pusieron vigilantes bajo pretexto de detener a todas las personas sospechosas, y como a tales, paraban y detenían a los Amigos que viajaban por aquellos condados para venir a visitarnos; para así evitar que fueran de un lado a otro al servicio del Señor. Mas lo que ellos creían que detendría la Verdad, fue el mejor medio de difundirla, porque los Amigos se sentían, con frecuencia, dirigidos a hablar al condestable y al otro oficial y a los magistrados a quienes los

llevaban, y así la Verdad se difundía entre ellos, por todas sus parroquias; y cuando los Amigos caían en manos de los vigilantes, pasaba siempre una noche y hasta tres semanas antes de que se librasen de ellos, porque sucedía que apenas los detenía un condestable y los llevaba a presencia de los magistrados y estos los soltaban, ya otro los volvía a coger y los llevaba a presencia de otros magistrados; todo lo cual, causaba a la región muchas molestias y gastos innecesarios.

El alcalde de Launceston, era un hombre malo y borracho; un perdido, que cogía a todos cuantos Amigos como podía y los metía en la cárcel; y, a mujeres absolutamente respetables, les registraba los refajos y las tocas para ver si llevaban cartas. A un joven, que vino a vernos, sin pasar por la ciudad, le di un escrito en el que exponía toda la grosería, inhumanidad y falta de cristianismo de las acciones de este alcalde (pues su conducta era más propia de un pagano que de un cristiano); le pedí que lo sellara y que se marchara por el mismo camino por donde viniera para entrar luego en la ciudad por las puertas; así lo hizo, y el vigilante lo cogió y lo llevó a presencia del mayor, que registró sus bolsillos y encontró en ellos la carta donde pudo ver escritas sus acciones. Esto lo avergonzó, de tal manera, que desde aquel momento intervino muy poco con los siervos del Señor.

En esto llegó a mis manos una copia de un decreto, procedente del tribunal de Exeter, que era, en términos expresos, "para prender a todos los Cuáqueros," en el que la Verdad y los Amigos eran vituperados y envilecidos; y a este decreto escribí una respuesta que mandé por todas partes, para limpiar a los Amigos y a la Verdad de las calumnias de que se les acusaba, y para poner de manifiesto la maldad de este espíritu persecutor, procediera de donde fuere; el cual escrito fue de esta manera.

Habiendo sido autorizado, en las últimas sesiones celebradas por el tribunal de Exeter, el diez y ocho del Quinto mes de 1656, un decreto, "para el arresto y encarcelamiento de todos los considerados como Cuáqueros, o que se llaman a sí mismos Cuáqueros, o que están bajo la denominación de Cuáqueros," dirigido a los jefes condestables para que lo envíen a los pequeños condestables requiriéndolos a, "poner vigilantes, hombres capacitados por cédulas que los autoricen a detener a todos los Cuáqueros, como antes ya se ha dicho;" y siendo ello que

en vuestro ya mencionado decreto decís que los Cuáqueros andan difundiendo libros y escritos sediciosos; yo os contesto. Los que vos, en tono de mofa llamáis Cuáqueros, no poseen libros ni escritos sediciosos: sino que sus libros son contrarios a la sedición, a los hombres sediciosos, a los libros sediciosos, a los maestros sediciosos y a las sendas de sedición. Así también los habéis nombrado, a ellos que son hombres honestos, hombres piadosos, hombres santos, hombres que temen a Dios, junto con los mendigos, bribones y vagabundos; no haciendo así diferencias entre lo precioso y lo vil. Vosotros no sois capacitados para juzgar, habiendo dado vuestra autorización y armado vuestros hombres para que unidos presentaran batalla a los inocentes, los corderos de Cristo, que jamás levantaron su mano en contra vuestra. Mas si sois sensibles al estado de vuestra propia nación, de vuestras ciudades, de vuestros pueblos, de vuestras aldeas; a como su clamor es igual al de Gomorra y su retén al de Sodoma, y su sonido al del mundo de antaño, donde toda carne se había corrompido, la cual Dios anegó con el diluvio;—si vosotros en vuestro interior consideraréis esto, bien encontraréis contra que volver vuestra espada y no contra los corderos de Cristo.

Continuamos en la prisión hasta las siguientes sesiones del tribunal, mas no volvimos a ser llamados a presencia de los jueces.

Mientras estaba en la prisión, los Baptistas y los de la quinta monarquía profetizaban que Cristo bajaría aquel año a la tierra sobre la que reinaría por mil años; y tenían este reino por externo, cuando El venía a reinar interiormente, en los corazones de Su pueblo: Pero aquellos eclesiásticos no querían recibir a Cristo en esta forma, y por esto fallaron sus profecías y esperanzas, y no poseyeron a Cristo. Mas Cristo ha venido, y mora en los corazones de Su pueblo y en ellos reina. Millares le han abierto sus corazones a los que El había estado llamando; y El entró y cenó con ellos, y ellos con El; cena celestial con el Hombre celestial y espiritual. Y así fue como estos Baptistas y monárquicos se convirtieron en los mayores enemigos de los que poseían a Cristo; mas, por encima de toda su envidia, El reina en los corazones de Sus santos.

Cuando el juicio, vinieron a vernos diversos magistrados que fueron muy corteses y que, sobriamente, razonaron sobre las cosas de Dios; y se compadecieron de nosotros. El capitán

Fox, gobernador del castillo de Pendennis, vino, me miró a la cara y no dijo una palabra, pero, acercándose a los suyos, les dijo que nunca viera en toda su vida un hombre más simple. Lo llamé y le dije, "Quédate hombre, que veremos quien es el hombre más simple." Pero siguió su camino: era un hombre ligero y vano.

También vino a visitarnos un tal Tomas Lower que nos ofreció dinero; aceptamos de su amor mas no su dinero. Nos hizo muchas preguntas concernientes a que negábamos que las Escrituras fueran la palabra de Cristo; y concernientes a los sacramentos y cosas por el estilo; a todo lo cual recibió satisfacción. Le hablé, y luego él dijo que mis palabras eran como un relámpago encendido, de como le penetraron. Dijo que jamás encontrara hombres tan sabios en toda su vida, porque ellos conocían los pensamientos de su corazón, y eran como los sabios jefes de asamblea que clavan sus palabras como clavos. Se convenció de la Verdad quedando Amigo hasta el día de hoy; y cuando volvió a la casa de su tía Hamley, con quien vivía, le explicó de nosotros, y al oír la historia de la Verdad, ella, con su hermana Gracia Billing, vinieron a visitarnos a la cárcel y también se convencieron. Y tanto él como su tía pasaron por grandes sufrimientos y pérdidas materiales por la causa de la Verdad.

Fue por esta época cuando me sentí dirigido a escribir la siguiente exhortación para los Amigos en el ministerio.

Amigos: En el poder de vida y sabiduría y temor del Señor Dios de vida, cielo y tierra, morad; que sobre todo seáis preservados en la sabiduría de Dios, y seáis el terror de todos los adversarios de Dios, y el temor, respondiendo a lo que de Dios hay en todos, difundiendo la Verdad, despertando a los testigos, confundiendo la mentira, apartándoos unidos de transgresión, en la vida, el pacto de luz y de paz con Dios. Que todas las naciones oigan el sonido, por la palabra o el escrito. No ahorréis lugar, no ahorréis lengua o pluma: mas sed obedientes al Señor Dios. Haced el trabajo; sed valientes en la tierra, por la causa de la Verdad, y hollad y pisotead todo lo que a Ella sea contrario....

Los ministros del Espíritu tienen que hablar al Espíritu que está en la prisión, que ha estado en cautividad en cada uno; que con el Espíritu de Cristo las gentes puedan salir de la cautividad para ir a Dios, Padre de los Espíritus; trabajad

para El, y estad unidos a El, a las Escrituras y los unos con los otros. Sed modelos, sed ejemplos en todos los países, lugares, islas, naciones, donde quiera que fuereis; que vuestra conducta y vuestra vida hable a todas clases de gentes y para ellos; que entonces andéis con cuidado por el mundo, respondiendo a lo que de Dios hay en cada hombre; por donde en ellos seréis bendición, y haced que el testigo de Dios en ellos os bendiga; y entonces seréis a Dios dulce fragancia y bendición. . . .

J. F.

Después de las sesiones del tribunal, vino a la prisión el alguacil con algunos soldados para custodiar hasta el suplicio a una mujer sentenciada a muerte; y tuvimos con ellos gran discusión. Uno dijo con toda la maldad, "Cristo era un hombre tan apasionado como otro cualquiera que vive en la tierra," por lo cual le reprendí. Otra vez preguntamos al carcelero que asuntos se estaban tramitando en el tribunal, y él respondió, "Poca cosa; solo treinta causas por bastardía," y nos pareció muy extraño que personas que se consideraban cristianas, conceptuaran tales cosas como poco importantes. Pero este carcelero era muy malo, y muchas veces lo había yo exhortado a la sobriedad, mas el maltrataba a las personas que venían a visitarnos. La mujer de Eduardo Pyot, le había mandado un queso desde Bristol; y el carcelero se lo quitó para llevárselo al alcalde, porque decía que había que abrirlo para ver si no vendrían dentro cartas sospechosas; y, a pesar de que no encontraron nada dentro del queso, nos lo quitaron. Este carcelero pudo haberse hecho rico, de comportarse civilmente, pero el mismo se buscó su ruina, que no tardó en llegarle; ya que al año siguiente lo echaron de su cargo y, por alguna maldad, lo metieron en la prisión donde tuvo que mendigar a los Amigos. Por su conducta desenfrenada, el carcelero que le sucedió lo metió en Doomsdale, con grillos y apaleado; y lo amonestaron a que se acordara de como había maltratado a aquellos hombres buenos, que por maldad y sin razón alguna había metido en aquel calabozo inmundos; y le dijeron que bien merecido se tenía el sufrir ahora por su perversidad, y que tenía que ser medido por la misma medida con que él midiera a los demás. Quedó en la mayor pobreza y murió en la prisión, y su mujer y su familia en gran miseria.



Mientras yo estaba en la prisión de Launceston, un Amigo fue a Oliver Cromwell y ofreció su cuerpo, que lo encerraran en Doomsdale en lugar del mío, que lo prendieran a él y que me dieran a mí la libertad: Y esto impresionó tanto a O. C. que dijo a sus grandes y a su Consejo, "¿Quién de vosotros haría por mí otro tanto, de estar yo en las mismas circunstancias?" Y si bien no aceptó el ofrecimiento del Amigo, pues dijo que no podía, por ser contrario a la ley, ello hizo que la Verdad descendiera con gran ímpetu sobre él.

Después de esto, el mayor Desborough, vino al castillo Green y se puso a jugar a las bochas con los magistrados y con otros; y varios Amigos se sintieron dirigidos a ir a amonestarles por perder su tiempo de una manera tan vana; y les pidieron que considerasen que, a pesar de que decían ser cristianos, se estaban dedicando a sus placeres mientras tenían en la prisión a los siervos de Dios; y les dijeron que Dios abogaría por ellos y los visitaría por tales cosas: y a pesar de que esto le fue dicho o escrito, el mayor Desborough, se marchó dejándonos en la prisión. Después supimos, que había dejado encargado del asunto al coronel Bennet, que tenía el mando de la prisión; pues al cabo de algún tiempo nos hubiera puesto en libertad de haberle pagado los feudos de sus carceleros. Mas le dijimos que no podíamos dar nada al carcelero porque éramos víctimas inocentes, y, ¿Cómo podía esperar feudo alguno de nosotros que habíamos sufrido injustamente tanto tiempo? Poco después, el coronel Bennet, vino a la ciudad y nos mandó a buscar para que fuésemos a una posada; insistió en lo de los feudos y nos volvimos a negar. Finalmente, el poder del Señor descendió sobre él y gratuitamente nos puso en libertad, el día trece del mes Séptimo de 1656. Estuvimos presos nueve semanas cuando las primeras sesiones del tribunal, llamado el tribunal de cuaresma, porque ello fue en la primavera de aquel año.

## CAPÍTULO IX

### Viaje por Inglaterra 1656-1657

Cuando salimos de la prisión, fuimos, pasando por otras regiones, a Exeter, donde, entre muchos otros Amigos que estaban en la prisión, estaba Jaime Nayler. Poco antes de que nos pusieran en libertad, Jaime, seguido de un grupo, se había lanzado a toda clase de imaginaciones y había levantado grandes tinieblas en la nación. Había ido a Bristol, donde provocó disturbios, y de allí, para verme, se dirigió a Lancaster, mas, detenido por el camino, lo encarcelaron en Exeter.

La noche que llegamos a Exeter, hablé con Jaime Nayler porque vi que andaba descarriado y equivocado, y así también los que le seguían. Al día siguiente, que era un Primer día, fuimos a visitar a los prisioneros y con ellos celebramos una reunión en la prisión; pero Jaime Nayler y algunos otros no pudieron resistir en la reunión. Al otro día volví a hablar con Jaime Nayler, y él, sin hacer caso de lo que le decía, estaba en tinieblas y muy descarriado; y, sin embargo, quería acercarse para besarme; mas le dije, que habiéndose vuelto él contra el poder de Dios, no podía recibir sus demostraciones de afecto: y el Señor me impulsó a que, dejándolo bajo el poder de Dios, no me preocupara mucho de él. De modo que después de haber guerreado con el mundo, se levantaba ahora, de entre los Amigos, un espíritu malvado contra el que luchar; y lo amonesté, como también a los suyos. Cuando vino a Londres, el resistir al Espíritu de Dios en mí, y a la Verdad que le había yo declarado, se convirtió en una de sus cargas más pesadas. Mas llegó a ver sus desvaríos y a condenarlos; y después de algún tiempo volvió otra vez a la Verdad.

Fuimos a casa de Eduardo Pyot, cerca de Bristol, en la noche del Séptimo día; y rápidamente cundió por la ciudad que yo había llegado. Nunca había estado allí antes.

El Primer día, por la mañana, fui a la reunión de Broad-

mead, en Bristol, la cual fue larga y tranquila; y se hizo público, que por la tarde se celebraría una reunión en el pomar. Había en Bristol un Baptista muy rudo, llamado Pablo Gwin, que antes había ya provocado grandes altercados en nuestras reuniones; siendo instigado a ello por el alcalde, que lo metía en esto, y que más de una vez le hubiera dado su propia comida para animarlo. Este Baptista reunía tras él tal multitud soez, que se aseguraba que alguna vez vinieron hasta diez mil personas a nuestras reuniones del pomar. Iba yo al pomar, y la gente me dijo que Pablo Gwin, el Baptista pendenciero, iba también a la reunión; y yo les pedí que no se preocuparan, porque a mí no me importaba. Luego que entré en el pomar, me subí a la piedra donde se acostumbraban a subir los Amigos, cuando hablaban; y, por voluntad del Señor, me quité el sombrero y dejé que por bastante tiempo la gente me mirara, pues había allí algunos miles de personas. Mientras así estaba silencioso, este Baptista soez empezó a encontrarle faltas a mi cabello, mas yo no le dije nada. Entonces se puso a charlatanear, y finalmente, dijo, "Vosotros, hombres prudentes de Bristol, mucho me extraña de vosotros que podáis estar aquí y oír hablar a un hombre que no puede probar lo que afirma." Ante esto, el Señor abrió mi boca (porque hasta el momento no había dicho una palabra), y pregunté a la gente, si jamás me habían oído hablar; o si jamás me habían visto antes; y les pedí que se fijaran en que clase de hombre era aquél, que estaba entre ellos, que, a pesar de que ni él ni ellos no me habían visto ni oído jamás, dijera tan cínicamente que yo decía y afirmaba lo que no podía probar. En consecuencia, era un espíritu embustero, envidioso y malicioso el que hablaba en él; espíritu del diablo y no de Dios. En el temor y poder del Señor, lo amonesté al silencio, y el fuerte poder de Dios descendió sobre él y sobre todos los que con él estaban. Entonces celebramos una reunión pacífica y gloriosa; por muchas horas les declaré la palabra de vida, en el eterno poder de Dios; que por El pudieran volver al principio y reconciliarse con El. Y habiéndolos vuelto al Espíritu de Dios, en sí mismos, que los guiaría a toda verdad, me sentí inspirado a orar, en el fuerte poder de Dios, y el poder del Señor descendió sobre todos ellos. Cuando hube terminado, aquel individuo empezó a charlatanear otra vez, y Juan Audland se sintió dirigido a llamarlo al arrepentimiento y al temor de Dios; y viendo que los suyos

mismos y sus seguidores se avergonzaban de él, se marchó y no volvió jamás a causar alborotos en la reunión. La reunión se terminó en calma, y el poder y la gloria, del Señor brillaron sobre todos; fue un día de bendición y por ello sean dadas alabanzas al Señor.

Al cabo de algún tiempo, este Pablo Gwin cruzó los mares; y muchos años después me encontré con él en Barbados.

El Primer día siguiente, fuimos a casa de Nataniel Cripp, que había sido juez de paz en Wiltshire, donde se creyó que asistieran de dos a tres mil personas a la reunión: todo estuvo en calma.

Al día siguiente fuimos a Marlborough, donde celebramos una pequeña reunión. Aquel día, el tribunal estaba reunido y estuvieron a punto de autorizar una orden escrita, mandándome a buscar; pero un magistrado llamado Stooks, que estaba en el tribunal, los contuvo, diciéndoles que el día antes se había celebrado una reunión en su casa, a la que asistieron varios miles de personas; y así se evitó que autorizaran el decreto, y la reunión se celebró en calma. Varios recibieron a Jesucristo, su Maestro, entraron en el nuevo pacto y vivieron en él.

De allí cabalgamos hasta Londres, y, cuando llegábamos cerca de Hide Park, vimos una gran multitud; y mirando qué pasaba, divisamos al Protector que venía en su coche. Al verlo, me puse al lado del coche, y alguno de sus guardias personales quería echarme mas él se lo prohibió. Así cabalgué a su lado, y le dije lo que el Señor me dictara que le dijera, en cuanto a su condición, y a los sufrimientos de los Amigos, en toda la nación; e le hice ver cuan contraria era esta persecución, a Cristo, a Sus apóstoles y a la cristiandad. Cuando llegamos a las puertas de James's Park, lo dejé, y al separarnos quería que fuera a su casa. Al día siguiente, vino a mi albergue una de las doncellas de su mujer, llamada María Saunders, y me dijo que su amo se le había acercado y le había dicho que le quería dar buenas nuevas. Cuando le preguntó que era ello, le dijo que Jorge Fox había vuelto a la ciudad, y ella le respondió que ciertamente era una buena nueva (había ella recibido la Verdad); mas me dijo que apenas podía creerlo, hasta que el Protector le explicó como lo había yo encontrado e ido con él desde Hyde Park hasta James's Park.

Al poco tiempo, Eduardo Pyot y yo fuimos a Whitehall, y cuando llegamos a su presencia, estaba allí el Doctor Owen,

vicecanciller de Oxford. Nos sentimos dirigidos a contar a Oliver Cromwell los sufrimientos de los Amigos, que dejamos a su criterio; y a dirigirlo a la luz de Cristo que ilumina a todo hombre que viene al mundo. Dijo él que era ésta una luz natural; mas nosotros le demostramos lo contrario y le manifestamos que era luz divina y espiritual que procedía de Cristo, el Hombre celestial y espiritual; y que lo que era llamado la vida en Cristo, la Palabra, era llamado la luz en nosotros. Levantóse en mí el poder de Dios, y en el me sentí dirigido a amonestarle a que postrara su corona a los pies de Jesús. Varias veces le hablé en el mismo sentido y, en esta ocasión, estaba yo de pie al lado de la mesa y él, acercándose, se sentó encima de ella, a mi lado; me dijo que le gustaría ser tan alto como yo era, y así continuó hablando contra la luz de Jesucristo, marchándose luego de una manera displicente. Mas el poder del Señor, descendió sobre él, de tal manera, que cuando llegó a donde estaba su mujer y otras personas, dijo, "Nunca me había separado de ellos en esta forma," porque él mismo se juzgaba en su interior.

Luego que hube viajado por casi toda la nación, volví a Londres, después de cumplir con todo cuanto el Señor habíame encomendado. Porque así que salí de la cárcel de Launceston, el Señor me impelió a que viajara por toda la nación, por haberse difundido la Verdad, que finalmente había arraigado en la mayoría de los sitios, para que así pudiera responder y sacar del criterio de las gentes algunas objeciones concernientes a nosotros que, los sacerdotes y eclesiásticos envidiosos, habían fabricado y difundido por todos lados. Porque todo cuanto Cristo dijera de los falsos profetas y anticristos, que vendrían en los últimos días, ellos nos lo aplicaban, diciendo que ésos éramos nosotros.

Finalmente, en este año, la Verdad del Señor quedó arraigada por toda la nación, y fueron muchos miles de personas las que se volvieron al Señor; además de que apenas bajarían de mil los que estaban en prisiones, por causa de los diezmos y de no ir a las iglesias, por desdeñosos, no prestar juramentos y no quitarse el sombrero.

Luego que hube dado la vuelta por casi toda la nación, volví a Londres y entonces fue cuando O. P. empezó a ser mas severo, siendo expulsados varios Amigos de sus cargos, en la magistratura y en otros lugares, y también los expulsaron de ejército.

Escribí una pequeña epístola a los Amigos, dándoles ánimos para que siguieran celebrando sus reuniones en el poder del Señor.

Por esta época, se abrieron muchas bocas en nuestras reuniones, para declarar las bondades del Señor y, algunos que eran recién llegados e inexpertos en la Verdad, quisieron, más de una vez, pronunciar unas palabras en agradecimiento y alabanza al Señor Dios. Para evitar que por esta razón se produjera algún desorden en nuestras reuniones, sentí me dirigido a escribir una epístola a los Amigos, aconsejándoles en cuanto a esto. Era como sigue.

A todos mis queridos Amigos en la noble semilla de Dios, que habéis conocido Su poder, vida y presencia entre vosotros; que sea vuestro gozo el ver y oír como brotan los manantiales de vida en los demás, por los cuales podáis estar todos unidos en lo mismo, sintiendo vida y poder. Y sobre todas las cosas, tened gran cuidado en no juzgar públicamente a nadie en vuestras reuniones, de no ser en el caso de que sea francamente profano o rebelde, como los que están fuera de la Verdad: que por el poder, vida y sabiduría podáis estar por encima de ellos, y por todo ello responded al testigo de Dios en el mundo, que, aquellos contra los cuales tenéis que dar testimonio, no sea ninguno de vosotros; de manera que la Verdad pueda mantenerse pura y única. Mas si aquellos que, inexpertos, se sintieran dirigidos a decir unas pocas palabras, y a hablar en la Semilla y el poder del Cordero, sufridlo y soportadlo; son los inexpertos. Y si se dejaran llevar mas allá de lo que deben, soportadlo, en la reunión, por causa de mantener la paz y el orden, y que los espíritus del mundo no se vuelvan contra vosotros. Mas terminada la reunión, si entonces alguno de vosotros se siente dirigido a hablarles, quedando todo entre vosotros y ellos, uno o dos de vosotros que lo sienta, en la vida, hágalo en el amor y sabiduría, que pura y suave, viene de arriba: porque el amor es lo que edifica, lo soporta todo y sigue la ley. De modo que en esto tened orden y edificación, tened sabiduría que os haga ser prudentes y resistir en paciencia, lo cual quita la ocasión de atropellar al débil, y la ocasión de que se levanten los espíritus del mundo: mas en la Semilla real, en la piedra incommovible, hundid todo lo que es malo, y por ello responded a lo que de Dios existe en cada hombre. Porque vosotros oiréis, veréis, sentiréis el poder de Dios, predicando, como toda

vuestra fe es toda en él (cuando no oigáis palabras) para atar, para encadenar, para limitar, para frustrar: que nada se levante, que nada avance, mas que lo que es en el poder, por el que detendréis, y con el que levantaréis y abriréis cada manantial, planta y rayo de luz; en todo lo cual hallaréis vuestro gozo y reposo en el poder de Dios.

Y, Amigos, a pesar de que os hayáis convencido y hayáis probado el poder y sentido la luz; podéis después sentir borrasca de invierno, temp estades y granizos, hielo y frío, y tentaciones en la selva. Tened paciencia y manteneos en el poder y en la luz que os convenció, con vuestras mentes hacia Dios; estad en calma, que todos podáis llegar al verano, que vuestro vuelo no sea en el invierno; porque si os estáis quietos en la paciencia, que da la victoria en el poder de Dios, no habrá tal vuelo.

J. F.

Luego que hube estado algún tiempo en Londres, y hube visitado las reuniones de Amigos, en la ciudad y por los alrededores, y cumplí allí los servicios que el Señor me encomendara en aquella época, me fui a viajar por Kent, Sussex y Surrey, para visitar a los Amigos, con los que celebré grandes reuniones; muchas veces encontré con la oposición de Baptistas y otros eclesiásticos pendencieros, mas el poder del Señor fue sobre ellos.

Celebramos una pequeña reunión en Farnham, donde pasamos una noche; y la gente de este lugar era excesivamente ruda, pero finalmente, el poder del Señor descendió sobre ellos. Después fuimos a nuestra posada y mandamos a decir, que todos los que temieren al Señor, podían venir a vernos, y, entonces, vinieron los magistrados de la ciudad y algunos eclesiásticos y también abundancia de gente ruda. Les declaré la Verdad, y los magistrados echaron de la habitación a los que se comportaron rudamente. Luego que éstos se marcharon, vino otro grupo de eclesiásticos soeces y algunos de los habitantes significados de la ciudad. Pidieron por viandas y bebidas, a pesar de que se lo prohibimos, y eran la gente mas ruda que jamás encontrara. Encadenados por el poder del Señor, no pudieron hacernos ningún daño; pero se marcharon, dejando que todas las viandas y bebidas que trajeron a la habitación, las pagáramos nosotros a la mañana siguiente. Le hicimos ver al posa-

dero lo indigno de tal acción, y, sin embargo, nos dijo que teníamos que pagarlo, y así lo hicimos. Antes de que dejásemos la ciudad, escribí a los magistrados, a los más significados, y al sacerdote, mostrándole como había enseñado a su pueblo, y poniendo de manifiesto la conducta incivil y soez, de aquella gente, con forasteros que querían su bien.

Luego que dejamos aquel lugar, fuimos a Basingstoke, ciudad muy brutal, donde anteriormente habían maltratado mucho a los Amigos. Al atardecer, celebré allí una reunión, que transcurrió en calma, porque el poder del Señor encadenó a los levantiscos. Cuando llegaba a su fin, me sentí dirigido a quitarme el sombrero y orar al Señor, para que abriera la comprensión de aquellas gentes; y sobre esto, hicieron correr que yo era muy buen hombre, que me había quitado el sombrero ante ellos, y que les había dado las buenas noches; todo lo cual, jamás estuvo en mi corazón. Después de la reunión, luego que estuvimos en la posada, mandé a buscar al posadero (según era mi costumbre); el cual vino a nuestra habitación y demostró ser un hombre muy soez. Lo amonesté a la sobriedad y al temor del Señor; mas el pidió por viandas y una pinta de vino, que se bebió; entonces, llamó a otro individuo y hasta media docena más que hizo entrar en nuestra habitación. Ante esto lo amonesté a que saliera de ella, y le dije que allí no tenía que beber, pues nosotros lo habíamos mandado a buscar para hablarle de lo concerniente a su bien eterno. Era sumamente loco, soez y borracho; mas le dije que la habitación era mía, mientras me alojara en ella, y le pedí la llave. Finalmente, se marchó enfurecido. Por la mañana no se dejó ver, mas yo le expliqué a su mujer la manera soez y nada cristiana como se había comportado con nosotros.

Seguimos viajando hasta que llegamos a Exeter, y en el signo de las Siete Estrellas, una posada al pié del puente, celebramos una reunión general de Amigos que vinieron de Cornwall y Devonshire. Fue una bendita reunión celestial, descendiendo sobre todos el poder infinito del Señor, y allí vi y dije que el poder del Señor, había rodeado la nación, cual muralla y baluarte, y que Su semilla iba de mar a mar. Los Amigos estaban afirmados en la Semilla infinita, Jesucristo, su vida, roca, maestro y pastor.

Seguimos por otras regiones, celebrando reuniones y reuniendo gente en el nombre de Cristo, para El, su Maestro



celestial; hasta que llegamos a Brecknock, donde dejamos nuestros caballos en una posada. Fui a pasearme un poco por el campo y cuando volví a la ciudad, estaba ésta en gran tumulto. Entré en la posada y fui a la habitación, que encontré llena de gente hablando en el lenguaje del país de Gales; les pedí que hablasen inglés, a lo que accedieron, y tuvimos muchas razones. Al cabo de un rato se marcharon, pero al anochecer, los magistrados se reunieron por las calles con gran muchedumbre, a la que mandaron dar grandes voces; y ello fue que por dos horas armaron tal ruido, que nunca oyéramos estruendo semejante; y los magistrados los incitaron a que volvieran a dar voces, luego que ellos ya lo habían dejado. Este tumulto nos pareció igual al de los artífices de Diana, de que habíamos leído. El alboroto continuó hasta la noche; y de no haberlo terminado el poder del Señor, parecía que iban a tirar la casa abajo, y nosotros despedazados.

Por la noche, la posadera quería que fuésemos a cenar a otra habitación, pero rehusamos comprendiendo su estratagema; luego quiso que seis hombres entraran en nuestra habitación, bajo pretexto de que querían discutir con nosotros; y le dijimos que aquella noche nadie entraría en nuestra habitación y que tampoco nosotros saldríamos a ver a nadie. Entonces insistió en que teníamos que ir a cenar a otra habitación, un gran vestíbulo, mas le dijimos que no cenaríamos, de no ser en la nuestra. Finalmente, viendo que no conseguía hacernos salir, enfurecida, nos subió la cena. De esta manera, tanto a ella como a los otros les fallaron sus designios, pues tenían intención de hacernos alguna maldad; mas el Señor Dios los contuvo. A la mañana siguiente, escribí a la ciudad con respecto a su conducta tan poco cristiana y poniéndoles de manifiesto los frutos de sus sacerdotes y magistrados; al salir de la ciudad, hablé a aquella gente y le dije que eran una vergüenza para la cristiandad y la religión.

Por aquella época, hubo una gran sequía, y luego que aquella reunión general se terminó, se puso a llover tan copiosamente, que los Amigos pensaron que no podrían cruzar los arroyos de tanto como habrían crecido las aguas. Pero yo estaba seguro de que la lluvia no se extendería hasta el lugar de donde habían venido los Amigos para asistir a la reunión. Al día siguiente, por la tarde, volvimos a algunos lugares del país de Gales y vimos que los caminos estaban polvorientos sin que

por allí hubiera llovido. Y era generalmente aceptado, por la gente, que yo llevaba la lluvia adonde iba. Y así fue por muchos años.

Cuando el Protector publicó una proclama para que se ayunara en todos los lugares donde había sequía, para que así lloviera, se observó que, en el Norte, hasta por donde la Verdad se había difundido, hubo buenos nublados y lluvia suficiente, mientras que, en muchos sitios, hacia el Sur, estaban casi arruinados por falta de lluvia. Más allá de los mares, se observó lo mismo, y, cuando hay sequía, esperan que haya una reunión general de Cuáqueros, porque entonces saben que tendrán lluvia. Y así como reciben la Verdad y se vuelven fértiles para el Señor, así también reciben de Él estaciones fértiles. Por esta época, me sentí dirigido a escribir una respuesta a la proclama del Protector, en que le decía que de haber venido a nuestra Verdad del Señor, hubiese tenido lluvia; y que esta sequía era la prueba de su esterilidad y de su falta de agua de vida.

## CAPÍTULO X

### A Swarthmoor pasando por Gales 1657

Pasando por Montgomeryshire fuimos a Gales y también a Radnorshire, donde se celebró una reunión que parecía una confederación general. Fui a dar un paseo mientras la gente se reunía, y cuando todos estuvieron sosegados entré en la reunión, y por tres horas estuve de pie encima de una silla; teniendo algunas veces que descansar apoyando mi mano en la cabeza de alguien. Antes de hablar, estuve quieto por bastante rato; al cabo de algún tiempo sentí que el poder del Señor era sobre todos los reunidos y que Su vida y Verdad infinita brillaban sobre todos. Las Escrituras fueron reveladas y se respondió a las objeciones. Fueron encaminados a la luz de Cristo, el Hombre celestial, para que en ella todos pudieran ver sus pecados y que su Salvador, su Redentor, su Mediador, era Jesucristo, pan de vida celestial del que se alimentarían. Muchos volvieron aquel día al Señor Jesucristo y a sus enseñanzas de gracia: y la gente decía que, de volver yo otro día, estaban seguros de que se convertiría toda la región. Todos se inclinaron ante el poder del Señor, de tal manera, que, con todo y que la multitud era muy grande, al extremo de que algunos estaban escuchando montados a caballo, no hubo oposición alguna. Un sacerdote, que con su mujer estaban oyendo montados en su caballo, escuchó atentamente y no hizo ninguna objeción. La gente se separó en paz y tranquilidad, llena de satisfacción; y muchos decían que jamás oyeran un sermón semejante, o las Escrituras, de tal modo reveladas.

De allí pasé a Leominster, donde, en un cercado, se celebró una gran reunión a la que asistieron cientos de personas, y, entre ellas mezclados, unos seis predicadores y sacerdotes Separados. Me subí sobre algo, y hablé, por tres horas; y ninguno de los sacerdotes fue capaz de abrir la boca para oponérseme;

así los había atado el poder del Señor y tan a lo profundo les había llegado. Finalmente, un sacerdote se alejó, como a un tiro de ballesta, de donde yo estaba, y arrastrando tras él a varias personas, empezó a predicar. De modo que yo celebré mi reunión y el celebró la suya.

Luego que, en esta forma, hube expuesto mis principios, el sacerdote se puso a gritar a los magistrados, "Llevaos a ese hombre de aquí, o de lo contrario no hablo más." "Pero," le dije, "sacerdote Tombs, no te engañes a ti mismo, que ahora no estás en tu púlpito, ni en tu vieja casa para oír misas; ahora estamos en el campo." Y quedó tan confundido, que se marchó.

De este lugar seguí viajando hasta Gales; y celebré varias reuniones hasta que llegué a Tenby, donde, al pasar cabalgando por la calle, salió de su casa un magistrado de la paz que quiso que me quedara en ella a descansar; lo cual hice: El primer día, el alcalde y su mujer, y también varias personas importantes de la ciudad, vinieron a eso de las diez, y se quedaron todo el tiempo que duró la reunión, que fue gloriosa; y John, que estaba conmigo, la dejó para irse a la iglesia, y el gobernador lo metió en la prisión. El Segundo día, por la mañana, el gobernador me mandó a buscar a casa del juez por uno de sus oficiales; y esto ofendió al alcalde y al magistrado que, cuando llegó el oficial, estaban conmigo en casa del magistrado. El alcalde y el magistrado fueron a ver al gobernador antes que yo, y, al cabo de un rato, fui yo con el oficial. Cuando entré, dije, "La paz sea en esta casa;" y pregunté al gobernador, antes de que pudiera interrogarme, porque había metido a mi amigo en la prisión; y el me respondió, "Por estar en la iglesia con el sombrero puesto," a lo cual le repliqué, "¿No lleva el sacerdote dos birretes, uno blanco y otro negro? Dejad aparte los extremos del sombrero y mi amigo no llevaba más que uno, y los extremos eran para que la lluvia no le mojara el cuello." "Eso son frivolidades," dijo el gobernador, "Entonces, ¿Cómo es," le pregunté, "que por tales frivolidades metes a mi amigo en la prisión?" En esto empezó a preguntarme si yo sabía de la elección y de la reprobación; y le respondí, "Sí, y tú estás en la reprobación." Al oír esto se enfureció y dijo que me mandaría a la prisión hasta que se lo probase; mas yo le repliqué que se lo probaría enseguida, si quería confesar la Verdad, y, entonces, le pregunté si la cólera, la furia, la ira y la persecución, no eran pruebas de la reprobación: porque el

nacido de la carne perseguía al nacido del Espíritu, mientras que Cristo y Sus discípulos nunca persiguieron ni encarcelaron a nadie. Entonces el confesó francamente, que, en su interior, había demasiada cólera, inquietudes y pasiones; y yo le dije que Esaú, el primer nacimiento, era en él, y no Jacob, el segundo nacimiento. El poder del Señor lo penetró de manera que confesó la Verdad, y el otro magistrado vino y me tomó de la mano.

Cuando ya me disponía a marcharme, me sentí dirigido a volver a hablar con el gobernador, que me invitó a comer con él, y puso a mi amigo en libertad. Volví después a casa del otro magistrado, y, al cabo de un rato, cuando ya nos marchábamos, vinieron, el alcalde y su mujer, el magistrado y su mujer y otros Amigos de la ciudad; y, todos juntos, nos acompañaron como cerca de media milla, hasta la orilla del río; y allí, cuando nos separábamos, el Señor me impelió a que con ellos me arrodillara y rogara al Señor que los guardara; luego que los hube encomendado al Señor Jesucristo, su Salvador y Maestro de gracia, nos marchamos en el poder del Señor. Al Señor sea dada la gloria.

Por la noche llegamos a una pequeña posada, muy pobre, pero muy barata, donde nuestro aprovisionamiento y el de nuestros dos caballos no costó más que ocho peniques; pero los caballos antes hubieran comido de los brezales de los pastos comunales que de su avena. Declaramos la Verdad a aquella gente, e hicimos que el día del Señor resonara por aquellas regiones.

En esto llegamos a una gran ciudad y nos fuimos a una posada. Al anochecer, mucha gente rodeó la posada y algunos, que estaban borrachos, tenían mucho interés en que volviéramos a salir otra vez a la calle; mas, comprendiendo sus designios, les dijimos que si había allí alguien que temiese al Señor y quisiera oír la Verdad, podía entrar en la posada, o sino que también podríamos celebrar una reunión con ellos, a la mañana siguiente. Durante aquella noche y a la mañana, hicimos, entre aquella gente, algún servicio para el Señor; y, a pesar de que eran recacios a recibir la Verdad, la semilla se sembró, y por aquellos contornos el Señor tuvo un pueblo que se reunió en El. En aquella posada, volví la espalda al hombre que le estaba dando la avena a mi caballo, y, dándome vuelta para mirar, vi que estaba llenando sus bolsillos de forraje: gente

mala y ladrona, que robaba la comida de las criaturas que no pueden hablar. Hubiera preferido que me robase a mí.

Dejamos esta ciudad y seguíamos nuestro camino, cuando nos alcanzó un hombre alto que se proponía (según nos dijo des pués) detenernos en la primera ciudad por vagabundos; pero antes de que llegásemos a la ciudad, fue voluntad del Señor que le hablara. Todo cuanto le dije, llegó al testigo de Dios en el hombre, el cual, se impresionó de tal manera, que nos llevó a su casa y nos trató con mucha cortesía. El y su mujer quisieron que, en prueba de nuestros principios y en contra de los sacerdotes, les citáramos algunos pasajes de las Escrituras; y nosotros, contentos de hacerles este servicio, los proveímos de pasajes suficientes, que el escribió; y, por el Espíritu de Dios, en su propio corazón, así como por las Escrituras que fueron para él una confirmación, se convenció de la Verdad. Luego nos dejó en nuestro camino y seguimos hasta que encontramos una montaña, que la gente de la región dice que tiene dos o tres millas de altura; desde la ladera de esta montaña podía ver un gran camino. Me sentí impulsado a volver la cara en varias direcciones y hacer oír allí el día del Señor; le dije a John, en qué lugares el Señor levantaría un pueblo para El, que se recogiera bajo Sus enseñanzas; tomó él nota de esos lugares y, desde entonces, se ha levantado en ellos un gran pueblo. Esto mismo me he sentido dirigido a hacer, en muchos otros sitios rudos, en los que, a pesar de ello, me sentí impulsado a decir que el Señor tenía allí una semilla; y más tarde, en esos lugares, se ha levantado, en el pacto de Dios, un pueblo valiente que se ha reunido en el nombre de Jesús, en quien tienen Salvación y enseñanzas de gracia.

De allí fuimos a Beaumaris, ciudad en la que anteriormente John había sido predicador Separado. Luego que dejamos nuestros caballos en la posada, John se fue y se puso a hablar por las calles y, habiendo una guarnición en la ciudad, lo cogieron y lo metieron en la prisión. La mujer del posadero, vino y me dijo que el gobernador y los magistrados me mandaban a buscar para meterme también en la prisión, y yo le respondí que ya habían hecho bastante más de lo que debían, habiendo actuado en contra de la cristiandad por encarcelar a mi amigo, a causa de reprobar el pecado y declarar la Verdad por las calles. Al poco rato vinieron otras personas simpatizantes y me dijeron que, de salir a la calle, me encarcela-

rían a mí también, y en consecuencia querían que no me moviese de la posada. Ante esto, me sentí dirigido a pasearme por las calles y a decir a la gente cuan descortés y poco cristiano era el haber metido a mi amigo en la prisión; y, siendo eclesiásticos ilustres, les pregunté si ése era el trato que daban a los forasteros; si querrían ser ellos tratados de la misma manera, y si ellos, que hacían de las Escrituras su norma de conducta, habían encontrado en ellas algún ejemplo, en Cristo o en Sus apóstoles, de lo que habían hecho. Al cabo de unos momentos pusieron a John en libertad.

Al día siguiente, que era de mercado, teníamos que cruzar un gran río, y, no muy lejos de donde teníamos que tomar la barca, se acercaron a nosotros muchos mercaderes; en ellos hicimos buenos servicios para el Señor. Luego que la Verdad les fue declarada, en el poder de Dios, y que Cristo, el Maestro de balde, fue elevado sobre todos los maestros asalariados; pedí a John que llevara su caballo a la barca, que en aquel momento ya estaba pronta a partir, pero, estando allí un grupo de caballeros feroces, según los llamaban, y que a nosotros nos parecieron hombres muy soeces, entraron en la barca, y ellos, junto con otros, sacaron su caballo de la barca. Montado en el mío me acerqué a ella, y les hablé haciéndoles ver cuan inhumana y poco cristiana era su conducta; y les dije que daban prueba de poseer un espíritu indigno, muy por debajo de la cristiandad y de la humanidad. Conforme hablaba, hice saltar a mi caballo dentro de la barca, donde ellos estaban, creyendo que el caballo de John seguiría, al ver como el mío entraba delante de él; pero como el agua era muy profunda, John no pudo meter su caballo en la barca, y, en vista de esto, salté al agua sobre mi caballo, y me quedé con John en aquella orilla hasta que la barca volviera. Estuvimos allí desde las once hasta las dos, en que nos vino a buscar la barca; y luego teníamos que cabalgar, aquella misma tarde, cuarenta y dos millas, habiéndonos quedado, después de pagar el pasaje, cuatro peniques entre los dos. Cabalgamos unas diez y seis millas, y, después de detenernos para un poco de heno para los caballos, continuamos, llegando por la noche a una cervecería, pero no habiendo allí ni heno ni avena seguimos viajando toda la noche; allí por las cuatro de la madrugada, llegamos a un lugar, a seis millas de Wrexham, donde nos encontramos con muchos Amigos y celebramos aquel día una gloriosa reunión. Está-

bamos muy débiles de tanto viajar por Gales, siéndonos difícil, en algunos sitios, conseguir forraje para nuestros caballos, y también en muchos, comida para nosotros.

Al día siguiente seguimos hasta Flintshire, proclamando el día del Señor por las ciudades, y, por la noche, fuimos a Wrexham, adonde vinieron a vernos muchos Amigos de Floyd; eran muy rudos, feroces y también muy vacíos, no habiendo comprendido muy bien lo que era la Verdad, y, sin embargo, algunos se convencieron en aquella ciudad. A la mañana siguiente, una dama, que tenía en su casa un predicador me mandó a buscar. Fui, pero encontré que tanto la dama como el predicador eran muy vanos y ligeros; demasiado ligeros para recibir las consistentes verdades del Señor; en su ligereza, ella me preguntó si no debería, ella misma, cortarme el cabello, y yo, que me sentí dirigido a reprenderla, la amonesté a que, con la espada del Espíritu de Dios, se cortara la corrupción que era en ella. Más tarde, con su mentalidad frívola, se jactaba de que, poniéndose detrás de mí, me había cortado un mechón de cabello. Pero decía mentira.

Viajé por todos los condados del país de Gales, predicando el evangelio infinito de Cristo; y ahora hay allí un pueblo valiente, que habiéndolo recibido, se reúne bajo las enseñanzas de Cristo.

Después fuimos a Manchester, y, por celebrarse aquel día la sesión del tribunal, vinieron del campo muchas personas rudas. En la reunión, me tiraron carbones, terrones, piedras y agua; y, no obstante, el poder del Señor me elevó sobre ellos de manera que no pudieron hundirme. Finalmente, viendo que tirándome agua, piedras e inmundicias no se salían con la suya, fueron al tribunal a hablar a los magistrados, los cuales, en consecuencia, mandaron a los oficiales que me llevaran ante ellos. Llegaron los oficiales mientras estaba yo declarando la palabra de vida, y, tirando de mí, me llevaron a la sala de sesiones. Cuando llegué, todo estaba en desorden y armaban todos mucha gritería: Ante esto, pregunté dónde estaban los magistrados que no obligaban a la gente a comportarse civilmente. Algunos magistrados, dijeron que ellos eran magistrados, y les pregunté porque no aquietaban a la gente, para que se comportasen sobriamente, ya que uno se puso a gritar, "Yo juraré," y otro también, "Yo juraré." Declaré ante los magistrados, como la gente ruda nos había maltratado en nuestra



reunión, tirándonos piedras, terrones y agua, y como me habían sacado de la reunión, para llevarme allí, en contra de la proclama del gobierno que dice, "Nadie será molestado en las reuniones donde se profese a Dios, y se posea al Señor Jesucristo," lo cual yo hacía. Así la Verdad descendió sobre ellos, de modo que, cuando uno de aquellos individuos se puso a gritar que juraría, un magistrado lo reprendió, diciéndole, "¿Qué es lo que queréis jurar? Tened la lengua." Finalmente, pidieron a un condestable que me llevara a mi alojamiento, y que allí me dejara en seguridad hasta la mañana siguiente; hasta que ellos volvieran a mandar por mí. El condestable me llevó, y cuando íbamos, la gente se comportó muy rudamente; pero yo les hice ver los frutos de sus maestros, como eran una vergüenza par la cristiandad y deshonoraban el nombre de Jesús, que profesaban. Por la noche, fuimos a la ciudad, a casa de un magistrado, que era hombre muy moderado, y con él tuve muchas razones. A la mañana siguiente mandamos recado al condestable para saber si tenía algo más que decirnos; y nos mandó unas palabras de que no tenía nada que decirnos, fuera de que podíamos ir a donde quisiéramos. Desde entonces el Señor levantó en aquella ciudad un pueblo que se mantiene, en Su nombre y verdad, por encima de aquellos eclesiásticos vanos.

Salimos de Manchester, y fuimos celebrando bellísimas reuniones, hasta llegar, por los arenales, a Swarthmoor, donde los Amigos se regocijaron al verme. Allí estuve dos Primeros días, visitando a los Amigos en sus reuniones de por aquellos contornos, y se regocijaron conmigo de la bondad del Señor, que, por Su eterno poder, me sacara de tantas dificultades y peligros como había pasado, en Su servicio. ¡A El sean dadas alabanzas eternamente!

Y, en los días del viejo parlamento, muchas personas que acostumbraban a llevar cintas y lazos, a vestirse lujosamente, e iban por convites y festejos con los eclesiásticos y sacerdotes; dejaron tales vanidades al convencerse de la eterna Verdad de Dios, y vivieron y sirvieron a Dios en el Espíritu, como hacían los apóstoles. Dejaron sus lujosas vestimentas, cintas y lazos, y también sus recreos y festines en compañía de eclesiásticos y sacerdotes; de modo que no fueron más a veladas ni a juegos y representaciones, como antes hacían, y no llevaron más oro ni plata, ni cintas y encajes, ni tampoco los hicieron.

Entonces, los eclesiásticos y sacerdotes, se enfurecieron con nosotros, e imprimieron libros en contra nuestra: dijeron que nuestra religión no se fundaba más que en no llevar ropas finas, lazos y encajes; y en no celebrar buenos banquetes, cuando no podíamos hacer festines para los sacerdotes y eclesiásticos, según era nuestra costumbre, ni festines para grupos numerosos, en las ciudades; mas, si cuando ellos hacían festines, querían unírseles para festejar a los que luego no podían devolverles el festín, lo haríamos nosotros para todos los pobres de la parroquia que luego no nos podían festejar, ni a nosotros ni a ellos. Esto estaba de acuerdo con los principios de Cristo, pero, en esto, ellos, con sus principios egoístas, nunca se nos quisieron unir.

Les dijimos que cuando iban a sus diversiones, juegos, representaciones y cosas por el estilo, mejor harían en servir a Dios, que en perder el tiempo de manera tan vana; y en cuanto a toda la costosa vestimenta, solo con el lazo, que antes nos caía por la espalda sin darnos calor alguno, se podría sostener a un grupo de gente pobre que no tenía ropas que ponerse.<sup>1</sup>

De modo que nuestra religión no se basaba en no comer, ni en no beber, ni en no poner ropas finas, ni en tutear, ni en no quitarnos el sombrero, ni en no hacer cortesías (por lo que estaban ofendidos, al tutearlos y no quitarnos el sombrero y no inclinarnos ante ellos); y en consecuencia decían que nuestra religión solo se basaba sobre tales cosas. Mas nuestra respuesta era, "No; porque si bien el Espíritu de Dios lleva a todo lo que es decente y honesto, y aparta de salones e impudicias, de recreos, pasatiempos y festines, como día de degollina en matadero, de llevar costosas vestimentas, como así lo mandan los apóstoles, y de honores mundanos, modas y usos—nuestra religión se basa en todo lo que es visitar al pobre, al huérfano y a la viuda, y en todo lo que aparte de las impurezas del mundo (religión pura e impoluta ante Dios). Esta es nuestra religión, la religión de los apóstoles 1600 años atrás; nosotros negamos toda religión vana, que desde entonces se haya levantado; que no solamente están manchadas por el mundo, sino que abogan por un cuerpo de pecado y de muerte hasta la tumba: Y sus viudas y sus huérfanos van por sus calles y ciudades pidiendo limosna.

En los tiempos anticristianos de los Presbiterianos y los In-

dependientes, que estaban en contra del evangelio de paz, celebrábamos reuniones en Palace Yard; pero estaba tan apestado de sacerdotes rudos, barqueros, lacayos y eclesiásticos soeces, que alguna vez se contaron por cientos; y raramente podíamos conservar un cristal entero en las ventanas, de como aquella gentuza nos los rompía.

Y una vez, que en el Palace Yard, estaba yo declarando la eterna palabra de vida y predicando la Semilla infinita de vida, estando allí reunidas cientos de personas, algunas escuchando con atención, sucedió que los más, gente soez, me cubrieron de tal modo de porquerías e inmundicias, que apenas se distinguían mis cabellos, ni mis ropas ni mi cara, de tanta suciedad y porquería como me cubría; ante esto, algunos extranjeros y otros, más serenos, se sintieron tan avergonzados de ver qué deshonor para la cristiandad era todo aquello, que contuvieron y reprendieron a aquella gentuza, mas los levantiscos se echaron sobre ellos y tuvieron que buscar amparo en Westminster Hall, y correr para allá para encontrar seguridad.

Tales altercados tuvimos en nuestras reuniones de la ciudad, y también en muchos lugares en el campo.

#### NOTAS AL MARGEN

- 1. Es máxima de William Penn, amigo de Jorge Fox, que fundó el estado de Pennsylvania, en América del Norte, que, "Los adornos verdaderamente -inútiles de los trajes de los vanos, vestirían a todos los desnudos."**

## CAPÍTULO XI

### En Escocia

1657

Después de pasar dos Primeros días en Swarthmoor, visitando a los Amigos, en sus reuniones de por aquellos contornos, fui a Westmorland, donde hice lo mismo, hasta que llegué a casa de Juan Audland y allí se celebró una reunión general. La noche antes, había tenido la visión de una criatura que, furiosa, venía a destrozarme, mas yo la vencí; y al día siguiente, mientras se celebraba la reunión, compareció un tal Otway acompañado de un grupo de individuos soeces. Montado en su caballo, blandiendo su espada o espadín, se puso a dar vueltas alrededor de los reunidos, y de buena gana hubiera pasado por entre los Amigos para llegar hasta mí; pero, como era una reunión muy numerosa, los Amigos estaban apiñados de modo que no pudo acercármese; y luego que, enfurecido, hubo dado algunas vueltas y comprendió que no entraría, por impedirselo el poder del Señor, se marchó. Fue una gloriosa reunión que se terminó pacíficamente, descendiendo sobre todos el poder infinito del Señor. Este hombre feroz se fue a su casa, y perturbándose murió poco después; mas antes mandé un escrito a Juan Blaykling, para que se lo leyera mientras estaba en sus desvaríos, haciéndole ver su perversidad, y él lo comprendió en parte.

De allí fui a una reunión general que se iba a celebrar en Cumberland, en casa de Cristóbal Fell; la cual duró mucho tiempo, debido a que la mayoría de la gente había abandonado a los sacerdotes hasta el extremo de que, en algunos sitios, las iglesias estaban vacías; a Juan Wilkinson, un predicador que tenía tres iglesias, le quedaron tan pocos oyentes, que, dejando de predicar en las iglesias, primero organizó una reunión en su casa donde predicaba a los que le quedaron, y más tarde, una reunión silenciosa (como los Amigos) a la que acudían muy pocos porque la mayoría de sus feligreses se habían ido

con los Amigos. Así continuó hasta que ya no pasaban de la media docena, habiéndolo abandonado el resto para irse con los Amigos. Finalmente, cuando le quedaban tan pocos, quiso ir a Pardshaw Crag (donde los Amigos celebraban una reunión de varios cientos de personas, que se recogían bajo las enseñanzas del Señor Jesucristo) y los Primeros días, se paseaba por la reunión como un hombre que fuera por tierras sin amo buscando ovejas. En esto, fui a la reunión de Pardshaw Crag y él, con tres o cuatro de sus feligreses, que aun le quedaban, vino también aquel día a la reunión; y todos se convencieron. Después, Wilkinson me hizo dos o tres preguntas que le respondí a su satisfacción; desde entonces está con los Amigos y, convirtiéndose en un ministro muy capaz, predicó de gracia el evangelio, volviendo a muchos a las enseñanzas gratuitas de Cristo. Luego de continuar muchos años en el gratuito ministerio de Jesús, murió en la Verdad.

Haciendo ya mucho tiempo que mi espíritu se sentía arrastrado a ir a Escocia, mandé a buscar al coronel Osburne para que viniera a encontrarme; y él, junto con otros, salió de Escocia para venir a esta reunión. Cuando se terminó (que según dijo era la reunión más gloriosa que, viera en toda su vida) me fui a Escocia con él y con los que le acompañaban.

La primera noche que llegamos a Escocia, la pasamos en una posada y el posadero nos dijo de un conde que vivía a un cuarto de milla, el cual deseaba verme; habiéndole dejado encargo de que le avisara si un día iba yo a Escocia. Nos dijo que, para ir a su casa, había que pasar tres puentes levadizos y que no levantarían el tercero hasta después de la nueve; y viendo que aquella misma noche teníamos tiempo de ir a su casa a ella nos encaminamos. Nos recibió muy afable y dijo que nos hubiera acompañado en nuestro viaje de no estar ya comprometido, pues tenía que asistir a un funeral; después de pasar con él unos momentos, nos separamos amigablemente y volvimos a nuestra posada.

A la mañana siguiente continuamos viajando y, pasando por Dumfries, fuimos a Douglas, donde nos encontramos con algunos Amigos, y de allí pasamos a Heads donde celebramos una bendita reunión en el nombre de Jesús, a quien sentimos entre nosotros.

Dejando Heads fuimos a Badcow, y allí celebramos otra reunión a la que asistió abundancia de gente. Muchos se con-

vincieron. De allí nos dirigimos a casa de Guillermo Osburne, hacia las Highlands, y allí enumeramos los sufrimientos de los Amigos y los principios de los sacerdotes escoceses, que pueden verse en un libro llamado "The Scotch Priest's Principles." <sup>1</sup>

Después regresamos a Heads, a Badcow y a Gartshore, donde se convenció Lady Margarita Hamilton, que luego fue a advertir a Oliver Cromwell y a Carlos Fleetwood, del día del Señor que venía a cernirse sobre ellos.

Llegó a oídos de los sacerdotes de toda Escocia el rumor de mi llegada y gran clamor se levantó de ellos; de que todos se arruinarían, pues decían que había ya arruinado a todos los hombres y mujeres honestos de Inglaterra, y, de acuerdo con sus historias, les esperaba lo peor; sobre esto organizaron grandes asambleas de sacerdotes y redactaron anatemas para que se leyeran en varias iglesias, a los que todos los feligreses tenían que decir "Amen."

En aquellos días los sacerdotes estaban tan enfurecidos, que mandaron mensajeros al Consejo de Oliver Cromwell, en Edimburgo, con peticiones en contra mía. Después que hube reunido los principios de los sacerdotes escoceses y los sufrimientos de los Amigos; y a los Amigos de por aquellos contornos los hube asentado sobre Cristo, su base, fui a Edimburgo, llegándome de camino hasta Linlithgow, donde me alojé en una posada; y la mujer del posadero, que era ciega, recibió la palabra de vida, recogiendo bajo las enseñanzas de Jesucristo, su Salvador. Por la noche, vino abundancia de soldados y oficiales con los que tuve muchas razones; algunos eran brutales.

Después de detenerme unos días en Edimburgo fui a Leith, donde vinieron a oírme muchos oficiales del ejército, con sus mujeres, y muchos se convencieron; de estos era una la mujer de Eduardo Billing, que llevaba en su mano mucha joyería de coral, y la tiró encima de la mesa para que yo la viera, y ver si hablaría o no en contra de ello. No me di por enterado, mas declaré la Verdad y llegó a su interior. Vinieron también muchos Baptistas que eran muy rudos, pero se marcharon confundidos, porque el poder del Señor descendió sobre ellos. Entonces entraron más de otras creencias y uno me dijo que quería discutir conmigo. Su gran argumento era la negación de que hubiera un Dios, y le dije que bien pudiera ser él uno de esos locos que en su corazón dicen No hay Dios, pero que

ya lo vería el día de Su juicio. Siguió su camino, y luego pasamos momentos preciosos con varias personas de calidad. Y el poder del Señor descendió sobre todos. En esa época, Eduardo Billing y su mujer vivían separados, y, habiendo sido ella alcanzada por la Verdad y amando mucho a los Amigos, mandamos a buscar a su marido, que vino; y alcanzados los dos por el poder del Señor se unieron en él, y acordaron vivir juntos en amor como marido y mujer.

Después de esto regresamos a Edimburgo, donde se habían reunido varios miles de personas y muchos sacerdotes para quemar a una bruja, y yo me sentí dirigido a declarar el día del Señor. Cuando hube terminado me fui a nuestra reunión y vinieron muchas personas, algunas Baptistas rudos. Los Baptistas empezaron a vanagloriarse de su lógica y de sus silogismos; mas yo, dirigido por el Señor a aplastar sus mentalidades vacías y ligeras, hice ver a la gente que, con su manera falaz de discutir, podían hacer que lo blanco pareciese negro y lo negro blanco; como, por ejemplo, porque un burro tiene dos orejas y ellos también las tenían, en consecuencia todos eran burros; y así podían convertirlo todo en ligerezas y vanidades, pero no era de ese modo como Cristo o sus apóstoles enseñaban, hablaban o razonaban. Ante este argumento aquellos Baptistas se marcharon siguiendo su camino, y después celebramos una bendita reunión en el poder del Señor, que fue sobre todos.

Antes hice mención de que muchos sacerdotes escoceses, que estaban muy inquietos por la difusión de la Verdad y la pérdida de sus feligreses por esta causa, habían ido a Edimburgo para hacer una petición al Consejo en contra mía, y la consecuencia fue que, cuando después de la reunión volví a la posada donde me alojaba, un oficial del consejo me entregó la siguiente orden.

Dada en Escocia en el Consejo de Su Alteza, en Jueves 8 de Octubre de 1651.

Ordenando—Que Jorge Fox comparezca ante el consejo, en Jueves, el próximo 13 de Octubre, antes del mediodía.

EMANÜEL DOWNING,  
*Escribano del Consejo*

Luego que me hubo entregado la orden, me preguntó si comparecería o no. No le dije si lo haría, o no, pero le pregunté

si no había él falsificado aquella orden; y me respondió que no, que era una orden auténtica del Consejo, que lo mandaba a él como su mensajero para que me la entregase. Cuando llegó la fecha señalada comparecí y fui llevado a una gran habitación, en la casa del Parlamento, adonde vinieron muchas personas significadas que me miraban. Al cabo de un rato el portero me introdujo a la cámara del Consejo y, mientras me encaminaba a ella, me quitó el sombrero. Le pregunté por qué había hecho tal cosa y quien estaba allí, que no podía entrar con el sombrero puesto, pues, le dije que había estado a presencia del Protector sin quitármelo. Mas él, lo colgó y me hizo entrar a presencia del Consejo. Luego que estuve allí un rato y que nada me decían, el Señor me impelió a que yo dijera, "La paz sea con vosotros, esperad en el temor del Señor, que podáis recibir desde lo alto Su sabiduría por la cual todo ha sido hecho y creado, y que por ella todos estéis en orden y podáis ordenar todo cuanto esté en vuestras manos para gloria del Señor." Me preguntaron qué razón había tenido para ir a aquella nación, y yo les respondí que, a visitar la Semilla de Dios que desde mucho tiempo yacía en esclavitud bajo la corrupción; y que era mi intento, al ir allá, el que todos los que en la nación profesaran las Escrituras, que son las palabras de Cristo y de los apóstoles, pudieran llegar a la luz, espíritu y poder en que estaban los que las produjeron; para que así, en y por el Espíritu, pudieran comprender las Escrituras y conocer bien a Cristo y a Dios, y estar en armonía con Ellos y con las Escrituras y el uno con el otro. Me preguntaron si no tenía allí algún negocio externo, y respondí, "No," y entonces me preguntaron cuanto tiempo pensaba estar allí. Les respondí que en cuanto a eso poco podía decirles; no iba a estar allí mucho tiempo, pero que, sin embargo, libre en el Señor, estaba yo a la merced de Él, que me enviaba. Entonces me amonestaron a que me retirase, y el portero, cogiéndome de la mano, me llevó a fuera. Al poco rato me mandaron a buscar y me dijeron que, en siete noches, a partir de aquel día, tenía que salir de la nación de Escocia. Les pregunté el por qué, y qué había hecho; en qué había transgredido que pasaran tal sentencia en contra mía haciéndome salir de la nación, y me respondieron que no iban a discutir conmigo. Entonces quise que oyeran lo que tenía que decirles; mas ellos insistieron en que no querían óirme. Les dije que



el Faraón había oído a Moisés y a Aarón, y era un pagano y no un cristiano, y que también Herodes oyera a Juan el Bautista, de modo que ellos no iban a ser peores que aquellos; mas se pusieron a gritar, "Retiraos, retiraos," y el portero cogiéndome de la mano, me hizo salir. Volví a mi posada y continué en Edimburgo visitando a los Amigos de allí y de los alrededores para darles fuerzas en el Señor. Al poco tiempo, escribí una carta al Consejo, poniéndole de manifiesto su proceder tan poco cristiano al querer desterrarme, a mí, hombre inocente, que quería su salvación y su bien eterno.

Después de que la recibieron y la leyeron, supe que algunos sintieron mucho lo que habían hecho, comprendiendo que a ellos no les hubiera gustado ser tratados en esta forma.

Pero no pasó mucho tiempo sin que fueran desterrados los mismos que a mí me desterraron, o de que estuvieran muy contentos de poder marcharse. Cuando estaban en el poder no hacían ningún bien ni podían sufrir que otros lo hicieran.

Vi al general Monke,<sup>2</sup> que, se humillaba ante el Protector, ocultándose tras una careta; pero quitada la careta volvió a ser el mismo hombre de antes; así lo hizo pocos años después.

Luego que hube pasado algún tiempo en Edimburgo y por los alrededores, entre los Amigos, volví a Heads donde los Amigos habían pasado grandes sufrimientos a causa de los sacerdotes Presbiterianos que los habían excomulgado, prohibiendo que nadie les comprara y vendiera, o bebiera y comiera con ellos, de modo que no podían vender sus mercancías ni comprar lo que necesitaban, siendo por esta razón muy difícil la vida para algunos; porque de comprar pan u otras vituallas a algún vecino, los sacerdotes amenazaban a éste con tales anatemas que iba y se lo volvía a quitar; pero el coronel Ashfield, que era juez de paz en aquella región, acabó con estos procedimientos de los sacerdotes. Este coronel Ashfield después se convenció y en su casa se celebraron reuniones en las que declaró la Verdad.

Después que hube visitado a los Amigos de Heads y de por aquellos contornos, y les hube dado fuerzas en el Señor, fui a Glasgow y allí se celebraban reuniones a las que nunca asistió nadie de la ciudad. Al entrar en ella, el guardián que estaba a sus puertas me detuvo y me llevó al gobernador que era un hombre lleno de moderación. Tuve con él muchas razones, pero era demasiado ligero para recibir la Verdad, no obstante,

me puso en libertad y así pude ir a la reunión; mas viendo que no había allí nadie de la ciudad fuimos por ella declarando la Verdad; nos marchamos, y después de visitar a los Amigos de por los alrededores tomamos el camino de Badcow.

En una ocasión en que iba con el coronel Osburne, a su casa, vimos que unos cuantos individuos estaban escondidos, a los lados del camino, detrás de setos y arbustos, me puse a observarlos y pregunté al coronel quien eran, "Oh, son ladrones"; en esto, como Roberto Widders, dirigido a hablar al sacerdote, se había quedado atrás con la intención de alcanzarnos luego, dije al coronel, "Yo voy a quedarme en este valle, y tú, vete a ver que le ha pasado a Roberto Widders"; mas el coronel no estaba muy dispuesto a marcharse, por temor de dejarme allí solo, a causa de aquellos individuos, hasta que le dije que no me causaban ningún temor. Cuando estuve solo, los llamé y les pregunté para que estaban allí en acecho, y los amonesté a que salieran y se acercaran a mí, pero ellos no tenían muchas ganas de hacerlo. Volví a exigirlos a que vinieran o que de lo contrario sería peor para ellos, y, entonces, se acercaron temblando, porque el temor del Señor los había sacudido: los amonesté a que fuesen honestos y los encaminé a la luz, de Cristo, en sus corazones, para que a ella pudieran ver la maldad que era andar robando y hurtando; y el poder del Señor descendió sobre ellos. Allí estuve hasta que el coronel Osburne y Roberto Widders llegaron y luego nos fuimos juntos. Era seguro que de haber seguido nosotros, sin detenernos, hubiesen robado a Roberto Widders cuando pasara solo por aquel camino, ya que ellos eran tres o cuatro.

Fuimos a casa del coronel y allí tuvimos una buena oportunidad de declarar la Verdad a varias personas. Después fuimos a ver a los Highlanders, tan endiablados, que corriendo hacia nosotros armados de horcas parecía como si quisieran despedazar, a nosotros y a nuestros caballos, pero escapamos de ellos por la bondad del Señor siendo guardados en Su poder.

De allí fuimos a Stirling donde nos detuvieron los soldados y nos llevaron a la guardia principal. Después de unas palabras con los oficiales, descendió sobre ellos el poder del Señor, y nos pusieron en libertad; mas en la ciudad no pudimos celebrar reuniones con ellos, de tal manera estaban en tinieblas. A la mañana siguiente, llegó un hombre que traía un caballo para que corriera en una carrera, a la que fueron la mayor parte

de los habitantes de aquella ciudad y también muchos oficiales; y cuando regresaban de la carrera tuve una gran oportunidad para declararles el día del Señor y Su palabra de vida. Algunos lo aceptaron y algunos se opusieron, mas el poder del Señor descendió sobre todos.

Dejando Stirling fuimos a Burntisland y allí celebramos dos reuniones en casa de un tal capitán Poole; una por la mañana y otra por la tarde. Mientras fueron a comer fui a pasearme por la orilla del mar, pues no me sentí libre de comer con ellos. Así el capitán como su mujer se convencieron y fueron luego buenos Amigos, y vinieron luego varios oficiales del ejército que recibieron la Verdad.

De allí fuimos pasando por diversos lugares, hasta que llegamos a Johnstons <sup>3</sup> donde estaban varios Baptistas que mordaces venían enfurecidos a discutir con nosotros; y siendo además vanos contendientes, cuando vieron que no podían prevalecer en la discusión fueron al gobernador y le informaron en contra nuestra, lo cual dio lugar a que a la mañana siguiente levantaron toda una compañía de a pié y nos desterraron de la ciudad; a mí, a Alejandro Parker y también a Jaime Lancaster y a Roberto Widders. Mientras nos custodiaban a través de la ciudad nos montamos en nuestros caballos, y Alejandro Parker, se sintió dirigido a cantar, en el poder de Dios, una melodiosa canción; y yo me sentí dirigido a declarar el día del Señor y a predicar el evangelio glorioso e infinito. Como casi siempre la gente salía a vernos, las calles estaban atestadas, y los soldados tan avergonzados, que decían que hubieran preferido ir a Jamaica en lugar de custodiarnos de aquella manera. Luego nos metieron en una barca con nuestros caballos y a la deriva allí nos dejaron.

Luego que así nos echaron de Johnstons, nos fuimos a otra ciudad mercado donde estaba acuartelado Eduardo Billing con muchos soldados. Fuimos a una posada y queríamos celebrar una reunión en la ciudad para predicarles el evangelio infinito; y oficiales y soldados dijeron que teníamos que celebrarla en la casa consistorial, pero los magistrados escoceses, al saberlo, decidieron que aquel día se celebrara allí una reunión para tratar de los asuntos de la ciudad. Cuando los oficiales y la tropa lo supieron, y se dieron cuenta de que había sido hecho con malicia, querían que a pesar de ello fuéramos a la casa consistorial, mas nosotros les dijimos, "No puede ser," porque

entonces los magistrados podrían acusarlos ante el gobernador de que se habían apoderado de la casa consistorial por la fuerza, cuando ellos tenían que tramitar los asuntos concernientes a la ciudad. Les dijimos que iríamos a la plaza del mercado y nos dijeron que era día de mercado, a lo cual replicamos que tanto mejor porque así todos oírían la Verdad y conocerían nuestros principios. Fue Alejandro Parker, y subido a la cruz del mercado, con la Biblia en la mano, declaró la Verdad a los soldados y a los mercaderes; pero los escoceses, pueblo carnal y tenebroso, le hicieron poco caso y apenas se enteraron de lo que decía. Al poco rato me sentí dirigido a subirme a la cruz y declarar en alta voz la infinita Verdad y el día del Señor que vendría a cernirse sobre todos sus pecados y maldad; y entonces la gente salió corriendo de la casa consistorial reuniéndose en tal número que finalmente celebramos una gran reunión; porque estaban sentados en la sala del tribunal con la sola idea de impedir que nos reuniésemos en ella. Cuando el pueblo vino a oírnos, los magistrados lo siguieron y algunos se marcharon, pero no así otros que se quedaron a escuchar, y el poder del Señor descendió sobre todos y a todos los mantuvo en calma.

De esta ciudad seguimos viajando hasta Leith y, conforme íbamos de camino, advertíamos y exhortábamos a la gente a que se volviera al Señor. En Leith, me dijo el posadero que el Consejo había autorizado decretos para prenderme, a causa de no haberme marchado de la nación en los siete días que me dieran de plazo y que habían ya espirado. También varios simpatizantes me lo vinieron a decir, y les respondí, "¡Cómo! ¿Venís vosotros a decirme de sus decretos en contra mía? Así hubiera una carretada de ellos, no haría yo el menor caso, porque el poder de Dios está por encima de todos ellos."

De Leith volví a Edimburgo, donde decían que se habían proclamado los decretos en contra mía, y volviendo a alojarme en la misma posada nadie hubo que se metiera conmigo. Luego que visité a los Amigos de la ciudad, dije a los que viajaban conmigo que a la mañana tuviesen preparados sus caballos y juntos salimos de aquella ciudad; me acompañaban Tomas Rawlinson, Alejandro Parker y Roberto Widders. Cuando estuvimos fuera de la ciudad, me preguntaron que a donde quería ir, y les dije que era voluntad del Señor que volviese a Johnstons (la ciudad de donde nos habían echado última-

mente) para inculcar allí también la Verdad y el poder del Señor. Dijo Alejandro Parker que quería ir conmigo, y dije yo a los otros dos que se quedasen, hasta nuestro regreso, en una ciudad a unas tres millas de Edimburgo. Entonces Alejandro Parker y yo cruzamos el río, que tendría tres millas de orilla a orilla, y seguimos cabalgando por el campo. Por la tarde, como su caballo que estaba fatigado no pudo seguir al mismo paso del mío, seguí solo hasta Johnstons, llegando en el preciso momento en que levantaban los puentes, sin que los oficiales ni los soldados me interrogasen; y seguí calle arriba hasta la casa de l capitán Davenport donde estaba cuando me desterraron. Estaban con él muchos oficiales y cuando entré levantaron las manos de admiración al verme. Mas les dije que el Señor Dios me había enviado otra vez a ellos, y luego se marcharon. Los Baptistas me mandaron una carta desafeándome a discutir con ellos al día siguiente, y yo, en respuesta, les mandé a decir que los encontraría en una casa determinada, a media milla de la ciudad, y a una hora determinada: Porque me temía que si discutía con ellos en la ciudad, podrían ellos, bajo pretexto de que querían discutir conmigo, preparar hombres que me echaran de la ciudad, como así ya lo habían hecho antes. Cuando llegó la hora señalada fui al lugar indicado en compañía del capitán Davenport y de su hijo, y allí pasé varias horas sin que nadie se presentase; y mientras allí estaba esperando vi que venía Alejandro Parker, que no habiendo podido entrar en la ciudad el día antes, había pasado la noche fuera; y tuve grandísima alegría de que nos volviésemos a encontrar.

Este capitán Davenport, sentía entonces gran afección por los Amigos, pero por ser luego más obediente a la Verdad lo expulsaron de su lugar en el ejército; por no quitarse el sombrero y tutear a todo el mundo.

Luego que esperamos más del tiempo razonable, nos separamos, y sintiéndose dirigido Alejandro Parker a volver a la ciudad donde celebramos la reunión en la plaza del mercado, yo me fui solo a los cuarteles del teniente Foster y allí encontré a varios oficiales convencidos. De allí me volví a la ciudad donde dejara a los otros dos Amigos y juntos regresamos a Edimburgo.

Cuando llegamos a las puertas de la ciudad, animé a Roberto Widders a que me siguiera y, en el temor y el poder del

Señor, nos acercamos a los dos primeros centinelas; y de tal manera fue sobre ellos el poder del Señor, que pasamos por en medio de ellos sin que nada nos dijeran. Entonces cabalgamos calle arriba, hacia la plaza del mercado, pasando por delante de la guardia principal, fuera de las puertas, y del tercer centinela. Así seguimos hasta salir a los suburbios, y allí fuimos a una posada donde dejamos nuestros caballos; era aquél el Séptimo día de la semana. En esto sentí, como así fue, que habíamos cabalgado hacia la boca del cañón y la punta de la espada; mas el poder del Señor y su pronta mano nos hicieron pasar por encima de sus cabezas. Al día siguiente fui a la reunión de la ciudad, sabiendo los Amigos que asistiría a ella, y vinieron muchos oficiales y soldados, siendo una reunión gloriosa; el poder infinito de Dios se difundió por la nación, y Su Hijo reinó en Su glorioso poder. La reunión transcurrió en calma y no hubo hombre que se metiera conmigo. Luego que se hubo terminado y hube yo visitado a los Amigos, salí de la ciudad y volví otra vez a mi posada, y al día siguiente, que era el Segundo de la semana, emprendimos el viaje hacia el confín de Inglaterra.

Íbamos por el camino cuando divisé el campanario de una iglesia y a su vista me irrité. Pregunté que iglesia era y me dijeron que la de Dunbar; y, cuando allí llegamos, después de alojarnos en una posada, me dirigí a la iglesia en compañía de uno o dos Amigos. Al entrar en el patio, vimos que andaba por él uno de los hombres significados de la ciudad; y pedí a un Amigo que se le acercara y le dijera que a la mañana siguiente, hacia la hora de las nueve, se celebraría allí una reunión de las gentes de Dios que en tono de mofa eran llamadas Cuáqueros; lo cual deseábamos que dijera a todos los de la ciudad. Me mandó a decir que a las nueve iban a tener allí una plática, pero, que si queríamos, podíamos celebrar nuestra reunión a las ocho; así nos pusimos de acuerdo y le pedimos que lo hiciera saber. En consecuencia, a la mañana siguiente vino el pobre y el rico; y también vino un capitán de caballería, con su tropa, que estaba acuartelado en la ciudad; de modo que celebramos una gran reunión, que fue gloriosa, estando sobre todos el poder del Señor.

Al poco tiempo de estar allí reunidos llegó el sacerdote que entró en la iglesia, pero como nosotros estábamos en el patio, la mayoría de la gente se quedó con nosotros. Estaban los

Amigos tan llenos de entusiasmo y sus voces se elevaban de tal manera, en el poder de Dios, que poco podía hacer el sacerdote en la iglesia; así que volviendo a salir enseguida se detuvo allí un rato y luego siguió su camino. Revelé al pueblo donde era que podían encontrar a Jesucristo; los volví a la luz con que El los había iluminado, para que en la luz pudieran ver a Cristo, que murió por ellos, volver a El y saber que era El su Salvador y su Maestro de gracia. Viendo que los Amigos que me acompañaban estaban llenos del poder y de la palabra del Señor, me bajé, dejando que declarasen al pueblo lo que del Señor recibieran.

Era ya tarde, hacia el fin de tan larga reunión, cuando, estando yo ausente por unos momentos, unos eclesiásticos empezaron a provocar altercados; y ante esto, subiéndome otra vez, respondí a sus preguntas de manera que pareció satisfacerles; y nuestra reunión se terminó, tranquila y pacíficamente, en el poder del Señor. Esta fue la última que celebré en Escocia. La Verdad y el poder de Dios irrumpieron por la nación y muchos, por el poder y Espíritu de Dios, volvieron al Señor Jesucristo, su Salvador y Maestro; cuya sangre había sido derramada por ellos: y desde entonces mucho han aumentado y mucho aumentarán en Escocia. Porque así que mi caballo puso el pie en tierra escocesa, sentí que la semilla de Dios chisporroteó, lanzando a mi alrededor innumerables chispas de fuego. No es que por encima no hubiera una gruesa capa de tierra dura, de hipocresía y falsedad, donde crecía naturaleza agreste y espinosa que la Palabra de Dios hará arder, y que su arado espiritual arrancará, antes de que la semilla de Dios brote dando fruto celestial y espiritual, para gloria del Señor Dios todopoderoso, celestial, glorioso y omnipotente. Mas es condición del labrador el esperar en paciencia.

De Dunbar fuimos a Berwick y, visitando a los Amigos, cruzamos la región hasta llegar a Newcastle donde ya había estado una vez. Los sacerdotes de Newcastle, habían escrito muchos libros en contra nuestra; y un tal Ledger, regidor de la ciudad, muy envidioso de la Verdad y de los Amigos, había dicho, de acuerdo con los sacerdotes, "Los Cuáqueros no irán a las grandes ciudades, viven en las montañas rocosas como las mariposas." Tomé a Antonio Pearson conmigo y fui a ver al tal Ledger, y a varios otros partidarios del regidor, con la intención de celebrar con ellos una reunión en vista de los muchos

libros que habían escrito en contra nuestra, ya que, según les dije, estábamos en su gran ciudad. Mas a excepción de este Ledger y de otro, no nos querían permitir que celebrásemos la reunión ni dejaban tampoco que se les hablase de ello. Quise saber si nos habían llamado mariposas y si habían dicho que no entraríamos en las grandes ciudades; y, ahora que estábamos en su ciudad no nos querían oír, a pesar de haber impreso libros en contra nuestra: "¿Quiénes son ahora las mariposas?" pregunté. Entonces Ledger empezó a abogar por la festividad del día del Sábado; mas yo le dije que en ese día celebraban mercados y ferias, por ser el Séptimo de la semana, mientras que el día festivo de los que profesaban el cristianismo, es el Primer día de la semana. Como no nos fue posible celebrar con ellos una reunión pública, celebramos una pequeña con Amigos y simpatizantes, en Gateshead, donde, en el nombre de Jesús, continúa celebrándose hasta este día. Pasando por la plaza del mercado, el poder del Señor se levantó en mí para que les advirtiera del día del Señor que venía a cernirse sobre ellos. No mucho después, todos esos sacerdotes de Newcastle desaparecieron con su secta cuando entró el rey.

De Newcastle, fuimos viajando por otras regiones y de camino visitamos a los Amigos con quienes celebramos reuniones en Northumberland y en Bishoprick.

Entonces llegamos a Durham, y de Londres había llegado allí un hombre a organizar un seminario para hacer ministros de Cristo, como ellos les llaman. Fui, junto con otros, a razonar con él, par hacerle ver que enseñarle a un hombre hebreo, griego y latín y los siete artes, todo lo cual no son más que enseñanzas de hombre, no era la manera de hacerlo ministro de Cristo. Las diferentes lenguas empezaron en Babel y para los Griegos, que hablaban el griego por ser su lengua materna, el predicar la cruz de Cristo era pura tontería; y para los judíos, que hablaban el hebreo, por ser también su lengua materna, Jesucristo era la piedra del escándalo; y en cuanto a los romanos que hablaban latín e italiano, persiguieron a los cristianos; y Pilatos, gobernador romano, puso el hebreo griego y latín por encima de Jesucristo, cuando lo crucificó. De modo que bien podía ver como las muchas lenguas empezaron en Babel, y como las pusieron por encima de Cristo, la Palabra, cuando lo crucificaron. Y Juan el divino, que predicó la Palabra que fue en el principio, dijo que la bestia y la



ramera tenían poder sobre lenguas y lenguajes que son cómo aguas; así le dije, podía ver como la ramera y la bestia, tenían poder sobre las lenguas y los muchos lenguajes que son en la misteriosa Babilonia; porque empezaron en Babel y los perseguidores de Jesucristo, los pusieron por encima de El, cuando por ellos fue El crucificado; mas El, que fue antes de todos ellos, ha sido elevado por sobre de todos. "Y ahora," dije a este hombre, "¿Crees tú hacer ministros de Cristo con esos confusos lenguajes que no tienen nada de espiritual, que salieron de la torre de Babel, fueron admirados en Babilonia y fueron sobrepuestos a Cristo, la vida, por un perseguidor? ¡Oh! no." El hombre aceptó mucho de todo esto que le dije, y entonces le dijimos más; que Cristo hacía sus ministros, enviándoles dones, y los encomendaba a que rogasen al Dios de la cosecha para que mandase más labradores. Y Pedro y Juan, si bien que ignorantes y no enseñados (de acuerdo con la enseñanza escolar) predicaron a Jesucristo, la Palabra que fue en el principio, antes de que Babel fuera. También Pablo fue hecho apóstol, no de hombre ni por hombre; ni tampoco de hombre recibió el evangelio, sino de Jesucristo, que es ahora el mismo; y también Su evangelio, como era en aquellos días. Luego que así razonamos con este hombre, se volvió muy afable y piadoso; y, después de considerarlo más, renunció a su seminario.<sup>4</sup>

De Durham fuimos a casa de Antonio Pearson que tenía muchos deseos de que fuese con él a ver a Enrique Vane, mas en aquel momento yo no tenía muchos deseos de ir; me lo encomendó mucho y me dijo que Enrique Vane había demostrado gran interés en cuanto a mí.

Fui a casa de Enrique Draper y allí vino a verme el capellán de Enrique Vane.

Me preguntó si no quería ir al castillo de Raby, y le respondí que poco le podía decir en cuanto a ello; pero al siguiente día fui, y me hicieron subir a la cámara de la mujer de Sir Enrique Vane, que subió al cabo de un rato en compañía de un magistrado de Inglaterra; y dijo él, "¿Este es Jorge Fox? Creía que era más viejo."

Más tarde, dijo a unos Amigos que de no haber estado conmigo Antonio Pearson y algún otro, me hubiera echado de su casa por estar yo perturbado. Y así fue como los Amigos que estaban conmigo se extrañaron al ver como estaba en tinieblas y de su impaciencia.

Visitamos por aquellos lugares la mayoría de las reuniones, hasta que fuimos a Scalehouse y también a Swarthmoor, llevados a través de todo por el poder y el brazo del Señor, que de todo mal nos guardó. Luego que hube visitado a los Amigos, volví a Yorkshire y a otras ciudades.

En Nottingham, mandé a buscar a Rice Jones para decirle, que hiciera saber a los de su lugar que tenía yo algo que decirles de parte del Señor. Vino y me dijo que, como muchos vivían en el campo, no sabía como se lo mandaría a decir; y yo le dije que podía hacerlo saber a los que vivían en la ciudad y mandárselo decir a tantos como pudiera de los que vivían en el campo. Al día siguiente nos encontramos en el castillo, y había allí como unas ochenta personas a las que, por cerca de dos horas, declaré la palabra de vida, y el poder del Señor fue sobre todos ellos, de tal manera, que no les fue posible abrir la boca para oponerse. Cuando hube terminado, uno me hizo una pregunta a la que no quería responder, porque veía que nos llevaría a una discusión, y, no estaba dispuesto a llegar a altercados, a causa de que muchos de los que allí estaban eran recién convencidos; y, sin embargo, no sabiendo como evadirla, tuve que responder a ella. Luego me sentí dirigido a hablar a Rice Jones, poniéndole de manifiesto que él era el hombre que había esparcido a los recién venidos a la Verdad y a algunos, que convencidos, se habían apartado de muchas vanidades mundanas que antes él juzgaba severamente; pero ahora juzgaba en ellos el poder de Dios, y ellos, que eran simples, se volvían a él, y así él y los otros se volvían mas vanos que el mundo, porque muchos de sus seguidores eran los mejores jugadores de fútbol y los mejores luchadores del país. Le dije que era la serpiente, en él, la que había esparcido y hecho el daño a los que eran piadosos en el Señor, no obstante, si el esperaba, en el temor de Dios, por la simiente de la mujer, Jesucristo, que aplastaría la cabeza de la serpiente, que era en él y que había esparcido y hecho el mal, podría llegar, por esta celestial semilla, a reunirlos otra vez; si bien que sería trabajo duro el volver a reunirlos, sacándolos de esas vanidades a que él los guiara. A esto repuso Rice Jones, "Tú mientes, no es la simiente de la mujer la que aplasta la cabeza de la serpiente." "No," dije, "¿Qué es entonces?" "Yo digo que es la ley," me respondió, "Mas," le dije, "las Escrituras hablando de la simiente de la mujer dicen, 'te aplastará la cabeza, y tú

la herirás en el calcañar,' y bien, ¿Tiene la ley un calcañar," proseguí, "para que sea herido?" Entonces Rice Jones y los suyos se resistieron y yo, dirigido a hablarle en el poder del Señor, dije, "Esta simiente, Jesucristo, la simiente de la mujer, que aplastará la cabeza de la serpiente, aplastará tu cabeza y os hará a todos a pedazos." Y así dejé sobre sus cabezas la semilla, Cristo, y no mucho después él y los suyos se dividieron, yendo cada uno por su lado; varios se hicieron Amigos y continúan siéndolo en el día de hoy. Muchos se habían ya convencido, ocho años antes, pero se habían apartado guiados por este Rice Jones; porque negaban la cruz interior, el poder de Dios, y, así fueron a la vanidad.

Habían pasado unos ocho años, desde que por última vez había estado entre ellos, y en todo ese tiempo siempre pensaba en ir a ellos, viendo que no se cuidaban de la Verdad y poder del Señor, ni de la visitación que les hacía Su amor. Mas ahora me sentí dirigido a ir a verlos otra vez, y fue un gran servicio porque muchos fueron traídos al Señor Jesucristo y se asentaron sobre Él, recogiendo bajo sus enseñanzas y alimentos, donde se conservaron frescos y verdes; y los otros, los que no quisieron recogerse en El, poco después desaparecieron. Fue este Rice Jones, el que algunos años atrás dijera que, entonces estaba yo en la cúspide y que tenía que caer, mas, ¡Pobre hombre! poco sabía él, lo cerca que estaba su propia caída.

#### NOTAS AL MARGEN

1. Escrito por Jorge Weare en 1657, aumentado en 1659.
2. General Jorge Monke 1608-1670 que fue después el primer Duque de Albermarle.
3. Hoy día llámase Perth.
4. Se dice que este seminario se suprimió debido a peticiones que salieron de las universidades de Oxford y Cambridge.

## CAPÍTULO XII

### Oliver Cromwell 1658

Al cabo de algún tiempo, fuimos a casa de Juan Crook, donde iba a celebrarse una reunión general, anual, a la que asistirían todos los Amigos, de toda la nación. Duró tres días y vinieron muchos Amigos de casi todo el país; las posadas y pueblos de alrededor estaban atestados, pues se reunieron allí varios miles de personas; y, a pesar de que hubo algunos altercados, provocados por personas rudas que se habían apartado de la Verdad, el poder del Señor descendió sobre todos y fue una reunión gloriosa. Se predicó el evangelio infinito que muchos recibieron, y dándoles vida e inmortalidad en la luz, que era en ellos, brilló sobre todos.

Me sentí dirigido a declarar y revelar muchas cosas, a los Amigos que recibieron una parte en el ministerio, concerniendo a sus dones espirituales en nuestra iglesia; las cuales escritas por uno que estaba presente, eran como sigue.

Amigos: Tened cuidado en no destruir lo que hayáis engendrado, porque lo que destruye, se aparta, y es lo repudiado; y a pesar de que esto es verdad, si bien puede ser la pura verdad, que uno habla, sin embargo, si uno no permanece y no vive en eso, en su interior, sino que se aparta, lo mismo de que se aparta cae sobre él. También lo que calma y serena los espíritus, irrumpe por el mundo y lleva al Padre para heredar la vida eterna; y llega a los espíritus que están en prisión dentro de cada uno. En consecuencia morad en la palabra viviente e inmovible y en su renombre; y manteneos sobre la base que es pura y es segura, porque todo aquél que se aparta de la pureza, y ejerce así su ministerio, acaba y no permanece; a pesar de que pudo haber sido en un tiempo, y pudo haber hecho servicios, por un tiempo, mientras vivía en la pureza.

Tened cuidado de las muchas palabras; lo que llega a la vida, en la vida queda; lo que viniendo de la vida es recibido

de Dios, llega hasta la vida; porque el trabajo no es ahora como fue en los comienzos; el trabajo ahora es, afirmar y permanecer en la vida. Porque a medida que los Amigos han sido guiados a ejercer su ministerio, en el poder, y el poder ha seguido, pasando a través de todo, de manera que el mundo y los Amigos han llegado a una convivencia, los Amigos deben de permanecer en la vida que es pura para que así puedan responder a la vida pura de Dios que es en los otros. Si los Amigos, no viven la vida pura de que hablan, para así responder a la vida que es en aquellos a quienes hablan, la otra parte se retrae; y así se produce una relación externa y tales hay que se dejan dominar por ella.

Mas así como cada uno se guarda viviendo en la vida de Dios, manteniéndose por sobre todo lo que es contrario a ella, no pone sus manos impensadamente sobre cualquiera; lo cual es ahora el peligro; porque de hacerlo puede perder su discernimiento y poner sus manos sobre lo malo, dejando así que el engaño se le acerque demasiado; y el engaño robará, y luego será difícil para él, el hundirlo.

Y así Amigos, éstas son las palabras del Señor para vosotros todos: Estad vigilantes y con cuidado en todas las reuniones a que vayáis, porque allí donde los Amigos estén juntos, sentados en silencio, muchas veces se hallan recogidos en su propia dimensión. Cuando un hombre viene recién salido del mundo, de ejercer su ministerio entre las gentes del mundo, sale de la inmundicia; y entonces tiene que cuidar de no ser temerario, porque al entrar en una reunión, que se celebra en silencio, es éste un diferente estado. Tiene que entrar, y sentir su propio espíritu al acercarse a los que están sentados en silencio; y de ser temerario lo juzgarán, porque de haber estado en el mundo y entre las gentes mundanas, la vehemencia no lo ha dejado todavía. Porque puede él llegar del mundo con la vehemencia en su espíritu, mientras que los otros, están quietos y serenos; y no siendo agradable su condición a los demás, puede más bien herirlos, por sacarlos de su estado sereno para llevarlos a la vehemencia; de no estar él en lo que manda a su propio espíritu y le hace ver su propio estado.

También hay gran peligro en ir viajando por el mundo. El mismo poder que impulsa a salir por él, es el que guarda. Porque de no ser dirigido por el poder del Señor, e ir en el poder del Señor, es éste el mayor peligro; ya que entonces

guardado en el poder, será protegido por él, en su jornada y en su misión: Y lo capacita para que responda al transgredido manteniéndolo por encima del trasgresor. De modo que sintiendo cada uno su propio peligro, en ir por el mundo, he aquí lugar para el puro temor del Señor y para guardarse en él. Si bien los que viajan pueden tener revelaciones, mientras en su misión andan fuera de su casa, no obstante, para su mayor bien deben de morar en la vida propicia a revelaciones. Y ello apartará de la jactancia. Porque el ministro va a la muerte, para salvar a lo que está en muerte y prisión; y luego vuelve a elevarse a la vida, y al poder, y a la sabiduría que lo preservan puro.

Estas son las palabras de Dios a todos vosotros; daos cuenta de que estáis a presencia del Señor Dios; porque las palabras de cada hombre serán su carga; mas la palabra de Dios es pura y responde a la pureza que es en cada uno. La palabra del Señor fue en el principio y lleva al principio. Es el martillo que da sobre el trasgresor (no el transgredido) y que cual fuego hacer arded cuanto a ella es contrario. De modo, Amigos, que venid a lo que está por encima de los espíritus del mundo, que sonda todos los espíritus del mundo, y permanece en la paciencia; con ello podréis ver donde los otros están, y podréis llegar a lo que de Dios es en cada uno. No hay contienda, no hay altercados, fuera de la trasgresión; porque el que cae en contiendas y altercados está fuera del espíritu puro. Porque cuando alguien cae en la contienda, si antes algo fue engendrado en él, esta naturaleza pendenciera se sobrepone, estropea lo que fue engendrado, y extingue sus propias profecías. De manera que si lo que quiere levantarse en altercado, no es dominado por el propio poder, eso es peligroso.

De modo que si alguno se sintió dirigido a ir a algún lugar, y allí habló cuanto, por voluntad del Señor, tenía que hablar, que regrese luego a su morada y que viva en la vida pura de Dios, y en el temor del Señor, que así será guardado en la vida; en el espíritu sólido y fragante; y predicará con su vida tan bien como con palabras.

El que está guardado en la vida, oye a Dios, y ve la condición del hombre; y con ello responde a la vida en otros que también oyen a Dios; y así un Amigo que está en ella comprende el mundo. Mas los Amigos tienen que vivir en aquello

de que hablan, y así podrán esperar que otros puedan venir a aquello de que ellos hablan, para vivir en la misma vida. Entonces entra el agua de vida; y el ministro bebe y da a los otros a que beban.

Gran cosa es trabajar en el ministerio del Señor Dios, y en él seguir adelante. No es ésta como la predicación usual, sino que es llevar a la gente a que acabe con toda predicación externa. Porque una vez les hayáis declarado la Verdad y la hayan recibido, y hayan venido a aquello de que hablasteis, el proferir muchas palabras, y hacer largas declaraciones, fuera de la vida, puede engendrar en ellos una forma. Y si alguien se lanzara temerariamente a proferir muchas palabras, sin fragancia de vida, entonces los que entraron en aquello de que hablé, lo juzgarán; por lo cual puede él herir lo que antes elevó. De modo que Amigos, todos tenéis que venir a aquello de que se os habla en las revelaciones de la vida celestial, y tenéis que andar en el temor de Dios, que así podréis responder a aquello para lo cual habláis.

Amigos todos, tened cuidado de no ir mezclados con los poderes de la tierra; sino que andéis apartados de tales cosas; y así como os mantengáis en la autoridad del Cordero, y os apartéis de toda contienda vana, responderéis a lo que de Dios es en los otros, y los llevaréis a que hagan justicia que es la finalidad de la ley.

Más fue entonces hablado a los muchos que estaban en el caso de oírlo; que no se escribió a medida que se decía.

Después de terminarse esta reunión, y que la mayor parte de los Amigos se marcharon, estaba paseándome por el jardín de Juan Crook cuando llegó un grupo de a caballo, con un condestable para prenderme. Oí que preguntaban quién estaba en la casa y que alguien respondía que estaba yo allí, a lo cual dijeron que era yo el hombre a quien buscaban, y entrando en la casa tuvieron muchas palabras con Juan Crook y con unos Amigos que estaban con él. Mas el poder del Señor los confundió de tal manera que, sin venir a buscarme al jardín, se marcharon enfurecidos. Cuando entré en la casa, los Amigos estaban muy contentos de haberlos visto marchar tan confundidos y de que yo hubiera escapado a sus manos. Al día siguiente, salí de allí, y luego de visitar a los Amigos de diferentes lugares, conforme iba viajando, llegué a Londres; acompañándome el poder del Señor que me sostenía en Su servicio.

Por voluntad del Señor, mandé a dos Amigos que salieran de un condado para ir a Swarthmoor a organizar las reuniones de hombres donde no las hubiere; y para organizar las reuniones de Skipton, que trataran de los asuntos concernientes a nuestra iglesia, las cuales duraron hasta 1660.

Al principio, el Norte tomó seiscientos ejemplares de cada libro que se imprimió; y así continuó por muchos años, hasta que la Verdad se difundió por toda la nación; quedando así organizado cuando empezamos a imprimir; y luego, cuando la Verdad se hubo difundido, fue dejado al criterio de los Amigos que cada condado enviara cuantos libros les pareciese a todos los lugares de la nación. El Norte pagó al principio, por varios años, todos los gastos de impresión; mas cuando la Verdad del Señor se hubo difundido por toda la nación ya no les fue tan penoso.

Durante el tiempo que estuve en Londres, muchos servicios pesaban sobre mí, porque fueron días de muchos sufrimientos, y me sentí dirigido a escribir a Oliver Cromwell, poniéndole de manifiesto los sufrimientos de los Amigos, tanto en Inglaterra como en Irlanda. También se hablaba, en aquellos días, de hacer rey a Cromwell; y para hablarle de ello me sentí dirigido a ir a verlo. Lo encontré en el parque, y le dije que los mismos que lo querían coronar, le quitarían la vida; me preguntó que era lo que le había dicho, y le repetí que los mismos que pretendían coronarlo le quitarían la vida; y lo amonesté a que pensara en la corona que era inmortal. Me dio las gracias y me pidió que fuera a su casa. Más tarde me sentí dirigido a escribirle, habiéndole más extensamente de lo concerniente a este asunto.

Por esta época, la llamada Lady Claypole<sup>1</sup> estaba muy enferma y andaba perturbada sin que nada pudiera confortarla; y cuando lo supe me sentí dirigido a escribirle. Cuando le hubieron leído mi escrito, dijo que por el momento ello la tranquilizaba y asentaba su mente. Más tarde muchos Amigos consiguieron copias de este escrito; y, en Inglaterra y en Irlanda, se lo leyeron a personas perturbadas y fue muy útil para asentar las mentes.

Varias veces, tanto en los tiempos del Parlamento Largo, en los de Oliver Cromwell como en los del Comité de Seguridad, cuando proclamaban ayunos, me sentía dirigido a escribirles para decirles que sus ayunos eran como los de Jezabel; porque,



en general, cuando proclamaban ayunos siempre iban unidos a alguna maldad en contra nuestra. Bien sabía que sus ayunos eran pretexto para altercados y debates, para golpear con el puño de la maldad.

Eran estos, días de grandes sufrimientos; muchos Amigos estaban por las prisiones, y muchos otros se sintieron dirigidos a presentarse al Parlamento para ofrecerse a ir a los mismos calabozos donde estaban sus Amigos; para que estos pudieran salir y no pereciesen en las cárceles abyectas. Esto hicimos, en el amor de Dios y en nuestra hermandad, para que no muriesen en prisión; y en amor hacia los que los encarcelaban, para que no hicieran caer sobre sus cabezas la sangre inocente; la cual sabíamos que clamaría al Señor, atraería Su sombra, Su venganza y Sus plagas que caerían sobre ellos. Poco favor encontramos en aquellos parlamentarios profesionales, que antes bien se enfurecían y más de una vez amenazaron a aquellos Amigos, que tal cosa le pedían, de que los harían azotar y luego los mandarían a su casa. Mas aconteció que a esos, que en el día de su poder no tenían corazón para hacer el bien, poco después el Señor los hizo caer en desgracia y ellos fueron los que se marcharon a su casa. Mas no se iban sin que antes no fueran advertidos, porque yo me sentí dirigido a escribirles, en sus diferentes turnos; como también lo hice al Parlamento Largo, al que declaré, antes de que se disolviera, las espesas tinieblas que venían a cernirse sobre todos ellos, e incluso el día de tinieblas que caería.

Después de esto, salí de la ciudad con dos Amigos cuando, estando a poco más de dos millas fuera de la ciudad, nos encontramos con dos soldados del regimiento del coronel Hacker, los cuales me cogieron, como también a los Amigos, y nos volvieron a llevar a las caballerizas donde nos hicieron prisioneros. Mas el poder del Señor fue de tal manera sobre ellos que, sin llevarnos ante ningún oficial, poco después nos pusieron en libertad.

El mismo día tomé un barco y me fui a Kingston; y de allí a Hampton Court para hablar con el Protector de los sufrimientos de los Amigos. Lo encontré en el parque de Hampton Court, y antes de que me acercase a él, mientras cabalgaba a la cabeza de su guardia personal, vi y sentí un vaho de muerte que iba hacia a él; y cuando estuve a su lado vi que parecía un hombre muerto. Luego que le hube expuesto los sufrimien-

tos de los Amigos, y le hube advertido de acuerdo con lo que me sentía dirigido a decirle, me pidió que fuera a su casa. Regresé a Kingston, y al día siguiente volví a Hampton Court para hablar más con él; pero cuando llegué estaba muy enfermo y Harvey, que era uno de los que le atendían, me dijo que los doctores no veían con gusto que hablara con él. Me marché y ya no lo volví a ver.

Antes de esto, había sido proclamada la apellidada *Fe de la Iglesia*, la cual se decía que había sido hecha en el Savoy en once días. Conseguí una copia, antes de que se publicara, y escribí la respuesta; y cuando su libro de la *Fe de la iglesia* se vendió por las calles, de un lado a otro, también se vendió mi respuesta. Esto enfadó a algunos parlamentarios, de manera que uno me dijo que tendrían que tenerme en Smithfield, y respondí le que estaba yo por encima de sus ataques, que no temía.

Al cabo de algún tiempo, salí de Londres y celebré una reunión en Twickenham, en casa del sargento Birkhead, a la que vino mucha gente; alguna de considerable importancia en el mundo. Fue una gloriosa reunión, en que se revelaron claramente las Escrituras, y Cristo fue elevado por encima de todos; y un hombre que allí estaba, quedó tan admirado que dijo, "Este hombre es una perla."

Había gran persecución en muchos sitios, encarcelando y disolviendo nuestras reuniones. En una reunión que se celebraba a unas siete millas de Londres, sucedía que muchas veces la gente ruda, luego que salían de varias parroquias, rodeaba la casa esperando que salieran los Amigos para insultarlos, y más de una vez les pegaron y los magullaron en gran manera. Un día pegaron y maltrataron a cerca de ochenta Amigos, que de Londres fueron a aquella reunión; les despedazaron las casacas y las capas, que les quitaron de mala manera, y los tiraron a zanjas y estanques; y después de ensuciarlos con inmundicias, les dijeron que parecían brujas. El Primer día siguiente fui a aquella reunión, por voluntad del Señor, a pesar de que en aquellos días me sentía muy débil. Cuando llegué, pedí a los Amigos que trajeran una mesa para subirme al cercado en donde acostumbraban a reunirse, y según era su costumbre compareció aquella gentuza. Con una Biblia en la mano les mostré sus frutos y los de sus sacerdotes y maestros, y, avergonzándose, estuvieron quietos. Les revelé las Escrituras

y como nuestros principios se acordaban con ellas, los volví de las tinieblas a la luz de Cristo, y a Su espíritu, por el cual podrían comprender las Escrituras, verse a sí mismos y sus pecados, y saber que Jesucristo era su Salvador. La reunión se terminó en calma, y el poder del Señor, descendió sobre todos para Su gloria.

Eran días de grandes sufrimientos, porque además de los encarcelamientos (muchos murieron a causa de ello) nos armaban grandes escándalos en las reuniones. Nos tiraban huevos podridos y fuegos griegos, y llevaban tambores y calderas para hacer ruido y evitar así que la Verdad fuese oída; y entre los que hacían tales cosas, los sacerdotes eran soeces como cualquier otro.

Al poco tiempo fui a Reading, donde pasé cerca de **dos** semanas, bajo grandes sufrimientos, angustias y grandes ansias espirituales. Porque vi al pueblo en gran confusión y desvarío y que los poderes se despedazaban mutuamente, y vi también cuantos destrozaban la simplicidad y traicionaban a la Verdad. Mucha hipocresía, engaño e instinto pendenciero se había apoderado de la mayoría, de tal manera, que estaban dispuestos a hundirse unos a otros la espada en los intestinos. En un tiempo, cuando no eran nada, hubo piedad en muchos de ellos, mas al elevarse, mataron, se apoderaron de bienes, y llegaron a ser tan malos como cualquier otro; de modo que tuvimos mucho que hacer con ellos, en lo se refería a no quitarnos el sombrero y a tutearlos. Convirtieron la profesión que hicieron, de paciencia y moderación, en ira y locura; y muchos parecían como locos, por lo de no quitarse el sombrero; porque se habían endurecido persiguiendo al inocente y estaban crucificando a la semilla, Cristo, en sí mismos y en los otros; hasta que finalmente, se devoraron hasta consumirse mutuamente, por haberse vuelto contra lo que Dios había en ellos embellecido, y por juzgar lo que El les había enseñado. De modo que, poco después, Dios los demolió, los puso de lado y trajo al rey, poniéndolo por encima de ellos, que tantas veces sospecharon que los Cuáqueros se reunían para traer al rey Carlos, cuando los Amigos no se mezclaban nunca en las cuestiones externas del gobierno.

Mas finalmente, el Señor trajo al rey, y muchos, cuando vieron que vendría, votaron para que viniera; y así en el corazón como con la voz, ensalcemos el nombre del Señor que

tanto merece y que sobre todos tiene supremacía, y que hará bambolear las naciones porque El está por encima de todo.

Tuve yo la visión, y ya lo presentía desde mucho antes, de que el rey volvería, y también otros lo preveían. Varias veces escribí a Oliver Cromwell y le hice saber que, mientras el perseguía al pueblo de Dios, se estaban preparando para caer sobre él, los que él tenía por sus enemigos; y cuando unos espíritus vehementes quisieron comprar Somerset House, para que celebrásemos reuniones, les prohibí que lo hicieran, porque entonces ya prevía la venida del rey. Además vino a la costa a verme, una mujer llamada Esther Biddle, de Londres, que profetizaba la venida del rey, tres años antes de que así fuera, y dijo que tenía que ir a verlo y declarárselo. Le dije que esperase en el Señor, y lo guardara para ella, porque de saberse que iba con tal mensaje, lo tomarían como traición; mas ella insistió en que tenía que ir y decirle al rey que tenía que volver a Inglaterra. Vi que su profecía era cierta, y que caería gran golpe sobre los que estaban en el poder, porque, los que entonces lo tenían, se sentían tan altos, y tal persecución salió de los que a sí mismos se llamaban santos, que hasta querían quitarle a los Amigos las escrituras de sus tierras, porque no podían jurar en sus tribunales de justicia.

Algunas veces, cuando le explicábamos tales sufrimientos a Oliver Cromwell, no quería creerlo; por lo que, Tomas Aldam y Antonio Pearson, se sintieron dirigidos a ir por todas las cárceles de Inglaterra para procurarse copias de los autos de prisión de los Amigos, que estaban en manos de los carceleros, y así poder echar sobre Oliver Cromwell tanto sufrir; y como no quiso dar orden de que los soltaran, Tomas Aldam se sintió dirigido a quitarse la gorra, hacerla pedazos y decirle, "Así se rasgará tu gobierno, de ti y de tu casa."

También una Amiga, se sintió impelida a ir al Parlamento (lleno de envidia contra los Amigos) con un cántaro, que allí hizo pedazos y les dijo que así serían ellos despedazados; lo cual sucedió poco después.

Mientras estaba en Reading, bajo aquel penoso trabajo, sucedió que, a causa de la aflicción y las penas mentales y de los grandes ejercicios que pesaban sobre mi espíritu, me adelgacé y se alteró mi aspecto, que era muy miserable; y un grupo de espíritus inmundos vino a verme para decirme que las plagas de Dios eran sobre mí; y les respondí que el espíritu que

en ellos decía eso, era el que dijo lo mismo de Jesús, cuando fue azotado y escarnecido; y escondieron su rostro de EL Mas después de que tanto sufrí por el Espíritu de Dios, que ellos habían extinguido, en El salí de todo y pasé por encima de toda aquella hipocresía que poseía a los eclesiásticos del mundo; y luego que vi como todo ello se hundiría y desaparecería, y como la vida se sobrepondría, me sentí mejor y la luz, espíritu y poder brillaron sobre todo, y, habiéndome repuesto, después de pasar por tanto dolor y sufrimiento, mi cuerpo y mi faz se engordaron cuando salí al aire; y entonces los malos espíritus dijeron que me ponía obeso y también esto me envidiaron. De modo que comprendí que de ninguna manera les agradaría. Pero el Señor me protegió con Su espíritu y poder, de y por sobre todo, y en Su poder volví a Londres otra vez.

Cuando llegué, había allí gran bullicio, con respecto a la imagen o efigie de Oliver Cromwell, de cuerpo presente; hombres formados y tocando trompetas al lado de su imagen, después de muerto. Ante esto mi espíritu se sintió muy herido, y el Señor, pude ver que estaba altamente ofendido.

#### NOTAS AL MARGEN

- 1. Elizabeth Cromwell 1629-1658, segunda hija del Protector que fue Lady Claypole.**

## CAPÍTULO XIII

### A Swarthmoor pasando por muchos Condados 1659-1660

Después de pasar algún tiempo en Londres, y de visitar las juntass de los Amigos, en la ciudad y por los alrededores; luego que el poder del Señor fue sobre todos, seguí viajando y, pasando por Essex y Suffolf, fui a Norfolk, visitando a los Amigos, hasta que llegué a Norwich; y allí celebré una reunión por los días llamados de Navidad. El alcalde de Norwich, que ya sabía de antemano de la reunión que yo pensaba celebrar, autorizó un decreto de prisión para que me prendiesen. Cuando llegué y supe del decreto, mandé a unos Amigos que fueran a hablar de ello con el alcalde; y su respuesta fue que los soldados no se reunirían y, preguntándonos si pensábamos reunirnos, dijo que en tal caso lo hiciéramos fuera de la ciudad, porque, según él decía, la gente era tan brutal que apenas conseguía que se cumpliesen sus órdenes, y temía que nuestras reuniones causaran desórdenes en la ciudad. Nuestros Amigos le dijeron, que éramos nosotros gentes pacíficas y que él debía de hacer que el orden se guardara, ya que nosotros nos reuníamos con la única intención de rendir culto a Dios, como era nuestra costumbre. Ante esto, cedió y no mandó sus oficiales a la reunión, que fue larga, asistiendo a ella abundancia de gente ruda con intención de hacer alguna maldad; mas el poder del Señor descendió sobre ellos, encadenándolos, a pesar de que estaban allí varios sacerdotes, eclesiásticos y Ranters.

Entre los sacerdotes estaba uno, llamado Townsend<sup>1</sup> que, poniéndose en pié, gritó, "Error, blasfemia, reunión impía es esta." Lo amonesté a que no echara sobre sí lo que no podía probar; y le pregunté cual era nuestro error y blasfemia; añadiéndole que tenía que probar sus palabras, antes de que yo terminara la controversia con él, o de lo contrario, tendría que avergonzarse de haberlas pronunciado. En cuanto a lo de

reunión impía, le dije que yo creía que había allí muchas personas que temían a Dios, y, en consecuencia no era cristiano ni justo, de su parte, que acusara a gentes piadosas de asistir a una reunión impía. Dijo él, qué mi error y blasfemia consistían en lo que yo decía de que se debía de esperar a Dios, por Su poder y Espíritu, y sentir Su presencia cuando se estaba en silencio. Pregúntele entonces, si los apóstoles y hombres santos de Dios no oyeron como Dios les hablaba, en sus silencios, antes de que proclamaran las Escrituras y antes de que fueran escritas; y el replicó, "Si, David y los profetas oyeron a Dios en silencio, antes de escribir las Escrituras y antes de proclamarlas"; ante esto, dije yo, "Qué todos lo sepan; este hombre dijo antes, que el decir yo tales palabras, era error y blasfemia y ahora confiesa que de esto dieron testimonio, en tiempos pasados, los santos hombres de Dios." Entonces demostré a todos, que, así como los santos hombres de Dios, que dieron a la luz las Escrituras a medida que eran inspirados por el Espíritu Santo, oyeron y aprendieron de Dios, antes de proclamarlas, así también tenían ellos que estar atentos para oír lo que dijera el espíritu, lo cual los guiaría a toda Verdad y podrían conocer a Cristo y a Dios y podrían comprender las Escrituras, "¡Oh!" exclamó el sacerdote, "Este no es el «Jorge Fox con quien yo quiero hablar, éste es un hombre sutil," añadió. El poder del Señor descendió sobre todos, y las gentes rudas se quietaron, siendo alcanzadas por él; y algunos eclesiásticos, que se acercaron a los sacerdotes, dijeron, "Probad las blasfemias y errores de que los acusáis; mucho habláis en contra suya, a su espalda, mas, ahora que estáis ante ellos, nada podéis probar. Viendo que aquel sacerdote se disponía a marchar, le dije que teníamos muchas cosas de que acusarlo y que, por lo tanto, fijara hora y lugar en que pudiera contestarnos; lo cual hizo, siguiendo luego su camino.

Después de viajar por varias regiones, en el servicio del Señor, y que muchos se convencieron, con todo y que, en algunos lugares, la gente era muy ruda, volví a Londres, cuando el general Monk iba a entrar en la ciudad y habían bajado las puertas y los letreros. Mucho antes de esto, había tenido una visión de la ciudad, yaciendo en escombros, con las puertas bajas; y se me representó igual como la vi algunos años después, arruinada y deshecha, cuando se quemó.

Habiendo cumplido mis servicios en la ciudad de Londres, sentí mi espíritu arrastrado a visitar a los Amigos del Oeste de Inglaterra.

En Dorchester, celebramos, al atardecer, en nuestra posada, una gran reunión; a la que asistieron muchos soldados, que se comportaron muy civilmente. Pero vinieron los condestables y los oficiales de la ciudad, con el pretexto de que andaban buscando a un Jesuita que llevaba la cabeza tonsurada; y querían que todos nos quitásemos los sombreros, o, de lo contrario, nos los quitarían ellos para ver si daban con la tonsura del Jesuita. Quitándome el sombrero (porque yo era el hombre a quien se referían) miraron mi cabeza con gran detenimiento, y no encontrando calva ni tonsura alguna se marcharon corridos; y los soldados y otras personas austeras que allí estaban, se ofendieron mucho con ellos. Mas todo ello fue gran servicio para el Señor, y todo sucedió para bien, porque, impresionada la gente, por lo que había visto, luego que los oficiales se marcharon, celebramos una bella reunión, y todos volvieron al Señor Jesucristo, su Maestro, que los había rescatado y los reconciliaría con Dios.

Entonces pasamos a Somersetshire, donde eran muy malvados los Presbiterianos y otros eclesiásticos que más de una vez iban a causar disturbios en las reuniones de los Amigos. En una ocasión, especialmente, había un hombre muy malo, que llevaron a la reunión; y este hombre se cubrió con una piel de oso, con la intención de ponerse a dar brincos en la reunión general de los Cuáqueros. Con tal propósito se acomodó enfrente del Amigo que estaba hablando y se puso a sacar la lengua cubierto con la piel de oso; causando así gran diversión a sus malvados compañeros y produciendo gran alboroto en la reunión. Pero cuando regresaba, se detuvo a ver un combate de perros contra un toro, y poniéndose al alcance del toro, éste embistió y le metió el cuerno debajo del mentón, hundiéndoselo en la garganta, de manera que le hizo salir la lengua que le quedó colgando; como antes la tenía, cuando se mofaba en la reunión, y, entrando el cuerno del toro hasta dentro de la cabeza, lo volteó por el aire. Y así pasó, que aquél que hacía el mal a las gentes de Dios, fue castigado por el mal.

Mientras estaba en Cornwall, acontecieron grandes naufragios en la costa, y era costumbre, de aquella región, que así el rico como el pobre fueran a saqueo de los naufragios sin



preocuparse de las vidas de los náufragos; y en algunos lugares llamaban a los naufragios, "Merced del Señor." Esto me disgustó en gran manera, ofendiendo a mi espíritu el oír que se cometían tales acciones, nada cristianas, y, en consecuencia, me sentí dirigido a escribir a todas las parroquias, sacerdotes y magistrados, reprendiéndoles a todos por tales rapiñas, y advirtiéndolos y exhortándolos a que emplearan su celo en ayudar a salvar las vidas de los náufragos y en salvar los barcos y sus bienes; y a que considerasen que, de hallarse ellos en el mismo caso, les sería muy duro ver que venía la gente a disputarse sus bienes, mientras se estaban ahogando.

Este escrito hizo un gran bien; y los Amigos hicieron grandes esfuerzos para salvar las vidas, cuando los naufragios, y para defender los barcos y los bienes de los náufragos para luego dárselos. Y cuando los náufragos, que se salvaban, estaban casi muertos y hambrientos, los Amigos los llevaban a sus casas para socorrerlos y reponerlos; lo cual deben de imitar todos los verdaderos cristianos.

Visitando Amigos, cruzamos la región hasta que llegamos a Bristol.

Entré en Bristol, el Séptimo día de la semana; y el día antes, los soldados habían entrado en la reunión, armados de sus mosquetes con los que pegaron y maltrataron a los Amigos que echaron fuera del pomar, y enfurecidos los amenazaron de que harían algo terrible si volvían a reunirse allí. Todo debido a que, según parece, era el alcalde y el comandante los que querían que los Amigos se dispersaran. Cuando los Amigos me contaron del furor que, en contra de ellos, era en la ciudad, de como el alcalde y los soldados los amenazaban, y de la manera brutal como los soldados se habían comportado el día antes, mandé a dos Amigos que fueran a hablar con el alcalde y con el regidor y los requirieran a que, siendo ellos los que habían disuelto nuestra reunión, nos dejaran reunirnos en la casa consistorial; por lo cual los Amigos les darían veinte libras al año que tendrían que ser distribuidas entre los pobres; y cuando el alcalde y el regidor tuvieran asuntos que ventilar, los Amigos no los molestarían porque solo se reunían los Primeros días. Los Amigos quedaron atónitos al oír esto, y dijeron que el alcalde creería que estaban locos de hacerle tal proposición; mas yo dije, 'No, porque esto será de gran beneficio

para los pobres." El Señor me impelía a que los enviara. Finalmente, consintieron y se marcharon, aunque de mala gana. Cuando le hubieron expuesto la idea al alcalde; se sintió dirigido a decir que sí consentía en ello, pero que él no era solo en decidir; y dijo a los Amigos de otro gran recinto que podían conseguir, pero que no aceptaron por no estar en condiciones. Se marcharon dejando al alcalde en muy buena disposición con ellos; pues sintieron que el poder del Señor era sobre él. Cuando regresaron, les pedí que también fueran a ver al comandante de las tropas, y le hablaran de la mala conducta de sus soldados, que cayeran sobre gentes inocentes e indefensas, que estaban esperando al Señor, adorándolo; pero no pude conseguir que fuesen a verlo.

A la mañana siguiente, siendo el Primer día, fuimos a la reunión en el pomar, donde los soldados se habían comportado tan brutalmente la última vez; y luego que por mucho rato hubo declarado la Verdad, entraron muchos soldados y gentes brutales, algunos blandiendo espadas. Habían los posaderos emborrachado a algunos, y uno juró que cortaría el cuello al que encontrara hablando. Dando empujones, cruzó por entre la multitud, hasta llegar a dos yardas de donde yo estaba, y, parándose ante aquellos cuatro Amigos que yo quería que hubiesen ido a ver al coronel, empezó a discutir con ellos; y, de repente, vi yo como su espada se levantaba en el aire y desaparecía; porque el poder del Señor, descendiendo sobre todos, lo encadenó; como también a todos los que le acompañaban. Celebramos una bendita reunión, sintiendo entre nosotros Su presencia y Su poder infinito. Al día siguiente, fueron los cuatro Amigos y hablaron con el coronel que, mandando a buscar a los soldados, acuchilló a más de uno, ante los ojos de los Amigos. Cuando lo supe, reprendí a los Amigos por haber permitido que hiciera semejante cosa y también por no haber ido el Séptimo día, como yo quería, para que así se hubiera evitado esta carnicería de soldados, y todo el alboroto que vinieron a hacer a nuestra reunión. Y así el poder del Señor descendió sobre todas aquellas mentes sanguinarias y llenas del deseo de la persecución; y, por mucho tiempo, se celebró la reunión sin que se produjera altercado alguno.

También tenía que asistir, en aquellos días, a una reunión general que iba a celebrarse en casa de Eduardo Pyot, cerca

de Bristol, a la que se esperaba que asistirían miles de personas; porque además de los Amigos, de por aquellos contornos, vendrían también algunos Baptistas e Independientes, con sus maestros, y muchas personas austeras de Bristol. Y luego dijeron, los que se quedaron en la ciudad, que parecía des poblada, de tantos como salieran para asistir a la reunión. Se celebró en calma, y muchas verdades gloriosas fueron reveladas.

Después de la reunión, en casa de Eduardo Pyot, fui a Gloucester, visitando las reuniones de camino, y allí celebramos una pacífica reunión, a pesar de que eran muy rudos en aquella ciudad y andaban divididos; ya que una parte de los soldados era por el rey y la otra por el parlamento. Cuando salía de la ciudad, al cruzar el puente, en compañía de Eduardo Pyot, los soldados que allí estaban, nos dijeron que eran ellos por el rey; mas así que pasamos, y se dieron cuenta de quien era yo, se enfurecieron, de haberme dejado escapar, y dijeron que de haber sabido quien era, antes me hubieran disparado una descarga, que dejarme pasar. Mas el Señor evitó que se realizaran tan diabólicos designios.

Pasamos entonces a Tewkesbury, y también fuimos a Worcester, visitando a los Amigos, conforme íbamos de camino. En toda mi vida jamás vi tantos borrachos en las ciudades, por haber sido elegidos miembros del parlamento. En Worcester, el poder del Señor fue sobre todos, en él se asentó la gente, alabando los Amigos al Señor; y vi que la tierra entera se regocijaba. No obstante, muchos sentían grandes temores, pensando en si el rey volvería y en si todo se trastornaría, y querían preguntarme que pensaba yo de aquellos tiempos y de tales cosas. Les dije, que el poder del Señor era sobre todo, y que Su luz brillaba por encima de todo; y que tales temores eran propios de los hipócritas, que no habían sido fieles a Dios, y de nuestros perseguidores; pues tanto si el rey venía como si no, todo sería bien para aquellos que amaban al Señor siéndole fieles. En consecuencia, pedí a los Amigos que no temieran a nada, más que al Señor, y que se guardaran en Su poder, que estaba por encima de todo.

De Worcester fui a Drayton, en Leicestershire, para visitar a mis parientes; y, pasando por Derbyshire y Nottinghamshire, fui a Balby, en Yorkshire, donde, en aquellos días, iba a celebrarse nuestra junta anual, en un gran pomar de Juan

Killam; suponiéndose que se reunirían algunos miles de personas y Amigos. Por la mañana, oí de un grupo de a caballo que enviaban de York para disolver nuestra junta, y que la milicia, recién llamada, iba a reunírsele. Fui a la reunión, y, luego que hube hablado, estaba aun subido encima de un gran taburete, cuando llegaron dos trompetas, que se pusieron a tocar cerca de mí, mientras gritaba el capitán de la tropa, "Apartaos a la derecha y a la izquierda, dejando el paso libre"; y a caballo llegaron hasta donde yo estaba. Estaba yo declarando la Verdad infinita y la palabra de vida, en el poder del Señor, y el capitán me ordenó a que me bajara del taburete, porque había venido a disolver la junta. Al cabo de un rato, le dije que ya todos ellos sabían que éramos nosotros gentes pacíficas que acostumbábamos a celebrar tan grandes reuniones; mas, de creer él que nos reuníamos con malos propósitos, quería yo que nos registrara y si encontraba en alguno espada o pistola, que lo castigase; pero él me respondió que tenía que disolver la junta, porque con este fin había pasado toda la noche cabalgando. Entonces le pregunté qué honor era para él, atacar con espadas y pistolas a tantos indefensos, hombres y mujeres; y le dije que si quería estarse allí, tranquilamente, nuestra reunión no duraría más de dos a tres horas; y que luego nos separaríamos en paz, como nos habíamos reunido; pues él ya podía ver, que, siendo reunión tan numerosa, no podrían alojarse, los que allí estaban, por aquellos contornos y tendrían que volver a sus hogares, llegada la noche. Me respondió que no podía quedarse hasta que se terminara la reunión, y que antes de marcharse tenía que dispersarnos; a lo cual le dije que, si él no podía quedarse, dejara una docena de sus soldados para que estos pudieran ver el orden y la paz de nuestra reunión. Me respondió, que solo nos daba media hora más; y, dejando media docena de soldados, se marchó con el resto de su tropa. Los Amigos de la casa le dieron algunas viandas a los soldados que se quedaron. Cuando el capitán se hubo marchado, los soldados nos dijeron que podíamos quedarnos hasta la noche, si queríamos; mas solo estuvimos reunidos tres horas más, celebrando una reunión gloriosa, llena de poder; por que la presencia de Dios viviente se manifestó entre nosotros; la semilla, Cristo, fue ensalzada sobre todo, y los Amigos se fortalecieron en El, la fundación, y se recogieron bajo Sus enseñanzas gloriosas y celestiales.

Después de la reunión, los Amigos se marcharon, lozanos y puros, por la presencia del Señor; y gozosos y alegres de que el Señor les diera tal dominio. También se quedaron muchos de la milicia, que se sentían vejados de que el capitán y los soldados no hubieran disuelto la junta, por lo cual murmuraban de ellos. Se dijo que, aquel día, intentaban hacernos alguna maldad; pero que los soldados en vez de ayudarlos, estaban más bien a nuestro lado, no uniéndose a ellos y evitando que llegaran a hacer la maldad que tenían pensada.

De Balby fui a Skipton, donde se iba a celebrar una junta general de Amigos, sólo de hombres, de varios condados, para tratar de los asuntos concernientes a nuestra iglesia. A esta reunión vinieron Amigos de casi toda la nación, pues se trató de lo referente a nuestra iglesia, en Inglaterra y más allá de los mares.

Algunos años antes, cuando estaba en el Norte, me sentí dirigido a aconsejar la celebración de estas reuniones, que trataran de tales asuntos; pues muchos Amigos que sufrían en diferentes partes de la nación, siendo expoliados de sus bienes, fuera de la ley, no sabían como ayudarse entre ellos, ni como encontrar socorro. Mas luego de organizarse estas reuniones, varios Amigos que habían sido magistrados, y otros que entendían algo de leyes, asistieron a ellas y les dieron consejo ayudándolos a unirse en sus sufrimientos, para que así pudieran quejarse a los magistrados, a los jueces, o al parlamento. Estas reuniones duraron varios años, y varios magistrados y capitanes intentaron acabar con ellas; mas cuando supieron su objeto, y vieron los libros de cuentas, en los que estaba escrito lo que se recolectaba para ayudar a los pobres; como teníamos cuidado de que un condado ayudara a otro, y se ayudara a nuestros Amigos de más allá del mar, y como proveíamos para los pobres de manera que no fueran una carga para sus parroquias etc etc.... Los magistrados y oficiales confesaron que nosotros hacíamos su trabajo, y, siguiendo su camino, en paz y amor, aconsejaban que se imitara el ejemplo de los Amigos. Alguna vez, vinieron hasta doscientos pobres del mundo, que esperaban que la reunión se terminase (todos sabían que nos reuníamos para tratar de aliviar al pobre), y, después de la reunión, los Amigos mandaban por pan de la panadería, y le daban a cada uno de aquellos pobres un pan de un centavo, fueran

los que fueran; porque así nos habían enseñado, "hacer el bien a todos, aunque especialmente a la familia de los creyentes."

Después de esta reunión, fui, visitando Amigos, en sus reuniones, hasta que llegué a Lancaster y allí fui a casa de Roberto Widders.

De casa de Roberto Widders, al día siguiente, fui a Swarthmoor.

#### NOTAS AL MARGEN

**1. Sampson Townsend, autor anticuáquero.**

## CAPITULO XIV

### Lancaster y Londres 1660

No hacía mucho que estaba en Swarthmoor, cuando, Enrique Porter, un magistrado, mandó al jefe condestable y a tres pequeños condestables con una orden para prenderme; y en casa, ya sentí las tinieblas antes de que llegaran. Estaba en el salón, con Ricardo Richardson y Margarita Fell, cuando una de sus sirvientas vino a decirle que alguien estaba allí para registrar la casa, para ver si había armas; y con este pretexto entraron en las habitaciones. Sentí el deseo de salir y, acercándome a uno de ellos, le hablé y me preguntó como me llamaba. En el acto se lo dije, y, apoderándose de mí, diciendo que yo era el hombre que buscaban, me llevaron a Ulverston. Me dejaron toda la noche en casa del condestable, custodiado por una guardia de quince o dieciséis hombres, algunos de los cuales se sentaron en la chimenea por temor de que me subiera por ella; tan aterrados los tenía el poder del Señor. Eran muy rudos e inciviles y no permitían que hablase con los Amigos ni que estos me trajeran nada, sino que, echándolos violentamente, ejercían sobre mí una terrible vigilancia.

Pasé toda la noche sentado, y, por la mañana, a eso de las seis, me puse mis botas y espuelas para ir con ellos a ver a algún magistrado; mas quitándome las espuelas, me quitaron también el cuchillo y a toda prisa me mandaron por la ciudad, con un grupo de a caballo y abundancia de gente, no permitiendo que esperase por mi caballo. Había andado como un cuarto de milla, cuando algunos Amigos, junto con Margarita Fell y con los hijos de ésta, se me acercaron; y entonces un grupo de a caballo, me rodeó, gritando enfurecidos e iracundos, "¿Acaso lo queréis libertar? ¿Acaso lo queréis libertar?" Al ver esto les dije, "Aquí tenéis mi cabello, aquí tenéis mi espalda, aquí tenéis mis mejillas; pegadme"; y con estas palabras se mitigó un poco su furor. Trajeron entonces un caballo pe-

queño y, cogiendo, dos de ellos, una de mis piernas me pusieron el pié en el estribo, y levantando mi otra pierna, dos o tres más, me montaron detrás de la silla y, sin tener yo nada en que agarrarme, llevaron así el caballo por la brida. Cuando estuvimos bastante lejos de la ciudad, pegaron al caballito que se puso a cocear; por lo cual yo resbalé y les dije que no debían de maltratar así al pobre animal. Estaban enfurecidos de que yo me hubiera bajado del caballo y, cogiéndome por las piernas, me volvieron a subir, poniéndome otra vez detrás de la silla. En esto, mi caballo llegó a donde estábamos, y algunos de los suyos los persuadieron de que me dejaran montar en él. Cuando llegamos a los arenales, les dije que había oído que yo tenía libertad de elegir el juez a quien tenían que llevarme; pero los condestables empezaron a gritar que no había tal cosa; y entonces me llevaron a Lancaster, a unas catorce millas, creyendo así conseguir gran triunfo. Pero mientras íbamos de camino, me sentí dirigido a cantar alabanzas al Señor, por ser Su poder el que triunfaba sobre todos.

Cuando llegamos a Lancaster, estando muy levantisco el espíritu del pueblo, me puse a mirarlos severamente y se pusieron a gritar, "¡Mirad sus ojos!" Al cabo de un rato, les hablé, y entonces se aquietaron. En esto, vino un joven que me llevó a su casa; y al poco rato los oficiales me llevaron al mayor Porter, el magistrado que había mandado el decreto en virtud del cual me prendieron; el cual estaba en compañía de otras personas. Cuando entre les dije, "La paz sea con vosotros"; y Porter me preguntó para que había ido a aquella región en tiempos tan poco oportunos; a lo cual respondí, "A visitar a mis hermanos." "Mas," replicó, "vos andáis de un lado para otro celebrando reuniones;" y le dije que, a pesar de ello, en toda la nación era sabido que nuestras reuniones eran pacíficas y que éramos nosotros gentes de paz. Dijo él entonces, que nosotros veíamos el diablo en el rostro de las personas; y le respondí, "Cuando yo veo a un borracho, o a uno que presta juramentos, o a un pendenciero, o a un temerario, no diré que en estos vea el Espíritu de Dios"; y le pregunté si podía él ver el Espíritu de Dios. Dijo también que protestábamos en contra de sus ministros. Y yo le repliqué, que mientras, como Saúl, estábamos bajo la autoridad de los sacerdotes e íbamos de un lado a otro con sus paquetes de cartas, no nos llamaron seres pestilentes ni organizadores de



sectas; pero cuando fuimos a sincerar nuestras conciencias, con Dios y con los hombres, nos llamaron seres pestilentes como a Saúl. Dijo entonces Porter que nosotros sabíamos expresarnos muy bien, y que, por esta razón, no iba a discutir conmigo; pero sí iba a detenerme. Quise saber el porqué y de quien recibiera orden de mandarme a buscar con un decreto de prisión; y me quejé a él de los malos tratos que me dieran los oficiales y los condestables, y también de que me hubieran llevado allí. No se dio por enterado de esto, y me respondió que él tenía una orden, que no me dejaría ver porque no quería revelar los secretos del rey; "Además, que un prisionero," añadió, "no tiene que saber porqué lo condenan." Le repliqué que esto no era justo, porque entonces no podría defenderse; y proseguí, "Yo tengo que tener una copia de esa orden;" mas él dijo, "Una vez hubo un juez que hizo pagar una multa a un hombre, por dejar que un prisionero tuviera una copia de su auto de prisión y," añadió, "aunque yo soy un magistrado joven, tengo conmigo un viejo escribano;" y llamando entonces al viejo escribano, le preguntó, "¿Todavía no está listo? Traedlo," refiriéndose al auto de prisión. Pero como aun no estaba terminado, me dijo que era yo un causante de disturbios en la nación; a lo cual le respondí que era yo una bendición para la nación, en y por el poder del Señor y Su verdad, y que así respondería el espíritu de Dios en todas las conciencias.

Entonces me acusó de que yo era un enemigo del rey, de que intentaba provocar una nueva guerra y quería volver a inundar de sangre la nación. Le dije que nada sabía de la manera de hacer la guerra, siendo puro e inocente como un niño, en cuanto a tal cosa se refería, y por consiguiente osado. En esto, llegó el escribano con el auto de prisión y mandaron a llamar al carcelero para que me llevara, y me metiera en la celda oscura, sin dejar que nadie viniera a verme, y me tuviera allí preso e incomunicado hasta que el parlamento o el rey me pusieran en libertad. Entonces el magistrado preguntó a los condestables que donde estaba mi caballo: "Porque, según he oído," añadió, "tiene él un buen caballo ¿Lo habéis traído?" Le dije en donde estaba mi caballo, pero no lo cogió. Cuando me llevaban a la prisión, el condestable me dio mi cuchillo, y luego me pidió que se lo diera, mas le dije que no, porque no había sido lo bastante civil para conmigo. Me metieron en la cárcel, y el carcelero subalterno, un tal llamado Hardy, hombre

malo, fue muy brutal y cruel, no dejando muchas veces que me dieran más comida que la que podía coger por debajo de la puerta. Muchos vinieron a verme, algunos llenos de ira, que se comportaron de un modo incivil y brutal.

Estando preso y vigilado, en la cárcel común de Lancaster, quise que Tomás Cummins y Tomás Green fueran a pedirle al carcelero una copia del auto de prisión, para que así pudiera saber porque me habían condenado; y el carcelero les dijo que no podía dársela porque otro había sido multado por haberlo hecho; pero les permitió que lo leyeran; y según pudieron recordar, las acusaciones eran las siguientes. Que era yo una persona de quien todos sospechaban que era un provocador de disturbios en contra de la paz del país, enemigo del rey y el jefe que sostenía la secta de los Cuáqueros; y que, unido con otros como yo, fanáticos de nuestras creencias, intentaba llevar a cabo la insurrección, por aquellos lugares, y anegar todo el reino en sangre. Por todo lo cual, el carcelero había recibido orden de tenerme en seguridad, bajo custodia, hasta que fuera puesto en libertad por el rey o por el parlamento. Cuando así me hube enterado de las acusaciones capitales contenidas en el auto de prisión, escribí una respuesta completa, contestando a cada una de las acusaciones en particular, para revindicar mi conciencia.

Como estaba en casa de Margarita Fell, cuando vinieron a llevarme por la fuerza, acusado de cosas de tan alta importancia, se creyó ella involucrada en la cuestión, tomándolo como una injuria a su persona; a consecuencia de lo cual, decidió ir a Londres a hablar con el rey de mi detención, de como se habían comportado los que habían ido a buscarme y de los malos e injustos tratos de que había yo sido víctima. Cuando el magistrado Porter se enteró de esto, dijo enseguida que también iría y que se encontraría con Margarita. Pero cuando llegó a presencia del rey, los cortesanos le hablaron de cuando les hizo quemar sus casas, cuando era él un celoso partidario del parlamento en contra del rey; de modo que acabando pronto con la corte, enseguida regresó a su región.

En esto, Ana Curtis, de Reading, vino a verme; y al saber porqué me habían condenado, quiso también ir a ver al rey para hablarle de ello. Su padre, que había sido alguacil de Bristol, había sido ahorcado cerca de la puerta de su casa, por haber intentado traer al rey; y por esta razón esperaba que el

rey la oiría en cuanto se refería a mi caso. De modo que con esta idea, así que regresó a Londres, ella, y Margarita Fell, fueron juntas a ver al rey, qué la recibió muy afablemente cuando supo de quien era hija. Cuando le pidió que me mandara a buscar y que el mismo me juzgara, prometióle que así lo haría, y mandó a su secretario que enviara una orden para que me llevaran a Londres; pero cuando fueron a buscar la orden al secretario, como éste no sentía simpatía por nosotros, dijo que no le incumbía darla, que la ley tenía que cumplirse y que, por lo tanto, tenía que ser llevado a presencia de los jueces de Londres por un *habeas cor pus*. De acuerdo con esto, se envió el escrito que se entregó al *alguacil*, pero, como iba dirigido al canciller de Lancaster, el *alguacil* se desentendió de él; y, por otro lado, el canciller no quiso dar la autorización, diciendo que al *alguacil* incumbía el hacerlo. Finalmente, el canciller y el *alguacil* se pusieron de acuerdo; pero, como los dos eran enemigos de la Verdad, buscaron pretextos para ir difiriendo el cumplimiento de la orden recibida, diciendo que habían encontrado un error en el escrito, que, siendo dirigido al canciller, decía de "Jorge Fox en prisión bajo *vuestra* custodia," siendo que la prisión en que yo me hallaba preso, no estaba, según ellos, bajo la custodia del canciller sino del *alguacil*. De modo que la palabra *vuestra* debía de haber sido *su*; por donde devolvieron el escrito a Londres, solamente para que se cambiara esta palabra; y cuando lo volvieron a mandar, con la palabra cambiada, el *alguacil* se negó a mandarme a Londres, a menos de que me ratificara en un escrito dirigido a él, comprometiéndome, y le pagase la ratificación y los gastos de mandarme. Me negué a todo esto, y le dije que nada le ratificaría ni a nada me comprometería; de modo que todo quedó en suspenso y yo continué en la prisión.

Pasó mucho tiempo antes de que el *alguacil* se decidiese a trasladarme a Londres, a menos de que le ratificara un depósito y le pagase los gastos, a lo cual seguí negándome. Trataron entonces de los medios de llevarme y primero decidieron que me acompañara un grupo de a caballo; y les dije que de ser yo el hombre que ellos decían, tendrían que mandarme con un regimiento o dos de caballería que me guardasen. Luego que consideraron lo que les costaría mandar un grupo de hombres a caballo, cambiaron de idea y decidieron mandarme custodiado solamente por el carcelero y algunos alguaciles; pero consi-

derando más tarde que esto también sería mucho gasto para ellos, me mandaron a la casa del carcelero y me dijeron que si les daba una fianza, de que estaría en Londres tal día del plazo fijado, me darían licencia de ir con alguno de mis amigos. Les respondí que ni daría fianza alguna ni al carcelero le daría una sola pieza de plata; porque era yo inocente, habiéndome encarcelado injustamente por acusaciones que no eran ciertas. Sin embargo, les dije que si me dejaban ir con uno o dos de mis amigos, que quisieran acompañarme, iría y estaría en Londres el día fijado, si era voluntad del Señor; y que si querían, yo, o alguno de los amigos que fueran conmigo, llevaría el auto de prisión donde estaban las acusaciones que ellos me habían hecho. Finalmente, viendo que conmigo no podía ser de otra manera, el alguacil cedió, consintiendo en que, con algún amigo mío, fuera a Londres, sin más fianza que mi palabra, a presentarme a los jueces, en el día señalado, si era voluntad del Señor.

En consecuencia salí de la prisión y, visitando las reuniones de los Amigos, mientras iba de viaje, en tres semanas llegué a Londres.

Cuando llegué a Charing-Cross, había allí reunida gran muchedumbre para ver quemar las entrañas de un juez del rey, que había sido ahorcado, arrastrado y descuartizado.

A la mañana siguiente fui a la cámara del juez Mallat, que se estaba poniendo la toga roja, para sentarse en el tribunal a juzgar a más jueces del rey; y como era muy impertinente e insolente me dijo que podía volver en otro momento. Volví otra vez a su cámara, estando allí el juez Foster, que era llamado el magistrado mayor de Inglaterra, e iba conmigo un tal Esquire Marsh, que era del dormitorio del rey. Cuando les hubimos entregado las acusaciones de que era yo víctima, y cuando hubieron leído que yo y mis amigos íbamos a anegar la nación en sangre etc etc . . . dieron un puñetazo sobre la mesa; por donde les dije, que era yo el hombre contra quien iban dirigidas tales acusaciones, pero que era yo tan inocente de ello, como un recién nacido, pues yo mismo se las había traído, en compañía de un amigo mío, sin custodia alguna. De momento no se habían fijado en mi sombrero, mas viendo que lo llevaba puesto, me dijeron, "¡Cómo! ¿Estáis con el sombrero puesto?" y les expliqué que no lo hacía por menosprecio. Me mandaron que me lo quitara; y, llamando al mariscal del tri-

bunal del rey, le dijeron, "Tenéis que llevaros a este hombre y ponerlo en lugar seguro; mas dadle una cámara, no lo pongáis con los presos." "Mi señor," respondió el mariscal, "No tengo cámara en donde meterlo, pues de tan llena como está mi casa, no se como podría hallar una cámara para él, de no ser junto con los otros presos." "No," dijo el juez, "no lo habéis de poner con los presos;" pero al insistir el mariscal en que no tenía lugar donde pudiera yo estar, el juez Foster me dijo, "¿Queréis comparecer, mañana, a eso de las diez, en la barra del tribunal del rey, en Westminster?" y le respondí, "Sí, si el Señor me da fuerzas para ello." Entonces el juez Foster dijo al otro juez, "Si dice que sí, y lo promete, podéis aceptar su palabra;" y me dieron licencia de que me retirase.

Al día siguiente y a la hora señalada, comparecí en la barra del tribunal del rey, acompañado de Esquire Marsh. Me llevaron al medio de la sala, y así que entré, dirigido a mirar a mi alrededor, me volví a la gente y dije, "La paz sea con vosotros;" y el poder del Señor se difundió por la sala. Se leyó públicamente la acusación en contra mía; y la gente se mantuvo moderada, los jueces serenos y afables; y las mercedes del Señor fueron para ellos. Mas cuando se llegó al párrafo en que se decía que yo y mis amigos queríamos anegar en sangre la nación, provocar una nueva guerra y que yo era enemigo del rey etc etc . . . elevaron las manos; y extendiendo yo entonces mis brazos, les dije, "Yo soy el hombre contra quien se dirige esta acusación; mas yo soy inocente, como un niño, en cuanto a esto se refiere, sin que jamás haya sabido de la manera de hacer la guerra, y," continué, "¿Creéis vosotros que de ser yo el hombre que esta acusación demuestra, hubiera venido yo mismo, en contra de mi conveniencia, o me hubieran permitido que viniera, sólo con uno o dos amigos míos? De ser yo el hombre que dice ese escrito, hubiera tenido que ser guardado por un regimiento o dos de caballería; mas al contrario, el alguacil y los magistrados de Lancashire, creyeron oportuno dejarme venir con mis amigos, por cerca de doscientas millas, sin guarda alguna; y podéis estar seguros de que no lo hubiesen hecho de creer que era yo tal clase de hombre." Entonces el juez me preguntó si es que había que continuar o que pensaba yo hacer, en cuanto a las acusaciones que eran sobre mí; y yo respondí, "Vosotros sois jueces y espero que capaces de juzgar, este caso; en consecuencia, haced lo que

queráis, que yo lo dejo a vuestro criterio." En esto, como el juez Twinsden, colérico, empezase a hablar, apelé al juez Foster y al juez Mallet, que me habían oído la noche antes; y dijeron que ellos no me acusaban, pues nada tenían en contra mía; y entonces, Esquire Marsh, levantándose, dijo a los jueces que le placía al rey que me pusieran en libertad, no habiendo acusador que se presentase en contra mía. Me preguntaron si, en tal caso, quería dejar la cuestión al rey y a su consejo; y les respondí, "Sí, con la mejor voluntad;" y enviaron al rey la respuesta del alguacil, al *habeas corpus*, en que constaba la acusación, para que así viesen porque me habían condenado.

Considerando el todo de la cuestión, el rey, satisfecho de mi inocencia, mandó a su secretario que enviara una orden, al juez Mallet, para que me pusiera en libertad.

De manera, que, después de estar preso, por más de veinte semanas, fui gratuitamente puesto en libertad, por orden del rey; habiéndose manifestado claramente el poder del Señor, para demostrar mi inocencia.

## CAPÍTULO XV

### Cuando entró el Rey 1660-1662

Cuando se supo que había salido del castillo de Lancaster, unos cuantos espíritus malos y envidiosos se azoraron; y el terror se apoderó del juez Porter, que temía tomara ventaja de la ley que lo condenaba por mi injusto encarcelamiento; y lo hundiera a él, a su mujer y a sus hijos. Tanto más que alguien, muy autorizado, me incitaba a que, a él y al resto, los castigara de un modo ejemplar; mas yo debía dejarlos en las manos del Señor, y si el Señor los perdonaba no debía yo de molestarlos por ellos.

En esto, vi que mis dolores, a causa de los penosos ejercicios por que pasé en Reading, llegaban a su fin. El infinito poder del Señor era sobre todo y Su bendita verdad, vida y luz brillaban por toda la nación; celebramos gloriosas reuniones, en paz y tranquilidad, y muchos fueron los que llegaron a la Verdad. Ricardo Hubberthorne, había estado con el rey, el cual le había dicho que nadie nos molestaría, siempre que viviésemos pacíficamente, y, habiéndoselo prometido, bajo palabra de rey, le dijo que podía hacer uso de tal promesa. También algunos Amigos fueron admitidos en la casa de los Lores, con libertad de declarar las razones por las cuales no podían pagar los diezmos, jurar, asistir a las ceremonias religiosas, que se celebraban en los templos, o unirse con otros para rendir culto alguno; y se les escuchó con moderación, lo cual, jamás hubiésemos conseguido bajo los gobiernos anteriores, que nunca nos hubieran concedido tanto favor. Y habiendo hasta setecientos Amigos en las prisiones, que habían sido condenados bajo el gobierno de Oliver y el de Ricardo, por no seguir los usos del mundo; cuando entró el rey, los puso a todos en libertad. Y, a pesar de que en la batalla de Dunbar, O. C, prometiera al Señor que, de darle la victoria sobre sus enemigos, suprimiría los diezmos etc . . . y que de no cumplir tal promesa que lo dejara

rodar a la tumba con infamia; cuando el Señor le hubo dado la victoria y llegó luego a ser el jefe, ratificó las antiguas leyes de que, aquél que no pagase los diezmos, pagaría después triple, lo cual sería ejecutado por dos Magistrados de la región, bajo juramento de dos testigos.

Mas, cuando entró el rey, se apoderaron de él, y lo ahorcaron; y lo enterraron bajo Tyburn, rodando así a la tumba con infamia; y cuando allí lo vi ahorcado, vi cuan justamente sus palabras cayeron sobre él. Parecía como que, en aquellos días, tenía el gobierno la intención de garantizar la libertad de los Amigos, porque se habían dado cuenta de que nosotros habíamos sufrido tanto como ellos bajo poderes anteriores; mas a pesar de ello, siempre que algo favorecía la realización del proyecto, no faltaba algún espíritu inmundo que, simulando estar a nuestro lado, no pusiera algún obstáculo de por medio. Se dijo que estaba ya escrito el decreto, no faltando más que firmarlo, cuando, de repente, estalló el malhadado intento de la quinta monarquía que sublevó la ciudad de Londres y toda la nación. Un Primer día, por la noche, habiéndose celebrado aquel día una muy gloriosa reunión, en la que la Verdad del Señor brilló sobre todos y Su poder fue exaltado sobre todo, a eso de las doce, o un poco después, al redoblar de los tambores se oyó el grito de "¡A las armas! ¡A las armas!" Me levanté y embarcándome de mañana bajé a tierra en las escaleras de Whitehall, por donde pasé, mirándome la gente con extrañeza; mas yo cruzando por en medio de ella me fui a Pall Mall y allí vinieron varios Amigos, a pesar de que era peligroso andar por las calles por razón de que la ciudad y los suburbios estaban en armas y la gente y los soldados se comportaban muy brutalmente. Grandes males se cometieron en la ciudad, aquella semana, y cuando llegó el Primer día, muchos Amigos fueron hechos prisioneros cuando se dirigían a sus reuniones.

Me quedé en Pall Mall, con la intención de asistir a la reunión, pero, el Séptimo día por la noche, vino un grupo de soldados que llamaron a mi puerta. La sirvienta los dejó entrar y, abalanzándose dentro de la casa, se apoderaron de mí; y uno, que había servido al parlamento, metió la mano en mi bolsillo preguntándome si no llevaba armas. Le dije que ya sabía él que no llevaba arma alguna, y que no había porque hacerme tal pregunta sabiendo que era yo un hombre de paz. Otros soldados entraron por las habitaciones y, en el lecho,



encontraron a Esquire Marsh, que, a pesar de que pertenecía al dormitorio del rey, por su amor hacia mí vivía conmigo. Cuando bajaron, preguntaron, "¿Por qué tenemos que llevarnos este hombre? Nosotros queremos dejarlo en paz." "¡Oh!" dijo entonces el del parlamento, "es uno de los jefes y cabeza del partido." Ante esto, los soldados se disponían a llevarme, pero al oírlo, Ricardo Marsh, mandó a buscar al que mandaba el grupo y le pidió que me dejasen porque quería que compareciese a la mañana siguiente.

Por la mañana, antes de que pudiesen cogerme y antes de que se empezase la reunión, vino a la casa un grupo de soldados de a pié y sacando uno su espada la suspendió sobre mi cabeza. Le pregunté porque sacaba su espada contra un hombre indefenso; ante lo cual sus compañeros lo advirtieron a que la retirase. Estos soldados me llevaron a Whitehall, antes de que los otros viniesen por mí; y mientras iba con ellos me encontré con varios Amigos que venían a la reunión, a los cuales recomendé valor y resignación, y les di ánimos para que perseverasen en la Verdad. Cuando llegamos a Whitehall, los soldados y la gente se comportaron brutalmente, pero no obstante les declaré la Verdad; mas algunas personas de significación que estaban llenas de envidia, se acercaron y les dijeron, "Cómo! ¿Lo dejáis predicar? Metedlo en algún sitio donde no pueda incitar a la gente." Me encerraron bajo la vigilancia de los soldados, y les dije que aunque confinaran mi cuerpo y lo encerrasen no podrían detener la palabra de vida. Entonces vinieron unos que me preguntaron quien era; a los cual respondí, "Un predicador de lo que es justo;" y después de estar allí por dos o tres horas, Ricardo Marsh habló a Lord Gerardo que vino y los amonestó a que me pusieran en libertad. Cuando me soltaron, el mariscal me pidió feudos. Le dije que no le daría nada, por no ser nuestra costumbre, y le pregunté como era que me pedía feudos siendo yo inocente; sin embargo, le añadí que, dentro de mis medios, le daría dos centavos para que él y los soldados fuesen a beber; pero protestaron de ello tomándolos con desdén y les dije que si no los querían aceptar, que eligiesen, porque no les pagaría feudo alguno.

Entonces me dirigí a los guardas, estando sobre ellos el poder del Señor; y luego que hube declarado la Verdad a los soldados, me fui calle arriba, encaminándome a una posada, con dos coroneles irlandeses que venían de Whitehall; en cuya posada

estaban presos muchos Amigos bajo custodia. Quise que los coroneles hablasen a los guardas para que me dejaran entrar a ver a los Amigos allí presos, pero no quisieron; y dirigiéndome, entonces, al centinela le pedí que me dejase subir, a lo que accedió. Mientras estaba allí, los soldados habían vuelto a buscarme a Pall Mall; pero no encontrándome vinieron a la posada y dijeron que saliesen todos los que no estaban presos, los cuales salieron, mas yo pregunté a los soldados, que estaban dentro, si no podría quedarme todavía un rato con mis Amigos y, como me respondieron afirmativamente, me quedé y así escape otra vez a los soldados. Hacia la noche, fui a Pall Mall para ver como estaban los Amigos y después de pasar allí un rato me fui a la ciudad.

Margarita Fell, fue a ver al rey y le habló de cuan tristemente iban las cosas en la nación; haciéndole ver que éramos nosotros inocentes y gentes de paz, que continuaríamos celebrando nuestras reuniones por mucho que sufriésemos; mas que a él concernía hacer que se guardase la paz y que la sangre inocente no se derramase. En todas partes, las prisiones estaban llenas de Amigos y de otros presos, así en las ciudades como en los pueblos, y eran tantos los postes de vigilancia para impedir el paso de las cartas, que nadie pasaba sin ser registrado. Habiendo oído de varios miles de Amigos que estaban presos, en diferentes lugares del país, Margarita Fell, hizo llegar una relación de cuantos eran, al rey y a su consejo. A la mañana siguiente, recibimos noticia de varios miles más que habían sido encarcelados y Margarita también lo comunicó al rey y al consejo, que estaban maravillados de que pudiésemos saberlo, habiendo órdenes estrictas de que se interceptasen todas las cartas; mas era voluntad del Señor que recibiésemos estas noticias a pesar de sus esfuerzos por impedirlo.

Habiendo perdido una declaración anterior, en la prensa, enseguida escribimos otra, en contra de conspiraciones y luchas, que imprimimos; y mandamos copias al rey y al consejo, y otras se vendieron por las calles y en la bolsa.

Esta declaración despejó un tanto el aire cargado que pesaba sobre la ciudad y sobre el campo; y poco después, el rey hizo pública una proclama de que los soldados no podrían registrar casa alguna de no ir acompañados de un condestable. Mas las prisiones continuaban llenas, contándose por miles los Amigos encarcelados; cuya desgracia fue ocasionada por la in-

fortunada sublevación de los de la quinta monarquía. Pero cuando los presos fueron ejecutados, nos hicieron la justicia de decir abiertamente que nosotros no habíamos tomado parte alguna en la sublevación y que no teníamos el menor conocimiento de ella. Después de esto, el rey, a quien continuamente estaban importunando para que lo hiciese, publicó una declaración de que los Amigos fuesen puestos en libertad sin pagar feudo alguno. Pero gran trabajo, penas y dolores costó el conseguirlo; pues Margarita Fell y Tomas Moore tuvieron que ir muchas veces a ver al rey.

A pesar de que los Amigos, encarcelados a causa del levantamiento de los de la quinta monarquía, fueron puestos en libertad, no por eso dejaron de molestarlos, en gran manera, en sus reuniones; y pasaron por grandes sufrimientos, porque, aparte de lo que hacían los soldados y oficiales, también venían a las reuniones muchos individuos feroces y brutales. En una ocasión, vino a la reunión de Pall Mall, estando yo allí, un embajador, en compañía de unos irlandeses y de otros individuos brutales; y como la reunión se había terminado, antes de que ellos llegasen, subía a la habitación cuando oí que uno de estos decía que mataría a todos los Cuáqueros. Bajé a donde estaba y, sintiéndome dirigido a hablarle en el poder del Señor, le dije así, "Dice la ley, ojo por ojo, diente por diente; mas tu amenazas con matar a todos los Cuáqueros sin que te hayan hecho daño alguno. Mas," continué, "he aquí palabras del evangelio para ti, aquí tienes mi cabeza, aquí tienes mis mejillas, aquí tienes mi espalda;" y al mismo tiempo se la volví. Esto los sorprendió de tal manera, que, tanto él como sus compañeros, quedaron atónitos, y dijeron; que si éstos eran nuestros principios y éramos nosotros como decíamos ser, jamás vieran cosa igual en toda su vida; y entonces les dije que era yo en mis hechos igual como en mis palabras. En esto, entró el embajador, que se había quedado fuera porque dijo que el coronel irlandés estaba tan furioso, que no se había atrevido a entrar con él por temor de que nos hiciera algo; mas, descendiendo la Verdad sobre él, se comportó afablemente con nosotros, como también el embajador; ya que el poder del Señor era sobre todos.

Antes de esto, habíamos recibido noticias de Nueva Inglaterra; en las que nos hacían una relación de como el gobernador había hecho una ley por la que desterraba a todos los Cuáqueros

de sus colonias, bajo pena de muerte si volvían; y que algunos Amigos así desterrados, volvieron, y fueron ahorcados, y que muchos más estaban en las cárceles en peligro de ser llevados al suplicio. Cuando los primeros fueron sentenciados a muerte, estaba yo en la prisión de Lancaster, y, a pesar de que entonces nada sabíamos de esto, sentí sus sufrimientos como si se tratase de mí mismo y como si la soga rodease mi propio cuello.

Así que lo supimos, Eduardo Burrough, fue a ver al rey y le dijo que en sus dominios se había abierto una vena de sangre inocente que de no cerrarse amenazaba con inundarlo todo; a lo cual el rey replicó, "Mas yo la cerraré;" y entonces Eduardo Burrough le dijo, "En ese caso, hacedlo enseguida, porque no sabemos cuantos serán, muy pronto, condenados a muerte." "Tan de prisa como queráis. Llamad," dijo a alguien que estaba presente, "al secretario y ahora mismo lo haré." Y llamando al secretario un *mandamus* fue autorizado inmediatamente. Uno o dos días después, Eduardo Burrough, volvió a ver al rey para que el asunto se arreglase enseguida; y le dijo el rey que, de momento, no se le presentaba ocasión de mandar allí ningún barco, pero que si nosotros queríamos, podíamos hacerlo tan pronto como quisiéramos. Eduardo Burrough, preguntó entonces al rey, si querría mandar, como diputado suyo, a uno de los llamados Cuáqueros; para que llevase el *mandamus* a Nueva Inglaterra; y el rey le respondió, "Sí, a quien vos queráis;" a consecuencia de lo cual, E. B., llamado Samuel Shattock, a lo que me acuerdo, que había vivido en Nueva Inglaterra, siendo desterrado por la ley en contra de los Cuáqueros, bajo pena de muerte si volvía, recibió la autorización de ir como diputado del rey. Entonces, mandamos a buscar a Rodolfo Goldsmith, un Amigo honesto, que poseía un buen barco, y convenimos con él en que, por trescientas libras, se haría a la mar en diez días, con o sin mercancías; y, disponiéndose a salir, inmediatamente, con viento favorable llegaron, en cosa de seis semanas, a la ciudad de Boston, en Nueva Inglaterra; el Primer día por la mañana, llamado Domingo. Muchos pasajeros se embarcaron, de la vieja y nueva Inglaterra, Amigos, a quienes el Señor había dirigido a ir, para dar testimonio en contra de aquellos perseguidores sanguinarios que, en aquellos días, excedieran a todos los demás, en sus persecuciones.

Los habitantes de Boston, al ver que entraba en la bahía un

barco con los colores ingleses, enseguida subieron a bordo preguntando por el capitán; y Rodolfo Goldsmith les dijo que él era el comandante. Le preguntaron si traía cartas y al responderles afirmativamente le preguntaron entonces si quería entregarlas; y les respondió, "Hoy no." Después de esto, bajaron a tierra y fueron diciendo que había llegado un barco lleno de Cuáqueros, y que con ellos estaba Samuel Shattock, que sabían que sería condenado a muerte por su ley, de volver después de haber sido desterrado; mas ellos no sabían del mensaje que traía ni de la autoridad con que venía investido.

Aquel día, nadie desembarcó, prohibiéndose que bajase a tierra ningún pasajero; y a la mañana siguiente, desembarcaron, Samuel Shattock, diputado del rey, y Rodolfo Goldsmith, comandante del barco; y, dando orden de que volvieran al barco los que los habían llevado a tierra, solos fueron, por la ciudad, hasta la puerta del gobernador, Juan Endicott, y llamaron. El gobernador, mandó a un hombre para que los oyese y le mandaron a decir que lo que allí los llevaba era asunto del rey de Inglaterra; y que a nadie darían su mensaje más que al mismo gobernador. Fueron entonces admitidos, y el gobernador vino a su encuentro; y, luego que hubo recibido la diputación y el *mandamus*, se quitó el sombrero y se los quedó mirando. Entonces se dispuso a salir y, pidiendo a los Amigos que lo acompañasen, fue a ver al diputado gobernador; y después de una breve consulta, salió y dirigiéndose a los Amigos, dijo, "Nosotros tenemos que obedecer los mandatos de Su Majestad." Después de esto, el comandante dio libertad a los pasajeros de que bajasen a tierra; y, como en el momento había corrido por la ciudad lo sucedido, los Amigos de la ciudad y los del barco se reunieron para ofrecer alabanzas y gracias al Señor, que de tan maravillosa manera los había librado de las fauces del que iba a devorarlos. Mientras así estaban juntos llegó un pobre Amigo que, sentenciado a muerte, por tan sanguinaria ley, había estado algún tiempo preso con grillos, esperando ser ejecutado; y esto se añadió a su alegría, haciendo que elevasen sus corazones en alabanzas al Señor, que eternamente merece gloria, alabanza y honor; ya que solo El puede salvar a todos los que sincera mente confían en El.

Antes de esto, mientras estaba yo preso en el castillo de Lancaster, se publicó un libro llamado "*The Battledore*,"<sup>1</sup> que se escribió para demostrar que, en todas las lenguas, la forma tú,

es la propia para hablar a una sola persona, y vos a más de una. Esto se probó, en cerca de treinta lenguas, con ejemplos sacados de las Escrituras y de libros de texto, que a J. Stubbs y a Benjamin Furlly mucho les costó recopilar, por indicación mía, añadiendo yo algunas cosas. Cuando el libro estuvo terminado, se le enviaron copias al rey y a su consejo, a los obispos de Canterbury y de Londres, y a cada una de las dos universidades; y muchos lo compraron.

Entre los muchos disgustos que pasaban los Amigos, por cuestiones externas, se referían algunos a la cuestión de sus matrimonios, que muchas veces fueron puestos en duda. Este año,<sup>2</sup> se celebró un juicio en la sala de la audiencia de Nottingham, discutiéndose el siguiente caso. Algunos años antes, dos Amigos se unieron en matrimonio, entre los Amigos, y vivieron juntos como marido y mujer por cerca de dos años; y el hombre murió dejando a su mujer, que estaba encinta, tierras con su debida escritura. Cuando la mujer hubo dado a luz, el jurado presentó al niño como heredero de las tierras de su padre, quedando así legalizado. Más tarde, otro Amigo se casó con la viuda y después de esto, un hombre, que tenía algún parentesco con el primer marido, puso pleito en contra del Amigo que se había casado con la viuda, intentando desposeerlos y privar al niño de su herencia en beneficio propio, por ser él el heredero más próximo del muerto; y para conseguirlo, intentó probar que el niño era ilegítimo alegando que el matrimonio no se había celebrado de acuerdo con la ley. Al abrirse la causa, el consejo que hacía la demanda empleó palabras de lo más indecentes refiriéndose a los Amigos, diciendo, además de otras pésimas expresiones, que se aparejaban como las bestias. Luego que los consejos de ambos lados hubieron alegado sus razones, el juez (que era el juez Archer), tomó el asunto por su cuenta, y lo expuso al jurado diciéndole que, en el Paraíso, había habido un matrimonio cuando Adán tomó a Eva y Eva tomó a Adán; y que era el consentimiento de las dos partes lo que hacía válido el matrimonio. En cuanto a los Cuáqueros, dijo que no conocía sus opiniones, pero que no creía que se uniesen como las bestias, según se había dicho, sino como cristianos; y, a consecuencia de todo lo dicho, resultaba que el matrimonio era legal y el niño heredero legítimo. Y para mejor satisfacer al jurado, le puso el siguiente ejemplo, con esta intención. Un hombre que, débil de cuerpo, yacía en

el lecho, quiso casarse en tal estado, y para ello declaró, ante testigos, que tomaba por esposa a la mujer elegida, la cual también declaró que tomaba a aquel hombre por marido. Este casamiento fue después llevado a juicio y, según dijo el juez, todos los obispos de aquella época decidieron que el matrimonio era legal. Ante esto, el jurado dio el veredicto en favor del niño y en contra del hombre que lo había querido desposeer de su herencia.

Antes mencioné, como, en el año de 1650, estuve preso seis meses en la casa de corrección de Derby, y como, el carcelero, que era un hombre cruel, se había comportado perversamente conmigo, haciéndose así daño a sí mismo, ya que, por esta razón, cayeron sobre él las plagas del Señor. Este hombre, después se convirtió de la Verdad y me escribió la siguiente carta.

Querido amigo: Teniendo a mano un mensajero conveniente, no puedo menos de escribirte, dándote una relación de mi estado presente, en recuerdo de que, cuando mi primer despertar al sentido de la vida, y al principio interior, Dios se plació en usarte a ti como instrumento. De modo que algunas veces me siento arrebatado de admiración de que ello sucediera por los medios que sucedió: O sea, que la providencia ordenase que fueras tú mi prisionero, para que por vez primera tuviese yo una real visión de la Verdad; y esto me hace pensar más de una vez en la conversión del carcelero por los apóstoles. ¡Oh, feliz, Jorge Fox, el primer aliento que de vida se respiró dentro de los muros de mi casa! A pesar de que mis infortunios materiales han sido muchos desde aquellos días, que nada soy ya en el mundo, espero que después, todas estas ligeras aflicciones, que no son más que momentáneas, contribuirán a darme una mucho mayor y eterna gloria. Todo me lo han quitado, y ahora, en vez de ser el guardián de la prisión, estoy más bien esperando la hora en que yo mismo sea prisionero. Ruega por mí, que mi fe no decaiga, sino que en alto la mantenga hasta el día de mi muerte, para que así pueda recibir la corona de vida. Grandes deseos tengo de saber de ti, y de tu estado, que tanto gozo me daría. No poseyendo, en el momento, más que mi dulce amor por ti y por todos los Amigos cristianos que contigo están; tuyo quedo en Jesucristo.

Tomas Sharman

Derby, el 22 del cuarto mes de 1662.

Luego que me hube detenido algún tiempo en Londres, y hube allí cumplido con los servicios que en aquellos días el Señor me había encomendado, me fui al campo en compañía de Alejandro Parker y de Juan Stubbs y, viajando, fuimos visitando a los Amigos hasta que llegamos a Bristol. Allí oímos de que los oficiales se disponían a venir a disolver nuestra reunión; mas con todo y ello fuimos a la reunión en Broadmead y, levantándose el primero Alejandro Parker, mientras estaba hablando vinieron los oficiales y se lo llevaron. Después de que se marchó me puse yo en pié y declaré la infinita Verdad del Señor Dios, en Su eterno poder, que descendió sobre todos. La reunión transcurrió en calma todo el resto del tiempo y luego se disolvió pacíficamente. Allí me quedé hasta el siguiente Primer día, visitando a los Amigos y siendo visitado por ellos.

El Primer día siguiente, varios Amigos vinieron a casa de Eduardo Pyot, (donde había yo pasado la noche) e hicieron grandes esfuerzos para persuadirme de que no fuese aquel día a la reunión, pues, según decían, los magistrados habían amenazado con prenderme, habiendo ya movilizado las milicias. Mas yo quise que fuesen a la reunión sin decirles lo que intentaba hacer; y luego dije a Eduardo Pyot que tenía la intención de ir yo también, y entonces el mandó a su hijo que me enseñara el camino desde su casa a través de los campos. Cuando me encaminaba a la reunión, me encontré con varios Amigos que venían a impedir que fuera y que hicieron todo lo imaginable para detenerme. "¡Ay!" decían los Amigos, "¡Pero qué! ¿Quieres ir a meterte en la boca del lobo?" Los aparté y, siguiendo adelante, cuando llegué a la reunión, Margarita Thomas estaba hablando; y cuando hubo terminado, yo me puse en pié. Vi la preocupación y el temor en los Amigos, por causa mía; pero el poder del Señor, en el que hablé, pronto dispó sus temores; la vida irrumpió y celebramos una gloriosa reunión. Luego que hube terminado con todo cuanto recibiera del Señor para decir en aquella reunión, me sentí dirigido a rezar; y volviendo luego a ponerme en pié, dije a los Amigos, que bien podían ver como había un Dios en Israel que podía libertar.

Fue esta una larga reunión muy fervorosa; la Verdad fue sobre todos, la vida fue exaltada, difundiéndose por todos, y luego nos separamos en paz. Habían estado los oficiales y



soldados disolviendo otra reunión, de modo que la nuestra se terminó antes de que llegasen. Mas luego supe que estaban enfurecidos por habérmeles, escapado; pues se oyó que uno decía a otro, "Doy por seguro que lo hemos de coger;" mas el Señor los contuvo.

Después de pasar dos Primeros días en la reunión de Broadmead, sintiendo que en Bristol ya se había terminado mi misión, fui por el campo, visitando a los Amigos, hasta que llegué a Londres; y celebré grandes reuniones mientras iba de camino.

#### NOTAS AL MARGEN

1. Este libro, para que maestros y profesores aprendan el uso del singular, plural etc. etc. . . . se publicó en 1660.
2. El juicio tuvo lugar en el año de 1661.

## CAPÍTULO XVI

### Por los Condados 1662-1663

Sintiéndome espiritualmente arrastrado a visitar a los Amigos del Norte, llegué hasta Leicestershire, celebrando reuniones con los Amigos, conforme iba viajando.

Estando en Swannington, vinieron a verme algunos Amigos que, al anochecer, se marcharon dejándome en casa de otro Amigo. Llegada la noche, estaba en el vestíbulo, hablando con una viuda y con su hija, cuando llegó el llamado Lord Beaumont,<sup>1</sup> junto con un grupo de soldados, que, dando con los pomos de sus espadas en la puerta, se abalanzaron dentro de la casa, blandiendo espadas y pistolas, a la vez que gritaban, "Encended las velas, guardad las puertas;" y, apoderándose de los Amigos de la casa, les preguntaron si no había en ella nadie más; a lo cual respondieron que, en el vestíbulo, estaba otro hombre. Estaban allí algunos Amigos de Derbyshire, uno de los cuales se llamaba Tomas Fauks; y luego que Lord Beaumont hubo preguntado los nombres de todos, dijo a su secretario que escribiera el nombre del Amigo, Tomas Fox, mas éste le dijo que su nombre no era Fox, sino Fauks. Mientras tanto, vinieron algunos soldados a donde yo estaba y me llevaron a presencia de Lord Beaumont; y, al preguntarme como me llamaba, le respondí que Jorge Fox y que por este nombre era bien conocido. "¡Ah!" exclamó, "Entonces sois conocido en el mundo entero;" y le dije, "Soy conocido por no haber hecho ningún daño sino bien." Entonces metió sus manos en mis bolsillos para registrarme y sacó el estuche del peine; y luego dio orden a un oficial de que me registrara con más detenimiento, pretendiendo que lo hacía para ver si me encontrarían cartas. Le dije que no era yo ningún correo, y le pregunté porque había venido a la casa de gentes pacíficas, con soldados armados de espadas y pistolas, sin un condestable; todo lo cual era contrario a la proclama del rey y a la última

Acta. Porque no podía decir que allí se estuviera celebrando una reunión; ya que me habían encontrado hablando con una pobre viuda y con su hija. Al hablarle en esta forma, se calmó un poco, pero, no obstante, mandó a buscar a los condestables y, encomendándonos a ellos, les dejó dicho que a la mañana siguiente nos llevaran a su presencia. En cumplimiento de sus órdenes, los condestables, dejaron aquella noche a uno de la ciudad para que nos vigilase; y a la mañana siguiente nos llevaron a su casa, que estaba a una milla de Swannington.

Cuando estuvimos ante él, nos dijo que nos reuníamos en contra de lo que disponía el Acta; y entonces quise que nos la enseñase. "¿Para qué?" preguntó, "si la lleváis en el bolsillo." Le dije entonces, que él no nos había encontrada celebrando ninguna reunión. Nos preguntó luego si no querríamos prestar los juramentos de Fidelidad y Supremacía; y le res pondí que jamás en mi vida prestara juramento alguno, ni me había comprometido a nada, ni hiciera ningún pacto. A pesar de ello, quería obligarnos a prestar juramento. Quise entonces que nos mostrara la fórmula del juramento, para ver si se refería a nosotros y si no era para descubrir a los papistas no-conformistas. Finalmente, trajo un librito pequeño; pero nosotros le pedimos el libro de estatutos. No nos lo quiso mostrar; y, haciendo redactar un decreto de prisión, en el que se mencionaba que estábamos celebrando una reunión, con él nos entregó a los condestables, para que nos acompañasen a la cárcel de Leicester. Pero, cuando estuvimos en Swannington, no podían encontrar nadie que nos acompañase, por ser el tiempo de la cosecha, y porque a la gente no le gustaba llevar a sus vecinos a la cárcel, especialmente en días de tanto trabajo. En vista de esto, querían darnos nuestro decreto de prisión para que lo llevásemos nosotros mismos a la cárcel; ya que era costumbre, de los condestables, dar sus propios decretos de prisión a los Amigos (de tanta confianza como tenían en ellos), y ellos mismos con el decreto se presentaban al carcelero. Mas nosotros les dijimos que, a pesar de que nuestros Amigos lo habían hecho otras veces, no tomaríamos aquel decreto y que alguien tendría que venir con nosotros hasta la cárcel. Finalmente, alquilaron a un pobre hombre, labrador, para que fuese con nosotros; el cual no tenía ningunas ganas de ir, a pesar de estar alquilado; y, siendo cinco en número, cabalgamos hasta Leicester. Llevaban algunos las biblias abiertas

en la mano y así iban declarando la Verdad, conforme cabalgábamos por campos y ciudades, diciendo a las gentes que éramos nosotros presos del Señor Jesucristo, que íbamos a sufrir que nos encerrasen por la causa de Su nombre y de su Verdad. Una mujer, Amiga, llevaba su rueca en el regazo, para seguir hilando en la prisión. La gente nos miraba emocionada.

En Leicester, fuimos a una posada, y el posadero, que parecía muy disgustado de que tuviésemos que ir a la prisión, teniendo él alguna comisión que hacer, mandó a buscar abogados de la ciudad para pedirles consejo; y quería quitarnos el decreto y tenernos en su casa sin dejar que fuésemos a la prisión. Dije yo a los Amigos, que sería mucho gasto el que nos quedásemos en la posada; que vendrían muchos Amigos y otros a vernos, y que sería difícil para el posadero dejar que celebrásemos reuniones en su casa; además, de que, teniendo ya muchos Amigos en la cárcel, mejor sería que estuviésemos con ellos. De modo que, diciéndole al posadero lo mucho que nos había emocionado su bondad, nos fuimos a la prisión; entregando, el pobre hombre que nos había llevado, el decreto y nuestras personas al carcelero. Era éste un hombre muy malo y cruel; pues, antes de llegar nosotros, habían ya metido en la prisión a seis o siete Amigos, con los cuales busco motivos de querellarse metiéndolos en el calabozo entre los delincuentes; y apenas si tenían allí habitación en donde echarse para dormir. Todo aquel día, lo pasamos en el patio de la cárcel, y, al pedirle al carcelero que nos diera un poco de paja, nos respondió malhumorado, "No tenéis vosotros aspecto de dormir en la paja." Al cabo de un rato, Guillermo Smith, un Amigo, se me acercó; y como él conocía la casa, le pregunté qué habitaciones había y en qué habitaciones acostumbraban a meter a los Amigos, antes de que los llevasen al calabozo; y también le pregunté, si era el carcelero o su mujer, quién mandaba allí. Me dijo que la mujer mandaba y que, a pesar de que estaba lisiada y la mayor parte del tiempo sentada en una silla, no pudiendo andar más que con muletas, pegaba a su marido, cuando lo tenía a su alcance, si no hacía las cosas como ella quería. Me puse entonces a considerar que, probablemente, vendrían a visitarnos muchos Amigos y que de tener una habitación para nosotros solos, sería mejor para los que viniesen a vernos; que así podrían hablar con nosotros y yo con

ellos, de haber ocasión; por donde, quise que Guillermo Smith fuese a hablar con la mujer y le hiciese saber que, de dejar que tuviésemos una habitación para nosotros y que nuestros Amigos saliesen del calabozo, dejando a nuestro criterio que le diésemos lo que nos pareciese conveniente, sería mejor para ella. Fue Guillermo Smith y, después de algunas razones, la mujer consintió dejando que tuviésemos una habitación. Allí nos dijeron que el carcelero no permitiría que, de la ciudad, nos trajesen nada de beber, sino que la cerveza que bebiésemos se la tendríamos que pedir a él. Les respondí que esto lo remediaría, porque, con un cubo de agua y un poco de ajenjo todos los días nos bastaría; de modo que no le pediríamos su cerveza y el agua no la podría negar.

Cuando llegó el Primer día, dije a uno de mis compañeros de prisión que cogiese un taburete y lo bajase al patio; y que hiciese saber, a los presos por deudas y a los delincuentes, que iba a celebrarse una reunión, en el patio, a la que podían asistir todos los que quisieran oír la palabra del Señor. Todos se reunieron en el patio y celebramos una bellísima reunión, sin que el carcelero se metiera en nada. Dije a mis compañeros de prisión, que si alguno recibiera algo del Señor, que decir a la gente, que lo dijese, y de venir el carcelero, yo le hablaría. Y así fue como celebramos una reunión todos los Primeros días, durante todo el tiempo que estuvimos en aquella prisión. Muchos asistieron a ella, de la ciudad y del campo; y allí recibieron la Verdad algunos que, desde entonces, quedaron para siempre testigos fieles de ella.

Cuando empezaron las sesiones del tribunal, nos llevaron a presencia de los Magistrados, junto con otros muchos Amigos que habían sido encarcelados desde que nosotros estábamos allí. Éramos entre todos unos veinte. Cuando entramos en la sala del tribunal, el carcelero nos puso en el lugar donde se pone a los ladrones; y luego un magistrado nos presentó los juramentos de Fidelidad y de Supremacía. Les dije que jamás había prestado un juramento en mi vida y que ya sabían ellos que nosotros no podíamos jurar, porque Cristo y sus apóstoles lo habían prohibido; o sea, que nos lo presentaban con intención de ponernos una trampa. Quise también que leyeran nuestro decreto de prisión, donde se decía que la causa de nuestra detención había sido estar celebrando una reunión; y dije que Lord Beaumont no podía mandarnos a la cárcel por el Acta, de

no habernos sorprendido celebrando una reunión y ser nosotros las personas a quienes al Acta se refería. Sin embargo, queríamos que se leyera el decreto de prisión para que se viera de cuan injusta manera nos habían encarcelado. No se dieron por enterados de lo del decreto; mas, llamando al jurado, nos acusaron de habernos negado a prestar los juramentos de Fidelidad y Supremacía. Cuando el jurado hubo escuchado y ya se retiraba, uno, que había sido regidor de la ciudad, les dijo que tuvieran conciencia; y uno del jurado, hombre violento, dijo a los Magistrados que se estaba insultando al jurado. Ante esto, llamaron a este hombre y presentándole el juramento, lo prestó.

Mientras estábamos en donde acostumbran a estar los ladrones, un ratero, metió la mano en los bolsillos de varios Amigos, que lo dijeron a los magistrados, mostrándoles al hombre. Lo llamaron e interrogado no pudo negarlo; sin embargo, lo pusieron en libertad.

Al poco rato, volvió el jurado que nos declaró culpables. Entonces los magistrados, después de que se dijeron algunas palabras al oído, mandaron al carcelero a que nos volviera a llevar a la prisión; y como había allí gran concurrencia, la mayoría se dispuso a seguirnos, de modo que el pregonero y los alguaciles se vieron obligados a llamar a la gente para que volviese a la sala. Yendo a la prisión, fuimos declarando la Verdad por las calles llenas de gente. Cuando estuvimos de vuelta en nuestra habitación, al cabo de poco tiempo, vino el carcelero y dijo que se marcharan todos los que no estaban presos; y luego que se fueron, nos dijo, "Señores, le place al tribunal que todos seáis puestos en libertad, con excepción de los que están aquí por no pagar los diezmos. Vos sabéis que me son debidos feudos; mas yo dejo a vuestra discreción el darme lo que queráis."

Así nos pusieron en libertad, súbitamente, y cada uno siguió su camino, en el cumplimiento de su misión.

De Swannington fuimos a Warwickshire, donde celebramos una buenas reuniones, y luego fuimos a Northamptonshire y a Bedfordshire, visitando a los Amigos hasta que llegamos a Londres.

Después de la muerte de Eduardo Burrough, vino, impulsada hacia mi, una mujer, de Londres, que se le había antojado, llena la cabeza de imaginaciones, que, por haberse muerto

Eduardo Burrough, nos echarían a todos. El poder del Señor se levantó en mí y el Señor me impelió a que le dijese que su impulso era falso y que estaba engañada; y así la mandé a su casa. Y los Amigos me contaron que Eduardo Burrough había dicho que de haber estado yo una hora con él se hubiese puesto bien.

Al cabo de algún tiempo, viajé por Kent en compañía de Tomas Briggs. Fuimos a Ashford, donde celebramos una reunión tranquila y bendita; y el Primer día celebramos otra, muy buena y pacífica, en Cranbrook. Fuimos entonces a Tenterden y allí celebramos una reunión a la que asistieron Amigos venidos de diferentes lugares, viniendo también muchas gentes del mundo que fueron alcanzadas por la Verdad. Cuando la reunión se hubo terminado, me fui con Tomas Briggs a pasear por un cercado, mientras preparaban nuestros caballos, y, volviendo la cabeza, percibí que se acercaba un capitán, junto con un grupo de soldados, que llevaban mechas encendidas y mosquetes. Unos soldados se nos acercaron y nos dijeron que teníamos que ir a donde estaba su capitán. Cuando estuvimos ante él, nos preguntó, "¿Dónde está Jorge Fox? ¿Quién es? y le respondí, "Yo soy el que buscáis." Se me acercó entonces, algo sorprendido, y me dijo, "Voy a ponerme en seguridad entre los soldados." Los llamó para que me prendiesen y detuvo también a Tomas Briggs y al dueño de la casa, junto con muchos más; mas el poder del Señor era sobre ellos. Luego se me volvió a acercar y me dijo que tenía que ir con él a la ciudad. Se comportó con gran cortesía y pidió a los soldados que trajesen al resto tras de nosotros. Conforme íbamos andando le pregunté porque habían hecho esto, ya que yo no había visto tanto tumulto de mucho tiempo; y le pedí que se comportase civilmente con sus vecinos que eran gente pacífica. Cuando llegamos a la ciudad, nos llevaron a una posada, que era la casa del carcelero, y, al cabo de un rato, el alcalde de la ciudad, este capitán y el teniente, que eran también magistrados, vinieron y me preguntaron porque había ido allí a provocar disturbios. Les respondí que no había ido con tal intención y que nada había provocado desde mi llegada. Me dijeron entonces, que había una ley en contra de las reuniones de Cuáqueros, hecha sólo para ellos; y les dije que no sabía de tal ley. Al oír esto, nos presentaron el Acta que se había publicado en contra de los Cuáqueros y de otros; y les dije que era

en contra de los que aterraban a los súbditos del rey, siendo enemigos y sosteniendo principios peligrosos para el gobierno, y que, por consiguiente, no era en contra nuestra, porque nosotros sosteníamos la Verdad sin que nuestros principios fueran peligro alguno para el gobierno, y nuestras reuniones eran pacíficas, como ellos bien lo sabían, sabiendo que sus vecinos eran gentes de paz. Dijeron entonces, que era yo enemigo del rey. Les respondí que nosotros amábamos a todo el mundo y que no éramos enemigos de nadie; y que, en cuanto a mí se refería, había estado preso en el calabozo de Derby, cuando las batallas en Worcester, por haberme negado a tomar las armas en contra del rey; y que después, el coronel Hacker, me había llevado a Londres acusado de haber conspirado en favor de la venida del rey Carlos; estando allí preso hasta que Oliver me puso en libertad. Me preguntaron luego si había estado preso cuando la insurrección; y dije que sí, que entonces había estado preso y también después, habiendo sido puesto en libertad por orden del propio rey; y, mostrándoles el Acta, les hice ver la última declaración del rey; les di ejemplos de otros magistrados, y les dije también lo que referente a esto se había dicho en la casa de los Lores. Les hablé también refiriéndome a su propio estado. Los exhorté a que viviesen en el temor de Dios y a que fueran buenos con sus vecinos; a que temiesen al Señor y a que pensarán en la sabiduría de Dios, por la cual todas las cosas han sido creadas, para que así pudiesen recibirla, ser ordenados por ella y con ella ordenar todas las cosas para gloria de Dios. Nos pidieron una fianza que respondiera de que compareceríamos en las sesiones del tribunal; mas nosotros, abogando por nuestra inocencia, nos negamos a dar fianza alguna. Quisieron entonces que prometiéramos que no volveríamos más por allí; mas también nos negamos a esto. Cuando vieron que no podían reducirnos a sus condiciones, nos dijeron que, en tal caso, nos darían prueba de que querían comportarse cortésmente con nosotros; porque le placía al alcalde que todos fuésemos puestos en libertad. Les dije que su cortesía era nobleza y así nos separamos.

Dejando Tenterden, fuimos por el campo, visitando a los Amigos y celebrando grandes reuniones, todas tranquilas sin altercados, excepto, en alguna ocasión, por causa de algún Baptista conflictivo, hasta que finalmente llegamos a Hampshire. Después de una buena reunión en Southampton, fuimos



a Poulner, en la parroquia de Ringwood, donde cada mes se celebraba una reunión a la que asistían muchos Amigos de Southampton, Poole y otros lugares; y como hacía mucho calor, algunos iban muy de mañana. Junto con un Amigo, me fui, paseando, hasta el pomar, enterándome por él de como andaba entre ellos la causa de la Verdad (porque a muchos los había yo convencido, antes de que estuviera preso en Cornwall). Mientras así estábamos conversando, se nos acercó otro hombre, que era un muchacho joven, y nos dijo que las milicias disciplinadas estaban en pie y que había oído que se disponían a venir a disolver nuestra reunión. No era todavía la hora de la reunión, faltando aún tres horas, pero ya estaban allí otros Amigos, que se paseaban por el pomar; y él que antes hablaba conmigo quiso que nos fuéramos todos a un campo de maíz, que estaba allí al lado, y así lo hicimos. Al cabo de un rato, el joven que nos había dicho de las milicias, se marchó, y, cuando ya había andado un buen trecho, se paró, y nos hizo señas con el sombrero. Al verlo, dije al otro joven, que estaba conmigo, que fuese a ver que es lo que quería decir; y fue, pero no volvió, porque, según parece, los soldados habían entrado ya en el pomar. Iba yo andando, cuando vi a los soldados que también me vieron, según luego me dijeron, pero no se les ocurrió decirme nada, y, habiendo llegado tanto tiempo antes de que empezase la reunión, no se detuvieron, prendiendo solamente a los Amigos que encontraron en la casa y a algunos más que encontraron por las callejuelas, llevándoselos a todos. Después de que se fueron, como era ya cerca de las once, enseguida empezaron a llegar los Amigos y celebramos una larga y gloriosa reunión. La infinita semilla de Dios fue elevada sobre todos y, en el nuevo pacto de vida, todos se asentaron sobre su base, Jesucristo.

Hacia el final de la reunión, compareció un hombre, elegantemente vestido, que, deteniéndose a mirar unos momentos mientras yo hablaba, inmediatamente se marchó. Este hombre había venido con mala intención, porque, yéndose a Ringwood, a toda prisa, dijo a los magistrados que en Poulner habían detenido a dos o tres hombres, dejando que Jorge Fox quedara allí predicando a dos o trescientas personas. Al oír esto, los magistrados, volvieron a mandar a los oficiales y soldados; pero como, cuando aquel hombre vino a mirar, la reunión ya tocaba a su fin y después aun tuvo una milla y media de camino para

ir a decir lo que había visto y buscar a los soldados, que tuvieron que andar otro tanto, después de recibir la orden de ponerse en marcha, resultó, que, antes de que llegasen los soldados, se terminó la reunión, a eso de las tres, pacífica y ordenadamente. Después de la reunión, hablé a los Amigos, en cuya casa se había celebrado (la señora de la casa estaba de cuerpo presente), y luego unos Amigos me acompañaron a casa de otro Amigo, que vivía allí cerca; y después de reposar unos momentos, monté a caballo, teniendo que cabalgar, aquella tarde, como unas veinte millas, para ir a casa de un tal Fry, en Wiltshire, donde se iba a celebrar una reunión al día siguiente.

Mientras íbamos de camino, un oficial pasó a nuestro lado, según luego nos dijeron; mas el poder del Señor lo conmovió de tal modo que no se atrevió a decirnos nada.

Después de que nos marchamos, llegaron los oficiales, llenos de animosidad, y, cuando vieron que habían llegado tarde y que se les había escapado la presa, se enfurecieron en gran manera, y estaban irritados con los soldados porque no cogieron mi caballo del establo, cuando vinieron la primera vez. Mas el Señor, por su bondadosa providencia, me salvó y evitó que se llevaran a cabo sus malos designios. Eran los oficiales hombres envidiosos, poseídos de malvadas intenciones en contra de los Amigos; mas el Señor los juzgó de modo que fue sabido de sus vecinos.

En Wiltshire, en casa de Fry, celebramos una bendita reunión, muy tranquila, a pesar de que los oficiales, que tenían la intención de disolverla, venían de camino para hacerlo. Pero antes de que llegasen, les fueron a decir que los ladrones acababan de robar en una casa, y que eran requeridos a que volvieran al instante para buscarlos y perseguirlos. Esta fue la razón porque nos libramos de que nos molestaran en la reunión y escapásemos a sus manos.

Pasando por Wiltshire fuimos a Dorsetshire y a Cornwall, a casa de Loveday Hambley, donde celebramos una reunión general a la que asistieron todos los Amigos de la región; todo estuvo en calma.

Poco antes de esto, José Hellen y Jorge Bewley, habían estado en Loo, a visitar a Blanch Pope, una mujer Rantér, bajo pretexto de convencerla y convertirla; mas antes de separarse de ella, los embrujó de tal manera con sus principios, que parecían ser ellos como los discípulos de esta mujer,

especialmente José Hellen, (mas yo iba a juzgarlos, ante los Amigos y ante los demás) porque ella les había preguntado, "¿Quién hizo al diablo? ¿No fue Dios?" Esta pregunta ociosa los dejó tan perplejos que no supieron qué responder. Después me repitieron la pregunta y les respondí, "No, porque todo lo hecho por Dios es bueno y bendito y el diablo no lo es. Antes de ser llamado diablo, fue llamado serpiente, un adversario, y luego recibió el título de diablo porque fue un destructor. Después fue llamado dragón. El diablo no vive en la Verdad y por no permanecer en la Verdad se convirtió en diablo. Y así los judíos, cuando se apartaron de la Verdad, se dijo que eran del diablo y fueron llamados serpientes. No hay promesa de Dios al diablo de que jamás tenga que volver a la Verdad; mas al hombre y a la mujer, que por él fueron engañados, la promesa de Dios es, que, "la simiente de la mujer aplastará la cabeza de la serpiente"— y hará pedazos su poder y su fuerza." Cuando todas estas cosas fueron más extensamente reveladas, para satisfacción de los Amigos, aquellos dos, que se habían dejado seducir por el espíritu de aquella mujer Ranter, fueron juzgados por la Verdad; y uno, José Hellen, apartóse de la Verdad, siendo renegado por los Amigos; mas Jorge Bewley volvió en sí y fue después muy servicial para la causa de la Verdad.

De casa de Loveday Hambley fuimos a la de Francisco Hodges, cerca de Falmouth y Penryn, y allí celebramos una larga reunión. De allí pasamos a Helston, donde algunos Amigos vinieron a visitarnos; y al día siguiente fuimos a casa de Tomas Teage donde celebramos una larga reunión, en la que muchos se convencieron. Me sentí yo dirigido a revelar como era la iglesia en los tiempos primeros, el estado de la iglesia en el desierto y el estado de la falsa iglesia, que desde entonces se había levantado; y como ahora, el infinito evangelio, volvía otra vez a ser predicado sobre la cabeza de la ramera, la bestia, falsos profetas y anticristos que se han levantado desde los días de los apóstoles; y como ahora el infinito evangelio recibía y era recibido, lo cual traía la vida y la inmortalidad a la luz, para que así pudiesen ver por encima del diablo que los había llenado de tinieblas. La gente recibió el evangelio y la palabra de vida con alegría, y celebramos una reunión gloriosa y bendita, para elevar la Verdad eterna del Señor y Su nombre. Después de la reunión salí a pasear

y cuando volvía oí ruido en el patio. Me acerqué y vi que el amo de la casa estaba hablando con los mineros, de la minas de estaño, y otras gentes del mundo, y les decía que aquel día se había declarado la Verdad infinita; y la gente en general comulgaba en ello.

De allí fuimos a Land's End, a casa de Juan Ellis, donde celebramos una bellísima reunión. Estaba allí un pescador, llamado Nicolás José, que se había convencido. Hablaba en las reuniones y declaraba la Verdad a las gentes; y el poder del Señor era sobre todos. Estaba yo lleno de gozo de que el Señor hubiera levantado su estandarte en aquellas partes del país que estaban en tinieblas; en las cuales se celebran, desde entonces, buenas reuniones de Amigos de honesto corazón. Muchos vinieron a recogerse bajo las enseñanzas de Cristo y el Señor tendrá un gran pueblo en aquella región.

Entonces volvimos a Redruth y al día siguiente a Truro, donde celebramos una reunión. Al día siguiente, algunos hombres significados de la ciudad, con los que estaba el coronel Rouse, quisieron hablar conmigo. Fui y tuve con ellos muchas razones concernientes a las cosas de Dios. En sus razones, decían que el evangelio eran los cuatro libros de Mateo, Marcos, Lucas y Juan; y lo llamaban natural. Yo les dije, que el evangelio era el poder de Dios, que había sido predicado antes de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, y que cualquiera de estos libros fuera impreso o escrito. Había sido predicado a todas las criaturas (de las que una gran parte pudo no haber visto ni oído jamás de que existían esos cuatro libros) para que todas las criaturas obedeciesen al poder de Dios; porque Cristo, el Hombre espiritual, juzgará al mundo de acuerdo con el evangelio, o sea, de acuerdo con Su invisible poder. Cuando oyeron esto, no lo pudieron negar, porque la Verdad había descendido sobre ellos. Los encaminé a su maestro, la gracia de Dios, haciéndoles ver su valor, porque ella les enseñaría como tenían que vivir y lo que tenían que negar; y les dije que si la obedecían les traería la salvación. De modo que, encomendándolos a la gracia de Dios, luego los dejé.

Sacerdotes y eclesiásticos, de todas clases, estaban muy en contra de las reuniones silenciosas de los Amigos. Venían algunas veces a nuestras reuniones y, cuando veían a cien o doscientas personas, todas en silencio, esperando al Señor, se levantaban asombrados y con desdén decían algunos, "Mirad

como están ahí reunidos, callados y enmudecidos. ¿Que edificación hay aquí, donde no hay palabras? Venid," decían, "marchémonos, ¿Para qué vamos a estar aquí, viendo a esta gente sentada de esta manera?" Y decían que jamás vieran cosa igual en toda su vida.

Entonces, podía suceder que, algunos Amigos, sintiéndose dirigidos a hablarles, les dijeran, "¿Nunca viste en tu vida cosa igual? Pues mira en tu propia parroquia, como tus feligreses, callados y enmudecidos, están además durmiendo bajo tus sacerdotes toda su vida; los cuales andan siempre enseñando a las gentes para que siempre les estén pagando.

Me dijeron en Cornwall que había allí un tal coronel Robin-son, un hombre muy malo, que había abandonado la nación, antes de que entrara el rey, por haber raptado a una mujer; y, que haciéndolo magistrado de la paz, cuando vino el rey, se convirtió en cruel perseguidor de los Amigos, mandando muchos a la prisión. Llegó a sus oídos que, debido a la complacencia de un carcelero, los Amigos gozaban de cierta libertad pudiendo ir a sus casas para ver a sus mujeres y a sus hijos; y fue al tribunal a presentar al juez grandes quejas en contra del carcelero, a consecuencia de lo cual; al carcelero lo multaron con cien marcos y a los Amigos los vigilaron muy estrictamente, por algún tiempo. Cuando regresó del tribunal, mandó a decir a un magistrado vecino suyo si querría ir con él a cazar. El día fijado, cuando estuvo preparado, mandó a su sirviente que se adelantase con sus caballos y él se fue a pié desde su casa a una tenencia donde se guardaban sus vacas, se elaboraba la mantequilla y donde, en aquel momento, sus sirvientes estaban ordeñando. Cuando llegó, preguntó por el toro; y los sirvientes le respondieron que lo habían encerrado en un campo, porque andaba desenfrenado y no les dejaba ordeñar. Entonces se fue al campo a ver al toro y, acostumbrado desde siempre a jugar con él, empezó a provocarlo con su bastón. El toro al verlo, resopló se echó un poco hacia atrás y, volviéndose luego hacia él, se le abalanzó, lo embistió y le clavó un cuerno en el muslo; y, levantándolo después, con los cuernos, lo tiró sobre su espalda y le incrustó el muslo en el vientre. Cuando volvió a estar en el suelo, lo corneó; de tan rabioso y enfurecido hubiera querido clavar los cuernos en el suelo, y bramando se puso a lamer la sangre de su amo. Oyendo los gritos de su amo, una moza sirvienta se abalanzó dentro del campo y cogiendo al toro por

los cuernos, quiso sacarlo de encima de su amo; y el toro sin hacerle el menor daño, la apartó suavemente con los cuernos, siempre con la idea de seguir corneando al amo y lamiendo su sangre. La moza se fue y llamó a unos carpinteros y a otros hombres que estaban trabajando, no lejos de allí, para que viniesen a salvar a su amo; mas no pudieron dominar al toro hasta que trajeron mastines que abalanzándose sobre él lo hicieron huir lleno de rabia y de furor. Al saber lo ocurrido, su hermana vino y le dijo, "¡Ay! hermano, ¿Qué terrible juicio es éste, que ha caído sobre ti?" Y el respondió, "¡Ah! hermana, sí que es juicio terrible. De favor, haz que maten al toro y que la carne sea dada a los pobres." Lo llevaron a su casa, pero murió poco después. El toro se había puesto tan furioso que se vieron obligados a matarlo a tiros; pues no hubo hombre que se atreviera a acercarse a él para matarlo. Así es como el Señor, alguna vez, da ejemplos de sus juicios terribles, que caen sobre los perseguidores de Su pueblo; para que así otros aprendan y se guarden.

Luego que hube terminado en Cornwall, dejé a Tomas Lower que por Horsebridge había venido conmigo a Devonshire. Tomas Briggs, Roberto Widders y yo fuimos a Tiverton; y siendo día de feria, había allí muchos Amigos con los que celebramos una reunión. Los magistrados se reunieron en las calles; mas el poder del Señor los contuvo. Yo los vi, en la calle, cerca de la puerta; mas no se atrevieron a entrar, a pesar de las muchas ganas que tenían de hacerlo.

Después de la reunión, pasamos a Collumpton y a Wellington, porque teníamos que celebrar una reunión, a cinco millas de distancia, que se celebró en la casa de un carnicero y fue una bendita reunión. La gente fue encaminada a su Maestro, la gracia de Dios, que les daría la salvación, y muchos se recogieron bajo Sus enseñanzas. La presencia del Señor fue entre nosotros y en El, en quien laborábamos y trabajábamos, nos reposamos. La reunión se celebró en calma. No mucho antes, había habido muy grandes persecuciones en aquella región, de tal modo, que algunos Amigos dudaban de la tranquilidad de nuestras reuniones. Mas el poder del Señor los encadenó a todos y Su gloria brilló sobre todos. Los Amigos, nos contaron como habían disuelto sus reuniones, en virtud de decretos que autorizaban los magistrados y como, por tales decretos, los oficiales eran requeridos a llevar a los Amigos ante los magistrados. Los

Amigos, los exigieron a que los llevaran, pero los oficiales se negaban, diciéndoles que fuesen solos y los Amigos no querían ir porque ello era contrario a las órdenes, que eran de que los oficiales los tenían que llevar. Finalmente, se decidían a alquilar carretas, convoyes y caballos y subían a los Amigos a sus carros para llevarlos al magistrado; y sucedió, más de una vez, que, cuando llegaban a casa del magistrado, éste no estaba en la casa y si era un hombre prudente podría ser que no quisiera estar en su casa. Tenían entonces que llevarlos a casa de otro magistrado y así pasaban hasta tres semanas, llevando los Amigos en los carros de un lado a otro. Cuando luego los oficiales fueron a cobrarse de la ciudad lo que habían gastado, la gente de la ciudad no quiso pagárselo cargándoselo a ellos; lo cual, por aquel entonces, partió la persecución por el medio, en aquella región. Esto mismo ocurrió en varios lugares, hasta que los oficiales avergonzados y hartos se decidieron a dejarlo. En un lugar,<sup>2</sup> los oficiales de la ciudad, advirtieron a los Amigos de que tenían que ir a la iglesia. Los Amigos se reunieron para considerarlo y el Señor los impelió a que fuesen y que allí se reunieran. Así lo hicieron y cuando llegaron se sentaron a esperar al Señor, en Su poder y Espíritu, pensando en Jesucristo, su Maestro y Salvador, sin prestar la menor atención a lo que decía el sacerdote. Cuando los oficiales vieron esto, fueron a echarlos de la iglesia; mas los Amigos les dijeron que todavía no era tiempo de que deshicieran su reunión. Al cabo de un rato, cuando el sacerdote hubo terminado con sus historias, volvieron a acercarse a los Amigos y les dijeron que se marchasen a su casa a comer; mas los Amigos les respondieron que no acostumbraban a hacerlo porque se alimentaban del pan de vida; y allí se quedaron sentados, esperando al Señor, gozando de Su presencia y poder hasta que El les ordenó que se marchasen. De modo que los feligreses de los sacerdotes que se ofendían porque no podían conseguir que los Amigos fueran a la iglesia, se ofendían luego porque cuando iban no querían marcharse.

De la reunión, cerca de Collumpton, fuimos a Taunton y allí celebramos otra gran reunión. Al día siguiente fuimos a una reunión general en Somersetshire, que fue muy numerosa, siendo largamente declarada la infinita palabra de vida y la verdad del Señor. Lo cual daba lozanía a las gentes que se asentaban en Cristo, su Roca y Fundación, siendo encaminadas

a recogerse bajo Sus enseñanzas. La reunión se celebró en paz; mas, a eso de las dos de la madrugada, vino a la casa un grupo de hombres que, llamando a las puertas, nos insistieron a que las abriésemos o que de lo contrario las tirarían abajo. Porque venían a registrar la casa para buscar a un hombre que querían prender. Al oír el ruido, me levanté y, asomándome a la ventana, vi que estaba a la puerta un hombre que llevaba su espada al cinto. Luego que lo dejaron entrar, vino a la habitación en que yo estaba y, mirándome, dijo, "Vos no sois el hombre que busco." Después siguió su camino.

Fuimos entonces a Street y a casa de Guillermo Beaton, en Puddimore, donde celebramos una gran reunión general en la que la infinita Verdad del Señor fue declarada. La gente se deleitó y todo estuvo en calma. Fuimos después a casa de Juan Dander, donde celebramos otra gran reunión, muy bella; y luego seguimos hacia Bristol y allí hicimos muchos servicios para el Señor. Todo estuvo en calma. Nos encontramos allí con Margarita Fell que estaba con sus hijas. Al cabo de algún tiempo, fuimos a Slaughterford, en Wiltshire, donde se celebró una reunión muy numerosa en un gran pajar. Hicimos allí buen servicio, porque se declaró la Verdad, tal como es en Jesús, y a causa de ello muchos se reunieron en el nombre del Señor.

Después fui a Gloucestershire y a Herefordshire y celebré grandes reuniones en cada uno de estos lugares. En Hereford celebré la reunión en una posada. Cuando me hube marchado, los magistrados al enterarse de que allí se había celebrado una reunión, fueron a registrar la posada para ver si me encontrarían en ella, y se pusieron furiosos al no encontrarme. Mas era voluntad del Señor que escapase a sus manos. Los Amigos se asentaron en Cristo, su Fundación, la Roca de los siglos.

Entonces fui a Radnorshire, en el país de Gales, y allí celebré varias reuniones bellísimas. El Nombre y estandarte del Señor fueron levantados; y muchos se acogieron a él, recogíndose bajo las enseñanzas de Cristo, su Salvador, que los había rescatado.

Cuando hube terminado en Gales, fui a una ciudad mercado, entre Inglaterra y Gales, donde aquel día había una gran feria; y, habiendo muchos Amigos en la feria, nos dirigimos a una posada, donde vinieron a encontrarnos. Después de aprovechar la oportunidad de ver a nuestros Amigos, nos separamos de



ellos siguiendo nuestro camino. Los oficiales de la ciudad, se enteraron, según parece, de que habíamos estado allí y de que los Amigos se habían reunido con nosotros; ante lo cual también ellos se reunieron en consulta para ver de qué manera nos pondrían una emboscada, a pesar de ser día de feria. Mas, antes de que nos pudieran hacer algo, habíamos ya seguido nuestra jornada y así nos escapamos de ellos.

Fui entonces por el campo, visitando a los Amigos, hasta que llegué al final de todo de Holderness; y, dirigiéndome luego a York, pasé por Scabro, Whitby y Malton. Celebré muchas reuniones mientras iba de camino. El poder infinito del Señor fue sobre todos.

De York fuimos a Boroughbridge, donde celebré una gloriosa reunión. Luego pasamos a Bishoprick, a casa de uno llamado Richmond, y allí se celebró una reunión general. El poder del Señor, fue sobre todos, a pesar de que por este tiempo la gente se volvía sumamente ruda. Después de la reunión fuimos a casa de Enrique Draper donde pasamos la noche, y, a la mañana siguiente, cuando ya me disponía para la marcha, vino a verme un Amigo que me dijo, que si los sacerdotes magistrados (porque entonces en aquella región hacían magistrados a muchos sacerdotes) dieran conmigo, me atarían a una estaca y me quemarían.

Habiendo terminado en Bishoprick fui a Yorkshire, pasando por Strainmoor, y luego a Sedberg; y, luego que allí hube visitado a los Amigos, fui a Westmoreland, también a visitar a los Amigos. Pasé luego a Lancashire y después a Swarthmoor. Allí me detuve, pero por poco tiempo, antes de ir a Arnside, por los arenales; y en Arnside celebré una reunión general. Luego que se terminó, venían unos hombres con propósito de disolverla, mas, enterándose, antes de llegar, de que la reunión se había terminado, se volvieron atrás. Fui a casa de Roberto Widders y de allí a Underbarrow, donde celebré una gloriosa reunión y el poder del Señor fue sobre todos. Pasé entonces a Grayrigg, y, luego que allí hube visitado a los Amigos, fui a casa de Ana Audlans donde querían que me quedase a su reunión, que se celebraría al día siguiente. Mas, sintiendo mi espíritu oprimido, mientras estaba en aquella casa, me sentí dirigido a ir a casa de Juan Blaykling, en Sedberg, para asistir a la reunión que también iba a celebrarse al día siguiente; reunión muy numerosa de gentes de gran valía. Al día siguió-

ente, en Sedberg, celebramos una reunión muy buena; mientras iban los condestables a la reunión de Ana Audlands para ver si me encontrarían. Así fue como, por la mano y el poder del Señor, escapé a su trampa.

Fui a Derwentwater, en Northumberland, donde celebramos una gloriosa reunión. Allí vino a hablarme, una mujer anciana, para decirme que su marido seguía en su amor por mí, y que lo recordaría por el apodo del "robusto viejo blanco" por el que yo solía llamarlo. Me dijo que tenía él, ciento veintidós años, y que hubiese venido a la reunión de no tener empleados todos sus caballos en algún trabajo urgente. Supe después que este hombre aun había vivido algunos años más.

Cuando hube visitado a los Amigos, por aquellos lugares, y se asentaron ellos en Cristo, su Fundación, fui a casa del viejo Tomas Bewley, en Cumberland, pasando antes por Northumberland. Los Amigos vinieron a visitarme y me preguntaron si había ido allí por ganas de ir a la prisión; porque, en aquel entonces, había gran persecución en aquella región. No obstante, celebré una reunión general, en casa de Tomas Bewley, que fue bella y numerosa; y el poder del Señor fue sobre todos.

Eran tan ardientes los deseos de los magistrados de incitar a la persecución, por aquellos lugares, que algunos ofrecieron cinco chelines, y otros hasta un noble por día, a quien prendiera a los que hablaban en las reuniones de los Cuáqueros. Pero como, en aquellos días, se celebraban las sesiones del tribunal, los hombres, que así habían alquilado, estaban en las sesiones para cobrar sus salarios; y por esta razón todas nuestras reuniones se celebraban en paz.

De Pardshaw-Crag fuimos a Westmoreland y de paso fuimos a ver a Hugo Tickell, cerca de Keswick, y a Tomas Laythes, adonde vinieron a vernos los Amigos, teniendo una buena oportunidad de pasar juntos bellos momentos. Una noche, fuimos a casa de Francisco Benson, en Westmoreland, que vivía cerca de la casa del magistrado Fleming. Este magistrado Fleming, estaba, en aquel tiempo, enfurecido con los Amigos y conmigo en particular, de tal manera, que según me dijo Francisco Benson, no hacía mucho que, en las sesiones publicas del tribunal, en Kendal, había prometido cinco libras a quien me cogiera. Y parece ser que, cuando me dirigía a la casa de este Amigo, me encontré con un hombre que venía del tribunal, a quien le habían ofrecido las cinco libras si me cogía, el cual

me conocía, porque al pasar le dijo a su compañero. "Aquél, es Jorge Fox." Sin embargo, no se atrevió a tocarme porque el poder del Señor me guardaba por encima de todos ellos. Lo que más atormentaba a los magistrados era que, teniendo tan grandes deseos de prenderme, tantas veces estuviera cerca de ellos y que, sin embargo, no pudieran llegar a apoderarse de raí. Fui entonces a casa de Jaime Taylor, en Cartmel, donde pasé el primer día y celebré una bellísima reunión. Después fui a Swarthmoor, pasando por los arenales.

#### NOTAS AL MARGEN

1. Tomás, tercer vizconde de Beaumont, de Swords, par de Irlanda. El incidente ocurrió en Septiembre de 1662.
2. Se dice que fue en Wellingborough.

## CAPÍTULO XVII

### Las Prisiones de Lancaster y de Scarborough 1663-1666

Cuando llegué a Swarthmoor, me dijeron que el coronel Kirkby había enviado a su teniente para que me prendiera y que no hubo rincón que éste no registrara en busca mía. Aquella misma noche, estando en la cama, sentí que era voluntad del Señor que al día siguiente fuese a casa del coronel Kirkby, que vivía a unas cinco millas de Swarthmoor, para hablarle; y así lo hice. Cuando llegué a su casa, estaban allí varios caballeros de la región para despedirse del coronel que se disponía a ir a Londres al parlamento; y me introdujeron a un salón donde éstos estaban; pero el coronel estaba ausente, en aquel momento, aunque no muy lejos de allí. No me dijeron gran cosa ni tampoco yo a ellos. En esto, volvió el coronel y le dije que, habiéndome enterado de que quería verme, había venido a visitarlo para saber qué tenía que decirme y si tenía algo en contra mía. Me respondió, ante todos aquellos caballeros, que, siendo él un caballero, nada tenía en contra mía. "Pero," añadió, "la señora Fell, no debe de celebrar grandes reuniones en su casa, pues ello es contrario al Acta."<sup>1</sup> Le dije que el acta no se refería a nosotros sino a los que se reunían para conspirar y tramar levantamientos, incitando a la insurrección en contra del rey, y que nosotros no éramos de éstos, pues él ya sabía que los que se reunían en casa de Margarita Fell eran gentes pacíficas a quienes él conocía por ser sus vecinos. Después de muchas razones, me dio la mano y volvió a repetir que nada tenía en contra mía; y otros de los que allí estaban dijeron que era yo un hombre de mérito. Así nos separamos y yo regresé a Swarthmoor.

Poco después, cuando ya el coronel Kirkby se había marchado a Londres, los magistrados y los tenientes diputados celebraron una reunión privada en Holker Hall, donde vivía el magistrado Preston, y allí dieron un decreto para que me pren-

dieran. Por la noche, supe de la reunión y del decreto y, de haberlo querido, pude haberme escapado; porque en aquellos días no tenía ya reunión alguna que celebrar por haber ya terminado mi misión en el Norte; mas considerando que corría el rumor de que en el Norte se estaba tramando una conspiración, supuse que de marcharme caerían sobre los Amigos pobres, mientras que si me entregaba, esto les bastaría y sería mejor para los Amigos. De modo que me quedé, esperando que viniesen a prenderme y me preparé a recibirlos.

Al día siguiente, un oficial, armado de espada y pistola, vino a prenderme. Le dije que, desde la noche antes, sabía ya del mensaje que traía y que me dejaba prender, porque de haber querido librarme de su encarcelamiento, podría estar ya a cuarenta millas, antes de que él llegase; mas, como era inocente, poco me importaba lo que pudieran hacer conmigo. Me preguntó que como lo había sabido, siendo que la orden había sido dada en privado, dentro de un salón; y le respondí que ello no tenía importancia pues lo esencial era que lo sabía. Le pedí entonces que me dejase ver la orden que traía y, llevando la mano a la espada, su respuesta fue que tenía que ir con él a presencia de los tenientes para responder a todas las preguntas que me hiciesen. Insistí en que lo cortés y razonable, por parte suya, sería que me dejase ver la orden; pero no quiso. Entonces le dije que estaba dispuesto y me fui con él a Holker Hall. Margarita Fell también fue conmigo.

Cuando llegamos, estaba allí un tal Rawlison, a quien llamaban el magistrado, y otro, llamado, Sir Jorge Middleton, junto con muchos otros que no conocía, a excepción del viejo Tomás Preston, que vivía en aquella casa. Trajeron, como testigo en contra mía, a un Amigo de Cartmel, el cual había dicho algo a un tal Knipe, que los había informado; y este algo era que había yo escrito en contra de los conspiradores y los había hundido. No pudieron sacar mucho partido de estas palabras porque les dije que habiendo oído de una conspiración había escrito en contra de ella.

Me preguntó el viejo Preston si había yo escrito algo en aquel libro. Le pregunté que a qué libro se refería y dijo, "Al Battledore." Le respondí que sí. Entonces me preguntó si entendía yo lenguas extranjeras; y le respondí, "Lo bastante para mí;" y que no sabía que por ello transgrediera ley alguna. Les dije también que, como en eso de conocer lenguas extranjeras

no había nada que diera la salvación, aunque yo era algo entendido en ellas, no le daba valor alguno y las despreciaba porque no por saberlas se ganaba la salvación. Al oír esto, Preston, volviéndose hacia los demás, dijo, "Jorge Fox desprecia las lenguas extranjeras." Y añadió, "Acercaos, que vamos a interrogaros sobre cuestiones de mayor importancia."

Entonces, Jorge Middleton, dijo, "Vos negáis a Dios, a la iglesia y a la fe." "No," le repliqué, "yo creo en Dios, en la verdadera iglesia y en la verdadera fe. ¿Mas, qué iglesia es la tuya?" le pregunté (habiendo comprendido que era un papista). Y volvió a insistir, diciendo, "Vos sois un rebelde." Le pregunté que a quien hablaba y a quien llamaba rebelde; y estaba tan lleno de envidia que por un momento no pudo decir palabra, hasta que, finalmente, dijo que era a mí a quien hablaba. Ante esto, di un golpe sobre la mesa y le dije que había yo sufrido como veinte como él, o como cualquiera de los que allí estaban; porque a mí me habían metido en el calabozo de Derby, donde había estado seis meses, y había pasado grandes sufrimientos por negarme a tomar las armas en contra del rey, antes de la batalla de Worcester; y que en el año de 1654, el coronel Hacker, me había hecho salir de mi ciudad natal y, acusado de conspirar en favor de la venida del rey Carlos, me había llevado preso a Oliver Cromwell; y que en mí no había más que amor y buena voluntad para el rey y que no deseaba más que su bien eterno y su prosperidad y la de todos sus súbditos. "¿Habéis oído jamás algo semejante?" preguntó Middleton. "No," le respondí, "y lo podéis volver a oír, si queréis. Porque, mucho habláis del rey, todos vosotros, pero, ¿Dónde estabais en los días de Oliver? ¿Y qué habéis hecho vosotros por el rey? Mas amo yo al rey, para su eterno bien y prosperidad, que ninguno de vosotros."

Me preguntaron si había oído de la conspiración; y les dije que sí había oído. Me preguntaron también que como lo había sabido y si conocía a los conspiradores. Les dije que lo había sabido por el Dr. Hodgson a quien el primer alguacil de Yorkshire le había dicho que se estaba preparando una conspiración en el Norte, que así lo supe, pero que nada oyera de ello, en el Sur, ni tampoco antes de llegar al Norte. Y en cuanto a saber quienes eran los que conspiraban, sabía tanto como un recién nacido, porque no conocía a ninguno de ellos. "¿Por qué entonces habéis escrito en contra de la conspiración si no cono-

ciáis a ninguno de los que conspiraban?" me preguntaron, "Por la razón de que vosotros estáis siempre tan dispuestos a confundir al culpable con el inocente, que quise poner en claro que la Verdad nada tenía que ver con tales cosas, y también para ver si lograba contener a los espíritus alocados, evitando así que se lanzaran a semejante empresa." Mandé copias de mi escrito a Westmorland, a Cumberland, a Bishoprick, a Yorkshire y también a vosotros; mandé también una copia al rey y a su consejo, y ahora es posible que el tal escrito esté ya en la imprenta. Al oír esto, uno exclamó, "¡Oh, gran poder tiene este hombre!" Y le dije, "Sí, poder bastante para escribir en contra de las conspiraciones." Entonces me dijo otro, "Vos estáis en contra de las leyes del país." Y le respondí, "No, porque yo y mis Amigos, encaminamos a todos al espíritu de Dios, que está en ellos mismos, para que así mortifiquen las acciones de la carne. Esto los lleva a hacer el bien y los aparta de aquello contra lo cual se alza la espada de los magistrados; y así damos reposo a los magistrados que están para castigo de los que hacen el mal. Volviendo la gente al Espíritu de Dios, que los conduce a mortificar los deseos de la carne, se apartan de la ocasión de caer bajo la espada del magistrado; y esto hace que sean uno con la magistratura y uno con la ley, que se creó por razón de la trasgresión y para alabanza de los que hacen el bien. Sobre esta base, nosotros fundamos la ley, damos reposo a los magistrados y no estamos en contra sino a favor de todo buen gobierno."

En esto, Jorge Middleton, se puso a gritar, "Traed el libro y que preste los juramentos de Lealtad y Supremacía." Siendo él un papista, le pregunté si había prestado el juramento de Supremacía, habiendo así jurado en falso; y, en cuanto a nosotros, le dije que no podíamos jurar, bajo ningún concepto, porque Cristo y los Apóstoles lo habían prohibido. Había allí algunos que no querían que me hiciesen jurar y hubieran querido ponerme en libertad; pero los demás no estaban de acuerdo con ello, porque ésta, era su última trampa, no teniendo otra manera de meterme en la prisión, ya que todo lo demás de que me acusaban lo había puesto en claro. Era esto, como el sacramento del altar de los papistas, con el cual cogían a los mártires en la trampa. De modo que, habiéndome exigido que prestara un juramento que yo no podía prestar, estaban ya a punto de redactar el decreto para enviarme a la prisión de

Lancaster. Mas luego reflexionaron y sólo exigieron de mí que compareciese en la sesión del tribunal; y después de esto me dieron licencia para que me retirase.

Volví entonces a Swarthmoor, con Margarita Fell; y poco después, vino a verme el coronel West, que era entonces magistrado de la paz. Nos dijo que había participado a los otros magistrados que iba a venir a vernos, a mí y a Margarita Fell, "pero podría ser," les dijo, "que algunos de vosotros toméis ofensa de ello." Le pregunté que era lo que él creía que me iban a hacer en la sesión del tribunal; y dijo que volverían a decirme que tenía que prestar el juramento.

Estando yo en Swarthmoor, Guillermo Kirby se presentó en la reunión acompañado de los condestables. Estaba yo sentado con los Amigos, y me dijo, "¿Cómo es esto, señor Fox? Tenéis aquí reunida una gran sociedad." "Sí," le respondí, "estamos aquí reunidos esperando al Señor." Entonces empezó a tomar los nombres de los Amigos, y a los que no se lo decían al momento los entregaba a los condestables y los mandaba a la prisión. Pero como los condestables no parecían muy dispuestos a llevárselos, sin un decreto, los amenazó con colgarlos por los pies; y un condestable le dijo que solo podía prender a los Amigos mientras él estuviera allí, pero que luego que él se marchase no lo podría hacer sin un decreto.

Llegado el tiempo en que se celebraban las sesiones del tribunal, fui a Lancaster y me presenté al tribunal cumpliendo así mi promesa. Estaba allí aquel magistrado Fleming, que, en Westmorland, había prometido cinco libras a quien me prendiese; debido a que era magistrado en Westmorland y en Lancaster. Estaban también el magistrado Spencer, el coronel West y el viejo magistrado Rawlinson, el abogado, que era el acusador; y que habló con tal violencia, en contra de la Verdad y de los Amigos, que una vez creí que se iba a ahogar; mas el poder del Señor lo contuvo. Las sesiones eran largas y grande la concurrencia. Abriéndome paso, fui hasta la barra y allí estuve, con el sombrero puesto, por bastante rato; los magistrados mirándome severamente y también yo a ellos. Se hizo entonces advertencia de que se guardara silencio, bajo pena de encarcelamiento, y, cuando todos estuvieron callados, dije por dos veces. "La paz sea con vosotros." El presidente, me preguntó si sabía en donde estaba; y le dije, "Sí lo sé; pero pudiera ser," continué, "que mi sombrero os ofenda, y ello es bien insignificante



porque no es éste el honor que yo doy a los magistrados. El verdadero honor viene de arriba, y éste, yo lo he recibido, y espero que vosotros no buscáis el honor que proviene de que yo me quite el sombrero." Dijo el presidente, que también tenían en cuenta el que me descubriera ante ellos; y me preguntó de qué modo daba yo prueba de respeto a los magistrados si no me quitaba el sombrero. Acudiendo cuando me llaman, le repliqué. Le pidieron entonces a uno, que me quitase el sombrero; después de lo cual pasó algún tiempo antes de que me hablasen, y sentí que el poder del Señor se elevaba entre nosotros.

Después de una pausa, el viejo magistrado Rawlinson, que era el presidente del tribunal, me preguntó si sabía yo algo de la conspiración; y le respondí que había oído de ella en Yorkshire, por un Amigo que lo sabía del primer alguacil. Entonces me preguntaron si lo había declarado a los magistrados. "Yo mandé escritos a todas partes, en contra de conspiraciones y conspiradores, y también a vosotros, así que llegué a esta región, para sacar de vuestras mentes cualquier mal pensamiento que pudiera referirse a mí o a los Amigos; ya que está en nuestros principios el declararnos siempre en contra de tales cosas." Les respondí. Me preguntaron luego si no sabía de un Acta en contra de las reuniones; y les dije que sabía de un Acta, que se refería a los que se reunían para causar el terror en los súbitos del rey, siendo sus enemigos, y sosteniendo principios peligrosos; mas que yo esperaba que ellos no nos tenían por tales, ya que nuestras reuniones no tenían por objeto el causar el terror en los súbitos del rey, ni éramos tampoco enemigos suyos ni de nadie. Entonces me presentaron los juramentos de Lealtad y de Supremacía. Les dije que no podía prestar juramento alguno, porque Cristo y Sus Apóstoles lo habían prohibido, y que ellos ya tenían experiencia bastante de la lealtad de los que juraban, primero por los unos y después por los otros; pero que yo no había prestado juramento alguno en toda mi vida. En esto, Rawlinson, el abogado, me preguntó qué razón tenía yo para decir que no era lícito jurar. Esta pregunta, me la hizo con la intención de ponerme una trampa; pues por un edicto que se había publicado estaban sujetos a destierro, o a pagar una gran multa, los que dijieran que jurar era contra la ley. Mas, viendo yo la trampa, la evité; y le dije que en los tiempos de la ley, entre los judíos, antes

de la venida de Jesucristo, la ley mandaba jurar; pero que Cristo, que cumplió la ley, en tiempos de Su evangelio, mandó que no se prestase juramento alguno; y el apóstol Santiago, prohibió jurar, incluso a los judíos, que tienen la ley de Dios. Mas, después de muchas otras razones, llamaron al carcelero y me condenaron a prisión.

Tenía conmigo aquel papel, que había escrito como testimonio en contra de las conspiraciones, el cual, hubiera yo querido que leyesen, o que permitieran que se leyera en la sesión pública; mas no lo permitieron. De modo que, condenado por haberme negado a jurar, los advertí, igual que a toda la gente allí reunida, a que se dieran cuenta de que iban a castigarme por seguir la doctrina de Cristo y obedecer Sus mandamientos. Después supe que los magistrados habían dicho que tenían instrucciones privadas del coronel Kirby, para perseguirme; a pesar de su aparente nobleza y bondad para conmigo, antes, cuando dijo delante de muchos de ellos que nada tenía en contra mía.

Varios Amigos fueron también condenados a prisión. Unos por reunirse a rendir culto a Dios y otros por negarse a prestar juramento; de modo que la prisión estaba llena. Muchos, eran pobres que no tenían para mantener a sus familias, más que su trabajo que tenían que abandonar; y sus mujeres fueron a los magistrados, que habían condenado a sus maridos, para decirles que si solamente los tenían en la cárcel por la Verdad de Cristo y por razón de su buena conciencia, les traerían a sus hijos para que ellos los mantuvieran. También se elevó en los Amigos un fuerte poder del Señor, que les dio gran valor, y muchos fueron a hablar a los magistrados. Los Amigos, que estaban presos, les escribieron, echando sobre ellos el peso de sus sufrimientos, poniéndoles de manifiesto que justicia era la suya y su poca compasión por sus pobres vecinos, que ellos sabían honestos, de buena conciencia y pacíficos; que por su mucha piedad y conciencia no podían prestar juramento, y, a pesar de ello, los enviaban a la prisión por negarse a prestar el juramento de Lealtad. Varios de los que estaban presos por esta causa, eran conocidos por haber servido al rey en sus guerras; exponiendo sus vidas en el campo de batalla, pasando grandes sufrimientos, dando su sangre por el rey y manteniéndose fieles a él, desde el principio hasta el fin, sin recibir paga alguna por sus servicios. Y que después de todo esto, los que pretendían

ser amigos del rey recompensaran así toda su fidelidad, servicios y sufrimientos, era prueba de gran dureza de corazón y desagradecimiento. Finalmente, los jueces, siempre importunados con quejas, dieron libertad a algunos Amigos pero aun dejaron a varios en la prisión.

A mí me dejaron hasta que se volvió a reunir el tribunal; y siendo el juez Turner y el juez Twisden los que tenían que pasar por allí para presidirlo, me llevaron ante el juez Twisden, el día 14 del primer mes, llamado de Marzo, hacia finales del año de 1663.<sup>2</sup> Cuando estuve en la barra, dije, "La paz sea con vosotros." El juez, me miró y me dijo, "¿Cómo! ¿Entráis en la sala con el sombrero puesto?" Y, al quitarme el carcelero el sombrero, dije, "Quitarse el sombrero no es honor que viene de Dios." Entonces el juez me preguntó, "Jorge Fox ¿Queréis prestar el juramento de Lealtad?" Y le respondí, "Jamás presté en mi vida juramento alguno, ni me comprometí a nada ni hice ningún convenio." "Bien," prosiguió, "¿Queréis jurar o no?" "Yo soy un cristiano; Cristo me manda que no jure, y también el apóstol Santiago, de modo que juzga tú si debo de obedecer a Dios o a los hombres." "Os vuelvo a preguntar," dijo, "si queréis jurar o no." Entonces le dije que ya tenían experiencia bastante de los que primero habían jurado por el rey y después en contra del rey, mientras que yo jamás había prestado un juramento en toda mi vida; pues mi lealtad no se basaba en juramentos sino en la verdad y la sinceridad, porque yo honraba a todo hombre y mucho más al rey. Y después le pregunté al juez si él obedecía al rey. "Sí," me respondió, "yo obedezco al rey." "¿Por qué entonces," le pregunté, "no observas su declaración de Breda y las promesas que ha hecho, desde que está en Inglaterra, de que ningún hombre será llamado a juicio por cuestiones de religión, siempre que viva en paz? Si tu obedeces al rey, ¿Por qué me llamas a juicio y me quieres obligar a que preste un juramento, lo cual es contrario a mi religión, siendo que tú ni nadie puede acusarme de no vivir en paz?"

Al oír esto se conmovió y, mirándome enfadado, dijo, "¡Perro! ¿Queréis jurar?" Le respondí que no era ningún perro, sino un cristiano; y que no era propio de él, un hombre viejo y un juez, el estar allí sentado insultando a los presos; lo cual no convenía ni a sus cabellos grises ni a su cargo. "Está bien," me dijo, "también yo soy cristiano." "Entonces

compórtate como un cristiano," le repliqué. "¡Perro!" exclamó, "¿Crees que me asustas con tus palabras?" Y viéndose cogido dijo, mirando de lado, "¡Vaya! Volví a repetir la palabra;" y él mismo se reprendió. "Yo te hablo con amor," le dije, "y el lenguaje que usas no es propio de ti, un juez. Tú debes de enseñar la ley a tus presos, si no la saben y si están fuera del camino debido." "También yo te hablo con amor," me respondió; y entonces le repliqué. "El amor no insulta." En esto, poniéndose en pie, gritó. "No te tendré miedo, Jorge Fox; tú hablas tan alto, que dominas mi voz y la de todo el tribunal, y tendré que llamar a tres o cuatro voceros para que dominen tu voz. Bien se ve que tienes buenos pulmones." "Yo no soy aquí más que un preso," le dije, "preso por la causa de Jesucristo. Por Su causa sufro y por El estoy aquí en este día; y si mi voz fuese cinco veces más alta, aun la levantaría más y la haría resonar con más fuerza por la causa de Cristo; por cuya causa estoy ante vosotros para ser juzgado, en obediencia a Cristo que manda que no se jure; y ante cuyo juicio seréis llevados para darle cuenta de vuestro proceder." "Muy bien," dijo el juez, "Jorge Fox, di si vas a jurar, sí o no." "Te repito lo que antes dije," le respondí, "juzga tú si es a Dios o a los hombres, a quienes tengo que obedecer. De poder yo prestar algún juramento, éste sería el que prestaría; mas al decir yo que no se puede jurar, no me refiero a ciertos juramentos ni en ciertas ocasiones, sino a todos los juramentos y en todo momento, de acuerdo con la doctrina de Cristo, que ha mandado a los que le siguen que nunca juren."

"Entonces, no queréis jurar," dijo el juez, "Lleváoslo carcelero," añadió. "Yo no puedo jurar, por la causa de Cristo," le dije, "y sufriré por obedecer sus mandamientos; mas que el Señor os perdone a todos." El carcelero me llevó; mas yo sentí que el fuerte poder del Señor era sobre todos ellos.

El sexto día, del mismo mes, me llevaron ante el juez Twisden. Algo se ofendió al verme con el sombrero puesto, pero no le dio mayor importancia porque era ya el último día que se reunía el tribunal, antes de que él se marchase de la ciudad, y no había mucha gente. Me preguntó si quería apelar, guardar silencio o someterme; pero hablaba tan deprisa que apenas se podía entender lo que decía. No obstante, le respondí que quisiera tener libertad de apelar en contra de la acusación para probarla. Y entonces, él gritó, "Llevaos a este

hombre, no quiero nada con él; lleváoslo." "Está bien," dije yo, "vive en el temor de Dios y haz justicia." "¿Por qué decís eso?" me preguntó, "¿Acaso no os he hecho justicia?" "Lo que tú has hecho es contrario al mandamiento de Cristo," le respondí. Me volvieron a llevar a la cárcel y allí quedé preso hasta que el tribunal volviera a reunirse.

Poco antes de este último juicio, los magistrados Fleming, Kirkby y Preston, metieron a Margarita Fell en la cárcel de Lancaster. En el juicio, la exigieron a que jurase y como se negó también, la volvieron a mandar a la cárcel hasta la siguiente reunión del tribunal.

Era el juez Fleming, uno de los magistrados más feroces y violentos, en perseguir a los Amigos y mandar a la prisión a sus vecinos más honestos por cuestiones de religión. Y como en aquellos días había muchos Amigos en la prisión de Lancaster, condenados por él, y que algunos murieron en la prisión, nosotros, que entonces también estábamos presos, nos sentimos dirigidos a escribirle.

Además de este escrito, que le mandamos en nombre de todos, le mandé yo unas líneas escritas solamente por mí.

Al poco tiempo, la mujer de Fleming, murió, dejándole trece o catorce niños sin madre.

En el sexto mes de 1664, volvieron a empezar las reuniones del tribunal, y los mismos jueces, Twisden y Turner, volvieron a venir a presidirlas; pero como el juez Turner, presidía entonces el tribunal de la corona, ante él me llevaron. Antes de que me llamaran a la barra, me tuvieron entre los asesinos y delincuentes, por cerca de dos horas, bajo las miradas de la gente, los magistrados y del mismo juez. Después de que juzgaron a varios otros, dieron orden de que me llevaran a la barra y de que se llamase al jurado. Entonces el juez preguntó a los magistrados, si, en las otras sesiones del tribunal, me habían presentado la fórmula del juramento para que lo prestara. Respondieron que sí; y entonces el juez pidió que les presentasen el libro para que jurasen sobre él que me habían presentado el juramento, de acuerdo con lo que decía la acusación. Algunos magistrados se negaban a jurar; mas el juez dijo que quería que lo hiciesen para evitar todo motivo de excepción. Cuando el jurado hubo prestado juramento, y también los magistrados, de que, de acuerdo con lo que decía la acusación, me habían presentado la fórmula del juramento, el juez, me pre-

guntó si no me había negado a jurar en el último juicio. Le respondí que nunca prestara un juramento en mi vida y que Cristo, Salvador y Juez del mundo, había dicho, "No jurad." Pareció no darse por enterado de mi respuesta y volvió a preguntarme si había o no rehusado prestar juramento, en el último juicio. Entonces le dije, "Las palabras que dije, fueron, que si ellos, ya fueran jueces, magistrados, sacerdotes o maestros en religión, podían probarme que Cristo y los apóstoles habían mandado a los cristianos que jurasen, después de haberlo prohibido, yo juraría." Dijo el juez, que, en aquel momento, no estaba dispuesto a discutir si el prestar juramento era o no lícito, sino que quería saber si me había yo negado a prestarlo. Y dije yo, "Todo lo que se menciona en la fórmula del juramento, referente a conspirar en contra del rey, o a prestar obediencia al Papa, o a cualquier otro poder extranjero; lo niego en absoluto." "Bien," asintió el juez, "bien decís en eso; pero, ¿Os negasteis a prestar el juramento? ¿Qué decís a esto?" "¿Qué quieres tú que diga ahora?" le respondí, "Después de lo que antes he dicho." Me preguntó entonces si quería yo que aquellos hombres jurasen que había yo prestado el juramento. Y yo le pregunté, a mi vez, si quería él que aquellos hombres jurasen que me había negado a prestarlo; al oír lo cual, el tribunal soltó la carcajada. Mucho me hirió ver tanta ligereza en un tribunal donde se discutían cuestiones de tal solemnidad; por donde les pregunté, si aquella sala del tribunal era una casa de juego. "¿Dónde están la sobriedad y la gravedad? Porque tal proceder es impropio de vosotros."

Entonces el secretario leyó la acusación; y dije al juez que tenía algo que alegar, porque me había enterado bien de los errores que contenía. Me respondió que más tarde oíría todas las razones que yo pudiese alegar, porque no era él quien tenía que emitir el juicio. Entonces me dirigí al jurado y le dije que no podía declararme culpable, de acuerdo con aquella acusación, porque estaba mal redactada y contenía muchos errores graves. El juez me dijo que nada tenía yo que decir al jurado, pues era él quien tenía que hablarle; y le dijo que me había yo negado a prestar juramento en el último juicio; y añadió, "Ahora mismo, puedo presentar la fórmula del juramento a quien yo quiera, y confiscarle sus bienes si se niega a prestarlo;" por donde, tenían que declararme culpable por haberme negado. Al oír esto, pregunté, "¿Qué hacéis pues con la forma? Bien

podéis tirar vuestra forma de una vez." Dije al jurado que su decisión caería sobre sus conciencias y que de ella tendrían que responder, ante el juicio de Dios. Volvió el juez a hablar al jurado y yo le grité "Hazme justicia." El jurado, me declaró culpable. Y les dije, que, tanto ellos como los magistrados, eran perjuros y que por consiguiente no tenían mucho de que reír, como antes lo habían hecho. Me pusieron a un lado y llamaron a Margarita Fell, que les había prestado muy buenos servicios; y se levantó la sesión cerca de la hora de las dos.

Por la tarde, me volvieron a llevar para que oyese mi sentencia; cuya lectura, Margarita Fell, quería que se dejase para la mañana siguiente. Yo sólo quería que se cumpliera la ley y se hiciera justicia; pues ya que hasta para los delincuentes había misericordia, únicamente quería que el juez mandase a alguien a ver mi celda, que era tan mala, que de seguro no querrían meter en ella a ningún ser humano; y le dije que el coronel Kirkby, que en aquel momento estaba sentado en el tribunal, había dado orden de que me tuviesen encerrado sin dejar que ningún ser viviente se me acercase. El juez se encogió de hombros y dijo que, cuando se hubiera pronunciado la sentencia, me dejaría a la merced del carcelero. Estaban allí la mayoría de los caballeros de la región, que habían ido para oír la sentencia; y corría el rumor de que sería deportado. Mas aquella vez, quedaron chasqueados, porque, difiriéndose la lectura de la sentencia para la mañana siguiente, me volvieron a llevar a la prisión. En vista de las quejas que había dado, del estado en que se hallaba mi celda, fueron a verla unos magistrados con el coronel Kirkby; pero cuando llegaron apenas si se atrevieron a entrar, de tan mal como estaba el piso, que hasta era peligroso, y de tan expuesta como estaba a la lluvia y al viento. Uno, de los que fueron a verla, dijo, "Ciertamente, es esta una casa para animales," y cuando el coronel Kirkby la vio y oyó lo que dijeron los demás, excusó lo sucedido, lo mejor que pudo, diciendo que me sacarían de allí lo antes posible para llevarme a otro lugar conveniente.

Al día siguiente, hacia la hora de las once, me volvieron a llamar para que fuese a oír la sentencia. Margarita Fell, que había sido antes llamada a la barra, tuvo abogado que la defendiera, el cual encontró muchos errores importantes en la acusación; por donde, luego que el juez los vio, le dijeron que se retirase a un lado. Después el juez les preguntó que

cual era la acusación en contra mía. No estaba yo dispuesto a dejar que otro hombre abogase por mí, sino a hablar yo mismo en mi defensa; y también Margarita, aunque la defendió su abogado, ella habló tanto como quiso. Mas, antes de ir a la barra, sentí mi espíritu dirigido a rogar al Señor para que confundiese su envidia y maldad, pusiere Su Verdad, por encima de todos, y elevara Su semilla; y me dijo la Voz de trueno, "Yo te he glorificado y te volveré a glorificar." Y estaba yo tan lleno de gloria, que mi cara resplandecía, y cuando los jueces volvieron a entrar precedidos de las trompetas, parecían todos hombres muertos ante la Vida que había en mí. Y el Señor oyó, respondió y los confundió en sus procedimientos en contra mía; y, a pesar de todo el mal que querían hacerme, se encontraron los más grandes errores en la acusación.

Habiéndome negado a que nadie abogase por mí, el juez, me preguntó qué tenía que alegar en mi defensa; y le respondí que, con todo y no estar versado en leyes, mucho tenía que decir si quería él tener paciencia de escucharme. Al oír esto, él, y otros, se rieron, y después dijo, "Veamos; a ver que tenéis que decir, creo que nada." "Sí," dije yo, "mucho tengo que decir; tened tan solo paciencia de oírme." Entonces le pregunté si, el juramento de Lealtad, lo tenían que prestar los súbditos del rey de Inglaterra, o los súbditos de príncipes extranjeros; y me respondió, "Solamente los súbditos de este reino." "Pues bien," dije, "mirad la acusación y podréis ver como no habéis puesto la palabra *súbdito*; de modo que, no habiéndome nombrado en la acusación como súbdito, no podéis castigarme por haberme negado a prestar el juramento." Compararon entonces el estatuto con la acusación y vieron que era como ya había dicho. El juez confesó que era un error.

Dije que aun tenía algo más que decir, para suspender el juicio, y le pedí que mirase en qué día decía la acusación que me habían presentado la fórmula del juramento, en la sesión del tribunal allí celebrada. Miraron y dijeron que en el día once de Enero. "¿En qué día de la semana se celebraron las sesiones?" pregunté, "En Martes," me respondieron; y entonces les dije, "Mirad vuestros almanaques y ved cuando se ha celebrado en Lancaster sesión alguna del tribunal, el día once de Enero." Miraron y vieron que el día once era el día llamado Lunes y que las sesiones se habían celebrado el día llamado Martes, que era el día doce de Enero. "He aquí," proseguí,



"me acusáis de haberme negado a prestar juramento, en la sesión del tribunal, celebrada en Lancaster el día once del último mes de Enero; los magistrados han jurado que me habían presentado el juramento, en la sesión pública, celebrada aquí dicho día, y el jurado en consecuencia me ha declarado culpable; y ahora veis como aquel día no se celebró sesión alguna del tribunal en Lancaster." Entonces el juez, para ver de tapar la cuestión, preguntó si las sesiones no empezaban el día once; y alguien del tribunal le respondió, "No, no se celebraron sesiones más que un solo día, y este fue el día doce." Dijo el juez que era esta una grave equivocación; y los magistrados estaban tan furiosos, que se disponían ya a marcharse del tribunal; y, dando con el pié en el suelo, preguntaron, "¿Quién ha escrito esta acusación? Alguien que lo ha hecho intencionadamente." Entonces yo pregunté, "¿Es que los magistrados, que han jurado esta acusación, no han jurado en falso, ante los ojos de toda la región? Mas esto no es todo," proseguí, "aun tengo más que decir para que sentencia no sea emitida en contra mía."

Pregunté en que año del rey se había celebrado la última sesión del tribunal, el último mes llamado de Marzo; y el juez me respondió, "En el año décimosexto del rey." "Pero," le dije, "la acusación dice que fue en el año décimoquinto del rey." Lo miraron, vieron que así era, y también reconocieron que era otro error. Otra vez se pusieron furibundos sin saber qué decir; ya que el juez había recibido el juramento de los oficiales del tribunal, de que me habían presentado la fórmula del juramento de Lealtad, en el día mencionado en la acusación. "Ahora bien," continué, "¿No ha jurado también en falso el tribunal, habiendo afirmado que la fórmula me había sido presentada en el juicio aquí celebrado, en el año decimoquinto del rey, cuando fue en el décimosexto, jurando así el año en falso?" El juez pidió que se viera si la acusación de Margarita Fell estaba redactada de la misma manera. Lo miraron y no lo estaba.

Dije al juez que aun tenía más que decir para evitar que se pronunciara sentencia: y le pregunté si en la acusación se tenía que poner toda la fórmula del juramento. "Sí," me respondió, "tiene que ponerse." "Entonces," le dije, "compara la acusación con la fórmula del juramento donde podrás ver estas palabras, que dicen, *o derivado de alguna autoridad, o pretendido que de él se derive o de la autoridad del papa*, las

cuales no están en la acusación y son parte principal de la fórmula del juramento, y en otro lugar, las palabras, *herederos o sucesores*, que tampoco están." Reconoció que también esto era un grave error. "Mas," le dije, "aun tengo más que alegar, todavía no he terminado." Y replicó el juez, "No, es ya suficiente, no necesitáis decir nada más." "Sí," le dije, "ya sé que es suficiente, y sólo deseo que hagas justicia, cumpliendo la ley, porque yo no pido clemencia." "Tendréis justicia," me respondió, "y tendréis ley." "En ese caso," le pregunté. "¿Estoy en libertad y libre de todos los cargos que aquí se me han hecho, con respecto a esta cuestión?" "Sí," dijo el juez, "estáis libre de todos los cargos que se os han hecho; pero, ahora," añadió, levantándose iracundo, "yo puedo aquí exigir, a quien yo quiera, que preste el juramento, y os lo volveré a exigir." Le di le que el día antes había ya él tenido bastantes ejemplos, de juramentos prestados en falso, en los magistrados y en el jurado; porque yo había visto, con mis propios ojos, como tanto los unos como los otros, habían jurado en falso. Sin responderme, me preguntó si quería prestar el juramento. Le pedí que me hiciese justicia, por haber estado preso todo aquel tiempo: ¿Por qué razón había estado preso tanto tiempo, injustamente? e insistí en que debía de ponerme en libertad. "Ya estáis en libertad," me dijo, "pero yo os vuelvo a presentar la fórmula del juramento, para que lo prestéis." En tonces, volviéndome hacia la gente, dije, "Sabed, todos los que aquí estáis, qué esto es una trampa; porque ahora mismo yo tendría que estar libre, del carcelero y de este tribunal." En esto el juez se puso a gritar, "Dadle el libro;" y el alguacil y los magistrados también gritaron, "Dadle el libro." El poder de las tinieblas se levantó en ellos, como una montaña; y un escribano me alargó un libro. Me estuve quedo, y luego dije, "Si es una Biblia, dádmela, ponedla en mis manos." "Sí, sí," gritaron el juez y los magistrados, "Dádsela, dádsela." Tomé el libro, lo miré y dije, "Veo que es una Biblia y ello me causa gran alegría."

En esto, el jurado, estaba esperando; porque después de haber dado el veredicto anterior, el juez, no los dejó marchar, a pesar de que ellos lo querían, y les dijo que no les daba licencia de que se fueran porque los necesitaría y, por consiguiente, tenían que quedarse, dispuestos para cuando los llamara. Cuando yo vi esto, comprendí la intención del juez

de que, si me ponían en libertad, él volvería a insistir para que me condenasen; y, mirándole a la cara, se levantó en él, el testigo de Dios, que lo hizo enrojecer cuando el también me miró, porque vio que había yo comprendido. A pesar de ello, endureciendo su corazón, hizo que, en presencia del jurado, me leyesen el juramento; y cuando lo hubieron leído me preguntó si quería o no prestarlo. Entonces yo respondí, "Me habéis dado un libro, para que lo bese y jure sobre él; y este libro, que me habéis dado para que besara, dice, "Besad al hijo"; y el Hijo dice, "No jurad." Como también lo dice el apóstol Santiago. Y ahora sucede que, por decir yo como dice el libro, me encarceláis; ¿Cómo será que no encarceléis también al libro por decir lo que dice? ¿Cómo es que tenéis al libro en libertad, el cual me advierte a no jurar, y me encarceláis a mí por hacer como el libro me manda? ¿Por qué no encarceláis al libro? Mientras así les hablaba, levantando en mi mano el libro abierto, por el lugar donde está escrito que Cristo prohíbe jurar, me lo arrebataron de la mano; y dijo el juez, "Al libro no, pero vamos a encarcelar a Jorge Fox." Esto corrió por todo el país y se repetía, como refrán, que me habían dado, para que jurase sobre él, un libro en el cual se prohíbe jurar; y que mientras la Biblia estaba en libertad, estaba yo encarcelado por hacer como la Biblia dice.

En esto, como el juez insistiera en hacerme jurar, le dije que jamás prestara juramento alguno, en mi vida, ni hice convenios ni me comprometiera a nada, pero que mi sí y mi no me ligaban más que a muchos otros un juramento; que ya tenían experiencia bastante de lo que significaba para los hombres, un juramento, jurando primero por los unos y después por los otros, y como en aquel mismo momento el tribunal y los magistrados habían jurado en falso Añadí que era yo un hombre de conciencia piadosa, y que si ellos tenían alguna idea de que era una conciencia piadosa, tendrían que considerar que, en obediencia a Cristo, yo no podía jurar. "Mas," continué, "si alguno de vosotros puede convencerme de que Cristo y los apóstoles mandaron a los cristianos que jurasen, después de haberlo prohibido, entonces, yo juraré." Y, como estaban allí muchos sacerdotes, añadí, "Si vosotros no podéis hacerlo, dejad que se levanten vuestros ministros y lo hagan." Ninguno de ellos respondió. "¡Oh!" exclamó el juez, "el mundo entero no os podría convencer." "No," le respondí, "¿Cómo podría

convencerme el mundo? Si el mundo yace en la maldad; mas que hablen vuestros ministros espirituales, como vosotros los llamáis, para ver si ellos me convencen." Entonces el alguacil y el juez dijeron, "El ángel juró en el Apocalipsis." Y yo repliqué, "Cuando Dios trajo al mundo a Su Hijo unigénito, dijo, "Que todos los ángeles de Dios lo adoren." Y El dijo, "No jurad." "Basta," gritó el juez, "No quiero discutir." Me dirigí entonces al jurado diciéndole que yo no podía jurar por la causa de Cristo, y que, por consiguiente, los advertía de que no hicieran nada en contra de lo que de Dios había en sus conciencias, porque todos ellos comparecerían ante Su tribunal. Y luego les dije, "En cuanto a conspiraciones y persecuciones, por cuestiones de religión y de papismo, lo repruebo de todo corazón, porque soy cristiano, y en este día os daré prueba de lo que es ser cristiano soportándolo todo por la causa de Cristo; porque así fue dicho, "*Lotish shabiun becoll daber.*"<sup>3</sup> Y todos me miraban, reinando gran calma. Y tuve aun más razones con el juez y con el jurado, antes de que el carcelero me llevase. Por la tarde, me volvieron a llamar y me tuvieron entre los ladrones por bastante rato; y estuve con el sombrero puesto hasta que el carcelero vino y me lo quitó. Estando en poder del jurado, la nueva acusación en contra mía de haberme negado a prestar juramento, me llamaron a la barra y el juez me preguntó si tenía algo que decir en mi defensa. Les dije que me leyeran la acusación porque no quería contestar a lo que no había oído. La leyó el escribano, y, mientras leía, le dijo el juez, "Tened cuidado de que no vuelva a haber errores." Leía de tal manera que apenas entendí lo que decía; y cuando hubo terminado, el juez, me preguntó que tenía que alegar con respecto a la acusación. Le respondí que, oyendo de una vez escrito tan largo, y a tal distancia que no podía oír distintamente todas sus partes, no podía decir nada; pero que si podían darme una copia, y tiempo para estudiarla, daría la contestación. Esto los hizo reflexionar unos momentos, mas al cabo de un rato el juez me preguntó que cuanto tiempo necesitaba. Y le respondí, "Hasta la próxima reunión del tribunal." "Pero," replicó él, "¿Qué alegáis ahora? ¿Sois culpables o no sois culpable?" Y le respondí, "No soy culpable en absoluto, por negarme a jurar obstinadamente y convencido de que así tengo que hacerlo; y en cuanto a todo eso que se menciona en el juramento, de conspiraciones jesuíticas y poderes extranjeros,

lo niego de corazón; y de poder yo prestar algún juramento, éste sería el que prestaría, mas jamás presté juramento alguno en toda mi vida." El juez dijo que decía bien, "Pero," añadió, "El rey juró, el parlamento ha jurado, yo juré y los magistrados han jurado, y la ley se guarda por los juramentos." A esto le dije que ya tenía él experiencia bastante del valor de los juramentos de los hombres y que ya había visto, el otro día, como los magistrados y el jurado habían jurado en falso; y que si había leído el *Libro de los mártires*, que dice de cuantos mártires se negaron a prestar juramento, en la época de las diez persecuciones y en los días del obispo Bonner,<sup>4</sup> ya habría visto que el negarse a jurar, en obediencia al mandamiento de Cristo, no era una cosa nueva. Me dijo entonces que desearía que las leyes fuesen de otra manera. Y yo le dije, "Nuestro Sí es sí y nuestro No es no; y si nosotros no cumplimos nuestro sí o nuestro no, que seamos castigados como lo son, o lo deben de ser, los perjuros." Le dije también que esto se lo habíamos dicho al rey que lo había juzgado razonable. Después de discutir aun algo más, me condenaron otra vez a que estuviera en la prisión hasta que el tribunal volviera a reunirse; y el coronel Kirby, dio orden al carcelero de que me tuviera encerrado sin dejar que ningún ser viviente se me acercase, porque, según dijo, no merecía la sociedad de los hombres.

Entonces me metieron en una torre, adonde venía a parar el humo de las otras habitaciones, de tal manera, que se condensaba en las paredes como si fuese rocío, y algunas veces era tan espeso que apenas si podía ver la vela que estaba encendida; y, a pesar de estar encerrado bajo tres cerrojos, me costaba gran trabajo convencer al carcelero subalterno, cuando había mucho humo, de que subiera a abrir una de las puertas de arriba, de tanto como él mismo le temía al humo; de modo que poco faltaba para que no me asfixiara. Además, entraba la lluvia que caía sobre mi cama y, más de una vez, cuando, en los días más fríos del invierno, trataba de hacer algo para impedir que la lluvia cayese sobre mí, mi camión de dormir se ponía como el cieno a causa del agua que caía, y, como la celda estaba tan alta y expuesta al viento, apenas lo había arreglado que ya el viento se lo llevaba. De esta manera pasé todo aquel invierno, largo y frío, hasta que llegó el día de la reunión del tribunal. Estaba muy débil a causa de la humedad y del frío, mi cuerpo estaba hinchado y mis dedos casi paralizados.

Las sesiones del tribunal empezaron el día 16 del mes llamado de Marzo del año de 1664-1665. Vinieron los mismos jueces, Twisden y Turner, y me llevaron ante el juez Twisden, que esta vez presidía el tribunal de la corona. Me había ya enterado de los errores que también había en esta otra acusación, porque a pesar de que, en el otro juicio, el juez Turner había dicho a los oficiales del tribunal, "De favor, mirad bien de que toda la fórmula del juramento esté en la acusación, que no se omita la palabra *súbdito* y que el día del mes y el año del rey estén correctamente; porque es vergonzoso que toda la región sepa que cometéis tantos errores," había muchos errores y grandes, en esta acusación como en la anterior. Era seguro que la mano del Señor estaba en todo ello, para confundir su maldad en lo que hacían en contra mía, y los cegaba para que se equivocasen; tanto más que, cuando se celebró el otro juicio, el juez, había examinado la acusación, por sí mismo, y la había revisado junto con los escribanos y, con todo y ello, el día del mes estaba equivocado y varias palabras importantes de la fórmula del juramento habían sido olvidadas. Sin embargo, confiados, siguieron adelante contra mí seguros de que todo estaba bien y en orden.

. Cuando estuve en la barra y hubieron llamado al jurado, para que prestase juramento, el escribano me preguntó si tenía yo alguna objeción que hacer en contra de los que formaban parte del jurado. Le dije que no los conocía. Entonces, luego que el jurado hubo prestado juramento, tres oficiales del tribunal, juraron que, en el último juicio, me había sido presentada la fórmula del juramento para que lo prestara; como así constaba en la acusación. "Bien, bien," dijo el juez, "bueno es que no se hizo a hurtadillas"; y me preguntó que había dicho a ello o si había prestado el juramento. "Le repetí, lo que había ya dicho, o sea, que en el libro que me dieron para que sobre él prestase juramento, dice, "No jurad"; y también todo cuanto pude recordarme de lo que había ya dicho. El juez entonces me dijo, "No pienso discutir con vos más que de lo concerniente a la ley." En ese caso," le respondí, "Tengo algo que decir al jurado referente a la acusación." Me dijo que nada tenía que decir al jurado sino a él; y entonces le pregunté si el juramento lo prestaban solamente los súbditos del rey o también los súbditos de príncipes extranjeros. Me respondió, "Los súbditos de este reino, y no he de responderos," prosiguió,

"mas que a lo concerniente a la ley." "Entonces," le dije, "mira la acusación y podrás ver como la palabra *súbdito* tampoco está en esta; de modo que siendo que el juramento no lo prestan más que los súbditos de este reino, y no me designáis como súbdito, el tribunal no tiene por qué darse por enterado de esta acusación." Apenas había pronunciado estas palabras que el juez se puso a gritar. "Lleváoslo, carcelero, lleváoslo." Y a toda prisa me sacaron de la sala. El carcelero y toda la gente esperaban que me volverían a llamar; mas no fue así, y no volví a comparecer ante el tribunal, a pesar de aun había muchos más errores graves en la acusación que no había podido decir.

Luego que hube salido, el juez, preguntó al jurado si estaba de acuerdo. El jurado respondió afirmativamente y, según me dijeron, me declararon culpable en nombre del rey. Nunca me llamaron a oír la sentencia ni que yo sepa se pronunció sentencia alguna. Más tarde supe que, cuando leyeron la acusación con más detenimiento, vieron que no estaba bien escrita; y habiendo recibido el juez el juramento prestado por los oficiales del tribunal, de que en el último juicio se me había exigido a jurar, en el día tal, que constaba en la acusación; como la fecha estaba equivocada, de haberme permitido el juez que hablase en mi defensa hubiese probado que los oficiales del tribunal habían jurado en falso; y esto fue, según parece, la razón por la cual me hizo salir con tanta prisa. Y parece ser que, cuando me hacían salir tan precipitadamente, me inscribieron en el registro como confiscado en mis bienes, a pesar de que ni fui a oír la sentencia ni nunca me la hicieron saber; lo cual era absolutamente ilegal. Porque, no solamente tenía yo que estar presente cuando se leyera la sentencia, sino que antes también tenían que preguntarme si tenía algo que alegar en mi defensa. Mas, como ellos ya sabían que era mucho lo que tenía para decir, no hubieran podido sentenciarme de haberme dejado hablar.

Mientras estaba preso en Lancaster, se hablaba mucho, debido a grandes rumores que corrían, de que el turco estaba invadiendo la cristiandad; y muchos hubo que fueron presa de grandes temores. Mas, un día, mientras me paseaba por mi celda, vi que el poder del Señor se volvía contra el turco y que tenía que retirarse. Dije a unos cuantos lo que el Señor me había hecho ver, cuando había tan gran temor de que

invadiese toda la cristiandad; y, al mes siguiente, llegaron nuevas que daban cuenta de como había sido derrotado.

Otra vez, paseándome por mi celda, con los ojos puestos en el Señor, vi al ángel del Señor que, en dirección hacia el Sur, blandía desenvainada una espada reluciente, y parecía como si la corte estuviera en llamas. Poco después, estallaron las guerras con Holanda, apareció la epidemia y al poco tiempo el incendio de Londres; de modo que la espada del Señor estaba en verdad desenvainada.

En esto, debido a tan largo encarcelamiento, siempre encerrado en un sitio tan malsano, mi cuerpo se fue debilitando; mas el poder del Señor, que está sobre todo, me sostuvo en todo y me dio así la posibilidad de que le sirviera, para la causa de Su verdad y de Su pueblo, según lo permitiera el lugar donde me hallase. Y mientras estuve en la prisión de Lancaster contesté a varios libros.

Después del juicio, el coronel Kirby y otros magistrados, a quienes molestaba mi presencia en Lancaster, a causa de la triste manera como había tenido que arrancarles el pellejo cuando me juzgaron, estaban maquinando que me trasladaran a algún lugar remoto; y el coronel Kirby amenazó con que me enviarían lo bastante lejos, más allá del mar. Cerca de seis semanas después del juicio, consiguieron una orden del rey y de su consejo para sacarme de Lancaster; y trajeron también una carta del conde de Anglesea en la que decía que si se probaban ser ciertas las cosas de que me acusaban, no merecía ni perdón ni clemencia; si bien que el mayor crimen de que me acusaban era que por no desobedecer al mandamiento de Cristo no podía jurar.

Cuando ya lo tuvieron todo listo para trasladarme, los hombres a las órdenes del carcelero subalterno y del carcelero jefe, vinieron y junto con algunos alguaciles me sacaron del castillo; cuando me sentía tan débil, de haber estado tanto tiempo en aquella prisión fría, húmeda y llena de humo, que ni podía andar ni tenerme en pié. Me llevaron a casa del carcelero y allí estaban, Guillermo Kirby, un magistrado y otra gente, y pidieron por vino para darme. Les dije que no quería de su vino; y entonces gritaron, "Sacad los caballos." Quería yo que, si tenían intención de llevarme a otro lugar, me enseñasen primero la orden que los autorizaba a ello; pero solamente me enseñaron sus espadas. Les dije que no me habían sentenciado



ni se me había declarado culpable, que yo lo supiera; por donde no estaba preso bajo la jurisdicción del rey sino del alguacil, pues ya ellos, y todos en la región, sabían que, en el último juicio no me habían dejado terminar de hablar, ni que declarase todos los errores que había en la acusación, los cuales eran suficientes para anularla; con todo y haberme dejado de un juicio para otra con la finalidad de poder llegar a condenarme. Sin enseñarme la orden, me dieron prisa para que saliera y me montaron en un caballo del alguacil. Cuando estuve en la calle, montado en el caballo, rodeado de toda la gente de la ciudad, que se había reunido para verme, dije a los oficiales que la manera como me trataban no era ni cristiana ni humanitaria; pero sin hacerme el menor caso me hicieron ir corriendo hasta unas catorce millas de Bentham, a pesar de que estaba tan débil que apenas podía sostenerme sobre la silla del caballo, y mis ropas olían de tal modo a humo que hasta a mí mismo me repugnaban. El carcelero un joven malvado llamado Hunter, le dio al caballo un latigazo para hacerlo brincar y cocear y así me fuera más difícil sostenerme en la silla, en el estado de debilidad en que me hallaba. Después se me acercó y, mirándome a la cara, me dijo, "¿Cómo estáis señor Fox?" Y le respondí que muy mal estaba lo que él hacía. Poco después el Señor lo aniquiló.

Cuando llegamos a Bentham, un mariscal y muchos soldados vinieron a nuestro encuentro; también estaban allí muchos caballeros de la región y mucha otra gente que me miraba con curiosidad. Estaba tan débil y me sentía tan rendido que les pedí que me dejaran echar sobre una cama, lo cual me fue concedido por los soldados; porque los que me habían llevado hasta allí, dieron al mariscal la orden que tenían y éste me puso bajo la custodia de sus soldados. Al cabo de poco rato, sacaron los caballos, llamaron al alguacil, al condestable y a muchos otros, y aquella misma noche me hicieron ir a Giggles-wick, a pesar de que estaba bien débil. Allí llamaron a los condestables y éstos calzados con sus zuecos pasaron la noche bebiendo en mi habitación, de modo que poco pude descansar. Al día siguiente fuimos a una ciudad mercado y allí vinieron a verme varios Amigos; y Roberto Widders, con otros Amigos, se me acercó en el camino. A la noche siguiente, pregunté a los soldados que a donde me llevaban y que a donde me enviaban; unos respondieron, "Al otro lado del mar," y otros,

"Al castillo de Tynemouth." Y todos tenían gran temor de que alguien viniera a librarme de sus manos; pero tal temor era completamente infundado.

A la otra noche, llegamos a York, y allí el mariscal me llevó a una gran habitación, adonde vinieron a verme la mayoría de los soldados, y uno, hombre envidioso, al saber que me habían confiscado me preguntó qué bienes tenía y si eran tierras arrendadas o tierras libres. No me di por enterado de su pregunta y me sentí dirigido a declarar a los soldados la palabra de vida; muchos eran muy cariñosos. Por la noche, Lord Frecheville, que mandaba aquellas tropas de caballería, vino a verme y fue muy cortés y afable. Le hice una relación de mi encarcelamiento y le declaré muchas cosas relativas a la verdad. Me tuvieron dos días en York y luego el mariscal y cuatro o cinco soldados recibieron orden de acompañarme al castillo de Scarborough. También estos se comportaron conmigo con gran cortesía y amabilidad. Cuando llegamos a Scarborough, me llevaron a una posada y le mandaron aviso al gobernador que mandó a seis soldados para que me custodiaran aquella noche, y, al día siguiente, me llevaron al castillo, me metieron en una habitación y me pusieron un centinela de vista. Como estaba tan débil y siempre propenso a que me diesen vahídos, algunas veces, me dejaban salir a tomar el aire en compañía del centinela; pero pronto me sacaron de aquella habitación y me llevaron a otra donde entraba la lluvia y se llenaba de humo, lo cual me causaba grandísimo malestar.

Un día, el gobernador, Sir José Crosland, vino a verme en compañía de Sir Francisco Cobb, y quise que entrase en mi habitación para que viese en que lugar me tenían. Había yo hecho un pequeño fuego y estaba la habitación tan llena de humo, que, cuando estuve dentro apenas si pudo luego encontrar la salida. Como era un papista le dije que así debía de ser su purgatorio, en el cual me habían metido. No tuve más remedio que gastar cincuenta chelines para arreglar que la lluvia no entrase y que no se hiciera tanto humo; y cuando hube hecho esto, logrando así que la habitación fuera tolerable, me cambiaron a otra peor donde no tenía chimenea ni hogar, y que, estando además de cara al mar y muy abierta, el viento forzosamente tenía que traer la lluvia dentro; de modo que el agua corría por el suelo teniendo que secarla con virutas. Y

como cuando mis ropas se mojaban no tenía fuego con que secarlas, mi cuerpo se entumecía y mis dedos se hincharon de tal manera que uno se hizo tan grande como dos de los otros. También gasté algún dinero en tratar de acomodar esta habitación, pero no pude conseguir que no entrasen la lluvia y el viento. Sólo permitían que viniesen a verme unos pocos Amigos y muchas veces no dejaban entrar a ninguno, ni siquiera para que me trajese un poco de comida; y estuve obligado, durante bastante tiempo, a pagar a una mujer, que no era Amiga, para que me trajese lo necesario. Alguna vez, los soldados intentaron quitarle la comida y la mujer se peleaba con ellos por causa de esto. Mas tarde, pagaba a un soldado para que me diese agua y pan y algo con que hacer fuego, cuando estaba en una habitación en que podía hacerlo. Un pan de tres centavos, tenía que durarme tres semanas, y más también, y las más de las veces mi bebida se componía de agua con raíces de ajeno sumergidas o machacadas. En una ocasión, en que hacía mucho frío y estaba yo muy resfriado, me procuré un poco de cerveza fuerte, y oí como un soldado decía a otro que podían hacerme una buena jugada, mandándome a ver al diputado-gobernador y entre tanto beberse mi cerveza. Tal como lo dijeron lo hicieron; y cuando estuve de vuelta, un soldado, acercándoseme, me pidió, en tono de mofa, un poco de cerveza fuerte. Le respondí que ya me habían hecho la broma tan divertida que querían hacerme, y no quise hablar más de ello. Me tenían completamente incomunicado, no dejándome ver a los Amigos, pero, en cambio, si dejaban que entrasen a verme personas extrañas que ya venían para verme o para discutir conmigo. Una vez, un grupo muy numeroso de papistas vinieron a sostener una controversia conmigo. Afirmaban que el papa era infalible y había sido infalible desde Pedro; mas yo les demostré, por medio de la historia, que eso no era cierto, pues uno de los papas de Roma (llamado Marcelino) renegó de la fe y sacrificó a los ídolos, demostrando así que no era infalible. Les dije también que, de poseer la infalibilidad espiritual, no tendrían necesidad ninguna de prisiones, espadas y pistolas, tormentos y torturas, fuegos y hogueras, látigos y horcas, para con todo ello sostener su religión matando a los hombres; pues siendo espiritualmente infalibles, no tendrían por qué matar a los hombres y no defenderían su religión más que con armas espirituales.

Entonces les conté lo que una mujer, que había sido de los suyos, me había dicho. Esta mujer, que vivía en Kent, no solamente había sido papista sino que también había convencido a varias personas de que abrazaran esta religión; pero, convenciéndose luego de la Verdad y siendo por ella encaminada a Cristo, su Salvador, exhortó a los papistas a que siguieran la misma senda. Un día, estaba en casa de uno, que era sastrero, y, mientras él trabajaba, le decía de las falsedades de la religión papista, para ver si conseguía sacarlo de ella y llevarlo a la Verdad, y, de repente él sastrero le tiró su cuchillo, que fue a dar entre ella y la puerta. La mujer continuó hablando valientemente y lo amonestó a que recogiera su cuchillo porque ya ella conocía bien cuáles eran sus principios. Le pregunté a esta mujer que cuál creía ella que era la intención del sastrero al tirarle el cuchillo; y me respondió que la de matarla. "¡Matarte!" exclamé, "¿Y cuál era la razón para querer tu muerte? ¿Tu religión?" "Sí," me respondió, "este es el principio de los papistas, matar, si pueden, a todo aquel que deje su religión." Les conté esta historia a los papistas y les dije que la había sabido de una persona que había sido de los suyos, la cual habiendo dejado sus principios, descubriría ahora sus prácticas. No negaron ellos que éste era su principio y me preguntaron si pensaba yo darlo a conocer. Les respondí que sí, que tal cosa debía de saberse para que así todos vieran cuán contraria era su religión al verdadero cristianismo. Al oír esto se marcharon enfurecidos.

Vino, también a discutir, otro papista, que sostenía que todos los patriarcas habían estado en el infierno, desde la creación hasta la venida de Cristo, y que, Cristo, después de ser crucificado, había ido al infierno y el diablo le había preguntado, "¿A qué vienes tú aquí? ¿A derribar nuestras fortalezas?" A lo cual Cristo respondiera, "A llevármelas todas de aquí." Y añadió luego que Cristo había pasado tres días y tres noches en el infierno, para sacar de allí las fortalezas del diablo. Le dije que eso era falso, porque Cristo había dicho al ladrón. "De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso." Y Enoc y Elías habían sido arrebatados al cielo, y Abraham estaba en el cielo, porque las Escrituras dicen que Lázaro estaba en su seno, y Moisés y Elías estuvieron con Cristo en el monte antes de que Cristo fuera al suplicio. Estos ejemplos cerraron la boca al papista y lo dejaron atónito.

En otra ocasión vino a verme el Dr. Witty, que era reputado un gran médico, con Lord Falconbridge, el gobernador del castillo de Tynemouth y varios otros caballeros. Me mandaron a buscar y Witty, tomó la palabra para discutir conmigo. Me preguntó que por qué razón estaba en la prisión; y le respondí, "Porque no quise desobedecer al mandamiento de Cristo prestando juramento." Me dijo que debía de haber jurado mi lealtad al rey; y como era él un gran Presbiteriano, le pregunté si no había jurado él en contra del rey y de la casa de los Lores, habiendo aceptado el pacto escocés, y si después no había jurado por el rey; de modo que ante esto a ver qué valor tenían sus juramentos, "Mi lealtad," le dije, "no consiste en jurar, sino en la sinceridad de mis sentimientos y en mi fidelidad." Después de más discusiones, me volvieron a mandar a mi prisión; y este Dr. Witty, fue luego jactándose por la ciudad, con sus pacientes, de que me había vencido. Cuando supe de tales bravatas, dije al gobernador que el Dr. Witty daba pruebas de muy poco valor, jactándose de haber vencido a un hombre que no podía salir a desmentirlo. Y quería pedirle que viniese a verme otra vez, cuando volviera al castillo.

Poco después, volvió, acompañado de quince o diecisiete personas importantes, y dio aun peores razones que la vez pasada; afirmando ante todos que Cristo no había iluminado a todo hombre que venía al mundo, que la gracia de Dios, que da la salvación, no la recibían todos los hombres y que Cristo no había muerto por todos los hombres. Le pedí entonces que me dijera qué clase de hombres eran los que Cristo no había iluminado, cuáles no habían recibido la gracia y por cuáles Cristo no había muerto. "Cristo no murió por adúlteros, idólatras y malvados," me respondió. Le pregunté si adúlteros y malvados no eran pecadores. "Sí," me respondió. "¿Y Cristo no murió por los pecadores!" Le pregunté, "¿Y no vino a predicar el arrepentimiento a los pecadores?" "Sí," volvió a responderme. "Entonces," le dije, "tú mismo te cierras la boca." Probé que la gracia de Dios la recibían todos los hombres, a pesar de que algunos la convertían en maldad y osadamente iban contra ella; y que Cristo había iluminado a todos los hombres, aunque algunos aborrecieran la luz. Varios de los que allí estaban me dieron la razón; mas él se marchó enfurecido y no volvió más a verme.

En otra ocasión, el gobernador, trajo a un sacerdote, pero

pronto lo hice callar; y no mucho después, trajo también a dos o tres del parlamento que me preguntaron si aceptaba yo a sacerdotes y a obispos. Les dije que sí, que a los enviados de Cristo, a los que habiendo recibido de gracia de gracia dan, a los capacitados para ser ministros, por estar en el mismo poder en que estaban en los días de los apóstoles. Mas que no aceptaba a obispos y maestros en religión que no buscaban más que los grandes beneficios, porque éstos, no eran como los apóstoles. "Cristo dijo a sus ministros, 'Id por todas las naciones y predicad el evangelio.' Pero vosotros, hombres del parlamento, que habéis dado a vuestros sacerdotes tan pingües beneficios, los habéis corrompido. Y si no, juzgad vosotros mismos si esos sacerdotes están dispuestos a ir por todas las naciones predicando el evangelio, o sólo hasta donde les represente un pingüe beneficio.

Otro día, vino la viuda del llamado viejo Lord Fairfax, acompañada de muchos otros, uno de los cuales era sacerdote. Me sentí dirigido a declararles la Verdad; y el sacerdote me preguntó que por qué tuteábamos a todo el mundo, pues le parecía que estábamos locos o que éramos idiotas de hablar de tal modo. Entonces yo le pregunté si, los que tradujeron las Escrituras e hicieron la gramática, eran también locos o idiotas, en vista de que así habían traducido la Biblia y habían hecho así la gramática-tú para una sola persona, vos para más de una, y así nos lo habían legado. Si aquellos fueron unos locos e idiotas, porque él, y los que como él se consideraban hombres sabios, no habían cambiado la gramática, y la Biblia, poniendo en plural lo que está en singular, ya que no podían admitir la forma tú para el singular. Mas si los que tradujeron la Biblia eran hombres sabios, que así habían hecho la gramática, le pedí que en tal caso considerase si no eran ellos los locos y los idiotas, por no hablar como la gramática y la Biblia les habían enseñado, y por llamarnos a nosotros locos e idiotas por hablar correctamente. De este modo hice callar al sacerdote, y muchos de los que allí estaban reconocieron que lo que yo decía era cierto. Eran gente afable y piadosa y algunos quisieron darme dinero que yo no quise aceptar.

Después de esto, vino uno llamado Dr. Craddock, junto con tres sacerdotes más, el gobernador y su mujer, otra dama y un grupo que los acompañaba. Me preguntó el Dr. Craddock que por qué estaba en la prisión. Y le dije que por obedecer el

mandamiento de Cristo y del apóstol negándome a jurar, pero que si él, que era doctor y juez de paz, me podía convencer de que Cristo y el apóstol mandaron jurar a los cristianos después de haberlo prohibido, entonces yo juraría. Allí estaba la Biblia, le dije, y podía,, si le era posible, mostrarme que habían mandado tal cosa. Entonces él me dijo. "Escrito está. Juraréis en verdad y rectitud." "Sí," dije yo, "Eso se escribió en los tiempos de Jeremías, muchos años antes de que Cristo mandara no jurar en absoluto. Mas ¿Dónde está escrito, después de que Cristo diera este mandamiento? Yo puedo dar tantos ejemplos de jurar, sacados del antiguo testamento, como tú, o quizás más; pero ¿Qué fuerza tienen para probar que de acuerdo con el nuevo testamento es lícito jurar, habiéndolo prohibido Cristo y el apóstol? Además," proseguí, "en el texto donde eso está escrito, ¿A quiénes se refiere el juraréis? ¿A gentiles o a judíos?" No me quiso responder a esto, mas lo hizo uno de los sacerdotes que estaban con él, y dijo, "Se refería a los judíos," y el Dr. Craddock reconoció que así era. "Bien," repliqué, "¿Es que Dios ha mandado alguna vez a los gentiles que jurasen? Porque tú bien sabes que nosotros somos gentiles por nacimiento." "Igualmente," dijo él, "en tiempos del evangelio, todo se basaba sobre lo que dijeran dos o tres testigos; y no había necesidad de jurar." "¿Por qué entonces," le pregunté, "obligas tú a jurar a los cristianos, sabiendo como sabes qué procedimientos regían en tiempos del evangelio? ¿Y por qué has excomulgado a mis amigos?" (Había él excomulgado a muchos Amigos, así en Yorkshire como en Lancashire) Y me respondió, "Porque no iban a la iglesia." "¿Cómo!" exclamé, "Hace veinte años, cuando no éramos más que unos muchachos, ya nos dejasteis en manos de los Presbiterianos, Independientes y Baptistas que destruyeron nuestros bienes y nos persiguieron porque no queríamos seguirlos. En aquel entonces, nosotros, que éramos muy jóvenes, poco sabíamos de vuestros principios; y si intentabais conservar con vosotros a los viejos, que los conocían, para conservar vivos vuestros principios, de modo que así hubiéramos llegado a conocerlos, no teníais que haberos apartado de nosotros, como hicisteis, o debíais de habernos enviado vuestras epístolas, homilías, colectas y cánticos religiosos. (Pues Pablo bien escribió epístolas a los santos a pesar de estar en la prisión.) Pero tanto los viejos como nosotros,

podíamos habernos vuelto turcos o judíos, por las epístolas y homilías que nos enviasteis en todo aquel tiempo. Y ahora tú nos has excomulgado, jóvenes y viejos, como así también lo han hecho otros de los vuestros; o sea, que nos habéis echado de vuestra iglesia antes de haber conseguido que entrásemos en ella y antes de que nos hubierais dado a conocer vuestros principios. ¿No es acaso locura, en vosotros, echarnos antes de que llegáramos a entrar? Igualmente, si hubierais conseguido que entrásemos en vuestra iglesia, cuando hubiésemos formado parte de ella, de haber hecho nosotros algo malo, hubiera sido ello motivo para que nos excomulgaseis o nos volvierais a echar. ¿Mas," le pregunté, "a qué llamas tú iglesia?" "A lo que tú llamas casa con campanario." Me respondió. Entonces le pregunté si Cristo había derramado Su sangre por una casa con un campanario y si había rescatado y santificado con Su sangre la tal casa del campanario. "¿Y siendo que la iglesia es la esposa de Cristo y que Él es la cabeza de la iglesia, crees tú que una casa con un campanario es la esposa de Cristo? ¿De quién crees tú que Él es la cabeza, de esa casa vieja o de Su pueblo?" "Sí," me respondió, "Cristo es la cabeza de Su pueblo, que es la iglesia." Y yo exclamé, "Mas vosotros habéis dado el título de iglesia, que pertenece al hombre, a una casa vieja y habéis enseñado a la gente a que así lo crea."

También le pregunté porque perseguía a los Amigos cuando no pagaban los diezmos, y si Dios había mandado alguna vez a los gentiles que pagasen diezmos; y si no había Dios terminado con los diezmos cuando terminó con el sacerdocio levítico que los tomaba; y si no había mandado Cristo, a sus discípulos, cuando los envió a predicar, que predicasen de gracia como de gracia Él les había dado; y si no estaban obligados a observar este mandamiento de Cristo, todos Sus ministros. Me dijo que no quería discutir este punto y comprendí que no le gustaba el tema porque pasando a otra cuestión, me dijo, "Vos casáis a los que son de vuestras ideas, pero no sé yo como lo hacéis." Y le repliqué, "Es muy posible que no le sepas, pero, ¿Por qué no vienes a verlo?" Y al oír esto me amenazó con que usaría de su poder en contra nuestra, como ya lo había hecho. Lo animé a que midiera sus acciones porque era ya viejo; y le pregunté que donde había leído, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, el que ningún sacerdote hubiera jamás casado a



nadie, y le pedí que me citase algún ejemplo si quería que fuésemos a ellos para que nos casaran; "porque," proseguí, "tú excomulgaste a uno de mis Amigos, dos años después de su muerte, a causa de su matrimonio. ¿Y por qué no has excomulgado a Isaac, a Jacob, a Booz y a Ruth? ¿Por qué no usas de tu poder en contra de estos? Pues nosotros nunca hemos leído de que los casara el sacerdote; sino que se tomaron uno a otro, en la asamblea de los justos, en presencia de Dios y de Su pueblo; y así es como hacemos nosotros, siguiendo el ejemplo de todos los hombres y mujeres sagrados de que hablan las Escrituras. Muchas razones tuvimos, mas, cuando vio que no alcanzaba ventaja sobre mí, se marchó, con los suyos.

Mucho se ejercitó mi espíritu con tales personas, mientras estuve en aquel lugar; porque la mayoría de los que venían al castillo querían hablar conmigo y mucho discutí y razoné con todos ellos. Pero en cuanto a los Amigos, estaba como un hombre enterrado en vida, pues a pesar de que muchos vinieron de lejos para verme, pocos fueron los que consiguieron llegar hasta mí; y cuando, por cualquier otra razón, algún Amigo entraba en el castillo, se enfurecían con él si miraba hacia donde yo estaba. Finalmente, el gobernador, pasó un serio disgusto, porque, habiendo dado él orden de que un corsario se hiciera a la mar, éste aprisionó, creyéndolos enemigos, unos barcos que eran amigos; y después de este percance, que le causó graves trastornos, se hizo algo amigo mío. Antes de esto, tenían allí a un mariscal que se cuidaba de mí, con el propósito de sacarme dinero, pero como yo no era libre de darle un solo céntimo, cuando vieron que nada conseguirían, lo sacaron de allí. Los oficiales me amenazaron, más de una vez, con ahorcarme en los muros del castillo; y aun más, el diputado-gobernador me dijo que el rey, sabiendo el gran interés que había yo despertado en el pueblo, me había mandado allí para que, en caso de que hubiera algún levantamiento en la nación, me ahorcaran de los muros para dar un ejemplo que aquietara al pueblo. En vista de que el gobernador se hacía más y más amigo mío, un día, en que se disponía a ir a Londres al parlamento, le pedí que fuera a ver a Esquire Marsh, a Sir Francisco Cobb y a otros más y les hiciera saber cuanto tiempo hacía que estaba preso y por qué razón. Lo hizo así y cuando estuvo de vuelta me dijo que Esquire Marsh, que era uno de

los servidores personales del rey, había dicho que andaría cien millas a pié descalzo, por alcanzar mi libertad, de tan bien como me conocía. Me dijo también que varios otros habían hablado muy bien de mí. Desde aquel día, estuvo siempre muy afable conmigo.

Estaban allí, también presos, dos hombres muy malos, que muchas veces se sentaban a beber con los oficiales y con los soldados, y como yo me negaba a sentarme también a beber con ellos, esto los ponía furiosos conmigo. Una vez, estos dos presos, estando borrachos, uno (cuyo nombre era Guillermo Wilkinson, presbiteriano que había sido capitán) se me acercó y me desafió a que luchara con él. Viendo el estado en que se hallaba, lo dejé sin decirle nada, y, a la mañana siguiente, estando él más sobrio, le dije que era muy cobarde de su parte desafiar a un hombre cuyo principio, según él ya sabía, era de no pegar jamás a nadie, y que si le pegaban en una mejilla presentaba la otra. Le dije que si realmente tenía ganas de luchar, pudo haber desafiado a un soldado que le hubiera dado la respuesta que él quería; pero ya que me había desafiado a mí, iba a contestarle con las manos en los bolsillos y, (adelantando la cabeza) "He aquí," le dije, "he aquí mi cabello, he aquí mis mejillas, he aquí mi espalda." Y al ver esto salió escapado yéndose a otra habitación. Los soldados al verlo soltaron la carcajada y dijo un oficial, "Sois un hombre feliz que podéis soportar tales cosas." Así lo vencí sin un solo golpe. Al cabo de poco tiempo, prestó el juramento, dio fianza y salió de la prisión. Mas pronto el Señor lo aniquiló en su propia maldad.

Después de haber pasado cerca de un año preso en el castillo de Scarborough, envié una carta al rey, en que le daba cuenta de mi encarcelamiento y de los malos tratos de que había sido víctima en la prisión; diciéndole también que sabía que nadie podía ponerme en libertad sino él.

Después de esto, Juan Whitehead, que estaba en Londres y conocía al llamado Esquire Marsh, fue a visitarlo y le habló de mí; y éste propuso que, si Juan Whitehead quería escribir un informe relatando mi caso, él mismo lo entregaría al que entendía en las rogativas, a quien llamó Sir Juan Birkenhead, con el propósito de ver si conseguiría mi libertad. De modo que, Juan Whitehead y Elias Hookes, escribieron una relación de mi encarcelamiento y de mis sufrimientos que entregaron a

Marsh, y éste se la llevó a Juan Birkenhead, el cual se procuró una orden del rey poniéndome en libertad.

Tan pronto como el gobernador hubo recibido la orden, reunió a sus oficiales, me puso en libertad, sin hacerme pagar nada, y me dio el siguiente certificado.

Permítase al portador de ésta, Jorge Fox, últimamente prisionero en el castillo de Scarborough y ahora en libertad por orden de Su Majestad, el paso, sin molestia alguna, en toda lícita ocasión en que pueda convenirle. Dado por mi mano, en el castillo de Scarborough, hoy primer día de Septiembre de 1666.

J. Crosland,  
Gobernador del castillo de Scarborough

Cuando estuve en libertad, quise ofrecer algún presente al gobernador, por la bondad y cortesía con que últimamente me había tratado; mas no quiso aceptar nada, diciendo que haría por mí y por mis amigos todo el bien que pudiera y que jamás les causaría daño alguno. Y pasando el tiempo, si en cualquier ocasión el alcalde de la ciudad le mandaba a pedir soldados para disolver las reuniones de los Amigos, en caso de que los enviara, antes les decía privadamente, "No os metáis en nada." Así continuó, bueno y afable, hasta el día de su muerte. También los oficiales y los soldados, cambiaron en gran manera, volviéndose muy respetuosos conmigo; y siempre que tenían ocasión de hablar de mí, decían, "Es recto como un árbol y puro como el tañer de la campana, porque jamás logramos que prestara oído a nuestras incitaciones."

El mismo día que siguió al de mi libertad estalló el fuego en Londres y la nueva pronto llegó al campo. Entonces vi como el Señor era cierto y justo cumplidor de Su palabra, que me había ya hecho saber, cuando estaba en la cárcel de Lancaster, al aparecérseme el ángel blandiendo, hacia el Sur, una espada reluciente; como ya antes lo he mencionado.

### NOTAS AL MARGEN

- 1. Esta acta, que seguramente es la llamada "Acta de Uniformidad," que fue puesta en ejecución en Agosto de 1662 y que tenía por objeto el de imponer una sola única iglesia en Inglaterra; obligaba al uso del libro de oraciones que en 1548 había substituido el misal y el breviario de la iglesia católica,**

en todos los actos públicos de culto religioso y exigía además de todos los sacerdotes la aceptación sincera y absoluta de su liturgia considerando oficialmente ilegal toda ordenación que no fuese conferida por los obispos de la iglesia episcopal. Todo el clero en general tenía que comprometerse a no intentar cambio alguno, ni en la iglesia ni en el estado. La consecuencia fue que una quinta parte del clero inglés fue expulsado de sus parroquias por no-conformistas.

Más tarde, el acta llamada "de las cinco millas" obligaba a todos los sacerdotes excluidos del culto por el "Acta de Uniformidad" a prestar juramento de que consideraban ilícito, bajo el pretexto que fuere, levantarse en armas contra el rey; y que en ningún momento intentarían promover cambio alguno de gobierno, ni en la Iglesia ni en el estado. En caso de negarse a prestar el juramento, no podían acercarse a ninguna ciudad en un radio de cinco millas. Jorge Fox, fiel a sus principios se negó a prestar el juramento y ello fue causa de que pasara por grandes sufrimientos siendo víctima de implacables persecuciones, ya que, por esta misma época, se votó un acta que tenía por único objeto la represión de los Cuáqueros. Más de cuatro mil fueron condenados a prisión, de los cuales quinientos eran de Londres solamente.

2. De acuerdo con el año inglés, de esta época, el año de 1664 empezó el 23 de Marzo.
3. En hebreo que se traduce por, "No juraréis por nada."
4. Bonner, obispo de la diócesis de Londres, bajo el reinado de María Tudor, cuyo fanatismo por la causa católica la hizo llegar a la persecución que llevó algunos centenares de protestantes a la hoguera.

## CAPÍTULO XVIII

### Organización de Juntas Mensuales 1666-1669

Cuando salí del castillo de Scarborough, fui como a unas tres millas de allí, para asistir a una reunión general en casa de un Amigo que había sido jefe condestable; y la reunión se celebró en calma. El Cuarto día siguiente volví a Scarborough y, en la ciudad, celebré una reunión en casa de Pedro Hodgson. Asistió a ella una gran dama y otras personas de significación, y también un joven, hijo del alguacil de la ciudad, que se había convencido mientras estuve yo allí en la prisión, el cual empezó a discutir y a hablarme en hebreo, y yo, respondiéndole en el idioma del país de Gales, lo amonesté al temor de Dios. Más tarde fue un buen Amigo.

De aquí fui a Marmaduke Storr y celebré una reunión en casa de un condestable, en quien el Señor había obrado gran milagro.

Al día siguiente, como dos Amigos iban a unirse en matrimonio (allá vinieron cientos de mendigos a quienes los Amigos obsequiaron en lugar de obsequiar a los ricos) se celebró una gran reunión a la que asistí, sintiéndome dirigido a revelar a la gente como eran nuestros matrimonios. Les dije que las gentes de Dios, se tomaban uno a otro en la asamblea de los Ancianos, y que Dios había unido a hombre y mujer antes de la caída del hombre; y que, a pesar de que el hombre había asumido el derecho de unirse mientras estaba en pecado, luego, cuando los hombres fueron redimidos, la unión que era obra de Dios era el matrimonio verdadero y honorable; mientras que nunca habíamos leído en las Escrituras, desde el Génesis al Apocalipsis, que ningún sacerdote hubiera jamás unido a nadie en matrimonio. Les dije también cuáles eran los deberes de marido y mujer, y como tenían que servir a Dios, siendo como eran los dos herederos de la gracia y de la vida.

Fui después a casa de un sacerdote, cuya mujer se había con-

vencido, mientras él cada vez era más afable y parecía más contento de volver a verme. Este sacerdote, era aquél que en el año de 1651<sup>1</sup> amenazó con que, si volvía a encontrarme en su camino, me quitaría la vida, o yo la suya; y dijo además que apostaba la cabeza a que, antes de un mes, me habrían aniquilado. Y ahora, convencido de la Verdad eterna del Señor, estaba lleno de amor.

Yendo de paso fui a ver a un viejo que se había convencido de la Verdad, el cual tenía más de cien años; y después fui a Howden Dyke. Al entrar en la ciudad el guardián me interrogó, y también a los que me acompañaban; mas no teniendo en su poder decreto alguno que los autorizase a detenernos, pasamos por delante de ellos, que enfurecidos nos amenazaron con que luego nos buscarían. Fui a casa de la llamada Lady Montague, donde pasé la noche, y varios Amigos vinieron allí a visitarme. A la mañana siguiente, me levanté muy temprano y me fui a pasear por el pomar desde donde, cuando apenas salía el sol, vi que un hombre, envuelto en una gran capa, entraba en la casa. No se detuvo mucho tiempo y se marchó sin verme; y yo, sintiendo que mi vida corría algún peligro, entré en la casa, donde encontré a la sirvienta que, asustadísima y temblando, me dijo que aquel hombre llevaba un espadín desenvainado debajo de su capa. Al oír esto bien comprendí que había venido con intención de hacerme algún mal; mas el Señor impidió que llevara a cabo sus designios.

Fui visitando a los Amigos hasta llegar a York; y fui des pués a visitar al magistrado Robinson, antiguo juez de paz, que, desde el principio, había sido muy bueno conmigo y con los Amigos. Estaba con él un sacerdote que me contó que se decía de nosotros que no queríamos a nadie más que a nosotros mismos; y le dije que nosotros amábamos a la humanidad por ser obra de Dios y ser todos los hombres hijos de Adán y Eva por generación tras generación; y que amábamos a nuestros hermanos en el Espíritu Santo. Esto le cerró la boca; y después de algunas razones nos separamos amigablemente, siguiendo nosotros nuestro camino.

Luego que hube visitado a los Amigos en York, fuimos a una ciudad en día de mercado donde celebramos una reunión en casa de Jorge Watkinson, que había sido magistrado. Mucho pudo habernos costado entrar en esta ciudad de no habernos

deparado un camino la providencia; pues el guardián estaba dispuesto a pararnos. Pero como inmediatamente delante de nosotros iba un hombre cabalgando, lo interrogó primero, y al saber que era un juez de paz lo dejaron pasar, pasando también nosotros cabalgando detrás de él.

De este lugar fuimos a casa de Tomás Taylor, que había sido capitán, y allí celebramos una bellísima reunión. Muy cerca de la casa de Tomás Taylor, vivía un caballero, que había tenido gran disgusto cuando le dijeron que era casi seguro de que me iban a poner en libertad; y amenazó que si el rey hacía tal cosa, al día siguiente, él mismo me volvería a mandar a la prisión. Mas a pesar de estar tan cerca de su casa, el poder del Señor impidió que se metiera conmigo y nuestra reunión se celebró en toda calma. También el coronel Kirkby, que había sido el principal causante de mi encarcelamiento en Lancaster y en el castillo de Scarborough, cuando oyó que me habían puesto en libertad se procuró otra orden para prenderme, y dijo que cabalgaría cuarenta millas para alcanzarme y que daría cuarenta libras al que me prendiese. Sin embargo, poco después, estuve tan cerca de él, que celebré una reunión a menos de dos millas de su casa; pero entonces estaba él enfermo, guardando cama a causa de un ataque de gota, tan mal, que creían que se moría.

De casa de Tomás Taylor, fui, visitando a los Amigos, hasta llegar a Synderhill Green, donde celebré una gran reunión general. El sacerdote del lugar, al saberlo, mandó al condestable a que fuese a pedir a los magistrados un decreto; y cabalaron a tal galope que poco faltó para que no reventasen los caballos. Pero como el mensaje que llevaban era corto y largo el camino a recorrer, antes de que estuvieran de vuelta se había terminado la reunión. Nada supe de esto hasta que, cuando me disponía a salir, terminada la reunión, vino un Amigo a decirme que estaban registrando otra casa en busca mía; que era a donde en aquel momento me encaminaba, y, pasando por los cercados en dirección a ella, me encontré con los condestables, guardianes y el escribano del magistrado que de allí venían y, cruzándome con ellos, me miraron siguiendo yo camino de la casa que acababan de registrar. Así fue como el diablo y el sacerdote fracasaron en sus designios, encadenados por el poder del Señor que me salvó de sus manos. Y los Amigos separándose también se les

escaparon. De modo que los oficiales se marcharon como vinieron, por obra del Señor que frustró su intento; alabado sea Su nombre eternamente.

Viajé por Nottinghamshire y, atravesando el bosque, un día de tormenta que llovía a torrentes, llegué a Nottingham. Fue tan grande la tempestad que muchos árboles fueron arrancados de raíz y murieron algunas personas que volvían del mercado; mas el Señor nos guardó. El Primer día siguiente, celebré, en la mayor calma, una gran reunión en Nottingham; los Amigos vinieron a recogerse bajo su Maestro, la gracia de Dios, que les dio la salvación y se asentaron sobre la roca y fundación, Jesucristo. Después de la reunión fui a visitar a aquel Amigo que, por el año de 1649, había sido alguacil siendo yo entonces su prisionero.

En esto, luego que, visitando a los Amigos, hube pasado por varios condados, celebrando al mismo tiempo muchas y bellísimas reuniones, llegué a Londres. Pero estaba tan débil, de haber pasado casi tres años de tan cruel encarcelamiento, que tenía las articulaciones rígidas y todo mi cuerpo entorpecido de manera que apenas podía montar a caballo ni doblar las rodillas, no pudiendo soportar el fuego ni la comida caliente, de tanto tiempo como había estado privado de todo ello. Cuando llegué a Londres, anduve un poco por entre las ruinas, contemplándolas bien; y vi la ciudad yaciendo igual como, por la palabra del Señor, la había visto unos años antes.

Por este tiempo, algunos que se habían apartado de la Verdad, poniéndose en contra de los Amigos, fueron alcanzados por el poder del Señor que les hizo condenar y destruir sus escritos contrarios a la Verdad. Celebramos con ellos varias reuniones y el poder infinito del Señor fue sobre todos ellos, cayendo su juicio sobre la cabeza del que los había descarriado. A estas reuniones, que duraron días enteros, vinieron varios que se habían apartado de nosotros, siguiendo a Juan Perrot y a otros, y condenaron al espíritu que los arrastró a continuar con el sombrero puesto cuando los Amigos oraban y cuando ellos mismos oraban. Unos hubo que dijeron que los Amigos eran bastante más rectos que ellos, y que si los Amigos no se hubiesen mantenido firmes en sus creencias, hubieran seguido ellos la senda que los llevaba a la perdición. Así el poder del Señor se manifestó maravillosamente, elevándose sobre todos.



Fue entonces cuando, por voluntad del Señor, decidí que se celebrasen juntas mensuales, de hombres y mujeres, en la ciudad de Londres (además de las reuniones de mujeres y de las que se celebraban cada trimestre) para cuidar de la gloria del Señor y para amonestar y exhortar a aquellos que vivieren, en el desorden y en la indolencia, en desacuerdo con la Verdad. Porque si bien era cierto que en los lugares donde los Amigos no celebraban más que reuniones cada trimestre, también se difundía la Verdad, aumentándose el número de Amigos, a pesar de ello, me sentí dirigido a recomendar, por toda la nación, la organización de juntas mensuales. El Señor me reveló lo que tenía que hacer, para ordenar las juntas mensuales y trimestrales, de hombres y mujeres; y como tenía que escribir a aquellos Amigos, a los cuales no podía ir a ver, para que hiciesen lo mismo. Luego que en Londres todo estuvo organizado y que, en esta ciudad, la Verdad, poder, semilla y vida del Señor reinaban y resplandecían sobre todos, fui a Essex, y después de que en esta región las juntas mensuales estuvieron organizadas, fui a Suffolk y a Norfolk, en compañía de Tomás Dry. Cuando hubimos visitado a los Amigos, por aquellos lugares, y que las juntas mensuales estuvieron organizadas, fuimos a Huntingdonshire, donde celebramos grandes y benditas reuniones, y, a pesar de que encontramos alguna oposición, el poder del Señor fue sobre todos y allí también se organizaron las juntas mensuales. Cuando llegamos a Bedfordshire hubo allí gran oposición, mas el poder del Señor fue sobre todos ellos. Fuimos después a Nottinghamshire, donde se organizaron las juntas mensuales, y en Lincolnshire celebramos una junta, de algunos Amigos procedentes de todas las otras juntas del condado, en casa de uno que antes había sido alguacil de Lincoln, y todo transcurrió en gran calma. Después de esto, pasando por Trent, volvimos a Nottinghamshire, yo y el que había sido alguacil de Lincoln, y allí reunimos a varios Amigos que provenían de las otras juntas del condado.

De allí fuimos a Leicestershire, a Warwickshire, y a Derbyshire y, pasando por las montañas de Peak, donde hacía mucho frío (estaba helando y nevando), fuimos a Staffordshire. En casa de Tomás Hammarsley, celebramos una junta general de hombres en la que se organizó todo de acuerdo con el evangelio, y también se estableció la costumbre de las juntas mensuales.

Estaba yo tan, pero tan débil, que apenas si podía montar o bajar del caballo; pero mi espíritu estaba tan lleno de fervor por la misión que el Señor me había encomendado y en cumplimiento de la cual El me enviaba, que seguí viajando, a pesar de la gran debilidad de mi cuerpo, siempre lleno de confianza en el Señor que me ayudaría a seguir adelante como, por la fuerza de Su poder, así sucedió.

Fuimos a Cheshire, donde celebramos una junta general de hombres, en la que se organizaron las juntas mensuales de este condado; y, luego que allí hube terminado, fui a Lancashire donde también se organizaron las juntas mensuales.

Desde allí envié escritos a Westmorland, Bishoprick, Cleveland, Northumberland, Cumberland y también a Escocia, exhortando a los Amigos a que, en el poder del Señor, organizaran juntas mensuales en todos estos lugares; como así lo hicieron.

Fui a Shropshire y de aquí al país de Gales, y también se organizaron las juntas mensuales. Fui entonces a Worcestershire y, después de celebrar muchas reuniones con los Amigos en este condado, celebramos una junta general de hombres en la que, en el orden evangélico, también se organizaron las juntass mensuales.

En Shrewsbury celebramos una bellísima reunión; mas el alcalde, al saber que estaba yo en la ciudad, reunió a sus oficiales para consultar con ellos qué era lo que tenían que hacer en contra mía, porque, según ellos decían, "El gran Cuáquero de Inglaterra ha venido a la ciudad;" pero como no se pusieron de acuerdo pude escapar de ellos.

Fuimos después a Herefordshire a Monmouthshire y a Gloucestershire, donde celebramos una junta general de hombres en casa de Nataniel Cripps, en la que se organizaron todas las juntas mensuales. En un lado y otro de este condado celebramos benditas reuniones, antes de irnos a Bristol.

En Bristol, un día, estando acostado, vino a mí la palabra del Señor de que tenía que volver a Londres; e inmediatamente decidí hacerlo, yendo en el poder del Señor que me guiaba. De Bristol fuimos a Wiltshire, donde organizamos las juntas mensuales, y seguimos después, visitando a los Amigos, hasta llegar a Londres.

Luego que allí hube visitado a los Amigos; al cabo de algún

tiempo de haber llegado, me sentí dirigido a exhortar a los Amigos a que anunciassen sus matrimonios en las reuniones de hombres y mujeres, para que estos lo pudieran hacer saber a los fieles; y así evitar los desordenes que se habían cometido. Pues muchos hubo que contrajeron matrimonio en contra de la voluntad de sus familias, y otros que, jóvenes, recién llegados a nosotros, se habían unido con gentes del mundo, mientras que viudas se habían casado sin proveer para los hijos de su otro marido, antes de contraer matrimonio por segunda vez. Por el año de 1653, cuando aun la Verdad no estaba muy extendida por la nación, había yo publicado un escrito, concerniente al matrimonio, en el cual advertía a los Amigos, que estuvieren en tal caso, que con tiempo lo anunciassen a los fieles, antes de que nada estuviera concluido. Que después al terminarse la reunión lo hiciesen público o también que lo anunciassen en un mercado, según se sintieran dirigidos a hacerlo; y que, cuando todo estuviere lo suficientemente claro, libres los contrayentes de todo impedimento y sus familias satisfechas, podían fijar fecha para una reunión, con objeto de unirse en matrimonio, en presencia cuando menos de doce testigos fieles. Pero como estas instrucciones no se habían observado siempre, y que la Verdad estaba más extendida por toda la nación, se ordenó en consecuencia, por el mismo poder y espíritu de Dios, que los matrimonios se tenían que anunciar en las juntas de hombres, mensuales y trimestrales, o como se celebrasen, y que los Amigos tenían que cerciorarse de que las familias de los contrayentes estaban satisfechas, que las dos partes eran libres y que las viudas habían proveído para los hijos de su primer marido; cerciorándose además de lo que fuere necesario para que todo fuese limpio y puro y se hiciera en la mayor rectitud para gloria de Dios. Más tarde, por la misma sabiduría de Dios, se ordenó que si alguno de los contrayentes, viniere de otra nación, condado o junta mensual, tendría que presentar un certificado de la junta a que perteneciere, para satisfacción de la junta mensual, ante la cual anunciase su intención de contraer matrimonio.

Luego que todo esto, junto con muchos otros servicios para el Señor, se ordenaron y se establecieron en la ciudad de Londres, salí de allí guiado por el poder del Señor. Más tarde, de Egreso a Londres, pasando por Waltham, recomendé que se

organizase allí una escuela para los niños; y también en Shacklewell, aconsejé que se hiciese una escuela de mujeres, para enseñar a las muchachas jovencitas y a las doncellas todo cuanto hay en la creación de útil y agradable.

Volví a Londres y fui después a Buckinghamshire donde se habían ya organizado, en todo el condado, las juntas mensuales de hombres. Luego que las juntas mensuales se hubieron allí ordenado, de acuerdo con el orden evangélico, asentadas sobre la base de Jesucristo, fui a Oxfordshire y, celebrándose allí una junta a la que asistieron algunos Amigos procedentes de otras juntas, se organizaron las juntas mensuales de todo el condado, causando ello gran júbilo entre los Amigos.

Fuimos después a un lugar cerca de Minehead, donde celebramos una junta general de hombres, todos Amigos de Somersetshire. Allí compareció un granuja que algunos simpatizantes querían que lo dejase venir conmigo; mas viendo yo que era un granuja les pedí que lo trajesen a donde yo estaba para ver si sería capaz de mirarme a la cara, pues algunos Amigos creían que era yo muy duro de corazón por no quererlo en mi compañía. Cuando estuvo delante de mí, no se atrevió a mirarme a la cara, desviando la mirada de un lado para otro, debido a que tenía sobre la conciencia el haber engañado a un sacerdote a quien le había dicho que era un ministro para cogerle sus ropas y escaparse con ellas.

Después de la reunión fuimos a Minehead, donde pasamos la noche; y aquella noche la pasé en grandes inquietudes acosado por la idea de que un espíritu tenebroso estaba trabajando con gran empeño para conseguir elevarse y causar disturbios en la iglesia de Cristo. A la mañana siguiente me sentí dirigido a escribir unas líneas a los Amigos advirtiéndoles del peligro, de la manera siguiente.

Queridos Amigos: Vivid en el poder del Señor y en Su semilla que se eleva sobre todos y está por encima de todas las pruebas por que os haga pasar el espíritu tenebroso que quisiera ser creído en sus actos para inspirar la confianza entre vosotros; lo cual hasta ahora no ha sucedido; mas, en el poder del Señor Dios y en Su semilla, manteneos sobre él y condenadlo. Esto os digo porque la noche pasada presentí que una especie de espíritu tenebroso, elevándose iba haciéndose

dueño de vuestra confianza; mas vosotros con el poder de Dios bien podéis hundirlo, para que el testigo, levantándose en vosotros, condene sus acciones, hasta donde haya extendido su tenebrosa trama, antes de que hayan surtido efecto. Nada más tengo que deciros sino que recibáis mi amor en la semilla de Dios, que es la misma eternamente.

J. F.

Minehead, en Somersetshire. El día  
22 del Cuarto mes de 1668.

Al día siguiente, varios Amigos de Minehead nos acompañaron a Devonshire y a Cornwall, por donde fuimos visitando a los Amigos hasta llegar a Land's End. Entonces, siguiendo por el Sur de este condado, fuimos a Tregangeeves, donde, en casa de Loveday Hambly, celebramos una junta general de todo el condado, en la que se organizaron las juntas mensuales. Varios que se habían apartado de la Verdad volvieron a nosotros y llenos de arrepentimiento condenaron su error.

Luego que todo estuvo bien ordenado, fuimos a Somersetshire y a Dorsetshire, donde también se organizaron las juntas mensuales de hombres, y fuimos después a Southampton donde se fijó la fecha para la junta general de hombres en Hampshire y se organizaron las juntas mensuales. Pero allí vino un grupo de gentes brutales que habían caído en el Ranterismo oponiéndose en gran manera a nuestras reuniones. Estos, que eran Ranters, las gentes del mundo creían que eran Cuáqueros, ante lo cual, fue voluntad del Señor que enviase un escrito a los magistrados y a los habitantes de Hampshire, purificándonos, así como a la Verdad, del contacto con esas gentes disolutas y de sus malas acciones.

Después de esto fui a Sussex y a Kent para ver a los Amigos, asistiendo a sus reuniones, y luego me fui a Londres.

De este modo se organizaron en toda la nación las juntas mensuales de hombres, para que así todos pudieran cuidar de la gloria del Señor y amonestar y exhortar a los que no vivían de acuerdo con el evangelio, todo lo cual, causó tanta admiración en el país, que hasta los mismos magistrados se dieron cuenta de su utilidad y dijeron que jamás vieran a nadie que así reconciliara al vecino con el vecino y al marido con la mujer, sacando a muchas personas de sus vidas de perdición.

Escribí también a Irlanda, por medio de Amigos fieles, y a Escocia, Holanda, Barbados y otros lugares de América, recomendando a los Amigos que organizaran las juntas mensuales de hombres en aquellos países; pues antes sólo celebraban juntas cada trimestre.

De vuelta en Londres, me detuve allí algún tiempo, visitando las reuniones de los Amigos, en la ciudad y por los alrededores; y por aquellos días fui a visitar a Esquire Marsh que tanto a mí como a los Amigos nos había dado pruebas de gran afección. Dio la casualidad de que llegase a su casa cuando estaba comiendo, y así que oyó mi nombre me mandó a buscar para que subiese y quería que me sentase a su mesa; mas no me sentí libre de hacerlo. Varias personas de significación estaban allí comiendo, y Marsh le dijo a uno, que era un gran papista, "He aquí un Cuáquero a quien vos nunca habíais visto antes." Este papista me preguntó si estaba yo conforme con lo de cristianar a los niños; y le respondí que nada decían las Escrituras de tal práctica "¿Cómo!" exclamó "¿No cristianar a los niños?" Le dije que no y le expliqué del único bautismo por obra del solo Espíritu en nuestro cuerpo; pero que en cuanto a lo de echar un poco de agua por la cabeza del niño, y decir que entonces estaba bautizado y era cristiano, nada decían las Escrituras. Me preguntó entonces si reconocía la fe católica. Le dije que sí y le añadí que ni el papa ni los papistas poseían esa fe católica; porque la verdadera fe obra por el amor y purifica el corazón, y que si ellos poseyeran esa fe, que da la victoria y por la cual tendrían acceso a Dios, no le hablarían a la gente del purgatorio, después de la muerte. Y entonces me propuse probarles que ni el papa ni los papistas, que sostienen la existencia de un purgatorio, después de esta vida, poseían la verdadera fe; porque la fe de Cristo, verdadera, preciosa y divina, da la victoria sobre el diablo y sobre el pecado que ha apartado de Dios al hombre y a la mujer. Y que si ellos (los papistas) poseyeran la verdadera fe, jamás hubieran echo uso de torturas y prisiones persiguiendo y exigiendo, a los que no compartían sus mismas creencias, que abrazasen su religión. Pues esto no fue lo que hicieron los apóstoles ni los primeros cristianos, que fueron testigos y gozaron de la verdadera fe de Cristo; sino que eran estas prácticas de descreídos, judíos y paganos.

"Pero," proseguí, "ya que tú eres de los grandes y promi-

nentes entre los papistas, habiendo sido enseñado y criado bajo la autoridad del papa, y dices tú que sólo en tu iglesia se obtiene la salvación, quisiera yo que tú me explicaras qué es lo que da la salvación en vuestra iglesia." "Una vida honesta," me respondió, "¿Y nada más?" Le pregunté, "Sí," me dijo, "las buenas obras." "¿Es esto lo que da la salvación en vuestra iglesia?" Le pregunté, "¿Una vida honesta y las buenas obras? ¿Es ésta vuestra doctrina y son éstos vuestros principios?" "Sí," me respondió, "Entonces," le repliqué, "ni tú, ni el papa, ni ningún papista sabe qué es lo que da la salvación." Y al oír esto me preguntó él qué era lo que daba la salvación en nuestra iglesia. "Lo que daba la salvación en la iglesia," le respondí, "en los días de los apóstoles, es lo mismo que a nosotros nos salva, y no otra cosa; o sea, 'La gracia de Dios que, según las Escrituras, da la salvación y vino a todos los hombres.' Ella enseñó a los santos, en aquel entonces, y hoy día nos enseña a nosotros; y esta gracia, que da la salvación, es la que enseña a condenar la impiedad y la concupiscencia del mundo y a vivir una vida piadosa, sobria y recta. De modo que no son las buenas obras ni una vida honesta lo que da la salvación, sino la gracia." "¿Cómo!" exclamó el papista, "¿La gracia que da la salvación vino a todos los hombres?" "Sí," le respondí, "Eso," me dijo, "yo lo niego." Y yo le dije, "Todos los que esto niegan, no son más que unos fundadores de sectas, que no poseen la fe universal, la gracia ni la verdad que los apóstoles poseyeron.

"Porque todos los que por la palabra de Dios han vuelto a nacer de la semilla inmortal, que vive y permanece para siempre, se alimentan de la leche de los senos de la vida, que es la Palabra, y por ella más y más crecen en la vida, no pudiendo reconocer como madre a otra que Jerusalén, que está allá arriba." "¡Oh! Vos no conocéis a este hombre," dijo Esquire Marsh al papista, "si sólo fuere a la iglesia de vez en cuando, sería el hombre mejor que jamás haya existido."

Después de algunas razones más, fui con Esquire Marsh a otra habitación para hablar a solas de lo concerniente a los Amigos, debido a que, siendo él juez de paz en Limehouse, como era un palaciego los otros magistrados lo dejaban en gran libertad de manejar los asuntos a su gusto. Me dijo que estaba en gran aprieto con respecto a como tenía que actuar con nosotros y otros no-conformistas, "Porque," prosiguió, "vosotros no podéis jurar y también los Independientes, Baptistas y Monárquicos

dicen que no pueden jurar, de modo que, ¿Cómo he de hacer para distinguir entre vosotros y ellos, siendo que ellos dicen igual que vosotros que no pueden jurar por ser caso de conciencia?" Y a esto le respondí, "Yo te enseñaré como puedes distinguirlos de nosotros. Esos de que tú hablas, todos o casi todos, pueden jurar en ciertos casos, como así lo hacen, mientras que nosotros no podemos jurar nunca. Si alguien les robare sus vacas y sus caballos, y tú les dijeres que juren que son suyos, enseguida lo harán. Mas si tú pones a prueba a nuestros Amigos, no jurarán ni aun para recuperar sus bienes. De modo que cuando pongas a cualquiera de ellos en el caso de prestar el juramento de Lealtad, pregúntale si juraría en otra circunstancia, por ejemplo para recuperar su vaca o su caballo; y si verdaderamente es de los nuestros no lo hará, con todo y que puede dar testimonio en favor de lo que es verdad." Y después de haberle dicho esto, le di el ejemplo de un juicio que se había celebrado en Berkshire, que fue el caso siguiente.

"Un ladrón robó dos animales a un Amigo, de los nuestros, y éste compareció ante el tribunal haciéndose parte en contra del ladrón. Pero como alguien había ya dicho al juez que el denunciante era Cuáquero y que por consiguiente no podía jurar, el juez, antes de oír al Amigo, dijo, "¿Es este hombre un Cuáquero? ¿Y no puede jurar? Entonces que presté los juramentos de Lealtad y Supremacía." Y metió al Amigo en la prisión, poniendo en libertad al ladrón que le había robado." Cuando hube terminado, el magistrado Marsh, dijo "Ese juez era un malvado." "Si nosotros pudiéramos jurar, en algún caso," continué, "prestaríamos el juramento de Lealtad al rey, que guarda la ley, que guarda a todos los hombres en sus estados. Mientras que los otros, los que pueden jurar sólo en ciertos casos, lo hacen cuando se trata de salvar parte de sus bienes si se los roban, y en cambio no pueden hacerlo para prestar el juramento de Lealtad al rey que guarda sus bienes y sus cuerpos. De modo que ante esto bien puedes ver la diferencia que hay de nosotros a esas gentes."

Más tarde el magistrado Marsh nos fue muy servicial, en aquella ocasión como en otras, consiguiendo que varios, Amigos y no Amigos, se librasen de castigo en los lugares donde él era magistrado; y cuando en tiempos de persecución le llevaban Amigos a juicio, ponía en libertad a los más, y cuando no tenía más remedio que mandarlos a la prisión, era por algunas horas



o todo lo más por una noche. Finalmente, fue a ver al rey y le dijo que habiendo mandado a la prisión a algunos de los nuestros, como ello era en contra de su conciencia no quería hacerlo más. Y sacando a su familia de Limehouse, donde vivía, fue a alojarse cerca del parque de San Jaime. Le dijo también al rey que de placerle dar libertad de conciencia, esto acabaría con todas las cuestiones de un golpe, porque entonces nadie tendría pretext o para sentir desasosiego.

Este año, hicimos en Londres grandes servicios para el Señor. La Verdad se elevó sobre todos y se organizaron unas reuniones que tenían por objeto el de oír a todos aquellos que, arrepentidos de haberse apartado de la Verdad, volvieran para confesar y condenar su error; y fueron muchos los que así lo hicieron.

#### NOTAS AL MARGEN

1. Véase pag. 52.

## CAPÍTULO XIX

### Visita a Irlanda 1609

En esto fue voluntad del Señor que fuese a Irlanda para visitar en esta nación la semilla de Dios. Iban conmigo Roberto Lodge, Jaime Lancaster, Tomás Briggs y Juan Stubbs; y cerca de Liverpool esperamos viento favorable para embarcar. Después de esperar algunos días enviamos a Jaime Lancaster a buscar los pasajes, y cuando volvió trajo la nueva de que ya el buque estaba dispuesto y de que teníamos que ir a embarcar a la Roca Negra. Allí fuimos a pié y como estaba algo lejos y el tiempo era muy caluroso, casi me asfixié de calor por el camino. Cuando llegamos no estaba allí el buque, de modo que nos vimos obligados a ir a la ciudad para embarcar; y cuando estuvimos a bordo dije a los que me acompañaban, "Venid y ved como vais a triunfar en el Señor, porque tendremos un tiempo sereno y viento favorable." Se marearon muchos pasajeros pero ninguno de nosotros cinco. Como el capitán y muchos pasajeros eran muy afables, llegado el Primer día de la semana me sentí dirigido a declararles la Verdad; ante lo cual el capitán dijo a los pasajeros, "Venid que vais a oír algo que jamás habéis oído en vuestra vida."

Cuando llegamos a Dublín, en una barca fuimos a tierra; y el aire y la tierra despedían el olor a corrupción de esta nación; olor para mí bien diferente al de Inglaterra, y que atribuí a los masacres papistas que allí se habían cometido y a la sangre por esta causa derramada; de la cual ascendía el hedor a corrupción. Cuatro veces pasamos por delante de los oficiales de la aduana y sin embargo no nos registraron, pues se habían dado cuenta de quienes éramos, y eran algunos tan envidiosos que ni siquiera se dignaron dirigirnos la mirada. Como al desembarcar no encontramos a los Amigos, nos fuimos a una posada desde donde mandamos a preguntar por algunos de ellos, que vinieron llenos de júbilo por nuestra llegada, recibiéndonos con gran alegría.

Allí nos quedamos para asistir a la junta mensual, que fue grandiosa, haciendo en ella aparición el poder y la vida de Dios; y fuimos después a una junta provincial, que duró dos días, celebrándose también una reunión de hombres que trató de lo referente a los pobres; y otra junta general en la que apareció el fuerte poder del Señor. La Verdad se manifestó en toda su belleza y los Amigos se regocijaron.

De allí a unas veinticuatro millas de camino, llegamos a otro lugar donde también celebramos una bellísima reunión, que enfureció a unos papistas que allí vivían. Cuando lo supe mandé a buscar a uno, que era maestro de escuela, pero se negó a venir; por donde lo desafié a que junto con todos los frailes y monjes, curas y jesuitas, compareciese a probar que eran verdaderos, su Dios y su Cristo que ellos habían hecho de pan y vino; mas no conseguí de ellos respuesta alguna. Y entonces les dije que eran peores que los sacerdotes de Baal, porque los sacerdotes de Baal se atrevían a probar la veracidad del Dios de madera, que ellos mismos habían hecho, mientras que estos no se atrevían a discutir su Dios de pan y vino; y los sacerdotes y los fieles de Baal no se comían a su Dios, como estos hacían, para después hacer otro.

Después seguimos viajando, viendo a los Amigos, hasta llegar a Bandon; donde la mujer del alcalde, que estaba convencida, quería que su marido asistiera a la reunión; mas él le pidió, por su propia vida, que no dijese a nadie que estaba yo allí para asistir a una reunión.

Como el entonces alcalde de Cork, era un hombre lleno de envidia, de la Verdad y los Amigos, habiendo metido a muchos en la prisión, cuando supo que yo estaba en la región expidió cuatro decretos en virtud de los cuales me prendiesen, y en vista de ello, los Amigos, no querían que cabalgase por las calles de Cork. Pero estando en Bandon, una mañana al levantarme, cuando me vestía, se me apareció la visión de un hombre, de cara muy fea, negra y tenebrosa. Lo ataqué, en el poder del Señor, y pasando por encima de él a caballo, mi caballo puso su pata sobre su mejilla. Cuando bajé le dije a un Amigo, que estaba conmigo, que era voluntad del Señor que cabalgásemos hasta Cork, pero le prohibí que lo dijese a nadie. Montamos a caballo junto con muchos Amigos que me acompañaban, y cuando estuvimos cerca de la ciudad querían enseñarme un camino que pasaba por detrás de ella; mas les dije que mi

camino era a través de las calles. Me dijeron que ese camino era tan resbaladizo, cuando se celebraba mercado, que no podría pasar porque mi caballo no se sostendría. Les respondí que era eso muy poca cosa para detenerme, y llamando a uno, cuyo nombre era Pablo Morris, para que me guiase a través de la ciudad, dejé que el resto se quedara atrás. Seguimos cabalgando, y, cuando cruzábamos la plaza del mercado, al pasar por delante de la puerta del alcalde, éste dijo al verme, "Ahí va Jorge Fox," sin que se atreviera a pararme. Mas ¡Oh! que fuego había en el corazón y en el espíritu de aquella gente, cuando a caballo pasé por la ciudad, porque todos me conocían y me miraban y se asomaban por las ventanas. Y cuando estuve cerca de la prisión, los presos, que me vieron y me reconocieron, temblaron de temor de que me prendiesen. Cuando hubimos pasado por entre los centinelas y estuvimos al otro lado del puente, fuimos a casa de un Amigo, donde nos alojamos; y allí me dijeron los Amigos del furor que poseía a la ciudad y de cuantos decretos se habían autorizado para prenderme; y mientras estaba sentado con los Amigos, sentí que el espíritu diabólico estaba haciendo de las suyas, en la ciudad, incitando al mal en contra mía. Me puse en pie y lo atacué, en el poder del Señor, e inmediatamente vinieron unos Amigos a decirme que ya toda la ciudad y los magistrados andaban diciendo que estaba yo allí; y yo al oírlo les dije, "Dejad que el diablo cumpla sus peores designios." Al cabo de un momento, pedí mi casaca y mi caballo y un Amigo que me guiase, y nos fuimos por nuestro camino. Pero bien lastimosa debía de ser la ira que poseía al alcalde, y a otros de la ciudad, cuando me dejaron escapar; tomándose después mil molestias para ver si conseguirían detenerme, poniendo a sus batidores por los caminos, según luego me enteré, para que espiasen por donde pasaba. Más tarde, apenas si asistí allí a una reunión pública, mas los espías siempre fueron a ver si estaba. Los magistrados y sacerdotes envidiosos, se mandaron unos a otros mis señas personales, describiendo mi cabello, sombrero, ropas y mi caballo, de modo que cuando estaba a cerca de cien millas de Cork, tenían ya en su poder, antes de que yo llegase, un informe referente a mí con la descripción de mi persona.

Un magistrado muy envidioso, que además de magistrado era sacerdote, se procuró un decreto de prisión del juez del tribunal de lo criminal; cuyo decreto iba a ser publicado en todos los

lugares de su jurisdicción que se extendía cerca de cien millas. Sin embargo el Señor hizo fracasar todas sus maquinaciones y, frustrando sus designios, nos dio muchas dulces y benditas oportunidades de visitar a los Amigos y de difundir la Verdad por aquella nación. Eran las reuniones muy numerosas, asis tiendo a ellas Amigos, que venían de cerca y de lejos, y también gentes del mundo que venían en muchedumbre. La presencia poderosa del Señor se sintió entre nosotros y a nuestro lado, siendo alcanzados por ella muchos del mundo que se vencieron y se regocijaron en la Verdad; y se aumentó el rebaño del Señor, sintiendo gran consuelo los Amigos que se recomfortaron al sentir el amor de Dios. ¡Oh! qué emoción la suya ante el fluir de la vida; tanta, que, en el poder y espíritu del Señor, muchos prorrumpieron en cantos, incluso en alta voz, creando en sus corazones bella melodía.

Fui a otra provincia y asistí a la junta general, que duró dos días, viniendo los de a pié y a caballo como a una feria. Y de aquí fui al país de los Fox, que decían ser mis parientes; mas les dije que parientes míos eran todos aquellos que vivían en el poder y en la vida de Dios.

Fui entonces hacia el Norte, y una noche, en casa de un Amigo, mientras dormía, sentí que otra vez el espíritu diabólico estaba entregado a sus maquinaciones para lograr sus malos propósitos. Siempre atento, vi algo así como un individuo negro y horrendo que me ataba las piernas con una cuerda, de modo que mucho me costó librar mis pies de sus ligaduras. De una manera lastimosa me sentí oprimido por el mal espíritu.

Siguiendo nuestra jornada llegamos a Grange, donde celebramos una gran reunión; y yendo después casi treinta millas más lejos sentí allí que el mal espíritu estaba enfurecido. Como antes dije, el decreto del juez iba a publicarse en toda su jurisdicción, que alcanzaba cerca de cien millas, y en el decreto se describía mi cabello, mis ropas y mi caballo. Llegué a una ciudad y los Amigos vinieron a verme; y yo les dije, "Dejad que el diablo cumpla sus peores designios; pero, no obstante, estad dispuestos por la mañana a la hora de las dos, Porque no esperaré a nadie." Muchas veces era esta nuestra hora acostumbrada, a pesar de que no nos acostábamos antes de la hora de las once.

Seguí adelante, en compañía de un Amigo, dejando que los demás viniesen después; y este Amigo me dijo, "Jorge, mejor

será que no comamos en la ciudad, porque en ella viven el obispo y su diácono"; el cual obispo tenía buena parte en la persecución de que era yo objeto. Cuando estuvimos alojados vi venir a los Amigos; y uno exclamó, "¡Ay! Que el obispo vive aquí y el diácono en la casa de al lado." Mas yo les dije, "No tengáis cuidado alguna, que el poder del Señor Dios está por encima de ellos." Al poco tiempo seguimos adelante y alcanzamos a los otros.

Pasé, cruzando la región, hasta llegar a donde alcanzaba la jurisdicción del juez que había dado el decreto de prisión, que allí estaba en vigor; mas la calma reinaba por todo. Diez millas más allá fuimos a una posada, y en toda la noche no pude dormir pensando en los Tories,<sup>1</sup> de tan preocupado como me tenían. Finalmente, crucé un río muy peligroso y viendo a mis perseguidores en la otra orilla, les sonreí porque no consiguieron prenderme.

Cuando hube terminado con todo cuanto tenía que hacer, regresé a Dublin, porque esperábamos que después de celebrada la gran reunión cambiaría el viento. Salí a la calle y le dije a Jaime Lancaster, "Ya se ha terminado nuestra misión en esta nación, porque el viento nos es favorable"; pues aun aquella mañana el viento nos era contrario.

Cuando llegué a Dublin me alojé cerca de Lazy Hill y, habiendo enviado antes a Jaime Lancaster a buscar los pasajes, al día siguiente el buque estaba dispuesto a hacerse a la mar. Por el camino, Jaime Lancaster, encontró a un hombre, que era soldado, el cual estaba muy disgustado por no haber asistido a la gran reunión y dijo a Lancaster que había oído de un hombre como jamás había salido otro igual de Inglaterra. Tal era la fragancia que entre todos despedía la Verdad.

En esto me sentí dirigido a escribir a los Amigos, que allí ejercían el ministerio, de la manera siguiente.

Sonad, que resuene en el espacio, siervos fieles del Señor, que, testigos en Su nombre, profetas del Altísimo, sois ángeles de Dios. Sonad en el espacio, que en el mundo resuene, resucitando al muerto que, en pié y bien despierto, sálgase de la tumba y oír pueda la vos que es viviente. Porque ya tiempo ha que el muerto al muerto oye, que el ciego errando va por entre ciegos y que el sordo del sordo se aconseja. Por todo ello vosotros sonad, sonad vosotros siervos, profetas, ángeles de Dios; vosotros que, clarines del Señor, al muerto despertaréis y también

al que durmiere en su tumba de pecado, muerte e infierno, y en sepulcros de mar y tierra, y a los que en tumbas yacieren. Sonad vosotros clarines, que en el espacio vuestro sonido resuene, y que, levantando al muerto, la voz del Hijo de Dios el muerto oiga; la voz del segundo Adán que nunca cae, voz de la Luz y voz de Vida, voz del Poder y voz de la Verdad, la voz del Virtuoso, voz del Justo. Sonad, sonad sonido bello y melodioso; sonad que resuene en el espacio el sonar de melodía, que así puedan abrirse los sordos oídos, y oír el dulce sonido de la trompeta que llama a juicio y a vida, a la condenación y a la luz.

J. F.

Teniendo buque dispuesto y viento favorable, nos despedimos de los Amigos, separándonos llenos de ternura y emoción a causa de la vida y poder celestiales que entre nosotros se habían manifestado. Habiendo embarcado nuestros caballos y equipajes por la mañana, por la tarde fuimos nosotros a embarcar, acompañándonos cerca de cien Amigos; y varios, Amigos y simpatizantes, fueron siguiéndonos en barcas, hasta una legua dentro del mar, llevados de su amor aunque no sin peligro. Mas el poder de las tinieblas lo sentí cuando en el mar estuvimos a veinte leguas de tierra. Gente buena, sincera y sólida, es la de aquel país, sensible al poder del Señor Dios y piadosa ante Su verdad; y gran orden hay en sus reuniones, porque defienden la rectitud y santidad, que condena la senda que conduce al mal. Recibieron la preciosa visitación, poseyendo un espíritu excelente que merece ser visitado. Mucho más podría escribir de aquella nación, y de mis viajes por ella, que sería largo de mencionar detalladamente; pero me ha parecido bien el hacer resaltar, que el justo puede regocijarse con la prosperidad de la Verdad.

Jaime Lancaster, Roberto Lodge y Tomás Briggs, regresaron conmigo, mas no así Juan Stubbs que se quedó teniendo aun servicios que cumplir. Pasamos dos noches en el mar, y una de ellas se levantó una violenta tempestad que puso al buque en gran peligro. Llovía y soplaba un viento fuertísimo, y yo me plací en contemplar la tempestad como había estado contemplando los sacerdotes de los Torios; y vi como el poder del Señor se sobreponía a vientos y tempestades. En su mano las tenía y Su poder las encadenó, Y el mismo poder que nos

llevó nos trajo, y en Su vida nos dio el dominio de todos los espíritus diabólicos que allí se nos opusieron.

Desembarcamos en Liverpool y fuimos a casa de Ricardo Johnson, y el capitán del buque inventó un escándalo, de que me acusó, diciendo que yo había pasado la noche bebiendo en Liverpool, y así lo explicó cuando llegó a Dublin. Los Amigos al oírlo (dos, que eran hombres eminentes, habían venido conmigo y sabían que no me había detenido más de un cuarto de hora en aquella ciudad) lo hicieron arrepentirse de su calumnia; y cuando volvía de Dublin, su buque naufragó, siendo así como lo alcanzó el juicio cierto del Señor.

#### NOTAS AL MARGEN

1. Eran los Tories, "bandas de soldados que se negaban a someterse o a emigrar, y que asesinaban a todos los colonizadores recién llegados, que podían sorprender, robándoles el ganado."



## CAPÍTULO XX

### Casamiento en el Sur 1669-1671

Hacía ya bastante tiempo que comprendiera que era voluntad del Señor que tomase por esposa a Margarita Fell; y cuando por vez primera lo dije a Margarita, sintió ella la respuesta de vida viniendo del Señor. Pero si bien el Señor me había revelado esto, no me había entonces dado mandato de llevarlo a cabo, a pesar de que la gente mucho había hablado de ello y algunos andaban en gran confusión sobre el asunto. En consecuencia había yo dejado la cosa de lado, pero ahora, estando en Bristol, y encontrándome allí con Margarita Fell, me reveló el Señor que el matrimonio debía de llevarse a cabo. Luego que lo hubimos discutido, le dije que de estar ella también conforme, en que la cosa se efectuase, tenía primero que llamar a sus hijos. Le hizo así y cuando vinieron, les pregunté, a las hijas y a los yernos, si estaban de acuerdo con nuestro proyecto; y todos expresaron varias veces su satisfacción porque se realizara. Pregunté entonces a Margarita si había cumplido y ejecutado el testamento de su marido, con respecto a sus hijos; y me replicó que eso los hijos ya lo sabían. Por donde pregunté a los hijos si, en el caso de que su madre contrajese matrimonio, tenían ellos algo que perder; y a Margarita si tenía que responder a sus hijos de haber hecho algo diferente a lo que se decía en el testamento. Dijeron los hijos que su madre les había doblado la herencia y que desearían que no se hablase más de ello; a lo cual les respondí que como yo era muy sencillo quería que todas las cosas se hiciesen con sencillez, ya que no estaba buscando ninguna ventaja material para mí. Después de haberlo comunicado a los hijos de Margarita, anunciamos a los Amigos, en privado y en público, nuestra intención de contraer matrimonio; lo cual les causó gran satisfacción y muchos hubo que dieron testimonio de que era cosa de Dios. Y habiéndose después fijado fecha para una reunión,

en la casa donde se celebraban las reuniones públicas en Broadmead, en Bristol, para llevar a cabo nuestro proyecto, nos tomamos uno a otro, uniéndonos el Señor en honorable matrimonio, en el pacto infinito y en la semilla de vida inmortal. Se leyó públicamente un certificado en que constaban las cláusulas del matrimonio, firmado por los parientes y por la mayoría de los antiguos Amigos de aquella ciudad y de diferentes lugares de la nación.<sup>1</sup>

Nos quedamos en Bristol cerca de una semana y, separándonos después, en el Señor, volvimos a entregarnos al cumplimiento de nuestra misión. Margarita volvió a su casa, hacia el Norte, y yo como antes seguí mi camino en la obra del Señor.

Luego que en Londres hube visitado a los Amigos, viendo que todo allí estaba en calma y bien, el poder del Señor sobre todos, decidí ir a Leicestershire y, con esta intención, escribí a mi mujer comunicándole mi proyecto y diciéndole que de serle conveniente podría encontrarse allí conmigo. Pero en lugar de encontrarme con ella, me enteré de que la habían sacado de su casa y llevado otra vez a la prisión de Lancaster, en virtud de una orden, que se habían procurado del rey y de su consejo, que la mandaba a prisión por el veredicto anteriormente pronunciado en contra de ella; a pesar de que el año anterior, los mismos, la habían librado de cumplir esta condena. En vista de esto, así que hube visitado a los Amigos hasta llegar a Leicestershire, regresé a Londres.

Así que llegué a Londres di gran prisa a María Lower y a Sara Fell (hijas las dos de mi mujer) para que fuesen a ver al rey, le hiciesen saber de que manera trataban a su madre y vieses de conseguir que la absolvieran definitivamente, para que así pudiese disfrutar de su nuevo estado y vivir libre sin que nadie la molestase. Conseguir esto era bastante difícil, pero, insistiendo con diligencia, por último lo alcanzaron; dando el rey orden a uno llamado Sir Juan Otway de que en una carta, dirigida al alguacil y a demás personas de la región a quienes pudiera concernir, les diera cuenta de cual era su voluntad; y Sara Fell, que con sus hermanos los Rous se dirigía a Lancaster; llevó la carta dándole yo también una carta mía para mi mujer, que decía de esta manera.

Corazón querido, en la Verdad y en la Vida, que nunca varía: Creí conveniente que María Lower y Sara fueran a ver al rey para hablarle de tu encarcelamiento, y también a

Kirby, que así el poder del Señor se apareciese sobre todos ellos en bien de tu libertad. Fueron a ver al rey y luego pensaron en marcharse, mas yo creí mejor que se quedasen un poco más de tiempo para que siguieran el curso de su petición hasta que se hubiese obtenido; lo cual hace ahora conseguido y junto con esta carta te lo envió. Mi última declaración ha sido de gran utilidad, habiendo dado satisfacción a todos en general. Sin más que decirte, sino que recibas mi amor en la santa semilla.

J. F.

Después de haber estado por el campo, volví a Londres y, yendo por la calle, oí el redoblar de los tambores para que cada familia enviase un soldado a las bandas disciplinadas, para que en ellas estuviera dispuesto, por haberse puesto en vigor el Acta del conventículo.<sup>2</sup>

Habiéndome propuesto ablandar a los magistrados, y evitar toda aspereza en la ejecución del acta antes mencionada, escribí unas líneas a los Amigos dándoles fuerza y valor para que se mantuvieran firmes en su testimonio, y soportaran con resignación cristiana y alegría los sufrimientos de que iban a ser víctimas. De modo que así les dije en la siguiente epístola.

Mis queridos Amigos: Manteneos en la fe de Dios, por encima de todas las cosas externas, y en Su poder, que sobre todos os ha dado dominio. El mismo poder de Dios continúa como siempre para dároslo como antes; ya que Dios y Su poder son siempre los mismos. Su semilla está por encima de todos y es antes que todos, y lo será cuando aquello que es causa del sufrimiento haya desaparecido.. De modo que conservad la fe en aquello que nunca cambia; porque todo cuanto hagan en contra de la Verdad, encima ha de caerles y como rueda de molino ha de darles en la cabeza. Si es voluntad del Señor que se os ponga a prueba, abandonadlo todo y pensad en el Señor y en Su poder, que está por encima del mundo entero y permanecerá cuando el mundo haya desaparecido. En el poder y Verdad del Señor regocijaos sobreponiéndoo a lo que causa el sufrimiento, en la Semilla, que ya era antes de que ello fuera; porque la vida, verdad y poder de Dios están por encima de todos. En esto manteneos todos, y si en esto sufrís, es que es voluntad del Señor.

Amigos, el Señor os ha bendecido en las cosas externas; ahora podría ser que el Señor os pusiere a prueba, para saber si

vuestra mente está en las cosas externas o en el Señor que os las ha dado. Por consiguiente manteneos en la semilla, creadora de todas las cosas externas y que está por encima de todas ellas. ¡Qué! ¿No debo acaso rezar y hablar a Dios, con el rostro vuelto hacia la celestial Jerusalén, según es mi costumbre? Estad vigilantes, que Dalila no os corte el cabello y así perdáis vuestras fuerzas, ni descanséis en su regazo para que los Filisteos no caigan sobre vosotros de sorpresa. Vuestro descanso lo hallaréis en Jesucristo; de modo que no lo busquéis en nadie más.

J. F.

Londres, el día doce del Segundo mes de 1670

El Primer día de la semana los Amigos se reunieron, como era su costumbre, en el lugar donde cada ministro declaraba a qué reuniones pensaba ir, según se sintiera dirigido a ello. Me preguntaron que a qué reunión pensaba yo ir y les dije, "A la reunión de Gracious Street," porque suponía que sería allí donde primero estallaría la tempestad.

Cuando llegué, encontré la calle llena de gente y los guardias en la puerta para impedir que los Amigos entrasen en la casa donde se reunían. Fui entonces a entrar por la puerta que da a Lombard Street y allí también me encontré con los guardias. Pero el patio estaba lleno de gente y un Amigo estaba hablando. No habló por mucho tiempo, y cuando hubo concluido, yo me puse en pie y me sentí dirigido a decir, "Saulo, Saulo, ¿Por qué me persigues? dura cosa te es dar coces contra el aguijón." Y luego les demostré que era el espíritu de Saulo el que todavía perseguía, y que aquellos que perseguían a Cristo, en sus miembros, en los cuales El se había manifestado, daban coces contra el aguijón. Luego que hube hablado un rato en este sentido, vino un oficial, con una fila de mosqueteros y, mientras me hacían bajar a empellones, dije, "Benditos sean los pacificadores." El comandante me puso entre los soldados y, los encomendó a que me tuviesen en seguridad, mientras me decía, "Vos sois el que estaba buscando."

Mientras íbamos por las calles, la gente les gritó, "Cuidad bien de él, que es como un príncipe." Cuando llegamos a casa del alcalde, nos hicieron pasar a la habitación donde éste estaba y me llevaron ante su mesa; y, quitándome los oficiales el sombrero, el alcalde me dijo en tono afable, "Sr. Fox, vos

que sois un hombre eminente, entre los que profesan vuestras ideas, ¿Querríais por favor intervenir para disuadirlos de que celebren tan numerosas reuniones? Porque si Cristo prometió que donde se reunieran dos o tres en Su nombre, allí estaría El en medio de ellos, puesto que el rey y el parlamento tienen a bien permitir que se reúnan hasta cuatro para adorar a Dios, ¿Por qué no participáis de la promesa de Dios, a dos o tres que se reunieren, y de la indulgencia del rey que permite que sean hasta cuatro?" Le pedí que considerase si esta Acta no se hubiera referido a Cristo, con sus doce apóstoles y setenta discípulos, de haber estado en vigor en su época, los cuales acostumbraban a reunirse muchas veces y en grandes números. Sin embargo, le dije que esta Acta no nos concernía; porque se refería a las reuniones sediciosas de los que bajo la capa de la religión tramaban insurrecciones, como (según decía el Acta) últimamente se había comprobado; pero que nosotros habíamos sido ya lo bastante juzgados y puestos a prueba, demostrándose siempre que éramos gente de paz, por donde hacía él bien en establecer la justa diferencia que hay del culpable al inocente. De modo que, siendo nosotros inocentes y no aquellos a quienes el acta se refería, continuaríamos celebrando nuestras reuniones como era nuestra costumbre; y le añadí que estaba convencido de que en conciencia bien sabía él que éramos inocentes. Después de algunas otras razones, tomó nuestros nombres y domicilios y finalmente nos puso en libertad. Cuando estuvimos libres, los Amigos que estaban conmigo me preguntaron que a donde quería ir, y les dije, "A la reunión de Gracious Street, si no se ha terminado ya." Cuando llegamos, casi todo el mundo se había marchado y sólo quedaban algunas personas ante la verja. Fuimos entonces a casa de Gerardo Robert, y mandé a buscar noticias de lo que había pasado en las otras reuniones de la ciudad, y, según me dijeron, en unas, habían echado a los Amigos fuera del lugar donde se reunían, y en otras, los habían llevado presos, aunque los pusieron en libertad a los pocos días. Fueron aquellos días gloriosos, en que el poder del Señor descendió sobre todos y Su verdad infinita alcanzó gran renombre; porque así como iban llevándose a los que hablaban en las reuniones, así eran otros dirigidos por el Señor a subirse y tomar la palabra, ante la admiración de la gente; y además, muchos Baptistas y otros sectarios, que

habían abandonado sus reuniones públicas, vinieron a ver como los Cuáqueros se mantenían firmes.

Al cabo de algún tiempo, empezó a disminuir en Londres el furor de la persecución, celebrándose las reuniones con más tranquilidad, y cuando hube terminado en la ciudad, me fui al campo a visitar a los Amigos. En Reading la mayor parte estaban en la cárcel y allá fui a visitarlos. Hacía ya un rato que estaba con ellos, cuando se reunieron todos los Amigos que estaban presos, viniendo también varias otras personas; de modo que tuve una buena oportunidad para declararles la palabra de vida, dándoles valor para que permaneciesen en la Verdad; y se reconfortaron sintiendo entre ellos la presencia y el poder del Señor. Cuando se hubo terminado la reunión, como el carcelero sabía que estaba yo allí, los Amigos comenzaron a preocuparse, pensando en la manera como podría volver a salir libre de la prisión. Mas luego que hube pasado un rato con ellos, cenando en su compañía, bajé las escaleras y, viendo al carcelero en la puerta, metí la mano en el bolsillo, lo cual él bien observó, y con la esperanza de obtener unas piezas de plata, se olvidó de interrogarme. Le di el dinero y le pedí que fuese bueno y afable con mis Amigos, que estaban en la prisión, a quienes había yo venido a visitar; y después de esto salí de la prisión.

Seguimos camino de Rochester y, deteniéndome en la jornada, iba paseando por la ladera de una montaña cuando sentí que un gran peso oprimía mi espíritu. Volví a montar a caballo, mas el peso continuó de tal manera que apenas si podía cabalgar. Finalmente, llegamos a Rochester, pero estaba yo muy falto de fuerzas, tan cargado iba bajo el peso de los espíritus del mundo, que de tal modo oprimían mi vida. Con dificultad llegué a Gravesend y entré a descansar en una posada, pero apenas si pude comer y dormir. Seguí cabalgando, lleno de desasosiego, hasta Stratford, para ir a casa de un Amigo, que se llamaba Guillermo y que había sido capitán. Allí me acosté sumamente débil y por último perdí la vista y el oído. Varios Amigos de Londres vinieron a verme y les dije que tenía yo que ser la señal, para aquellos que no querían ver y los que no querían oír la Verdad. En tal estado estuve por bastante tiempo, viniendo a verme mucha gente, y, a pesar de que no podía ver sus personas, sentía y distinguía sus espíritus, si eran de honesto corazón o no lo eran. Vinieron a verme varios Amigos que eran

doctores y querían tratarme con purgantes; mas yo no quise tomar ninguno, pues sabía de antemano que tenía que pasar por muchos padecimientos. La joven Margarita Rous continuó a mi lado y mucho me conmovió su ternura y amor, como también el de la mujer de Eduardo Mann. Dije a los Amigos que sólo a mujeres que fuesen honestas las dejasen acercarse a mí. Pasé en el lecho varias semanas, bajo grandes sufrimientos, gimiendo con grandes dolores, lleno de pena y opresión. Por todo lo cual mi cuerpo se adelgazó y debilitó de manera que pocos eran los que creían que viviera, marchándose algunos de los que estaban conmigo porque decían que no querían verme morir; y por Londres y por los pueblos se decía ya que había muerto. Mas yo sentí que el poder del Señor me sostenía interiormente. Cuando los que me asistían no dudaban ya de que me moría, les dije que se procurasen un coche y que me llevasen a casa de Gerardo Robert, que estaba como a unas doce millas; porque sentía que allá era adonde tenía que ir. Pedí luego mis ropas, lo cual aun les causó mas temor y perplejidad, en cuanto a mi estado, porque parece ser que es costumbre en todo el mundo pedir que les cambien de ropa poco antes de irse para siempre. Y entonces dijeron que tenía ya todos los síntomas de la muerte, perdiendo todas las esperanzas, con la excepción de dos o tres. Trataron de engañarme en lo de la ropa, con diversas excusas, pero dándome cuenta de ello, les dije que decían mentira; hasta que al fin me trajeron mis ropas y todas mis cosas y me las pusieron.

Hablé a los dueños de la casa y vislumbré rápidamente a la mujer de Eduardo Mann sacando mis ropas y le dije que hacía bien; y sentí que el poder del Señor era sobre todos. Bajé un par de peldaños para ir hasta el coche y cuando llegué pareció como si fuese a desplomarme, de tan débil y exhausto como estaba. Subí al coche con algunos Amigos y mientras rodaba podía distinguir la gente y los campos, siendo eso todo lo que podía ver.

Después de haber pasado cerca de tres semanas en casa de Gerardo Robert, sentí que tenía que ir a Enfield. Los Amigos temían que me trasladase de lugar, mas les dije que podía hacerlo con toda seguridad. Fui a casa de la viuda Dry y allí pasé todo el invierno, guerreando con los malos espíritus del mundo, sin poder soportar el olor de la carne cruda. En aquel entonces se incitaba a la persecución y se puso en acción a mal-

vados delatores, de modo que un Amigo no podía decir unas palabras, en la intimidad de una familia, antes de que se sentaran a comer, sin que alguien no lo delatase.

Fueron días de persecución cruel y sanguinaria; mas así como iba calmándose la persecución me iba yo librando de mis sufrimientos. Muchos Amigos de gran valía vinieron de cerca y de lejos a verme y a cuidarme, y hacia la primavera empecé a ponerme bien, andando de un lado para otro, ante el asombro de los Amigos y de otros.

Cuando me hube repuesto, de Enfield fui otra vez a casa de Gerardo Robert y de aquí a Londres, donde, con todo y estar aun muy débil, el Señor me sostuvo y dio fuerzas para que declarase Su palabra eterna de vida.

Por esta época me sentí dirigido a rogar al Señor de esta manera.

¡Oh Señor Dios todopoderoso! ¡Qué la Verdad prospere y preservad en la tierra la justicia y la equidad! Hundi toda injusticia e iniquidad, opresión y falsedad, crueldad e ingratitud en la tierra; para que la misericordia y la rectitud puedan florecer.

¡Oh Señor Dios! ¡Impón la verdad y presévala en la tierra! Hunde todo vicio y disolución, prostitución y fornicación, que en la tierra existe, y también este espíritu de violación que es causa de que la gente no te ame! ¡Oh Dios! ni ame sus propios cuerpos ni sus propias almas, dejando de ser cristianos, modestos o humanos.

Y, ¡Oh Señor! Haz que los magistrados sientan en su corazón el deseo de acabar con toda esta impiedad, violencia y crueldad, profanación, blasfemia y juramentos; y acaba también con todas esas casas de prostitución y casas de juego, que corrompen a la juventud y a todo el mundo, y expúlsalos del reino de Dios, donde no puede entrar nada impuro ni tampoco debe venir. Tales cosas llevan la gente al infierno. Y el Señor en misericordia hunde todo eso en la nación, para evitar que Tu ira ¡Oh Dios! caiga sobre la tierra.

J. F.

Esta oración fue escrita de noche, el día 17 del Segundo mes de 1671.

Y mientras estaba pasando dolores y sufrimientos, tuve una visión de que iba paseando por el campo en compañía de muchos



Amigos. Y les pedí que hiciesen un agujero en la tierra. Y lo hicieron; y yo descendí. Y había allí, bajo tierra, rocas y piedras, una gran bóveda llena de gente. Entonces les pedí que abriesen la tierra para que todos pudiesen salir; y así lo hicieron. Y todos salieron a gozar de la libertad, y era un sitio muy grande.

Y cuando terminaron, salí y les pedí que volviesen a ahondar en la tierra. Lo hicieron y había otra gran bóveda llena de gente. Y les pedí que abriesen un agujero para que la gente saliese y así lo hicieron.

Y yo volví a salir y les pedí que volviesen a ahondar en la tierra, y los Amigos me dijeron, "Jorge, tú lo encuentras todo." Y volvieron a ahondar y yo descendí y entre en la bóveda. Y allí estaba sentada una mujer vestida de blanco mirando al tiempo como iba pasando. Y una mujer me siguió al descender en la bóveda, en cuya bóveda estaba el tesoro. Y la mujer puso su mano sobre el tesoro, que estaba en mi mano izquierda, y el tiempo corría deprisa. Mas yo puse mi mano sobre ella y le dije, "No toques al tesoro." Y entonces el tiempo no corría tan rápidamente.

Los que puedan leer estas cosas, no tienen que poseer una naturaleza terrestre y pedregosa, viendo como las piedras y la tierra caen sobre el hombre desde el principio: Desde que el hombre cayó, dejando de ser a semejanza de Dios, de la rectitud y de la santidad.

Mucho podría hablar de todo esto, mas dejo que el ojo del lector certero, vea y lea.

Antes hice mención de que, al recibir la noticia de que mi mujer volvía a estar en la cárcel, había enviado a dos de sus hijas a ver al rey y que estas habían conseguido de él una orden para el alguacil de Lancaster poniéndola en libertad. Mas a pesar de que yo esperaba que así lo harían, al estallar de repente esta violenta tempestad de persecución, los perseguidores encontraron la manera de seguir teniéndola en la prisión. Pero viendo ahora que la persecución había cesada un tanto, me sentí dirigido a decir a Marta Fisher y a Ana Stringer que fueran a ver al rey para que la pusiera en libertad. Fueron llenas de Fe y en el poder del Señor, que les dio gracia ante el rey; el cual autorizó la absolución de Margarita bajo el sello real, quedando libres, ella y sus bienes, después de haber estado diez años presa y sus bienes confiscados; todo lo cual no se oía muy

comúnmente en Inglaterra. En seguida mandé a Juan Stubbs, con mi caballo, para que le llevase a mi mujer la absolución del rey y una carta mía en que le decía como tenía que hacerla llegar a los magistrados, y le hacía saber que sentía que era voluntad del Señor que tenía que irme mas allá del mar, a las plantaciones de América; y por consiguiente quería que se diera prisa en venir a Londres, tan pronto como le fuera conveniente, después de conseguir su libertad, pues estaba ya el buque disponiéndose para emprender viaje. Entre tanto fui a Kingston y allí estuve en casa de Juan Rous hasta que vino mi mujer. Pero como iba a celebrarse la junta anual, me detuve hasta que se hubo celebrado. Fue una gran y bellísima reunión, a la que vinieron muchos Amigos, de todas partes del país, porque el poder del Señor fue sobre todos y Su siempre alabada Semilla de vida, gloriosa e infinita, fue elevada sobre todos.

#### NOTAS AL MARGEN

El matrimonio se efectuó el 27 del Octavo mes (Octubre) de 1669. Noventa Amigos firmaron el certificado. El Acta del Conventículo, que se puso en vigor el 10 de Mayo (Tercer mes) de 1670, castigaba con multas, encarcelamiento y destierro en el caso de reincidir por tercera vez, a todos los que asistiesen a reuniones de más de cinco personas que tuviesen por objeto rendir algún culto religioso, a no ser el de la iglesia episcopal.

## CAPÍTULO XXI

### Viaje a América <sup>1</sup> 1671-1673

Cuando se hubo terminado la junta anual y hube cumplido mis servicios en Inglaterra, para gloria del Señor; como tanto el navio, como los Amigos determinados a irse conmigo estaban dispuestos, el día doce del Sexto mes de 1671, fui a Gravesned, con mi mujer y varios Amigos que me acompañaban hasta los Downs. De Wapping fuimos en una barcaza hasta el navio, que estaba algo más abajo de Gravesend y allí encontramos a los Amigos que iban a acompañarme en el viaje; los cuales habían llegado al buque la noche antes. Eran estos Tomás Briggs, Guillermo Edmonson, Juan Rous, Juan Stubbs, Salomón Eccles, Jaime Lancaster, Juan Cartwright, Roberto Widlers, Jorge Pattison, Juan Hull, Isabel Hooton e Isabel Miers. Era el navio un pequeño velero llamado "Industria"; el nombre del capitán Tomás Forster y cincuenta el número de pasajeros. Aquella noche la pasé a bordo y la mayoría de mis Amigos la pasaron en Gravesend.

Temprano, a la mañana siguiente, cuando los pasajeros y los Amigos, que habían decidido acompañarnos hasta los Downs, estuvieron a bordo, nos despedimos con gran emoción de los que se quedaron en Gravesend, y, a eso de las seis de la mañana, zarpamos con rumbo a los Downs. Con viento favorable, pronto se hincharon nuestras velas y avanzamos a los otros buques, llegando al anochecer. Algunos Amigos, y yo también, desembarcaron aquella noche, pernoctando en Deal, donde supimos que un oficial tenía órdenes del gobernador de tomar nuestros nombres por escrito; lo que hizo a la mañana siguiente, a pesar de que le dijimos que ya nos los habían tomado en Gravesend. Por la tarde, siendo el viento favorable, me despedí de mi mujer y otros Amigos, yéndome a bordo. Pero antes de que zarpásemos, aconteciendo que dos fragatas reales surcaban los Downs, el capitán de una de ellas nos mandó abordó a su contra maestre, que se llevó tres hombres de nuestra

tripulación. Con toda seguridad, este percance hubiera retrasado el viaje, o incluso nos lo hubiera hecho imposible, a no ser por el capitán de la otra fragata, que al enterarse de la duración de nuestro viaje y de que nuestro buque hacía agua, nos tuvo compasión y con gran caballerosidad nos cedió dos de sus hombres. En esto un oficial de aduanas subió bordo, para registrar los equipajes e imponer multas; de modo que entre unas y otras cosas nos demoramos tanto que no zarpamos hasta la puesta de sol; y mientras así estuvimos detenidos, un número considerable de buques mercantes, con rumbo a alta mar, nos adelantaron de varias leguas. Libres al fin, por la noche, desplegamos las velas y adelantamos parte de la flota cerca de los acantilados de Dover. Pronto alcanzamos el resto y, al cabo de poco, la dejamos atrás, ya que nuestro buque era reconocido como un velero muy rápido. Sin embargo, hacía mucha agua, por lo que, tanto la tripulación como la mayor parte de los pasajeros, tenían que manejar las bombas noche y día, lo que fue muy saludable para unos y otros. Un día, observaron que en dos horas habían entrado dieciséis pulgadas de agua en la sentina, y había en la quilla un gran agujero, por el que pasaba la mano, y cuando lo taparon encontraron pececillos dentro del barco.

Después de unas tres semanas de viaje, una tarde, vimos a popa, un navio, a cosa de unas cuatro leguas de distancia; y dijo nuestro capitán que era un buque de guerra que parecía darnos caza; y luego añadió, "Ea, vamos a cenar y cuando oscurezca nos habrá perdido de vista." Así dijo, para satisfacción y tranquilidad de los pasajeros, debido a que algunos empezaron a dar muestras de gran temor ante el peligro. Pero los Amigos estaban completamente tranquilos, como tenían fe en Dios, sin que el temor se apoderase de sus espíritus. Cuando el sol se hubo puesto, desde mi cabina vi al navio que venía hacia nosotros. Cuando hubo oscurecido, cambiamos nuestro curso para evitarlo, pero también el otro navio cambió el suyo, ganándonos ventaja. Por la noche, el capitán, junto con otros, vino a mi cabina para preguntarme que era lo que debían de hacer; a lo cual les respondí que no era marinerio y les pregunté que es lo que ellos creían que era más conveniente. Me dijeron que solo había dos soluciones, que eran, o bien aumentar la velocidad de nuestra marcha, o bien virar y seguir el mismo rumbo que seguíamos antes. Les dije entonces que si

el otro navio era pirata, podían tener por seguro que viraría también, y que, en cuanto a aventajarlo en la marcha, era inútil hablar de ello pues bien veían que era el otro mejor velero que el nuestro. Volvieron a preguntarme que tenían que hacer porque, dijeron, si los marineros hubieran seguido el consejo de Pablo no hubieran sufrido las malas consecuencias que sufrieron; y les respondí que era ello un caso para poner la fe a prueba y que, por consiguiente, tenían que aguardar el consejo de Dios. De modo que, recogíendome en espíritu, el Señor me mostró que Su vida y poder estaban entre nuestro barco y el que nos perseguía. Así lo hice saber, al capitán y a los demás, diciéndoles que la mejor solución era virar y seguir nuestro rumbo primero. Les dije también que desearía que apagasen todas las luces, excepto la que iluminaba al timonel, y que rogasen a los pasajeros que se mantuviesen quietos guardando silencio. A eso de las once de la noche el vigía nos llamó y nos dijo que los otros se nos echaban encima. Inquietó esto a los pasajeros y, entonces, incorporándome en la litera, miré por el tragaluz y, como la luna no se había ocultado del todo, vi al otro navio que estaba muy cerca de nosotros. Iba ya a levantarme para salir de la cabina cuando, acordándome de la palabra del Señor, de que Su vida y poder estaban entre ellos y nosotros, volví a acostarme de nuevo. El capitán y algunos marineros vinieron otra vez a preguntarme que pasaría de no poder avanzar de proa; y les respondí que hiciesen lo que quisieren. En aquel momento la luna estaba muy baja y, levantándose una fresca brisa, el Señor nos ocultó y apretando la marcha perdimos de vista al otro navio. Al día siguiente, siendo el Primer día de la semana, celebramos una reunión pública en el barco, manteniendo esta costumbre durante todo el viaje y la presencia del Señor se mostró en gran manera entre nosotros. Quería yo que les gentes se diesen cuenta de las mercedes del Señor, que los había librado, ya que, de no haberlos salvado el Señor, por aquel entonces estarían ya todos en manos de los turcos. Una semana después, el capitán y algunos marineros, trataban de persuadir a los pasajeros de que no era un barco pirata turco el que nos había dado caza, sino un navio mercante que se dirigía a las Canarias; y cuando oí tal cosa les pregunté, por qué, entonces, me hablaron como lo hicieron, por qué alarmaron a los pasajeros y por qué viraron a bordo, para evitarlo, cambiando de rumbo. Les dije también

que deberían de tener más cuidado en quitar importancia a las mercedes del Señor.

Salomón Eccles, ayunó durante siete días, sin comer ni beber durante todo este tiempo, no haciendo más que lavarse algunas veces la boca con vinagre; y tampoco se acostó en los siete días, a menos de adormecerse un poco por las noches cuando se sentaba.

Más tarde, cuando estábamos en las Barbados, llegó allá un mercader inglés de Sallee, y contó a las gentes que una fragata de guerra de Sallee había apercebido un bergantín monstruoso en alta mar, el mayor del mundo, y que, después de darle caza por tres días, cuando estaba ya a punto de alcanzarlo no pudo apresararlo porque había un espíritu en el bergantín. Esto confirmó nuestra creencia de que había sido una fragata de guerra de Sallee la que nos había dado caza y que fue el Señor quien nos libró de ella.

Una mañana, la pasamos, yo y varios Amigos, tratando de descifrar el significado de los cuatro ríos del Edén, según los hebreos, así como su simbolismo místico.

En todo el viaje no me mareé, al contrario de lo que sucedió a muchos Amigos y a otros viajeros, pero los muchos golpes y magulladuras, que había recibido anteriormente, y los achaques que contraje en Inglaterra, durante tantos y amargos encarcelamientos, se reprodujeron en el mar, debido al frío extremo y otras influencias, por lo que me sentí muy mal del estómago y lleno de dolores violentos en huesos y extremidades. Esto me sucedió después de un mes de estar en el navio, pues a las tres semanas de estar en alta mar, sudé abundantemente, por primera vez, sobre todo en la cabeza, mi cuerpo se cubrió de una erupción de granos y los pies y las piernas se me hincharon en extremo, de tal modo, que no podía ponerme las medias y los calzones sino con grandes trabajos. Después, súbitamente, dejé de sudar, y de tal manera, que, cuando llegamos a climas cálidos, no podía transpirar en absoluto mientras todo el mundo sudaba a mares. Estaba mi carne seca y caliente que abrasaba y, lo que antes se resolvió en granos, me atacó esta vez al corazón y al estómago, con tal fuerza, que hubiera matado a muchos otros. Así continué el resto del viaje, o sea, un mes aproximadamente, pues pasamos siete semanas y unos días en el mar.

El día tres del Octavo mes, temprano por la mañana, divisamos las islas Barbados; pero no pudimos anclar en la bahía de

Carlisle hasta las nueve o diez de la noche. Descendimos a tierra, así que pudimos, y, junto con otros, anduvimos hasta la casa de un Amigo, un mercader llamado Ricardo Forstall, a poco más de un cuarto de milla de Bridgetown; pero como estaba tan débil y enfermo me cansé tanto de andar tan poco trecho que llegué exhausto. Muy enfermo permanecí allí varios días, y aunque varias veces me administraron medicinas para hacerme sudar, no hubo modo de conseguirlo. Al contrario, lo que me dieron, antes secó y angostó mi cuerpo, por lo que empeoré más de lo que hubiera sido de otro modo. Así continué, durante unas tres semanas, después de desembarcar, sintiendo tales dolores en los huesos, articulaciones y el cuerpo todo, que apenas si podía conseguir algún descanso; sin embargo, estaba alegre y mi espíritu se mantuvo fuerte por encima de todo ello. Tampoco consiguió la enfermedad que dejase el servicio de la Verdad, puesto que, tanto en el mar como después de llegar a Barbados, antes de estar en estado de recorrer el país, escribí varios artículos (un Amigo me los escribía),<sup>2</sup> algunos de los cuales, a la primera oportunidad que tuve, los mandé a Inglaterra para que los imprimiesen.

Luego que hube descansado tres o cuatro días, en casa de Ricardo Forstall, donde muchos Amigos vinieron a verme, Juan Rous, que había pedido prestado un coche al coronel Chamberlain, vino para llevarme a casa de su padre, Tomás Rous. Pero se hizo tarde antes de que llegásemos, por lo que poco pude descansar aquella noche. Al cabo de pocos días, el coronel Chamberlain, que tan amablemente nos había prestado su coche, vino a visitarme y estuvo muy cortés conmigo.

Poco después de llegar a la isla, me informaron de un acontecimiento notable, en el que la justicia de Dios se había revelado eminentemente. El hecho fue el siguiente.

Había en Barbados un joven, de nombre Juan Drakes (persona de cierta consideración en el mundo, pero blasfemador vulgar y mala persona) que, estando en Londres, pensó en casarse con una joven doncella, hija de un Amigo. Esta muchacha, siendo muy joven y con dote considerable, había sido confiada por su madre a la tutoría y cuidados de varios Amigos, de los cuales era yo uno. Me solicitó el joven consentimiento para casarse con la doncella y le dije que, siendo uno de los tutores nombrados por su madre, que era viuda, para cuidar de la muchacha, creía que, de tener su madre la intención

de que se uniera a un hombre del mundo, hubiera dispuesto de su hija de acuerdo con tal deseo, mientras que si nos la había confiado era para que fuese educada en el temor de Dios; por consiguiente traicionaría la confianza de que era depositario si consintiera en que él, un hombre del mundo sin temor de Dios, se casase con la muchacha, lo cual no estaba dispuesto a permitir. Cuando el joven vio que no podía conseguir su intento regresó a Barbados, altamente ofendido conmigo, aunque sin justo motivo. Más tarde, así que oyó que iba yo a llegar a Barbados, juró desesperadamente y amenazó que por poco que pudiera me haría quemar vivo en cuanto llegase. Cuando esto oyó un Amigo, le preguntó que era lo que yo le había hecho, que tan furioso estaba contra mí, y sin responderle repitió otra vez, "Lo haré quemar vivo"; ante lo cual el Amigo replicó, "No andes con tanto furor, no sea que llegues demasiado pronto al fin de tus días." A los diez días le atacó una fiebre violenta y abrasadora de la que murió, y, estaba su cuerpo tan abrasado, que la gente se dio cuenta de ello y dijeron que se había puesto negro como el carbón. Tres días antes de que yo desembarcase dieron tierra a su cuerpo y lo señalaron como un triste ejemplo. En esto, continuaba yo tan débil que no podía viajar para asistir a las reuniones, dándose los otros Amigos que vinieron conmigo buena prisa en trabajar para el Señor. Había sólo transcurrido un día, después de nuestra llegada a tierra, y ya celebraron una gran reunión, en la ciudad de Bridgtown; y después de esta, otras varias, aquí, allá, de un lado a otro de la isla, siempre en servicios, trillando, cortando, tajando, siendo muy numerosas sus reuniones, que fueron muchas, así en el tiempo como lugar, y tanto más grandes y numerosas por razón de que muchas personas del mundo, algunas de alto rango, acudieron a ellas. Y era la causa de todo ello que, conociéndome de nombre y sabiendo que estaba en la isla, esperaban verme en tales reuniones, ignorando que no me hallaba en estado de ir de un lado para otro. Y, en realidad, mi estado de debilidad duró tanto, por razón de sentirse mi espíritu al principio muy oprimido por la inmundicia, porquería e injusticias de la gente, todo lo cual era pesada y dura, carga sobre mí. Sin embargo, después de pasar algo más de un mes en la isla, se aligeró un tanto mi espíritu y comencé a recobrar en cierta medida mi salud y mis fuerzas, empezando entonces a asistir a las reuniones de Amigos.



A causa de no hallarme todavía en estado de viajar, los Amigos de la isla decidieron celebrar sus reuniones, de hombres y mujeres, para el servicio de la iglesia, en casa de Tomás Rous, donde estaba yo guardando cama; y esto me permitió estar presente, en cada una de tales reuniones, haciendo así muy buen servicio para el Señor, ya que necesitaban informarse mejor de muchas cosas, por haberse deslizado entre ellos ciertos errores a causa de la falta de cuidado y vigilancia. Los exhorté, especialmente en las reuniones de hombres, a ser cuidadosos y atentos en cuanto al matrimonio, evitando que Amigos se casasen con parientes próximos, y también demasiadas prisas con respecto a un segundo matrimonio, después de la muerte de marido o mujer, aconsejándoles que en tales casos guardasen el conveniente miramiento a la memoria del difunto, esposo o esposa.

En cuanto a que los hijos de los Amigos se casaran demasiado jóvenes, como a los trece o catorce años de edad, les hice ver lo perjudicial de tal costumbre y los inconvenientes y sinsabores que acompañan a estos matrimonios infantiles. Los amonesté a que limpiasen bien el suelo, barriendo sus casas, para que estuvieran muy limpias y así nada quedara en ellas que fuese corruptible; y que no hablasen de nada, de lo que se había tratado en las reuniones, que diera lugar a críticas y difamación de unos con otros.

Igualmente, en lo concerniente al registro de matrimonios, nacimientos y entierros, les notifiqué que debían inscribirlos con exactitud, en cada caso, en libros distintos, sólo para este objeto; y también anotar en otro libro especial la repudiación de aquellos que apartándose de la Verdad caían en prácticas deshonestas, así como el arrepentimiento y redención de los que retornaban de nuevo al bien.

También recomendé a su cuidado el proveer, para los Amigos, cementerios convenientes que, en algunos lugares, todavía faltaban. Así mismo les di algunas instrucciones concernientes a como tenían que tratar y ordenar legados dejados por Amigos, para uso público, y otras cosas relacionadas con los asuntos de la iglesia.

Después, en cuanto a los negros o mulatos, los expuse mi deseo de que procurasen criarlos en el temor del Señor, tanto a los que habían comprado con su dinero como a los que habían nacido en sus casas, para que todos pudieran llegar al cono-

cimiento del Señor, y que como Josué, cada cabeza de familia pudiera decir, "que yo y mi casa serviremos al Señor." Les dije también que quisiera que procurasen que los capataces tratasen a sus negros suave y afablemente, sin usar de crueldad, como algunos habían hecho y hacían, y que después de algunos años de esclavitud les dieran libertad. Muchas cosas dulces y preciosas fueron reveladas en estas reuniones, por el espíritu y el poder del Señor, para edificación, confirmación y formación de Amigos, tanto en la fe como en el orden sagrado del evangelio.

Cuando me sentí ya en estado de salir, luego que hube estado un poco con los Amigos, fui a visitar al gobernador; acompañándome Luís Morris, Tomás Rous y algunos otros Amigos. Nos recibió con gran deferencia y estuvo muy amable con nosotros, invitándonos a comer con él y haciéndonos pasar en su compañía la mayor parte del día, sin consentir que nos marchásemos.

Aquella misma semana fui a Bridgtown. Tenía que celebrarse en aquellos días una junta general de Amigos, y, como oficiales militares y empleados civiles sabían de la visita que había hecho al gobernador y de su amable acogida, muchos, y no de los menos importantes, como jueces, magistrados, coroneles y capitanes, vinieron de casi toda la isla para asistir a la reunión; que fue una gran reunión así de Amigos como de los que no eran. El bendito poder del Señor se mostró plenamente entre nosotros y aunque, cuando llegó mi turno de hablar, después de haberlo hecho tres Amigos, estaba bastante fatigado, el Señor, hizo por mi boca revelaciones, para satisfacción de todos los presentes. El coronel Luís Morris, acudió a esta reunión, y con él un vecino suyo, juez en el interior, que sintió gran satisfacción, recibiendo la Verdad.

Pablo Gwin y los suyos, gritaron y rabiaron hasta que se cansaron. Me preguntaron como delectaba la palabra Caín y si poseía el mismo espíritu que los apóstoles; a lo cual respondí que sí lo poseía y entonces se marcharon.

Aquella noche volví a casa, que estaba a unas nueve o diez millas, con Luís Morris; haciendo parte del camino en barco y parte a caballo. Me pareció que en el lugar donde tenía su plantación era el aire más puro que en todo el resto de la región. Al día siguiente, Tomás Briggs y Guillermo Edmonson, vinieron a verme con la intención de salir de la isla al otro día para ir a Antigua y Nevis, en cumplimiento del servicio del

Señor. Luís Morris fue con ellos y en Antigua celebraron varias y buenas reuniones, a las que acudió gran gentío, convenciéndose muchos. Pero cuando llegaron a Nevis, el gobernador, antiguo perseguidor, no los dejó desembarcar y mandó soldados a bordo para que lo impidieran. En vista de esto, subieron a bordo los Amigos del lugar, y se reconfortaron sintiendo el poder y presencia del Señor entre ellos; y regresando después a Antigua, donde permanecieron algún tiempo volvieron a Barbados, sintiéndose Tomás Briggs muy débil y enfermo.

De los otros Amigos que me acompañaron desde Inglaterra, Jaime Lancaster, Juan Cartwright y Jorge Pattison, se habían ido a Jamaica, hacía algún tiempo, y otros, a diferentes lugares, de modo que sólo muy pocos quedaban conmigo en Barbados. Con todo celebramos muchas grandes y preciosas reuniones, tanto con fines de devoción como para tratar de asuntos de la iglesia, asistiendo a ellas mucha gente del mundo. En una de estas reuniones, el coronel Lyne, persona austera, quedó tan satisfecho de lo que yo declaré, que dijo, "Ahora si podré contradecir a los que he oído hablar mal de vos, diciendo que ni creéis en Cristo ni en Su muerte, mientras que según he podido oír, vos eleváis a Cristo en todas Sus manifestaciones, mucho más de lo que jamás haya oído." Este hombre, observando que una persona había tomado por escrito los tópicos principales de lo que había yo perorado, quiso una copia de ello y permaneció otro día entre nosotros; tan grande se levantó en él, el amor a la Verdad. Muchas fueron en verdad las conversiones, en muchos lugares de la isla, lo cual enfureció a hizo rabiar a los sacerdotes y también a algunos eclesiásticos.

Eran nuestras reuniones muy numerosas y libres de toda persecución, por parte del gobierno, aunque sacerdotes y eclesiásticos procuraban incitar a los magistrados en contra nuestra. Cuando vieron que de este modo nada conseguían, algunos Baptistas vinieron a la reunión de la ciudad, llena de gente de diferente rango y calidad. Vinieron en gran grupo y trajeron un libelo infamante, escrito por Juan Pennyman, con el que estaban armando gran ruido. Pero el Señor me dio discernimiento y don de palabra para responder a sus frívolas objeciones, por lo que el auditorio, en general, quedó satisfecho, perdiendo terreno aquellos eclesiásticos pendencieros. Cuando se cansaron de chillar, se marcharon, pero, quedándose la gente, sin moverse, se continuó la reunión; aquello, sobre que habían

inventado sus patrañas, fue todavía comentado y aclarado y la vida y poder de Dios descendieron sobre todos. Sin embargo, no cesaron el furor y envidia de nuestros adversarios, que se dedicaron a difamar a los Amigos con historias falsas y escandalosas, difundiéndolas por toda la isla. En vista de esto, yo, junto con algunos Amigos, redactamos un documento, en nombre de la Verdad, para poner a los Amigos a salvo de aquellas falsas acusaciones. Decía así:

Para el gobernador de Barbados y su Consejo y Asamblea y toda otra persona con mando civil o militar en esta isla; de parte de los llamados Cuáqueros.

Siendo que muchas escandalosas mentiras y difamaciones han sido lanzadas en contra nuestra, como la de que negamos a Dios, a Jesucristo, las Escrituras ciertas etc. . . . Es esta para informaros que en todos nuestros libros y proclamas, estos últimos años lanzados al mundo, atestiguamos claramente lo contrario. Con todo y ello, para vuestra mayor satisfacción, declaramos llana y sinceramente que reconocemos la existencia de Dios en quien creernos, el solo Dios justo, omnipotente y eterno, Creador de todas las cosas, así en la tierra como en el cielo, y preservador de todo lo que El ha creado, siendo El Dios por encima de todas y bendito por todos; para quien sea todo honor y gloria, autoridad suprema, alabanza y gracias, ahora y siempre.

Y reconocemos a Jesucristo en quien creemos, Su único Hijo amado en quien El se place, concebido por el Espíritu Santo y nacido de María Virgen; al cual debemos nuestra redención por obra de Su sangre, así como el perdón de los pecados; que es la imagen de Dios invisible, el primero nacido de toda criatura, por quien todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra han sido Creadas, creador de todas las cosas, visibles e invisibles, así sean tronos o dominios, principados o poderes. Y reconocemos y creemos que El, que no conoció el pecado, fue sacrificado por el pecado, sin que nunca se hallase doblez en Su boca; y que fue sacrificado vivo por nosotros, fuera de las puertas de Jerusalén; que fue sepultado y resucitó al tercer día por el poder de Su padre, para justificación nuestra; y creemos que ascendió al cielo y ahora está sentado a la diestra de Dios. Este Jesús, que fue la base sobre que se formaron santos profetas y apóstoles, es nuestra base; y creemos que no hay ya otra base que echar que la que está ya echada en verdad por Cristo; el cual,

nosotros creemos que sufrió la muerte por cada hombre, derramó Su sangre por todos los hombres y es la propiciación para nuestros pecados, y no para los nuestros solamente, sino para los pecados de todos, según el testimonio de Juan el Bautista cuando dijo, "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo." Evangelio de S. Juan, cap 1, ver 29. Creemos que solo El es nuestro Redentor y Salvador, el verdadero Capitán de nuestra Salvación, que nos salva tanto del pecado como del infierno y de la ira que vendrá, y destruye el mal y sus artificios; que es la Semilla de la mujer, que aplasta la cabeza de la serpiente; a saber, el Alfa y Omega, el Principio y el Fin. Que es El (como las Escrituras ciertas lo atestiguan) nuestra sabiduría y rectitud, nuestra justificación y redención; y que no hay salvación en nadie más, porque no hay ningún otro nombre bajo el cielo dado a los hombres por el que podamos salvarnos. Solo El es el Pastor y Obispo de nuestras almas; El es nuestro Profeta de quien Moisés había ya dado testimonio de mucho tiempo, diciendo, "El Señor vuestro Dios os levantará profeta de vuestros hermanos, como yo; a el oiréis en todas las cosas que os hablare. Y será que cualquiera alma que no oyere a aquel profeta, será desarraigada del pueblo." Los Hechos, cap III vers 22 y 23.

El es el que ha venido y nos ha dado a entender que podemos reconocerlo como verdadero. Y El gobierna en nuestros corazones por Su ley de amor y de vida y nos libra de la ley del pecado y la muerte. No hay vida sino en El, porque El es el espíritu vivificador, el segundo Adán, el Señor del cielo, por cuya Sangre hemos sido lavados y nuestras conciencias se han librado de acciones de muerte, para servir al Dios vivo. Y El es nuestro Mediador, que ejerce paz y reconciliación, entre Dios ofendido y nosotros ofensores. Siendo El, el juramente de Dios, el nuevo pacto, luz, vida, gracia y paz, el Autor y Consumador de nuestra fe. Ahora bien, este Señor Jesucristo, el Hombre divino, el Emanuel, Dios con nosotros, es en quien nosotros todos creemos y a quien reconocemos. El, contra quien los grandes sacerdotes lanzaron su ira diciendo que había hablado blasfemia; El, a quien los sacerdotes y ancianos judíos acusaron deliberadamente y condenaron a muerte; el mismo que Judas traicionó por treinta monedas, que le dieron los sacerdotes, en pago de su traición, dando también mucho dinero a los soldados para que propalasen la horrible mentira, de que

mientras dormían Sus discípulos habían venido y se lo habían llevado; y luego que resucitó de entre los muertos, Los Hechos de los apóstoles cuentan como los grandes sacerdotes y los ancianos persiguieron a los discípulos de este Jesús, por ir predicando a Cristo y Su Resurrección. Esto decimos, es a este Señor Jesucristo, a quien debemos nuestra vida y salvación.

Habiendo permanecido algo más de tres meses en Barbados, después de visitar a diversos Amigos, haber organizado juntas, en todos los lugares, y haber llevado a cabo la misión en cumplimiento de la cual el Señor me había enviado allí, sentí que mi espíritu se apartaba de la isla sintiéndose arrastrado hacia Jamaica. Cuando lo hube comunicado a los Amigos, también notifiqué al gobernador, y a diversas personas de su consejo, que tenía la intención de irme en breve de la isla para Jamaica; y esto lo hice, por la razón de que así como había sido pública y notoria mi llegada, también lo fuera mi partida. Antes de dejar la isla escribí a mi mujer, para que pudiese ella darse cuenta de como me iban las cosas y de como proseguía mi viaje.

Corazón querido: Para quien es mi amor y para todos los hijos en la Semilla de vida que no cambia y está por encima de todos; bendito sea el Señor eternamente. He sufrido de cuerpo y espíritu más de lo que las palabras pueden expresar, pero, alabado sea Dios en el cielo, Su verdad está sobre todos. Ahora, me encuentro bien y, si es voluntad del Señor, dentro de pocos días iré a Jamaica, donde pienso permanecer por poco tiempo. Es mi deseo que os mantengáis todos puros y libres de todo mal, en la Semilla de vida. Los Amigos están bien en general. Da recuerdos a los Amigos que pregunten por mí. No más, por ahora, sino mi amor en la Semilla y Vida que jamás cambian.

J. F.

Barbados, el seis del Undécimo mes de 1671.

Zarpé de Barbados para Jamaica, el día ocho del Undécimo mes de 1671, acompañándome Roberto Widders, Guillermo Edmonson, Salomón Eccles e Isabel Hooton; mientras que, Tomás Briggs y Juan Stubbs, se quedaron en Barbados junto con Juan Rous y Guillermo Bailey. Hicimos una rápida y fácil travesía hasta Jamaica, donde nos encontramos con nuestros Amigos, Jaime Lancaster, Juan Cartwright y Jorge Pattison, que allí habían estado trabajando al servicio de la Verdad;

en cuya lid, a partir de aquel momento, entramos con ellos, viajando de un lado a otro de la isla, que es grande. Tierra generosa es aquella, aunque sus habitantes, en su mayoría, son depravados y malvados. Hicimos una gran obra. Hubo muchas conversiones y muchas personas, algunas de alto rango en el mundo, recibieron la Verdad. La gente fue muy cortés con nosotros, no abriéndose una sola boca en contra nuestra. Estuve dos veces con el gobernador y otros magistrados, portándose todos muy afablemente con nosotros.

Una semana, poco más o menos, después de desembarcar en Jamaica, Isabel Hooton, mujer de edad muy avanzada, que había viajado mucho, al servicio de la Verdad, por la que había pasado grandes sufrimientos, falleció. Se encontraba bien el día antes de morir y partió en paz, como un cordero, dando testimonio con su partida de adhesión a la Verdad.

Después de pasar siete semanas y un día en Jamaica, organizando a los Amigos e instituyendo varias juntas; como hubo grandes conversiones en el Piste, Oeste, Norte y Sur del país, allí dejamos a Salomón Eccles. El resto embarcamos para Maryland, dejando a los Amigos y a la Verdad, prósperos en Jamaica; el poder del Señor sobre todos, reinando Su bendita semilla.

Antes de salir de Jamaica, mandé otra carta a mi mujer, que decía como sigue.

Corazón querido: Para quien es mi amor y para todos los hijos, en lo que nunca cambia y está por encima de todos, y para todos los Amigos en esa tierra. He permanecido en Jamaica unas cinco semanas. Los Amigos aquí, están bien, en general, y ha habido muchas conversiones, mas sería demasiado largo explicarlo todo. Me aguardan sufrimientos en todas partes, mas la bendita Semilla está por encima de todos: Alabado sea el gran Señor, que es Señor de mar y tierra y de toda cosa en ellos. Tenemos la intención de irnos de aquí a Maryland, a principios del mes que viene, si es voluntad del Señor. Morad todos vosotros en la Semilla de Dios, que en Su verdad yo reposo lleno de amor por todos vosotros.

J. F.

Jamaica, el 23 del Duodécimo mes de 1671.

Embarcamos el día ocho del Primer mes de 1671-2, pero, siéndonos los vientos contrarios, pasamos, avanzando y retrocediendo, una semana entera de navegación, antes de perder

Jamaica de vista. Fue viaje peligroso, especialmente al pasar el golfo de Florida, donde vientos y tormentas nos pusieron a prueba. Pero Dios omnipotente, Señor de mares y tierras, cabalgando en alas del viento, nos guardó, por Su poder, de muchos y grandes peligros, cuando, por causa de la gran violencia de la tempestad, nuestro buque, con parte de su velamen destrozado, estuvo varias veces a punto de zozobrar. Y en verdad, grande fue nuestro reconocimiento porque el Señor fuese un Dios asequible, con el oído atento a las súplicas de Su pueblo. Porque ello fue que, cuando los vientos eran tan fuertes y huracanes, tormentas y tempestades tan grandes que los marineros sin saber que hacer estaban tentados de dejar el buque a su suerte, nosotros, rogamos al Señor que, escuchándonos graciosamente, calmó los vientos y los mares y nos dio viento favorable para que nos regocijásemos en la salvación que de El nos vino. ¡ Alabado y bendito sea el sagrado Nombre del Señor, cuyo poder tuvo dominio sobre todo y a quien obedecen los vientos y los mares!

En esta travesía, de Jamaica a Maryland, estuvimos de seis a siete semanas en el mar. Algunos días antes de llegar a tierra, después de haber entrado en la bahía del río Patuxent, se levantó una gran tempestad que nos echó encima un barco, buscando refugio, en el que viajaban diversas gentes de alto rango en el mundo. Tomamos la gente a bordo, pero el barco se perdió con su carga que, según dijeron, valía quinientas libras esterlinas. Imposibilitados de dejar el barco, los nuevos pasajeros, continuaron abordo varios días y celebramos con ellos una buena reunión. Mas las provisiones comenzaron a escasear, por no haber traído ellos ningunas y las nuestras, por razón de lo largo del viaje, estar casi agotadas, cuando los encontramos, por lo que, viviendo ahora en común, apenas si quedaba nada que comer. En vista de esto, Jorge Pattison, embarcó en un bote arriesgando su vida para llegar a la costa, siendo el peligro tan grande que todo el mundo, excepto los Amigos, estaba convencido de que se perdería. Y, con todo, plugo al Señor que llegase salvo a la costa, y que, al cabo de muy poco tiempo, los Amigos del lugar, vinieran a llevarnos a tierra; con gran oportunidad, pues las provisiones estaban ya casi agotadas del todo.

En este viaje, la buena providencia del Señor, nos salvó de otro gran peligro que no supimos hasta después y que fue el



siguiente: Cuando nos decidimos a salir de Jamaica, pudiendo elegir entre dos navios, con destino a la misma costa, uno, una fragata, y el otro un pequeño velero, cerramos trato con el capitán de este, que nos hizo un precio diez chelines más barato por persona que el capitán de la fragata, que a nuestro parecer nos había pedido demasiado por los pasajes. Embarcamos en el velero, zarpando la fragata juntamente con nosotros, pues se había decidido que se escoltarían mutuamente durante el viaje; y así navegamos juntos varios días. Pero calma y vientos contrarios nos separaron al cabo de un tiempo, después de lo cual, la fragata, perdido el rumbo, cayó en manos de los españoles que la apresaron y la robaron, haciendo prisioneros al capitán y al primer oficial. Más tarde, apresada de nuevo por los ingleses, la mandaron a sus propietarios que eran de Virginia, Cuando supimos todo esto, vimos y admiramos la providencia de Dios que nos guardó de nuestros enemigos; mas el codicioso cayó en manos de los codiciosos. Algunos Amigos de Jamaica querían que fuésemos en la fragata que fue apresada, mas el Señor en Su sabiduría ordenó lo contrario.

Encontramos en Maryland a Juan Burnyeat, que tenía la intención de salir en breve para Inglaterra, pero con nuestra llegada alteró su propósito y se juntó a nosotros para el servicio del Señor. Había convocado en junta general a todos los Amigos de la provincia de Maryland, para que así pudiese despedirse de todos ellos antes de abandonar aquel país; y la divina providencia dispuso que desembarcáramos justamente a tiempo para alcanzar la junta, teniendo así una magnífica oportunidad de conocer a todos los Amigos de la provincia. Fue esta una gran reunión, que duró cuatro días, asistiendo a ella, además de los Amigos, mucha otra gente, alguna de alto rango; como cinco o seis jueces de paz, uno de los secretarios de su parlamento o asamblea, uno del consejo, y otras gentes de significación, que, quedaron muy satisfechas de la reunión.

Después de que se concluyeron las reuniones públicas, comenzaron las de hombres y de mujeres, en las que manifesté a los Amigos su utilidad, con gran satisfacción por su parte. Después de esto fui a un lugar llamado los Cliffs, donde se había convocado otra junta general. Parte del camino lo hicimos por tierra y el resto por mar, y, levantándose una tormenta, nuestra embarcación embarrancó, con peligro de hacerse a trizas, entrando el agua que nos caía encima. Estaba

yo empapado de sudor, pues me había acalorado mucho en una reunión que acabábamos de celebrar, y, luego con el agua que cayó sobre mí, quedé completamente calado. Sin embargo, teniendo fe en el poder divino, me libré de todo mal, bendito sea el Señor. También a esta reunión acudió mucha gente del mundo, que recibió la Verdad con reverencia. Celebramos después una junta para hombres y otra para mujeres, a las que acudieron muchos de los que habían renegado su fe; instituyéndose varias de estas reuniones para cuidar de los asuntos de la iglesia.

Celebradas estas dos reuniones generales, nos separamos, dividiéndonos en grupos, para ir a varios lugares del litoral, en el servicio de la Verdad. Jaime Lancaster y Juan Cartwright, se fueron por mar a Nueva Inglaterra; Guillermo Edmonson y otros tres Amigos zarparon para Virginia, donde andaba todo muy desordenado; y Juan Burnyeat, Roberto Widders, Jorge Pattison y yo, con varios Amigos de la provincia, pasamos en barco a la costa Este de la bahía de Chesapeake, donde, el Primer día celebramos una reunión, recibiendo mucha gente la Verdad con gran satisfacción, y los Amigos se recomfortaron en gran manera. Fue aquella una reunión grande y divina, a la que acudieron varias personas de calidad del país, dos de las cuales eran magistrados de la paz.

Sentí que era voluntad del Señor que invitase al Emperador indio y a sus reyes a venir a la reunión. Vino el Emperador, asistiendo a ella, pero los reyes, que vivían más lejos, no llegaron a tiempo; aunque vinieron más tarde con todos sus jefes. Aquella noche, tuve dos buenas oportunidades de hablar con ellos que escucharon de buen grado la palabra del Señor convirtiéndose a ella. Les pedí que repitiesen a sus gentes lo que yo les había dicho, para que así supieran que Dios elevaba el testimonio de su Tabernáculo y clavaba Su estandarte e insignia gloriosa de justicia en su suelo salvaje. Se comportaron muy atenta y afablemente, preguntando que donde iba a celebrarse la próxima reunión, pues querían asistir a ella; a pesar de que, según me dijeron, antes de venir aquel día, habían tenido un gran debate con su consejo, sobre si debían o no acudir a mi llamamiento.

Al día siguiente, con dos indios por guías, emprendimos viaje, por tierra, hacia Nueva Inglaterra; viaje pesado a través de un país salvaje, cruzando bosques, pantanos y grandes ríos. En una ocasión nos encontramos con un indio que, al cabo de

un rato, comenzó a palparme y a manosearme diciendo que era yo de buena sangre, y sentí curiosidad de saber que es lo que quería hacer, pues, a pesar de estar solo con él, no abrigaba el menor temor. Finalmente, levanté mi mano hacia el cielo y después la bajé hacia la tierra diciéndole que el gran Dios lo quemaría; en esto, se le acercó otro indio y, después de cuchichear unas palabras, se marcharon. Montamos a caballo donde nace el arroyo Tredhaven y seguimos, a través de montañas, hasta llegar al río Miles,<sup>3</sup> que cruzamos un poco más arriba de donde nace, cabalgando hasta donde nace el río Wye, y después, el río Chester, donde, después de encender fuego, pernoctamos en el bosque. A la mañana siguiente, nos pusimos de nuevo en marcha y, cruzando bosques llegamos al río Sasafrás, que atravesamos en canoa, mientras nuestros caballos lo atravesaban a nado; y cabalgamos después hasta el río Bohemia, que atravesamos igualmente en canoa, nadando los caballos. Descansamos en una plantación, que se hallaba en nuestro camino, mas por poco tiempo, debido a que teníamos que cabalgar treinta millas aquella tarde si queríamos, como era nuestro deseo, llegar a una ciudad. Yo, y otros, que montaban caballos fuertes, llegamos aquella noche a la ciudad, día nueve del Tercer mes, cansadísimos y por añadidura calados hasta los huesos; mientras que, Jorge Pattison y Roberto Widders, que cabalgaban en monturas flojas, tuvieron todavía que pasar aquella noche en el bosque. La ciudad, a la que llegamos, era una población holandesa, llamada Newcastle, adonde, Roberto Widders y Jorge Pattison, vinieron a encontrarnos a la mañana siguiente. Salimos de allí y cruzamos el río Delaware, no sin correr gran peligro las vidas de algunos de nosotros. Una vez cruzado el río, tuvimos dificultades en procurarnos nuevos guías, que eran difíciles de encontrar y muy caros, teniendo que atravesar aquel país salvaje, lleno de selvas desiertas que, según decían, nunca nadie las había atravesado a caballo; país que más tarde, fue llamado West Jersey, no estando entonces habitado por los ingleses. Cabalgamos todo el día, sin ver hombre o mujer, casas o viviendas; durmiendo unas veces en el bosque, a la vera de un fuego, y otras en las cabañas de los indios. Un día, llegamos ya de noche a un poblado indio, donde dormimos en casa del rey, que era hombre de bien. Así él como su mujer nos recibieron muy afablemente y sus servidores, (ron todo y su condición, fueron muy respetuosos.

Nos dieron mantas para que nos tendiéramos, pero las provisiones anduvieron escasas porque aquel día no habían tenido caza abundante. En otro poblado indio, donde nos detuvimos, el rey vino a vernos y como hablaba algo de inglés, conversé largamente con él y con sus súbditos, que fueron muy afables.

Había en Nueva Inglaterra, un rey indio, que contaba que había observado que muchos de sus súbditos, al ser convertidos por los eclesiásticos de Nueva Inglaterra, se volvían peor de lo que eran, antes de abandonar su religión; y añadía, que, de todas las religiones que él había visto, la de los Cuáqueros era la mejor. Pero, si sus súbditos se acogían a los eclesiásticos de Nueva Inglaterra, lo que hacía a la gente peor de lo que era, él no podía acogerse a la religión de los Cuáqueros, que era la mejor, porque, entonces, los eclesiásticos lo condenarían a muerte y lo ahorcarían, y pondrían a sus súbditos fuera de la ley, como habían hecho con los Cuáqueros. En vista de todo lo cual, decidió que era mejor continuar siendo lo que era.

Haciendo camino, llegamos a Middletown, una plantación inglesa, en Jersey del Este, donde había algunos Amigos; mas no pudimos por entonces deteneros a celebrar una reunión, por desear nuestros espíritus ardientemente alcanzar la junta semestral de los Amigos de Oyster Bay, en Long Island, que estaba cerca. Bajamos con un Amigo, Ricardo Hartsborn (hermano de Hugo Hartsborn, el tapicero de Houndsditch, en Londres), que nos recibió en su casa de mil amores y allí tomamos algún descanso (pues estábamos realmente cansados) y después nos condujo, como también a nuestros caballos, en su propio barco, a través de un brazo de agua, en lo que pasamos la mayor parte del día, y nos desembarcó en Long Island. De este modo llegamos a Gravesend al anochecer, con cuyos Amigos nos detuvimos aquella noche y ai día siguiente llegamos a Flushing; a casa de un tal Juan Bowne (desterrado a Inglaterra por los holandeses), y había allí varios centenares de personas del mundo, que me dijeron que si quería ir a su pueblo, podría disponer de la casa en donde se reunían. Al día siguiente, llegamos a Oyster Bay, con varios Amigos de Gravesend y de Flushing que nos acompañaban.

Empezó la junta semestral, el día diecisiete del Tercer mes, Primer día de la semana, y duró cuatro días. El Primer y Segundo día celebramos reuniones públicas, para rendir culto a Dios, a las que asistieron gentes del mundo. El tercer día

se celebraron las reuniones de hombres y de mujeres, en las que se trató de los asuntos de la iglesia. En tal ocasión, dimos con algunos malos espíritus que se habían apartado de la Verdad, para caer en el prejuicio, disputas y oposición al orden de la Verdad y de los Amigos. Habían ya, esas gentes, importunado mucho a los Amigos en las reuniones previamente celebradas, tanto allí como en los alrededores, y así hubiera sido también esta vez. Mas como yo no estaba dispuesto a permitir que los servicios de nuestros hombres y mujeres en las reuniones fuesen interrumpidos y retrasados por causa de sus maquinaciones, les di a entender que si tenían alguna objeción en contra del orden de la Verdad, que nosotros seguíamos, otro día, organizaríamos una junta a propósito, para tratar de ello. Y, en verdad, si había trabajado tanto y había forzado mi viaje, como lo hice, para asistir a esta reunión, donde esperaba encontrar a esta gente pendenciera, era porque había sabido que me habían censurado mucho cuando estaba lejos.

Habiéndose terminado el Cuarto día las reuniones de hombres y de mujeres, celebramos otra reunión, con aquellos descontentos, a la que asistieron tantos de ellos como quisieron y todos los Amigos que lo desearon; y el poder del Señor, irrumpió gloriosamente para confusión de nuestros contendientes. Entonces, algunos de los que habían tenido mayor parte en la malévola tarea de discutir y oponerse a la Verdad, comenzaron a adularme servilmente, echando la culpa sobre otros; pero tal espíritu engañador fue sojuzgado y condenado, y la gloriosa Verdad de Dios fue exaltada y elevada por encima de todos; y los hundimos y humillamos, siendo ello gran servicio para la Verdad, y gran satisfacción y consuelo para los Amigos. ¡Glorificado sea el Señor eternamente!

Después de que los Amigos se marcharon a sus viviendas, estuvimos algunos días en la isla, celebrando reuniones en varios lugares, para servicio del Señor. Cuando concluimos nuestra labor en la isla, volvimos a Oyster Bay, esperando que viento favorable nos llevase a Rhode Island que, se calculaba, estaba a unas doscientas millas de allí. Tan pronto como sopló viento propicio, zarpamos, llegando el día treinta del Tercer mes, y los Amigos nos recibieron con alegría. Fuimos a casa de Nicolás Easton, en aquel entonces gobernador de la isla, en donde pasamos la noche, muy cansados de viajar por tierra y por mar. El Primer día siguiente, celebramos una gran re-

unión, a la que acudieron, el gobernador y varios jueces, que quedaron altamente impresionados por la Verdad.

La semana siguiente, se celebró en esta isla la Junta Anual de todos los Amigos de Nueva Inglaterra y colonias adyacentes, a la que, además de muchísimos Amigos, asistió Juan Stubbs, que vino de Barbados, y Jaime Lancaster y Juan Cartwright, que vinieron de otro lugar. Esta reunión duró seis días, dedicándose los cuatro primeros días a celebrar reuniones públicas, con objeto de rendir culto a Dios, a las que asistió abundancia de gentes del mundo, que vinieron en balandros desde otras colonias y jurisdicciones; debido a que, no habiendo sacerdote en la isla, y, por consiguiente, ninguna restricción a cualquier forma de culto, como el gobernador y el diputado gobernador, junto con varios jueces de paz, acudieron a las reuniones a diario, tanto alentó esto a la gente que acudieron en muchedumbre, de todas partes de la isla. Gran servicio hicimos en ellos; siendo la Verdad muy bien recibida. Raramente he observado a gentes que, de pie como estaban, escuchasen con más atención, diligencia y afección, que aquellas, durante los cuatro días, y la misma observación hicieron otros Amigos.

Cuando se terminaron las reuniones públicas, comenzaron las reuniones de hombres que fueron muy numerosas, valiosas y de peso; y al día siguiente, comenzaron las de mujeres, que también fueron importantes y solemnes. Se celebraron estas dos reuniones para ordenar los asuntos referentes a la iglesia y se revelaron y comunicaron muchas cosas de peso, para consejo, información e instrucción, respecto a los servicios; para que así pudieran mantenerse todos puros, dulces y fragantes, entre los fieles. En estas dos reuniones se decidió y se fijó fecha para la celebración de otras varias, de hombres y de mujeres, en otros lugares, que tratasen de socorrer a los pobres y otros asuntos de la iglesia, mirando de que todos los que profesaren la Verdad anduvieren según el glorioso evangelio de Dios. Cuando se terminó esta junta general, la separación fue triste para los Amigos, debido a que el poder glorioso del Señor, que era sobre todos, los había unido y entrelazado de tal modo que pasaron dos días despidiéndose unos de otros y de los Amigos de la isla; y luego, llenos a rebosar de la presencia y poder del Señor, se marcharon, con el corazón lleno de gozo, a sus casas respectivas, en las diferentes colonias donde vivían.

Luego que los Amigos se hubieron despedido unos de otros,

nosotros, los que estábamos de paso, nos dispusimos a acudir a nuestros correspondientes servicios, como el Señor nos lo había ordenado. Juan Burnyeat, Juan Cartwright, y Jorge Pattison se fueron hacia los lugares al Este de Nueva Inglaterra, en compañía de los Amigos que de allí provenían, para visitar las reuniones especiales; teniendo Juan Stubbs y Jaime Lancaster, la intención de seguirlos, al poco tiempo, con el mismo fin, pues aún sus tareas en la isla no se habían terminado. Roberto Widders y yo, permanecemos algún tiempo en la isla, hallando todavía algo que hacer, en servicio del Señor, debido a la gran receptividad del pueblo y la llegada diaria de nuevas gentes, durante algún tiempo, después de celebrada la junta general, que en barcos venían de otras colonias; por lo que aún celebramos grandes y útiles reuniones, por espacio de varios días.

Por aquel entonces, se celebró una boda entre los Amigos de la isla, a la que asistimos. Se efectuó en casa de un Amigo, que había sido gobernador de la isla, asistiendo tres jueces de paz y mucha otra gente; y, tanto ellos como los Amigos, dijeron que nunca habían visto, en tal ocasión, una asamblea tan solemne, un enlace tan sólido y un orden tan justo. Así, la Verdad fue elevada por encima de todos; y bien pudo esto servir de ejemplo, pues había allí gentes de muchos otros lugares.

Después de esto, pasé por un gran conflicto espiritual, por culpa de los Ranters, ya que había muchos por aquellos lugares; los cuales habían estado muy groseros en una reunión a la que yo no asistí. En vista de ello, los convoqué a otra reunión, convencido de que el Señor me daría poder sobre ellos, como así sucedió, para loor y gloria Suya; bendito sea Su nombre para siempre. Había en esta reunión muchos Amigos, y diversas gentes del mundo, algunas de las cuales eran jueces de paz y otros funcionarios; y todos quedaron, en general, muy conmovidos. Un juez, que ocupaba su cargo desde hacía veinte años, se convenció y habló en tonos encomiásticos de la Verdad, diciendo que no creía que pudiese existir hombre igual en el mundo.

Entonces, el día treinta del Cuarto mes, celebramos una reunión en Providence, que fue muy numerosa, asistiendo gentes de diversas clases y sectas. En esto se decidió, con gran fuerza en mi espíritu, que debía de conservarse la calma, para poner a la Verdad por encima de aquella gente, y pudiera así entrar

y afianzarse en ella; pues sus ideas elevadas los ponían por encima de los eclesiásticos y algunos habían venido con ánimos de disputar. Pero el Señor, a quien habíamos estado aguardando, estaba con nosotros, y Su poder se cernió sobre todos. Callaron los que gustaban de disputas y la reunión se celebró tranquilamente, terminando en bien. ¡Alabado sea el Señor! Salieron todos muy satisfechos, deseando otra reunión; y se celebró esta en un lugar, a unas treinta millas de Rhode Island, a donde fuimos por mar. El gobernador de Rhode Island y muchos otros fueron conmigo, y celebramos la reunión en un gran pajar que se llenó de gente a rebosar, por lo que, a causa del gran calor que hacía, empecé a sudar de tal manera que parecía que me hubiesen metido en el agua. Mas todo fue bien, brillando el poder del Señor sobre todos. ¡Gloria sea dada a Dios omnipotente!

Después de esto fuimos a Narrangaset, como a unas treinta millas de Rhode Island, viniendo el gobernador con nosotros. Y el día trece celebramos una reunión en casa de un juez, en cuya casa los Amigos nunca se habían reunido. Fue muy numerosa viniendo las gentes del campo, en su mayoría, y también gentes de Connecticut y otros lugares de por allí, de las que cuatro eran jueces de paz. Mucha de esta gente no había nunca oído a los Amigos y mucho les emocionó la reunión, quedando con gran deseo de seguir la senda de la Verdad, por lo que nuestra reunión fue muy buena obra. ¡Bendito sea el Señor eternamente! El juez, en cuya casa se celebró la reunión, y otros magistrados del país, me invitaron a que volviera, pero mi misión por aquellos lugares estaba ya terminada y yo dispuesto a marcharme a la isla de Shelter. Mas como antes de marcharme, llegaron, Juan Burnyeat y Juan Cartwright, que venían a Rhode Island desde Nueva Inglaterra, al mostrarles aquel lugar se sintieron inclinados a quedarse. En otro lugar, supe que algunos magistrados, hablando entre ellos, habían dicho que me ofrecerían un salario para que fuese su ministro, si tuvieren dinero suficiente para ello. Demostraron con esto que no nos habían comprendido, ni tampoco a nuestros principios, y, cuando lo supe dije, "Es ya tiempo de que me marche, porque si tanto se fijan en mí, o cualquiera de nosotros, no hallarán a su verdadero Maestro." Porque tal cosa (lo de asalariar ministros) había perjudicado a más de uno, impidiéndole que mejorase su talento natural, mientras que nuestra labor consiste



en que cada hombre encuentre en sí mismo, su propio Maestro.

De allí me fui a la isla de Shelter, llevando conmigo a Roberto Widders, a Jaime Lancaster, a Jorge Pattison y a Juan Jay, un colono de Barbados. Fuimos en balandro, y, pasando por la punta de Judith y la isla de Bloch, llegamos a la isla de Fisher, donde desembarcamos por la noche; pero no pudimos detenernos a causa de los mosquitos, muy abundantes en aquellos parajes y muy molestos, por lo que volviendo al balandro, nos alejamos de la costa y echando el ancla pasamos aquella noche en el balandro. Al día siguiente, fuimos al Sound,<sup>4</sup> pero como resultó que nuestro barco no era apropiado para surcar aquellas aguas, regresamos y anclamos de nuevo delante de la isla de Fisher, donde, todavía aquella noche permanecimos en el balandro. Llovió a torrentes y como nuestro balandro no estaba cubierto, nos mojamos muchísimo. Al día siguiente, pasamos por las aguas llamadas, "Las carreras de los dos caballos," y, después, a lo largo de la isla de Gardner, pasando luego ante la isla de Gull, hasta que, finalmente, llegamos a la isla de Shelter, que, si bien distante solamente veintisiete leguas de Rhode Island, por dificultades en la navegación tardamos tres días en llegar a ella.

Al día siguiente, que era el Primer día de la semana, celebramos una reunión, y, aquella misma semana, celebramos otra con los indios, a la que asistieron, el rey, su consejo, y un centenar de indios. Se sentaron como si fuesen Amigos, y cuando les hablé, por medio de un intérprete, un indio que hablaba bien el inglés, me escucharon con mucha atención. Después de la reunión, parecían estar muy conmovidos, y confesaron que era cierto cuanto les había dicho. El siguiente Primer día, celebramos una gran reunión en la isla, a la que acudió mucha gente del mundo, que hasta entonces no habían oído hablar a los Amigos. Quedaron muy satisfechos y, cuando se terminó, no quisieron marcharse hasta que hablaran conmigo; ante lo cual me mezclé con ellos y noté que la Verdad los había conmovido en gran manera, llenándose sus espíritus de buenos deseos y mucho amor. Establecí para ellos una reunión quincenal, y un Amigo, José Silvester,<sup>5</sup> les leía las Escrituras. Bendito sea el Señor; Su nombre se difunde y será enaltecido por las naciones y temido por los descreídos.

Mientras estábamos en la isla de Shelter, llegó Guillermo Edmonson, que había estado trabajando para la obra del Señor

en Virginia, de donde, pasando a través de desiertos, con muchas dificultades que lo pusieron a prueba, llegó a Roanoke, donde encontró gente piadosa. Después de siete semanas de labor en aquellas tierras, navegando hasta Maryland y de allí a Nueva York, llegó a Long Island, pasando después a la isla de Shelter, donde nos lo encontramos, alegrándonos mucho al oír de sus labios el relato de las buenas obras que había llevado a cabo, para el Señor, en los diferentes lugares y tierras que había visitado desde que se había separado de nosotros.

No nos demoramos mucho en la isla de Shelter, sino que volviendo a nuestro balandro nos hicimos a la mar hacia Long Island. Tuvimos muy mala travesía debido a que la marea fue tan fuerte, durante varias horas, que nunca viera nada parecido, y, estando en contra nuestra, apenas si podíamos movernos como si nos hallásemos ante una tempestad. Estuvimos en el mar todo aquel día y toda la noche, y al día siguiente nos encontramos con que, a la deriva, habíamos vuelto cerca de la isla de Fisher, a causa de que amaneció muy oscuro, haciendo una niebla tan espesa que no veíamos el camino que seguíamos; además, como llovió mucho durante la noche, nosotros, en nuestro balandro descubierto, quedamos calados. Al día siguiente se desencadenó una gran tempestad, por lo que, de muy buena gana, nos dirigimos al Sound, a donde llegamos después de muchas penalidades. Cuando dejamos la isla de Fisher, pasamos delante de la isla de Falkner, llegando al continente, donde estuvimos anclados hasta que pasó la tormenta. Después atravesamos el Sound, todos empapados, llegando a tierra con gran dificultad, por sernos el viento contrario. Mas, bendito sea el Señor, Dios de cielos y tierra, de mares y aguas, todo salió bien, llegando sanos y salvos a Oyster Bay, en Long Island, a unas doscientas millas de Rhode Island, el día siete del Sexto mes, muy temprano por la mañana; y en Oyster Bay celebramos una gran reunión. El mismo día, Jaime Lancaster y Cristóbal Holder fueron a Rye, en el continente, en tierras de la jurisdicción del gobernador Winthrop, y allí celebraron una reunión. De Oyster Bay, fuimos a Flushing, a unas treinta millas, donde celebramos una gran reunión, a la que asistieron muchos centenares de personas del mundo, viniendo algunos de lugares distantes hasta treinta millas. Fue aquella una reunión gloriosa y celestial. ¡Alabado sea el Señor Dios! quedando todos muy satisfechos. Mientras tanto, Cristóbal Holder y otros Amigos

fueron a Jamaica <sup>6</sup> y celebraron allí otra reunión. Pasando por Jamaica fuimos a Gravesend, a unas veinte millas, donde celebramos tres magníficas reuniones, a las que hubieran venido muchos, desde Nueva York, de no habérselo impedido el mal tiempo.

Concluida nuestra labor en aquel lugar, alquilamos un balandro y, con viento favorable, fuimos rumbo al Nuevo País, ahora llamado Nueva Jersey. Bajando a lo largo de la bahía, por Coney Island, Natton Island <sup>7</sup> y Staten Island, llegamos a casa de Ricardo Hartshorn, en el puerto natural de Middletown, al despuntar el día veintisiete del Sexto mes. Al día siguiente, cabalgamos treinta millas, atravesando bosques y pantanos peligrosos. Uno de los pantanos era peor que todos los otros, siendo el descenso tan abrupto que, de buena gana, dejamos a nuestros caballos que se deslizaran, dejándolos después que se tendieran y respirasen a su gusto. Este lugar, las gentes del campo lo llaman el Purgatorio. Camino adelante, llegamos a Shrewsbury, al Este de Jersey, y, el Primer día, celebramos una reunión preciosa a la que vinieron, de bastante lejos, Amigos y otras gentes, y la bendita presencia del Señor fue con nosotros. Aquella semana celebramos sendas reuniones, de hombres y de mujeres, en la mayor parte de este nuevo país, llamado Jersey. Se construyó una casa para celebrar las reuniones, en medio del país, celebrándose juntas generales y mensuales; lo que fue de gran utilidad, en aquellos parajes, para guardar el orden evangélico y el gobierno de Jesucristo (cuyo aumento no tiene fin), para que los fieles vean que todos los que profesan la Verdad santa, viven en la religión pura y andan como manda el evangelio.

Cuando estábamos en Porback, cerca de Shrewsbury, nos ocurrió un incidente que, en aquel momento, nos fue muy aleccionador. Juan Jay, un Amigo, colono rico de Barbados, que venía con nosotros desde Rhode Island y había decidido acompañarnos por los montes hasta Maryland, montó un caballo, para probarlo, cayó la bestia corriendo y despidiendo al jinete dio este de cabeza contra el suelo, desnucándose, según dijeron. Los que estaban a su lado lo dieron por muerto y acarreándolo por un buen trecho lo recostaron bajo un árbol. Me acerqué a él, así que pude, y, después de tocarlo, vi que estaba muerto. Estando de pie a su lado, sentí mucha lástima de él y de su numerosa familia y, cogiéndolo por el cabello

comprobé que su cabeza giraba en todas direcciones, tan laxo estaba su cuello. Entonces, tirando mi bastón y mis guantes, le cogí la cabeza con las dos manos y, apoyando mis rodillas contra el árbol, le levanté la cabeza viendo así que no había nada dislocado o roto. Le puse entonces una mano bajo el mentón y la otra detrás de la cabeza y tiré de ella, dos o tres veces, con todo mi fuerza, hasta volverla a su posición normal. Pronto noté que su cuello volvía a ponerse derecho y, entonces, comencé a carraspear y punto seguido a respirar. Quedaron las gentes admiradas; mas yo les rogué que tuvieran buen corazón y lo llevaran a la casa. Lo que así hicieron, aposentándolo cerca del fuego, y luego les pedí que le dieran de beber algo caliente y lo metieran en la cama. Al cabo de un rato de estar en la casa, empezó a hablar, sin comprender que le había sucedido. Al día siguiente, adelantamos (Juan Jay tan campante con nosotros) unas dieciséis millas para asistir a una reunión en Middletown, pasando por bosques y pantanos y cruzando un río, a nado los caballos y nosotros sobre un árbol. Acudió a esta reunión en Middletown, la mayor parte de los habitantes de la ciudad; siendo una gloriosa reunión en que la Verdad se cernió sobre todos; bendito sea el Señor para siempre.

Después del accidente que le acaeció, Juan Jay siguió acompañándonos por muchas millas.

Fuimos después al puerto de Middletown, a unas cinco millas, a fin de emprender a la mañana siguiente nuestro largo viaje, a través de los bosques hacia Maryland; habiendo alquilado con este objeto unos indios como guías. Determiné pasar por los bosques, al otro lado de la bahía Delaware, para evitar en lo posible, ríos y arroyos. El día nueve del Sexto mes. nos pusimos en marcha y, pasando por muchos poblados indios, atravesamos bosques y pantanos; y haciendo fuego, después de haber avanzado unas cuarenta millas, pasamos la noche a su vera. Donde quiera que nos encontráramos con indios, les declaráramos la Verdad del Señor. Al día siguiente, cabalgamos unas cincuenta millas, como habíamos calculado, y, llegada la noche, encontrando una casa vieja, cuyos moradores habían tenido que abandonarla a causa de los indios, encendimos fuego, pasando allí la noche, en la embocadura de la bahía Delaware. Al día siguiente, cruzamos un río, de una milla de ancho, en dos etapas; primero hasta una isla, llamada Dinidock de arriba, y de allí a tierra firme; habiendo alquilado

a unos indios para que nos transportaran en sus canoas y los caballos a nado. Aquel día, sólo pudimos avanzar unas treinta millas, llegando por la noche a casa de un sueco donde nos dieron un poco de paja y allí dormimos. Al día siguiente, habiendo alquilado otro guía, cabalgamos unas cuarenta millas, a través de los bosques, y, por la noche, encendimos un fuego cerca del cual nos tendimos y nos secamos, ya que a menudo nos mojábamos. Al día siguiente, cruzamos un río turbulento, lleno de rocas y piedras grandes, muy peligroso, para nosotros y nuestras monturas, llegando después al río Christiana, que nuestros caballos pasaron a nado, atravesándolo nosotros en canoa, y cuyas orillas eran tan malas y cenagosas que poco faltó para que algunos de los caballos no pudieran subir a tierra firme. De allí fuimos a Newcastle, antes New Amsterdam, y, como estábamos muy cansados, íbamos indagando por la ciudad, donde podríamos comprar maíz para nuestros caballos, cuando llegó el gobernador y me invitó a su casa, pidiéndome después que me alojase en ella, pues me dijo que había cama para mí y que era yo el bienvenido a su casa. De modo que me alojé allí, siendo los otros Amigos también bien atendidos. Fue esto el día Séptimo de la semana, y, habiendo ofrecido el gobernador su casa, al día siguiente, celebramos en ella una gran reunión, a la que asistió la mayor parte de la ciudad, incluyendo su jefe. Nunca se había celebrado una reunión en aquella ciudad, ni en muchas millas a la redonda; mas fue esta una preciosa reunión en la que casi todos, así hombres como mujeres, se conmovieron y confesaron en la Verdad, recibiendo algunos. ¡Bendito sea el Señor eternamente!

El día dieciséis del Séptimo mes, seguimos nuestra marcha y, aquel día, según pudimos calcular, avanzamos unas cincuenta millas, a través de bosques y por encima de pantanos, en dirección de los ríos Bohemia y Sasafrás. Por la noche, encendimos fuego en el bosque y allí nos tendimos, mas, poniéndose a llover, buscamos refugio bajo una tupida arboleda, secándonos al fuego. Al día siguiente, vadeamos el río Chester, de aguas muy anchas, y, después de atravesar unos malos terrenos pantanosos, nos tendimos aquella noche en el bosque, a la vera del fuego, no habiendo avanzado aquel día más de treinta millas. Al día siguiente forzamos la marcha y, a pesar de que encontramos en nuestro camino algunos pantanos que la entorpecieron, cabalgamos unas cincuenta millas, llegando aquella noche,

sanos y salvos aunque muy cansados, a casa de un Amigo, un tal Roberto Harwood, en el río Miles, en Maryland. Fue esto el día dieciocho y, aunque muy cansados y sucios, a causa de las ciénagas que habíamos atravesado en la jornada, al saber que al día siguiente se celebraba una reunión asistimos a ella; yendo luego a casa de Juan Edmundson, de donde, marchando tres o cuatro millas por el río, fuimos a otra reunión al siguiente Primer día. Estaba en ella la mujer de un juez, que nunca había asistido a ninguna de nuestras reuniones, la cual, conmovida, dijo después, "De mejor gana escucharía a este hombre una sola vez, que mil a los sacerdotes." Muchos otros quedaron también muy satisfechos, ya que el poder del Señor fue eminentemente con nosotros, ¡Bendito sea para siempre Su sagrado nombre!

Desde allí, avanzando como unas veintidós millas, celebramos una reunión en Kentish Shore, a la que un juez, que un Amigo había invitado, acudió y luego dijo que, "Iría a oír al Señor Fox, con el mismo interés que cualquiera de ellos," los que le habían invitado, "porque era hombre de sólida base." Luego, el día veintiséis del Séptimo mes, después de otra reunión, en casa de Enrique Wilcock, que vivía allí cerca, habiendo hecho una buena labor para el Señor, nos fuimos, por el río, como unas veinte millas, a una gran reunión a la que acudieron varios centenares de personas del mundo, cuatro jueces de paz, el alguacil mayor de Delaware, un emperador o gobernador indio y dos jefes. La noche antes tuve una buena oportunidad de hablar con estos indios, que escucharon la Verdad con atención mostrándose llenos de amor. Fue aquella una reunión magnífica y de gran eficacia, tanto para convencer como para afianzar en la Verdad a los ya convencidos. El emperador dijo que estaba firmemente convencido de que era yo un hombre sumamente honesto. ¡Bendito sea el Señor que hace que se difunda Su bendita Verdad!

Después de la reunión, una mujer, cuyo marido era juez en aquella parte del país, y miembro de la asamblea, se me acercó y me dijo que su marido estaba enfermo, con muy pocas esperanzas de salvarse, y que querría que fuese con ella a verlo. Estaba su casa a tres millas de distancia y, recién salido de la reunión, muy acalorado, me era muy penoso ir hasta allí; sin embargo, en vista del buen servicio que podía prestar, fui con ella a visitar a su marido, a quien hablé de lo que el Señor

me inspiró. El hombre quedó muy reconfortado y finalmente sanó, por el poder del Señor, acudiendo más tarde a nuestras reuniones.

Aquella noche, regresé junto a los Amigos, y, al día siguiente, partimos de allí volviendo a casa de Juan Edmundson, en Tredhaven Creek, a unas diecinueve o veinte millas, de donde, el día tres del Octavo mes, fuimos a la junta general de todos los Amigos de Maryland. Duró esta cinco días; en los tres primeros días, celebramos reuniones generales dedicadas al culto, a las que acudieron gentes de todas clases; los otros dos días se pasaron en las reuniones de hombres y de mujeres. Acudieron a las reuniones públicas muchos protestantes, de diversas sectas, y algunos papistas, entre los que había varios magistrados con sus mujeres y otras personas de alta categoría en el país. Acudieron tantas personas, además de los Amigos, que algunos eran de opinión de que asistieron hasta mil personas a una de estas reuniones; por lo que, si bien poco antes habían agrandado la casa donde se celebraban las reuniones, volviéndola a sus primitivas proporciones, a pesar de ello, no podía contener el gentío. Cada día, iba yo a las reuniones en un bote, navegando de cuatro a cinco millas por el río, y, eran tantas las embarcaciones que a aquella hora iban por el río, que casi parecía el Támesis. Dijeron las gentes que nunca se habían visto tantas embarcaciones, y un juez dijo que jamás viera tanta gente reunida en aquellos parajes. Fue aquella una reunión divina, en la que la presencia del Señor se manifestó gloriosamente, quedando los Amigos dulcemente reconfortados, y todos en general satisfechos, convenciéndose muchos. Dijeron que nunca les habían revelado las Escrituras de manera tan clara, porque, añadían, "las sabe al dedillo, como un hombre las leería de un libro abierto ante él." Después de que se concluyó la junta general, comenzaron las reuniones de hombres y de mujeres, que duraron los otros dos días, ya que tenía algo que decirles referente a la gloria de Dios, el orden del evangelio y el gobierno de Cristo. Cuando se terminaron las reuniones, nos despedimos de los Amigos, de por aquellos lugares, a los que dejamos bien afianzados en la Verdad.

El día diez del Octavo mes, partimos de allí y, yendo unas treinta millas por el río, pasamos las islas Crane y Swan, con tiempo pésimo y mucha lluvia, por lo que, no solamente nos mojamos muchísimo sino que también corrimos peligro de

naufragar; tanto así que mucha gente estuvo convencida de que por fuerza estábamos perdidos, hasta que, a la mañana siguiente, nos vieron llegar a la costa. Mas, bendito sea el Señor, todos estábamos muy bien. Llegamos a una casita, donde secamos nuestras ropas junto al fuego y reposamos un poco; y, volviendo después al bote, nos alejamos de tierra, unas veces a vela y otras remando, mas, haciendo también aquel día muy mal tiempo, no pudimos avanzar más de doce millas. Por la noche, bajamos a tierra y encendimos un fuego, cerca del cual se tendieron algunos, mientras que otros lo hicieron al lado de otro fuego, en una casa que estaba algo más lejos. A la mañana siguiente, día doce, atravesamos la bahía de Chesapeake, navegando aquel día unas cuarenta millas y, desembarcando por la noche, allí la pasamos, unos en el bote y los otros en una taberna. Al día siguiente, que era un Primer día, navegamos como cosa de unas seis a siete millas, hasta la casa de un Amigo, que era magistrado de paz, donde celebramos una reunión. Fue esto un poco más arriba de la embocadura de la gran Bahía. Hacía cuatro días que estábamos en el agua, cansados de tanto remar, mas, a pesar de ello, todo salió muy bien, ¡Bendito y alabado sea el Señor! Al día siguiente, fuimos a casa de otro Amigo, cerca de la punta de la isla de Hatton, donde hicimos buena labor, con Amigos y otras gentes, como también, al día siguiente, en casa de Jorge Wilson, un Amigo, que vivía cinco millas más lejos, donde celebramos una preciosa reunión de gente muy piadosa. Era este el lugar donde el sacerdote acostumbraba a predicar.

Después de esta reunión, navegamos unas diez millas, hasta la casa del juez de paz, Jaime Frizby, en la que, el día dieciséis, celebramos otra reunión, asistiendo, según se supuso, algunos centenares de personas, además de los Amigos, entre ellas varios jueces de paz, capitanes y el alguacil, junto con otras personas de significación en el mundo. Fue aquella una bendita y divina reunión, en la que, con fuerza atronadora se proclamó el testimonio de la Verdad; y la gente, llena de sentimientos piadosos, dio pruebas de gran emoción. Esperamos, después de la reunión, hasta las once de la noche, a que la marea fuese a nuestro favor, después de lo cual, volviendo al bote, recorrimos, aquella noche y el día siguiente, como unas cincuenta millas, hasta llegar a la casa de otro Amigo. En los dos días siguientes emprendimos cortos viajes, visitando a



los Amigos, y, el día veinte, celebramos una gran reunión en un lugar llamado Severn; y aunque había allí una casa donde celebrar las reuniones, no era lo suficientemente grande para dar cabida a tanta gente. Asistieron a la reunión, diversos magistrados importantes y otras muchas gentes de consideración, que quedaron altamente satisfechas.

Dos días después, celebramos otra reunión con algunos que andaban desencaminados e hicimos una buena labor. Luego, después de pasar un día o dos visitando a los Amigos, pasamos a la costa oeste de la bahía de Chesapeake: y, el día veinticinco, celebramos una reunión, grande y magnífica, en casa de Guillermo Coale, a la que asistieron, el presidente de la asamblea y su mujer, un juez y varias otras personas de calidad. Al día siguiente, celebramos otra reunión, a unas seis o siete millas más lejos, donde vivía Abraham Birkead, en una casa de venta de tabacos, y allá acudieron muchos magistrados y gentes de clase elevada, convirtiéndose el presidente de la asamblea de aquel país. Bendita reunión fue aquella, ¡Alabado sea el Señor!

Seguimos viajando todo el siguiente día, y, al otro, que fue el día veintiocho, celebramos una larga y preciosa reunión, en casa de Pedro Shorp, en los Cliffs, a unas cuarenta o cincuenta millas del lugar donde celebramos la reunión anterior. Asistieron a esta reunión, que fue divina, muchos magistrados y gente de alto rango. Se convenció la mujer de un consejero del gobernador y su marido demostró gran simpatía por los Amigos, convenciéndose también un juez de Virginia, celebrándose desde entonces, reuniones en su casa. Asistieron también a la reunión algunos papistas, uno de los cuales, amenazó, antes de venir, que discutiría conmigo; pero cuando estuvo allí se conmovió y no hizo oposición alguna. ¡Bendito sea el Señor, la Verdad penetró en el corazón de las gentes, más de lo que puedan expresar las palabras, despidiendo en ellos dulce fragancia! Después de la reunión, fuimos, como a unas dieciocho millas de allí, a casa de Jaime Preston, un Amigo que vivía a orillas del río Patuxent y allá vino a vernos un rey indio, con su hermano, a quienes hablé, comprobando que comprendían de que les hablaba. Acabada nuestra labor en Maryland y habiendo decidido ir a Virginia, celebramos una reunión en Patuxent, el día cuatro del Noveno mes, para despedirnos

de los Amigos. Fue aquella una poderosa reunión a la que acudieron gentes de todas clases.

El día cinco, zarpamos para Virginia, llegando en tres días a un lugar llamado Nancemond, a unas doscientas millas de Maryland. No ocurrió en este viaje sino aquello a que ya estábamos acostumbrados, o sea, mal tiempo, lluvia y tempestades y tener que pasar la noche en el bosque, cerca del fuego. En Nancemond, donde vivía una Amiga, la viuda Wrigt, celebramos, al día siguiente una reunión de Amigos y otras gentes. Acudió a ella el coronel Dewes, con varios otros magistrados y oficiales, a quienes mucho impresionó la Verdad declarada. Después, nos dimos prisa para llegar a Carolina; sin embargo, celebramos varias reuniones por el camino, en las que hicimos buena labor, para servicio del Señor. Una, celebrada a unas cuatro millas de Nancemond, fue preciosa, estableciéndose juntas de hombres y de mujeres, para cuidar de los asuntos de la iglesia; y otra, también muy buena, la celebramos en Pagan Creek, en casa de Guillermo Yarrow; y acudieron tantas personas, que debiera de haberse celebrado al aire libre, ya que la casa no era lo bastante grande para dar cabida a aquel gentío. Grandes revelaciones se hicieron, y esparciéndose el sonido de la Verdad por todas partes, despedía dulce fragancia en los corazones de las gentes. ¡El Señor sea glorificado eternamente!

Después de esto, nuestra marcha hacia Carolina se hizo más difícil, por ser el camino cenagoso y lleno de hondos pantanos y lodazales, por lo que íbamos casi siempre mojados hasta la rodillas y teníamos que pasar la noche en el bosque, cerca del fuego, excepto en una ocasión en que la pasamos en una casa pobre donde descansamos cerca del fuego. La mujer de esta casa, poseía el sentimiento del Señor. La nueva de nuestro viaje había llegado hasta allá, atrayendo a esta casa a algunos que vivían más allá de Sommertown, en espera de vernos y oírnos (así resonaba el sonido de la Verdad en aquel desolado país), pero no nos encontraron. Al día siguiente, día veintuno del Noveno mes, habiendo forzado nuestra marcha, a través de bosques y pantanos, llegamos a Bonner's Creek, donde pasamos la noche cerca del fuego, sobre una estera que aquella mujer nos prestó.

Fue esta la primera casa que encontramos en Carolina; y allí dejamos nuestros caballos agotados por el viaje. Seguimos río abajo, en una canoa, hasta el río Macocomock,<sup>8</sup> llegando

a casa de Hugo Smith, donde gentes del mundo vinieron a vernos (en aquella región no había Amigos) acogiéndonos muchos con alegría. Entre otros, vino Nataniel Batts, que había sido gobernador de Roanoke, siendo conocido por el nombre de capitán Batts, el cual era antes hombre cruel y sin escrúpulos. Me preguntó por una mujer en Cumberland, de quien le habían dicho, según dijo, que habiendo estado largo tiempo enferma y desahuciada de los médicos, se había curado con nuestras oraciones y cuidados; y quería que le cerciorase de si ello había sido verdad. Le respondí que no nos envaneíamos de hacer tales cosas, pero que, muchas como esa, habían sido hechas por el poder de Cristo.

No lejos de allí, celebramos una reunión y las gentes que a ella asistieron se conmovieron ante la Verdad. ¡Bendito sea el Señor! Después, siguiendo el curso del río Maratick,<sup>9</sup> en una canoa, descendimos hasta la bahía de Coney-oak,<sup>10</sup> llegando a la casa de un capitán, que fue muy amable, prestándonos su embarcación, ya que salpicados por el agua nos habíamos mojado mucho en la canoa. Fuimos en esta embarcación a casa del gobernador, pero en algunos lugares el agua era tan poco profunda que, cargado como estaba, el bote no podía navegar, por lo que no tuvimos otro remedio que sacarnos los zapatos y las medias y vadear el río por un buen trecho. El gobernador y su mujer nos recibieron afablemente; mas estaba en su casa un doctor que quiso discutir con nosotros. Y, realmente, fue esto de gran utilidad, pues sus objeciones dieron lugar a que se aclarasen ante las gentes muchas cosas referentes a la luz y espíritu de Dios, que el doctor negaba que estuvieran en toda persona, afirmando que no lo estaban en los indios. Llamé entonces a un indio y le pregunté si era o no cierto que cuando mentía o agraviaba a alguien, no había algo en él que se lo reprobaba. Respondió que sí lo había, reprobándolo y haciendo que se avergonzase de sí mismo, cuando había hablado u obraba mal. De este modo también avergonzamos al doctor, delante del gobernador y de los demás, de tal modo, que el pobre hombre se despistó tanto que a lo último ya no reconocía las Escrituras. Nos quedamos aquella noche en casa del gobernador y, al día siguiente, muy cortésmente, él mismo nos acompañó, a través de los bosques, como a unas dos millas de camino, hasta un lugar donde había él enviado nuestra embarcación. Después de despedirnos, entramos en la barca y navegamos

aquel día como unas treinta millas, hasta la casa de un tal José Scott, diputado por aquel país. Celebramos allí una reunión preciosa y eficaz; pues era aquella gente muy piadosa, sintiendo grandes deseos de asistir a las reuniones, por lo que, celebramos otra reunión, en una casa cuatro millas más lejos, a la que asistió el secretario del gobernador, que era el primer secretario de la provincia; el cual se había ya convertido anteriormente.

De este lugar, me fui a ver a los indios, a los que hablé por medio de un intérprete, enseñándoles que Dios creó todas las cosas en seis días y que había creado una mujer solamente para cada hombre; y que Dios había sepultado el inundo antiguo a causa de su maldad. Les hablé después de Cristo, enseñándoles que murió por los hombres, por causa de sus pecados, así como por otros, habiéndolos iluminado, así como a los otros, y, que si ellos hacían el mal, los quemaría vivos, pero que si no lo hacían no los quemaría. Estaba entre ellos, su joven rey y otros de sus notables, que parecían escuchar complacidos lo que les decía.

Habiendo visitado el Norte de Carolina y preparado allí el terreno para que la Verdad penetrase en las gentes, emprendimos nuestro viaje de regreso a Virginia, celebrando de camino varias reuniones, en las que hicimos buena labor para el Señor, mostrándose las gentes, en general, sensibles y comprensivas. ¡Bendito sea el Señor! Retrocedí después como unas dos millas, en barca y por tierra, para volver a la casa de donde había salido; y, el día primero del Décimo mes, descendimos cinco millas por el río, viéndome obligado, igual que los demás, a sacarme los zapatos y las medias para vadear el río, pues era el agua tan poco profunda que la embarcación no podía seguir. Y allí celebramos una grande y bendita reunión, después de la cual, en barca y por tierra, fui como unas cinco o seis millas, hasta casa de José Scott, donde pasamos un día dedicado a la limpieza y desembarazo de aquellos que se habían vuelto impuros. El día dos del Décimo mes, avanzamos como unas cinco millas en barca, y pasé toda la noche sobre una estera cerca del fuego. Pasamos una noche en casa del secretario, a la que tuvimos gran dificultad en llegar, porque, siendo el agua muy poco profunda, no podíamos llevar la barca a tierra; pero la mujer del secretario, viendo nuestro trance, vino, ella misma, en una canoa, pues su marido no estaba en casa en aquel mo-

mentó, y nos condujo a tierra. A la mañana siguiente encontramos nuestra barca hundida, mas la pusimos a flote, la reparamos y, con agua revuelta y viento alto, navegamos unas veinticuatro millas; manifestándose el gran poder del Señor, en llevarnos sanos y salvos en aquella embarcación destrozada. Dejamos la embarcación donde la habíamos tomado prestada y, tomando nuestra canoa, llegamos a casa del capitán Batts, pasando allí, los más de nosotros, la noche cerca del fuego. A nuestra vuelta, celebramos una reunión muy eficaz en casa de Hugo Smith. ¡Alabado sea el Señor eternamente! Era la gente muy piadosa e hicimos buena labor. Asistió a esta reunión un capitán indio, que dio pruebas de ser muy sensible y admitió que lo que se hablaba era la Verdad. Estuvo también presente un sacerdote indio, a quien ellos llaman Pawaw, que escuchó sentado con mucha compostura entre la gente. El día nueve del Décimo mes, volvimos a Bonner's Creek, donde habíamos dejado los caballos; después de haber pasado dieciocho días en el Norte de Carolina.

Con los caballos descansados, partimos de nuevo para Virginia, atravesando bosques y pantanos; adelantando tanto camino como podíamos, durante el día, y descansando por la noche cerca del fuego. Al día siguiente, hicimos una jornada fastidiosa, a través de bosques y pantanos, todo el día mojados y sucios, secándonos por la noche cerca del fuego. Aquella noche llegamos a Sommertown y, cuando estuvimos cerca de la casa, la mujer al vernos, dijo a su hijo que sujetase a los perros (tanto en Virginia como en Carolina tienen grandes perros para guardar las casas, viviendo como viven en bosques solitarios), mas el hijo le respondió que no necesitaba hacerlo, ya que sus perros nunca se metían con gentes como nosotros. Y entonces, cuando estuvimos dentro de la casa, nos dijo la mujer (delante de otras gentes) que éramos nosotros como los hijos de Israel, contra quienes los perros no movían sus lenguas. Nos echamos allí, cerca del fuego, con los vestidos puestos, como ya lo habíamos hecho antes más de una noche. Al día siguiente, antes de marcharnos, celebramos una reunión; ya que las gentes aquellas, habiendo oído hablar de nosotros, tenían grandes deseos de oírnos; y fue una excelente reunión, en aquel lugar, donde nunca se había celebrado ninguna hasta entonces. ¡Alabado sea el Señor eternamente! Después de la reunión, nos dimos prisa en marcharnos. Cuando habíamos cabalgado como

unas veinte millas, al pararnos en una casa para preguntar el camino, la gente que allí vivía quiso que pasáramos allí la noche, lo cual hicimos. Al día siguiente, llegamos a junta de los Amigos, después de haber recorrido como unas cien millas, desde Carolina a Virginia, habiendo observado gran variedad de climas y pasando en pocos días de un país muy frío a otro de clima tibio y primaveral. Mas el poder del Señor es el mismo en todos los climas, estando por encima de todos ellos y haciendo llegar lo bueno a todos ellos, ¡Alabado sea el Señor eternamente!

Pasamos unas tres semanas recorriendo Virginia, unas veces viendo solo a gente del mundo, aunque generalmente, viendo a Amigos y celebrando muchas y preciosas reuniones en varias partes del país; como por ejemplo, en casa de la viuda Wright, a donde acudieron muchos magistrados, oficiales y otras gentes de alto rango. Celebramos una, reunión la más grande y divina, en la que el poder del Señor fue tan grande, que infundió pavor en todas las asistentes, postergándolos y llenándose de unción la mente de todos. Entre los oficiales había un comandante, pariente del sacerdote, que me dijo que este había anunciado que vendría para combatirnos. Pero el poder del Señor era demasiado fuerte para él y lo contuvo, de modo que todo transcurrió tranquila y apaciblemente, quedando las gentes maravillosamente afectadas por el testimonio de la Verdad. ¡Bendito sea el Señor eternamente! En Crickatrough, celebramos otra buena reunión, a la que acudieron muchas gentes de consideración, muchas de las cuales nunca habían oído hablar a ningún Amigo. Hubieran venido muchas otras personas, incluyendo varios jueces con sus mujeres, mas lo impidió la lluvia. Con todo, la casa se llenó, estando allí presente la esposa de un juez, mujer muy piadosa. Después de esta reunión seguimos nuestro camino de regreso. El día dieciocho recorrimos unas veinte millas en barca, remando parte del día, contra viento y marea. Pasamos por Kiketon y por la noche llegamos al río Elizabeth, donde desembarcamos y llamamos en una casa donde nos alojamos aquella noche, unos cerca del fuego y otros en cama sin desvestirnos, y, hacia tanto frío, en aquella casa, que no pude entrar en calor. El día diecinueve cruzamos una rama, del río Elizabeth y, por la noche, celebramos una reunión buena y útil, en casa de Juan Porter, integrada, en su mayor parte, por gentes del mundo, que vieron

y sintieron gloriosamente el poder del Señor, elevando la Verdad por encima de todos los desencaminados y maldicientes. ¡Bendito sea el Señor! El día veintitrés, llegamos a casa de un Amigo, la última en Virginia, yendo dos Amigos a casa del juez para visitarlo; el cual se comportó muy piadosa y afablemente con los Amigos. Después de esto, continuamos nuestro regreso, por dos millas más, y, el día veinticuatro, remontamos el río Elizabeth unas doce millas, hasta la casa de un Amigo; y el día veinticinco navegamos seis millas, hasta la casa de otro, llamado Tomás Goade, donde cumplimos nuestro servicio; y el día veintiocho, recorrimos unas cuatro millas, celebrando una gran reunión.

Esta última semana la pasamos con los Amigos, eliminando lo que no debe de ser y aplastando al espíritu del mal.

Dijeron que, en este condado, el alguacil principal, tenía orden de prenderme pero, encontrándome con él por casualidad, me tendió la mano, estando muy cortés y afable. Fuimos unas seis millas, por tierra y en barco, recogiendo a los Amigos para ir a Maryland.

Habiendo concluido en Virginia la labor que nos estaba destinada, el día treinta del Décimo mes, desplegamos velas en dirección a Maryland, en un balandro descubierto; mas desencadenándose una gran tormenta y estando muy mojados, bien contentos estuvimos de poder desembarcar antes de la noche dirigiéndonos a una casa, en la punta de Willoughby, donde encontramos alojamiento por aquella noche. La mujer de la casa era viuda y persona muy piadosa, que nunca había recibido Amigos en su casa, mas esta vez lo hizo con gran afabilidad y lágrimas en los ojos. Por la mañana volvimos a nuestra embarcación, y, desplegando velas, seguimos adelante, yendo tan deprisa y tan lejos como pudimos; mas, al anochecer, desencadenándose otra vez una tempestad, mucho nos costó desembarcar y, siendo la nuestra una embarcación descubierta, entraba el agua a borbotones, quedando todos calados. Luego que hubimos desembarcado, encendimos una hoguera en el bosque para calentarnos y secarnos, pasando allí aquella noche; oyendo como los lobos aullaban en torno nuestro.

El día primero del undécimo mes, zarpamos de nuevo, mas, encontrando viento contrario, poco avanzamos, teniendo que desembarcar en Point Comfort, donde hallamos tan poco descanso, a causa del mucho frío, que, aunque encendimos un gran

fuego en el bosque, para acostarnos a su vera, el agua que teníamos para nuestro uso, continuaba helada incluso cerca de la lumbre. Al día siguiente, nos hicimos de nuevo a la mar, pero tan violento era el viento y nos era de tal manera contrario, que navegamos muy poco, encontrando un balandro que venía de Barbados, con cartas para mí del juez Fretwell; y estando el balandro en igual trance que nosotros, siendo el viento contrario, estuvimos muy contentos de poder desembarcar otra vez; y anduvimos por las cercanías buscando alguna casa donde poder procurarnos provisiones, pues nuestra despensa estaba agotada. Aquella noche, también la pasamos en el bosque; mas, el viento soplando alto y la nieve y la escarcha, hacía un frío tan intenso, que algunos apenas si podían resistirlo.

El día tres, haciendo viento favorable y más calmado, lo aprovechamos, navegando con la vela desplegada y también remando, hasta llegar aquella noche al puerto natural de Milford, donde pernoctamos en casa de Ricardo Long, cerca de la isla de Quince. Como hacía mucho frío me acosté vestido. Al día siguiente, pasamos por el río Rappahannock, donde vive mucha gente, celebrando los Amigos una reunión, en casa de un juez, que había anteriormente asistido a una reunión en la que también yo me encontraba. Atravesamos el río Potomac, en nuestro balandro descubierto, con viento fuerte, aguas muy turbulentas y frío muy intenso, y celebrando también por allí otra reunión, se convencieron varias personas del mundo, y, cuando nos marchamos, algunos de nuestros compañeros se quedaron con ellos. Fuimos con rumbo al río Patuxent, pasando yo la mayor parte del día y parte de la noche sentado en el timón. A eso de la una de la madrugada, llegamos a casa de Jaime Preston, en el río Patuxent, a unas doscientas millas de Nancemond, en Virginia. A pesar de que estábamos muy cansados, siendo el siguiente el Primer día de la semana, fuimos a una reunión, no lejos de allí; y aquella misma semana, fuimos a la cabaña de un rey indio, donde estaban varios otros indios, teniendo una buena ocasión de razonar con ellos, que fueron muy afables. Fuimos también, la misma semana, a una reunión general y, después, a casa de Juan Geary, unas dieciocho millas más lejos, donde celebramos una preciosa reunión. ¡Alabado sea el Señor Dios eternamente!

En esto, más tarde, empezó a hacer un frío tan intenso, con tanta nieve y hielo, mucho más de lo que acostumbraba a hacer



en aquel país, que apenas si podíamos resistir seguir allí por más tiempo. Por otro lado, tampoco era tarea fácil ni desprovista de peligros, andar por los montes, mas, con todo y ello, avanzamos, aunque con dificultad, seis millas por la nieve, hasta llegar a la casa de Juan Mayor, donde nos encontramos con algunos Amigos, llegados de Nueva Inglaterra, que dejamos allí cuando nos marchamos, y todos sentimos gran alegría de volvernos a ver después de tan largos y pesados viajes. Por estos Amigos supimos que, Guillermo Edmondson, después de haber estado en Rhode Island y Nueva Inglaterra, había regresado a Irlanda; que Salomón Eccles, había desembarcado en Boston, en Nueva Inglaterra, proveniente de Jamaica, y que allí lo habían detenido en una reunión, expulsándolo a Barbados; que Juan Stubbs y otro Amigo se habían ido a Nueva Jersey, y que varios otros Amigos habían ido a Barbados, Jamaica y a las islas de Leeword. Fue para nosotros, motivo de regocijo saber que el trabajo del Señor seguía su curso, prosperando, y que los Amigos eran diligentes e incansables en el cumplimiento de su labor.

El día veintisiete, celebramos una eficaz reunión, en una casa para venta de tabaco, volviendo al día siguiente a casa de Jaime Preston, distante unas dieciocho millas. Cuando llegamos, nos encontramos con que su casa, por descuido de una muchacha de servicio, se había quemado hasta los cimientos, la noche anterior; por lo que, por tres noches, tuvimos que dormir en el suelo, cerca del fuego, con todo y que el tiempo era muy frío. Habíamos dejado, en esta casa, nuestros baúles, ropas y otros utensilios, todo lo cual se había quemado, incluyendo mi gran baúl y el de Jaime Lancaster. Hicimos entonces una observación que, aunque parezca extraña, es absolutamente cierta, y fue que, un día, que hacía un frío intenso, cambió el viento, soplando del Sur, y tanto calor hizo que apenas si podíamos resistirlo, mientras que al día y la noche siguientes, volviendo el viento a soplar del Norte, apenas si podíamos resistir el frío.

El día dos del Duodécimo mes, celebramos una magnífica reunión en Patuxent y después volvimos a casa de Juan Geary, donde esperamos barco que nos llevase a la junta mensual de los Cliffs, la cual fue una reunión llena de vida. ¡Alabado sea el Señor! Se celebró esta el día seis, teniendo el día nueve

otra reunión, en que la gloria de Dios brilló sobre todos. ¡Bendito y ensalzado sea Su santo nombre eternamente!

Pensábamos ir a Anamessicks, para lo cual, el día doce, nos hicimos a la mar, en nuestra embarcación; mas, navegando de noche, como solíamos hacer, embarrancamos en un riachuelo cerca del río Manoke. No tuvimos más remedio que permanecer allí hasta la mañana en que, llegando la marea, desembarrancó la embarcación; pero, mientras tanto, sentados como estábamos en el barco descubierto y haciendo un frío muy intenso, se les pusieron a algunos las manos tan frías e insensibles que parecía como si hubieran perdido el uso de ellas. Por la mañana, cuando la marea nos puso otra vez a flote, desembarcarnos y encendimos un buen fuego cerca del cual nos calentamos. Después, volviendo a nuestra barca, avanzamos como unas diez millas hasta llegar a la casa de un Amigo, donde, al día siguiente, celebramos una magnífica reunión, a la que asistió la gente más importante del lugar. Me fui, después de esto, a la casa de otro Amigo, distante unas cuatro millas, donde nace el río Anamessicks, y allí llegaron, al día siguiente, el juez del lugar, y un magistrado, los cuales fueron muy afables, demostrando gran satisfacción por el orden que guardaban los Amigos. Al día siguiente, celebramos una gran reunión, en el pajar del juez, ya que la casa no podía alojar al gentío. Estaban allí varias de las personas más notables del país, y, entre los demás, uno que era contrario a nosotros; sin embargo, todo transcurrió apaciblemente, resultando una reunión muy eficaz y conmoviéndose las gentes en gran manera con la Verdad. ¡Bendito sea el Señor! Fuimos, al día siguiente, a ver al capitán Colburn, también juez, e hicimos allá buena labor; y después, volviéndonos otra vez, celebramos otra gloriosa reunión, en casa del mismo juez, donde antes nos habíamos reunido, a la que acudieron muchas personas de calidad en el mundo, magistrados, oficiales y otros. Fue la reunión muy numerosa, quedando todos, en general, muy satisfechos y conmovidos por la Verdad, y, estando allí varios mercaderes y capitanes de barco, de Nueva Inglaterra, mucho se difundió la Verdad. ¡Bendito sea el Señor!

Uno o dos días después recorrimos unas dieciséis millas a través de bosques y pantanos, dirigiéndonos hacia los ríos Anamessicks y Amoroca, recorriendo en canoa una parte de este último, hasta llegar a Manoke, a casa de una mujer simpá-

tizante, celebrando el día veinticuatro una gran reunión en un pajar. La presencia viviente del Señor fue con nosotros y con las gentes, ¡Bendito sea Su santo nombre eternamente! Los amigos de por aquellos lugares no habían celebrado antes reunión alguna. Después de esto, pasando por muchos caminos cenagosos y pantanos encharcados, atravesamos el río Wicomico, llegando a casa de Jaime Jones, Amigo y magistrado de la paz, donde celebramos una grande y gloriosa reunión. ¡Alabado sea el Señor Dios! Después, cruzando el río en un bote, montamos a caballo, cabalgando como unas veinticuatro millas, a través de bosques y de molestos pantanos, hasta llegar a casa de otro juez, donde celebramos otra gran reunión a la que acudió mucha gente del mundo, alguna de alto rango; y la presencia viviente del Señor fue con nosotros. ¡Alabado sea eternamente Su santo nombre! Fue esto el día tres del Primer mes de 1672-3, celebrando el día cinco otra reunión viviente y gloriosa, a la que asistieron varios jueces con sus mujeres, y mucha otra gente del mundo, de modo que hicimos muy buena labor para el Señor. ¡Bendito sea Su sagrado nombre! Asistió a esta reunión una mujer, que vivía en Anamessicks, que, durante muchos años, había padecido trastornos mentales, llegando a pasar, hasta dos meses seguidos, sentada domitando, sin apenas hablar a nadie ni pensar en nada. Cuando lo supe, me impelió el Señor a ir a verla para decirle que la salvación había llegado a su casa. Después que le hube hablado la palabra de Vida y hube intercedido con el Señor para conseguir su salud, se curó, yendo con nosotros a las reuniones, de un lado para otro; estando bien desde entonces. ¡Bendito sea el Señor!

Acabada nuestra misión, por aquellos lugares, el día siete nos fuimos de Anamessicks, y, recorriendo unas cincuenta millas en barco, llegamos a la casa de una mujer simpatizante, en el río Honga. Tuvimos muy mal tiempo durante el viaje, corriendo grandes peligros, pues poco faltó para que el bote no naufragase, perdiendo yo mi capa y mi sombrera, que después recuperamos con gran esfuerzo; si bien que, por la buena providencia de Dios, salimos de todo sanos y salvos. ¡Lorado sea Su nombre! Celebramos en aquel lugar una reunión, estando, entre la concurrencia, dos papistas, un hombre y una mujer; él dio pruebas de ser muy piadoso y ella se convenció de la Verdad. No fue esta reunión tan numerosa como lo

hubiera sido, de haber venido muchos que tenían intención de hacerlo; pero tan malo fue el tiempo y tan revuelto estaba el mar, a causa del fuerte viento, que no era prudente aventurarse. El único Amigo que, por entonces, estaba conmigo, era Roberto Widders, habiéndose dispersado los demás por varias partes del país, al servicio de la Verdad.

Así que el viento lo permitió, partimos de allí, y, remando la mayor parte del tiempo, recorrimos por mar unas cuarenta millas, hasta llegar a la embocadura del río Little Choptank, a casa del Dr. Winsmore, que era un juez convencido últimamente. Allí conocimos a varios Amigos con los que nos detuvimos un rato y, después, proseguimos, por mar y tierra, nuestro viaje, celebrando una gran reunión al aire libre, debido a que la casa donde estábamos no podía contener a tanta gente. Estuvieron presentes varios magistrados con sus mujeres, siendo aquella una excelente reunión. ¡Bendito sea el Señor que dio a conocer Su nombre por aquel país desolado! Volvimos de allí a casa de un Amigo, llamado Guillermo Stephens, donde encontramos a los Amigos que habían estado viajando por otros lugares, y, todos reunidos, nos sentimos muy reconfortados en el Señor, contándonos mutuamente el buen éxito que habíamos tenido, trabajando para el Señor; y como la Verdad se esparcía y prosperaba en los lugares que habíamos recorrido, Juan Cartwright y Juan Jay, habían estado en Virginia, donde la gente sentía grandes deseos de conocer la Verdad; y, estando ahora de regreso, se detuvieron un poco de tiempo con nosotros, siguiendo después su camino hacia Barbados. Antes de irnos de aquel lugar, celebramos una gloriosa reunión, a la que asistieron muchas personas del mundo, entre ellas, el juez de aquel país, tres magistrados y el alguacil principal, todos con sus mujeres. En cuanto a los indios, vino uno a quien llamaban su emperador y un rey indio con su primer jefe, permaneciendo todos sentados, prestando mucha atención, a lo que se decía, y comportándose con gran afabilidad. Fue aquella una reunión constructiva y edificante. Se celebró el día veintitrés del Primer mes.

El día veinticuatro, hicimos diez millas, por mar, llegando hasta el poblado indio, donde moraba el emperador, a quien había previamente anunciado mi llegada, pidiéndole que reuniera a sus reyes y consejeros en consejo. Por la mañana, vino el emperador en persona y me acompañó al poblado,

adonde todos habían acudido, estando allí el primer jefe y otros personajes, así como también la vieja emperatriz, que se sentó con ellos; y tengo que decir en su favor que, sentados todos muy graves y compuestos, me prestaron mucha más atención de lo que harían muchos llamados cristianos. Había ido yo con alguien que pudo traducirles lo que yo decía, celebrando una excelente reunión, que fue de gran utilidad, ya que a causa de ello, tuvieron a la Verdad y a los Amigos en gran estima. ¡Bendito sea el Señor!

Después de esto, celebramos varias reuniones en varios sitios de aquel país; una en casa de Guillermo Stephens, donde se celebraba una junta general todos los meses; otras en Tredhaven Creek, Wye, Reconow Creek y en casa de Tomás Taylor, en la isla de Kent. Muchas de estas reuniones fueron muy numerosas, asistiendo muchas personas, algunas de ellas de alta posición en el mundo. El poder del Señor y Su presencia viva, fueron con nosotros, manifestándose plenamente en las gentes, por lo que sus corazones se enternecieron, abriéndose para recibir la Verdad que despedía dulce fragancia; ¡Bendito sea el señor Dios eternamente! Muchos más hubiesen asistido a la reunión, pero la lluvia lo impidió. El día siete del Segundo mes, navegamos en bote, por un riachuelo, como cosa de una milla, hasta la casa de un Amigo; y el día ocho, atravesamos la bahía, pasando a la costa Oeste, hasta la casa de otro Amigo, a unas catorce millas, encontrándonos allí con varios Amigos. Mandé a buscar a Tomás Thurston para elevar la Verdad por encima de sus malas acciones y celebramos una reunión con él.

El día nueve recorrimos unas siete millas, para ver al presidente de la asamblea, que era juez de aquel país, y tenía vivos deseos de verme, estando, tanto él como su mujer muy afables. El día diez celebramos una reunión, llena de vida, en una escuela, a la que acudieron varias personas de importancia, entre ellas la mujer de un juez y la de uno de los miembros de la asamblea, las cuales estuvieron muy afables. El día once navegamos como unas treinta millas, descendiendo por la bahía hasta la casa de un Amigo en los Cliffs, y el día veinte celebramos una reunión en la sala de reuniones de Patuxent, a cosa de una milla de la casa de nuestro Amigo, en Creek, donde nos alojábamos.

Estuvimos esta semana muy ocupados escribiendo y contestando cartas; yendo el día veintisiete a una milla de allí,

para asistir a la reunión, sintiendo entre nosotros la divina presencia. El día veintiocho, atravesamos el riachuelo en una canoa, yendo luego a Leonard's Creek, a unas tres millas, para ver si encontraría un navio.

El día veintinueve descendimos por unas dos millas un riachuelo llamado Hopper y el día treinta tuve una muy útil conversación con un indio, que hablaba ingles, en presencia de su rey.

El día primero del Tercer mes, anduve una milla para ir a una cabaña india donde estaban reunidos el rey y su séquito, permaneciendo un rato con ellos. El día seis anduvimos diez millas, celebrando, por la noche una preciosa reunión en casa de Pedro Sharp, y el ocho vino un individuo del consejo del gobernador a la casa donde me alojaba y departí con él. Era un gran papista; muy cortés pero en tinieblas.

El día quince, llegó un juez de Potomak, en Virginia, que, siendo un hombre excelente, había sido amenazado y perseguido por un sacerdote y por otros; habiendo recorrido él y su criado cuarenta, millas a pié. Profesaba un gran amor por la Verdad.

El día diecisiete del Tercer mes, comenzó la junta general de la provincia, que duró cuatro días; El Primer día celebraron hombres y mujeres sus reuniones, en las que se habló de los asuntos económicos de la iglesia, revelándosele, para su edificación y seguridad, muchas cosas relacionadas con ello. Los otros tres días se pasaron en reuniones públicas para rendir culto a Dios, asistiendo a ellas diversas gentes de importancia considerable en el gobierno, así como muchas otras gentes del mundo, las cuales quedaron, en general, satisfechas; y muchas de ellas muy afectadas por la Verdad. Fue aquella una reunión admirable y gloriosa en la que la poderosa presencia del Señor se vio y sintió por encima de todos; ¡Bendito y alabado para siempre sea Su sagrado nombre, que da dominio sobre todos!

Habiendo así recorrido la mayor parte de este país, visitando la mayoría de plantaciones y hecho muy buena labor para el Señor, en América, despertando a las gentes donde quiera que fuimos, y proclamándoles el día de la Salvación en Dios, nos pareció que nuestros espíritus habían ya cumplido su misión en aquella parte del mundo, sintiéndonos arrastrados hacia la vieja Inglaterra. Con todo, sentimos que el Señor nos permitía quedarnos para asistir a la junta general de la provincia de

Maryland, para que así pudiésemos ver a todos los Amigos reunidos, antes de marcharnos.

Después de esta reunión, nos despedimos de los Amigos, separándonos con gran emoción, en cuanto a la vida celestial y el virtuoso poder del Señor, que se hizo sentir vivamente entre nosotros. Fuimos, por mar, al lugar donde teníamos que embarcar, junto con muchos Amigos que nos acompañaron hasta allí, quedándose aquella noche con nosotros. Era el navio el "Society" de Bristol. El veintiuno del Tercer mes, zarpamos para Inglaterra; y el mismo día, Ricardo Covell, a quien los holandeses habían privado de sus bienes, llegó abordo. Tuvimos mal tiempo y vientos contrarios, lo cual nos obligó a menudo a echar el ancla, de modo que no fue hasta el treinta y uno cuando pasamos los cabos de Virginia, y entramos en alta mar; pero después de esto navegamos con gran rapidez echando ancla el veintiocho del Cuarto mes en King's Road, que es el puerto de Bristol. Durante la travesía tuvimos tiempo tempestuoso y vientos muy fuertes que agitaban tanto el mar, que se levantaban olas como montañas, lo que admiró a pilotos y marineros, que decían no haber visto hasta entonces, nada semejante. Sin embargo, aunque el viento era fuerte, estaba generalmente a favor nuestro, por lo que corrimos prestos, empujados por él, y el gran Dios que gobierna los vientos, siendo Señor de cielos, tierra y mares; y cuyas maravillas se ven en lo profundo, aceleró nuestra travesía, guardándonos de muchos peligros inminentes. El gran Señor Dios de cielo y tierra, Creador de todos nosotros, nos llevó de Su fuerte mano, gran poder y sabiduría por entre muchos peligros y riesgos, por tierra y por mar; así como por entre los peligros de eclesiásticos engañosos y sin base que, aunque silenciosos, eran como las bravas olas del mar; y de peligros de lobos, osos, tigres y leones; y de peligros de serpientes de cascabel y otras criaturas venenosas de semejante naturaleza ponzoñosa; y de peligros en los grandes lodazales y pantanos y tierras desoladas, donde descansamos de noche cerca del fuego, y en las que sólo viven semejantes criaturas; y de los grandes peligros de los caníbales, en los bosques y desiertos del país de los indios; y de los grandes peligros que pasamos en los bosques de naturaleza salvaje, durante muchas noches, con frío, lluvias, hielo y nieve, sin peor consecuencia que a algunos de nuestros

compañeros se les pusieron las manos y los dedos insensibles, mientras que, en circunstancias semejantes, a muchas personas se les helaron y agangrenaron las narices y dedos de manos y pies. Yo, con mis propios ojos, he visto tales cosas.

La misma buena mano de la Providencia, que nos protegió y acompañó a nuestra ida, veló también por nosotros, trayéndonos de vuelta sanos y salvos. ¡Gracias y alabanzas sean dadas a Su santo nombre eternamente! Muchas y eficaces reuniones celebramos abordo durante este viaje (generalmente dos cada semana) en las que la bendita presencia del Señor nos reconfortó en gran manera e, irrumpiendo a menudo en nuestros corazones, mucho conmovió a los asistentes.

Cuando llegamos al puerto de Bristol, estaba allí anclado un navio de guerra y el jefe de reclutamiento vino a nuestro navio a requisar a algunos hombres de nuestra tripulación. Justamente, en aquel momento, celebrábamos una reunión en el barco con los marineros, antes de desembarcar, y este jefe de reclutamiento se sentó con nosotros, asistiendo a la reunión de la que se mostró muy satisfecho. Acabada la reunión, hablé con él, rogándole que dejase a dos de los cuatro hombres que había requisado en nuestro barco; uno de los cuales estaba lisiado y me dijo que asilo haría.

Desembarcamos aquella tarde y fuimos a Shirehampton, donde nos procuramos caballos; y, cabalgando, llegamos aquella noche a Bristol, el veintiocho del Cuarto mes, donde los Amigos nos recibieron con gran alegría. Por la noche escribí la siguiente carta a mi mujer para comunicarle mi desembarco.

Corazón querido: En este día hemos llegado a Bristol, al anochecer, surcando los mares; Gloria al Señor Dios, sobre todos, eternamente, que fue nuestro guía y dirigió nuestra travesía; que es Dios de toda la tierra, de los mares y vientos, que hizo de las nubes Sus carruajes, más de lo que las palabras pueden expresar; ¡Bendito sea Su bendito nombre eternamente! El cual está por encima de todos en Su gran poder y Sabiduría, Amén. Están conmigo Roberto Widders y Jaime Lancaster y estamos todos bien; Gloria al Señor para siempre, que nos ha guiado por entre muchos peligros; peligros en el mar y en las tempestades, peligros de piratas y bandoleros, peligros en las tierras salvajes y en medio de falsos eclesiásticos. Alabanzas para El, cuya gloria está por encima de todos. Amén. Por



lo tanto, penéttrate de la nueva vida y en ella, vivamos todos en Dios. Tengo la intención (si ello es la voluntad del Señor) de estar me todavía aquí, quizás hasta la feria. No más por ahora, sino mandar mi afecto a todos los Amigos.

J. F.

Bristol, el día veintiocho del Cuarto mes de 1673.

En lo que fue de mi regreso y la feria, mi mujer vino, del Norte, a Bristol, para verme, acompañada de sus dos hijas, Sara y Raquel Fell y de su yerno Tomás Lower. Así mismo, muchos Amigos, de diferentes partes del país, vinieron a la feria, celebrando, mientras duró esta, gloriosas y potentes reuniones, porque el poder y la vida del Señor eran sobre todos. En nuevas revelaciones, me sentí dirigido a hablar sobre "Los tres Estados y los tres Maestros," de la manera siguiente: "Dios fue el primer Maestro del hombre y la mujer en el paraíso, y, mientras estos se mantuvieron en Sus enseñanzas y las observaron, fueron a imagen y semejanza de Dios en rectitud y santidad, dominando todo lo que El había creado, en estado de bendición, en el Paraíso de Dios. Pero cuando prestaron oído a las falsas enseñanzas de la serpiente (que estaba fuera de la Verdad), desobedeciendo a Dios y obedeciendo a la serpiente, comiendo la fruta prohibida por Dios, dejaron de ser a imagen y semejanza de Dios, en rectitud y santidad, cayendo entonces bajo el poder de Satanás: y fueron expulsados del paraíso, pasando del estado de bendición al de maldición. Entonces el Señor prometió que la Semilla de la mujer aplastaría la cabeza de la serpiente, rompiendo su poder, que dominaba al hombre y a la mujer, y destruyendo su obra. De modo que he aquí tres Estados y tres Maestros.

"Dios fue el primer Maestro en el paraíso, y, el hombre, mientras observó Sus enseñanzas, fue feliz. La serpiente fue el segundo maestro y cuando el hombre observó sus enseñanzas, cayó en la miseria dejando de ser a imagen de Dios, en rectitud y santidad, y del poder que antes tenía sobre todo lo que Dios había creado, bajo el poder de la serpiente, sobre la cual antes él tenía poder. Jesucristo fue el tercer Maestro, del cual Dios dijera, "Este es mi Hijo amado, en el cual me complazco; oídle," y el que, en persona, dijo "Aprended de mí" Este es el verdadero Maestro del evangelio, que aplasta la cabeza de la serpiente,

el falso maestro, y la cabeza de todos los falsos maestros, de todas las falsas religiones, falsos caminos, falsos cultos y falsas iglesias. Ahora bien, Cristo que dijo, "Aprended de mí," y de quien el Padre dijera, "Oídle," ha dicho. "Yo soy el camino a Dios, yo soy la Verdad, yo soy la Vida y la verdadera Luz." De esta manera, el hombre y la mujer, ascienden, de nuevo, hacia Dios y son renovados a Su imagen, rectitud y santidad por Cristo; por lo que entran en el paraíso de Dios, el estado en que estaba el hombre antes de su caída, llegando a un estado todavía más alto que este, o sea, reclinados en Cristo, que nunca cayó. Por consiguiente, hay que escuchar al Hijo de Dios en todo, ya que El es el Salvador y Redentor, que entregó Su vida y compró su rebaño con Su preciosa sangre.

"Podemos desafiar al mundo entero. ¿Quién tiene algo que decir en contra de nuestra manera de vivir? ¿Quién en contra de nuestro Salvador? ¿Quién en contra de nuestro Redentor? ¿Quién en contra de nuestro Profeta, a quien Dios elevó para que podamos oírlo y a quien debemos de escuchar en todas las cosas? ¿Quién tiene algo que decir en contra de nuestro Pastor, Jesucristo, que nos guía y nos alimenta y de quien conocemos la Voz celestial? ¿Quién en contra de nuestro Obispo, en cuya boca nunca se halló mentira y que nos vigila en Sus pastos de vida para que no podamos descarriarnos de Dios, saliendo fuera de Su redil? ¿Quién tiene algo que decir en contra de nuestro Sacerdote, Jesucristo, más alto que los cielos, que nos da de gracia y nos manda que de gracia demos? ¿Quién tiene algo que decir en contra de Jesucristo, nuestro Guía y Consejero, que nunca pecó, sino que es Santo, y Dulce, apartado de los pecadores? Dios nos manda oírle, diciendo El, "Aprended de mí," y si desobedeciésemos los mandatos de Dios y de Cristo, seríamos como nuestro padre Adán y nuestra madre Eva, que desobedecieron los mandatos de Dios y escucharon las enseñanzas de la serpiente.

"El hombre nos manda, queriendo obligarnos a escuchar a los mercenarios que abogan por el pecado y la doctrina de muerte, que lleva a la tumba, lo cual sabe a enseñanzas del Diablo y no a enseñanzas de Cristo; mas hemos resuelto escuchar al Hijo, ya que tanto El, como el Padre, mandan, y, como lo atestiguan las Escrituras, escuchando al Hijo, escuchamos al Padre. Porque así dijo Pablo a los Hebreos; "Dios, habiendo hablado muchas veces y en muchas maneras en otro tiempo a

los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo." . . . Notad esto; Dios nos ha hablado (a Sus apóstoles, a Sus discípulos, a Su Iglesia) por Su Hijo, y, con todo y que algunos objetan que si bien Cristo, cuando Hombre, habló a Sus discípulos y a los judíos, no ha vuelto a hacerlo más después de la Resurrección y Ascensión; se les puede responder que, así como Dios habló por Su Hijo, cuando Hombre, así el Hijo, Jesucristo, habla ahora por Su Espíritu. Por consiguiente, así dice Juan en el Apocalipsis (cap 2 ver 7) "El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias." Y se dice que Cristo habla desde el cielo: "Mirad que no desechéis al que habla. Porque si aquellos no escaparon que desecharon al que hablaba en la tierra, mucho menos nosotros, si desecháramos al habla de los cielos." (Epístola a los Hebreos, cap 12, ver 25). Aquellos que se resistieron a la ley de Moisés, que habló en la tierra, murieron sin piedad, a causa de ello, mas fue de muerte carnal; pero los que lo desechan a Él, que habla desde el cielo, arriesgan y descuidan su propia salvación y mueren, por tanto, de muerte espiritual, por falta de fe y dureza de corazón. Y a esto se refiere la vieja exhortación; "Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación." (Epístola a los Hebreos, cap 3, ver 15, etc.). Así pues, los que descuiden o no presten oído a la voz de Cristo, que les habla ahora desde el cielo, en este, Su día evangélico, endurecen sus corazones.

"Por lo tanto, que a todos se les queden bien grabados estos tres Estados y tres Maestros. El Dios de la Verdad, fue el primer Maestro, cuando el hombre estaba en el paraíso, en el estado de la inocencia. La serpiente fue el segundo maestro, el falso maestro, que con sus falsas enseñanzas llegó a ser el dios del mundo de maldad. Jesucristo, que aplasta la cabeza de la serpiente, es el tercer Maestro, cuando dijo, "Aprended de mí"; y de quien Dios dijo, "Este es mi Hijo amado, en el cual me complazco; oídle." Y de quien los santos de antaño dieron testimonio, diciendo, "Dios, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo." Así pues, aquellos que vienen para ser otra vez renovados a la imagen divina y celestial, a cuya semejanza el hombre fue creado en el principio, conocerán al mismo Dios, que fue el primer Maestro de Adán y Eva en el paraíso, y que les hablará ahora por Su Hijo inmutable; ¡Gloria a Su nombre eternamente!

Muchas cosas profundas y preciosas fueron reveladas en esta reunión, por el Espíritu Eterno, que busca y revela los profundos designios de Dios.

Concluido que hube mi labor, para Dios, en esta ciudad, me fui para Gloucestershire y Wiltshire, donde celebramos también algunas benditas reuniones.

En Slaughterford, en Wiltshire, celebramos una excelente reunión, a pesar de que fuimos muy combatidos por algunos que se habían pronunciado en contra de las reuniones de mujeres; las cuales, por inspiración divina, había yo recomendado a los Amigos, para mayor ventaja y beneficio de la iglesia de Cristo, para que así las mujeres fieles, que habían sido atraídas a la creencia de la Verdad, participando de la misma preciosa fe y siendo herederas del mismo eterno evangelio de vida y salvación, al igual que los hombres, pudieran de modo semejante, poseer y practicar el orden evangélico y por él ser partícipes, con los hombres, en la restauración, el servicio de la Verdad y en los asuntos de la iglesia, como lo son en los asuntos temporales de la vida ordinaria. De este modo, toda la familia de Dios, así mujeres como hombres, pueden conocer, poseer, practicar y llevar a cabo sus deberes y ejercicios en la casa de Dios; pudiendo así socorrer y vigilar mejor a los pobres; instruir, informar y aleccionar a los jóvenes en la ley de Dios; reprender y amonestar a los descarriados y licenciosos volviéndolos al temor de Dios y vigilar más de cerca la pureza de intenciones de los que deseen contraer matrimonio, cuyas intenciones se han de indagar estrictamente en la sabiduría de Dios; y que así todos los miembros del cuerpo espiritual, la iglesia, se guarden y se ayuden unos a otros en amor.

A pesar de la oposición, la reunión fue muy buena y útil, puesto que dio ocasión a responder a las objeciones y sofismas de los que se oponían y a que se admitiera a las mujeres en la iglesia para que en ella laboren. Y así quedaron establecidas en este condado las reuniones de mujeres, en el bendito poder de Dios.

Después de lo cual, seguimos adelante visitando a los Amigos, hasta llegar a Kinston sobre el Támesis, donde me reuní con mi mujer y su hija Raquel. No me detuve mucho en Kingston sino que me fui a Londres, donde me encontré que Baptistas y Socinianos, junto con unos que hacia tiempo habían apostatado, andaban muy revueltos, habiendo publicado varios libros en

contra nuestra, por lo que sostuve una gran lucha, en el poder de Dios, antes de asistir a las reuniones de Londres. Pero, bendito sea el Señor, Su poder cayó sobre ellos aniquilando todas las pérdidas y escandalosas mentiras de sus libros.

Emprendí otros viajes a diversos lugares de Essex y Middlessex, para visitar a los Amigos en sus reuniones y a sus hijos en las escuelas, volviéndome a Londres enseguida. Después de laborar allá un tanto con los Amigos, me fui a Kingston, regresando después a Londres, adonde llegué con el espíritu contrito pues me habían dicho que muchos Amigos habían sido llevados ante los tribunales y varios encarcelados, en Londres y otras ciudades, porque tenían los aparadores de sus tiendas abiertos en días de fiesta y de ayuno y por oponerse a que se observasen tales días. Todo lo cual, los Amigos tenían que hacerlo, sabiendo que los verdaderos cristianos no observaban los días festivos de los judíos, en tiempos de los apóstoles, como tampoco podían observar los días festivos de los paganos y papistas, que han sido instituidos, junto con las llamadas festividades cristianas, desde los días de los apóstoles. Porque hemos sido redimidos de tales días por Jesucristo, el cual nos llevó a Su día, originado de lo alto, y debemos de volver a El, que es el Señor del Sábado judío así como de la esencia de los signos judíos.

#### NOTAS AL MARGEN

1. Este relato del viaje a América es una composición narrativa, de la que Jorge Fox no es el autor, aunque puesta en la primera persona.
2. Mientras duró la estancia de Jorge Fox en la isla, Juan Hull, fue su secretario.
3. Ahora río St. Michael.
4. Brazo de mar entre Long Island y el continente.
5. *Nataniel Silvester*, era el propietario de la isla de Shelter (isla del Refugio), de la cual hizo un refugio para los Amigos perseguidos.
6. Ciudad en Long Island.
7. Ahora Governor's Island.
8. Ahora río Chowan.
9. Ahora Roanoke.
10. Ahora bahía de Edenton.

## CAPÍTULO XXII

### **Encarcelamiento en Worcester y regreso a Swarthmoor 1673-1675**

Después de permanecer algún tiempo en Londres, me despedí de mis Amigos y, junto con mi mujer y su hija Raquel, fui al campo, a casa de Guillermo Penn, en Rackmansworth, donde, al día siguiente, llegó Tomás Lower, para acompañarnos en nuestro viaje hacia el Norte. Después de visitar a los Amigos de los alrededores, fuimos a casa de Bray D'Oyley, en Adderbury, en Oxfordshire, donde, el Primer día, celebramos una gran y preciosa reunión.

Por la noche, mientras cenábamos, sentí que me llevaban preso, mas no dije nada a nadie. Levantándonos al día siguiente, antes del amanecer, pasando por Worcestershire, fuimos a casa de Juan Halford, en Armscot, en la parroquia de Trevington, donde celebramos una nutrida y eficaz reunión, en el pajar, sintiendo entre nosotros la poderosa presencia de Dios. Después de la reunión, cuando ya se habían ido la mayor parte de los Amigos, y estaba yo sentado en el salón departiendo con varios Amigos que se habían quedado, se presentó en la casa un tal Enrique Parker, a quien llamaban juez, acompañado de un tal Rolando Hains, un eclesiástico de Honington, en Warwickshire. Este juez, se había enterado de la reunión, por medio de una mujer Amiga, nodriza de uno de sus hijos, la cual había pedido permiso a su ama para ir a la reunión a verme, y, habiendo ésta hablado de ello a su marido, éste, junto con el eclesiástico tramaron lo de venir a disolver la reunión y a prenderme. Sin embargo, como aquel mismo día bautizaron a su hijo, mucho se entretuvieron en la mesa, llegando cuando la reunión se había terminado y marchado la mayoría de Amigos. Pero, con todo y que no había reunión, cuando llegaron, como yo, la persona a quien buscaban, estaba allí, el susodicho Enrique Parker, me prendió y también a Tomás Lower, y aun que, de nada podía acusarnos, nos mandó a los

dos a la cárcel de Worcester; valiéndose de una extraña forma de auto de prisión, que sigue a continuación.

A los condestables de Trevington, en el condado llamado de Worcester, y a todos los condestables y colectores de diezmos de las varias ciudades y pueblos, en la dicha parroquia de Trevington y al guardián de la cárcel del condado de Worcester:

Habiéndome llegado quejas, como magistrado de la paz de Su Majestad, en el susodicho condado de Worcester, que soy, de que en la susodicha parroquia de Trevington, en el susodicho condado, se habían celebrado últimamente varias reuniones, a las que asistieron hasta cuatrocientas o más personas, bajo pretexto de llevar a cabo prácticas religiosas diferentes de las establecidas por las leyes de Inglaterra; y que de las muchas susodichas personas, algunas eran maestros, provenientes del Norte, y otras de remotos lugares del reino, lo que tiende a perjudicar a la religión establecida y reformada, pudiendo ser perjudicial para la paz pública; habiéndome enterado de que, en el día de la fecha, se celebraba una de las tales reuniones, de doscientas personas, en Armscot, en la susodicha parroquia de Trevington, y que, Jorge Fox, de Londres, y Tomas Lower, de la parroquia de Creed, en el condado de Cornwall, estarían presentes en la mencionada reunión, y que el susodicho Jorge Fox era el presidente u orador de la susodicha reunión y no estando claro a mi juicio, su lugar de permanencia o residencia; y siendo que los susodichos Jorge Fox y Tomás Lower se negaron a garantizar que comparecerían ante el tribunal en las próximas sesiones, que han de celebrarse en este condado, para responder a la acusación de infracción de las leyes comunes de Inglaterra, o de cualquier otro delito de que pudiera acusárseles, por consiguiente, en nombre de Su Majestad, se os ordena o se os requiere, a vos o a cualquiera de vosotros, el conducir las personas de Jorge Fox y Tomás Lower a la cárcel del susodicho condado de Worcester, para que en ella estén en seguridad hasta que, siguiendo el debido curso de la justicia, sean puestos en libertad; para lo cual os bastará la presente orden a este respecto. Fechado el día diecisiete de Diciembre del año 25 del reinado de Su Majestad, en Inglaterra etc. . . .

Enrique Parker

Hechos así prisioneros, y sin trazas de que nos pusieran en libertad hasta las sesiones trimestrales del tribunal, a lo más pronto, unos Amigos acompañaron a mi mujer y a su hija hasta el Norte; mientras a nosotros nos conducían a la cárcel de Worcester, desde donde, cuando me pareció que mi mujer habría ya llegado a su casa, le escribí la siguiente carta.

Corazón querido: Parecías algo apenada cuando yo hablaba de prisiones y cuando me prendieron; acata la voluntad del Señor Dios, porque, cuando estaba en casa de Juan Rous, en Kingston, tuve la visión de que me prendían y cuando estaba cenando en casa de Bray Doily, en Oxfordshire, vi que me prendían y que tendría que pasar por algunos sufrimientos. Mas el poder del Señor está sobre todos; ¡Bendito sea Su sagrado nombre eternamente!

J. F.

Desde mi encarcelamiento me había enterado de que mi madre, mujer anciana, que vivía en Leicestershire, tenía ardientes deseos de verme antes de morir; y cuando supo que me habían detenido, le atacó esto de tal manera al corazón que, de ello murió, según decía una carta que recibí del doctor de aquel lugar.

En verdad, la quería tanto como se quiere a una madre y cuando hube leído la carta en que me anunciaban su muerte, fui preso, de repente, de grandes congojas; y cuando mi espíritu hubo salido de todo ello, la vi en la resurrección, así como a mi padre carnal.

Cuando hacía ya algún tiempo que estábamos en la prisión, creímos conveniente exponer nuestro caso al Lord-teniente de Worcester, llamado Lord Windsor, así como a los tenientes diputados y a los otros magistrados.

Mas a pesar de la rogativa enviada, a Lord Windsor, no se nos puso en libertad; y si bien, Tomás Lower, recibió varias cartas de su hermano, el Dr. Lower, que era uno de los médicos del rey, concernientes a su libertad, y una que por su influencia obtuvo de Enrique Savile, que pertenecía al cuarto dormitorio del rey, dirigida a su hermano, el llamado Lord Windsor, para el mismo efecto; como sólo se referían a su libertad y no a la mía, tan grande era su amor por mí y la consideración que me tenía, que no quiso hacer uso de ellas guardándoselas sin enviarlas. De modo que presos continuamos hasta las siguientes



sesiones generales de cada trimestre, en cuya época, varios Amigos, que estaban en la ciudad, provenientes de diferentes lugares, hablaron a los magistrados de nosotros; los cuales les respondieron de muy buena manera, diciéndoles que seríamos absueltos. Muchos eran los magistrados a quienes parecía desagradar la severidad de procedimientos de Parker, en contra nuestra, y decían que sentían gran aversión por ponernos la trampa de obligarnos a prestar juramento. Algunos Amigos habían también hablado a Lord Windsor, que lo mismo parecía estar muy bien dispuesto; de modo que era opinión general, la de que seríamos absueltos. Supimos también que el Dr. Lower se había procurado una carta del coronel Sands, de Londres, dirigida a uno de los magistrados, abogando en favor nuestro. Al igual que algunos magistrados dijeron a los Amigos que nos hicieran saber que quisieran que no hablásemos mucho en la sala, por temor de que provocásemos a alguien del tribunal, y que decretarían nuestra absolución.

No nos llamaron hasta el último día de las sesiones, que fue el día veintiuno del Undécimo mes de 1673-4. Cuando entramos en la sala del tribunal, muy pálidos estaban los rostros de todos ellos y transcurrió algún tiempo antes de que nadie hablase; tanto así que un carnicero, que estaba en el público, gritó, "¡Qué! ¿Acaso tienen miedo? ¿Es qué los magistrados no se atreven a hablarles?" Finalmente, antes de que nos dirigieran la palabra, el magistrado Parker, pronunció un largo discurso desde el tribunal, diciendo más o menos lo ya mencionado en el auto de prisión; refiriéndose muchas veces a las leyes comunes, mas sin especificar cual era la que habíamos transgredido, añadiendo que había creído medida más suave, mandarnos a los dos a la prisión, que poner a sus vecinos en el caso de perder doscientas libras esterlinas, que era la pena obligada, de haber él puesto en ejecución la ley en contra de conventículos. Mas en esto daba pruebas de ser, o muy ignorante o muy embustero, porque no celebrándose reunión alguna, cuando él llegó, ni haber allí quien lo informase de tal cosa, no tenía evidencia para declararnos convictos de haber faltado a la ley, a nosotros o a sus vecinos.

Cuando Parker hubo terminado su discurso, los magistrados, se dirigieron a nosotros, empezando por Tomás Lower, a quien interrogaron sobre el motivo de su ida a aquella región; de lo cual, les dio él, una sencilla y completa explicación. De vez

en cuando, decía yo algo, mientras lo interrogaban; y entonces me dijeron que lo estaban interrogando a él, y que cuando me llegase mi turno, tendría absoluta libertad de hablar, puesto que no pensaban impedírmelo, sino que dispondría de todo el tiempo necesario, sin que pretendieran tendernos trampa alguna. Cuando terminaron con Tomás Lower, me pidieron que les hiciera un relato de mi viaje, lo cual hice, como anteriormente se menciona, pero más extensamente. Y debido a que el magistrado Parker, para agravar el caso, andaba armando gran ruido, diciendo que, en la casa donde me habían detenido, "había gentes de Londres, otros del Norte, algunos de Cornwall y también de Bristol"; les dije que, en cierto modo, eran todos una misma familia, porque de Londres era yo el único, del Norte no había allí nadie más que mi mujer y su hija, y, de Cornwall, solamente mi yerno, Tomás Lower; mientras que de Bristol, solo un Amigo, mercader de aquella ciudad, que nos encontró de manera providencial, para poder asistir a mi mujer y a su hija, en su viaje hacia su casa, cuando por razón de nuestro encarcelamiento, quedaron sin nuestra compañía y apoyo. Cuando hube terminado, el presidente, cuyo nombre era Simpson, antiguo Presbiteriano, me dijo, "Vuestro relato o explicación es muy inocente."

Entonces, él y Parker, cuchichearon unas palabras y, después, el presidente, poniéndose de pie, dijo, "Vos Sr. Fox, sois un hombre famoso y puede que todo lo que habéis dicho sea cierto; mas, para nuestra mayor satisfacción. ¿Queréis prestar los juramentos de Fidelidad y Supremacía?" Les dije entonces, que habían ellos dicho que no nos tenderían trampa alguna; y que era esto una trampa completa, porque ellos bien sabían que nosotros no podíamos prestar juramento alguno. Sin embargo, hicieron que se leyera la fórmula del juramento; y cuando terminaron les dije que jamás prestara un juramento en toda mi vida, pero que siempre me había comportado lealmente con el gobierno; habiendo sido encerrado en el calabozo de Derby, donde me tuvieron seis meses preso, por haberme negado a tomar las armas en contra del rey Carlos, en la batalla de Worcester, y que, por asistir a las reuniones, me habían sacado de Leicestershire para llevarme a presencia de Oliver Cromwell, acusado de conspirar por la venida del rey Carlos. Mientras estaba hablando, se pusieron a gritar, diciendo "Dadle el libro"; y dije yo, "El libro dice, 'No jurarás.'" Entonces

gritaron, "Carcelero, lleváoslo<sup>d</sup>; y, como yo aun continuaba hablando, le dieron gran prisa al carcelero, gritándole: "Lleváoslo o sino tendremos aquí una reunión, ¿Por qué no os lo lleváis? A este individuo (refiriéndose al carcelero) le gusta oírle predicar." Entonces el carcelero me llevó y, cuando me alejaba, levantando un brazo, les dije, "Que el Señor os perdone, a vosotros, que me encarceláis por obedecer la doctrina de Cristo." Así fue como no cumplieron su promesa, ante el país, pues habiendo prometido que me darían absoluta libertad de hablar, me la negaron; así como también habían prometido que no me tenderían trampa alguna y, con todo, querían hacernos prestar juramentos para que así cayésemos en la trampa.

Después de que me llevaron, retuvieron a Tomás Lower en la sala del tribunal y le dijeron que estaba en libertad. Ante esto, intentó razonar con ellos, preguntándoles por qué, siendo que nos habían prendido juntos y nuestro caso era el mismo, no me ponían a mí también en libertad. Mas le respondieron que no querían escucharle y le dijeron, "Idos a vuestros quehaceres pues, estando como estáis en libertad, nada más tenemos que deciros." Y esto fue todo lo que pudo conseguir que le dijeran; en vista de lo cual, después de levantarse la sesión, fue a hablar con los magistrados, en su cámara privada, para saber qué motivos tenían para detener a su padre por más tiempo, ya que a él lo habían puesto en libertad. Al oír lo cual, Simpson, lo amenazó diciéndole, "Si no estáis satisfecho, os haremos también prestar juramento y os mandaremos a donde está vuestro padre." A lo cual les replicó que podían hacerlo si lo juzgaban conveniente, pues tanto si lo mandaban como no, tenía la intención de ir, para cuidar de su padre en la cárcel, ya que era éste, en aquel momento, su quehacer en aquel país. Entonces, el juez Parker le dijo, "¿Creéis acaso, Sr. Lower, que no tuve motivo suficiente para mandaros, a vos y a vuestro padre, a la cárcel, cuando celebrasteis tan gran reunión, que el sacerdote de la parroquia se quejó de que había perdido la mayor parte de sus feligreses, de tal modo, que cuando va a verlos apenas si queda quien le escuche?" "He oído decir," le respondió Tomás Lower, "que el sacerdote de esa parroquia, va tan raramente a visitar a su rebaño (una o quizás dos veces al año, para cobrar sus diezmos) que no hizo otra cosa, mi padre, sino dar prueba de caridad yendo a visitar a un rebaño tan dejado y abandonado, y, por consiguiente, no

tienes tú motivo para mandarlo a la prisión por haber visitado a esas gentes y haberlas instruido y dirigido a Cristo, su verdadero Maestro; ya que poco sacaban de su pretendido pastor, que sólo hace acto de presencia para ir a buscar la 'ganancia de su distrito.'" Oyendo esto, soltaron la carcajada los jueces, porque, según parece, el Dr. Crowther, (el clérigo del cual se trataba) y a quien Tomás Lower no conocía, estaba en aquel momento en la habitación sentado entre ellos, teniendo la bastante discreción para estarse callado y no tratar de reivindicarse de una acusación que era tan notoria y estaba tan bien fundada. Cuando Tomás Lower se hubo marchado, tanto se mofaron los jueces del Dr. Crowther, que lo avergonzaron lastimosamente y se vio tan cogido que amenazó con acusar a Tomás Lower, ante el tribunal del Obispo, por difamación; y cuando esto llegó a oídos de Tomás Lower, le mandó este recado de que respondería a la acusación y de que podía comenzar cuando mejor le pareciese, pues citaría a la parroquia entera para que testificasen en contra suya. Esto enfrió al doctor. Con todo, algún tiempo después, vino a la cárcel, pretendiendo que quería discutir conmigo y hablar con Tomás Lower, de aquel asunto, y trajo consigo a otro sacerdote, gozando él en aquel entonces de una prebenda en Worcester.

Cuando entró y me preguntó que, por qué razón estaba en la cárcel, le respondí, "¿Acaso no lo sabes tú? ¿No estabas tú en el tribunal, cuando Simpson y Parker querían hacerme prestar juramento? ¿Y no tienes tú participación en todo ello?" Entonces me dijo, "El prestar juramento es lícito y no prohibió Cristo jurar ante un magistrado, sino jurar por el sol o cosas por el estilo." Le respondí que me lo probase con las Escrituras, lo cual no pudo, arguyendo después lo siguiente, citando a Pablo, "Todas las cosas me son lícitas" (1 Co. Cap 6, ver 12,) y añadiendo, "si todo era lícito para él, entonces también lo era jurar." "Con este argumento," le dije, "también podrías afirmar que la embriaguez, adulterio y toda clase de pecado y de maldad es tan lícita como el prestar juramento." "¿Por qué," preguntó el Dr. Crowther "sostenéis que el adulterio es ilícito?" "Sí," le respondí, "y lo afirmo," "Entonces, eso que decís contradice lo dicho por San Pablo," dijo él. Al oír esto, llamé a los presos y al carcelero para que oyesen la doctrina que el Dr. Crowther promulgaba, o sea, que embriagarse, jurar, adulterar y cosas semejantes eran lícitas. Dijo entonces, tomando una pluma,

que lo escribiría de su puño y letra; mas escribió una cosa diferente de la que había dicho y, volviéndose a Tomás Lower, le preguntó si respondería a lo que había allí escrito, asintiendo Tomás a ello. Hizo esto, porque cuando amenazó a Tomás con acusarlo ante el tribunal del Obispo, por hablar de él de un modo insultante, delante de los jueces, y Tomás le contestó que respondería la acusación y que podía comenzar cuando mejor le pareciese, pues citaría a sus feligreses para que testificasen en contra suya, se marchó muy irritado y refunfuñando mientras se iba. Pocos días después, Tomás Lower, le mandó la respuesta a lo que había escrito en el papel, que le había dejado, cuya respuesta le llevó un Amigo de Worcester; y cuando la hubo leído le dijo que contestaría, lo que nunca hizo a pesar de que, a menudo, le mandaba recado de que lo haría.

Poco después de las sesiones del tribunal, aproximándose el cumplimiento del término, el alguacil de Worcester recibió un *habeas corpus* para que me llevase a la barra del tribunal del rey; en vista de lo cual, habiendo el alguacil subalterno delegado sus funciones en Tomás Lower, para que me acompañase a Londres, salimos el día veintiocho del Undécimo mes, y llegamos a Londres, el día dos del Duodécimo mes, pasando por caminos cenagosos y encharcados. Al día siguiente, habiendo anunciado mi llegada, el alguacil me ordenó que compareciese ante el tribunal, lo que hice, compareciendo ante el juez Wild, que dio pruebas, así como sus abogados, de ser muy imparcial, dándome tiempo para hablar y para poder probar que era inocente; y así pude demostrarle lo injusto de mi encarcelamiento. Después de archivar el escrito del *habeas corpus* se me ordenó que compareciese de nuevo ante el tribunal, al día siguiente.

De acuerdo con la orden recibida, a la mañana siguiente, estuve paseándome por el vestíbulo hasta que el alguacil vino a buscarme (el cual tenía confianza en mí para dejarme ir a donde quisiera) y fuimos a la sala del tribunal del rey donde, como era temprano todavía, estuvimos sentados con los abogados, casi una hora, hasta que los jueces llegaron. Cuando entraron, me quitó el alguacil el sombrero y, al cabo de poco rato, me llamaron. La presencia del Señor estaba conmigo y sentí que Su poder estaba por encima de todos. Escuché, de pie, al procurador del rey, cuyo nombre era Jones, que verdaderamente habló de un modo notable a mi favor, al igual que otro letrado, que habló después; y los jueces, que eran tres,

estuvieron todos muy moderados sin dirigirme ninguna palabra de censura. Permanecí quieto, en el poder y espíritu del Señor, viendo como Él actuaba y la tierra ayudaba a la mujer. Cuando hubieron concluido, pedí permiso al magistrado mayor para hablar, el cual me fue concedido. Expliqué, entonces, la razón de nuestro viaje, la manera como nos habían detenido y acusado y el tiempo que duró nuestro encarcelamiento, hasta que llegó el día de las sesiones del tribunal; y les hice un breve resumen de nuestro proceso, repitiéndoles lo que entonces ofrecí a los jueces, como declaración de lo que me era dado hacer o firmar, en lugar de prestar los juramentos de Fidelidad y Su premacía. Cuando hube concluido, el magistrado Mayor, dijo que mi caso tenía que pasar al tribunal del rey, acabando sus funciones el alguacil de Worcester; y dijo también que estudiarían el caso con detenimiento y que si encontraban algún error en el registro o en los procedimientos de los magistrados me pondrían en libertad. Y, llamando a un alguacil de vara, para que me pusiera bajo custodia, éste me entregó al guardián del tribunal del rey; el cual me dejó ir a casa de un Amigo, donde me alojé, dándome cita para encontrarnos, el día siguiente, en casa de Eduardo Mann, en la calle de Bishopsgate.

Sin embargo, después de esto, o bien el juez Parker, o bien otro de mis adversarios, instigaron a la Audiencia para que me mandasen otra vez a Worcester. En virtud de lo cual, se señaló otro día, para otra vista, en la que cuatro abogados hablaron en contra mía. Jorge Stroude, otro abogado, tomó mi defensa y estaba hablando antes de que me introdujeran en la sala; mas fue derrotado, prevaleciendo el criterio, entre los jueces, de que se me devolviera al tribunal de Worcester, añadiendo, no obstante, que podía depositar una fianza en garantía de que comparecería ante el tribunal y que observara entre tanto buena conducta. Les dije que jamás en mi vida observara mala conducta y que, lo mismo sería que ellos, los cuatro jueces, me exigieran allí mismo que prestase juramento en lugar de mandarme a Worcester para que los jueces me tendiesen la trampa del juramento, a mí, que no he jurado en mi vida, para así después poder condenarme. Y añadí les que si yo no cumplía mi Sí o mi No, estaba conforme en sufrir la misma pena que deben de sufrir los que no cumplen sus juramentos. Este cambio, en la actitud de los jueces, respecto a mi caso, obedeció a que, como se supuso, el juez Parker, mi adversario, había

dado alguna información falsa en contra mía; pues en el tiempo que transcurrió desde mi primera vista a la de ahora, había difundido una historia falsa y tendenciosa, de que cuando me detuvieron estaban conmigo muchas personas de importancia, procedentes de diversas partes de la nación, y que estábamos conspirando o teníamos ya algún designio entre manos; y que Tomás Lower había estado conmigo en la cárcel, mucho tiempo, después de haber sido puesto en libertad para llevar a cabo tal designio. Tanto se habló de todo esto en el parlamento, que, si no me hubieran trasladado a Londres, cuando se hizo, me hubieran detenido en Worcester; y Tomás hubiera sido acusado otra vez, junto conmigo. Pero, aunque para vergüenza de Parker, se demostró muy fácilmente la falsedad de tales acusaciones, con todo, no quisieron los jueces modificar su última sentencia, mandándome de nuevo a la cárcel de Worcester; concediéndome el solo favor de que podía escoger mi camino e ir cuando gustase, con tal de que estuviese allí, sin falta, para las sesiones del tribunal, que empezarán el día dos del Segundo mes siguiente.

Así pues, permanecí en Londres, yendo por sus alrededores, hasta fines del Primer mes de 1674, y, por aquellos días, emprendí mi viaje con toda calma (pues me era imposible hacer un viaje tan duro con prisas), llegando a Worcester el último día del Primer mes, el día antes de la llegada de los jueces a la ciudad. El día dos del Segundo mes, de la cárcel, me llevaron a una posada, cerca de donde se reunía el tribunal, para que estuviese listo en el caso de que me llamasen. Mas, no llamándome aquel día, por la noche, vino el carcelero y me dijo que podía irme a casa (refiriéndose a la cárcel) y entonces fuimos, Gerardo Roberts, de Londres, que estaba conmigo, y yo, andando hasta la cárcel, sin guardia alguna. Al día siguiente, me volvieron a llevar al mismo sitio, poniéndome de guardián a un muchachito de once años. En esto, llegué a enterarme de que el juez Parker y el secretario del tribunal habían dado órdenes de que no se me incluyera en la lista de los casos para juzgar, para evitar así que compareciese ante el juez. En vista de esto, conseguí que el hijo del juez hiciese pasos para que me llamasen, como efectivamente así lo hicieron y me llevaron a la barra ante el juez Turner, mi antiguo enemigo, que ya una vez en Lancaster quiso obligarme a prestar juramento y luego me condenó.

Luego que se hizo silencio, me preguntó qué era lo que deseaba; respondiéndole yo, "Que, haciéndose justicia, se me ponga en libertad." Me dijo entonces que ello dependía de que prestara o no juramento, y me preguntó si quería prestarlo. Quería yo que él se enterase del modo como me habían detenido y acusado, y, viendo que guardaba silencio, le hice un largo relato de todo ello, explicándole también que, durante mi encarcelamiento, había llegado a mi conocimiento que mi madre, mujer anciana y piadosa, que tenía grandes deseos de verme, antes de morir, al saber que me habían detenido y encarcelado, mientras iba de viaje, de modo que no había probabilidad de que pudiera ir a verla, sufrió tal conmoción que murió poco después; lo cual había sido muy doloroso para mí. Cuando terminé de hablar, me preguntó de nuevo si quería prestar juramento; y le respondí que ello era en contra de mi conciencia y que estaba seguro de que, él y todos los demás, estaban en conciencia bien convencidos de que era para mi un caso de conciencia el no prestar juramento, bajo ningún concepto. Declaré, ante todos ellos, lo que sí podía asegurar, y también firmar, reconociendo los derechos del rey para con el gobierno y negando al papa y sus pretendidos poderes, así como a todos los conspiradores, complotes y conspiraciones contra el gobierno; y eran algunos de opinión de que el juez se inclinaba a ponerme en libertad, porque, bien veía que, en justicia, nada tenían en contra mía, pero, Parker, que me había acusado, se esforzó en indisponerlo conmigo, diciéndole que era yo el jefe de una conspiración; que muchos en la nación me seguían y que no sabía él hasta qué extremo podría llegar la cosa. Todo esto con muchas más palabras llenas de envidia, que oyeron los que estaban cerca de él, mientras hablaba; los cuales también notaron que el juez no le respondió. Sin embargo, el juez, deseoso de desentenderse del asunto, refirió mi caso de nuevo a las sesiones ordinarias, rogando a los magistrados que lo terminasen pronto y que no perturbasen más al tribunal con mi persona. Ante lo cual resultó que iba a continuar preso, debido, sobre todo, a juzgar por las apariencias, a las malas artes del juez Parker, el cual, en este caso, dio pruebas de ser tan falso como envidioso; pues habiendo prometido que se esforzaría en que me pusieran en libertad, era, con todo, el peor enemigo que tenía en el tribunal, como algunos, también del tribunal, observaron y comentaron. Otros jueces, se comportaron muy



afablemente, prometiéndome que, para que pudiera cuidar de mi salud, gozaría de libertad para alojarme, en la ciudad, en casa de algún Amigo hasta que llegara el día de las sesiones del tribunal; lo cual cumplieron, mostrándose las gentes muy corteses y respetuosas conmigo.

Entre tanto, hasta que empezaron las sesiones, trabajé para el Señor con varias personas que vinieron a visitarme. Una vez, tres sacerdotes, no-conformistas, y dos abogados, vinieron a departir conmigo, intentando probar, uno de los sacerdotes, que las Escrituras eran la sola norma de vida. Sobre que, después de haberlo vencido, en lo que a las pruebas se refería, se me presentó una buena ocasión para explicarles el uso, debido y adecuado, servicio y excelencia de las Escrituras, así como para demostrar que, el Espíritu de Dios, que todos los hombres han recibido para que se beneficien de él, la gracia de Dios, que da la salvación y que vino a todos los hombres, para enseñarles la obediencia y a apartarse de la concupiscencia mundana y profana, para vivir sobria y rectamente en Dios, en este mundo, es la regla más propia, adecuada y universal, que Dios ha dado a la humanidad, para dictar leyes con las que dirigir, gobernar y ordenar sus vidas.

En otra ocasión, vino un sacerdote episcopal, acompañado de varias otras personas, el cual me preguntó si había yo conseguido la perfección; y le respondí que lo que era lo era por la gracia de Dios. Dijo el sacerdote que era esta respuesta muy modesta y cortés, y, esgrimiendo las palabras de Juan, "Si dijéremos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y no hay verdad en nosotros." (1 de San Juan, cap 1, ver 8), me preguntó que tenía que decir a esto. Y le respondí, citando al mismo apóstol, "Si dijéremos que no hemos pecado, lo hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros." (1 de San Juan, cap 1, ver 10) La palabra de Él, que vino a destruir el mal y a apartarnos del pecado. De modo que hay un momento para que las gentes vean que han pecado, un momento para que vean en qué han pecado y un momento para que confiesen su pecado y se aparten de él, para conocer, "la sangre de Cristo que limpia de todo pecado." Y luego se le preguntó al sacerdote si Adán no era perfecto, antes de su caída, y si todas las obras de Dios no eran perfectas. Respondió a esto, el sacerdote, que pudo haber una perfección, como la de Adán, y también una caída de tal perfección; y entonces le

dije, "Hay una perfección, en Cristo, más alta que la de Adán y por encima de toda caída; y la misión, de los ministros de Cristo, es la de hacer perfectos a los hombres, en Cristo, para lo cual gozan de un don que viene de Cristo; por consiguiente, aquellos que nieguen la perfección, niegan la misión del ministerio, así como los dones que Cristo dio para el perfeccionamiento de los Santos." A esto, respondió el sacerdote, "Siempre debemos de intentarlo." Y le dije, que era un triste y desgraciado intento, el de intentar lo que sabemos que no podemos alcanzar. Y le dije también que Pablo, que clamó en su cuerpo de muerte, "Dio las gracias a Dios, que le dio la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo," De modo que hubo un momento en que se clamaba con ansia de victoria y otro en que se alababa a Dios, por la victoria conseguida; y dijo Pablo, "No hay condenación para los que están en Jesucristo." El sacerdote replicó, "Job no fue perfecto," y yo le respondí, "Dios dijo que Job era un hombre perfecto, que se apartó del pecado, y el Diablo se vio obligado a confesar que Dios había dispuesto una barrera a su alrededor, que no era barrera tangible, sino el poder celestial invisible." Añadió el sacerdote que Job había dicho, "Y notó necedad en sus ángeles y ni los cielos son limpios delante de sus ojos." A lo cual, le respondí, que estaba en un error, ya que no había sido Job sino Elifaz, el que lo dijera discutiendo con Job, "Bien," dijo el sacerdote, "pero, ¿Qué decís a este pasaje de las Escrituras, 'El hombre más justo que existe, peca siete veces al día?'" "Digo," le respondí, "simplemente, que no existe tal pasaje en las Escrituras." Y con esto se calló el sacerdote. Muchas ocasiones tuve, hasta el día en que comenzaron las sesiones del tribunal, como esta, para hacer servicios para el Señor con varias clases de personas.

Empezaron las sesiones trimestrales del tribunal, el día veintinueve del Segundo mes, y me llamaron a comparecer ante los jueces. Era el presidente, el juez Street, que era el juez que hacía el recorrido judicial por el país de Gales.

Leída la acusación, me preguntó el juez si era culpable; a lo que respondí, "No, porque todo no es más que una sarta de mentiras," lo cual, demostré y probé al juez, dándole varios ejemplos; y le pregunté si no sentía él, en su conciencia, que todo no eran más que mentiras. El juez me dijo, "Es en la forma"; y le respondí, "Esta no es la verdadera forma." Me preguntó de nuevo el juez si era culpable y le respondí que

no; que no era culpable, ni en la forma ni en el fondo, porque yo estaba en contra del papa y de su iglesia, como abiertamente admitía con la mano extendida. Entonces, el juez, dijo al jurado que era lo que tenían que decir, lo que tenían que hacer y lo que tenían que escribir al dorso de la acusación; y como lo dijo así lo hicieron. Pero antes de que dieran el veredicto, les dije que, si no podía prestar juramento, era por la causa de Cristo y por obedecer sus mandamientos y los de los apóstoles y, "por consiguiente," añadí, "andad con mucho cuidado en lo que vais a hacer, porque todos tenéis que comparecer ante el trono de Su justicia." Al oír esto, el juez, dijo, "Esto es beatería." A lo cual respondí, "Si hacer acto de fe, en Nuestro Señor y Salvador, y obedecer su mandato es calificado de beatería, por un juez de un tribunal, de poco servirá que añada ni una palabra más, y, con todo, veréis como soy cristiano y como demostraré mi cristianismo, probándose mi inocencia." Me condujo el carcelero fuera de la sala, sintiéndose la gente tan emocionada que parecía que hubiesen asistido a una reunión. Poco después, me hicieron entrar de nuevo y el jurado decidió que era justa la acusación, a lo que me opuse; y luego, me pidieron que depositase una fianza hasta las siguientes sesiones del tribunal y el hijo del carcelero se ofreció en rehenes por mí; mas yo lo detuve así como aconsejé a los Amigos que no se mezclasen en el asunto, ya que, les dije, se trataba de una trampa; y, con todo, dije a los jueces que podía prometer que comparecería, si el Señor me daba fuerza y salud, y si me sentía libre de hacerlo. Algunos magistrados dieron pruebas de ser benévolos y hubiesen querido evitar que los otros mantuviesen la acusación o insistiesen en hacerme prestar juramento; pero el juez Street, que era el presidente del tribunal, dijo que la ley tenía que seguir su curso, por lo que me mandaron, otra vez, a la cárcel. Sin embargo, dos horas después, y, debido al espíritu moderador de algunos de los jueces, me pusieron en completa libertad hasta las siguientes sesiones trimestrales del tribunal. Se dijo que, esos jueces moderados, deseaban que el juez Parker escribiese al rey, pidiéndole mi libertad o un *noli prosequi* (como ellos lo llamaban) porque estaban convencidos de que no era yo un personaje tan peligroso como me pintaban. Se dijo también que así lo prometió Parker, mas no lo hizo.

Después de haber obtenido una copia de la acusación me fui a Londres, visitando a los Amigos por el camino. Cuando llegué,

me encontré con que algunos personas ansiosas de sacarme de las manos de aquellos jueces envidiosos, que querían incapacitarme en Worcester, insistieron tenazmente para que compareciese ante los jueces del tribunal del rey; y, por un *habeas corpus*, comparecí otra vez ante ellos. Les tendí un papel que contenía lo que yo podía decir, en lugar de los juramentos de Fidelidad y Supremacía, redactado como sigue:

Esto hago en verdad y en presencia de Dios declaro que el rey Carlos Segundo es rey legítimo de este reino y de todos sus otros dominios; a quien trajeron y erigieron rey de este reino, por el poder de Dios, y no profeso yo, hacia él y todos sus súbditos, sino afecto y buena voluntad, deseando su prosperidad y su eterno bien.

Repudio en absoluto y niego el poder y supremacía del papa y todas sus invenciones supersticiosas e idólatras, afirmando que no tiene poder para absolver de pecado. Repudio y desto sus crímenes perpetrados en príncipes u otras gentes, por medio de conspiraciones y maquinaciones, e igualmente combato todas las conspiraciones y maquinaciones y todos los conspiradores y autores de maquinaciones, en contra del rey y de sus súbditos, sabiendo que son ellos, productos de tinieblas, frutos de un espíritu maligno, en contra de la paz del reino, y, no del espíritu de Dios, cuyo fruto es el amor. No puedo prestar juramento, por haberlo prohibido Cristo y el apóstol, mas, si dejo de cumplir mi Sí y mi No, que sufra la misma pena que aquellos que no cumplen sus juramentos.

Jorge Fox.

Sin embargo, como el asunto se había tramitado hasta entonces en Worcester, no quisieron mezclarse en ello, dejándome que compareciese otra vez ante los magistrados, cuando se celebraron las siguientes sesiones trimestrales del tribunal.

Mientras tanto, llegó la Junta Anual de los Amigos, a la que asistí, en virtud de la libertad que me concedieron hasta que se celebrasen las sesiones; y resultaron las reuniones extraordinariamente gloriosas, más de lo que las palabras pueden expresar; ¡Bendito sea el Señor!

Después de la Junta Anual, me puse en marcha, para Worcester, por estar ya cerca el día en que se celebrarían las sesiones del tribunal, en el Quinto mes. Cuando me llevaron a la barra y se hubo leído la acusación, sintiendo el jurado ciertos

escrúpulos, el juez del tribunal, Street, hizo que se leyesen las fórmulas de los juramentos y volvió a insistir para que los prestase. Le dije que estaba allí para intentar la anulación de la acusación y que el querer hacerme prestar juramento otra vez, era una nueva trampa. Quise entonces que me aclarase un par de cuestiones y le pregunté si el juramento sólo tenían que prestarlo los súbditos del rey, o también los súbditos de príncipes extranjeros; a lo que me respondió el juez, "Solamente los súbditos de este país." "Entonces," contesté, "no me habéis designado como súbdito en la acusación y, por consiguiente, no me habéis incluido en el estatuto." Al oír esto, gritó el juez, "Leedle la fórmula de los juramentos"; a lo que repliqué, "Yo exijo justicia." De nuevo le pregunté si el tribunal no representaba al rey y a todo el país, a lo que respondió afirmativamente. "Entonces," le dije, "habéis omitido al rey en la acusación y, siendo así, ¿Cómo podéis cursar esta acusación, en un juicio entre el rey y yo, si habéis omitido al rey?" El juez respondió, "El rey ha sido incluido antes"; mas yo le dije, "Ya que el nombre del rey ha sido omitido, es éste un gran error en la acusación, suficiente, según tengo entendido, para anularla. Además," proseguí, "primero me acusaron bajo el nombre de Jorge Fox, de Londres, y ahora me acusan bajo el nombre de Jorge Fox, de Tredington, del condado de Worcester; y quisiera que el jurado, considerase como es que puede declararme culpable, basándose sobre esta acusación, en vista de que no soy del lugar en ella mencionado." No negó el juez que había errores en la acusación, mas dijo que lugar habría para que pudiese yo remediarlo; a lo cual le respondí, "Bien sabéis vosotros que somos gentes que todo lo soportamos y sufrimos y, por esto, abusáis de nosotros, que no podemos vengarnos, mas nosotros dejamos nuestra causa en manos del Señor." En esto el juez dijo; "Se os ha pedido varias veces que prestarais juramento y nos debéis alguna satisfacción con respecto a ello." Les ofrecí, en lugar del juramento, la declaración que había antes ofrecido a los jueces; mas no fue aceptada.

Quise entonces saber, en vista de que me ofrecían jurar de nuevo, si la acusación había sido o no anulada, mas, en lugar de responderme, el juez dijo al jurado que podían retirarse. No parecían satisfechos algunos de los del jurado; ante lo cual les dijo el juez que habían oído como un hombre juró que, en las últimas sesiones del tribunal, me habían pedido que

jurase, y, después, les dijo lo que tenían que hacer. Ante esto, le dije que debía de dejar al jurado que decidiesen de acuerdo con sus conciencias. Sin embargo, como los que formaban el jurado había sido elegidos por él, se retiraron, y, volviendo poco después, me declararon culpable. Pregunté al jurado como era que podía satisfacerles el declararme culpable basándose en una acusación tan manifiestamente falsa y que contenía tantos errores. Poco pudieron responderme y, no obstante, uno, que parecía el peor de todos, quiso cogerme la mano; mas, lo aparté de mí, diciéndole, "¿Cómo es, Judas, que ahora, que me has traicionado, te acercas a mí para besarme?" y lo llamé a él y a los otros, al arrepentimiento. Entonces, el juez, comenzó a decirme lo benévolo que el tribunal había sido conmigo; mas yo le pregunté que como podía decir tal cosa. Nunca hubo hombre más maltratado, como yo lo había sido, en este caso, siendo detenido en mi camino, cuando viajaba entregado a mis lícitas ocupaciones, y siendo encarcelado sin causa alguna, poniéndome en el caso de jurar, sólo para tenderme una trampa. Y quise que el juez me respondiera, en presencia del Señor, ante quien todos estábamos, si no era por envidia que me pidieran que jurase. No respondió a esto, mas dijo, "¡Ojalá nunca hubiereis venido a perturbarnos, a nosotros y al país!" Le respondí que no había venido por mi propia voluntad, sino que me habían llevado, después de haberseme detenido en mi camino, y que no era yo el que los perturbaba, sino que ellos mismos se perturbaban. Entonces, el juez, me dijo, que era amarga sentencia la que tenía que comunicarme. Le pregunté si lo que iba a decir, era a manera de dictar sentencia o a título de información, porque, para evitar que dictase sentencia, basándose en aquella acusación, le dije que tenía muchas más cosas que alegar y más errores que señalar en el texto de la acusación, además de los que había ya mencionado. Me respondió que iba a mostrarme los peligros de haber sido incapacitado, lo cual representaba la pérdida de mi libertad, de todos mis bienes y propiedad personal, y prisión para toda la vida; mas dijo, que no lo decía como sentencia del tribunal sino como una amonestación para mí. Pidió, entonces, al carcelero, que me llevase, esperando yo que me llamarían otra vez para oír la sentencia. Mas, cuando me hube marchado, el secretario del tribunal de paz (cuyo nombre era Twitney), preguntó al juez, según me dijeron, si lo que me había dicho quedaba

sentado como sentencia firme; y el juez, después de haberlo consultado con algunos de sus colegas, respondió que sí, que aquello era la sentencia y que quedaba en firme. Esto hizo a espaldas mías, para no tener que avergonzarse ante todo el país.

Muchos de los jueces y la mayoría de la gente eran moderados y corteses, pero Street, que era el juez de la sala, no les hizo caso, desentendiéndose de ellos. Este juez Street, había dicho a algunos Amigos, la mañana anterior a mi juicio, que de haber estado él en el tribunal, cuando se celebraron las primeras sesiones, no me hubiese puesto en el caso de que tuviera que prestar juramento, pero que, si hubiese sido yo convicto de haber asistido a un conventículo, hubiese procedido en contra mía de acuerdo con esta ley, y, añadió, que le dolía que hubiese tenido que comparecer ante él. Y con todo y esto, lleno de malicia me pidió que jurase, de nuevo, en el tribunal, cuando iba yo a tratar de anular la acusación. Mas el Señor abogó por mi causa, confrontándose con él, así como con el juez Simpson, que primero me cogió en la trampa del juramento, cuando se celebraron las otras sesiones del tribunal, ya que poco después, el hijo de Simpson tuvo que comparecer, en la misma barra, acusado de homicidio y, en cuanto a Street, que, cuando llegó de Londres, después de haberme devuelto los jueces del tribunal del rey a Worcester, dijo que ahora que me habían devuelto a su jurisdicción, me pudriría en una cárcel, le sucedió que, a su hija única, a quien llamaban su ídolo de tanto como la quería se la trajeron desde Londres, en un coche de muertos, a la misma posada, donde había proferido tales palabras, de donde, pocos días después, la llevaron a Worcester para enterrarla. Las gentes bien notaron la presteza con que la mano de Dios había caído sobre él, pero ello, antes lo endureció en lugar de volverlo piadoso, como su conducta lo demostró más tarde.

Cuando volví a la cárcel, vinieron a verme varias personas, entre ellas el hijo del conde de Salisbury, que era muy piadoso y estaba muy contrariado de que me tratasen tan duramente; y permaneció cerca de dos horas conmigo, tomando copia de los errores en el texto de la acusación.

Cuando se terminaron las sesiones del tribunal y quedé yo condenado a prisión por haber sido incapacitado, mi mujer, vino, del Norte, para estar conmigo y, cerca ya de la reunión del tribunal, que entendía en lo criminal, cuya reunión se celebraría en el Sexto mes, se expuso mi caso en un documento,

por escrito, que, ella y Tomás Lower, entregaron al juez Wild. Constaban en él, la causa de mi viaje, el modo como me prendieron y encarcelaron, los procedimientos de los diversos juicios en contra mía y los errores en la acusación en virtud de la cual había sido incapacitado. Cuando el juez lo hubo leído, movió la cabeza y dijo que si queríamos podíamos tratar de probar la validez o no de los errores; mas esto fue todo lo que pudieron sacar de él.

Por esta época, me atacó una enfermedad que dejó mi cuerpo muy débil y maltrecho, continuando así por bastante tiempo, tanto, que los Amigos empezaron a dudar de que pudiese reponerme y, yo mismo, me sentía ya entre los muertos en sus sepulturas; con todo, el poder invisible me sostuvo en secreto dándome nuevas fuerzas incluso cuando estaba tan débil que casi no podía hablar. Una noche, tendido despierto en mí lecho, en la gloria del Señor, que está sobre todos, me fue declarado que el Señor me tenía preparado aun mucho más trabajo que hacer para Él, antes de que me llamase a Su seno.

Se intentó que me pusiesen en libertad, cuando menos temporalmente, hasta que me sintiese más fuerte; pero se vio que los medios para conseguirlo eran difíciles y lentos, porque el rey no estaba dispuesto a ponerme en libertad como no fuese a base de concederme un perdón, ya que le habían dicho que, legalmente, no podía hacerlo, y, por otro lado, yo no quería conseguir mi libertad, por un perdón, que el rey me hubiese concedido fácilmente, pues no consideraba este medio compatible con la inocencia de mi causa.

Después de esto, mi mujer se fue a Londres y habló con el rey, al que expuso mi largo e injusto encarcelamiento, así como la manera como me prendieron y el proceder de los magistrados, al ponerme en el caso de jurar, a modo de trampa, por lo que me habían incapacitado, de modo, que, siendo ahora su prisionero, estaba en su poder y a su merced el ponerme en libertad, como ella deseaba. El rey, tuvo palabras afables para mi mujer, y la envió al Lord en cargo, al cual acudió, mas no pudo obtener lo que deseaba, pues le dijo que el rey no tenía otro medio de ponerme en libertad más que concediéndome un perdón; y yo, sabiendo que no había hecho mal alguno, no podía aceptar tal perdón. Si hubiese querido conseguir mi libertad, por medio de un perdón, no tenía porque esperar tanto, ya que el rey estaba dispuesto a concedérmelo desde hacía mucho tiempo y añadió



que no debía de sentir ningún escrúpulo en ser libertado por un perdón, puesto que a muchos hombres, inocentes como niños, se les había concedido el tal perdón. Con todo, yo no podía aceptarlo y antes hubiese pasado toda mi vida en la cárcel, que salir de ella por un medio deshonroso para la Verdad y por eso fue que preferí el revisar la validez de mi acusación ante los jueces. A este fin, habiendo antes oído la opinión de un abogado (Tomás Corbett de Londres), se mandó un *habeas corpus*, a Worcester, para que compareciese otra vez ante el tribunal del rey, a fin de verificar los errores que había en mi acusación. Partí el día cuatro del Duodécimo mes, junto con el alguacil subalterno, viniendo también en el coche, el secretario del tribunal de paz y algunos otros. El secretario había sido siempre mi enemigo e intentaba ahora tenderme una trampa con su palabrería; pero yo lo descubrí y lo evité. Me preguntó que cuál era mi intención respecto a los errores de la acusación; a lo que respondí que debían de revisarse para que cada acción se coronase. Discutió conmigo que porqué llamaba sacerdotes a sus ministros y le pregunté si la ley no los llamaba de esta manera; y me preguntó luego que, qué pensaba de la iglesia anglicana y si no había cristianos en ella; a lo cual le respondí, "Así los llaman a todos y hay muchas gentes piadosas entre ellos."

Llegamos a Londres el día ocho, compareciendo el día once ante los cuatro jueces del tribunal del rey, donde el abogado Corbett defendió mi causa. Comenzó su defensa, en una nueva forma, declarando a los jueces que no se podía encarcelar a un hombre a base de haber sido incapacitado. A esto, el juez Hale, dijo; "Sr. Corbett debierais de haber venido antes, al comienzo del término, con tal defensa." Y Corbett le respondió, "No pudimos conseguir copia, ni del acta judicial ni de la acusación"; ante lo cual el juez replicó, "Debíais de habérselo notificado y los hubiéramos obligado a devolver el acta más pronto." En esto, dijo el juez Wild, "Sr. Corbett, vos generalizáis y, de ser verdad lo que decís, hemos cometido muchos errores en Old Bailey y en otras Audiencias." Corbett, afirmó de nuevo, que, según la ley, no podía encarcelarse a base de una incapacitación. Dijo el juez, "En el estatuto consta que es lícito el requerimiento." "Sí," dijo Corbett, "pero un requerimiento no es encarcelamiento, porque el requerimiento es sólo conducente a un juicio." "Bien," dijo el juez, "necesitamos

algún tiempo para estudiar nuestros libros y consultar los estatutos." En vista de lo cual, se suspendió la vista hasta el día siguiente.

Al día siguiente, dejando de lado lo expuesto por la defensa, prefirieron comenzar por los errores de la acusación, los cuales, cuando se pusieron de manifiesto, resultaron ser tantos y tan groseros que los jueces fueron todos de opinión de que la acusación era nula y de que yo debía de recuperar mi libertad. Algunos de mis adversarios instigaron a los jueces para que volvieran a exigirme que prestara juramento, diciéndoles que era un hombre demasiado peligroso para estar en libertad, pero, el juez Hale, dijo que si bien había ya oído tales rumores, también era cierto que había oído muchos más a mi favor, y, por consiguiente, él, junto con los otros jueces, ordenaban que se me dejase en libertad, por unanimidad. Así fue como, después de haber estado encarcelado por espacio de un año y casi dos meses, sin motivo alguno, haciéndome justicia, me pusieron en libertad, después de un juicio en que se revisaron los errores de la acusación, sin que aceptara yo perdón alguno ni quedar en lo más mínimo obligado o ligado; y el poder eterno del Señor se cernió sobre todos para Su gloria y alabanza. El abogado Corbett, que tomó mi defensa, alcanzó gran fama con ello, acudiendo a él muchos abogados que le dijeron que había puesto en claro algo que antes no se sabía, o sea, que no puede encarcelarse a base de una incapacitación, y después del proceso, un juez le dijo, "Habéis conseguido alto honor por haber defendido en el tribunal la causa del Sr. Fox."

Mientras estuve en la cárcel en Worcester, a pesar de mi enfermedad y de mi poca salud, y a pesar del ajetreo de tantos viajes, de acá para allá, yendo y viniendo de Londres, escribí varios libros para la imprenta, escribiendo además muchos artículos y epístolas a los Amigos, dándoles valor y fuerzas para que perseverasen en su labor para Dios; ya que algunos, que hicieran profesión de mantenerse en la Verdad, cedieron al espíritu seductor apartándose de la unión y compañerismo del evangelio que profesan los Amigos, y se esforzaban en desanimarlos, especialmente en lo que se refiere al cuidado diligente y vigilante que tenían del buen orden y de la buena dirección de los asuntos de la iglesia de Cristo.

Puesto así en libertad, visité a los Amigos de Londres, pero, sintiéndome muy débil y no del todo repuesto, me fui a King-

ston. No permanecí allí mucho tiempo, sino que, después de haber visitado a los Amigos, volví a Londres, donde escribí un documento para el parlamento y mandé varios libros a sus miembros. Poco antes, se les había ya distribuido un gran libro, contra la práctica de jurar, cuyas razones tuvieron tanta influencia sobre algunos de ellos que se creyó, que, de haber permanecido más tiempo reunido el parlamento, hubiesen hecho algo en nuestro favor. Permanecí en Londres, o en sus cercanías, hasta la Junta Anual; a la que acudieron muchos Amigos, de todas partes de la nación y algunos que vinieron de más allá del mar. Celebramos una gloriosa reunión en el eterno poder de Dios.

Concluida la reunión y levantadas también las sesiones del parlamento (que no hizo nada, ni en favor ni en contra de los Amigos), se terminó mi misión para el Señor, en Londres; y, después de haberme despedido de los Amigos de allí, partí en coche con Margarita y su hija Susana (pues no podía viajar a caballo), para el Norte, yendo a Lancaster, y, después de cruzar los arenales, el día veinticinco del Cuarto mes, llegamos sanos y salvos a Swarthmoor.

## APÉNDICE

Por el editor

El Diario de Jorge Fox, propiamente dicho, termina con su llegada a Swarthmoor Hall, el día veinticinco del Cuarto mes (Junio) de 1675, cuatro meses después de ser puesto en libertad de la cárcel de Worcester. Es probable que, durante su encarcelamiento, concentrara toda su atención en el relato de cincuenta y un años de su vida; y que, en su hogar, en Swarthmoor, pudo reunir todos los incidentes, recopilados en libros de notas y varios escritos, dictando los resultados a su yerno, Tomás Lower, en la forma en que nos ha llegado y que ha sido editada *in extenso* por la universidad de Cambridge en 1911.

Para completar el Diario de la vida de Jorge Fox, sus editores, Tomás Ellwood y otros, reunieron, poco después de su muerte, datos procedentes de varios orígenes, formando un relato continuo que trascibieron en forma autobiográfica. Esta parte añadida es menos pintoresca que el relato original, habiendo insertado en ella cartas y escritos de poco valor hoy día.

En este capítulo se presenta, en forma concisa, la historia de esos últimos años de la vida de Jorge Fox, con algunos datos que amplifican la narración de su primer viaje al continente.

El día veintiséis del primer mes (Mayo) de 1677, después de pasar cerca de un año y medio, en su casa, en el Norte, descansando en el seno de su familia y escribiendo muchas cartas y epístolas, se puso de nuevo a viajar, "mas, sintiéndose débil y sin poder avanzar mucho en un día," en cortas etapas fue a Londres, adonde llegó el día veintitrés del Tercer mes. Fue un viaje fatigoso, porque, "no podía por la noche hallar el bastante descanso para reponer la naturaleza," y porque, "a menudo se sentaba, hasta tarde, con Amigos, para informarlos y aconsejarlos sobre cosas que deseaban saber; y luego en la cama no podía conciliar el sueño a causa de unos grandes

dolores, en la cabeza y en las muelas, ocasionados por el frío sufrido cabalgando bajo la lluvia."

Por el camino, escribió la siguiente carta a su mujer:

Corazón querido: Para quien es mi amor y para tus hijas y para todos los Amigos que pregunten por mí. Es mi deseo que os mantengáis todos en la semilla eterna del Señor, en la que todos encontraréis vida y paz, poder y estabilidad, en el eterno hogar o morada, en la vivienda construida sobre los cimientos de Dios.

He llegado a York, llevado por el poder del Señor, habiendo celebrado muchas reuniones por el camino. El camino era, a menudo, malo, a causa de la espesa nieve que lo cubría, de modo que nuestros caballos se hundieron en ella varias veces, y tuvimos grandes lluvias y tempestades; mas, el poder del Señor, nos ayudó a salir de todo ello. En Scarhouse, celebramos una gran reunión y otra en Burrowby, a la que asistieron Amigos de Cleveland y Bishoprick, celebrando, además, muchas otras reuniones. Ayer, en York, celebramos otra reunión extraordinariamente concurrida, acudiendo a ella Amigos, procedentes de muchos lugares, que estuvieron todos atentos saliendo muy satisfechos; ¡Oh! la gloria del Señor brilló sobre todos. Hoy hemos celebrado una gran reunión de hombres y mujeres, a la que asistieron muchos Amigos, así hombres como mujeres, procedentes del campo, transcurriendo todo en orden; y esta noche, vamos a celebrar la reunión de hombres y mujeres de los Amigos de la ciudad. Juan Whitehead está aquí, junto con Roberto Lodge y otros. Los Amigos están desmesuradamente contentos. De modo que estoy en mi sagrado elemento y sagrada labor en el Señor. ¡Gloria a Su nombre eternamente! Mañana, tengo la intención de salir de la ciudad para ir hacia Tadcaster, aunque no pueda cabalgar como en tiempos pasados; sin embargo, alabado sea el Señor que me permite viajar como lo hago.

Así pues, con mi amor en la fuente de vida, de la que, como vosotros, todos bebemos; y en la que, os sentiréis reconfortados en la vida y por ella creceréis acrecentándose vuestras fuerzas eternas para servir al Señor y estar satisfechos. Así pues, os confío, a todos vosotros, a los mandatos de Dios todopoderoso, suficiente en todo para guardaros.

J. F.

York, el día dieciséis del Segundo mes de 1677.

Después de pasar tres semanas con Guillermo Penn, en la casa de éste, en Sussex, empezó Jorge Fox a hacer los preparativos de un viaje al continente; y con varios Amigos, entre ellos Guillermo Penn, Roberto Barclay y la hija de su mujer, Isabel Yeamans, embarcó para Holanda el día veinticinco del Quinto mes.

Lo que trascribimos a continuación, ha sido tomado, con adiciones, del texto de Ellwood:

Me sentí dirigido por el Señor, a ir a Holanda, para visitar a los Amigos y predicar allí el evangelio; así como también en algunos lugares de Alemania. De modo que, disponiéndolo todo para mi viaje, así que me despedí de mis Amigos de Londres, junto con varios Amigos, fui a Colchester. Al día siguiente, fuimos a Harwich, donde se nos unieron algunas personas de Londres, que deseaban acompañarnos; mas como la embarcación, que debíamos de tomar, no estaba lista todavía, fuimos a una reunión, en la ciudad, teniendo todos una preciosa oportunidad; porque el Señor, de acuerdo con Su acostumbrada bondad y por Su poder reconfortante e irresistible, abrió muchas bocas para que declarasen Su eterna verdad, alabándolo y glorificándolo.

Después de la reunión en Harwich, volvimos a casa de Juan Vandewall, donde me alojaba, y cuando la embarcación estuvo dispuesta, después de despedirnos de los Amigos, fuimos abordo los que debíamos de partir para Holanda, a eso de la novena hora, en la noche del Cuarto día de la semana, que era el día veinticinco del Quinto mes de 1677. Los Amigos que iban conmigo eran, Guillermo Penn, Roberto Barclay, Jorge Keith y su mujer, Juan Furly, Guillermo Tailcot, Jorge Watts e Isabel Yeamans, hija de mi mujer.

Levamos el ancla a eso de la primera hora de la madrugada, aprovechando una brisa favorable que, a la mañana siguiente, nos puso Holanda a la vista. Sin embargo, aquel día, siendo el tiempo claro y apacible, avanzamos poco, hasta eso de la cuarta hora de la tarde, en la que se levantó el viento de nuevo, llevándonos a una legua de tierra. Después, calmándose otra vez, entre la novena y décima hora de la noche, echamos ancla por aquella noche; pero Guillermo Penn y Roberto Barclay, al saber que Benjamín Furly, había venido de Róterdam a Briel, para recibirnos, consiguieron que dos hombres de la tripulación echaran al agua un pequeño bote de la embarcación y que a

remo los llevaran hasta la costa, mas, antes de que pudieran desembarcar, se cerraron las puertas de la ciudad y, no habiendo casa alguna fuera de las puertas, se vieron obligados a pasar la noche en la barca de un pescador. A la mañana siguiente, en cuanto se abrieron las puertas de la ciudad, entraron en ella y hallaron a Benjamín Furly que, junto con otros Amigos de Róterdam, estaban allí para recibirnos; y mandaron un bote, conducido por tres muchachos, que vivían con Benjamín Furly, los cuales nos llevaron a tierra, donde los Amigos nos recibieron con gran regocijo.

Nos detuvimos unas dos horas, para reponernos, embarcando después con los Amigos holandeses para Róterdam; adonde llegamos aquel mismo día a eso de la undécima hora, el día veintiocho de aquel mes.

Al día siguiente, Primer día de la semana, celebramos dos reuniones en casa de Benjamín Furly, adonde acudieron muchas personas de la ciudad, algunas de considerable importancia, comportándose todas con gran cortesía. Benjamín Furly, o Juan Claus, un Amigo de Ámsterdam, hacían de intérpretes, cuando algún Amigo tenía algo que declarar. Al día siguiente, Guillermo Penn, y yo, y otros Amigos, nos dirigimos hacia Ámsterdam, con unos Amigos de esta ciudad, que habían venido buscarnos a Róterdam para acompañarnos.

Se celebró la junta trimestral, a la que asistieron Amigos de Haarlem y Róterdam, que vinieron con aquellos de nuestro grupo que habíamos dejado en Róterdam, como Roberto Barclay, Jorge Keith y su mujer, etc. . . . Se celebró la junta en casa de Gertrudis Dirick Nieson, resultando muy concurrida y eficaz, sintiéndonos, Guillermo Penn y yo, dirigidos a revelar muchas cosas referentes al orden evangélico y a mostrarles lo beneficioso y útil que era celebrar juntas anuales, trimestrales y mensuales, de hombres y de mujeres. Al día siguiente, celebramos otra reunión en casa de Gertrudis, más popular y concurrida, asistiendo a ella eclesiásticos de varias sectas, a los que amplía y vivamente se les reveló el camino de vida y salvación, escuchando ellos con gran atención sin hacer objeción alguna a lo que se les declaraba. Por la tarde, celebramos otra reunión, en el mismo sitio, pero con menos gente y de carácter más íntimo; y al día siguiente, una reunión sólo para los Amigos, en la que, de mutuo acuerdo, establecimos varias juntas mensuales, trimestrales y anuales, que debían

de celebrarse en Ámsterdam, para todos los Amigos de las Provincias Unidas de Holanda, y en Embden, el Palatinado, Hamburgo, Frederickstadt, Danzig y otros lugares de Alemania o sus alrededores; de lo cual mucho se alegraron los Amigos, habiendo resultado de gran utilidad para la Verdad.

Siendo el siguiente día, el Primer día de la semana, celebramos de nuevo otra gran reunión, a la que asistió gran cantidad de gente, de opiniones diferentes, tales como Baptistas, Buscadores, Socinianos y Brownistas, así como también algunos letrados. Roberto Barclay, Jorge Keith, Guillermo Penn y yo, les declaramos la eterna Verdad, revelándoles el estado del hombre en la caída y demostrándoles por qué medio hombres y mujeres pueden rehabilitarse por Jesucristo. En verdad, les fue claramente explicado el misterio de la iniquidad así como el misterio de la divinidad, acabando la reunión apaciblemente.

Al día siguiente, Jorge Keith, Roberto Barclay y Guillermo Penn, dejándome a mí y a otros Amigos en Ámsterdam, se fueron a Alemania, de la que recorrieron muchos centenares de millas, haciendo buena labor para el Señor, en compañía de Benjamín Furlly que les hacía de intérprete.

Este día y el siguiente, permanecí en Ámsterdam, visitando Amigos y ayudándoles en algunos asuntos relativos a sus reuniones. Vinieron tres Baptistas a departir conmigo y les hice revelaciones a su satisfacción, separándonos después afablemente. Escribí también una carta a la princesa Isabel<sup>1</sup> que le fue entregada por Isabel Yeamans, cuando ésta y la mujer de Jorge Keith fueron a visitarla.

Princesa Isabel: He sabido de tu devoción por el Señor y Su sagrada Verdad, por medio de unos Amigos que te han visitado, así como por algunas de tus cartas que he leído. Es, realmente, gran cosa, que una persona de tu calidad posea un alma tan piadosa, para el Señor y Su preciosa Verdad, siendo así que tantos son sepultados bajo voluptuosidades y placeres mundanos; con todo y hacer externamente, de modo u otro, profesión de fe en Dios y en Cristo, pero sin ningún profundo sentido interno ni verdadero sentimiento de El. No son muchos los poderosos, o sabios de este mundo, los que pueden volverse tontos por amor a Cristo, o que, de su poderoso estado, descienden a ser simples, en la humildad de Jesucristo, pudiendo así conseguir un estado más alto y un reino más poderoso, por el Santo Espíritu interno, la luz divina y poder de Dios, y una



mayor sabiduría, viniendo de lo alto, pura y apacible. Esta sabiduría está por encima de la otra, que está debajo, o sea, la que es terrenal, sensual y diabólica, por la cual los hombres se destruyen mutuamente, a causa de sus religiones, prácticas, cultos e iglesias, todo lo cual, ciertamente, no han aprendido, de Dios ni de Cristo. Pero la sabiduría que viene de lo alto, por la cual todas las cosas fueron hechas y creadas, la que tiene por principio el santo temor de Dios en el corazón, conserva los corazones limpios; y con y por esta sabiduría deben de ordenarse todas las criaturas de Dios, ordenando con ella todas las cosas para gloria de Dios. Esta es la sabiduría que justifica a sus hijos, y es mi deseo que, en este temor de Dios y en esta sabiduría, te conserves para la gloria de Dios. Porque, el Señor ha venido, El mismo, a enseñar a Su pueblo, y a clavar Su insignia para que las naciones afluayan, acogiéndose bajo su amparo.

Por consiguiente, siente la gracia y la verdad en tu corazón, que a él han llegado por Jesucristo; lo cual te enseñará como debes de vivir y que es lo que debes de negar. Asentará tu corazón, sazonará tus palabras y te traerá la salvación; y será un maestro para ti, en todo tiempo, por ello, podrás recibir a Cristo, venga de donde venga, y, a tantos como lo reciben les da El poder, no sólo para luchar contra el pecado y el mal, sino para que puedan ser hijos de Dios; y siendo hijos, herederos de una vida, un mundo, un reino sin fin, y de las riquezas y tesoros eternos en él contenidos.

Así pues, con premura, con mi amor en el Señor Jesucristo, que sufrió la muerte por todos los hombres y aplasta la cabeza de la serpiente, siendo el intermediario entre el hombre y Dios, pudiendo así el hombre, por medio de Jesucristo, volver a Dios de nuevo, y alabarlos por medio de Jesucristo, Amén; que es la roca espiritual y celestial y los cimientos sobre que todo el pueblo de Dios tiene que construir, para alabanza y gloria de Dios, que está sobre todos, bendito para siempre jamás.

JORGE FOX

Ámsterdam, el día siete del Sexto mes de 1677.

*Postdata.* Te entregará esta carta, mi hijastra, que va, junto con Gertrudis Dirick Nieson y la mujer de Jorge Keith, a visitarte.  
J. F.

*Respuesta de la Princesa Isabel:*

Querido Amigo: No puedo menos de sentir un gran amor por todos los que aman al Señor Jesucristo y que gozan del privilegio, no sólo de creer en El, sino también de sufrir por El; por consiguiente, vuestra carta y la visita de vuestros amigos me ha sido muy grata. Seguiré su consejo y el vuestro, en tanto Dios me de luz y unción; permaneciendo vuestra amiga que mucho os ama.

ISABEL

Herfort, el día treinta de Agosto de 1677.

Al día siguiente, Juan Claus y yo, nos embarcamos y luego, en silla de postas, fuimos a Alkmaar, a unas treinta millas de Ámsterdam. Visité a algunos Amigos, tomando luego un barco para Friesland y, después de desembarcar, fuimos a Harlingen, el puerto principal de Friesland. Pasamos, en silla de postas, por Oldenburg, poco antes lugar grande y famoso, mas destruido entonces por el fuego, y, al día siguiente, por Bremen, ciudad capital en Alemania, donde después de un doble interrogatorio, tomamos otra vez la silla de postas, recorriendo el país del obispo de Munster. Deseando viajar toda la noche, nos procuramos caballos de refresco; mas oscureció tan rápidamente y llovió tanto que creímos prudente volvernos, pues siendo descubierto nuestro carruaje no podíamos guardarnos de la lluvia y nuestras ropas estaban ya mojadas, por la lluvia de los últimos días. De modo que nos fuimos a una posada, donde nos procuramos un poco de paja fresca sobre la que nos tendimos hasta la madrugada.

Así que pudimos, nos fuimos a Hamburgo, haciendo el camino, parte en carruaje, parte en barco, y llegamos a la ciudad a tiempo para asistir, aquella misma noche, a una reunión. Había en Hamburgo una mujer que, en tiempos de Juan Perrot, hablara en contra mía, aunque nunca me había visto hasta aquel día. Esto fue causa de que, desde entonces, sintiera remordimientos, estando muy contenta de que se le presentara una ocasión en que pudiera reconocer su culpa; lo cual hizo con igual sinceridad y presteza con que yo la perdoné. Es éste un lugar de tinieblas, donde la gente está muy cerrada a la Verdad.

Surcando el mar, a grandes trechos, llegamos a Embden, donde vivía el padre de la mujer de Juan Claus, cuyo nombre

era Cines Juan Foeldrieke, y en cuya casa habíamos dejado enfermo, al irnos hacia Alemania, a un joven - que viajaba conmigo y me servía de amanuense; al cual encontramos completamente restablecido.

Al día siguiente, nos marchamos de Embden y, después de largo viaje, llegamos a Ámsterdam, yendo a casa de Gertrudis Dirick Nieson, dónde, muchos Amigos que vinieron a vernos, mucho se regocijaron de nuestro feliz regreso.

El Primer día de la semana fui a una reunión de Amigos, a la que acudió mucha gente, comportándose todos muy cortés y atentamente, escuchando la Verdad durante varias horas. Juan Roeloffs, actuó de intérprete, traduciendo mis palabras. Antes de esto, varios de los Amigos que me acompañaron, tales como Roberto Barclay y la mujer de Jorge Keith, habían regresado a Inglaterra, y lo mismo hizo entonces mi hija Yeamans, quedándome solo en Ámsterdam.

Mientras estuve allí, excepto cuando asistía a las reuniones de Amigos, o cuando venía la gente a hablar conmigo, ocupé la mayor parte de mi tiempo escribiendo libros, artículos, o epístolas, por la causa de la Verdad. Escribí varias epístolas, en varias ocasiones, a los Amigos de Inglaterra o de otros países, conforme me sentía dirigido a ello por el Señor, por medio de Su espíritu. Escribí también, "Advertencia o aviso a los habitantes de la ciudad de Oldenburg, últimamente destruida por el fuego," así como, "Advertencia a los habitantes de la ciudad de Hamburgo."

Después de algún tiempo, Jorge Keith y Guillermo Penn, llegaron a Ámsterdam de regreso de Alemania y sostuvieron una discusión con un tal Galeno Abrahams (uno de los Baptistas más notorios en Holanda) en la que estuvieron presentes muchos eclesiásticos, pero no disponiendo de tiempo suficiente para acabar la polémica en un día, se reunieron de nuevo, dos días más tarde, siendo el Baptista confundido y ganando terreno la Verdad. Entre estas dos polémicas, celebramos una gran reunión, en la casa de reuniones de los Amigos, a la que acudieron varios centenares de personas, algunas de alto rango en el mundo. Estuvieron presentes, un conde, un Lord, y varias otras personas eminentes, comportándose todos con gran cortesía. Sin embargo, cuando se terminó la reunión, unos sacerdotes, comenzaron a oponérsenos y, oyéndolo Guillermo Penn, se levantó de nuevo y allanó las objeciones, con gran satis -

facción de las gentes que quedaron muy afectadas cuando oyeron declarar tantos testimonios en favor de la Verdad. Acabada la reunión, varios de los eclesiásticos fueron a casa de Gertrudis, donde nosotros estábamos, y Jorge Keith tuvo con ellos muchas razones en latín.

Y aquel día asistió a la reunión una mujer que, durante catorce años, había andado arrastrándose a gatas, y, por obra del admirable brazo y mano del Señor, le fueron devueltas las fuerzas, pudiendo andar perfectamente. Después de la reunión se me acercó. Y con tanta gente como fue a verla, después de curada, no manteniéndose humilde su espíritu ni en el temor de Dios, se dejó llevar por las palabras. Entonces le hablé largamente, exhortándola, en el amor del Señor, y diciéndole que si no se mantenía sencilla y humilde ante el Señor, caería en peor mal que el que antes tenía. Y la mujer quedó muy confundida convenciéndose de la Verdad.

Habiendo, por entonces, concluido nuestra labor en Ámsterdam, nos despedimos de los Amigos, y fuimos a Leyden, a unas veinticinco millas, en carruaje, permaneciendo allí uno o dos días, buscando y visitando a algunas personas piadosas que sabíamos vivían en la ciudad. Nos encontramos con un alemán que estaba, en parte, convencido; el cual nos informó de la existencia de un hombre eminente que andaba persiguiendo la Verdad. Se le buscó y se le visitó, comprobándose que era un hombre formal. Yo también le hablé, reconociendo él la Verdad.

Muchas veces, por las mañanas, tardes y noches, en las posadas y caminos, por donde pasaba, hablé a la gente, predicándole la Verdad y advirtiéndole de la llegada del día del Señor; y exhortándola a que se volviese de cara a la luz y espíritu de Dios, en sí mismos, por el que podrían guardarse del mal.

De Leyden fuimos a La Haya, considerada como la mayor población del mundo, donde el príncipe de Orange tiene su corte y allí visitamos a uno de los jueces de Holanda, con quien departimos largamente. Era un hombre prudente y piadoso que nos hizo muchas objeciones y preguntas y mucho le satisficieron las respuestas que le dimos, despidiéndonos después con gran afección. De La Haya fuimos a Róterdam, donde permanecimos algunos días y celebramos varias reuniones. Estando allí publiqué un libro para los judíos, con los que, mientras estuve en Ámsterdam, tuve muchos deseos de hablar,

rehusándolo ellos. Aquí también revisé varios otros libros y artículos que había antes publicado y que fueron entonces transcritos.

Viendo que nuestros espíritus habían ya cumplido en Holanda la misión que el Señor nos encomendara, nos despedimos de los Amigos de Róterdam y fuimos en barco hasta el Briel, a fin de tomar pasaje, aquel mismo día, para Inglaterra; acompañándonos varios Amigos de Róterdam y algunos de Ámsterdam, que deseaban vernos otra vez, antes de que nos fuéramos de Holanda. Sin embargo, no llegando la embarcación hasta la noche, tuvimos que alojarnos en el Briel y, al día siguiente, día veintiuno del Octavo mes y Primer día de la semana, embarcamos, Guillermo Penn, Jorge Keith y yo, además de Gertrudis Dirick Nieson con sus hijos, y zarpamos a eso de la décima hora. Éramos en todo como unos sesenta pasajeros; y fue un viaje largo y aventurado, debido a que el viento nos era contrario y el tiempo tempestuoso, además de que el barco hacía tanta agua, que teníamos que maniobrar continuamente dos bombas, noche y día; y parece ser que expulsamos el doble de agua de la que el barco hubiera resistido. Mas el Señor, que puede calmar los vientos tempestuosos y apaciguar las olas del mar embravecidas, elevándolas y parándolas a Su voluntad, El, solo, nos guardó; ¡Alabado sea Su nombre eternamente! Aunque la travesía fue dura, pasamos, con todo, muy buenos ratos, haciendo buena labor para la Verdad, con los pasajeros; algunos de los cuales eran personas eminentes, muy afables y cariñosas. Llegamos a Harwich el día veintitrés, por la noche, después de haber pasado dos noches y casi tres días en el mar. En Harwich, celebré una reunión, y, no habiendo allí coche para Colchester, como la mujer del jefe de correos pidió un precio exagerado por alquilarnos un coche, tratando de estafarnos, todavía, después de haberlo alquilado, nos fuimos a casa de un Amigo, a cosa de una milla y media, en el campo, y le alquilamos su carro, en el que a modo de colchón pusimos paja, y así nos fuimos a Colchester.

Permanecí en Colchester hasta el Primer día de la semana, pues deseaba asistir, en tal día, a una reunión de Amigos; que resultó ser muy concurrida y de peso, debido a que, sabiendo los Amigos que estaba de vuelta de Holanda, acudieron de varias partes del país, asistiendo también muchas gentes de la ciudad, con lo que se calculó que se reunieron cerca de mil per-

sonas, transcurriendo todo en paz y tranquilidad. Después de pasar uno o dos días en Colchester, viajé por Essex, visitando a Amigos y celebrando reuniones con ellos. En Chelmsford, celebré, por la noche, una reunión, y, estando muchos Amigos en la cárcel, les dieron libertad y vinieron a la reunión, quedando todos muy reconfortados en el Señor. Al día siguiente, el día nueve del Noveno mes, llegué a Londres, donde los Amigos nos recibieron con gran júbilo.

Al cabo de un cierto tiempo de estar Fox en Londres le escribió a su mujer la carta siguiente :

Corazón querido: Para quien es mi amor así como para tus hijas y para los otros Amigos, en la verdad, poder y semilla del Señor, que está por encima de todos, gloria al Señor y bendito sea Su nombre eternamente, más de lo que las palabras pueden expresar, al cual me ha llevado y guiado a través de muchas pruebas y peligros, en Su eterno poder. He asistido dos veces a la reunión de la calle de Gracious, y, a pesar de que espíritus de contradicción estaban presentes, todo transcurrió apaciblemente. El rocío del cielo cayó sobre la gente y la gloria de Dios brilló sobre todos. Tengo que asistir todos los días a juntas, para tratar de asuntos y tribulaciones, que son muy grandes en todos lados, y ahora muchos Amigos andan preocupados por la suerte de muchas personas a causa de ello.

Así pues, con prisa, pero con todo mi amor para todos vosotros.

J. F.

Londres el día veinticuatro del Noveno mes de 1677.

El día veinticuatro del Undécimo mes, llegó Fox a Bristol y, después de una serie de visitas, volvió a la ciudad el día ocho del Tercer mes de 1678. El día veintiséis, cuando se terminó la Junta Anual, escribió a su mujer.

Corazón querido: Para quien es mi amor en la eterna Semilla de vida, que reina sobre todo. Grandes reuniones se han celebrado aquí, conmoviéndose el poder del Señor en todas ellas, como nunca se había visto nada parecido. El Señor, en Su poder, ha enlazado a los Amigos, entre ellos, de un modo admirable, mostrándose Su gloriosa presencia, entre los Amigos. Ahora, las reuniones se han ya concluido en paz y tranquilidad, ¡Bendito sea el Señor!

He sabido que en Holanda todo anda bien, habiéndose trasladado allá algunos Amigos para asistir a la Junta Anual, en Ámsterdam. En Embden, los Amigos que habían sido desterrados han vuelto de nuevo a la ciudad. En Danzig, han encarcelado a Amigos, amenazándolos, los magistrados, con penas de reclusión más severas, pero, al día siguiente, los Luteranos se sublevaron y tiraron abajo el monasterio papista; de modo que bastante tienen que hacer con ellos mismos. El rey de Polonia, recibió mi carta, que leyó él mismo, habiéndola traducido los Amigos al alto holandés. Por cartas, versando sobre la junta semestral en Irlanda, me entero de que por allí todo el mundo siente gran unción. En Barbados, los Amigos, viven apaciblemente, estableciendo sus juntas con tranquilidad. En Antigua, y, también en Nevis, prospera la Verdad, celebro los Amigos sus reuniones en buen orden. De igual modo que, en Nueva Inglaterra, y en otros lugares, todo lo que concierne a la Verdad y a los Amigos marcha bien, habiéndose establecido, por esos lugares, las reuniones de hombres y de mujeres, ¡Bendito sea el Señor! Así pues, guárdate en el poder y semilla del Señor, que está por encima de todos, y en lo que todos vosotros hallaréis vida y salvación, ya que el Señor gobierna sobre todos, en Su gloria y en Su reino; gloria a Su nombre eternamente, Amén. . . . Con prisa pero con mi amor para todos vosotros y todos los Amigos.

J. F.

Londres, el día veintiséis del Tercer mes de 1678.

El Séptimo mes, estaba Fox de nuevo en Swarthmoor, donde permaneció hasta el Primer mes de 1679-80, cuando se terminó su última visita. Desde entonces, distribuyó su tiempo entre Londres y sus alrededores, exceptuando una breve visita que hizo a Holanda, en 1684. Su salud declinó gradualmente, teniendo que reposar en el campo, en los alrededores de Londres; siempre muy ocupado con los asuntos de la iglesia y por los sufrimientos de sus compañeros de fe. En 1688-89 cuando se presentó al parlamento el acta de indulgencia, acudió, "aunque débil de cuerpo y sin poder hacer mucho movimiento, muchos días al parlamento, laborando con los miembros para que la cosa se hiciera de un modo completo y efectivo." La

pluma de Fox estuvo ocupada, hasta el último momento, en ayudar y aconsejar. El Noveno mes de 1690, escribió desde la casa de su amigo, Eduardo Mann:

*Epístola a los Amigos en el Ministerio*

Todos vosotros, Amigos, que en el ministerio, andáis por todas partes, favorecidos por Dios con el don de vuestra misión, en la cual recorréis el mundo, de acá para allá; donde quiera que estéis, no escondáis vuestro talento ni ocultéis vuestras luces, ni os preocupéis de los asuntos mundanos ni os mezcléis en ellos; porque, si los soldados terrenales no se mezclan en asuntos de este mundo, mucho menos lo harán los soldados de Cristo, que no pertenecen a este mundo sino que deben de atender solamente a las riquezas y glorias del mundo que es impercedero. Por consiguiente, expoliad el don de Dios en vosotros y mejoradlo si no queréis convertirlos en idólatras, y no os sentéis al igual que los demás, ni abracéis este mundo presente que tendrá un fin. Sed valientes, por la causa de la verdad de Dios, sobre la tierra, y difundidla por el mundo en la luz de Cristo, vosotros que habéis buscado el reino de Dios y su rectitud y lo habéis recibido y predicado; este reino que emerge en rectitud, en paz y en gozo del Espíritu Santo.

Como aptos ministros del Espíritu, sembrad en el Espíritu, aquello del Espíritu, que pueda sazonar eterna vida. Avanzad en el Espíritu, labrando con el Espíritu, en la esperanza purificadora, y trillando, con el poder y espíritu de Dios, el trigo de la paja de corrupción, en la misma esperanza. Porque, aquel que se vuelve del arado espiritual y mira al mundo no es elegible para el espiritual y eterno reino de Dios; y poco podrá penetrar en él, como lo puede el justo. Por consiguiente, vosotros que os habéis despertado a la rectitud y al conocimiento de la Verdad, manteneos despiertos en ello, y así, no podrá el enemigo sembrar sus taras en vuestro campo, ya que la Verdad y la justicia están por encima de él, mientras que antes él lo estaba. Así pues, son mis deseos, el que todos puedan desempeñar el ministerio, que el Señor Jesucristo os ha confiado, para que entonces por la sangre (o vida) y testimonio de Jesús, dominéis, al enemigo que se le opone, interna y externamente.

Y todos vosotros, que predicáis la Verdad, hacedlo como ella es en Jesús, esto es, en amor; y a todos los que crean en Jesús



y lo reciben les da El poder para que sean hijos de Dios y coherederos con Cristo; el cual los llamó hermanos; y El les da el agua de vida, que en ellos formará pozos, manando como río hacia la Verdad eterna, pudiendo así regar las plantas espirituales del Dios vivo, de modo que así, puedan ser todos sembradores espirituales y aguadores espirituales y puedan ver, con los ojos del espíritu, al imperecedero y eterno Dios, acrecentando, el cual es la fuente infinita. Son, por lo tanto, mis deseos, de que os mantengáis todos apartados de los pordioseros elementos del mundo, que están por debajo de la región espiritual, y junto a Cristo, la cabeza, asiéndose a El, que aplasta la cabeza del enemigo y que era antes de que el enemigo fuese, para que así podáis estar todos unidos, en amor, en vuestra cabeza, Cristo, y podáis ser guiados por Su divina, suave y apacible sabiduría, para gloria de Dios. Porque todos los que son en Cristo están en paz, amor y unidad. En El, son fuertes y en plena persuasión, y, en El, que es el primero y el último, están en una celestial resolución y confianza, para eterno amor y gloria de Dios. Amén.

De parte de El, que ha sido transpuesto al reinado de Su Hijo amado, con todos Sus santos, os mando un saludo celestial. Saludaos mutuamente con un santo beso de candad, que nunca

J. F. Ford-Green, el día veinticinco del Noveno mes de 1690.

Dedicó otra carta a los "Amigos en el ministerio, que se habían ido a América," y su última, fechada en Londres, el día diez del Undécimo mes de 1690-91, la escribió para los Amigos en Irlanda.

Las escenas póstumas del peregrinaje de Jorge Fox en esta tierra, están escritas, de un modo inmejorable, en las cartas siguientes; una escrita el día trece del mes undécimo (Enero) de 1690-91, el día de su muerte; y la otra, el día diez y seis, el día de su entierro en el cementerio de los Amigos cerca de Bunhill Fields.

Querida Sra. Fox: Con el amado recuerdo de mi genuino amor en Jesucristo, soy yo el que tengo que hacerte saber nuevas, que en cierto modo podrían llamarse dolorosas, y son ellas, que tu querido esposo y mi muy querido y amado amigo, Jorge Fox, ha concluido su gloriosa misión, esta noche, a eso de una

media hora después de las nueve, conservando todos sus sentidos hasta el último suspiro.

¡Ay! Se ha marchado dejándonos bajo la tormenta que se cierne sobre nuestras cabezas, llenos, sí, de reconocimiento hacia él, mas sintiendo como un aviso de las penas que nos esperan. Hace una semana, el último Cuarto día, estaba en la calle de Gracious, vivo y fuerte; mas anteayer, el último Primer día, se quejó, después de la reunión,<sup>3</sup> de un ataque interno, y permaneció acostado, desde entonces, en casa de Enrique Goldney, donde nos dejó.

Mi alma está profundamente afligida, por esta grande e inesperada pérdida. Con toda seguridad, es anuncio de grandes males en lo porvenir. Verdaderamente, un príncipe ha caído hoy en Israel.

No puedo extenderme más porque tengo, esta noche, que escribir a varias personas y es ya tarde. El Señor sea contigo, con los tuyos y con todos nosotros. Amén.

Tu amigo devoto y afectísimo.

W. PENN

Murió como vivió, como un cordero, ocupado, hasta lo último, con las cosas de Dios y de Su iglesia, en un espíritu universal. Londres, el día trece del Undécimo mes de 1690.

Queridos Amigos: Antes de que ésta llegue a vuestras manos, sabréis ya de la muerte de nuestro antiguo amigo y honorable Señor, en la iglesia de Dios, a quien hoy han enterrado, en presencia de una asamblea grande y viviente de gentes escogidas por Dios; que lo acompañaron a su última morada, calculándose que había más de cuatro mil Amigos. La casa de reuniones de la calle de Gracious no podía contenerlos, como tampoco podía el patio, delante de la puerta, contener a tantos que no alcanzaron a oír las revelaciones divinas; siendo muchos los testimonios, vivientes, claros y potentes que se enunciaron en la casa de reuniones y también en el cementerio, entre corazones conmovidos, ojos llorosos y espíritus contritos.

Los Amigos de Londres estuvieron atinadísimos en dirigir las rutas y asuntos relativos al entierro, revelando muy buen juicio en cada caso; y celebrándose cinco juntas mensuales en la ciudad, se nombraron a seis Amigos, escogidos por cada junta mensual, los cuales, y solo ellos, tenían que llevar el

ataúd; yendo los parientes del finado inmediatamente detrás del ataúd y después todos los Amigos, por un lado de la calle, en filas de tres, tan apretados como pudieron, para que así quedase libre el otro lado de la calle, para los coches y los ciudadanos que iban a sus tareas cotidianas. Y, aunque el cementerio es una ancha faja de tierra, estaba lleno a rebosar, faltando solamente algunas gentes del mundo.

La última semana asistió a tres reuniones, o sea, a una reunión trimestral, una del Segundo día y a una reunión en la que se trató de los Sufrimientos; y a dos reuniones más de devoción, además de las reuniones del Primer día, que se celebraron en la calle de Gracious. El Séptimo día fue a alojarse a casa de Enrique Gouldney, para estar cerca de donde se celebraba la reunión el Primer día, y dijo que hacía mucho tiempo que no se había encontrado tan bien como en aquella reunión. Sin embargo, comenzó a sentirse mal, a eso de las cinco de la tarde del Primer día, falleciendo antes de la décima hora de la noche del Tercer día.

Estuve a su lado, la mayor parte del tiempo, durante el que habló muchas y poderosas sentencias a la piadosa compañía allí presente. No manifestó signo alguno de que padeciera grandes sufrimientos y nunca se quejó. Cerró el mismo los ojos y la boca, y no le cayó la mandíbula que no hubo necesidad de vendar; yaciendo como si se hubiese quedado dormido. Se hubiera podido creer que había sonreído, siendo el cadáver más placentero que nunca se ha visto. Y muchos centenares de Amigos vinieron a ver su rostro, pasándose casi tres días enteros antes de clavar el ataúd, para que pudieran verlo.

Llevaron los Amigos el ataúd sobre sus hombros, sin ninguna cubierta ni tela ni pintura, sino el color natural de la madera y, con todo, era bonito y pulido.

Bien, Amigos, como unas dos horas o quizás menos, antes de morir, me cogió la mano y me rogó que, cuando viajase, lo recordase en amor a los Amigos que encontrara.

Estoy contento de haber visto un fin, tan celestial y armonioso, como el del querido Jorge Fox y el sentimiento y dulzura de su muerte nunca me abandonarán. En la divina verdad, en la que deseo reposar y permanecer vuestro hermano.

ROBERTO BARROW

Londres el día dieciséis del Undécimo mes de 1690.

## NOTAS AL MARGEN

1. Isabel, princesa del Rhin (1618-1680), era la hija mayor de Federico V, elector del Palatinado y de una hija del rey Jaime I de Inglaterra.
2. Era éste, Eduardo Haistwell, amanuense de Jorge Fox, que lo acompañó a Holanda y a todas partes, en 1677 y 1678.
3. Al salir de la reunión, dijo, "Estoy muy contento de haber estado aquí, ahora ya he terminado, he terminado del todo."